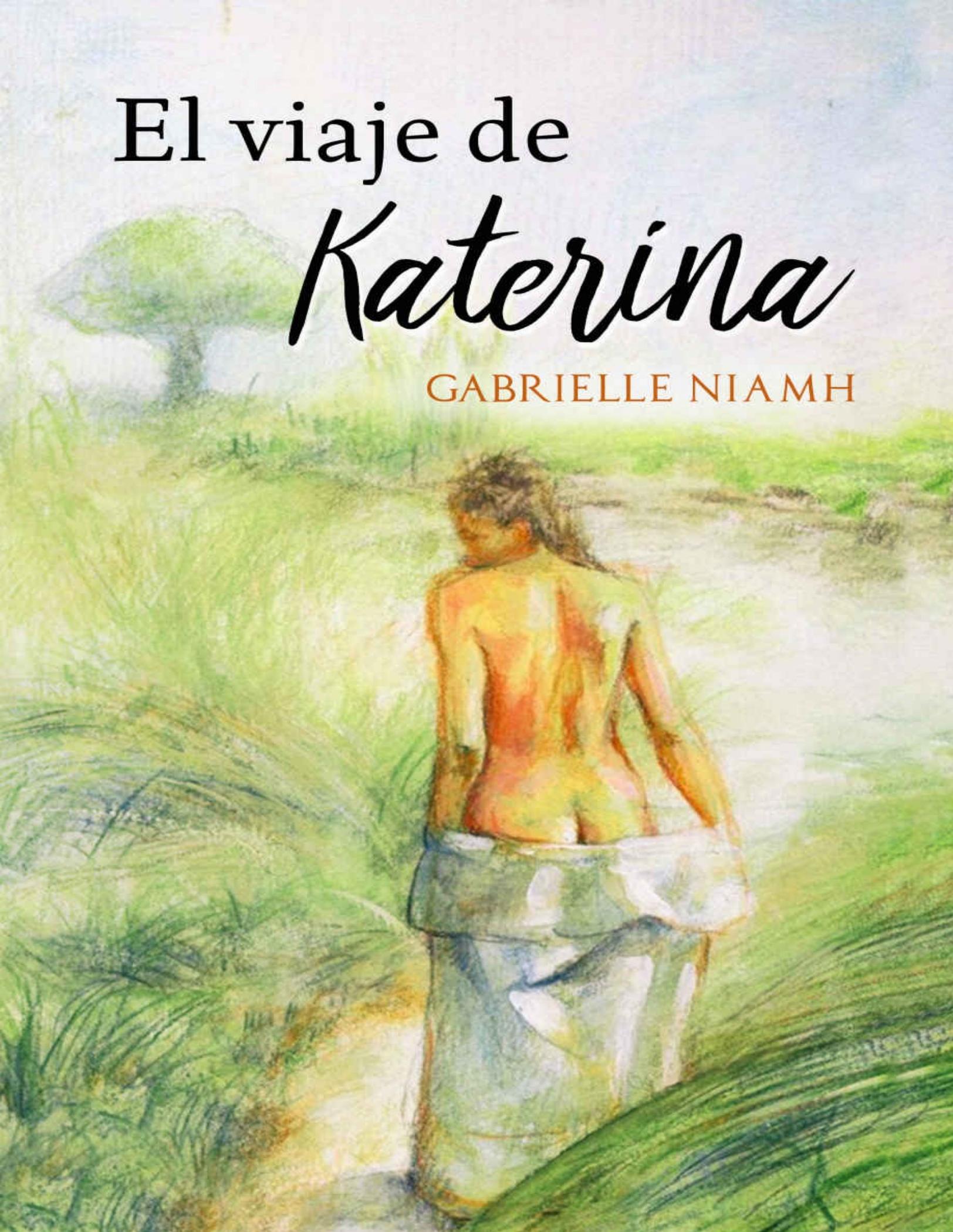


El viaje de

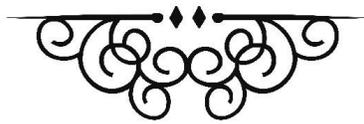
Katerina

GABRIELLE NIAMH



EL VIAJE DE KATERINA

GABRIELLE NIAMH



© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El viaje de Katerina*

© *Gabrielle Niamh*

Registro propiedad intelectual 2011

Edición publicada en Agosto 2017

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Autor de la ilustración: *José María Llobell*

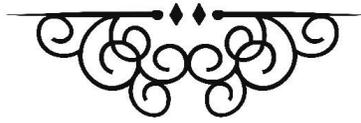
El viaje de

Katerina

GABRIELLE NIAMH

*A mis ancestros, empezando por mis padres,
que me hicieron como soy.
Gracias con todo mi corazón.*

Índice



EL VIAJE DE KATERINA

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

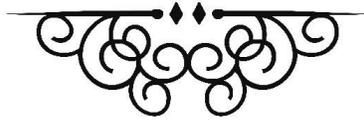
[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[EPÍLOGO](#)

EL VIAJE DE KATERINA



*Io senza te
Ho perso anche me
Perchè senza te
Mi manca un perchè
Io sono una fiamma
E luce non dò
Io sono una barca
E mare non ho
Perchè senza te
Rinnego l'amore
Uccido la vita
E canto il dolore
Tristezza che va
In cerca di me*

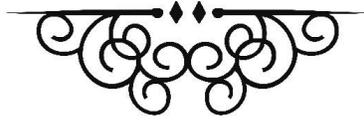
Ho paura di vivere senza te

[...]

*Ma sono triste
Non ha niente da darmi la vita com'è*

*La vita esiste ma ho paura di vevere senza te
Samba in preludio (Vinicius de Moraes — Ornella Vanoni)^[1]*

PRÓLOGO



Tengo que escribir todo esto para poder creer que es real y no volverme loca en un intento de comprender lo que no tiene explicación.

Es todo tan extraño, pero parece que realmente estoy aquí, todos mis sentidos lo perciben, mi corazón lo siente... Debe de ser real, ¿verdad?

¡Maldita sea! Todavía tengo que aprender a escribir con este cacharro antes de que todo se convierta en una mancha negra.

—¡Qué placer, Kat! Por fin un poquito de sol —me decía Stephanie desde la tumbona.

—Muy cierto... Has tenido una idea genial, esto de alquilar unas tumbonas en el parque para tomar el sol, mmm... y la granizada está buenísima.

Ambas disfrutábamos del sol después de varios días de nubes y lloviznas; con los ojos cerrados nos dejábamos envolver por la calidez que nos ofrecía la madre naturaleza.

—Kat...

—Mmm...

—¿Qué te vas a poner mañana?

—El vestido azul. ¿Y tú?

—Aún no lo sé, depende de cómo se levante el día. ¿Cómo ha quedado la casa después de la reforma?

—¡Ha quedado preciosa! Hugh y Fany han tenido un gusto exquisito —dije incorporándome—. Ahora es una casa antigua del siglo XVII totalmente restaurada, con todas las comodidades que se puedan desear, pero manteniendo su forma original. Fany ha hecho auténticos milagros con los frescos, parecen recién pintados. Ya la verás mañana.

—Lo estoy deseando, Fany es una restauradora extraordinaria, no me extraña que haya hecho tan buen trabajo, le apasiona su profesión. No sabes lo que daría por tener una casa así... —dijo Stephanie soñadora.

—Mi querida amiga, tendrás que casarte con un millonario o ahorrar.

—Ellos no son millonarios y lo han conseguido.

—Sí, pero recuerda que Hugh recibió una buena herencia de su padre.

—Creo que tienes razón; tendré que casarme con un millonario — contestó riéndose.

—Pues asegúrate de que tiene un hermano —repliqué también riendo.

Aquel día lo pasamos juntas. Hacía mucho que no lo hacíamos. Nos veíamos casi todos los días, después de todo, las dos trabajábamos en la Universidad y coincidíamos muy a menudo por los pasillos yendo de una clase a otra, pero sólo las vacaciones nos permitían pasar más tiempo compartiendo confidencias, yendo de compras o al cine, saliendo para tomar una copa o quedar con los amigos. Aunque los fines de semana siempre nos veíamos; al día siguiente íbamos a la fiesta de inauguración de la nueva casa de Hugh y Fany; allí estaríamos todos los amigos una vez más, como siempre, unidos como una piña en los momentos más significativos de nuestras vidas.

La mayoría nos habíamos conocido en el instituto y varios años después aún seguíamos juntos, contando los unos con los otros. Sólo Stephanie había estado a mi lado desde la infancia. Habíamos empezado en el mismo colegio y desde el principio nuestros padres se hicieron amigos lo que reforzó nuestra amistad hasta el punto de que nos considerábamos hermanas más que amigas.

Aquel miércoles acabó con Stephanie llevándose a casa dos bolsas, una con un vestido nuevo y otra con unas sandalias con las que yo aseguraba que era imposible caminar por la altura del tacón.

—Vas a caer de cabeza con esos tacones...

—Ya verás cómo no —insistía ella mirándolos embobada—, además, con lo bien que me quedan bien valen un pequeño tropezón o más de uno. Estaré divina mañana en la fiesta —dijo batiendo sus párpados en un gesto muy teatral.

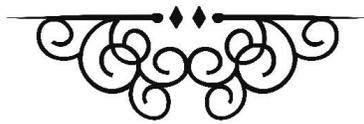
—No tienes remedio princesa —le dije riéndome.

—No, no lo tengo. —Su risa invadió mis sentidos—. Nos vemos mañana tesoro.

—Hasta mañana Stephanie y... cuidado dónde pisas...

Las dos nos despedimos riendonos hasta el día siguiente en que nos veríamos en la fiesta. El día había sido maravilloso. Siempre lo guardaría como un precioso tesoro en mis recuerdos.

CAPÍTULO 1



—Y yo advirtiéndole a Stephanie que tuviera cuidado con sus tacones — me decía mirándome los pies embutidos en mis zapatos rojos descubiertos—. Con estos, la que tropezará seré yo.

Me eché un último vistazo en el espejo de la entrada antes de salir para ir a la fiesta. Me veía muy guapa. No sería nunca una modelo de pasarela, pequeña y delgadita, con poca cosa que me rellenara, pero sabía sacarme partido y lo más importante, me gustaba exactamente como era.

Llevaba mi vestido azul marino de manga francesa. Con un escote redondo, me ceñía el cuerpo hasta la cadera de donde partía una falda que dejaba las rodillas al descubierto, adornada de volantes blancos con florecitas rojas que daban la impresión de ser de un azul más claro por el fondo más oscuro de la falda.

—Está estupenda, señorita Sinclair. —Cogiendo mi bolso, también rojo, salí del apartamento.

Decidí ir caminando y tomar un taxi a la vuelta. No estaba lejos y pasear me apasionaba.

Me sentía bien y feliz, disfrutaba de mi paseo, aunque de vez en cuando mis tacones se engancharan en alguna irregularidad de la acera. A la altura de Hyde Park, me sorprendió un viento frío. Me resultó raro, pues había hecho un día estupendo, pero en Londres nunca se sabía cuándo podía cambiar el tiempo, sólo esperaba que no empezara a llover. Sin paraguas y con esa ropa, acabaría como un gato remojado.

La frialdad que traía el aire me hizo tiritar; conforme avanzaba frotándome los brazos, se fue haciendo más y más intenso hasta que no pude caminar más y sentí cómo me empujaba hasta que tropecé y caí. Debí de desmayarme, pues mi cabeza empezó a dar vueltas y lo último que vi, antes de que me invadiera la oscuridad, fue un montón de pies a mi alrededor.

—Mmmm, ¡qué a gusto! —susurré.

Era como una gata mullendo aquel colchón tan tierno, suave y cómodo. Arrojada hasta el cuello, me sentía calentita y de lo más cómoda. Todavía con los ojos cerrados, disfrutaba de la sensación de calor y comodidad que me proporcionaba la cama.

De pronto una imagen apareció en mi mente: yo tropezando y cayendo de bruces. Abrí los ojos de golpe pensando que me habría llevado un buen golpe y que estaría en un hospital.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí que no estaba en un hospital. Al menos eso creía. No olía a hospital ni había ruido alguno a mi alrededor, sólo me rodeaba la oscuridad, rota por una pequeña luz que entraba por una rendija. Me levanté con cuidado colocando los brazos delante de mí para tantee el espacio mientras me dirigía hacia el pequeño haz de luz. Con las manos palpé una tela gruesa, lo que me hizo pensar en una cortina; tomando los extremos la descorrí y apareció ante mí el más asombroso de los paisajes.

Una gran puerta de cristales que daba a un balcón, inundó la habitación de luz y calidez; tras la cortina celeste decorada con flores blancas bordadas, se adivinaba el jardín más exquisito que jamás había visto; más que un jardín parecía un parque con árboles, flores, arbustos y caminos que bordeaban aquellas maravillas de color y belleza extraordinarias; me adelanté para poder tirar de la puerta y salir al balcón cuando me di cuenta de que estaba desnuda, no del todo para ser sincera, llevaba la ropa interior puesta. Me giré para buscar mi ropa y otro espectáculo se presentó ante mis ojos. Lo primero que pensé fue que estaba en una de las habitaciones de la casa nueva de Hugh y Fany, aun así me resultó extraña, pues no recordaba un dormitorio de esas características.

Todo era antiguo y parecía auténtico. Las paredes estaban cubiertas de una fina tela también celeste con rosas blancas bordadas. La cama con dosel era extraordinaria. Unas finas cortinas como las del balcón, estaban anudadas a los postes de madera con un cordón blanco. Estaba segura de que cabrían al menos cuatro personas con espacio suficiente para estar cómodas. Nunca había visto una cama tan enorme. Al lado de la mesita de noche, situada a la izquierda, había una puerta y junto a ella una cómoda preciosa.

En la otra pared había una puerta. Supuse que se comunicaba con otra habitación. Un armario amplísimo ocupaba el espacio que quedaba.

Siguiendo con mi escrutinio pude ver una bata encima de la cama. Aquella no era una prenda de mujer. Obviando el hecho de que sobraba tela por todas partes, la bata olía a... a... mmmm... a hombre, a whisky y a

romero. El olor me invadió asaltando mis sentidos hasta tal punto que me perdí imaginando cómo sería el dueño de aquella prenda. De tacto suave, la seda envolvía mi cuerpo y el aroma que desprendía lo despertaba. ¡Santo cielo! ¡Estaba excitada! Ya ni me acordaba de cómo era eso. Desde Arthur, hacía más de un año, no había tenido ninguna relación y me había olvidado de que tenía un cuerpo capaz de sentir sexualmente. Aun así, aquella reacción me sorprendió. Nunca un olor había despertado mi sexo de una forma tan fulminante.

Llevándome las solapas hasta la nariz para inspirar aquel aroma, me paseé por el dormitorio; los bajos de la prenda barrían el suelo y se me enredaban en los pies —me lo imaginaba alto y grande, de hombros anchos y cabello oscuro—. Pude ver un lavamanos y una jarra. Me acerqué y, al comprobar que tenía agua, vertí un poco en la palangana y me humedecí la cara secándome con una fina toalla de color rosa que colgaba de un lateral; después me quité las braguitas y, tomando un poco de jabón, las lavé. Me arrepentí enseguida de un acto tan impulsivo. ¿Por qué había hecho eso? ¿Qué me pondría si no tenía ninguna de repuesto? Al menos el vestido que había llevado para la fiesta era lo bastante largo como para poder estar cómoda sin pensar en que se me podría ver el trasero y algo más.

Buscando un lugar donde poder tenderlas vi una pequeña cómoda con espejo. Ahí las colgué. También había un peine, un cepillo, un bote de crema y un frasquito de colonia. Lilas. Me encantaba. Me eché la crema y me percaté de que aún no había salido al balcón.

Una vez fuera, cerré los ojos por un instante respirando hondo y apoyando los brazos sobre la baranda. Tanta belleza me abrumaba, pero tenía que volver en mí y pensar.

¿Dónde estaba? No era la casa de mis amigos así que... ¿Por qué estaba allí y no en un hospital? Era lo más lógico si había perdido el conocimiento, lo más...

Un sonido a mi espalda hizo que me girara bruscamente perdiendo por unos segundos el equilibrio. Aquello sí que era más que extraordinario. Si todo lo que había visto hasta entonces me había sumido en el asombro más absoluto, la persona que tenía delante de mí no me ayudaba, en lo más mínimo, a salir de él.

Una señora de una cierta edad, un poco rechoncha, con un moño trenzado en la coronilla y un vestido... un vestido... ¡con enaguas! —¿Eso era un miriñaque? Seguro que estaba en coma—, me sonreía haciéndome una

reverencia.

—Señorita, ¿desea tomar un baño? —me decía con la amabilidad de una madre—, mientras tanto le prepararé su ropa. El señor quiere verla cuando esté lista. Sígame, por favor. Aquí está el aseo. Es lo más moderno que hay hasta ahora, el señor lo instaló hace unos meses, tanto aquí como en su habitación, es muy aficionado a todo lo nuevo y moderno; progreso lo llama él. —No podía dar crédito a todo lo que escuchaba. La señora no paraba de parlotear conduciéndome hasta una puerta situada en la pared de la derecha. Cuando vi el aseo, mis ojos no podían abrirse más de asombro ni aunque hubiese querido—. Sólo tiene que abrir esta llave y esperar un poco hasta que se llene el depósito, enseguida se dará cuenta, señorita, señorita...

—Sinclair..., Katerina Sinclair. —Logré decir ante tal despliegue de explicaciones y excéntricas visiones, ya que, en este punto de mi despertar, no tenía duda de que me encontraba más allá de la realidad.

—Katerina, qué nombre tan bonito señorita Sinclair. Soy la señora Hayes, pero llámeme Nora, señora Hayes suena a anciana y yo soy cualquier cosa menos eso, ¿no le parece?

¡Dios! Aquella mujer me había hecho una pregunta pero ¿cuál? Asentí con la cabeza con la esperanza de no haber metido la pata. Tuve que obligarme a prestar atención, sueño o no sueño, aquello tenía toda la pinta de ser real, al menos en ese momento.

—Como le decía señorita Sinclair, se dará cuenta porque escuchará un ruido, un golpe metálico, ¿sabe? Entonces podrá bañarse; el agua pasa por estos tubos y saldrá por ese... ¡Vaya! Nunca me acuerdo del nombre —dijo dándose un golpecito en la frente con una sonrisa—. En fin, por ese chisme redondo de la pared. —Me señaló la salida de agua de la ducha.

Salió de aquel cuarto de baño dejándome sola y, regalándome otra de sus sonrisas, cerró la puerta tras de sí.

Me quedé allí plantada, mirando la ducha, el lavabo, el retrete y el bidet... Había un bidet en aquel arcaico aseo y una ducha. ¡Pero si la gente no se lavaba en esa época! ¿Época? ¿En qué siglo estaba? ¿Sería el XIX? Quizás no todos eran unos apestosos, al menos no el que vivía en aquella casa. ¿Qué era todo eso? Empezaba a estar asustada de verdad, sin embargo me obligué a moverme y me metí en la bañera. El agua caliente me sentaría muy bien y, con franqueza, lo necesitaba.

Todavía estaba bajo la ducha cuando la señora Hayes entró con una enorme toalla en los brazos. Me cubrí como pude mientras la dejaba al

alcance de mi mano. ¿Aquella mujer no sabía lo que era la intimidad?

Cuando salí envuelta en la toalla, me encontré a la señora Hayes delante de una mesita preparando lo que parecía un desayuno.

—¡Ah! Señorita Sinclair, tome un poco de té y unas tostadas mientras termino de prepararle la ropa.

—Gracias, pero ¿dónde está mi vestido? —pregunté casi sin atreverme.

—¿Vestido? ¡Ah! Se refiere a su camión azul. El señor me dijo que me lo llevara para lavarlo. Venga, acomódese y desayune, le va a sentar muy bien, está muy pálida señorita Sinclair. —Cogiéndome por los hombros con cariño, me llevó hasta la silla tapizada de azul que había situado delante de la mesa del desayuno.

—Por favor, llámeme Katerina. —Si volvía a escuchar una vez más eso de “señorita Sinclair” me pondría a gritar.

—¡Oh, no! Eso no es posible, señorita Sinclair, no sería correcto por mi parte.

—Entonces señorita Katerina. —Mejor eso que lo otro, o eso creía. No sabía qué era peor. Demasiada confusión.

—No creo que... —empezó a decir.

—Por favor, insisto —dije con la mayor amabilidad que todo aquel horror me permitía.

Finalmente claudicó y aceptó llamarme por mi nombre aunque ese odioso “señorita” seguiría atormentando mis oídos.

Un buen rato más tarde, después de varias discusiones con Nora en las que me negué en redondo a ponerme esa camisa de fuerza llamada corsé y a dejar que me agujereara la cabeza con miles de horquillas para hacerme un moño, consiguió vestirme, porque era imposible que me vistiera yo sola; el vestido era horrible, parecía más bien hecho para una anciana; de color oscuro, tenía un cuello blanco que me llegaba casi a las orejas y que arranqué de un tirón bajo la mirada horrorizada de Nora. De aspecto, no había mejorado mucho, pero el pequeño escote redondo me dejaba respirar y eso me llenó de alivio; llevaba, además, varias enaguas sobre una que parecía que le habían inyectado una sobredosis de almidón: ¡el miriñaque!; el corpiño se abrochaba por detrás en una interminable hilera de botones; conseguí mantener mi sujetador y mi pelo suelto, aunque su expresión me decía que no estaba satisfecha con mi look al que le puso por nombre “demasiado informal para ver al señor”. Si lo de “señorita” me estaba poniendo de los nervios, eso de “no es correcto” o “no es propio de una dama”, me estaba llevando al

borde de un ataque de histeria, por no mencionar al señor que ya estaba despertando en mí unas ganas tremendas de golpearle en la cabeza con una sartén, una emoción que me dejó casi en estado de shock, pues nunca había tenido ningún pensamiento de ese tipo en mi vida. Era de lo más pacífica en todos los aspectos, así que aquello me tomó totalmente por sorpresa. Desconocía que pudiera tener esos instintos criminales. Vale, estaba exagerando un poco..., tal vez demasiado.

La confusión aumentaba al mismo ritmo que una manecilla marcando los segundos.

Enaguas..., miriñaque...¿Cómo iba a poder dar un paso con eso puesto?! ¡Era peor que andar con tacones! Y así fue. Primer paso, primer tropezón.

—Tenga cuidado señorita Katerina, aún sigue mareada, ¿verdad? —me dijo Nora con un cariño que me tocó el alma, después de todo esa mujer no me conocía de nada— Venga, sujétese a mi brazo o caerá por las escaleras o... ¿quizás prefiere quedarse en su habitación? Si no se encuentra bien, el señor lo comprenderá, es un hombre extraordinario, muy atento con todo el mundo, y después de cómo la encontró desmayada y sin apenas ropa...

—No se preocupe Nora, estoy bien —dije, no muy convencida. ¿Desmayada y sin apenas ropa? ¿Qué había pasado?

La idea de quedarme en la habitación, metida en la cama, me atraía como la luz a la polilla, pero mi curiosidad por conocer al “señor” fue más fuerte, sobre todo después de que su olor se me quedara tatuado en las fosas nasales y eso de no llevar ropa interior no hacía más que empeorar la situación, estaba empezando a dolerme el sexo. ¡Estaba mojada! ¡Dios mío! Esperaba despertarme pronto.

—Como desee, vamos entonces.

Al final de la escalera, me guió por un pasillo a la izquierda hasta detenerse delante de la primera puerta situada también a la izquierda. Llamó y la abrió.

—Pase, la está esperando. —Viendo que no me movía me dijo—. No tenga miedo muchacha, —apoyó una mano en mi brazo— es un hombre maravilloso, encantador y muy amable, un auténtico ángel. —Me guió con infinita ternura hasta el interior cerrando la puerta tras de mí.

Aquel día era el de las sorpresas. El despacho era abrumador, pero el hombre situado al fondo detrás de la inmensa mesa de escritorio era... era...

Era alto..., muy alto... y grande. La anchura de sus hombros hablaba de

un hombre que hacía deporte; aunque estaba vestido, pude adivinar un cuerpo bien formado, musculoso y arrebatador.

La ropa le sentaba como un guante: una chaqueta oscura sobre una camisa blanca y un chaleco color granate. Impecable. Elegante. Varonil. Muy muy varonil.

Moreno con el cabello largo en mechones irregulares que caían sobre el borde de su chaqueta, deseé alargar mis manos y perderme en la sensación de suavidad que desprendía. Sus enormes e hipnotizadores ojos negros, enmarcados por unas cejas perfectas, estaban rodeados de unas larguísimas pestañas que parecían hacer sombra sobre sus mejillas; su nariz recta y sus labios delineados y llenos eran el complemento que lo hacía físicamente perfecto. Sus manos, entrelazadas sobre la mesa, estaban cuidadas y parecían muy suaves. Las imaginaba recorriendo mi cuerpo y abrumándome de placer. ¡Vaya! Ese no era el momento para pensar en esas cosas.

Era el hombre más atractivo que había visto jamás. Los actores más guapos y sexys se morirían de envidia y yo..., me sentía como el patito feo del cuento.

Si la masculinidad pudiese reflejarse en una imagen, sin duda sería la suya.

Al verlo, llegué a la conclusión de que no estaba en coma en la cama de un hospital rodeada de tubos y máquinas. No. Estaba muerta. Dios había decidido hacerme pasar por aquella prueba surrealista hasta decidir si me enviaba al cielo o al infierno y, para guiarme por aquella pesadilla, había elegido al ángel más hermoso del paraíso.

Siempre había pensado en los ángeles como seres de infinita belleza porque el amor que anidaba en sus corazones sólo podía expresarse de aquella forma. Con una belleza embriagadora.

Con un gesto de la mano me invitó a acercarme, y así lo hice; por supuesto tropecé. ¡Cómo no! Un rubor absurdo se apoderó de mi rostro. Aquello iba de mal en peor, lo único que me faltaba era caer cuan larga era ante semejante ejemplar, sin embargo, a él pareció divertirle; un brillo de burla asomó en sus ojos. El orgullo me hizo enderezarme todo lo que pude —seguro que había ganado al menos un par de centímetros—, por muy ángel que fuera no me iba a permitir hacer el ridículo delante de él, al menos mientras lo pudiera evitar y desde luego me sentía de lo más ridícula y casi culpable. Los ángeles, por muy guapos que fueran, no podían excitar a una mortal de aquella manera y yo estaba más que excitada, podía notar mis jugos

bajando por mis muslos. ¡Santo cielo! Todo aquello era horrible. ¿Era eso lo que se sentía al morir?

—Siéntese, señorita Sinclair —dijo con tono burlón.

Tan preocupada como estaba por cómo andar con aquello puesto sin caerme, no había caído en la cuenta de que en algún momento tendría que sentarme. ¿Y eso cómo se hacía?

Mi mirada iba de la falda a la silla, de la silla a la falda.

—¿Algún problema, señorita Sinclair? —Su voz hacía que me temblaran las carnes. ¡Dios mío!

Negué con la cabeza y acercándome cuanto pude a la silla logré sentarme sin montar un espectáculo de vodevil, lo cual me llenó de satisfacción e hizo aflorar una sonrisa a mis labios.

Entonces me atreví a mirarlo directamente. ¡Santo cielo! Sin duda era la criatura más atractiva, sexy y masculina que había tenido la fortuna de conocer. ¡Dios! Me quitaba el aliento. Nunca me cansaría de mirarlo; seguro que era pecado ser así, aunque si era un ángel de Dios no lo sería, claro.

Ya me estaba perdiendo en las redes de la locura, seguro.

—¿Qué lugar es este? ¿Qué hago aquí? —logré preguntarle sonrojándome y embargada por la timidez— ¿Quién es usted? ¿Estoy muerta?

—Yo hago las preguntas, señorita Sinclair. —Su tono autoritario me dejó pasmada. No parecía un ángel en absoluto.

—Señor, yo sólo quiero saber...

—Milord.

—¿Cómo dice? —pregunté atónita.

—Cuando se dirija a mí, me llamará milord o lord Adair.

Definitivamente no era un ángel. Era un auténtico demonio. ¿Qué otra cosa podría explicar las ganas que tenía de darle un mamporro?

Con las manos cerradas en puños sobre mi regazo, lo miré echando chispas por los ojos.

—Bien, señorita Sinclair. —Tenía que acostumbrarme a lo de “señorita Sinclair” o acabaría perdiendo el juicio. Respiré hondo—. ¿Qué es todo esto? —dijo señalando las cosas que tenía esparcidas sobre la mesa.

Me quedé de piedra. ¡Eran mis cosas! Cuando me desperté sólo pensé en mi ropa. ¡Se me había olvidado por completo el bolso!

—¿Ha estado husmeando en mis cosas? —La excitación había dado paso al enfado más extraordinario. Estaba segura de que si se podía herir de alguna

forma con la mirada, ese hombre tendría un grave problema en ese momento.

—Señorita Sinclair, está usted en mi casa, tengo pleno derecho a husmear donde me parezca —me soltó el muy arrogante.

—Tendrá todo el derecho del mundo sobre sus cosas, pero no sobre las mías señor... lord... ¡Demonios! —dije dando un puñetazo contra mi muslo.

—Milord, señorita Sinclair, milord.

—Si vuelve a llamarme señorita Sinclair una vez más, juro por Dios que me pondré a gritar como una loca...

Y entonces, por primera vez, sonrió hipnotizándome por completo. A su sonrisa le siguió una profunda y sonora carcajada que despertó una vez más mi excitación hasta el punto en que me vi removiéndome incómoda en la silla. Aquello no estaba nada bien. ¡Maldita sea!

—Creo que no es necesario —decía aún riéndose con franca diversión—, ya ha gritado bastante. ¿Cómo quiere que me dirija a usted entonces?

¿Ya había gritado? ¡Ay, madre! Me estaba convirtiendo en otra persona. La ira me dominaba, me daban ganas de golpearle, me excitaba hasta límites insospechados y para rematar la “magnífica” situación, me había puesto a gritar... ¡Perfecto!

Volví a sentir cómo me sonrojaba, cómo la timidez me volvía a dominar y me hacía bajar la mirada para enfocarme en mis manos unidas sobre la falda.

—Lo siento, yo..., Katerina estará bien —dije casi susurrando.

—¿Le parece bien señorita Katerina? No es correcto que me dirija a usted utilizando sólo su nombre teniendo en cuenta que es una dama, está en mi casa, y yo soy un caballero soltero. —El muy hijo de... se estaba divirtiendo de lo lindo a mi costa.

—Sí, me parece bien —contesté con sequedad, clavando una vez más mis ojos en los suyos. Negros. Unos preciosos y maravillosos ojos negros.

—Bien, ya que hemos aclarado este punto, ¿podría decirme qué son todos estos objetos?

—¿Y podría usted decirme, milord, cómo he llegado hasta aquí y, si es el caballero que dice ser, contestar a las preguntas que le hice antes? —contesté con ironía.

Otra sonora carcajada cayó sobre mí como una cascada. Mis emociones, confusas, se paseaban sin orden ni concierto dentro de mí. Mi entrepierna se humedecía cada vez más. ¡Qué desastre!

—Está bien, usted gana. No está muerta. Soy lord Adair, Conde de

Bladnoch y apareció de la nada en el salón de baile de lord y lady Evans anoche mientras sonaba un hermoso vals. Fue todo un acontecimiento, una mujer medio desnuda desmayada en medio de un salón repleto de gente que escandalizó a toda la aristocracia de Londres, no me quedó más opción que salvarla trayéndola a mi casa.

Parpadeé varias veces y fijé la vista en mis cosas, mientras mil preguntas inundaron mi mente. ¿Aparecí de la nada? ¿Un salón de baile? En ese momento sí que tuve miedo, miedo de verdad.

De pronto sentí unas manos tomando las mías. ¿Cuándo se había levantado para situarse frente a mí? Ahí estaba, sobre una rodilla, mirándome con ternura.

—Tranquila Katerina, —mi nombre en su labios me sonó a música celestial— aquí está a salvo. —Su rostro se volvió serio, parecía preocupado—. Cuénteme lo que le ha ocurrido, por favor.

La caricia de su pulgar sobre la palma de mi mano me estremeció y un escalofrío me recorrió la piel. Mi sexo palpitaba. Definir todo aquello como surrealista se quedaba corto. Estaba medio muerta de miedo... y excitada, pensando en cómo sería aquel hombre como amante, deseando meterme en su cama. Sin duda, lo que me estaba pasando estaba afectando a mi mente o quizás sólo quería sentirme viva, quería que me mimara, que me amara, que me dijera que todo estaba bien, que me protegiera con sus brazos y sus besos, con sus caricias y su hermosa y preciosa voz, quizás...

Lo miré asombrada ante el cambio, después de todo, tal vez Nora tenía razón y no era el ser odioso que me había parecido al principio, a pesar de aquel encuentro tan poco afortunado.

Estaba al borde de las lágrimas, yo que nunca lloraba, que siempre me había enfrentado a todo con calma, calculando todas las opciones, de pronto me sentía embargada por una situación que no podía controlar ni explicar, estaba perdida en un mundo desconocido que me daba pavor.

—Todo está bien Katerina —dijo acariciando mi mejilla, limpiando una lágrima que se me había escapado sin darme cuenta. Su caricia me hizo cerrar los ojos deseando que no terminara nunca—, todo está bien...

Agradecí sus palabras, aunque nada estaba bien. Tenía que tomar una decisión. No me sentía capaz de crear una mentira lo bastante buena como para que sonara creíble, pero la verdad era una auténtica locura. ¿Y si decidía internarme en un manicomio? Tendría que arriesgarme. Siempre era mejor decir la verdad por muy descabellada que sonara.

—Está bien —dije mirándolo—, pero tiene que prometerme que no me internará en ningún lugar, le juro que lo que voy a contarle es la verdad y se lo puedo demostrar.

—Se lo prometo, tiene usted mi palabra —me contestó con formalidad. Parecía un auténtico caballero, de esos que salían en el cine.

—Sé que parecerá una locura, de hecho no sé si estoy durmiendo o en coma o... no sé si todo esto es de verdad o producto de mi imaginación... No parece que usted sea un sueño... —dije acercando mi mano a su mejilla.

—No lo soy, soy real señorita Katerina, soy muy real, se lo aseguro. — Me tomó la mano para llevarla a sus labios. La sensación que eso me produjo sí que parecía muy real.

—Bien. ¿Qué día es hoy? —pregunté aclarándome la garganta tras hacer una respiración profunda.

—Jueves.

—No, me refiero a la fecha.

—27 de julio de 1851.

—El año de la exposición —dije pensativa—. ¿Estoy en Londres? — asintió con la cabeza—. Ya... Yo también vivo en Londres, pero... en el Londres del año 2016... —Su expresión me hizo sonreír—. Verá, anoche me dirigía a la fiesta de Hugh y Fany, iban a inaugurar su casa nueva y decidí ir caminando. Cuando llegué a Hyde Park se levantó un viento frío muy fuerte, parecía un torbellino; el caso es que tropecé y me desmayé. No recuerdo nada más; bueno, antes de perder la consciencia del todo vi muchos pies a mi alrededor.

Al ver su rostro tuve la certeza de que no me creía, se incorporó para sentarse en su silla, detrás del escritorio. Me levanté y me puse a su lado.

—Se lo puedo demostrar. ¿Ve todas estas cosas? —dije señalando mis pertenencias esparcidas sobre la mesa—. Esto es un teléfono móvil, puede hacer fotos, se utiliza para hablar con personas que están en otro lugar, se puede navegar por internet, es como un miniordenador; esto es un bolígrafo, sirve para escribir y esto es un pequeño neceser con una barra de labios, un lápiz para pintarse los ojos, rímel para maquillar las pestañas, una lima de uñas, unas pinzas para las cejas, y este paquete son pañuelos de papel; una agenda con los números de teléfonos, mi cartera; mi carnet de identidad que usted ya ha visto, tarjetas del banco, con ellas se puede pagar en las tiendas y sacar dinero de los cajeros automáticos y mire el dinero, es diferente... — Solté todo eso de una vez, casi sin aliento—. ¿Cómo explica lo que está

viendo? —Saqué las fotos que tenía en la cartera—. Mire, esta es mi familia: mis padres, mi hermano con su esposa y su hija y mi hermana pequeña, y ella es Stephanie, mi mejor amiga, somos casi como hermanas, ah, y estos son mi perro Black y mi gato Sol, aunque viven en el campo con mis padres... —Él seguía sin decir nada, su mirada clavada en todo lo que le estaba enseñando—; ha visto también mi vestido, no estaba desnuda, las mujeres vestimos así en el siglo XXI, bueno, cada cual tiene su estilo, en cualquier caso, no llevamos estas faldas ni corsés... —dije señalando mi ropa—. ¿Quién me desnudó anoche? —Al ver que no contestaba le di un golpe en el hombro—. ¿Quién me desnudó y me metió en la cama?

—Yo.

—¿Usted?... Bien, se daría cuenta de que mi ropa interior no es la que usted está acostumbrado a ver —dije casi susurrando y notando el calor en mis mejillas, sintiéndome tímida. ¡Vaya!—. ¿No le extrañó?

—No sé qué pensar ni qué es todo esto —espetó, señalando aquellos objetos—. No he entendido nada de lo que ha explicado —añadió con cierta frustración—, aunque estos..., estas cosas bien podrían apoyar su historia pero... nadie puede viajar al pasado, eso es imposible señorita Sinclair. —Otra vez “señorita Sinclair” y ese tono tan serio que me asustaba—. Creo que ha perdido el juicio por completo.

—Por favor señor, quiero decir, milord, tiene que creerme; comprendo su incredulidad, yo también dudaría de todo, ¿quién iba a creer semejante disparate? ¿Viajar en el tiempo? ¡Imposible! Pero aquí estoy y tengo que volver, tiene que haber una forma de volver —dije casi con desesperación—. Mi familia estará muy preocupada y mis amigos. Tengo mi vida, mi trabajo. No quiero estar prisionera en una época en la que la mujer vale menos que una vaca.

Entonces, tras unos segundos de insoportable silencio en los que ese hombre me miraba fijamente, volvió a reírse a carcajadas aunque, para ser sincera, yo no le veía la gracia por ningún lado.

—¡Demonios! Deje de reírse —dije dando un zapatazo en el suelo—, esto no es gracioso.

—Oh, sí que lo es y, para su información, le diré que en esta época una mujer vale más que una vaca. —Continuó riéndose hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Por favor, ¿podrá ayudarme, verdad? —dije con miedo y desesperación. Si seguía riéndose acabaría por golpearlo o por echarme a

llorar.

—Disculpe, pero es usted muy divertida. No sé cómo podría hacerlo... —respondió calmándose—, francamente no veo cómo.

—¿No conoce a ningún científico? Quizás alguno pueda explicar lo que ha ocurrido y averiguar cómo puedo volver. Tiene que haber una explicación lógica a todo esto...

—No, lo más parecido a un científico que conozco es un astrónomo que está bastante loco, tal vez él pueda ayudarla, aunque lo dudo.

—¡Un astrónomo! Eso es... Puede que se trate de una alineación de planetas o algo así. En las películas y novelas se habla mucho de eso. Claro que todo es ficción pero quién sabe...

—¿En las qué? ¿De qué está hablando? —preguntó sin comprender.

—No importa. ¿Cuándo puedo ver a su amigo? Tengo que hablar con él.

—Puedo enviarle una nota ahora...

—¡Estupendo! —dijo aplaudiendo—. Venga, escriba esa nota —le dije acercándole la pluma y el tintero—. ¿Dónde tiene el papel?

—¡Cálmese señorita! —Sentí la ira en su voz. Al parecer no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran ni a que le metieran prisa—. El mundo no gira a su alrededor.

—Lo siento, me pudo el entusiasmo, pero tiene que comprenderme por favor, si existe una posibilidad de volver... ¡Tengo que regresar!

Se quedó en silencio sin dejar de mirarme. Parecía que estaba procesando toda la información que había recibido y sopesando las posibilidades para tomar una decisión. Finalmente cogió papel de un cajón de su escritorio y escribió la nota. Después tocó una campanilla. Unos minutos más tarde aparecía por la puerta el hombre más estirado que había visto en mi vida. Todo vestido de negro con una camisa blanca, parecía un enterrador.

—Señor Tilman, envíe esta nota a mi padrino por favor —dijo tendiéndole la carta.

—Enseguida milord.

—¿Es su padrino?

—Sí, el señor Owen es mi padrino. Bien, y ahora mientras esperamos la respuesta de August, tenemos asuntos importantes que atender.

—¿Qué asuntos?

—Su vestuario.

—¿Mi vestuario es importante? —pregunté asombrada.

—Mientras esté aquí, vestirá con propiedad, señorita.

—Verá señor, digo... milord, con suerte no voy a estar aquí el tiempo suficiente; además, no puedo comprar ropa, no tengo dinero, y si mi partida se alarga tendría que buscarme un trabajo y un alojamiento y...

—Señorita Sinclair —me di cuenta de que me llamaba así cuando estaba enfadado o cuando había algo que no le agradaba. ¿Con que no le gustaba que lo contradijeran? Qué interesante—, desde el momento en que tomé la decisión de traerla a mi casa, se convirtió usted en mi responsabilidad además de en mi invitada, es mi protegida, señorita. Vivirá aquí todo el tiempo que sea necesario y vestirá como debe hacerlo una dama. ¿Está claro?

Idiota arrogante y presumido.

—Lord Adair, usted no es mi dueño y haré lo que me parezca. Yo no tengo nada que ver en sus decisiones, soy muy capaz de tomar las mías —dije con una indignación que no había sentido jamás.

—Bien, ¿qué piensa hacer? —preguntó divertido.

—De momento esperar la respuesta del señor Owen, después de eso ya veré, pero si me tengo que quedar aquí, me refiero a permanecer en este tiempo, me iré, buscaré un trabajo; no seré una molestia para usted.

—Ya... —dijo reflexivo— Y hasta que encuentre ese trabajo, ¿qué piensa hacer?

—Ya que ha sido tan amable de ofrecerme su casa, permaneceré aquí, algo habrá que pueda hacer para pagarle mi manutención y este vestido.

—Algo se me ocurrirá —dijo con un extraño brillo en los ojos—. Pero ahora tenemos que irnos, madame Lafleur nos espera. —Poniéndose de pie, tocó de nuevo la campanilla.

—¿Quién? No voy a ir a ninguna parte milord.

—Señor Tilman, que preparen el carruaje por favor.

—Enseguida milord.

—No voy a... —Me cogió del brazo y casi me arrastró hasta la entrada donde nos esperaba el señor Tilman con una capa que me colocó sobre los hombros. Acto seguido tomó un abrigo y ayudó a Lord Adair a ponérselo entregándole después un sombrero y un bastón.

—Gracias Alexander.

—Milord.

—Ya le he dicho que... —Volvió a cogerme, esta vez de la cintura y salimos a la calle. Allí nos esperaba un carruaje y el cochero que extendió su mano para ayudarme a subir, cosa que hice dando un traspié.

Estaba tan irritada que no podía ni hablar. Si poco antes había gritado

ahora estaba segura de que ladraría y mordería a ese arrogante lord que me ponía los nervios de punta como nadie lo había hecho antes. Sentía el calor salir de mí como si fuese un dragón; en ese momento lamenté no ser capaz de escupir fuego para quitarle esa cara de satisfacción y presunción a ese estúpido aristócrata que tenía enfrente de mí.

Fuego, pasión. Si algo podía describir a aquella criatura del futuro eran sin duda esas dos palabras y explicarían el ardor de su ingle. Fuerte y vulnerable, inteligente y decidida, tan sensible... La señorita Sinclair era de lo más interesante y ese brillo en sus ojos color miel, la hacía hermosa y diferente. Tan pequeña, no veía el momento de tenerla entre sus brazos, entre sus sábanas; imaginaba sus pechos en sus manos y sus labios rodeando su falo erecto. Ya había visto su cuerpo medio desnudo y, poco después, sólo cubierto con aquella extraña ropa que escondía sus pechos y su sexo, haciendo que le hormigueara la piel y se le encendiera la verga, sin embargo, en aquel momento, arropada por completo con tanta tela, el cuello descubierto y un mínimo de piel del escote a la vista, su deseo por ella había subido como la espuma, hecho que no llegaba a comprender; a no ser que..., a no ser que el saber lo que había debajo..., el imaginar cómo toda ella iría quedando al descubierto; cómo sus manos la despojarían, capa a capa, de sus enaguas mientras enterraba su rostro en su cabello, embriagado por el olor a lilas que desprendía... Agradeció, en silencio, haber colocado su sombrero sobre sus muslos. Su asta, izada en todo su esplendor, estaba a punto de hacer saltar los botones de su pantalón.

Su cuerpo no solía reaccionar de forma tan inmediata con sólo ver a una mujer. Era bonita, sin duda, pero las había conocido infinitamente más hermosas y ninguna había logrado que se le levantara con sólo mirarla, sin embargo, cuando la vio en el suelo en la fiesta de los Evans, sintió un deseo casi enfermizo de poseerla, tal vez la visión de sus largas piernas y sus pies desnudos con esas uñas de color coral habían ayudado —nunca había visto nada tan erótico—, por no hablar de sus extraños zapatos, pero hubo algo más, algo que no había sentido antes: el deseo de protegerla, de cuidar de ella, un deseo que lo impulsó a cogerla en sus brazos y llevarla a casa. Sin embargo, cuando esa mañana la vio entrar en su despacho con su ondulado pelo castaño, cayendo suelto sobre sus hombros y esa mirada de pureza e inocencia, de cervatillo asustado, sintió el impulso de ir a su encuentro y abrazarla, sólo eso, abrazarla... y él siempre deseaba más que un abrazo de

una mujer...

Ahora, viéndola frente a él en el carruaje con los puños apretados deseando golpearlo, sólo deseaba hundirse en esa mujer ardiente. Iba a divertirse mucho con ella. Había descubierto que enfadarla lo hacía sentirse vivo y no entendía por qué, después de todo, sólo la conocía de unas horas, no comprendía el efecto que causaba en él, aunque tampoco era algo que le preocupara. Diversión y deseo, una combinación nueva que le gustaba y en ese momento sólo esperaba el siguiente golpe de aquella fierecilla con cara de ángel, golpe que no tardó en llegar. Sí, estar con ella iba a ser de lo más refrescante y nuevo, y no podía esperar a descubrir todo lo que tenía escondido.

—¿Cómo se atreve a tratarme de ese modo? ¡Pedazo de burro! ¿Quién se ha creído que es, presumido y arrogante lord? ¿Acaso está tan acostumbrado a mandar y ser obedecido sin rechistar, que se ha olvidado de escuchar? ¿Todavía no se ha enterado de que no es el centro del universo? ¡Es un salvaje! ¿Y usted se considera un caballero cuando no es más que un prepotente machista, mandón e insoportable? No me extraña que viva solo porque seguro que está más solo que la una, quién iba a aguantarlo con esos aires de grandeza que se da, ni que fuera el mismísimo rey y estoy segura de que ni siquiera él se comportaría así... Es odioso... No quiero ir a ninguna parte y mucho menos con usted, ¿se ha enterado?, ¿he hablado con claridad? No es no. Repito, no es no y he dicho que no...

¿Aquello había salido de mi boca? Pues sí, todo ese discurso me salió de sopetón, sin apenas respirar, sin pensar; probablemente dije muchos más disparates sólo que ni siquiera lo recuerdo; inundada por la ira que sentía dejé de ser consciente de mis palabras en un momento determinado y lo peor es que sabía a ciencia cierta, que aún me quedaban cosas por decir, pero la rabia me había arruinado por completo mi capacidad de raciocinio y me quedé muda con mis manos cerradas alrededor de la tela de la falda. Respiraba con dificultad y lágrimas de impotencia luchaban por desbocarse e inundarme por dentro y por fuera, mientras él me miraba con ese destello de diversión en sus ojos, con ese movimiento apenas perceptible de sus labios.

—¿Ha terminado, señorita Katerina? —me soltó el muy idiota con sorna.

—¿Que si he terminado? Pues mire usted “milord” —dije dándole un tono de desprecio al título—, no, no he terminado, quiero volver a la casa y yo decidiré si quiero ir a ver a esa madame o no, usted no tiene ningún poder

sobre mí, como ya le he dicho...

Entonces ocurrió de nuevo. Sus sonoras carcajadas cayeron sobre mí como una cascada de agua fría haciéndome comprender cuál era el maldito plan de lord Adair; fue una revelación, como si la luz divina hubiese aparecido ante mí para abrirme los ojos: ¡había descubierto que se divertía haciéndome enfadar! De ahí todo ese juego que se traía conmigo, de ahí su comportamiento. Sólo esperaba mi reacción porque de pronto, me había convertido en su mono de feria, yo era su bufón... ¡Dios! en ese momento me dieron ganas de arrancarle su hermosa cabellera, como hacían los indios americanos en las pelis del oeste. Ese conocimiento no hizo más que alimentar mi enfado, pero el milagro ocurrió y al parecer aún me quedó algo de entendimiento para controlarlo y recordar los ejercicios de relajación que practicábamos en la clase de yoga de los martes y los jueves, así que cerré mis ojos y respiré hondo haciendo aparecer ante mí la imagen que siempre me calmaba y me traía paz: me sumergía en un lago de aguas cristalinas, un vestido blanco cubriendo mi cuerpo y, cuando volvía a la superficie, me dejaba caer en el agua que me mecía. Allí todo era silencio y paz. Sus carcajadas aún resonaban en mis oídos y en mi sueño las convertí en el trino de los pájaros que creaban esa melodía para mí, llevándome a los brazos de la serenidad. Sin embargo, en todo ese sueño hubo algo más que se escapaba a mi voluntad. Lord Adair sentado casi enfrente de mí, me hacía sentir el movimiento de su risa en mi cuerpo, despertando sensaciones que no quería tener; sin haber ningún contacto físico entre nosotros, sentía sus piernas muy cerca de las mías y a través de ellas me llegaba el calor que desprendía, subía por mis muslos hasta mi corazón y esa calidez me iba tranquilizando. En la imagen de mi mente quise deshacerme de ese poder que él ejercía sobre mí, viéndome zozobrar sobre el agua, sin embargo y a pesar de todo, él estaba allí conmigo, en mi corazón; el calor que emanaba de su cuerpo me llenó el pecho llevándolo a su estado natural de paz, mi cuerpo volvió a mantenerse flotando en la superficie del lago; las aguas me traían y me llevaban y yo me dejaba hacer. Siempre había sido capaz de crear mis visualizaciones a mi voluntad, siempre, salvo en ese momento en que aquel hombre se había metido dentro de ellas. Aquello era mucho peor de lo que había pensado horas antes. No sólo me excitaba, ya que muy a mi pesar, tenía que reconocer que el sonido de su voz, llegaba al centro mismo de mi ser femenino, sino que tenía la habilidad —involuntaria, por supuesto— de relajarme. ¡Madre mía! Estaba perdida. Si estaba en coma, rogaba por despertarme pronto y, si

todo aquello era cierto y de verdad estaba en otro tiempo, tenía que encontrar la forma de volver. Era necesario. Era absolutamente necesario o me vería enredada en una telaraña que se escapaba a mi comprensión. Mi cuerpo, mi mente y mi ser se dejaban dominar por aquel sujeto que me había acogido en su casa y se había autonombrado mi protector.

Entonces me percaté de que todo era silencio a mi alrededor, me di cuenta de que él había parado de reírse y abrí los ojos somnolientos.

—¿Ha dormido usted bien, señorita Katerina? —Se seguía divirtiendo el muy canalla.

—Sí, muchas gracias, me ha sentado muy bien y ahora si es tan amable, me gustaría volver a la casa, por favor —dije con una calma que incluso a mí, me sorprendió.

—Señorita Katerina, —su rostro y su voz se volvieron solemnes, a pesar de que un cierto tono burlón subyacía en sus palabras— hay algo importante que tiene que comprender. Usted está en mi casa y es mi responsabilidad. —Hizo un gesto con la mano para evitar que hablara, pues estaba a punto de contradecirlo—. Su historia es sumamente interesante y aún no sabemos si podrá o no volver a su tiempo... suponiendo, claro está, que su historia sea cierta. La realidad es que usted, ahora, vive en el siglo XIX y aquí tiene que comportarse como la dama que es, como la dama que me acompañará a cualquier invitación a la que yo asista y le aseguro que no me pierdo ninguna. No puede ir vestida de esa manera. Madame Lafleur fue muy amable al atender mi petición de mandarme ese vestido que no es en absoluto adecuado para usted, y que, por cierto, ha estropeado desgarrando la parte superior, pero era el único del que podía disponer de inmediato, dadas las circunstancias, de ahí la premura de ir a visitarla para que le confeccione un vestuario completo apto para cada ocasión.

—Siento mucho lo del vestido, me asfixiaba —expliqué un poco avergonzada—. Sin embargo, milord, ¿se le ha ocurrido pensar que quizás yo no quiera ir a ningún lugar con usted ni con nadie? —dije con ironía.

—Esa no es una opción, señorita Katerina. ¿No tiene curiosidad por visitar la exposición?, ¿no quiere conocer, de primera mano, cómo se vive en este tiempo? Yo creo que sí y le puedo asegurar que se llevará más de una sorpresa cuando sepa de verdad lo que los libros no mencionan, lo que nunca se explica sobre la vida y la historia.

Lo confieso, me había desarmado por completo, me había dado justo en mi talón de Aquiles: mi curiosidad, mi afán de conocimiento. ¡Maldito fuera

él, su siglo y este horroroso embrollo!

—¿Por qué no me explicó todo esto antes? ¿Era necesario todo ese espectáculo delante de sus sirvientes? ¿Tenía que ridiculizarme y humillarme de ese modo? Créame, milord, soy una persona bastante razonable y le puedo asegurar que sé escuchar a las personas cuando me hablan. Sólo tenía que explicarme todo esto, lo habría entendido a la perfección —dije en un tono seco.

—Lo sé —contestó con una sonrisa.

—¿Lo sabe? Entonces... —Supe la respuesta mucho antes de que la dijera.

—Así, ha sido mucho más divertido, ¿no le parece, señorita Katerina? — Y su sonrisa, una vez más, me dejó fuera de combate. Maldito insoportable, formal, estirado y... adorable cretino. Sí, adorable..., a pesar de todo. ¡Joder! —. Ya hemos llegado. Madame Lafleur le gustará, es la mejor en su trabajo y es absolutamente encantadora.

Abrió la puerta sin dejar de reírse y me ayudó a bajar; toda una odisea para mí con aquel vestido que parecía que daba vueltas a mi alrededor, pero lo conseguí sin dejar de tropezar, por supuesto, lo que hizo que chocara con él como lo habría hecho contra un muro, y quise quedarme ahí para siempre, una idea del todo absurda teniendo en cuenta lo mal que me caía ese sujeto, pero... Era cierto que no me gustaba en lo más mínimo por muy atractivo, sexy e irresistible que fuera, por mucho que despertara cosas desconocidas en mí, por mucho que me hiciera desear lo que no había deseado nunca, por mucho que me empujara a hacer lo que jamás habría hecho..., ¿verdad?..., ¿verdad? ¡Uf! Me sujetó hasta que me estabilicé y nuestras miradas se encontraron y aún seguirían sumergidas la una en la otra si no hubiese sido por el sonido de una bocina de una calesa que pasaba por ahí en ese momento y nos sacó de ese incomprensible hipnotismo. Y con la falda... Me había jurado que algún día, si permanecía allí el tiempo suficiente, conseguiría dominarla y cuando lo consiguiera —de eso estaba segura— seguiría tropezando para que él me cogiera entre sus brazos... Sí, aunque todo aquello me parecía muy real, sin duda estaba inconsciente, ¿qué otra explicación podría haber ante semejantes ideas tan irracionales? Tropezar a propósito para que él me abrazara... ¡Qué idiotez!

La tienda de madame Lafleur era muy amplia. Dos pequeños escaparates flanqueaban la puerta de entrada. Una vez en el interior, se podían ver dos

secciones claramente definidas. A la derecha, sombrillas, abanicos, sombreros, guantes, zapatos, estolas, distribuidos en estanterías, todo en un ordenado colorido que hacía resplandecer ese rincón; algún maniquí adornado con una tela a modo de vestido, completaba el conjunto. A la izquierda, los estantes rebosaban de telas de diferentes tonos y tejidos; un par de mesas situadas por delante de los mismos, servían para desplegar los rollos de tela. Al fondo de la tienda había una puerta que daba al taller de costura y a la derecha, una escalera subía a la primera planta.

Quedé maravillada por la autenticidad del lugar; estaba viviendo en primera persona lo que sólo había visto en las películas históricas; podía sentir la madera del suelo bajo mis pies, el crujir de las tablas bajo mi peso; el olor de los tejidos, de las pieles, de los distintos materiales y del producto para limpiar la madera me impregnaban los sentidos. Todo brillaba bajo la luz de las lámparas, haciendo de la boutique casi un hogar; cualquier persona podría haber pasado horas en ese comercio, alimentada únicamente por las sensaciones que proporcionaban los sentidos. La suavidad de los muebles, los olores y la calidez del lugar me hacían pensar en que estaba justo donde debía estar.

—¡Lord Adair! ¡Qué sorpresa tan extraordinaria! Cuánto me alegro de verle por aquí de nuevo, Monsieur —dijo madame Lafleur saliendo a nuestro encuentro, en un tono alegre y franco, extendiendo su mano.

—¡Qué placer volver a verla, Marguerite! Está radiante como una estrella —respondió Gabriel besando su mano con una sonrisa—. Cada día más hermosa.

—Y usted, Monsieur, tan adulator como siempre —dijo la señora con la picardía asomando a sus ojos—. Recibí su nota y lo tengo todo listo. Esta joven debe ser su pupila, ¿verdad? ¿Mademoiselle Sinclair? Enchantée, para mí será un honor vestir a una amiga de la condesa —explicó saludándome con una pequeña reverencia.

—Gracias, madame Lafleur, el honor es todo mío. Lord Adair me ha comentado que usted es la mejor en su profesión —dije empezando a sentirme un poco más cómoda con aquella escena que parecía sacada de un film histórico. ¿Había una condesa? ¿Quién?

—Merci, Monsieur Adair —respondió dirigiéndose a él y después, mirándome, dijo—: siempre intento dar lo máximo de mí. —Su sonrisa alegre e infantil me reconfortó el corazón—. Vengan por aquí y les mostraré lo que he preparado. Espero que sea de su gusto, milord.

—Estoy seguro de que quedaré muy satisfecho, como siempre, Marguerite. ¿Lo demás?

—¡Ah, sí! He terminado dos vestidos justo esta mañana; eran para mademoiselle Baker, pero mis chicas ya están trabajando en otros dos para ella así que... pas de problème! Están en el probador, subiremos después si le parece bien, milord.

—Perfecto.

—Milord, no creo que sea perfecto quitarle los vestidos a otra chica para dármelos a mí —dije irritada.

—¡Oh! no se preocupe, mademoiselle Sinclair —contestó madame Lafleur alegremente—, la señorita Baker tendrá sus vestidos a tiempo. —Me sonrió, mientras se dirigía de nuevo a Gabriel.

Toda la calidez que había sentido desapareció cuando madame Lafleur empezó a hablar con Gabriel como si los vestidos fuesen para él; él decidía la tela, el tipo de tejido, el color, el diseño... ¡Pero si los vestidos eran para mí! Empecé a sentirme mareada cuando oía cosas como “este irá muy bien para un bonito vestido de mañana”, “esta es perfecta para uno de baile”, “este color es ideal para la noche”, “este modelo de tarde, ha sido muy bien aceptado por las demoiselles londinenses, milord”... ¿Cuántas veces se cambiaban las mujeres de vestidos al cabo del día?, ¿vestidos de casa?, ¿de etiqueta?, ¿de visita? ¡Qué agonía! Unos tanto y otros tan poco. Los pobres, muy pobres y los ricos... con miles de vestidos para cada hora del día ¡Jamás podría vivir en un mundo así! Aunque, pensándolo bien..., yo también lo hacía: para ir a trabajar, estar en casa, dar un paseo por la tarde, ir al campo, salir de noche... Después de todo, el mundo no había cambiado tanto en ciertos aspectos...

—Milord... —dije acercándome con sigilo a lord Adair.

Ni me miró.

—Milord... —volví a repetir alzando un poco más la voz y armándome de paciencia.

Nada.

—¡Milord! —casi grité.

Entonces me miró.

—¿Desea algo, señorita Katerina? —preguntó. ¡Idiota! Como si no lo supiera.

No. Esta vez no iba a entrar en su manipulador jueguecito. ¡Imbécil! Ya lo conocía y estaba preparada.

—Me gustaría hablar con usted en privado un momento, milord —le contesté sonriendo.

—Ahora no, señorita Katerina, estoy muy ocupado, como puede ver. Más tarde le podré dedicar todo el tiempo que necesite. —Me dedicó una sonrisa antes de volver a su conversación con madame Lafleur. Me dieron ganas de atizarle con uno de aquellos fardos de tela.

—Ahora subiremos al vestidor para que le tome las medidas y se pruebe los vestidos; uno es de mañana y el otro de tarde; creo que le quedarán muy bien, mejor que a mademoiselle Baker, pero no se lo diga a nadie, d'accord, mademoiselle Sinclair? —me dijo la modista con ese entusiasmo que había manifestado desde el principio, cuando ya hubieron terminado de escoger telas, tejidos y diseños.

Nos encaminamos a la planta de arriba. Una habitación muy amplia nos acogió. Decorada con calidez en tonos pastel, una fina tela de un amarillo muy claro con cisnes blancos bordados, cubría las paredes; había unos sillones alrededor de una mesita, algunos estantes y maniqués. Gabriel se sentó en uno de ellos como si estuviera en su propia casa y la señora Lafleur empezó a quitarme la capa.

—Disculpe, madame, ¿qué está haciendo? —pregunté perpleja.

—Tengo que tomarle las medidas, mademoiselle, tiene que desnudarse —contestó con amabilidad.

—¿Me tengo que desnudar aquí? —No me lo podía creer...

—Bien sûr, mademoiselle.

—Perdone, pero no tengo la más mínima intención de desnudarme delante de lord Adair —dije lo más cortante que pude.

—Mais, mademoiselle, milord desea...

—Me da igual, madame, no voy a desnudarme con él ahí sentado. Me niego rotundamente. —Y crucé los brazos sobre mi pecho.

El aristócrata se sentía de lo más satisfecho poniéndome en semejante apuro, lo veía con claridad en su rostro, en su media sonrisa y en ese brillo tentador de sus ojos. No dejé de mirarlo en ningún momento, desafiándolo, provocándolo... Si creía que iba a ser la esclava que estaría dispuesta a cumplir todos sus deseos, estaba muy equivocado; ni por todo el oro del mundo iba a pasar por ahí, que se desnudara “su” Marguerite “radiante como una estrella”.

Dos palmadas fuertes sonaron que me hicieron desviar la mirada hacia la costurera. A los pocos minutos aparecieron dos muchachas muy jóvenes, no

podían tener más de quince años.

—Le paravent... vite, vite... et du thé pour Monsieur —ordenó.

Nos quedamos en silencio esperando a que las chicas volvieran; bien, en silencio él y yo, porque madame Lafleur no paraba de hablar de los vestidos que tenía preparados, de lo bonitos que eran, de lo bien que me sentarían, incluso contó la historia de cómo la señorita Baker se había decidido por esos y no por otros; mientras tanto, él y yo no abandonamos nuestras miradas en ningún momento; él, divertido, yo, retándole..., a pesar de que sentía mi rostro arder, no sólo por la irritación, sino también por lo que la idea de desnudarme delante de él había sembrado en mi mente. Imágenes de bailes sensuales y eróticos donde iba desechando ropa al ritmo de “Lady Marmalade” mientras él... ¡Oh, Dios mío! Estaba... estaba... Su vela estaba izada... y eso no hizo más que empeorar mi estado, pues mi respiración agitada comenzó a quitarme el aliento imaginando aquello dentro de mí, acariciando mi interior y sus manos... sus manos que en ese momento descansaban sobre los brazos del sillón... estaban en mi cuerpo, casi podía sentir cómo me acariciaban cuando vi que las deslizaba por la fina tela, primero con la palma, después con la yema de los dedos; podía ver en su mirada que sabía con absoluta certeza lo que había en mi cabeza. ¡Estaba jodida! ¡Cabrón! Otro pasatiempo: ponerme a cien haciendo manar mi fuente burbujeante. ¿Cómo podía ser tan odioso?

Justo cuando ya creí que no podría más y que me lanzaría sobre él para abofetearlo y besarlo al mismo tiempo, aparecieron tres jóvenes. Dos de ellas llevaban un biombo y la tercera una bandeja con una tetera, tres tazas y un platito con pastas.

Desplegaron el biombo en un lateral de la habitación donde había una puerta en la que no había reparado antes y que resultó ser una especie de armario gigante donde se guardaban los vestidos que iban terminando de confeccionar.

Al ver ese precioso objeto que parecía traído de Japón, con esas flores y esos pájaros pintados sobre la seda, solté un suspiro de alivio y me escondí, literalmente, detrás de él. Tenía que volver en mí lo antes posible. Todavía no podía creer el efecto y el dominio que ese hombre ejercía sobre mí, mi cuerpo y mis sentidos... Era un terremoto que me zarandeaba en contra de mi voluntad. Tenía que encontrar la forma de volver a mi casa, con mi familia y amigos... ¡Con urgencia!

Una vez desnuda, lo primero que sentí fue vergüenza: Marguerite vería

mi más que evidente excitación. ¡Demonios! Su olfato se impregnaría del olor de mis jugos. “¡Tierra trágame!”, supliqué en silencio, cerrando los ojos. Jamás me había visto en una situación tan embarazosa. ¡Dios mío!

Por fortuna, madame Lafleur hizo gala de una discreción que agradecí con todo mi corazón e inició su labor charlando de unas cosas y de otras, consiguiendo que, poco a poco, me fuera olvidando de mi inapropiado estado de húmeda calentura sexual. ¡Gracias a Dios!

La modista empezó a tomar las medidas necesarias para hacer los vestidos que lord Adair había encargado para mí, no sin antes quedarse boquiabierta al ver mi sujetador. Tuve que decirle que me lo había mandado mi hermana de Paris, que era una prenda experimental que habían confeccionado en el taller de costura donde trabajaba y que podría sustituir el corsé para dar más libertad de movimiento a las mujeres. Se quedó muy extrañada, pues consideraba que estaba al tanto de todas las novedades parisinas en cuanto a moda se refería; le expliqué que muy pocas mujeres teníamos esa prenda, que era un secreto y que estaban a la espera de nuestras impresiones con respecto a ese nuevo artilugio.

—¿Podría hacerme dos o tres como éste? —pregunté en voz baja—. Sé que no puede ser igual, pero si consiguiera hacer alguno lo más parecido posible, estaría encantada y muy agradecida, es mucho más cómodo que el corsé, debería probarlo.

—Pero el corsé hace que la figura de la mujer sea mucho más femenina, no creo que esa prenda tenga éxito —dijo mientras lo tocaba y examinaba—, además, no dispongo del material necesario.

—Por favor, madame Lafleur, solo inténtelo, ¿sí? ¿No le gustaría un nuevo desafío? —le pregunté retándola.

—Es usted muy inteligente, mademoiselle Sinclair —me respondió con una sonrisa de satisfacción.

—Llámeme Katerina, por favor. También me gustaría que me hiciera un par de trajes de pantalón... ¡Ah! Y unas braguitas.

—¿Qué y qué? —casi gritó. Si hubiese tenido una cámara de fotos le habría hecho una para inmortalizar la expresión de su rostro ante mi petición.

—Shsss..., lord Adair no debe enterarse —contesté en un susurro—. Estoy segura de que encontrará la forma.

—¿Traje completo? Camisa, chaleco, pantalón y chaqueta, ¿también corbata? —me preguntó curiosa—. ¿Braguitas?

—No es necesario, puedo prescindir del chaleco y la corbata. ¿Qué me

dice? En cuanto a las braguitas, deme papel y lápiz y le haré un dibujo. Forma parte de la ropa interior, madame, para tapar las partes bajas. —Le hice un guiño acompañado de una sonrisa que me devolvió.

—Está bien, lo haré —me respondió satisfecha tras unos segundos de reflexión—. Es usted de lo más sorprendente, mademoiselle. —Sonrió—. Estoy segura de que trabajar para usted será de lo más interesante para mí, y ahora a probarse los vestidos.

—En realidad, no trabaja para mí —le recordé.

—Yo no estaría tan segura... —contestó como si supiera algo que yo no sabía.

—¿Qué quiere decir?

—Dejen de cuchichear ahí detrás. —La voz de Gabriel tronó impaciente—. Quiero ver lo que voy a comprar y no tengo todo el día.

—Enseguida, milord —contestó Marguerite, asomándose por detrás del biombo.

—Mandón —dije en un susurro, a lo cual la modista contestó sonriendo y abriendo los brazos como diciendo “eso es lo que hay”.

Me pasó un pequeño cuaderno donde dejé plasmado el sencillo diseño de las típicas bragas de algodón. Tal vez más adelante, podría mostrarle otro tipo de... cosas para “las partes bajas”. Miró el burdo dibujo con expresión contrariada. Después a mí.

—¿De dónde ha salido... esto? —preguntó negando con la cabeza y señalando el papel—. ¡Bah! Da igual... Mademoiselle, tiene usted unas ideas muy extrañas, si me permite decirlo.

—Por favor, ¿lo hará? —casi rogué en voz baja.

—¿Un nuevo desafío? D'accord, mademoiselle, cuente con sus... braguitas —respondió satisfecha tras un corto silencio—, y ahora, a probarse los vestidos.

—Gracias, madame.

Una vez que obtuvo los datos necesarios para el atuendo masculino, entró en el armario y sacó un vestido de color burdeos de manga francesa terminada en un pequeño volante de encaje y el cuello en forma de v que parecía estar sujeto a los hombros por unas cintas que formaban un pequeño y muy elaborado ramo de flores blancas. Otra cinta blanca, anudada con un lazo, adornaba la cintura. La parte superior del corpiño tenía igualmente unas pequeñas flores bordadas siguiendo la línea del escote sin llegar a los hombros. Los botones estaban en la espalda y cuando terminó de abrocharlos,

me hizo salir para presentarme, orgullosa de su trabajo, ante lord Adair. Él sólo hizo un gesto de aprobación con la cabeza y madame Lafleur procedió a ponerme el siguiente vestido.

Un precioso vestido blanco y azul de manga corta y un poco abultada, con el escote ovalado, que cubría el extremo de los hombros. El azul predominaba, y finos encajes blancos bordeaban la parte superior del corpiño así como la cintura y el bajo de la falda. Quedé encandilada con aquel conjunto, me sentía como una princesa de cuento ante la varita mágica de mi hada madrina y cuando terminó de abrochar todos los botones que, esta vez, estaban en la parte delantera, me volvió a presentar ante Gabriel.

—Bien, éste se lo llevará puesto —dijo levantándose—, el otro lo puede enviar mañana a la mansión Bladnoch con el resto de las cosas —prosiguió sin emoción ninguna.

—Como desee, Monsieur —contestó Marguerite haciendo una ligera reverencia.

—Gracias, madame Lafleur, ha hecho un trabajo extraordinario, como siempre; no hay mejor boutique en todo Londres —dijo sonriendo una vez que estuvimos en la tienda, inclinándose para besar su mano.

—Monsieur, ha sido un placer. ¿Cuándo tendré el gusto de volver a ver a la condesa y su hija? Siempre es un honor verlas en mi humilde tienda —preguntó la modista con su habitual alegría.

—Pronto —contestó manteniendo en todo momento su compostura y buenos modales, pero sin revelar nada más.

Se despidieron con la misma ceremonia y los mismos cumplidos con los que se habían recibido. Yo agradecí algo más que su buen trabajo cuando nuestras miradas cómplices se encontraron y sonreímos.

Salí de la tienda con el equipo completo. Sombrero, guantes, sombrilla, capa y zapatos, todo a juego con el vestido. Me sentía rara, incluso ridícula, sin embargo me gustaba todo el conjunto; no había duda de que, al menos por fuera, me había convertido en una mujer de 1851 e iba a vivir esa etapa de la historia en primera persona..., hasta que me despertara, claro, pues, a pesar de todo, seguía convencida de que todo aquello no era más que el fruto de mi inconsciencia.

Sentada frente a él en el carruaje, no dejaba de preguntarme qué pensaría Gabriel viéndome con esa indumentaria, qué impresión le había dado, si le gustaba o no y no podía comprender por qué su opinión era tan importante, nunca había necesitado el punto de vista de los demás —aunque siempre

pedía la opinión de Stephanie, claro, pero eso era diferente—, sin embargo, en ese momento, ese deseo me hacía sentir insegura y eso no me gustaba nada en absoluto. Mi barco empezaba a naufragar una vez más y tenía que hacer algo al respecto, ¿el qué? Aún no lo sabía, pero mientras siguiera con él no podía permitir que esos miedos infantiles, ya superados, volvieran a mí, aunque tenía que reconocerme a mí misma que estar junto a un hombre como él me hacía sentir pequeña, fea, flaca en exceso, hacía que me sintiera inferior, poca cosa para él, y aquellos pensamientos me perturbaban. Yo nunca me sentía así, estuviera con quien estuviera, pero estar con él hacía que me cuestionara todo lo que yo era, todo lo que una vez fui, lo que sentía, lo que veía y, para colmo, estaba la duquesa y su hija. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Estaría casado? Esa idea me fastidiaba mucho mucho..., más de lo que en ese momento era capaz de admitir..., mucho más.

—Está muy pensativa, Katerina, ¿se encuentra bien? —Su familiaridad alivió mi malestar, su dulce voz me relajaba y su mirada penetrante estabilizaba mi barca.

—Sí, gracias, es que me siento muy extraña con este atuendo, es demasiado incómodo para mí, no estoy acostumbrada y estas faldas me hacen pensar que me caeré de cabeza en cualquier momento, esto es peor que llevar zapatos de tacón de aguja, además, me aprieta por todas partes —respondí con naturalidad.

—¿Tacón de aguja? —preguntó sin comprender.

—Es un tipo de zapato, no tiene importancia —le contesté sonriendo.

—No se preocupe, Katerina, se acostumbrará y con suerte, mi padrino, el señor Owen, conseguirá que vuelva a su casa.

Volver a casa. La esperanza reflejada en mi rostro, en mi mirada. Volver a casa.

Y él... ¡Me estaba consolando! Con calma y serenidad, lo que me dijo actuó sobre mí como el mejor de los relajantes; Gabriel no tenía ni idea de la importancia de sus palabras y de su actitud, y yo nunca me había sentido tan protegida antes por nadie que no fuera de mi familia. Sentada frente a ese desconocido, me sentía en casa, siempre y cuando él estuviera junto a mí; y fue justamente eso lo que ocurrió.

—Está temblando —me susurró sentándose a mi lado.

—¡Oh! No es nada, será la humedad, ya es de noche y esta niebla no ayuda —respondí pesarosa. Sin saber por qué, parecía que llevaba el peso del mundo sobre mis hombros.

—Todo saldrá bien, muchacha —dijo rodeándome con sus brazos.

El calor que emanaba de su cuerpo me reconfortó, y pocos minutos después, dejé de tiritar manteniendo mi cabeza sobre su pecho. Cerré los ojos y de pronto sentí que estaba en mi hogar. Mi hogar. No quería que desapareciera jamás.

—¿Se encuentra mejor, señorita Katerina? —preguntó de pronto Gabriel deshaciendo el abrazo. Me sentí vacía. Su voz me sonó extraña.

—Sí..., sí..., gracias, me encuentro mejor —respondí enderezándome, con un nudo en la garganta. Incapaza de comprender por qué, sentí deseos de llorar. El sentimiento de abandono volvió cuando ocupó de nuevo su lugar frente a mí.

—Bien, no tardaremos mucho en llegar a la mansión; tiene que comer y descansar, mañana se sentirá mejor —dijo con frialdad y lejanía. Zozobraba otra vez. Ya no estaba conmigo.

Nos mantuvimos en silencio durante unos minutos que se me hicieron eternos. Yo lo miraba. Él miraba por la ventana. Mi mente inquieta repasó los acontecimientos del día y recordé a la condesa y a su hija. Mis pensamientos me ayudaron a volver en mí, a sentirme otra vez yo..., más o menos.

—¿Está casado, milord? —Siempre estuve convencida de que si quería saber algo tenía que hacer preguntas directas. Me miró sin expresar nada.

—No, señorita Katerina.

—Madame Lafleur habló de la condesa y su hija, pensé que sería su familia.

—Lo son, mi madre y mi hermana pequeña —respondió distante. Era como si no quisiera hablar de ello.

—¿Dónde están?

—En casa.

—Creía que vivía solo —pregunté más animada.

—Vivo solo, señorita Katerina. —Vaya, iba a tener que sacarle la información con un sacacorchos.

—Pero ha dicho que estaban en casa, no entiendo —dije confusa.

—Yo vivo en Londres, mi casa está en Galloway, Escocia.

—¿Escocia? Me encanta Escocia, he ido un montón de veces y siempre descubro lugares nuevos, y los que ya conozco me parecen distintos cada vez que los vuelvo a visitar —dije entusiasmada—, aunque supongo que la Escocia que yo conozco será muy distinta de la que conoce usted.

—Escocia siempre es Escocia —respondió con un tono de voz que daba

por finalizada la conversación—. Ya casi estamos en la mansión.

—¿Cómo se llaman? —le pregunté sin tener en cuenta su deseo no expresado.

—¿Quiénes?

—Pues, su madre y su hermana.

—Mi madre se llama Alysha y mi hermana Irish, señorita Sinclair —contestó empezando a enfadarse—. ¿Su curiosidad queda satisfecha? —Su mirada estaba vacía. ¿Qué estaría pensando en ese momento?

—¿Por qué le molesta tanto hablar de su familia? ¿No se lleva bien con ellas? —pregunté sin amilanarme.

—Ya hemos llegado.

Fin de la conversación.

¿Qué hacía contestando a sus preguntas? Su vida era suya y de nadie más. Nunca había permitido que ahondaran en su intimidad. Él era él, su familia se mantenía feliz y libre de toda la suciedad que lo rodeaba; él había hecho todo lo posible para mantenerla a salvo y ahí estaba esa muchachita que decía provenir del futuro, metiéndose más allá de lo que jamás le había permitido a ningún ser humano... femenino, y él lo estaba consintiendo muy a su pesar y para colmo de males, se había puesto a consolarla. Quería hablar con ella. No quería hablar con ella. Esa mujer estaba consiguiendo en unas pocas horas, lo que ninguna otra había conseguido: hacer una pequeña brecha en sus defensas. No lo volvería a permitir, una cosa era el deseo que lo hacía arder y otra muy distinta, dejar que revolviere en su vida y se adueñara de ella; se juró que nunca lo volvería a permitir. Jamás.

Cuando el carruaje paró delante de la casa, Gabriel salió casi corriendo, dejándome dentro y sin mirar atrás. Me quedé atónita, se suponía que era un caballero, por muy enfadado que estuviese conmigo —sólo Dios sabría por qué—, debería haberme ayudado a bajar, sobre todo sabiendo la dificultad que representaba para mí estar metida en aquel traje que me era del todo extraño..., pero ahí seguí sola, pensando en la manera de bajar sin ayuda, tarea bastante difícil que se volvió más complicada cuando me levanté y me puse en la puertecilla mirando los pequeños peldaños. ¿Cómo iba a bajar? Tal vez si me subía la falda hasta las rodillas... ¡Joder! Echaba de menos mis pantalones... Sólo esperaba que madame Lafleur no tardara mucho en hacerme los trajes masculinos, como los había llamado, los vestidos podían

esperar, ya tenía dos y eran suficientes. Entonces, Alfred, el cochero, apareció en la puerta del carruaje extendiendo su mano. El alivio que sentí no lo puedo describir, sólo deseé abrazarlo de puro agradecimiento.

—Gracias Alfred, es usted muy amable —le dije sonriendo.

—Es mi trabajo, señorita Sinclair —respondió muy ceremonioso inclinando la cabeza a modo de saludo.

—Aun así, muchas gracias —insistí, y le di un beso en la mejilla.

El muchacho se quedó petrificado ante mi reacción; aún seguía sujetando la puerta y mirando hacia el vacío, mientras yo me dirigía a la casa y el señor Tilman me informaba de que la cena estaría dispuesta en unos minutos. La cena. Después de desayunar, no había comido en todo el día y habíamos pasado toda la tarde en la boutique. Estaba hambrienta.

—¿Dónde está lord Adair? —pregunté dudosa.

—En su despacho, señorita Sinclair —contestó cogiendo mi capa, el sombrero, los guantes y la sombrilla—. Disculpe, señorita, será mejor que lo deje solo hasta la cena, es su deseo —me advirtió cuando vio que me dirigía hacia el santuario del gran jefe.

Lo miré un poco perpleja preguntándome qué habría hecho o dicho para que él se comportara de ese modo. Tal vez lo había ofendido sin darme cuenta, pero por más que repasaba los sucesos del día, las conversaciones, no encontraba nada que pudiera ofender a alguien por muy aristócrata que fuera, aunque nunca se sabía teniendo en cuenta todas esas reglas por las que se regía la nobleza. “¡Que le den!”, pensé, no iba a estar preocupada por algo sin saber qué era ese algo. ¡A saber lo que tendría el tipo en la cabeza! Además, en ese instante me encontraba con un problemilla. ¿Qué haría hasta la hora de la cena? Eran unos minutos, sin embargo... ¿se suponía que tenía que ir a mi habitación? O... ¡Qué sé yo! Así que me quedé ahí parada, en el hall de la mansión Bladnoch sin saber qué hacer o a dónde ir.

Mientras tanto el señor Tilman me miraba estupefacto sin comprender por qué no me movía y hacía algo —al menos eso suponía viendo la expresión de su rostro—, pero la muy oportuna llegada de la señora Hayes me abrió las puertas del cielo, bueno, tal vez fuera un poco exagerada, mas su alegre cháchara me sacó de todas las dudas y me salvó de una situación bastante embarazosa.

—Señorita Sinclair, Katerina —rectificó ante la forma en que la miré—, ¿cómo le ha ido con madame Lafleur? Venga, cuéntemelo todo mientras le presento al servicio —me dijo con su habitual buen humor.

Así fue cómo Nora supo lo que había ocurrido en la tienda de ropa — bueno, sólo una parte, claro—, y yo conocí a los trabajadores de la mansión. Aparte del señor Tilman, el mayordomo, el joven Alfred, el cochero y la misma señora Hayes, a los que ya conocía, nos dirigimos a la cocina y allí me presentó a Jane Hodge, la doncella; a la señora Aileen Crawford, la cocinera; al señor Victor Doyle, el ayuda de cámara de Gabriel y a Gerard, el lacayo y sirviente para todo. También me habló de aquellos que estaban fuera en ese momento: el señor Frank White, padre de Alfred, que se ocupaba de las cuadras y de los caballos, junto a su hijo, y de los jardineros, los hermanos Craig, John y Rupert. Conversar con Nora me había devuelto el entusiasmo y me había alegrado el alma; la soledad que sentí en el carruaje fue desapareciendo conforme yo le iba contando y ella me iba presentando a los sirvientes que se encontraban en la casa; el hablar con algunos de ellos hizo que me sintiera normal. Yo formaba parte de su mundo, de haber nacido en ese siglo, yo sería una doncella como Jane y no la joven profesora de literatura de la universidad, libre e independiente, que era en mi siglo y mucho menos, la dama que lord Adair se empeñaba que fuera en el suyo; me daba la impresión de estar sobre una tabla inestable y que en cualquier momento me caería al mar y me ahogaría. Yo no pertenecía a esa obra teatral que era la aristocracia y ese hombre misterioso, atractivo y de humor cambiante, me había introducido en una vida que no entendía, a la que no pertenecía; sin embargo, él era mi punto de referencia, mi apoyo y sin él... no sé...

—¿No desea refrescarse antes de la cena, señorita Katerina? —me preguntó una vez que hubo finalizado.

—¿Refrescarme? —No sabía exactamente a qué se refería con eso de “refrescarme”, lo que sí quería era comer y darme un baño caliente antes de irme a dormir

—Sí, asearse un poco antes de ir al comedor.

—¡Ah! Bueno, me lavaré las manos aquí mismo, en la cocina, si no le molesta, señora Crawford.

—¿Aquí? No es apropiado para una dama, señorita Sinclair —me dijo la señora Crawford malhumorada.

—Claro que sí —contesté con ánimo, dirigiéndome al lavadero—, sólo necesito agua y jabón —dije sonriendo.

Ante mi comportamiento, nadie dijo nada, pero todos se miraron sin comprender o más bien, como si hubiesen visto un dragón de tres cabezas.

—Vamos, no me miren así, tampoco es algo tan grave, ¿no les parece? —dije con la mayor naturalidad del mundo—. ¿Ahora ya toca cenar? —pregunté uniendo mis manos ante mi rostro sonriente y transmitiendo mi necesidad urgente de comer antes de desmayarme—. No he comido en todo el día, sólo he visto telas y vestidos.

—Por supuesto —contestó Nora—. Venga por aquí, la cena se servirá en cuanto lo ordene el señor.

La señora Hayes me llevó al “saloncito de la condesa”, una preciosa habitación con un escritorio, unas estanterías con libros, una chimenea en el centro del salón con un canapé por delante, justo enfrente de la puerta, una zona muy iluminada a la izquierda de la entrada con un ventanal redondo con cojines y una mesita en el centro flanqueada por dos sillones. Era la sala donde la condesa solía pasar su tiempo leyendo, atendiendo sus asuntos o recibiendo alguna visita. El señor tenía su estudio. La señora tenía ese salón.

Rodeada de aquel esplendor, de aquellas paredes tapizadas de seda verde y motivos florales y de un mobiliario exquisito, sólo podía pensar en la comida mientras esperaba a que “su alteza real” se dignara a aparecer.

Los minutos pasaron convirtiéndose en una hora, y él seguía en su estudio; yo iba perdiendo la paciencia al mismo ritmo que el reloj marcaba los segundos. ¿Qué estaría haciendo? Mi idea de la caballerosidad debía de ser una ilusión, ya que, según yo tenía entendido, un caballero siempre estaba disponible para agrandar y complacer a una dama; a una dama no se la hacía esperar, sobre todo cuando la dama en cuestión llevaba todo el día sin comer y estaba que se moría de hambre... y este tipejo... La verdad es que no sabía qué pensar.

Cuando ya estaba a punto de ir a buscarle y el volcán de mi interior empezaba a echar humo, apareció Nora anunciándome que podía pasar al comedor.

Cuando entré, él ya estaba sentado a la cabecera de la mesa. El señor Tilman retiró la silla junto a él, esperando a que me sentara. Me resultó curioso el hecho de que lord Adair permaneciera sentado. Por lo que yo sabía, un caballero siempre esperaba a que la dama se sentara antes de que él lo hiciera o se levantaba, en señal de respeto, cuando ésta aparecía y hasta que ella no ocupaba su lugar él tampoco ocupaba el suyo. Definitivamente estaba conociendo las costumbres que no se contaba en los libros y que derrumbaban mi idea romántica del caballero de brillante armadura. Al ver cómo me miraba el mayordomo me di cuenta de que me había quedado

mirando la silla y a Gabriel mientras estaba sumida en mis reflexiones. Le pedí disculpas y me senté.

Estaba tan serio que parecía que llevaba una máscara. Sin expresión. Sin una palabra. Ni se dignó a mirarme. Era como si yo no existiera, como si no estuviera allí. El volcán empezaba a escupir fuego. Tanto si quería como si no, yo ocupaba un espacio, estaba allí sentada, a su lado. Existía. Llevaba esperándolo más de una hora. ¿Qué demonios se había creído? Sin embargo, me mantuve serena recordando mi lago en el bosque, el cantar de los pájaros, la brisa fresca, mi corazón en paz y el calor que sentí en el carruaje..., ese calor...

—Milord, pensé que no iba a venir, ¿se encuentra bien? —pregunté fingiendo preocupación. ¿Fingía?

Me miró sin decir nada y ordenó que se sirviera la cena. De un plumazo, el apetito se fue de paseo como mi serenidad.

—¿Se puede saber qué demonios le pasa? —le pregunté con irritación.

—Nada —contestó sin mirarme y sumergiéndose en el primer plato.

—¿Nada? Vaya con ese cuento chino a otro lugar —le solté sin pensar, sintiendo el enfado en mi estómago—. ¿No contesta? Sé que no le he ofendido en nada, aunque claro, con un aristócrata del siglo XIX nunca se sabe, pero sí me gustaría saber por qué se comporta así, si se trata de mí o de su cabeza...

—Señorita Sinclair, si me pasa algo o no, no es de su incumbencia. Haría bien en comer, tendrá hambre teniendo en cuenta que no ha comido en todo el día y le pido disculpas por ello, yo y sólo yo soy el responsable —dijo cortante.

Me dejó sin palabras. No me tenía en cuenta, no me miraba y... me pedía disculpas.

Ese era el hombre más extraño que había conocido en mi vida.

—Es cierto, lo que le pase, no me importa, si quiere contarlo o no, no es asunto mío... y tenía mucha hambre... —No lo podía explicar, pero el corazón se me llenó de ternura reemplazando la ira que parecía crecer y que, contra todo pronóstico, desapareció por completo—. Sin embargo, me gustaría que supiera que si desea hablar de cualquier cosa, estoy disponible, siempre estaré a su lado si me necesita —le dije con dulzura, mirándolo fijamente.

Aquellas palabras habían salido desde mi corazón y eso me sorprendió. ¡Si apenas lo conocía! ¿Cómo podía ofrecerle mi amistad y todo lo que

conllevara, con tanta inocencia, abriéndome en canal para él? ¿Estoy disponible? ¡Por Dios! ¡Con la de interpretaciones que podía llegar a tener esa frase! Y lo peor de todo es que había sido del todo sincera, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él, cualquier cosa que necesitara..., pero... ¿qué me pasaba? Algo me decía que aquel hombre, arrogante, presuntuoso y soberbio, necesitaba, más que nada en el mundo, a alguien que lo escuchara, que lo cuidara, que lo protegiera y que toda esa fachada no era más que un disfraz que se había colocado para actuar en el mundo en el que se veía obligado a vivir. ¿Por qué? El autoproclamado protector necesitaba protección y cuidados. Esa noche me di cuenta de que la soledad y algo más que desconocía lo embargaban y se habían posado sobre él como una enorme y pesada losa que no lo dejaba respirar desde hacía mucho tiempo, y yo me propuse aliviar sus pesares costara lo que costara, tuviera que hacer lo que tuviera que hacer. Yo lo curaría. Quizás esa fuese mi misión. Salvar a un ese caballero. ¡Qué locura! ¿Verdad?

Me miró con tanto descaro, expresando tanto rabia como gratitud, que sentí que me sonrojaba y me intimidaba, pero me mantuve en mi sitio sosteniéndole la mirada.

—No necesito nada de usted, señorita Sinclair, nada en absoluto —contestó rabioso. La gratitud que me pareció ver en su mirada, había sido un espejismo.

¡Dios! Me asustó. Sentí miedo de verdad. Me había abandonado otra vez. No entendía nada. No comprendía ese maremágnum de emociones que bullía en mi interior, ni siquiera podía nombrarlas, sólo sabía que había conseguido que me sintiera sola y desamparada de nuevo. Así que decidí coger el toro por los cuernos y superar esa desazón irracional que él inculcaba en mí cada vez que me hablaba de ese modo, aunque esa era la primera vez que lo hacía con tanta ira, a pesar de que se había enfadado conmigo en otras ocasiones.

—Lamento decirle, milord, que diga lo que diga, lo diga como lo diga y me mire como me mire, no conseguirá espantarme, no le tengo miedo. —“Mentirosa, más que mentirosa”, me dije sin dejar de mirarlo—. Nos necesitamos los unos a los otros, aunque nos convenzamos de que no es así —le respondí muy convencida y segura de mí misma, aunque por dentro estaba temblando como un flan de vainilla—. Puede contar conmigo para lo que necesite —concluí con serenidad.

—¿Para todo, señorita Sinclair? —preguntó con un brillo en sus ojos y una expresión en sus labios que no supe identificar y que me puso los pelos

de punta.

—Para todo, milord, es lo que hacen los amigos, ¿no lo sabía? —En ese momento sentí que había firmado mi sentencia..., aunque no sabía cuál era. Cualquiera cosa podría pasar.

—Lo tendré en cuenta. —Y así, sin más, volvió a concentrarse en el plato que tenía delante.

“Lo tendré en cuenta”, repetí en mi cabeza dándole un tono de burla. ¡Menudo idiota! Yo intenté comer. El estómago se me había cerrado por completo, pero me obligué a masticar, tenía que nutrirme si quería sobrevivir a esa experiencia. “Sin comida, la máquina no puede funcionar”, solía decir mi padre, “el cerebro acaba atrofiándose y el cuerpo enferma”.

Mientras tragaba, sintiendo que estaba haciendo el mismo esfuerzo que se habría necesitado para construir la abadía de Westminster, mi mente empezó a maquinarse la manera de llevar la conversación a un terreno más agradable y ameno para ambos.

—Gracias, milord. Los vestidos me han gustado mucho. Me gustaría saber qué más cosas ha encargado a mis espaldas —le pregunté como si estuviera enfadada con él, quizás eso lo animara, después de todo se divertía mucho cuando conseguía irritarme y se lo demostraba—. Me hubiese gustado que tuviera en cuenta mi opinión cuando eligió las telas y los modelos, después de todo, los vestidos no son para usted, ¿o le gusta vestir como una mujer? —Lo miré desafiante, igual que hice en el vestidor de la boutique, a la vez que le regalaba una sonrisa irónica y mi cuerpo traidor recordaba, de una forma muy vívida, lo que había sentido en aquel momento.

Tras mirarme durante unos segundos que parecieron siglos, sonrió primero, después su sonrisa se amplió para terminar en unas tremendas carcajadas que inundaron mis sentidos, como siempre sucedía cuando las escuchaba, y en ese preciso momento y sin mediar palabra, deseé sentarme en su regazo y comérmelo a besos mientras me deslizaba sobre su verga hasta que se despertara sólo para mí... ¿Quéééé?

—¿No le ha gustado la elección, señorita Katerina? —Uf, por fin, había vuelto de nuevo. Bien, no había sido tan difícil..., un poquito, quizás.

—Sí, reconozco que tiene buen gusto, pero habría preferido que me preguntara, milord. —La sonrisa nunca abandonó mi rostro.

—Quizás la próxima vez —contestó divertido.

—¿Podría decirme qué cosas traerá mañana madame Lafleur?

—Ya lo verá. —Me gustaba mucho cuando se ponía así, coqueto y

seductor. ¿Me gustaba? No, en absoluto, es que..., bueno, prefería al hombre juguetón en vez de al ogro feroz, sólo era eso. No había nada más, ¿verdad? El sexo era sexo, deseo, lujuria, y lo demás... una ilusión.

En realidad, eso de tener sexo con él, también era una ilusión. ¿Por qué iba a querer meterme en su cama? Un hombre como él que dejaba a Adonis a la altura de una zapatilla, no querría tener intimidad con una mujer como yo, no era una modelo de portada y seguramente él estaría acostumbrado a estar con mujeres de extraordinaria belleza y no con una tan normalita como yo. Ya era oficial —por si había alguna duda—: yo era idiota. ¿Por qué pensaba en eso? ¿Dónde estaba mi super autoestima? Yo valía mucho. ¡Qué rabia de hombre que me hacía pensar en cosas tan inaceptables! Si a mí ese tipo no me atraía ni lo más mínimo, ¡qué tontería! Aunque fuera guapo y sexy y despertara mi cuerpo haciéndome pensar en cuerpos sudorosos, gemidos y el baile de las caderas, yendo la una al encuentro de la otra... ¡Basta! Eso no va a ocurrir, no es más que lujuria y... que llevaba mucho tiempo sin hacer el amor, vamos, sin follar, hablando en plata. “Déjate de tonterías y céntrate, ahora toca comer, aunque no tengas hambre. ¡Basta ya!”, me dije irritada. Así que hice todo lo posible por eliminar todos esos pensamientos que derribaban esa “grandeza interior” que tanto me había costado alcanzar.

Por suerte, las musas me habían inspirado, ¡menos mal! A partir de ahí la velada cambió de forma radical su rumbo inicial. La tormenta fue pasando poco a poco para dar lugar al radiante sol que eran sus ojos, sus labios, todo su rostro; su calor me envolvió una vez más.

Me sentí de nuevo arropada y a salvo, y empecé a comer con el mismo apetito que había tenido unos minutos antes. Todo aquello me era tan ajeno que me parecía estar en un sueño —o en estado de coma—: aquel hombre, el supuesto viaje temporal y todas las emociones que me habían sacudido desde que despertara aquel día, me desvelaron una Katerina casi desconocida. Tanta rabia en mi interior que no era capaz de comprender. ¿Desde cuándo una persona me afectaba hasta ese punto? Una cosa era enfadarse, todo el mundo lo hacía, pero Gabriel despertaba, a la vez, la ira y la compasión, las ganas de golpearlo y las de abrazarlo, la necesidad de alejarme de él y la de unirme a él para siempre, la voluntad de volver a mi casa y la de quedarme allí hasta el fin de mis días. Era todo tan absurdo, tan inexplicable, tan irracional, tan irreal y... tan real.

Cenamos conversando de unas cosas y de otras; me explicó cómo había conmocionado a la sociedad londinense el Palacio de cristal, la estructura tan

innovadora que albergaba la exposición universal; me habló de las máquinas, de la revolución industrial que era ya imparable, de la construcción del metro, del ferrocarril, de los cambios sociales, del aire de progreso que impregnaba el país. Lo veía como un hombre orgulloso de vivir en un siglo tan significativo históricamente, formaba parte de la historia y él lo sabía, y yo no pude más que sentir una profunda y sincera admiración por él, había pasión y fuerza en sus palabras, desvelándose ante mí, como un hombre muy distinto al que había conocido hasta entonces, me estaba regalando un pequeño trocito de su territorio personal, se estaba abriendo a mí, dejando atrás al aristócrata autoritario y arropado por la etiqueta. Desconocía el motivo de mis sentimientos, después de todo, él era un espectador de lo que ocurría a su alrededor, aunque algo me decía que había mucho más. ¿Qué estaría aportando él, a ese nuevo mundo que se estaba desarrollando? Sospechaba que, de una manera u otra, él participaba en todo aquello y estaba segura de que habría alguna forma de descubrirlo, aunque en ese momento no supiera cómo, pero lo averiguaría. La curiosidad por ese hombre y por ese tiempo me tenía absolutamente fascinada.

Cuando terminamos de cenar, me propuso una partida de ajedrez en la biblioteca y, a pesar de lo cansada que me encontraba, aún no era capaz de dejarlo, sobre todo, sabiendo que había una posibilidad de permanecer junto a él un poco más de tiempo.

Ya en la biblioteca, tomó mi mano y me llevó hasta una mesita junto a la chimenea, donde se disponía el tablero y las piezas perfectamente colocadas. Nunca me gustó demasiado el ajedrez ni se me daba bien, pero por disfrutar de su compañía, podía hacer cualquier cosa, después de todo, pronto me despertaría del coma y quizás no recordara nada de todo eso.

Cuando me senté, mi mano echó de menos su contacto, en realidad, mi mano y todo mi cuerpo que reaccionaba a su tacto de una forma brutal, deshaciéndome por dentro, creando una necesidad vital de compartir más que una mano, más que unas risas, más que una partida de ajedrez. No podía dejar de mirarlo ni era capaz de evitar hacerlo; me sentía como una espía, hasta que nuestros ojos se encontraban y bajaba la cabeza con timidez a la vez que sentía cómo me sonrojaba. Yo podría no ser una dama de la época victoriana, sin embargo, en un solo día, me estaba convirtiendo en una de ellas, pero con la mente repleta de imágenes lujuriosas que humedecían mi sexo y cuyo protagonista principal era él. Gabriel. Gabriel haciéndome... de todo.

—Tome —dijo acercándose una copa de whisky.

—No gracias, es muy amable, pero no bebo —contesté.

—Es el oro de mi tierra, ¿no va a probarlo? —preguntó extendiendo la copa hacia mí.

—Está bien, tomaré un poco, gracias. —Nuestros dedos se acariciaron y un suspiro se me atrancó en la garganta. Qué no habría dado yo por sentir esas manos por...

—¿Y bien? —me preguntó expectante cuando tomé el primer sorbo.

—Lo siento, milord, pero los licores fuertes no me gustan —dije con un mohín, sintiendo que la garganta y el estómago me ardían.

—¿Prefiere algo más suave? ¿Un oporto, quizás? —me preguntó risueño.

“Tu boca sobre mis pechos, eso es lo que prefiero”, pensé y, acto seguido, sentí el calor inundar mi rostro. ¡Santo Dios!

—No, gracias, no quiero nada —contesté aturdida, mientras él me miraba interrogante.

—Está bien.

Se sentó frente a mí sin dejar de mirarme y con los ojos brillantes, lo que me hizo desviar la mirada una vez más. Estaba adquiriendo unas costumbres de lo más inaceptables. Sonrojo, timidez. Me daba la impresión de que tenía la habilidad de leerme el pensamiento con sólo mirarme y eso no hizo más que aumentar mi desasosiego. Si él supiera...

Entonces llegó mi turno. Empezó a preguntarme sobre el siglo XXI a los pocos minutos de empezar la partida. “¿Quiere distraerme, milord?”, le dije en tono de burla, “Por supuesto”, me contestó divertido, y ahí empecé a contarle sobre mi tiempo, pero lo que más lo asombró y se negó a creer fue el hecho de que el hombre hubiese ido a la luna. “No se burle de mí, señorita Katerina, el hombre no puede surcar el cielo, a pesar de todos los avances e intentos que se han hecho, no somos aves, todos los que lo han intentado, han fracasado”, me dijo muy convencido. “Lamento que no vaya a vivir para verlo, estoy segura de que le maravillaría, y no, no somos aves, pero volaremos. Tampoco existían los trenes o la ducha ni las fábricas ni tantas cosas”, respondí alegremente guiñándole un ojo y sin querer seguir con el tema, después de todo, yo habría pensado lo mismo en su lugar. ¡Si ni siquiera existía la luz eléctrica! ¿Cómo iba a convencerlo de que el hombre iría al espacio? Imposible. Sin embargo, la expresión reflexiva de su rostro y la forma en que bebió un sorbo de whisky, me indicaban que sí era posible.

Dos partidas de ajedrez más tarde con sus correspondientes derrotas, sentí que todo el peso del día me aplastaba de pronto, apoderándose de mí un

cansancio mayúsculo que me hizo cerrar los ojos unos segundos.

—Debería irse a dormir, señorita Katerina —escuché entre las brumas que me llevaban a los brazos de Morfeo.

—Sí, lo siento —atiné a decir, poniéndome de pie y sujetándome a la mesita al notar que perdía ligeramente el equilibrio.

—También es tarde para mí, la acompañaré —me dijo Gabriel, tomándome del brazo.

—Gracias, ha sido un día largo y estoy algo cansada; ya le daré más oportunidades para que me venza en otra partida —dije mirándolo con una sonrisa.

—Será un placer volver a ganarle —contestó con diversión.

—Quizás con suerte y práctica, le gane yo en alguna ocasión —repliqué mientras caminábamos hacia la salida y nos disponíamos a subir las escaleras que nos llevarían a nuestras habitaciones.

—Quizás...

Tuve que reconocerme a mí misma que ese hombre empezaba a caerme bien; casi siempre estaba de buen humor —casi siempre— y para él, todo era motivo de diversión; ese brillo travieso, que iluminaba sus ojos y le decoraba el hermoso rostro con una sonrisa, se había convertido en algo demasiado familiar, teniendo en cuenta que sólo llevaba un día en su casa, en su mundo, en su tiempo, sin embargo, me encantaba.

Entre bostezo y bostezo, me di cuenta de que estaba muy contenta. La velada había sido preciosa, una auténtica delicia y sonreí al recordar cómo había empezado ¡Cuán imprevisibles pueden ser la vida... y las personas!

Ya en la puerta de mi habitación, le di las buenas noches mientras él mantenía mi mano en la suya y no me quitaba el ojo de encima, hasta el punto de que noté cómo me sonrojaba. Por fortuna, la poca iluminación del pasillo, disimuló el ardor que se había apoderado de mis mejillas, o al menos, eso esperaba. ¡Demasiados sonrojos para un solo día! Pensaría que era una niña tímida y tonta, aunque, para ser sincera, en ocasiones, así era como me sentía cuando estaba con él.

Entonces ocurrió.

Tomó mi mano y se la llevó a los labios, recreándose en mi piel, incluso pude sentir la humedad de su lengua y cómo se deleitaba oliéndome... y esos... esos gestos... me hicieron arder; un acto tan simple como besar mi mano, se convirtió en lo más erótico que había vivido en toda mi existencia, simple y aburrida... Simple y aburrida hasta que lo conocí a él, ni siquiera

cuando salía con Arthur y creía que lo amaba, me había excitado hasta casi el orgasmo con una caricia tan sencilla y que Gabriel había convertido en todo un arte, en algo incomparable: dar un beso en el dorso de la mano.

—Buenas noches, señorita Katerina.

Sonriendo, se alejó por el pasillo en penumbra hasta perderse dentro de su dormitorio, mientras yo me sujetaba al marco de la puerta temiendo caerme de bruces y sin creer lo que me había ocurrido, sin comprender cómo mi cuerpo podía reaccionar de una forma tan violenta a un beso... en la mano. Quise salir corriendo y meterme en su habitación para decirle que me tomara de todas las formas posibles, que era suya y que estaba dispuesta a todo lo que él quisiera. ¿Quién era esa Katerina que tenía esos pensamientos? “¿Quién eres?”, me pregunté en el momento en que mi cerebro empezó a funcionar... con lentitud. Por fortuna, mi agarre me mantuvo sujeta, sin embargo, mis piernas flácidas, me impedían dar el más mínimo paso.

—Buenas noches, señorita, aquí estoy para ayudarla a desvestirse. —La voz alegre de Nora me sacó de mi estupor—. ¿Se encuentra bien? —asentí con la cabeza, incapaz de emitir sonido alguno—. Imagino que estará cansada después del día que ha tenido —Nora seguía hablando cuando abrió la puerta y me introdujo, con delicadeza, en la habitación, sujetándome por un brazo —, estará deseando descansar, ya verá qué bien duerme y por la mañana se sentirá como nueva...

La señora Hayes seguía hablando mientras me desvestía, mientras yo me aseaba y ella ordenaba la ropa, mientras me ponía el camisón de lino blanco y mientras me dejaba sola, sentada en la cama... y yo seguía en estado de shock.

Repasé todo lo ocurrido en ese 27 de julio. Yo no había sido yo y todo aquello no era más que una fantasía. Sí, esa era, sin lugar a dudas, la explicación más plausible.

“Bien, mañana, al despertar, estaré en el hospital rodeada de mi familia”, me dije tumbada en la cama, “todo será normal y yo no recordaré nada..., por suerte”.

Con este último pensamiento en mi cabeza me quedé dormida y me sentí feliz. Todo había terminado.

Gabriel, apoyado contra la puerta de su habitación, estaba extasiado y excitado, más de lo que nunca lo había estado. Su mástil pujaba dentro de sus pantalones por liberarse y hundirse en las profundidades húmedas y calientes

de Katerina. Respiraba con dificultad y nunca había estado más sorprendido de sí mismo como en aquel momento. Un beso. Sólo un beso en su mano, la mano de Katerina... y había desencadenado el más desenfrenado deseo.

No esperó.

Sacó su verga y apretándola con fuerza, se masturbó. Frotándola arriba y abajo, cerró los ojos imaginando que su mano era la fuente vaginal en la que entraba y salía con desesperación, con urgencia; sus caderas se balanceaban su falo en su cálido canal y como un animal en celo, aceleró hasta que su semilla se derramó delante de sus immaculados zapatos negros. Exhausto por la explosión orgásmica, se recostó contra la puerta y se deslizó hasta quedar sentado en el suelo.

Muchos minutos pasaron hasta que su respiración volvió a la normalidad y se dio cuenta del poder que esa mujer ejercía sobre él. Jamás había sentido nada igual... y sintió miedo. Un miedo diferente, ese miedo que te estruja el corazón y hace que tiembles frenéticamente sin saber por qué. Miedo, tan simple como eso. ¿A qué?, ¿a quién?, ¿a ella? No tenía ni idea, pero lo sentía.

Rememoró el día que ya había pasado y se detuvo en la velada.

Un día lleno de sorpresas desde el mismo instante en que Katerina había aparecido en su despacho y una sorpresa aún mayor cuando se vio disfrutando de una noche absolutamente encantadora, con una mujer y un tablero de ajedrez como lugar de encuentro en lugar de una cama, como era lo habitual y, ni siquiera en esas circunstancias, se había sentido tan complacido por la compañía, por el juego, tan motivado por la conversación, tan sereno y en paz, como si esa escena fuera tan natural como las nubes o el sol, como las mariposas en primavera o la luna en el cielo nocturno, como la luz y la oscuridad, como las flores o los pájaros que danzan con el viento, tan natural como una mujer y un hombre disfrutando con libertad, el uno del otro, una relación de igualdad como nunca había conocido, como nunca creyó posible, tal y como debería ser.

Se levantó y se aseó. Después cogió una toalla húmeda y limpió del suelo el testimonio de su placer... insatisfecho. No había sido como otras veces. Había tenido pocas amantes con las que se había desahogado, a las que les había tenido un cierto cariño, durante un tiempo; sin ellas, se había dado alivio en numerosas ocasiones, quedando por completo satisfecho, incluso tranquilo y relajado. En ese momento, no. Deseaba más, mucho más... y sólo tenía que atravesar la puerta que separaba ambos dormitorios, sólo eso y estaría con ella. Sabía muy bien que Katerina también había sentido el mismo

deseo, lo había visto en sus ojos, en su respiración agitada, en sus labios, tan bien dibujados, entreabiertos, pidiendo a gritos que la besara y la tomara hasta la extenuación. Sin embargo, algo no iba bien.

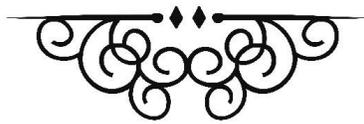
Empezó a andar de un lado a otro de la habitación, mesando sus cabellos, pasándose las manos por el rostro. Algo estaba condenadamente mal.

Estaba seguro de que todo aquello se debía a que se trataba de una situación de lo más extraña. Sí, todo había sido demasiado extraño aquel día. Desde la mujer hasta la velada. Lo ocurrido en el carruaje, en la tienda de madame Lafleur, durante la cena. Katerina. Sobre todo, Katerina.

Si había aparecido de la nada, tal vez, por la mañana habría desaparecido. Sí, esa idea le levantó el ánimo; al día siguiente ella no estaría y todo volvería a ser como antes. Su vida retomaría su curso normal, ordenado. Si esa mujer había podido provocar tal caos en un solo día, no quería ni imaginar lo que sería capaz de hacer si permanecía más tiempo allí.

Tumbado en la cama sobre su espalda y con los brazos detrás de la cabeza, se quedó dormido pensando que por la mañana, todo estaría bien. Sí, muy bien. Ella ya no estaría, se esfumaría y él... él sería el mismo Gabriel de siempre, con su vida en su lugar.

CAPÍTULO 2



Entre el sueño y la vigilia, Katerina empezó a removerse en la cama con los ojos aún cerrados; con pereza rodó hacia un lado, volviendo poco a poco al mundo de los vivos. Se desperezó, bostezó y se llevó las manos a los ojos. Sonrió al recordar un sueño muy vívido que había tenido y que, en algunos momentos, se había asemejado más a una pesadilla... Había una mansión, criados, incluso un lord...

Un sonido que no quiso reconocer, le borró la sonrisa de los labios.

—Buenos días, señorita Katerina. Ha dormido usted muchísimo esta mañana, estaba preocupada y he entrado para cerciorarme de que se encontraba bien —decía la señora Hayes con su habitual alegría, mientras recorría las cortinas y la luz del mediodía bañaba la habitación.

—¿Nora? —preguntó Katerina con un hilo de voz—. Nora, ¿es usted?

—Pues claro, señorita Katerina, ¿quién más podría ser? Qué cosas más extrañas pregunta usted —respondió con sorpresa—. ¿Le preparo el baño, señorita, o prefiere quedarse un poco más en la cama?

“¡Dios del cielo!”, pensó Katerina, “no ha sido un sueño..., todavía sigo aquí...”, se dijo casi sollozando en silencio. Abrió los ojos despacio, como dándole una última oportunidad a la realidad para que fuera la suya, la que ella conocía tan bien, sin embargo, lo que vio la situó de nuevo en aquel siglo y en aquella habitación, en la casa de ese lord, junto a los aposentos de Gabriel. Gabriel. Ese hombre que tan real le había parecido y que seguiría siendo real... un día más... ¡Aquello era una hecatombe!

—¿Le traigo el desayuno, señorita? ¿Señorita...? —Nora la miraba sin saber qué pensar.

—No, gracias Nora, me levantaré...

Aturdida e incrédula, salió de la cama para dirigirse de inmediato a aquel cuartucho que quería parecerse a un cuarto de baño, se miró al espejo y miró su reflejo. “Estoy aquí...”, se dijo tapándose la cara con las manos, “sigo en este lugar. ¿Qué voy a hacer ahora?”. Tras unos minutos de desesperación, se

dispuso a revivir todo lo que había hecho el día anterior: la ducha, la señora Hayes parlotando mientras preparaba sus cosas y la vestía, su negativa a ponerse el corsé, la letanía de Nora con lo que era correcto para una dama y lo que no lo era, madame Lafleur, la cena, la velada..., y todo... Todo lo que la había llevado, casi al desvanecimiento, el día de su llegada a ese lugar.

—Esta mañana han traído muchas cajas de “Chez madame Lafleur”, y están esperándola en el salón de la condesa. El señor ha salido, pero estoy segura de que querrá verla en cuanto llegue. ¿Desea tomar el desayuno ahora o después de ver todo lo que han traído? —iba diciendo Nora hasta que llegaron al final de las escaleras.

—Yo... prefiero tomar un té, por favor, señora Hayes, necesito... —respondió confusa.

—Por supuesto. ¡Qué desconsiderada soy! Discúlpeme, señorita, espero que sepa perdonar mi curiosidad —dijo con un tono de culpa.

—¡Oh! No se preocupe, Nora... No, prefiero tomarlo en la cocina si no es molestia, por favor —dijo Katerina cuando la señora Hayes se disponía a darle paso al comedor.

—¿La cocina? ¿Ha dicho usted que prefiere tomar el té en la cocina? —preguntó Nora perpleja—, pero señorita, usted es una dama, las damas no...

—Por favor, Nora, las damas hacemos lo que queremos, ¿no es así? —respondió Katerina interrumpiéndola con dulzura y una preciosa sonrisa—. Por favor, me gustaría mucho.

—Claro, bueno... esto... Disculpe, pero no es nada habitual que una dama... Está bien... bien, como desee, señorita —dijo atribulada.

Nora no era capaz de salir de su estupor: ¡una dama queriendo desayunar en la cocina! No sabía qué pensar.

Aquello le resultó muy divertido y las caras de asombro que encontró en la cocina la hicieron reír. La señora Crawford se quedó paralizada con las manos metidas en la masa que estaba modelando; Víctor chocó con Jane que se había parado de repente dejando caer de sus brazos los utensilios que empleaba para limpiar, mientras los zapatos tan bien lustrados de lord Adair, que llevaba el ayuda de cámara, salían volando por los aires.

—Lo siento —decía Katerina sin dejar de reír—, no era mi intención armar tanto revuelo. —Lágrimas de risa llenaron sus ojos—. Gracias a todos, de veras que les estoy muy agradecida, me han alegrado el día. Vamos, no es para tanto, prefiero su compañía a la soledad de ese gigantesco comedor —dijo intentando controlar las risas—, si la señora Crawford me permite

invadir su cocina, por supuesto...

—Claro, como desee la señora..., yo..., pero una dama nunca... —atinó a decir la cocinera con el ceño fruncido.

—Bien, gracias, es usted muy amable. —Sonrió, ya calmada del arrebato de histeria que había tenido—. Supongo que no estarán acostumbrados a que una dama se comporte de esta forma, ¿verdad? —“Y que pierda la compostura por completo riendo sin parar”, pensó Katerina, sonriendo por dentro y un poco apurada también, temiendo que creyeran que se estaba riendo de ellos. Se sentó a la mesa, esperando que le sirvieran el té.

—Las damas nunca entran en mi cocina —sentenció la señora Crawford.

—No tiene que aceptarme, si no lo desea, señora Crawford, como podrán ver todos, no soy una dama convencional —dijo Katerina levantándose—. No se sienta obligada sólo porque yo se lo pida, por favor. Lamento haberla molestado. Señora Hayes, después de todo, tomaré el té en el comedor..., gracias —concluyó con un deje de tristeza volviéndose hacia Nora.

Limpiándose las manos en el delantal, la cocinera fue tras la joven que se encaminaba hacia la puerta.

—Por favor, señorita Sinclair, le pido perdón por mi grosería; para mí será un placer y un honor ofrecerle mis galletas especiales de arándanos..., por favor... —Con la cabeza gacha, la señora Crawford estaba al borde de las lágrimas.

—Vamos, vamos... —dijo Katerina tomando sus manos entre las suyas —, no me siento en absoluto ofendida, puede estar segura; el placer y el honor serán todo míos. A ver, ¿dónde están esos magníficos dulces? ¡Me encantan los arándanos! —le dijo con humildad y cariño, tomando su rostro entre las manos—. Me acabo de dar cuenta de que estoy hambrienta de galletas especiales de arándanos.

Todos comenzaron a reír. El ambiente tan campechano y agradable había mejorado con gratitud y paz esa mañana que no había tenido el comienzo deseado cuando al abrir los ojos se vio aún en ese siglo XIX.

La señora Hayes dispuso el desayuno en una bandeja y se lo sirvió. mientras Katerina empezaba a hablar con la señora Crawford que continuó su labor, y Jane y Víctor salían a cumplir con sus tareas diarias. Ya se sentía mucho mejor, sobre todo cuando las tres mujeres entablaron una conversación que las mantuvo entretenidas bastante tiempo, hasta que Nora le recordó a Katerina las cajas que la esperaban en el saloncito.

Una vez allí, la muchacha quedó maravillada al ver todas las cosas que

contenían: guantes, sombreros, capas, medias, zapatos... Un arcoíris se desplegó ante sus ojos, pero lo que más llamó su atención fueron los corsés; no tenían nada de formales, no eran, para nada, como aquellos que había visto en el cine, en absoluto. Los había de varios colores, con encajes y transparencias, algunos se parecían más a los que se podrían encontrar en un sexshop del siglo XXI que en una tienda de modas de siglo XIX. Se sonrojó y evitó mirarlos, incluso tocarlos. Una infinidad de imágenes lujuriosas pasaron por su cabeza: ella delante de Gabriel con aquel artilugio como única vestimenta; su entropierna se mojó y estuvo tentada de llevarse la mano a su sexo al sentir el latido en su clítoris hinchado. ¿Por qué le había comprado aquello? Ese complemento, en particular, parecía más apropiado para ofrecerlo a una amante que a una invitada. ¿Entonces?, ¿qué planes tenía ese hombre?, ¿qué pretendía? Demasiadas preguntas sin respuesta que confundieron la, todavía, frágil mente de Katerina que aún no había determinado si estaba en coma, soñando o si de verdad había viajado hacia atrás en el tiempo.

—El señor siempre ha tenido un gusto exquisito —dijo Nora con timidez, roja como una amapola—. Mire, señorita Katerina, aquí hay otra caja.

A Katerina le daba miedo abrir aquella última caja después de lo que había visto, pero tenía que hacerlo y ahí descubrió, para su alivio, ropa interior blanca, camisones, calzones y un par de corsés de color claro que se abrochaban por delante. Soltó un suspiro de alivio, no tenía intención de ponerse esos aparatos que privaban de oxígeno a cualquier mujer de la época, pero pensó que, en caso de que tuviera que ponérselo, no necesitaría la ayuda de Nora... o tal vez sí... Se convenció a sí misma de que no sería tan difícil colocarse aquello... Sólo si no quedaba más remedio, por supuesto; madame Lafleur le había prometido hacerle unos sujetadores y eso es lo que haría, prescindir de las ballenas y la ropa interior de escayola.

—¡Qué cosas tan bonitas y extraordinarias! Señorita Katerina —decía Nora entusiasmada—, le diré a Jane que las lleve a su habitación. ¿Ha visto este precioso dibujo? —le dijo, señalando uno de los camisones de lino blanco, decorado con un bordado en tonos verdes y amarillos a lo largo del escote.

Katerina no supo qué decir ante la belleza de todo lo que le había comprado lord Adair; desde luego, se sintió obligada a reconocer, en su fuero interno, que Gabriel tenía un gusto exquisito.

—Es precioso Nora..., como todo lo demás..., pero es excesivo..., no sé qué haré con tanta ropa —dijo la joven con cierta vergüenza y las mejillas sonrosadas.

—Pues ponérsela, por supuesto. ¡Oh, mi querida señorita Katerina! Es una muchacha muy afortunada, lord Adair está de veras interesado en usted, nunca había hecho unos regalos tan extraordinarios a una mujer que no fuera de su familia —replicó la señora Hayes feliz y con los ojos llorosos—, y le aseguro que todas las muchachas casaderas de Londres y sus acompañantes, andan detrás de él queriendo conseguir el matrimonio perfecto. ¡Y pensar que él siempre las ha eludido! Hasta que llegó usted, Katerina, usted lo ayudará... —iba diciendo el ama de llaves, yendo hacia la chimenea y tirando de la campanilla para llamar a la doncella.

—Disculpe, Nora, pero se equivoca, lord Adair sólo es amable conmigo, no tiene ninguna otra intención —replicó Katerina un poco molesta—. Llegué sin nada y, como el caballero que es, sólo está proporcionándome lo que una dama necesita hasta que..., hasta que vuelva a casa. —Ahí se mordió la lengua para no desvelar nada más.

Ya se estaban imaginando cosas que no eran sin saber que no permanecería allí el tiempo suficiente... con suerte, y eso no le gustaba nada, pero, claro, no lo podía decir y tendría que seguir fingiendo que era una dama el tiempo necesario; sólo esperaba que su padrino, el señor Owen, contestara pronto al mensaje y, de ese modo, poder explicarle todo lo sucedido, cuanto antes mejor; se pondría a trabajar de inmediato y todo aquello terminaría de una vez por todas.

Sin embargo, hubo algo que llamó su atención.

—Nora, ¿qué ha querido decir con que yo lo ayudaría? —preguntó curiosa.

—Pues verá, señorita, lord Adair lleva solo demasiado tiempo y necesita encontrar el amor, eso lo liberará de sus fantasmas... —El tono serio de Nora que siempre andaba alegre, la asombró mucho más que todos esos paquetes y complementos.

—¿Fantasmas?

En ese momento, Jane apareció y la señora Hayes le indicó lo que tenía que hacer con todo lo que habían traído de la tienda de modas, cómo y dónde tenía que guardar la ropa nueva. La joven doncella se dispuso a seguir sus instrucciones, mientras Nora decía:

—¿Qué le parece si le muestro el jardín? Ya lo ha visto desde sus

aposentos, pero le aseguro que cuando ponga un pie fuera, no querrá volver a entrar, es el lugar más hermoso y lleno de serenidad que encontrará en todo Londres.

El cambio de tema la dejó pensativa. Era evidente que no quería seguir hablando de Gabriel, así que aceptó pasear un rato por el jardín.

Si verlo desde el balcón de su habitación la había maravillado, en el preciso instante en el que estuvo fuera, mecida por la ligera y fresca brisa revoloteando en su cabello, se sintió en el paraíso. Un destello multicolor de flores y setos, la embargaron, haciendo que cerrara los ojos para sentir el fresco aroma de las rosas, de las hojas verdes, de la tierra removida. Sus sentidos la hicieron retroceder y recordar su niñez, cuando ayudaba a su abuelo a cuidar el pequeño jardín de la casa familiar. La nostalgia anidó en su corazón y una pequeña lágrima se le escapó. Temiendo que Nora se diera cuenta, se la limpió, girando el rostro hacia un lado y siguió caminando junto a ella mientras le explicaba la histórica creación de aquella maravilla que nació con el tatarabuelo de lord Adair, un hombre que amaba tanto a su esposa que trabajó lo impensable para sacarle un trozo de tierra al bosque donde ella pudiera cultivar sus rosas, pues en aquellos años, la mansión Bladnoch, sólo era una casita de piedra y madera rodeada de árboles, en medio de ninguna parte y que con los años y las siguientes generaciones, se convertiría en la impresionante morada que era en ese momento.

—¿Qué es aquello, Nora? —preguntó Katerina, señalando una estructura de metal y cristal, adosada a un costado de la casa.

—Es el invernadero, señorita, las rosas nunca faltan en las tumbas de la familia Adair —contestó con un suspiro—. El señor es todo un romántico, aunque finja lo contrario. ¿Le sorprende? —le preguntó con esa expresión alegre y divertida que la caracterizaba.

—No puedo opinar, Nora, no lo conozco —contestó con timidez, sin saber muy bien por qué.

El ama de llaves continuó con su charla, hablando con orgullo de aquel lugar en el que llevaba treinta años trabajando y que consideraba su hogar.

Sin dejar de caminar, tomaron un sendero que las alejó del jardín para adentrarlas en una llanura de hierba bordeada por árboles. Robles, hayas y tejos eran sorteados por caminos perfectamente trazados para el disfrute de los paseantes; a lo lejos se veía el reflejo de un lago que Nora llamó “Espejo de los lirios”, como lo había bautizado la primera condesa de Bladnoch.

—Adoraba las flores... Ay, señorita Katerina, tenemos que volver, ya es hora de comer, y el señor habrá llegado; estará impaciente. ¡Se ha ido el tiempo en un suspiro! Da miedo, ¿verdad?—dijo empezando a dirigirse a la casa.

—¿Ya? Me gustaría pasear un poco más. ¿Tan tarde es? —preguntó decepcionada.

—Me temo que sí, señorita. Ve, ya se lo dije, es tan bonito que una desearía pasarse todo el día aquí, pero no se preocupe, tendrá mucho tiempo para explorarlo —dijo con dulzura.

“O quizás no”, pensó Katerina.

Gabriel llegó más tarde de lo que esperaba; la reunión semanal con los abogados se había alargado demasiado, una eternidad, y él sólo había prestado atención a medias, mientras su cabeza estaba en otro lado. Tenía prisa por volver a casa y comprobar, por sí mismo, que todo estaba en orden.

Y justo cuando atravesaba el umbral...

—Gabriel... —gritó Katerina al verlo, corriendo en su busca—. Perdón..., quiero decir..., yo..., milord... —Se detuvo en seco, roja de vergüenza, a unos cuantos pasos de él.

Se quedó petrificado. Su corazón se desató, cerrándole la garganta. La miraba como si hubiese visto un dragón amarillo. Tras unos minutos, se descubrió adelantando uno de sus pies, como si, por voluntad propia, quisieran ir a recibirla con el mismo ímpetu que le había mostrado ella, a la vez que sentía algo en su estómago que no pudo calificar..., pero se cuadró como un soldado, cerrando sus manos en un puño y... poniéndole cara de perro.

En ese momento, se convenció de que aquella mujer era el tormento que Dios le enviaba en vida por todos los pecados que había cometido. Sintió que el peso de su pasado lo aplastaba, haciéndolo vulnerable y débil. Estaba a merced del destino y no podía hacer nada para evitarlo. Sin embargo, notó que sus testículos estaban encantados de verla, tensándose y elevando a la máxima potencia su pene más que dispuesto. No podría ir contra la voluntad de Dios, pero sin duda, podría contra la voluntad absurda de su maldita y traidora polla, era suya y él la controlaría..., aunque la vida le fuera en ello.

Su enojo no tenía medida, le salía por cada poro de su piel, sentía su sangre hervir y a punto de explotar; tenía ganas de estrangularla y de estrangularse a sí mismo. Tuvo que respirar hondo y hacer uso de una fuerza

de voluntad sobrehumana para romper el contacto visual y mirar al mayordomo que estaba junto a él.

—El almuerzo, señor Tilman —dijo con una frialdad que helaba los huesos, mientras le entregaba los guantes, el sombrero y el bastón.

—Enseguida, milord. —El señor Tilman, se alejó hacia la cocina.

Nora también se retiró con discreción, asombrada y espantada por la reacción de ambos.

Katerina se mantenía en su lugar, parecía una estatua de piedra, no se atrevía a moverse después del escandaloso comportamiento que había tenido. ¿Qué había sido eso? Se sentía perdida, sin comprender nada de nada. No sabía qué hacer, qué pensar, qué locura se había apoderado de ella para salir corriendo al verlo con la firme intención de abalanzarse en sus brazos. Las palpitaciones de su corazón aún resonaban como una orquesta en sus oídos, sentía su pulso dar brincos como un canguro dentro de sus venas. Verlo había sido el mejor regalo del día... Quería llorar... de desesperación.

Gabriel entró al comedor como si el mismísimo diablo lo persiguiera y cerró la puerta, dejándola sola, sin mirarla ni dirigirle la más mínima palabra. Simplemente, volvió a actuar como si ella no estuviera allí y no existiera.

Cuando se sentó a la mesa y a pesar de su mal humor, se sorprendió sonriendo... ¡Estaba contento de verla! Se maldijo una y otra vez, alimentando de ese modo, la ira que había tomado su cuerpo. Su sonrisa se evaporó. Al menos, ella no lo había seguido, aunque no tardaría en entrar, lo cual le dejaba unos minutos a solas para pensar. Se dijo que tenía que trazar un plan hasta que aquella situación se resolviera. Tal vez, debería dejar de luchar contra sus instintos y simplemente seducirla y follarla hasta que perdiera el sentido el tiempo que permaneciera allí. Sí, esa sería la solución más plausible y ese destino que le había preparado el Todopoderoso, se vería truncado... Sí, eso lo hizo sonreír de nuevo, de hecho, estaba más que divertido con la idea. “Ganaré esta partida”, se dijo, dirigiendo sus ojos hacia arriba. Él convertiría el castigo en una más que reconfortante recompensa. “¡Empieza el juego!”

Allí me quedé, sola y sin saber qué hacer. Podría disculparme, pero ya lo había hecho y tampoco quería alimentar su ego pidiéndole perdón de nuevo, todo tenía un límite y no había hecho nada malo, aunque poco importaba lo que yo hiciera, cuando se mostraba irritado, no sólo era grosero, sino también maleducado, faltando a todas las reglas básicas de cortesía. Aquello era todo

un misterio digno de Sherlock Holmes; la expresión en los rostros de los sirvientes, me hizo pensar que su comportamiento no era el habitual, ellos también estaban sorprendidos, incluso vi que Nora estaba alterada, retorciéndose las manos con preocupación; al parecer, había algo en mí que lo transformaba, apareciendo como un caballero encantador en algunas ocasiones, y como un ogro malvado, en otras. No sabía si enfadarme o llorar. Estaba hecha un mar de dudas, cuando la puerta del comedor se abrió.

—Señorita Sinclair, el señor la espera para el almuerzo —me dijo Gerard con amabilidad abriendo la puerta.

—Gracias, Gerard. —Entré ofreciéndole una sonrisa forzada y algo temerosa, sin saber qué me esperaba en el interior.

Lo vi a la cabecera de la mesa... ¡con una sonrisa de oreja a oreja! Era desconcertante. ¿Tendría alguna enfermedad mental? Su comportamiento inexplicable me hacía dudar de su cordura... y de la mía.

—¿Cómo ha pasado la mañana, señorita? —me preguntó, cuando ya me hube sentado, como si no hubiese sucedido nada, así que opté por hacer lo mismo.

—Llena de sorpresas milord. Gracias por lo que me ha comprado, si permanezco el tiempo suficiente aquí, se lo pagaré todo.

—Ese asunto ya está zanjado, señorita Katerina. ¿Le han gustado los complementos? Ya le dije que “Chez madame Lafleur”, era la mejor boutique para las damas —dijo con su habitual buen humor.

—Sí, milord, todo es precioso —contesté sonrojándome—, muy inesperado.

—¿Inesperado? —preguntó con fingida curiosidad.

—Sí, esos corsés. No sabía que ya existían en este siglo cosas tan... atrevidas; me he quedado muy sorprendida —respondí con un deje de picardía en la voz—. Veo que las damas victorianas no están tan reprimidas como nos quieren hacer pensar los historiadores.

—En absoluto, mi querida señorita, no hay que creer todo lo que se ve, se oye o se lee. —Lo suyo sí que era picardía. ¡Qué soberbia!

—¿Ha visto a su padrino?, ¿ha podido hablar con él? —pregunté con entusiasmo, zanjando el tema “corsetero”, temiendo saber a dónde nos podría llevar continuar hablando sobre mi recién adquirida ropa interior.

—No. Tal vez haya una carta suya, no he tenido tiempo de revisar el correo —me dijo al notar mi decepción, su tono de voz había cambiado, parecía... tierno.

—¿Y cuándo lo mirará?

—¿Qué cosa?

—Pues el correo —dije recalcando lo obvio de mi pregunta.

—Más tarde. Dígame, señorita, aparte de ver la ropa, ¿qué más ha hecho?

—He estado un rato en el jardín con la señora Hayes. ¡Es precioso! Un auténtico paraíso en la tierra, lo echaré de menos cuando me vaya.

—Pero aún no se ha ido, señorita...

¿Qué le pasaba? ¿Cómo podía un hombre cambiar tanto en unos pocos minutos? Mi desconcierto no hacía más que aumentar, pero tampoco me iba a poner a hacer preguntas, me gustaba mucho ese Gabriel encantador, incluso me dio la impresión de que intentaba conquistarme con su sonrisa, su mirada pícaro y ese brillo en sus ojos ¿de deseo?, ¿sería posible que ese hombre me deseara tanto como yo a él?

El almuerzo transcurrió de una forma muy placentera; estuvimos hablando del jardín y de sus maravillas; me habló de un cenador situado en un claro del bosque, cubierto con ventanas de cristal que se abrían en verano y permanecían cerradas en invierno; de sus paseos a caballo por la finca; de una pequeña playa que el lago había formado a lo largo de los años y yo, maravillada ante el sonido de su voz, me sentía impaciente por recorrer todos esos lugares que se estaban convirtiendo en un sueño en el que podría pasar el resto de mis días; mi fantasía me llevaba a cada uno de esos rincones con Gabriel; bañándonos desnudos y tumbándonos en la pequeña playa sintiendo los dorados rayos de sol, calentando nuestros cuerpos; tocándonos y haciendo el amor en el claro entre los árboles, incluso paseando a caballo. ¡Yo que no sabía cabalgar! Lo imaginé enseñándome y mostrándome toda la finca, abrigados en su lugar favorito, uno que nadie conocería y que sólo me lo desvelaría a mí... Mis ensoñaciones románticas no tenían límite, mientras seguía hipnotizada por la dulce melodía de su voz y la excitación volvía a apoderarse de mí, deshaciendo mis ingles.

El hechizo se rompió cuando terminamos de comer y él se puso de pie dando por finalizado el almuerzo. Tras insistirle varias veces, fue a mirar el correo para comprobar que no había ninguna nota del señor Owen.

—Quizás esté fuera de la ciudad, a veces lo requieren en Cambridge para dar conferencias sobre sus estudios científicos —dijo a modo de disculpa, intentando consolarme—, pero no se preocupe, responderá y podrá hablar

con él, se lo aseguro —concluyó tomando mis manos entre las suyas, lo que me hizo temblar.

—Voy a retirarme un rato, estoy algo cansada —le dije perturbada por su contacto—. ¿Nos veremos más tarde?

—Quizás. Que descanse, señorita Katerina. —La despedida incluyó un beso en la mano. ¡Qué suplicio! ¿Cuánto podría resistir sin tirarme en sus brazos y comérmelo a besos?

Una vez en mi habitación, tuve que plantearme ciertas cosas. Ya era hora de aceptar todo aquello. De nada servía continuar luchando contra lo que era. Estuviera soñando o en coma, el caso es que estaba allí y mientras esa experiencia durara, tenía que vivirla y no plantearme, a cada minuto, si aquello era real o no. Llegaría el momento de descubrirlo, mientras tanto estaba en 1851 dispuesta a disfrutar de cada segundo de cada día; de todas y cada una de las cosas que aquel tiempo pudiera ofrecerme y si eso incluía la cama de lord Adair, que así fuera, pues aparte de volver a mi tiempo, no había nada que deseara más, de hecho, nunca había deseado nada con tanta fuerza, ni siquiera cuando, en el pasado, creí, convencida hasta la médula, que determinadas metas y su consecución eran mi mayor deseo. ¡Cuán equivocada había estado! Cualquier emoción, impresión o sensación, tanto física como emocional, por muy fuerte que fuera, siempre podía ser superada por una mayor. ¡Qué frágiles e inocentes podíamos llegar a ser las personas! La capacidad de engañarnos a nosotros mismos era ilimitada.

No pude dormir, de modo que aproveché para hacer un poco de yoga y algunas relajaciones que nos había enseñado Kala, nuestra profesora, eso me ayudaría a afrontar con serenidad lo que fuera que el destino me tenía reservado. Una vez terminados, me fui a la biblioteca. La tarde se había nublado y un paseo por el parque-jardín, como decidí bautizarlo, estaba descartado, no me apetecía mojarme en caso de que lloviera. Mientras mis pasos me dirigían hacia allí, mi corazón palpitaba ante la perspectiva de verlo; quizás estuviera leyendo, sin embargo, mi decepción fue enorme, cuando, después de llamar, me encontré con que la habitación estaba vacía, aunque me repuse enseguida ante el espectáculo tan maravilloso que tenía ante mí.

Aquello era otro paraíso en la tierra: estanterías con miles de libros; podría disfrutar de una biblioteca para mí, incluso, con suerte, podría encontrar primeras ediciones de mis autores favoritos. Me sentía pletórica de

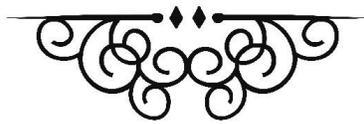
felicidad. Rebusqué en los estantes y, en efecto, no me decepcionó en absoluto lo que encontré: libros en inglés, francés, italiano, incluso en español. Una auténtica maravilla: el Decamerón, La Divina Comedia, Francesco Berni, los cuentos de Canterbury, las obras completas de Shakespeare, Thomas Wyatt y sus sonetos, Fernando de Rojas, El Quijote, poesía, teatro, novela, mitología, historia, filosofía, los clásicos griegos, Diderot, Voltaire y tantos otros... ¡Un auténtico banquete para mi mente hambrienta! Me decanté por *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë, una de mis favoritas y que pude coger sin utilizar la escalera, dispuesta para llegar a los estantes superiores; ya había hecho una lista de obras que quería leer; después de todo, mi estancia en casa de lord Adair, iba a ser de lo más interesante en todos los aspectos.

Así transcurrió mi segundo día en el siglo XIX, leyendo en el salón de la condesa, mientras tomaba té y pastas, y cenando sola en la enorme mesa del comedor, lo que provocó en mí un sentimiento de soledad como nunca había conocido. Se me ocurrió volver a colarme en la cocina y compartirla con los sirvientes, pero me pareció excesivo al recordar su reacción aquella mañana. Pensé que tendría tiempo de relacionarme con ellos lo suficiente como para que me aceptaran en sus vidas y sus costumbres. Después me retiré a mi habitación y leí un poco antes de acostarme. Me sentía agotada y algo aburrida. ¿Qué se podría hacer para conseguir un poco de diversión? Había visto en las pelis que las damas no hacían nada, salvo pasear, bordar, cantar, pintar y algunas, consideradas demasiado rebeldes para la época, leían, pero al menos ellas estaban acostumbradas a esa forma de vida, así que... ¿En qué emplearía mi tiempo si las mujeres no podían salir solas a la calle, ni había bares donde tomar un café ni...? Podría romper algunas normas... Sí, eso sería muy reconfortante; incluso podría escribir un libro sobre esa experiencia tan surrealista. ¿Un romance de ciencia ficción donde la chica del futuro se queda con el lord más varonil y sexy del planeta? La idea me seducía y mucho, sería muy divertido plasmar mi aventura. Sí, ese era un buen proyecto. Cerré los ojos e imaginando el libro que iba a escribir entre mis manos, me dormí.

No había vuelto a ver a Gabriel. No sabía dónde estaba, no lo pregunté y nadie me lo dijo; sólo esperaba que no estuviera con una mujer. Y a mí, ¿qué podía importarme eso? Sin embargo, me importaba...

La lluvia acabó apoderándose de la tarde... y de la noche.

CAPÍTULO 3



Aquella mañana me levanté temprano y pude vestirme sin la ayuda de Nora, aunque no estaba muy segura de haber conseguido abrocharme correctamente el vestido por detrás. Después de eso no sabía qué hacer, así que una vez más recurrí a las películas que había visto y a las novelas que había leído, de modo que me dirigí al comedor donde, con seguridad, estaría dispuesto el desayuno y quizás, con algo de suerte, él estaría allí.

Gerard permanecía junto al aparador donde se disponía la comida, la mesa preparada con un solo cubierto.

—Buenos días, Gerard, ¿lord Adair aún no se ha levantado? —pregunté sentándome, como si de verdad no me importara la respuesta.

—Sí, señorita, pero se ha ido antes de desayunar —dijo mientras me servía el té y disponía platos con bollos, salchichas, huevos, mermelada, mantequilla...

—Ya basta, Gerard, gracias, sólo me comeré un bollo con mermelada.

—Como desee, señorita. —Se alejó para colocarse en su lugar, junto al hermoso mueble de teca.

¿No lo vería en todo el día? ¿Se había levantado temprano o es que aún no había vuelto de su juerga nocturna? Por unos segundos, me sentí desesperada y desilusionada, pero reaccioné enseguida. ¿Desde cuándo necesitaba yo a alguien para hacer algo? Depender de alguien, ¿en qué país? Mentalmente, me di una colleja y eso me hizo reaccionar: volvía a ser yo.

Después de mi segundo bollo con mermelada —estaban tan ricos que no pude resistir la tentación de tomarme más de uno—, salí por la puerta trasera al jardín, aprovechando la soledad de la casa, para explorar las tierras que se extendían ante mí; sin embargo, me resultó extraño que no hubiese nadie por ningún lado, era temprano, pero ya todos estarían en sus quehaceres diarios. ¿Dónde estaría Nora? Para mi absoluta sorpresa, la eché de menos, mucho más de lo que me había imaginado; casi no se había despegado de mí desde que había llegado y ver que ese día aún no había aparecido... Tal vez, le

había pasado algo... Esa idea me hizo retroceder para buscarla.

Al entrar en la casa, oí unos gritos que me alarmaron tanto que me hicieron correr asustada.

—¡Jane! ¡Jane! —gritaba Nora— ¡Señor Tilman! ¡Gerard!

—Nora, ¿qué pasa? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Ay, señorita Katerina, por fin la encuentro —dijo, agarrándose a la baranda de la escalera, sin aliento y con el rostro desencajado.

—¡Por Dios, Nora! ¿Qué pasa?

—La he buscado por todas partes, señorita, me he asustado mucho al ver que no estaba en su habitación, gracias a Dios que está bien. —Sus lágrimas se desataron, anegando sus mejillas.

—¿Todo este escándalo es por mí? —El asombro no me dejaba respirar. ¿Qué le había llevado a reaccionar así?—. Pero... pero... Gerard me ha visto esta mañana, hace unos minutos, en el comedor. Vamos, señora Hayes, cálmese, no me ha pasado nada, me he despertado muy pronto y no quería molestarla, sólo quería dar un paseo...

—¡Oh! Mi querida niña, servirla no es ninguna molestia. ¡Qué cosas dice! —Me abrazó como si fuese su hija— ¡Qué alivio! Estaba tan asustada. ¿Cómo no se me ocurrió mirar en el comedor? ¡Qué tonta! —Soltó su agarre y me miró como si fuera la primera vez—. Gracias a Dios, gracias a Dios... —seguía diciendo ya más tranquila.

—Vamos Nora, le prepararé un té y se sentirá mucho mejor. — Agarrándola por el brazo la llevé al comedor. Seguía sin comprender su comportamiento, aunque supuse que podría tener relación con algún hecho de su pasado.

El asombro en su expresión me hizo sonreír.

—¿Algún problema? —pregunté con inocencia, sin embargo, sabía con certeza lo que estaba pensando.

—Señorita, usted no puede... no puede... —balbuceó mientras la sentaba a la mesa y Gerard se adelantaba para servirle una taza de té.

—Claro que puedo, ¿quién ha dicho que no? Además, como podrá ver, Gerard es un muchacho extraordinario que se ha adelantado a mi deseo de servirle un té caliente que la reconfortará y hará que se sienta mejor. —Me senté junto a ella—. Vamos, relájese y disfrute, ahora nos toca a nosotros mimarla y cuidar de usted, se lo merece con creces.

—Es... es usted un ángel, señorita. —Comenzó a llorar de nuevo.

—Vamos, no exagere; si sigue usted así, la castigaré sin salir a pasear

por el jardín y ese sería un castigo terrible, se lo aseguro, hoy hace un día precioso, después de la lluvia de ayer, todo se ve resplandeciente, más vivo, con más color y el olor embriaga los sentidos, así que pórtese bien, tómese su té y nos haremos un hermoso regalo, ¿qué le parece? —Le sonreí con cariño.

No fue capaz de hablar, sólo asintió con lágrimas en los ojos y, emocionada y obediente, se tomó el té; una vez que hubo terminado, me tomó de la mano con la misma ternura con la que lo habría hecho mi madre y nos fuimos a pasear. A partir de ese momento, tuve dos madres. Mi madre, la que me esperaba en el siglo XXI, a la que imaginaba ansiosa y desesperada por mi desaparición; y Nora, mi madre adoptiva del siglo XIX, que me entregaba su hermoso corazón maternal.

Después de un rato, paseando en silencio, Nora me condujo hasta un pequeño mirador que daba justo frente al lago; una mesa rectangular de hierro forjado y mármol se situaba en el centro rodeada de varios bancos también de hierro.

—Este es mi lugar favorito del jardín. —Sentándose, me tomó del brazo y me situó junto a ella—. Es precioso, ¿verdad? Aquí solía venir con mi esposo después de la jornada de trabajo —dijo con nostalgia.

—¿Estuvo casada?

Nora me contó que su marido había sido el ayuda de cámara del viejo conde de Bladnoch, que había fallecido de unas fiebres, siete años antes. Pocos días después, moriría también el conde de la misma enfermedad y que su esposa no había podido soportar vivir entre recuerdos, de ahí que se marchara a Galloway con su hija pequeña. Para lord Adair, fue muy duro perder a su padre y ver partir a su madre y a su hermana, teniendo que ocuparse de todos los deberes que conllevaba el título. De la noche a la mañana, una familia amorosa se había roto, y el joven y despreocupado lord tuvo que enfrentarse a la madurez tras un fuerte desgarró en el alma.

—Le echo tanto de menos... Mi Laurence era el hombre más maravilloso del mundo, sólo hubo amor entre nosotros y alguna que otra discusión... Era bastante cabezota. —Sonrió con nostalgia.

—Lo siento mucho, Nora, sé lo doloroso que es perder a alguien a quien se ama tanto. —Tomé sus manos, dándole mi apoyo.

—Pero la vida sigue, ¿verdad? Y siempre trae sorpresas agradables.

—Sí, la vida es un misterio lleno de aventuras inesperadas.

Extrañaba tanto a mi gente que en aquel momento se me humedecieron

los ojos.

—¿Dónde está lord Adair? —Prefería cambiar de tema y formular, sin disimulos, la pregunta que me ardía en los labios.

—El señor ha ido al orfanato, intenta ir varias veces a la semana; le gusta llegar para la hora del desayuno, así puede pasar más tiempo con los chicos.

—¿Orfanato?

—Sí, hace años, su padre tuvo un sueño: dar a los niños de la calle la oportunidad de mejorar sus posibilidades de futuro. Encontró una gran casona que empezó a restaurar, pero su repentina muerte, paralizó todo el proyecto. Varios meses después, cuando el señor se recompuso de la pérdida, reinició las obras y, hoy en día, es un hermoso lugar donde los chicos tienen un techo, comida y educación, incluso habilitó una parte para acoger también a las muchachas. Los más mayores ya trabajan de aprendices en varios talleres. Es un gran orgullo y el señor está implicado por completo, con su corazón y el de su padre. Como ya le dije, señorita Katerina, lord Adair, es un auténtico ángel para todos y trabaja muchísimo por el bienestar de los suyos.

—¡Vaya! —exclamé con satisfacción. Así que no era el típico aristócrata que se limitaba a malgastar su fortuna en juego, mujeres y alcohol. Se preocupaba por la gente más desfavorecida. Aquella revelación no hizo más que aumentar mi admiración.

—¿Se había pensado que era un lord disoluto y despreocupado? —preguntó riéndose—. Sí, es lo que piensan todos. Él no quiere que nadie sepa de sus actividades.

—¿Por qué?

—Quién sabe, lo prefiere así.

—¿Cuál es su trabajo? —Cada vez me interesaba más todo lo que tuviera que ver con él.

—No puedo ayudarla en eso, señorita, sólo sé que mantiene contacto semanal con sus abogados y que pasa mucho tiempo en su despacho rodeado de papeles.

Se me ocurrió que, tal vez, yo pudiera ayudarlo en su trabajo; eso me habría gustado mucho, no sólo porque me mantendría ocupada, sino que participaría de sus actividades y pasaría más tiempo con él. Mi corazón latió con fuerza ante la idea.

—¿Cuándo volverá? —La expectación reflejada en mi voz.

—Para la cena, señorita; después va a su club, practica la esgrima y algo que llaman deporte. Nunca entenderé cómo el hecho de darse puñetazos unos

a otros puede ser saludable y mantener en forma a los caballeros, es propio de bárbaros. Más de una vez ha llegado con un ojo morado.

—¿Hace boxeo? —pregunté atónita.

—Sí, creo que se llama así. ¿No le parece ridículo?

Ahí estaba la explicación de ese cuerpo espectacular que se adivinaba bajo su ropa: esgrima, boxeo y sus paseos a caballo... mmmm... Ya lo veía desnudo, cada músculo marcado..., y mis dedos recorriendo cada recoveco... Me relamí...

Continuamos paseando un poco más, mientras Nora seguía poniéndome al día de la historia de la familia, de la mansión y de aquella magnífica extensión de tierra, sin embargo, quiso volver pronto a la casa, pues aún le quedaban algunas cosas que revisar y fue en ese momento que me permití solicitar que me dejaran compartir el almuerzo con el personal de servicio, alegando que su compañía me recordaba a mi familia. Tras dudar unos instantes, Nora aceptó, y mientras todos se afanaban en sus tareas, yo me dediqué a escribir; ese día empezaría mi libro.

... y bueno, no sabía por dónde empezar... La imagen de Gabriel, desnudo, mostrando ese espectacular cuerpo moldeado, aún seguía asentada en mi mente. ¿Cómo iba a concentrarme con eso en la cabeza? Sobre todo cuando me veía acariciando, besando y lamiendo cada milímetro de su piel. La hoja en blanco se mantuvo así durante no sé cuánto tiempo, hasta que Nora me avisó de que el almuerzo estaba listo. Ese no iba a ser el día de mi debut literario, a pesar de mi activa imaginación que seguía delineando y moldeando... con mis labios, la exquisita figura de “mi” lord.

De camino a la cocina, nos topamos con el señor Tilman que llevaba una pequeña bandeja de plata.

—¿Es el correo, señor Tilman? —Mis nervios hicieron que me mordiera las uñas.

—Sí, señorita. —Tan impasible como siempre.

—¿Hay alguna carta del señor Owen? —Seguía dedicando una extremada atención a mis uñas.

—No sabría decirle, señorita Sinclair.

Su imperturbable rostro cambió a uno de horror cuando vio que me lanzaba sobre la bandeja para comprobar el correo. Sí. Mi rostro se iluminó de pura felicidad.

La carta del señor Owen estaba allí, junto a otras a las que no presté la más mínima atención.

—Sí, el señor Owen ha contestado. —Me puse a dar saltos y a bailar ante las miradas, sorprendidas y escandalizadas, del señor Tilman y de Nora—. Vaya, no sé cómo podré resistir la tentación de no abrirla hasta que llegue lord Adair —dije sin dejar de dar vueltas de alegría.

El señor Tilman me quitó la carta de las manos y me miró. No necesitó decir ni una sola palabra, su regañina hacía eco en mi cabeza. Iba a ser una tarde muy larga.

Después del almuerzo, que recreó las comidas familiares y alimentó mi nostalgia, volví al salón de la condesa para intentar empezar, por fin, el libro que con tanto entusiasmo se había materializado en mi mente la noche anterior.

Dos horas más tarde, apenas si había escrito dos páginas. Mi cabeza estaba en la carta del señor Owen y en cada sonido que venía del exterior que me hacía pensar que Gabriel había llegado, sin embargo, apareció a las ocho de la tarde solicitando la cena y... mi presencia.

Habían pasado más de veinticuatro horas desde que lo había visto la última vez y no deseaba otra cosa que pasar con él el resto del día.

Volvía a estar sentado a la cabecera de la mesa y yo tuve que contenerme para no salir corriendo hacia él, como la última vez. ¡No era capaz de entenderme a mí misma! Jamás había reaccionado así... Esta vez se levantó al verme entrar y se dispuso a retirar mi silla, situándola para que pudiera sentarme antes de volver a ocupar su lugar.

—Ha llegado carta del señor Owen —le dije impaciente.

—Yo también me alegro de verla, señorita Katerina —me dijo con ironía, levantando una ceja.

—Disculpe, milord... —Bajé la cabeza avergonzada. ¡Ni siquiera lo había saludado!—. Estaba deseando que llegara, le he echado de menos. —¿Qué? ¿Qué demonios había dicho? La verdad... ¡Jesús! Lo miré.

—Primero la cena, después... la carta. —Se puso a comer, sin hacer ningún comentario—. ¿Qué ha hecho hoy?

—Poca cosa, milord. He tenido mucho tiempo para pensar y se me ha ocurrido que podría ayudarlo en sus negocios y en el orfanato, me gustaría mucho visitarlo; ha hecho algo muy bueno por todos esos chiquillos, es usted un hombre admirable.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó malhumorado.

—¡Oh! No se enfade, milord, Nora me lo ha contado. No lo ha podido evitar, soy muy preguntona —le contesté sonriendo, intentando quitarle fuego

a la hoguera que parecía arder en su interior—. Por favor, no se lo tome a mal, no lo ha hecho con mala intención, todo lo contrario, admira su trabajo como lo haría su propia madre, al igual que todos los demás; lo que no entiendo es por qué no quiere que la gente lo sepa, su ejemplo ayudaría a que otros hicieran lo mismo, hace falta más personas como usted.

—Es mejor así. —Su tono se suavizó—. No todos lo entenderían, prefieren vivir en sus torres de cristal, ignorando que el mundo no es lo que creen, algunos, incluso piensan que los pobres merecen serlo. Muy pocos amigos lo saben y colaboran en el proyecto desde que nació... y sólo cumplo con la voluntad de mi padre, no hay nada heroico en ello.

—Al contrario, usted tuvo elección, eligió cumplir el sueño de su padre e hizo lo correcto, ojalá los demás siguieran su ejemplo, la vida en este país mejoraría bastante, debería sentirse orgulloso, yo lo estoy. Déjeme participar en su proyecto, por favor, para mí sería un honor. Soy profesora y estoy segura de que puedo aportar mi granito de arena a su empresa; también puedo ayudarlo en su trabajo administrativo, me gustaría mucho...

—Gracias —dijo ¿emocionado?—, lo pensaré.

La cena terminó y nos fuimos a la biblioteca, donde, por fin, Gabriel leyó la carta de su padrino.

—Buenas noticias, señorita Katerina, nos invita pasado mañana a cenar y estará encantado de escuchar su historia —expuso satisfecho.

—¡Es maravilloso! —exclamé aplaudiendo como una niña pequeña—
¿Y las otras cartas?

—Son invitaciones de varios amigos, también para cenar, aunque se parecen más a las fiestas y bailes de la temporada que a unas simples cenas, acudirán muchos invitados. ¿Le gustaría asistir a alguna? —Se mostraba amable e interesado por conocer mi opinión. Algo había cambiado.

—Me encantaría; asistir a esos bailes será mucho mejor que verlos en el cine.

—¿Disculpe?

—Nada, se lo explicaré en otro momento.

—¿Por qué no ahora?, ¿tiene algo que hacer? —Su sonrisa volvió a apoderarse de mi voluntad.

—Está bien.

Y así continuó la velada, yo hablando sobre el cine y la televisión; él escuchándome con enorme interés, bombardeándome a preguntas y mostrando su absoluta admiración por los futuros adelantos de la ciencia. Su

curiosidad estaba al mismo nivel que la mía, era sin duda un hombre extraordinario, le interesaba todo y trabajaba para conseguir un mundo mejor. Aquel hombre me maravillaba hasta lo más hondo.

El tiempo pasó sin darnos cuenta hasta que un enorme bostezo, muy muy impropio de la dama que se suponía que era, delató mi cansancio y mi necesidad de irme a dormir, a pesar de que mi ser al completo quería pasar toda la noche con Gabriel, y todo el día siguiente y todos los días que permaneciera allí, y siempre... ¿siempre? El sueño me hacía desvariar, sin duda.

Una vez más, insistió en acompañarme a mi habitación, momento que aproveché para decirle que quería ir a la exposición y que, si Nora no tenía mucho trabajo, iría al día siguiente con ella.

—No —dijo con firmeza.

—Claro que sí, Nora me acompañará. Iría yo sola, pero no conozco este Londres y hasta que no me familiarice con él, prefiero salir con alguien que sepa guiarme, no vaya a ser que me pierda —contesté manteniendo la calma.

—No —volvió a repetir, más autoritario aún.

—¿No? ¿Quién me lo va a impedir? ¿Usted? —pregunté desafiante.

—No iré a ninguna parte sin mí. Este Londres, como usted lo ha llamado, es muy peligroso para que una mujer ande sola por ahí, incluso si va acompañada... de otra mujer. —No daba opción a réplica. Su mirada me traspasó—. Si tengo que encerrarla en su habitación, no dude de que lo haré.

—Óigame, milord, soy una mujer independiente y no tengo por costumbre pedir permiso para hacer lo que quiero, me he limitado a darle una información, mañana iré a la exposición —concluí irritada.

—Señorita Katerina, como usted bien ha dicho, no conoce este Londres, cualquier lugar, por seguro que parezca, es un peligro. Yo la llevaré después de la cena en casa de mi padrino. No sea impaciente —dijo con serenidad y una comprensión que me ablandó.

—Milord, se lo agradezco, pero no estoy acostumbrada a depender de nadie y no veo qué peligros me pueden asaltar, Londres es Londres, en su época y en la mía, andar con miedo no trae nada bueno, por eso, cuando salgo de casa, siempre pienso que todo va a salir bien. Si uno piensa en lo malo, acabará ocurriendo lo peor, hay que cambiar la forma de pensar —le expliqué.

—Katerina, es usted una ingenua. La pobreza y la miseria hacen que las personas no sean ellas mismas. Salir sola la convierte en el blanco de todos

los maleantes. —Me habló con dulzura, con una ternura que hizo que me acercara a él.

—Entiendo lo que dice, milord, no soy ninguna tonta, pero usted no puede acompañarme siempre. Sé que está muy ocupado, Alfred o Gerard pueden llevarme y, de ese modo, usted no se sentirá obligado a hacer algo que no desea hacer. —No estaba muy segura, pero, allí parados, junto a la puerta de mi habitación, tuvimos la primera conversación sobre asuntos personales... sin gritarnos.

—¿Eso cree? Katerina, —mi nombre en sus labios, le daba una musicalidad que no había tenido antes, sonaba diferente en su voz, y esa cercanía me hizo dar otro paso hacia él—, para mí, no sólo es un honor, sino un auténtico placer ser su acompañante en todas las salidas que desee realizar. Espere unos días y, con mucho gusto, visitaremos la exposición... juntos. —Sentí su aliento sobre mi rostro, olía a whisky..., y me encantó—. ¿Estamos de acuerdo, Katerina?

Acto seguido me besó los labios con suavidad, una dulce caricia que siguió a lo largo de mi mentón hasta alcanzar el lóbulo de mi oreja, donde su lengua me hizo estremecer. Depositó un ligero beso en la piel, junto al nacimiento del pelo, para retroceder y rehacer el camino hasta volver de nuevo a mis labios.

—¿Estamos de acuerdo, Katerina? —susurró antes de besarme.

Se apoderó de mi boca y su sabor inundó mi lengua, mi paladar, todo el interior. Desde ese momento, el whisky sería mi bebida favorita... Entraba y salía de mi boca al igual que lo habría hecho su verga en mi vagina. Pasaba su lengua por mis labios y yo me tuve que sujetar de las solapas de su chaqueta; mi cuerpo, sin voluntad, se recostó sobre su pecho y yo no hacía más que gemir, devorándolo al igual que él hacía conmigo, respondiendo con una pasión que no sabía que tenía.

—Katerina... —conseguía pronunciar mi nombre, en los pocos momentos en los que podíamos respirar—, Katerina... tan dulce... tan tierna...

—Gabriel... —Nunca me había perdido en un beso. Nunca me habían besado de aquel modo.

Sentía el dolor en mi entrepierna; empapada me acerqué aún más a él, sintiendo su erección contra mi vientre, mientras movía mis caderas en todas las direcciones... pidiéndole más y más...

—Katerina..., ¿estamos de acuerdo? —me preguntó en plena

embriaguez de deseo y necesidad—. Cariño...

—Sí..., sí, sí... —susurré—. Tómame, Gabriel...

De pronto, se separó de mí como si una fuerza invisible lo hubiese empujado con violencia hacia atrás.

—Muy bien, sólo saldrá si yo voy con usted. Buenas noches, señorita Katerina. —Se fue haciendo una ligera reverencia, después de dejar el sutil tacto de sus labios sobre el dorso de mi mano.

¿Qué? ¿Qué? ¿Quééééé?

¡Hijo de puta! ¡Me había seducido para salirse con la suya! ¿Se podía ser más estúpida?

Lo odié. En ese momento, sentí, desde lo más hondo de mi corazón, el mayor odio que jamás había experimentado. No me había besado porque me deseara, lo había hecho para conseguir la respuesta que quería, y ni siquiera podía ir a su habitación para decirle lo despreciable que era, que había jugado sucio, que era un rastrero y el peor de los hombres. Lo odié.

Lo odié, cuando, a duras penas, pude entrar en mi habitación, temblándome aún las piernas, latiéndome el sexo con el mayor deseo que me había azotado en toda mi vida.

Lo odié por desearlo tanto.

Lo odié por haber desvelado, ante él, la excitación que me recorría las venas.

Lo odié. Simple y llanamente.

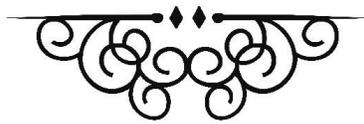
Me desvestí y me metí en la cama, donde no pude controlar las lágrimas de frustración, de nostalgia por mi familia y mis amigos, lágrimas por un hombre al que odiaba y que, sin embargo, me gustaba tanto que arrasaba con todo el sentido común que alguna vez pude llegar a tener.

Cuando entró en su habitación, Gabriel casi corrió hasta la mesita donde se encontraba la botella de whisky y se bebió tres copas de un trago hasta que recobró el aliento. Acto seguido, abrió la ventana para respirar. Se asfixiaba. Se sentía el más miserable de los hombres al aprovechar la inocencia y el deseo de Katerina para conseguir su objetivo. Ni siquiera sabía cómo había podido separarse de ella y no hacerle el amor hasta el amanecer. Aquella mujer era una droga y ahora que había probado sus labios, su sabor, sabía que estaba perdido, y más aún en ese momento en que sabía a ciencia cierta que había perdido, por completo, su confianza. La deseaba como no había deseado a nadie en toda su miserable vida. Se sentía sucio y despreciable y

sólo había una forma de arreglar lo que había hecho. Tendría que pedirle perdón, de rodillas si fuese necesario, pero necesitaba, más que el aire que respiraba, el perdón de Katerina, nunca, hasta ese momento, le había hecho falta nada con tanta ansiedad.

Se negó a aliviar la presión de su falo erecto, era el castigo que se merecía por su infame comportamiento. Nunca sería digno de una mujer como ella. Nunca.

CAPÍTULO 4



A la mañana siguiente, Katerina no quiso bajar a desayunar. Le pidió a Nora que le preparara una bandeja y se la llevara a su habitación. No quería volver a verlo. No quería saber nada de él. Sólo quería ver al señor Owen y confiar en que él encontraría la forma de hacerla regresar lo antes posible. Se sentía derrotada y la más idiota de las mujeres por haberse dejado seducir de aquella manera; sabía que aquella postura derrotista no era la más adecuada ni la más inteligente, pero esa mañana, con el dolor y el desaliento rompiéndole el alma, se sentía demasiado cansada para luchar. “Tómame, Gabriel”, la frase estrella de la noche la golpeaba como un martillo; nunca se había sentido tan avergonzada y humillada por haber creído que el deseo que él le había demostrado, había sido sincero. “Tómame, Gabriel”. ¿Quién demonios hablaba así?! Era como si un alien se hubiese apoderado de ella... Influencia del cine, seguro. ¿Qué otra explicación podría haber?, ¿quién demonios se expresaba de una manera tan rancia? Desde luego, no la gente del siglo XXI.

Había notado su erección cuando ambos cuerpos se había unido, pero... ¿qué hombre no se habría excitado ante una situación así? Estaba segura de que no había sido por ella, sino más bien, por la cercanía de una mujer; habría respondido de igual modo con cualquier otra. ¡Dios! cuanto más lo pensaba, más pena sentía por sí misma, más insignificante se veía. Sólo quería llorar y abrazar a su madre. Al día siguiente, ya se vería, pero ese día, quería desaparecer, no saber nada de nadie ni de nada, sólo quería dejar de existir. Tal vez estaba exagerando, pero nunca se había sentido tan utilizada, tan degradada, tan dolida, ni siquiera cuando Arthur...

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Pensando que sería Nora con la bandeja del té, le permitió la entrada.

—Déjela sobre la mesita, Nora. Gracias —dijo desde la puerta del balcón que mantenía abierta. La brisa fresca de la mañana le despejaba la mente.

—No soy Nora —oyó detrás de ella.

La voz profunda y aterciopelada de Gabriel la hizo volverse de golpe. Se veía revestido por un pesado manto de desolación. “¡Puro teatro!”, pensó Katerina.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó con resentimiento. La decepción que sentía no le permitió sonrojarse al recordar, ante su presencia, lo que había ocurrido la noche anterior—. Como ve, he cumplido con mi promesa.

Se protegía cruzando los brazos sobre su pecho, lo que llamó la atención de Gabriel al ver sus senos juntos y levantados, los pezones rizados... llamándolo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarse sobre ella y probar, a través de la fina y casi transparente tela del camisón, el brote erguido que lo inflamaba y le golpeaba la verga que ya se levantaba dentro de sus pantalones.

Carraspeó y centró su atención en el rostro de la muchacha, maldiciendo el deseo que lo consumía; sus labios perfectamente dibujados y carnosos, le recordaron el beso, el sabor dulce de su lengua, el rugido caliente de la sangre en sus venas...

—Señorita Katerina... Katerina... he venido... Disculpe mi atrevimiento —dijo mirando de arriba abajo su cuerpo, cubierto por la fina prenda de algodón que dejaba entrever su silueta al trasluz... y esa flor esplendorosa, hecha expresamente para su boca, su lengua... para su placer—, aún no está vestida... —Se mantuvo callado unos segundos y aclarándose, una vez más, la garganta continuó—, pero seré breve. He venido a disculparme. —Se expresaba con humildad y parecía arrepentido—. Por favor, acepte mis más sinceras disculpas, mi comportamiento de anoche fue lamentable, impropio de un caballero. Katerina, me siento muy avergonzado. Le pido perdón. —Se mantenía erguido y, a pesar de la situación, orgulloso—. Por favor Katerina, no hay excusa que justifique mis despreciables actos, sólo espero que pueda perdonarme algún día. —Haciendo una reverencia, se dirigió hacia la puerta.

—Espere —susurró Katerina. Gabriel se giró para enfrentarla—. ¿Por qué tuvo que humillarme de ese modo haciéndome creer que me deseaba? Ya le había dicho que no saldría sola, que Alfred o Gerard me acompañarían, no había ninguna necesidad de...

—Sí la deseaba, Katerina, la deseaba... y mucho... La he deseado desde el momento en que la vi aparecer de la nada en la fiesta de los Evans. Le confieso que no lamento lo que pasó, volvería a hacerlo, sin dudar...

—¿No lo lamenta? Entonces, ¿qué hace aquí pidiéndome disculpas? Es odioso, odioso —le gritó Katerina, sin ser capaz de controlarse ni un minuto

más—. ¡Lo odio y no quiero volver a verlo!

Aquél fue el detonante que necesitó Gabriel para acercarse a ella y tomarla entre sus brazos para volver a besarla con todo el ardor que llevaba dentro.

—¡Suélteme, animal! No crea que se va salir con la suya. ¿Qué es lo que quiere ahora? —Seguía gritando Katerina, entre beso y beso—. Suélteme, déjeme en paz, no se atreva a tocarme... Déjeme... —Sin poder soportarlo más, se desplomó en sus brazos, llorando—. Déjeme...

—Lo siento, Katerina, lo siento. —Se dirigió hacia el pequeño canapé que había enfrente de la chimenea y la sentó sobre su regazo—. Katerina, escúcheme... ¡Dios! lo siento tanto... —dijo con un deje de desesperación.

Katerina seguía llorando y se odió por permitirle que fuera testigo de su vulnerabilidad. Él hizo gala de una paciencia que desconocía que tenía y se limitó a abrazarla, acariciando su espalda con ternura.

Cuando por fin se calmó, se separó de él con brusquedad, y le volvió la espalda.

—Márchese, por favor.

—Katerina, escúcheme, se lo ruego. No me arrepiento de haberla besado, es cierto, pero sí lamento haberle hecho creer lo que no era. No pretendía hacerle daño. Sé que es una mujer muy inteligente y que no habría salido sola poniendo su vida en peligro. —Se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación—. Ni siquiera sé por qué dije lo que dije. Sé que he perdido su confianza..., —daba la impresión de ser un niño asustado—, es algo que no podré perdonarme nunca.

Ante aquella sinceridad y tan vulnerable como parecía, algo se removió en su interior.

—Milord, no hace falta que se castigue de ese modo... Gabriel, —no habían dejado de llamarse por su nombre desde que él entrara en su habitación. Nunca habían estado tan cerca el uno del otro; “me ha hecho mucho daño, es cierto”, pensó, sin embargo no quiso manifestar sus pensamientos, ya le había dado demasiado—, le perdonaré... con tiempo; no deseo envenenarme guardándole rencor y, sobre todo, después de oír su sincera disculpa, una disculpa que acepto. Gracias, no es fácil reconocer los errores y menos aún, hacer lo posible por enmendarlos —respondió serena, un poco agitada todavía y con la voz ronca por el llanto.

Se quedaron enredados en sus miradas hasta que la llamada de Nora los sacó de su ensoñación.

—Le traigo su té, señorita, espero que se encuentre mejor... ¡Milord! — La sorpresa de verlo en la habitación de la muchacha, casi hizo que tirara la bandeja.

—Bien, yo ya me iba, si me disculpa señorita Katerina. Espero verla más tarde. —Con una formal reverencia, se fue.

Katerina se quedó como una estatua, con la mirada fija en la puerta que se cerraba detrás de él. Nunca esperó que él fuera a disculparse, que de verdad la hubiese besado porque la deseaba y nunca imaginó que lo fuera a perdonar tras la primera palabra que salió de su boca, sin embargo así fue, a pesar de haberle dicho que necesitaría tiempo para hacerlo. Reconoció en su fuero interno, que no quería ponerle las cosas tan fáciles, tendría que ganarse de nuevo su confianza, “currársela”, como solía decir su amiga Stephanie. En unos segundos, pasó del odio a la adoración. ¿Qué sentido podía tener todo eso?, ¿qué significaba?, ¿acaso importaba? “Fluid con la vida”, solía decir Kala, su profesora de yoga, “os sorprenderá y os hará libres”. Y eso fue lo que hizo. Abandonarse a la vida, dejar de resistirse a los cambios que habían tenido lugar y aprender a jugar bien sus cartas. Tanto si se iba como si se quedaba, no quería acabar con el corazón hecho añicos, fluiría, sí, pero se protegería.

Se quedó sola después de que Nora dejara el desayuno sobre la mesita. No fue capaz de tomar nada sólido, todas las emociones le habían revuelto el estómago; sólo tomó un poco de té para asentarlos y evitar vomitar.

Se dispuso a hacer sus ejercicios de yoga y las relajaciones. Ya más calmada, se vistió y decidió dar un paseo por el bosque.

En el jardín, se encontró con los hermanos Craig. Se le ocurrió que podría ayudarlos de vez en cuando. Le gustaba mucho trabajar la tierra, el amor por la naturaleza lo había adquirido de su abuelo que se pasaba el día en el jardín junto a su abuela, ambos compartían esa actividad que, a lo largo de los años, los había unido tanto y no había hecho más que acrecentar el amor que sentían el uno por el otro.

Tras las primeras dudas que mostraron los hermanos, accedieron a aceptar su ayuda y a enseñarle lo que necesitara, siempre y cuando lord Adair no se opusiera. Katerina, en su ingenuidad, pensó que no habría ningún motivo por el que Gabriel no le permitiera ese pequeño capricho, además no era decisión suya, no le correspondía a él decidir a qué dedicaría su tiempo libre. No lo permitiría. Sin embargo, ese día, le hacía falta pasear, perderse entre los árboles que bordeaban la finca, serenarse, reflexionar y simplemente

disfrutar de la belleza del entorno.

Gabriel, en su despacho, se mostraba reflexivo. La conversación con Katerina había resultado mejor de lo que él había esperado, al menos le había dado la esperanza del perdón. No entendía por qué le era tan necesario, pero se había convertido, casi, en una cuestión de vida o muerte. Haberle hecho daño a la joven, lo atormentaba y se sentía desorientado, sin saber cómo deshacer lo que ya no se podía cambiar. Había prometido protegerla, cuidar de ella, sin embargo, había incumplido su palabra: no la había protegido de sí mismo.

Algo le decía que un regalo caro, no iba a solucionar nada, así que se dispuso a elaborar un plan, haría lo posible por compaginar sus actividades laborales con la organización de una agenda para poder salir con Katerina y mostrarle todo lo que Londres podía ofrecerle, así como permitirle atender el orfanato como ella deseara. Su rostro había florecido como las amapolas ante la posibilidad de poder participar en su proyecto. Sí, eso le pareció una buena idea, deseó que funcionara y lo ayudara a recuperar la confianza que él mismo había arruinado. Se sirvió una copa muy satisfecho de sí mismo y con el corazón lleno de ilusión. Por algún motivo, el bienestar y la felicidad de la chica, se habían convertido en una prioridad en sus actividades, y lo más sorprendente era que... se sentía feliz.

Se dirigió al gran ventanal que daba al jardín y allí la vio. Su ingle vibró, traspasándolo de los pies a la cabeza, reaccionando ante la visión de su pequeño y delicioso cuerpo, ese cuerpo suave y abandonado que había sentido la noche anterior, ese cuerpo semi—desnudo que se había materializado en el salón de baile de los Evans, el mismo que había percibido bajo el camisón y abrazado minutos antes, ese cuerpo que se moría por besar, lamer, chupar y penetrar, una y otra vez, untando su propia piel con sus jugos, bebiendo de ella, sintiéndola alrededor de su falo, caliente y mojada, sus piernas alrededor de su cintura, viendo como sus caderas iban al encuentro de las suyas... Se acarició el pene ya erecto a través de la tela del pantalón... La imagen de la fruta rosada de sus pechos acaparó su mente, mientras la observaba y seguía acariciando su falo...

—¡Maldita sea! —exclamó cuando se dio cuenta de lo que hacía—. Acabará conmigo si no la tomo pronto. ¡Mierda! ¿Qué hace hablando con esos dos? —se dijo malhumorado.

Al verla con los hermanos Craig, Gabriel se sintió posesivo, algo que

nunca había experimentado, ni siquiera cuando..., jamás, hecho que le pareció del todo absurdo, pues sólo deseaba tenerla en su cama, nada más. Nunca volvería a enamorarse, eso estaba muy claro para él, la tendría hasta que se aburriera, como le había pasado con otras amantes, eso es todo, por eso no entendía ese “mía” que se había formado por voluntad propia en su cabeza al verla hablar con los jardineros, como si en verdad fuera suya y nadie tuviera derecho a estar con ella, salvo él, claro. Era algo que no tenía ningún sentido. No lo entendía ni iba a perder el tiempo haciéndolo. Acabaría en su lecho, eso era todo.

—Me voy al club —susurró malhumorado. Allí podría dar rienda suelta a ese torbellino de lo que fuera que le estaba sucediendo.

Y se fue.

La mañana pasó tranquila. Después de mi paseo, me fui a mi habitación donde Nora me sirvió el almuerzo. Volví a hacer mis ejercicios y cuando me estaba situando para leer, llamaron a la puerta. Era Nora.

—Mire, señorita, esto acaba de llegar de “Chez madame Lafleur”. —Me hizo sonreír, Nora siempre tenía ese efecto sobre mí, su alegría era contagiosa y me animaba el corazón.

Desplegó dos hermosos vestidos de noche sobre la cama. Uno era de color marrón dorado, adornado con pasamanería dorada y un amplio escote en forma de barco y sin mangas; el otro era granate y el corpiño estaba salpicado de pequeñas rosas blancas, tenía el corte de un palabra de honor, las mangas cortas y un poco abullonadas, caían a la altura del escote, como si fuesen demasiado grandes para sujetarse a los hombros, era un vestido de lo más sexy y me encantó.

—¿No le parecen lindos, señorita? —preguntó entusiasmada.

—Son preciosos, Nora... —susurré.

Apenas si me atrevía a tocarlos, deslicé los dedos por la seda y la suavidad de la tela me sedujo por completo.

—Pruébeselos, a ver cómo le quedan.

Antes de que pudiera responder, Nora ya me estaba desvistiendo y me vi de pronto, ante el espejo, con el vestido marrón. Nora no paraba de hablar, mientras giraba a mi alrededor y me mostraba unos adornos para el pelo a juego con el vestido, así como unos zapatos hechos con la misma tela de seda.

Si me impresionó ver al descubierto mis hombros con el escote del

vestido anterior, el granate me dejó sin palabras. A pesar de las largas y amplias faldas, la sensualidad de las mangas caídas, me hizo sentir como Afrodita: una diosa capaz de seducir a cualquiera. Tanto los adornos como los zapatos, también coordinaban a la perfección con el vestido.

—Está preciosa, señorita, será la muchacha más hermosa de cualquier fiesta. —El orgullo en la voz de Nora, me alcanzó, sintiendo, como verdad, que sería la más hermosa.

Vanidad. Por primera vez en mi vida, supe lo que era la vanidad. Por un lado, me maravilló, por otro me espantó, sin embargo, pensé que no tenía nada de malo sentirse como me sentía en ese momento, viéndome con aquellos hermosos vestidos, y me permití sentirme hermosa como jamás antes lo había hecho. No es que me viera bien, me veía maravillosa, una belleza sin parangón... y me reí de felicidad hasta que vibré con mi risa y con las risas de Nora.

—¿Bajaré a cenar, señorita? —me preguntó cuando las risas se agotaron.

—No, estoy algo cansada, discúlpeme con lord Adair, por favor.

Cuando Nora se fue, me sentí triste, deseaba verlo, pero también castigarlo y su castigo era también el mío al negarme a pasar la velada con él, sin embargo, necesitaba un alejamiento, por mínimo que fuera, y esperaba que él se tomara su tiempo para reflexionar y tener en cuenta que cada acto tiene unas consecuencias... y las palabras también.

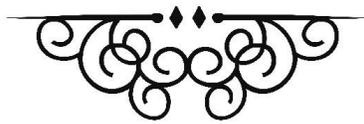
Ni siquiera notaría mi ausencia.

El castigo sería sólo para mí.

Estaba segura.

“Mañana será otro día y todo será distinto... Todo será mejor”, pensé.

CAPÍTULO 5



Al día siguiente, todo apareció con una nueva luz. Era el día en que vería al señor Owen y me convencí de que él encontraría el camino de regreso a casa. Esa idea me llenó de felicidad; el corazón rebosante de esperanza me dio el impulso que necesitaba y todo lo ocurrido en los días anteriores quedó en la habitación del olvido; no merecía la pena atrancarme en esos recuerdos cuando el presente se desplegaba ante mí, lleno de posibilidades. Sí, ese día sería el primero de muchos días hermosos.

No vi a Gabriel en toda la mañana y pensé que no lo vería hasta la noche, sin embargo, cuando me disponía a almorzar con Nora y los demás, el señor Tilman me comunicó que lord Adair me esperaba en el comedor.

Nada más entrar, él se levantó y fue tan caballeroso como la vez anterior. Amable y encantador, estuvo muy comunicativo, explicándome el funcionamiento del orfanato y que, si yo aún tenía la intención de ayudar, me acompañaría para que conociera el lugar y a las personas que allí trabajaban, de ese modo podría encontrar mi lugar y la actividad que más me complaciera realizar con los niños.

—Muchísimas gracias, milord, estaré encantada. —Me sentía tan contenta que sin darme cuenta, posé mi mano sobre la suya y se la apreté en señal de agradecimiento. Sólo cuando sentí un hormigueo en la palma que se extendió a todo el brazo fui consciente del gesto y la retiré con la mayor naturalidad de la que fui capaz.

—¿Qué trabajo realiza con los niños? —Quizás si profundizaba en el tema, se me olvidaría lo que sentía en la piel..., quizás.

—Sólo los visito, paso un rato con los chicos, los maestros y el resto del personal, me aseguro de que todo vaya bien; es una manera de que sepan que no están abandonados. Mis administradores se ocupan del resto.

—Hace la tarea más importante.

—¿Importante? Sólo soy un aristócrata con dinero, caprichoso, al que le gusta tener el control sobre todo, nada más —espetó.

—Si es lo que cree... —dije con fingida indiferencia.

—¿Qué quiere decir? —Curiosidad.

—Se asegura de que no se sientan abandonados, eso vale más que todo el oro del mundo —le contesté mirándolo, intentando no desvelar mi absoluta devoción. Sin embargo, mi mirada me delató o al menos eso creí al sentir que mi corazón se desbocaba como una manada de potros salvajes cuando él me clavó sus ojos negros..., emocionado—. Esa es al menos, mi humilde opinión, milord.

Se estableció un silencio un poco incómodo. Yo, demasiado alterada para hablar; él, mirándome como si buceara en mi interior; desvié la mirada y me centré en el plato que tenía delante de mí.

—August nos espera a las siete y media para la cena, esté preparada para las siete; póngase uno de los vestidos que mandó madame Lafleur. —Notaba que no despegaba sus ojos de mí.

—Estaré preparada, milord. —Me sentía tímida, retraída, demasiado afectada por su mirada— ¿No le parece que el blanco sería mejor? Es más sencillo, los nuevos son demasiado elegantes.

—Así debe de ser, señorita. —Su sonrisa me indicó que se estaba divirtiendo con mi timidez.

Asentí con la cabeza, convencida de que estaba roja como la grana. ¿Cuándo dejaría de comportarme así? Algo habría que pudiera hacer para controlar esa nueva faceta de mi personalidad... algo...

—¿Cuándo podré ir? —logré preguntar, entusiasmada. Ya me lo estaba imaginando... trabajar con los niños...

—Dentro de unos días, primero visitaremos la exposición —respondió—, además, todavía no tiene ropa suficiente.

—¡Oh! eso no importa, milord... —Me sentía muy contenta.

—Sí importa, no puede pasearse por ahí con los mismos vestidos una y otra vez, es usted una dama, no lo olvide —sentenció.

—Bueno, milord, en realidad no lo soy, al menos de donde yo vengo, no soy más que una mujer normal y corriente, como tantas otras —dije con serenidad.

—¿Normal y corriente? Usted es cualquier cosa menos normal y corriente, señorita Katerina. —Posó sus ojos en mí con una llama de deseo que se me instaló en el vientre.

Me costaba mucho creer que yo era capaz de despertar ese deseo en él, sin embargo ahí estaba, fulminándome, consumiéndome; estaba segura de

que en algún momento acabaríamos haciendo el amor, de que ardería espontáneamente y ya nada importaría, convirtiéndome en cenizas entre sus brazos.

Al acabar el almuerzo, se disculpó con una perfecta reverencia y se encerró en su despacho, mientras yo me fui a explorar el jardín, ensimismada, sin poder salir de mi asombro después de escuchar las palabras que me había dirigido antes de desaparecer en el interior de su santuario: “La eché de menos anoche, Katerina”. Me había echado de menos. ¡Vaya sorpresa! ¿Se estaría acostumbrando a mí? ¿Le estaba empezando a gustar como compañera? ¿Su interés iba más allá de la cama? ¡Demonios! Otra vez no. “Descansa un poco, bonita”, le dije a mi cabeza “¡Me agotas!”, resoplé cansada.

Así pues, despejé mi mente de la diatriba de ideas que amenazaban con dominarme y me dispuse a iniciar mi exhaustivo examen del maravilloso lugar que se extendía ante mí.

Quería descubrir algún rincón que fuera especial para mí, aquel en el que pudiera sentarme y conectar con el entorno, el que me ayudara a calmar esa cabeza mía tan terca y preguntona, tan engorrosa e insoportable y, no menos importante, también mis locas y caprichosas hormonas que me empujaban a querer, con absoluta desesperación, pasar cada noche en su cama, con su cabeza entre mis piernas, con sus manos recorriéndome la piel, con su boca comiéndome la mía, con su verga penetrándome y haciendo realidad todas y cada una de mis fantasías sexuales; estaba segura de que si había en el mundo un hombre capaz de eso, sin duda, era él.

Me adentré en el bosque por un amplio sendero que no había recorrido antes, o al menos eso pensaba, pues mi sentido de la orientación era bastante escaso, pero había una serie de arbustos con bayas, aún verdes, que no recordaba, así que, cual Indiana Jones, me aventuré a seguirlo y descubrir a dónde me llevaría.

Me encaminó a uno de los lugares más hermosos que había visto hasta el momento. El amplio claro entre los árboles estaba vestido con una pequeña fuente en el centro, coronada con una estatua de mármol de una hermosa sirena que tenía los brazos hacia delante, como si estuviera llamando a alguien. Estaba rodeada de nenúfares y de cada uno de ellos salía un chorro de agua que caía en unos cuencos que la derramaban en el pequeño estanque de la base. Lo que más llamó mi atención, aparte de la belleza de la

composición que me embargó hasta el punto de no ser capaz de expresar nada, fue que nenúfares naturales, surgían de las profundidades, rindiendo homenaje a la sirena y su hermosura.

Mirando a mi alrededor descubrí un banco, también de mármol y allí me senté. Observando la fuente tuve la fantasía de ver a los primeros condes de Bladnoch allí sentados, ya en su madurez, cogidos de la mano y enamorados como el primer día. Mi romanticismo me llevó a imaginar que él habría hecho construir esa preciosidad como símbolo de amor para su amada. Suspiré. Había encontrado mi lugar perfecto, el lugar donde mi corazón hallaría la paz. Cerré los ojos y me dejé invadir por el sonido del agua que caía, por la sensación de la hierba bajo mis pies descalzos y, en ese entorno mágico, me olvidé de todo.

No sé cuánto tiempo pasó cuando unas voces lejanas me... ¡despertaron! Me levanté aturdida, buscando el sendero, pero la noche que ya había caído, no me permitió ver nada. Estaba perdida. Escuchaba mi nombre a lo lejos y empecé a gritar llamando a Nora, asustada, hasta que la vi aparecer.

—Señorita Katerina, ¿ha estado todo el tiempo aquí? —me preguntó sin aliento, llevando un farol en la mano.

—Sí, lo siento Nora, me he quedado dormida y con la noche no veía nada —respondí aún aturdida y con miedo.

—Tiene que decirme a dónde va, señorita, esto es muy grande y se puede perder o le puede suceder cualquier cosa y nadie se enteraría —me dijo muy preocupada; mi madre adoptiva también me estaba riñendo, o eso parecía.

—Lo siento, Nora, no volverá a ocurrir —dije un poco avergonzada.

—Vamos, niña, tiene que arreglarse. Son ya las seis, y el señor la espera a las siete —me recordó con cariño.

No me quedó más remedio que ponerme el corsé, protesté, doy fe de ello, pero no sirvió de nada, el escote del vestido lo pedía y Nora me ignoró por completo, mientras me quitaba la toalla después de tomar una ducha rápida. Tras vestirme, me sentó para peinarme y aunque me negué a que me agujereara la cabeza con mil horquillas, tampoco se detuvo y comenzó a tomar mechones de pelo que iba recogiendo detrás en forma de moño. Terminó con los complementos del vestido marrón dorado que había elegido para la ocasión, diseminando unas hermosas mariposas doradas por todo mi cabello.

Cuando hubo terminado me situó delante del espejo y no reconocí el reflejo que éste me devolvía. Estaba radiante. Nora lo había hecho tan bien que no sentía que me asfixiaba dentro del corsé y tampoco sentía la cabeza como un colador. El moño quedaba suelto y unos mechones rizados caían desde las sienes hasta la nuca, haciéndome cosquillas en la piel que quedaba expuesta.

Nunca me había sentido tan hermosa como en aquel momento.

—Nora... —dije emocionada.

—Está preciosa, señorita. —Una lágrima se le escapó—. Preciosa... Vamos, el señor la espera —dijo recomponiéndose.

Al nombrar al señor, sentí vergüenza; por un lado estaba deseando ver la expresión de su rostro, luego recapacité y pensé que para él no sería una novedad ver a una mujer arreglada de esa forma, todas tenían el mismo estilo y yo no iba a ser una excepción, sólo era extraño para mí, no para los demás; por otro, me sentía nerviosa, tímida y noté el calor en mis mejillas, deseaba que él me viera hermosa, la más hermosa, quería estar a la altura del hombre que me acompañaría, de ese hombre varonil y sexy que me había robado la lucidez y la claridad mental que siempre pensé que había tenido; no quería desentonar con aquel dios que le hacía sombra al mismísimo Apolo.

Aun así y a pesar de todas las inseguridades del mundo que me asaltaron en aquel momento, me erguí y salí con decisión de la habitación, dispuesta a vencerlas todas.

Cuando lo vi esperándome al final de la escalera, se me paró el corazón y una llama se encendió entre mis piernas. Iba vestido con un traje de chaqueta de color negro, un chaleco plateado y una camisa blanca. El pañuelo, tan bien anudado, le cubría el cuello; yo deseaba quitárselo, mientras le besaba la piel que iría quedando al descubierto para después... “¡Para ya! ¡Ni que fueras una ninfómana! No haces más que pensar en lo mismo”, me reñí malhumorada. No llevaba joyas, sólo un pequeño broche sujetando el pañuelo del cuello, un cisne de diamantes; al menos eso fue lo que pensé, él podría permitirse esas cosas. Una frase se coló en mi mente, discreta y decidida: “Los cisnes se unen para toda la vida”, y ahí se quedó

Estaba... estaba... No podía emitir sonido alguno, nada pasaba por mi cabeza; en ese momento comprendí lo que siempre decía Kala: “Vacíad la mente”. Lo había conseguido con solo verlo, no me hizo falta centrarme ni relajarme. ¡Pero si era un manojo de nervios! En ese estado de desequilibrio,

mi mente vacía y la lujuria tomando el mando, estaba segura de que si me sentaba, mi sexo mojado y goteante, mancharía el vestido; me dieron ganas de salir corriendo a mi habitación para lavarme de nuevo y ponerme un salva slip. ¡Mierda! Eso no existía... ¡Joder! ¿Qué iba a hacer? Menos mal que llevaba varias enaguas, eso disimularía... o, al menos, eso esperaba... ¡Joder!

Su mirada cuando se volvió a recibirme no hizo más que empeorar las cosas: me convertí en una antorcha de deseo y pasión que lo imaginó desnudo, con su verga tiesa y dispuesta... ¡Dios mío! ¿Cómo iba a poder sofocar lo que ardía en mi interior?

Respiré hondo y bajé las escaleras.

—Está preciosa, señorita Katerina. —Su radiante y preciosísima sonrisa me hizo perder el equilibrio.

—Gracias —logré decir sin saber muy bien cómo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó divertido, al ver que me balanceaba. Estaba segura de que sabía lo que estaba sucediendo dentro de mí. ¡Mierda!

—Sí, aún no me acostumbro a estos vestidos. —Sonreí con timidez.

—Milord, el carruaje está dispuesto —dijo el señor Tilman con su habitual seriedad.

Posó una pequeña capa dorada sobre mis hombros. ¡Cómo si la necesitara! ¡Tenía tanto calor que me habría tirado a una piscina de cabeza!

—La noche está fresca y amenaza lluvia —dijo con una voz dulce y cremosa cuando hice ademán de quitármela.

Asentí. No era capaz de hacer nada más.

Una vez dentro del carruaje, sentía su mirada perforándome, haciendo que me sintiera incómoda y excitada... más aún... lo que no creí posible.

—¿Algo no está bien, milord? —Me sentía como un bicho bajo el microscopio.

—Al contrario, señorita, todo está perfecto.

Sonrió de nuevo, sólo que esta vez su sonrisa parecía estar besándome, lamiendo cada centímetro de mi cuerpo, probando mis fluidos y mimando mi clítoris... Sentía el orgasmo formándose, sólo con esa sonrisa... ¡Dios! Iba a correrme y ni siquiera me había tocado...

—Le gustará la familia de mi padrino, son muchos y todos encantadores —dijo, por fin, y aquello hizo que mi mente se alejara... un poco, de lo que me estaba sucediendo.

—¿Cuántos son? —pregunté algo agitada.

—Siete. —Al ver mi expresión, se rió—. Sí, no han perdido el tiempo.

Tienen cinco hijos, la más pequeña tiene cinco años.

—Mi sobrina tiene la misma edad —dije con nostalgia—, la hija de mi hermano mayor; es una preciosidad de ojos negros y pelo largo y rizado, es maravillosa...

—Lo siento, no pretendía entristecerla —contestó arrepentido, con un deje de comprensión.

—Oh, no se preocupe, no estoy triste, es sólo... Bueno, echo de menos a mi familia, estamos muy unidos. —Sonreí levemente.

—Entiendo... Con mi padrino se sentirá como en casa, rodeada de niños. August y su esposa Serena la harán sentirse en familia, la acogerán como a una hija. —Su voz cálida y suave me daba confianza. ¡Era tan dulce y encantador! Me tomó con ternura las manos entre las suyas. Me pareció maravilloso su intento por reconfortarme—. Son un poco peculiares, ya lo verá, pero se sentirá muy a gusto con ellos.

Desplegó una sonrisa llena de orgullo por la familia Owen y de comprensión hacia mis sentimientos. En ese momento sentí algo... algo que tal vez fuera amor, sin embargo, eso no era posible, nadie se enamoraba tan pronto, ¿verdad? Eso sólo sucedía en el cine y en las novelas, tal vez fuera gratitud, sí, sería eso, gratitud y admiración por un hombre que intentaba, por todos los medios, aparentar alguien que no era, y esa actitud me llegaba al corazón: un conde amable y a veces gruñón, pero la humildad y la generosidad conformaban su carácter. ¡Vaya descubrimiento! Aun así, si no era amor... se parecía mucho.

—¿Fue amigo de su padre?, ¿por eso es su padrino?

—Sí, estudiaron juntos en Eton y desde entonces fueron como hermanos, así que, más que mi padrino, es mi tío, aunque se comporta como un padre, cree que aún soy un niño —contestó orgulloso. Se notaba, en la expresión de su rostro, el gran amor que sentía por la familia Owen.

—Estoy deseando conocerlos, ha despertado mi curiosidad. Debe ser una familia extraordinaria —le dije sonriendo.

—Sí, llegará a quererlos tanto como... Ya hemos llegado. —Una rápida y ligera expresión sombría cruzó su rostro.

¡Qué casualidad! Justo cuando iba a expresar sus sentimientos. Sospechaba que era algo que no solía hacer y menos con alguien a quien acababa de conocer.

Fuimos recibidos por el mayordomo, tan estirado como el señor Tilman, aunque con expresión más humana.

—¡Tío Gabriel!

Un alboroto de niños corriendo y gritando llenó la entrada de la casa y Gabriel se vio rodeado de cinco niños, mientras la pequeña alzaba sus brazos pidiendo que la aupara. Enseguida la cogió en brazos y ella le rodeó el cuello.

Era la primera vez que lo veía sinceramente feliz y un cálido sentimiento anidó en mi corazón. Sería un padre extraordinario y yo sería... “¡Qué tontería!”, me dije sacudiendo la cabeza. “¡Qué ideas se me ocurren! Aún estoy bajo los efectos del dichoso viajecito”.

—¡Niños! —También venían corriendo el señor Owen y su esposa, cosa que me extrañó mucho, teniendo en cuenta las estrictas normas de etiqueta que regían sus vidas; eran sin duda, personas... diferentes—. Dejad a tío Gabriel, sed educados y saludad a la señorita Sinclair.

La pareja me pareció muy agradable. De sonrisa franca y sincera, se veían felices y satisfechos con su vida. El señor Owen, un hombre de unos cuarenta y cinco o cincuenta años quizás —lo cierto es que siempre fui muy mala para calcular la edad de las personas—, llevaba un traje informal de color marrón; era unos centímetros más bajo que Gabriel y su cara redonda y bonachona me alivió los nervios que se me habían instalado en el estómago; su incipiente calva competía con unas patillas bien definidas que casi cubrían sus mejillas, lo que me hizo sonreír con disimulo; una ligera panza se adivinaba bajo su chaleco.

Su esposa, más joven que él, tenía el cabello negro adornado con unos reflejos plateados en las sienes que la hacían hermosa. La imaginé con unos años menos, cuando era cortejada por el señor Owen, y pensé que la expresión bondadosa de su rostro y ese cálido brillo de sus ojos, hicieron de ella el centro de atención de todas las fiestas. Decidí que el señor Owen había sido el más listo al conseguir el amor de tan preciosa mujer. Vestida con un sencillo traje verde y sin adornos, su belleza rezumaba en un cuerpo de madre, voluptuoso y sereno, de pechos generosos y amplias caderas; aunque los vestidos de la época poco decían de la forma de los cuerpos, tantas faldas nos hacían gordas a todas, esa idea me sacó una discreta sonrisa, quizás le sobraban unos kilitos, pero la maternidad la convertía en una mujer muy bella.

Sumida en mis pensamientos y en la tranquilidad que me proporcionaron los señores Owen y su familiaridad, no me di cuenta de que todos los chiquillos se habían quedados quietos y se habían vuelto para mirarme.

—Señorita Sinclair, le ruego que disculpe a mis desvergonzados hijos —

dijo el señor Owen con una amplia sonrisa tendiéndome la mano—. Le presento a mi esposa Serena, la luz de mis ojos. Gabriel, hijo, me alegro mucho de verte —se dirigió a él dándole una palmada en el hombro.

—August... —respondió su esposa, sonrojándose—. Encantada de conocerla, señorita Sinclair, es un honor recibirla en nuestro hogar. —Y volviéndose hacia Gabriel—: Te hemos echado de menos, sinvergüenza —le dijo dándole un beso en la mejilla—, hace mucho que no vienes a visitarnos.

—Lo siento, he estado muy ocupado. —No podía disimular la felicidad que sentía al estar con ellos.

Los niños seguían observándome sin decir nada. El señor Owen los rodeó con los brazos.

—Estos salvajes adorables son: Neil, el mayor, John, Eliana, William y esta pequeña es Isaura —dijo señalando a la niña que se aferraba al cuello de Gabriel.

—Soy su prometida —me explicó, mirándome ceñuda—. Cuando sea mayor nos casaremos y seremos felices para siempre.

—¡Isaura! —la reprendió su madre—. Ya sabes que eso no es posible, mi cielo.

—Sí que lo es, ¿verdad, tío Gabriel? —Le regaló la más esplendorosa de las sonrisas al tiempo que batía sus párpados. Menuda coqueta era ya con cinco años. Volví a sonreír. Los niños eran maravillosos.

—Sabes que no, cariño, ya te lo he explicado. Seré demasiado viejo para ti, te gustarán muchachos de tu edad y alguno de ellos será muy afortunado de convertirse en tu esposo.

—Papá es viejo, no tú... —contestó enfurruñada y con lágrimas en los ojos—. La señorita Sinclair no puede casarse contigo...

—¡Gilda! —Llamó su madre—. Llévate a los niños por favor.

—Sí, señora.

“Casarme con él... ¡Qué disparate! Si yo no permaneceré aquí, eso es imposible, además, ese hombre no me interesa ni lo más mínimo”, pensé muy satisfecha.

Gilda, una mujer delgada y de rostro alegre, se los llevó entre protestas y tuvo que ser el señor Owen quien desatara a su pequeña Isaura del cuello de Gabriel.

Después de aquel recibimiento y cuando por fin pudimos dejar nuestras cosas en manos del mayordomo, pasamos a un comedor pequeño, muy familiar y acogedor.

—Como no es una cena formal, hemos pensado que estaríamos más cómodos y tranquilos aquí —explicó el señor Owen alegremente.

—Disculpe a mi hija, señorita Sinclair —me dijo la señora Owen.

—¡Oh! No se preocupe, señora, es una niña encantadora y lord Adair es su príncipe azul —respondí con ternura, mirándolo. Me recordaba tanto a Lucía, mi princesita—. Es como mi sobrina, una carita de ángel con una mente traviesa.

Todos se echaron a reír, asintiendo. Gabriel me miraba de una forma que no supe calificar y yo me sonrojé. ¡A saber por qué!

La cena transcurrió de tal manera que me sentí de verdad en familia, hablando de los niños, del trabajo de Gabriel, quedando por completo fascinada por todo lo que estaba descubriendo sobre él esa noche, de las investigaciones del señor Owen, de mi familia. Mostraron mucho interés y extrañeza cuando les dije que mi padre era jardinero y tenía una floristería; que mi madre era maestra de primaria; que mi hermano mayor había estudiado química, pero había preferido dedicarse a la carpintería para crear muebles únicos, y que tenía una pequeña tienda que dirigía su esposa; en cuando a Irene, mi hermana pequeña, no supe qué decir. ¿Cómo explicar que una mujer era piloto en el ejército cuando aún no existían los aviones? Así que me limité a decirles que viajaba mucho; en cuanto a mí, Gabriel se adelantó diciéndoles que era institutriz al ver lo nerviosa que me estaba poniendo salvándome de explicar lo que, en ese momento, no se podía. Lo agradecí de corazón y así se lo hice saber con una mirada. La cara de asombro de los señores Owen, no tenía precio.

—En realidad..., ya sé que todo les suena extraño —dije un poco turbada. Me sentía culpable, tenía la sensación de estar mintiéndoles, después de todo no era la dama que ellos creían que era—. Se lo explicaré todo después de la cena y podrán entender mejor lo que les digo.

Estaba un poco asustada; no sabía cómo tomarían mi historia; convencer a Gabriel de que era verdad no me había costado demasiado, pero a esas dos personas... La seguridad en mí misma se derrumbó, sin embargo, me acordé de que me había traído el bolso con todas mis cosas y que eso apoyaría la veracidad de mi relato.

Una vez terminada la cena, nos dirigimos a un saloncito donde el señor Owen nos sirvió una copa de Oporto a su esposa y a mí, mientras ellos se decantaron por el whisky.

—Bien, Gabriel, ¿de qué se trata? —Por fin el señor Owen abordó el

asunto—. Tu nota decía que era importante y urgente.

—Señorita Katerina, ha llegado el momento —me dijo Gabriel mirándome con calidez, dándome ánimos con sus expresivos ojos.

Sin espera ni un minuto, me dispuse a contarles todo. La fiesta de mis amigos, el vendaval, mi despertar en casa de Gabriel, el pensar que estaba en coma o que era un sueño, la realidad..., una realidad que ya había aceptado; les enseñé mis cosas y les fui explicando, a grandes rasgos, lo que eran y para qué servían.

Un silencio sepulcral invadió el salón, lo que me hizo sentir incómoda.

—Cuando lord Adair me dijo que usted era astrónomo, se me ocurrió pensar que, tal vez, hubo algún movimiento planetario, alguna alineación, la posición de una estrella o de varias, que no fuera la habitual, no sé, puede que se deba a una conjunción anormal de circunstancias celestes que dieron lugar a la apertura de un portal hacia el pasado... Lo cierto, es que no sé qué pudo ocurrir aquella noche, pero con suerte, puede que usted lo descubra o lo descarte, señor Owen, en ese caso, no sé... Tendría que buscar a otro especialista... —continué rompiendo ese silencio que se había cernido sobre nosotros. Al ver que no decían nada y que los señores Owen me miraban sin saber qué pensar, proseguí—: la verdad es que yo no soy institutriz, soy profesora de Literatura en la Universidad y mi hermana pequeña es piloto en el ejército. Soy consciente de que les estoy diciendo cosas que no pueden comprender porque aún no existen... —dije un poco agitada—, pero el hombre descubrirá la forma de surcar los cielos y se ganará mucho tiempo en los viajes; antes de que acabe este siglo, las mujeres podrán ir a la Universidad y con el tiempo podrán realizar cualquier trabajo que deseen, no habrá diferencias laborales entre hombres y mujeres, y...

—Eso es maravilloso... —explotó de entusiasmo el señor Owen levantándose de un salto—. Siempre había sospechado que se podría hacer, que habría una manera de viajar en el tiempo... Cariño, lo ves, siempre te lo dije.

—Es impresionante —corroboró la señora Owen—. Señorita Sinclair, no le quepa la más mínima duda de que nos pondremos a trabajar de inmediato. Descubriremos qué ocurrió, sólo espero que se deba a alguna alteración estelar y pueda volver a casa.

Respiré aliviada ante sus comentarios, me relajé tanto que casi me caigo del sillón en el que estaba sentada. “Gracias a Dios, gracias a Dios...”, repetía una y otra vez en un susurro y con los ojos anegados; después de la tensión

vivida durante la explicación, era como si me hubiese quedado sin fuerzas, ya no había adrenalina en mi cuerpo que me mantuviera atenta y alerta.

—Querida, ¿acaso pensó que no la íbamos a creer? —me preguntó la señora Owen, toda dulzura y comprensión—. Nos ha dado muchas pruebas de que lo que dice es cierto, esto convencería a cualquiera, cariño.

—Gracias. —Emocionada como estaba, no pude decir nada más.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas, mientras mantenía la cabeza agachada; me había quitado un enorme peso de encima y me desinflé por completo, embargada, además, por un alivio sin nombre. Sin embargo, la alegría y la emoción que me dominaban aumentaron cuando lord Adair, apoyado sobre una rodilla, me limpiaba las lágrimas con su pañuelo y me daba un beso en la frente. Lo miré pensando si aquello había sido real, pero la ternura de su mirada me hizo ver que aquel gesto, no sólo había sido real, sino que también había sido sincero y espontáneo. Lo adoré. Al darse cuenta, dejó el pañuelo en mi regazo, se levantó, carraspeó e intentó disimular, fingiendo que lo que había hecho no había tenido lugar.

Los señores Owen se miraron sonriendo.

—Lo siento —me disculpé limpiándome las lágrimas con su pañuelo... El pañuelo de Gabriel... Gabriel—, es que... han alimentado mi esperanza... —Les miré feliz con toda aquella emoción que me explotaba en el pecho—. Gracias señora Owen, señor Owen, lord Adair..., gracias. Es una historia tan fantástica que quién se la iba a creer, a pesar de las pruebas, si hasta yo tengo dudas y, a veces, todavía creo que estoy inconsciente o soñando.

—Pues no lo está, querida. Mi esposo y yo siempre hemos creído que era posible y con ese material extraño que nos ha mostrado, ¿quién podría dudar de su palabra?

—Gracias por su confianza, señora Owen, gracias a todos —insistí mirando a cada uno de ellos.

—Dejemos las formalidades y tomemos otra copa para celebrarlo —dijo el señor Owen con regocijo, acercándose a la mesa de las bebidas—. Llámenos August y Serena, ahora somos amigos, nos ha dado una misión muy importante y de lo más interesante, Katerina, ¿le importa si la llamo Katerina? —me preguntó, alargándome otra copita de Oporto.

—En absoluto, señor Owen..., quiero decir, August —rectifiqué ante su mirada de desaprobación.

—Será todo un reto para nosotros —agregó la señora Owen—. Nos ha hecho muy feliz, Katerina, su presencia demuestra lo que siempre habíamos

sospechado. Ahora sólo queda demostrarlas científicamente. —Se volvió hacia su marido con los ojos y la sonrisa llenos de amor.

—Por supuesto, así lo haremos —aseguró su esposo—. Por la ciencia y los viajes en el tiempo —dijo alzando su copa en un brindis.

—¡Por la ciencia y los viajes en el tiempo! —dijimos al unísono.

La reunión se alargó bastante más tiempo. Los señores Owen, sobre todo August, no paraban de hacerme preguntas, hasta que un bostezo me descubrió. Gabriel, que había permanecido discreto y silencioso la mayor parte de la velada, se levantó excusándose porque debíamos regresar, puesto que al día siguiente tenía muchos asuntos pendientes que lo obligaban a madrugar; aunque no lo dijo, supe que lo hacía también porque me veía agotada. Se preocupaba por mí o al menos, así lo sentí en mi interior, me levanté y le sonreí. No sé qué cara puse al mirarlo, pero August y Serena se volvieron a mirar con un destello de complicidad en sus ojos.

—Es su mujer, August —dijo Serena, mirando a su marido con lágrimas en los ojos.

—Sí, mi amor, por fin, la ha encontrado —respondió tan emocionado como ella.

Ambos permanecían, con sus brazos entrelazados, viendo como el carruaje se alejaba.

—¿Qué pasará si conseguimos...?

—¿Que vuelva a su tiempo? —August terminó la pregunta en su lugar. Su esposa asintió—. Confíemos en Dios, amor mío, él lo arreglará todo, nuestro Gabriel merece ser feliz y esa muchacha es la indicada para él.

—¿Has visto cómo se miraban?

—¿Esa cara de tonto pongo yo cuando te miro a ti? —le preguntó August con su habitual humor, mientras se encaminaban a su habitación.

—Sí, cariño —contestó Serena riéndose—, la misma que pondré yo, supongo.

—¡El amor es maravilloso! —dijo August feliz, tomando a su mujer en brazos y entrando en el dormitorio—, y tú siempre serás la más hermosa.

Ya en el carruaje, era tal la emoción de lo vivido esa noche que me levanté sin pensar, para sentarme junto a él y darle un beso en la mejilla.

—Gracias, Gabriel. Me siento muy feliz.

Él me miró y acarició mi mejilla.

Me dio un beso también. Después en la otra; en la comisura de los labios... para terminar tomando mi boca. Con dulzura, saboreándome. Yo respondí de la misma forma. Con serenidad. Hasta que la agitación de la excitación nos hizo profundizar el beso, lamiéndonos por dentro. Sí, el whisky iba a ser, por siempre jamás, mi bebida favorita.

Mis manos ya se habían movido hacia su pelo y jugueteaban con él, mientras sus pulgares acariciaban mis orejas y se deslizaban por mi cuello, recorriendo mis hombros hacia atrás hasta dar con los botones del corpiño que desabrochó antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía. Me sentía embriagada por su aroma tan masculino y ese toque a romero que me deleitó desde el primer día, cuando amanecí en su casa y me puse su bata.

Su boca recorría mi mentón, mi piel hasta el nacimiento de mis pechos. Se retiró unos centímetros para observarme y tiró del corsé hacia abajo, mostrando mis pezones erectos y hambrientos de él. Su lengua recorrió la carne expuesta mientras me recostaba en el asiento y subía mis faldas.

Iba a ocurrir en ese momento. Mi excitación alcanzó una cima que jamás imaginé. Ardería si no continuaba.

Tomó uno de mis picos rosados entre sus labios y chupó..., chupó mientras yo me retorcí y me arqueaba ofreciéndome a él sin reservas. Lo abandonó para dedicarse al otro con la misma desesperación y el mismo deseo. Una de sus manos acariciaba la pierna que tenía apoyada en el suelo, subiendo hasta llegar a la parte interna del muslo. Con la otra pierna le rodeaba la cintura e intentaba acercarlo a mí a la vez que empujaba mis caderas hacia él y mis manos se retorcían entre sus cabellos, recreándome en su suavidad, en sus rizos... Era como enredar los dedos en hilos de seda.

Su mano traviesa llegó a mi sexo, húmedo y chorreante. Sin abandonar mis pechos, introdujo un dedo en mi vagina, lo que me hizo jadear tan alto que levantó la cabeza y me miró sonriendo mientras jugaba en mi interior. Sin poder soportarlo más, cerré los ojos echando la cabeza hacia atrás cuando sentí su pulgar en mi clítoris, sin embargo el grito que nacía en mi garganta, fue acallado por un beso arrasador que me transportó a otra dimensión.

Sin dejar de besarme, sin dejar de hacer círculos sobre mi perla hinchada, retirándose y acercándose. ¡Me estaba volviendo loca! Sin dejar de regalarse conmigo, su boca sustituyó sus dedos y creí que me moría. Una pasada de su lengua y tomó el capullo entre sus labios, chupando y lamiendo hasta que exploté en el mayor big bang que jamás había sentido. Tuve que tapar mi boca con mis manos para que mi alarido no se oyera en todo Londres y

entonces caí en una semiinconsciencia hasta entonces desconocida para mí. Sexo oral. Mi primera vez. Extraordinario.

Noté mi sabor en el roce de sus labios con los míos. Abrí los ojos y me topé con los suyos que brillaban de deseo y satisfacción masculina. Sin apenas fuerzas, tomé su rostro entre mis manos y lo besé ligeramente con todo el amor que albergaba mi corazón.

No sé cómo pudo haber ocurrido, pero me había enamorado de él. Lo amaba con todo mi ser.

Lo tenía tan claro como la noche y el día.

Una experiencia como la que acababa de tener, sólo podía ocurrir gracias al amor. Ese amor que sólo se siente una vez en la vida. Él era mi hombre. Mi compañero. Mi todo.

Tal como estaba, se apartó para colocarme la falda, después me ayudó a incorporarme y me arregló el corpiño, dándome la vuelta para abrochar los botones. Yo no podía dejar de sonreír. “Seguro que tengo cara de boba”, pensé, pero no me importaba, quería que él supiera del amor que había nacido en mi corazón; en ningún momento aparté mi mirada de él cuando la postura me lo permitía, incluso me rehízo el peinado. Una vez que hubo terminado y siguiendo con mi cara de idiota extraordinariamente feliz, posé una mano en uno de sus muslos, con la intención de darle el mismo placer que él me había dado a mí.

Nunca lo había hecho antes. Era virgen con respecto a esa práctica sexual; sólo esperaba que mi conocimiento teórico fuera suficiente para complacerlo. Deseaba con fervor probarlo sin decepcionarlo. Sin duda alguna, Arthur había sido un perfecto incompetente, un mono humano con... ninguna habilidad... Ahora lo sabía, sabía que no tenía ni puñetera idea de lo que era tener a una mujer entre las manos ni de lo que hacer con ella... y encima... ¡Cabronazo!

Animada y excitada por la imagen de su placer explotando en mi boca, inicié mi andanza recorriendo su pierna hacia su verga, sin embargo, para mi absoluta y desconcertante sorpresa, se negó.

—Ya casi hemos llegado. No es el momento —respondió reflexivo.

—Nunca había sentido nada igual —le susurré, acercándome a él y besándolo de nuevo en los labios.

Él se medio incorporó y se sentó enfrente de mí.

Yo no podía dejar de mirarlo. No comprendía qué ocurría.

Pasé de la felicidad más completa a una inquietud que no supe definir.

“Ámame, Gabriel... Ámame como yo a ti”, le dije en mi mente.

El carruaje se detuvo de pronto y unos segundos después, Alfred abrió la puerta.

Me ayudó a bajar y, una vez en la casa, me dio las buenas noches y se encerró en su despacho.

Mi desconcierto no tenía límites. No sabía qué pensar. Tenía la mente en blanco. Como un autómatas me dirigí a mi habitación y unos minutos después entró Nora para desvestirme. ¿Habría sido demasiado atrevida para él? Estaba en el siglo XIX, época victoriana, moralidad a la máxima potencia —al menos en teoría y establecida desde la Monarquía—; la mujer era esposa, madre y... sumisa. ¿Me había rechazado por romper con la imagen puritana y “decente” de la mujer de su época? Pues si era así, tenía un problema: o aceptaba a la mujer que había en mí, fuera como fuera, o se podía ir a tomar viento fresco o a la mierda, que para el caso era lo mismo.

Me metí en la cama esperando algún ruido que viniera de la habitación contigua, pero nunca llegó, no al menos mientras me mantuve despierta. Seguía pensando: ¿Qué había ocurrido? ¿Estaría en lo cierto o me estaba equivocando? Odiaba cuando me desestabilizaba de ese modo. Si al menos se comunicara conmigo, si me hablara, si me explicara en lugar de replegarse en su capullo... Tendría que considerar, muy en serio, adoptar la costumbre de preguntarle sobre cualquier cosa que me creara duda, por mucho que eso pudiera llegar a molestarle; tantas preguntas deslizándose en mi mente, me llevaban a atormentarme de un modo que no podía consentir ni soportar. Esos últimos pensamientos me llenaron la noche de extrañas imágenes que me despertaron en plena oscuridad, jadeante y temerosa.

Necesitaba luz con desesperación. Tanteando encontré una lámpara, pero era tal mi agitación que la tiré al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Me levanté con tan mala pata, que me clavé un trozo de cristal en la planta del pie. Debí de quejarme en voz alta, pues a los pocos segundos apareció Gabriel con una lámpara en las manos, sin camisa y con los pantalones a medio abrochar.

Primero me miró y acto seguido se dispuso a echar un vistazo por toda la habitación, cerciorándose de que la puerta del balcón estaba cerrada y de que no había nadie en el interior.

—Estás herida. —Se inclinó para tomar mi pie en sus manos, después de dejar la lámpara sobre la mesita de noche—. ¿Qué ha pasado?

—Lo siento, no quería despertarte, ha sido un accidente, no tiene

importancia, quería encender la luz, pero... —contesté alzando los hombros, sintiéndome culpable y avergonzada.

De pronto reparé en que nos estábamos tuteando.

—Hay que curar esa herida. —Parecía preocupado.

—No es nada, de verdad...

—Habrás que llamar al médico, tendrá que suturar —me decía dirigiéndose a la campanilla. Después se acercó de nuevo a mí y sin previo aviso sacó de un tirón el cristal—. Lo siento, pero era mejor así —dijo al ver mi cara de dolor mientras presionaba un trozo de sábana contra el pie.

Su mirada se detuvo en la alfombra manchada y llena de cristales donde había caído la lámpara. Se apartó para enrollarla y hacerla a un lado.

—¿Por qué querías encender la luz? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada en realidad, una tontería, sólo un mal sueño... —contesté un poco aturdida. Nunca me gustó la visión de la sangre.

—¿Vas a desmayarte? —Su preocupación parecía sincera.

—No..., creo que no... —Le sonreí débilmente. Sentía que el color se me iba de la cara.

—Túmbate —ordenó recostándome en la cama.

Enseguida llamaron a la puerta y apareció el señor Tilman. Gabriel le dio instrucciones para que fuera a buscar al médico mientras yo permanecía en la cama con los ojos cerrados. Estaba un poco mareada.

—No tardará en llegar.

Su voz me dio consuelo y compañía; ese desasosiego que había sentido al despertarme fue desapareciendo poco a poco. Tenía ese poder sobre mí, hacía que me sintiera segura y a salvo... y el pie me dolía un horror... Me centré en sus dulces palabras, fueran cuales fueran, pero lo sentía próximo y reconfortante. Me iba quedando dormida sintiendo su mano acariciando mis cabellos. Me pareció que el dolor del pie iba menguando, hasta que un golpe en la puerta me sobresaltó.

—Tranquila, Katerina, será el médico —dijo mirándome a los ojos.

En efecto, era el médico. Me cosió la herida, después de tomar un poco de láudano; no quería ninguna droga, pero medio mareada como me encontraba, fue fácil para él dármele.

—Ya está, tendrás que estar en reposo unos días, pero la herida curará sin problema, sólo quedará una pequeña cicatriz. —Siguió acariciándome el cabello mientras me arropaba—. Mañana volverá a venir para ver cómo estás.

—Gracias... Deja la luz, por favor —conseguí decir—, por favor...

Me quedé dormida sintiendo su caricia. Mi último pensamiento fue que no quería que se fuera.

Se quedó junto a ella toda la noche, velando su sueño, acariciando su pelo, su piel. ¿Cómo podían unos gestos tan sencillos procurarle tanto placer? Nunca había sentido tanta ternura, tanta calidez. Sintió que aquel era el lugar donde debía de estar, junto a ella. Todo aquello era una locura, él sólo tenía una intención: disfrutar de su cuerpo, nada más, entonces ¿por qué no lo hizo en el carruaje tan dispuesta como estaba?, ¿tan abierta y entregada? Aún no salía de su estupor, pero algo lo detuvo. Su primera vez con ella no podía ser un rápido revolcón en el estrecho asiento de un carruaje, ella se merecía mucho más, una cama por supuesto, y la máxima atención. Necesitaba sentirla desnuda contra su cuerpo, pasear sus dedos por cada rincón; necesitaba todo el tiempo del mundo para dedicárselo por entero a ella.

Recordaba el miedo que había sentido cuando la vio sangrando. ¡Jesús! Cuando algo le despertó pensó que era un sueño, aun así se levantó de la cama y encendió la luz, esperando, no sabía el qué, pero en guardia, presentía que algo sucedía, sin embargo no oyó nada, hasta que el pequeño lamento de Katerina llegó a sus oídos. Ni siquiera fue consciente de haberse puesto los pantalones ni de que había salido al pasillo ni de que había entrado como un huracán en su habitación, sólo supo que el instinto lo impelía a protegerla de cualquier cosa y que su corazón iba a mil por hora... y cuando la vio sentada y sangrando, una brecha rompió sus defensas.

—Gabriel... —susurró Katerina, y el indicio de una sonrisa dibujó sus labios.

Pensó que estaba soñando y se sintió más satisfecho de lo que nunca lo había estado.

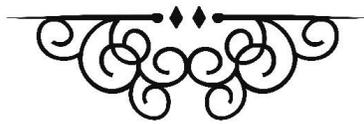
Había pronunciado su nombre; en sus labios era el dulce sonido de mil flautas en armonía. Una satisfacción masculina le hinchó el pecho como un pavo real. Ella era suya.

Aquella mujer inteligente, sensible, decidida, femenina, apasionada, Katerina, era suya, incluso cuando se enfrentaba a él, cuando discutía, cuando sonreía o lo miraba ceñuda... Katerina era suya.

Tenía que admitir que se sentía confuso. Por un lado sus emociones, por otro su razón. Apenas llevaba allí unos días, y Katerina se había convertido en el centro de sus pensamientos; a veces, ni siquiera podía concentrarse en su trabajo; cuando salía estaba deseando regresar para verla, de hecho, desde

que ella llegara, no se había reunido con sus amigos ni una sola vez; no saber dónde estaba le creaba desasosiego, se sentía como un niño cuando pensaba que la acompañaría y que sería su guía; ella descubriría ese viejo Londres con él y ese deseo de protegerla que había nacido en él desde el primer instante... No encontraba ninguna explicación lógica, a no ser... Sí, tal vez sólo fuera el deseo que sentía por ella, la lujuria que se lo comía por dentro; sí, podría conformarse con esa explicación, aunque él sabía que había mucho más. Por suerte, se iría y no tendría que mirarse por dentro para ver qué era ese “mucho más”.

CAPÍTULO 6



—¡Santo cielo! —susurré en un hilo de voz.

Mil tambores aporreaban mi cabeza haciendo que me quisiera morir. Me removí en la cama y sentí una ligera punzada en el pie, fue entonces cuando empecé a recordar lo que había ocurrido durante la noche. Estaba segura de que el dolor de cabeza estaba relacionado con la maldita droga que me había dado el médico y con el sol cegador que había entrado en mi alcoba con la intención de asesinarme.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —Nora se inclinaba sobre mí, preocupada.

—Nora..., la luz..., demasiada luz...

—¿Disculpe?

—Cierre la cortina, por favor... —supliqué ocultando el rostro tras mis manos y contra la almohada.

—Oh, claro... por supuesto.

Un acto tan sencillo, se convirtió en un estruendo que multiplicó los mil tambores por dos mil.

—Gracias... —El leve sonido de mi propia voz me estaba matando.

—¿Le duele? Le daré la medicina, el médico dijo que le aliviaría el dolor. El señor nos ha explicado lo que pasó, menos mal que estaba él para ayudarla.

—No, por favor... —la interrumpí intentando incorporarme; creí que el cráneo se me partía en dos—. ¡Dios!

—¿Qué le pasa? Voy..., voy a avisar al señor Tilman para que mande a buscar al médico... ¡Oh! Es la cabeza, ¿verdad? ¡Qué estúpida! —Comprendió al fin.

—Sí..., Nora..., me duele bastante, eso es todo. —Que no era poco—. Es esa droga para el dolor...; sólo necesito un par de aspirinas... ¿Hay? —susurré.

—¿Aspirinas? Lo siento señorita, no sé lo que es eso, ¿algún

medicamento?

—Nora, ¿conoce usted algún remedio natural para el dolor de cabeza?, ¿alguna hierba? —Apenas podía hablar, sin contar con el hecho de que tenía la boca más seca que el esparto y me daba la sensación de tener un cubo de basura dentro.

—Sí, la manzanilla alivia mucho, tanto fría como caliente o un paño fresco, veré si hay alcachofas y le prepararé un caldo, también el aceite de lavanda. Enseguida le preparo la infusión.

Al rato volvió con la manzanilla y Jane detrás de ella llevando una palangana.

Me ayudó a incorporarme poniendo unas almohadas para que pudiera apoyar la espalda.

—Le he puesto un poco de limón, ya verá como dentro de un rato se encontrará mejor... Gracias, Jane —le dijo a la muchacha cuando se fue.

Después me colocó un paño cubriéndome la frente y los ojos, olía a lavanda.

—¿Cómo es que sabe tanto?

Nora me contó que era una afición que venía de su abuela que había sido curandera y había ayudado a mucha gente de su pueblo.

—Es usted un ángel...

—Sólo he sido una buena alumna, señorita —contestó sonriendo—. Tómese otra taza de manzanilla y limón.

Después de tres tazas de su preparado y de tener un paño en la cara y otro en la nuca, se me fue pasando el dolor de cabeza y empezaba a sentirme como un ser humano. El olor suave y delicioso de la lavanda me adentró en un sueño que me relajó hasta que un golpe en la puerta me sobresaltó.

—Puede abrir las cortinas un poco más, Nora. Creo que ahora soportaré bien la luz... —dije sumida en una desgana absoluta y sin apenas abrir los ojos.

Era el médico; vio que todo estaba bien, me aplicó un unguento y me volvió a vendar el pie dándole instrucciones a Nora para repetir la operación por las noches y por las mañanas. Volvería al cabo de un par de días para ver si la herida estaba cicatrizando bien.

Insistí en levantarme para ir a comer, pero la idea quedó descartada al ver la mirada de descontento de Nora; siendo franca, no me apetecía discutir, y aunque el dolor de cabeza había menguado bastante, lo cierto, era que me sentía cansada y prefería quedarme en la cama todo el día, sin embargo, me

parecía de lo más tonto pasar el día como una enferma por una pequeña lesión en el pie; no era para tanto, pero los cuidados de Nora me encantaban. Mi madre lo habría hecho siendo yo niña, a pesar de que no lo recordaba, sin embargo sí estaba segura de que siendo adulta, nadie me había mimado tanto, sobre todo por algo de tan poca importancia, y eso me gustaba mucho y volví a sentirme como una niña, encantada de recibir todas esas atenciones.

Después de tomarme el caldo de alcachofas, me quedé dormida otra vez.

No sé cuánto tiempo pasó, sólo sé que cuando abrí de nuevo los ojos Gabriel estaba a mi lado y no pude evitar sonreír de oreja a oreja. Sentado en una butaca junto a mi cama, parecía cansado; tenía la cabeza apoyada sobre una mano y los ojos cerrados. Por su respiración serena y pausada, deduje que dormía, así que no hice ningún ruido y me limité a recrearme la vista con aquel magnífico ejemplar de hombre, mientras mi corazón se llenaba de gozo rememorando cómo me había atendido durante la noche. Era maravilloso. Su sola presencia me hacía feliz y mil cosas intentaron colarse en mi mente sin conseguirlo. No iba a estropear ese hermoso momento haciéndome preguntas que no tendrían respuesta.

Entonces, Nora entró. Testigo de la escena, caminaba casi de puntillas para comprobar mi estado. Colocando un dedo sobre mis labios, le indiqué que no hiciera ruido para no despertarlo. Ella asintió y sonrió; un extraño brillo iluminó su mirada.

Se acercó a mí, despacio, para curarme la herida mientras yo continuaba perdida en ese hombre, incluso me incorporé un poco colocando una almohada debajo de un brazo para poder mirarlo mejor. Justo en ese instante, sentí un pinchazo en el pie que me hizo contener la respiración y mirar a Nora, me pidió disculpas en silencio y cuando giré la cabeza para seguir mirándolo vi que ya estaba despierto.

Me sonrojé y caí en la cuenta de que debía de tener un aspecto horrible, el pelo todo aplastado por las compresas de agua fría, no me había lavado en todo el día y estaba segura de que olía como una mofeta.

—Siempre me gustó el olor de la lavanda —dijo como si hubiese leído mi pensamiento, dejándome fuera de combate con su sonrisa.

Bueno, al menos no me había convertido en una mofeta, un pobre consuelo, pero me reconfortó.

—¿Cómo se encuentra? Nora me ha dicho que le dolía la cabeza. —Su voz era dulce y profunda, cayendo sobre mí como un manto de paz.

—Ya estoy bien, gracias —dije con timidez.

—Bien, sólo quería comprobar que estaba mejor. —Me pareció algo turbado, aunque quizás me lo estaba imaginando teniendo en cuenta que había estado durmiendo casi todo el día, sin olvidar la horrible jaqueca con la que amanecí—. Buenas noches, señorita Katerina.

“¡No! No te vayas, por favor”, grité en mi mente.

Pero se fue.

Y el día pasó.

Los siguientes días fueron mejores, el pie estaba curando bien, la jaqueca sólo quedó en un mal recuerdo y podía caminar gracias a una especie de muleta que unos de los jardineros había hecho para mí.

Cada dos o tres días, llegaban cajas con vestidos. Perdí la cuenta de cuántos tenía ya; de varios colores y tejidos suaves, unos más sencillos, otros más elegantes. Me gustó en especial uno azul que parecía un vestido de cuento, de esos que aparecían en las películas; el corpiño era de un azul más oscuro con estrellas bordadas en un color más claro; tenía el escote recto, las mangas abombadas caían un poco hacia los lados dejando los hombros al descubierto; el tejido de popelina le daba una ligera aura brillante. Me recordó al traje de *La Cenicienta*.

En esos días, hasta que me recuperé y pude andar con normalidad, Nora me enseñó el resto de la mansión y quedé boquiabierta, sobre todo cuando vi el salón de baile. La sala era enorme y varios ventanales ocupaban toda una pared enmarcando la puerta que daba al jardín sobre una hilera de pequeños escalones blancos que se unían en perfecta armonía con un sendero tan amplio que dos carruajes podrían pasar, uno al lado del otro, sin dificultad; éste se dividía en otros más pequeños recorriendo los setos, las flores, las fuentes. También me enseñó el salón de juego, contiguo al de baile, así como el de música. Más salones, un comedor aún más grande que el que conocía, no sé cuántos dormitorios... Conforme me iba enseñando todas esas estancias cerradas, Nora me fue contando los esplendorosos días que había vivido la mansión cuando el viejo conde vivía, todas las fiestas, las visitas y reuniones, y cómo todo eso había desaparecido con su muerte. La condesa, abatida por la ausencia de su esposo, se fue a su ciudad natal con su hija, mientras el joven lord Adair, sólo mantuvo las habitaciones que él utilizaba, además de las de su madre y hermana; apenas recibía visitas, sólo algunos amigos íntimos de vez en cuando, y eran reuniones muy familiares y poco concurridas.

En cuanto a Gabriel...

Por las mañanas trabajaba en su despacho, iba a su club, a su reunión con sus abogados o al orfanato; a veces salía a cabalgar y regresaba por la tarde, pero siempre nos encontrábamos a la hora de la cena. La mayoría de las noches, nos quedábamos en la biblioteca hablando y jugando al ajedrez. ¡Nunca conseguiría dominar ese juego!, pero anhelaba esos momentos como si fuera el oxígeno que necesitaban mis pulmones. Sin embargo, había noches en que salía y lo oía llegar tarde. Lo imaginaba con su amante, tocándola como me había tocado a mí y me moría de celos, me enfadaba con él y al mismo tiempo me entristecía hasta casi las lágrimas. Por más que me empeñaba en decirme, una y otra vez, que no había nada entre nosotros, en mi fuero interno, sí que lo había, era mucho lo que había entre nosotros... y quería más, deseaba con fervor el momento en que hiciéramos el amor; la imagen de nuestros cuerpos, desnudos, excitados y unidos, encendía la llama en mi sexo y no podía evitar tocarme hasta llegar al orgasmo. La frustración que me consumía después me dejaba con más ansia de sus besos, de su toque, de su cuerpo... Me había hechizado por completo, y con su espléndida figura, apoderándose por completo de mí, me quedaba dormida cada noche.

Por lo general, cuando él no estaba, desayunaba en la cocina; ya todos se habían acostumbrado a mi presencia y no hacían comentarios al respecto; aun así la señora Crawford, no acababa de aceptar que una dama tuviera una relación tan familiar con el servicio, sin embargo, estaba segura de que con el tiempo se acostumbraría.

Aquella mañana, siete días después y ya sin muleta, Nora me dijo que el señor estaba en el comedor desayunando. Me dirigí hacia allí con una ilusión inusitada, pues hacía varios días que no nos veíamos a esa hora.

—Buenos días —dije al entrar. Estaba muy contenta de poder compartir más tiempo con él.

—Buenos días, ¿cómo se encuentra? —me preguntó levantándose.

—Ya estoy bien, gracias. No fue nada, pero todos me han tratado como si hubiese estado muy enferma —respondí sentándome mientras Gerard me servía el té y los bollitos que siempre tomaba—. Gracias, Gerard. Han sido muy atentos y amables.

—Bien, ¿qué le parece si visitamos la exposición?

—¿La exposición? ¿Hoy? —Me sentía como una chiquilla a la que le consentían su capricho—. ¿Lo dice en serio? ¡Oh! Gracias, lo estoy

deseando. —Casi me dieron ganas de aplaudir—. Estaré lista en unos minutos.

—Estupendo, saldremos dentro de media hora, pero primero termine de comer, señorita. —Muy satisfecho de sí mismo, se repantigó en su silla observando cómo desayunaba.

No pude evitar la tentación de medir mis movimientos y hacer de un simple desayuno, una oportunidad para seducirlo y sembrar ciertas imágenes en su cabeza. Me sentía perversa imaginando lo que él podría ver y cómo se pondría su verga dentro de sus pantalones. Nunca había hecho nada igual, jamás se me habría ocurrido, pero ese hombre plantaba semillas de perversidad dentro de mí..., y una de ellas estaba a punto de brotar y... florecer.

Sonreí.

Así pues, empecé mi representación.

Después de remover el té, me llevé la cuchara a la boca y la lamí, primero por un lado, después por el otro para finalizar metiéndomela en la boca y sacarla chupándola con los labios.

Lo miré y le sonreí.

Cogí un bollito —era de arándanos— y lo zambullí en el té. Chorreando, lo mordí mientras un hilillo de la bebida caía por un lado de mi boca. Con un dedo limpié el líquido y me lo llevé a los labios, succionándolo muy despacio, mientras lo sacaba haciendo el consiguiente sonido de satisfacción: mmmm...

Lo miré y le sonreí.

Vi cómo se removía inquieto en su asiento y cómo se incorporaba, sentándose con la espalda muy recta y poniendo una pierna sobre la rodilla de la otra. Supuse que necesitaba espacio para acomodar la verga... y un fotograma muy claro se formó en mi mente: su cabeza púrpura asomando por la cinturilla del pantalón... Me relamí...

Seguí comiendo mi bollito alternando un bocado con un sorbo de té... Pellizcaba el dulce con los dedos, lamiéndolos después y lo introducía para sacarlo con la cuchara... que retiraba de mi boca limpiándola con mis labios...

Lo miraba y le sonreía.

—Estos bollitos están deliciosos, la señora Crawford es una cocinera magnífica. ¿Los ha probado, milord? —le pregunté, toda candor e inocencia.

—No —contestó con sequedad.

Lo miré y le sonreí.

—Debería, milord, es un auténtico placer.

Lo miré y le sonreí.

Una vez hube terminado el desayuno —sólo me comí uno, pensando que, si me comía otro, él se derramaría como un muchacho inexperto—, me levanté.

—Una delicia..., sin duda...

Salí del comedor, no sin antes echar un buen vistazo a ese hombre, pero sobre todo a ese bulto entre sus piernas, donde me detuve unos segundos más de lo que se podría esperar.

Él no lo vio, pero... sonreí mientras me dirigía a mi habitación. Sí, me sentía muy muy satisfecha. Lo había puesto a mil mientras me comía un dulce de arándanos, ¿quién lo iba a decir? Yo no, desde luego, y mi ex, mucho menos; ni en un millón de años habría imaginado, que yo, la insulsa y aburrida novia de Arthur, habría sido capaz de poner como una moto a semejante Dios del erotismo. El orgullo se apoderó de mí. Yo sí tenía ese poder, a pesar de todo lo que me había dicho el impresentable de mi ex “¡Jódete, Arthur! Lo que te has perdido por ser un gilipollas, y lo que he ganado yo por no estar contigo no tiene precio”, me dije más que satisfecha; por fin, surgía de mí la auténtica Katerina, la Katerina sexy, apasionada, seductora... Esa Katerina que nunca supe que existía. Me sentí libre y feliz.

Era una bruja. Una bruja venida directamente del infierno para torturarlo. No había otra explicación.

Estaba duro como una piedra, su polla amenazaba con explotar dentro de sus pantalones que se habían estrechado de pronto, oprimiéndolo de tal manera que no podía ni moverse. Nunca podría volver a mirar un bollito, del tipo que fuera, sin recordar esa escena y sin ponerse como una roca.

Una malvada y endemoniada bruja.

Pasados unos minutos, subió a su habitación. Tenía que hacer algo con aquello... Su sangre estaba toda ahí, en su falo tirante y a punto de reventar... Así no podría ir a ninguna parte.

Bruja.

Tomando su verga en la mano, cerró los ojos imaginando a Katerina de rodillas delante de él. El frufú de sus faldas llegaba a sus oídos desde la habitación contigua, lo cual aumentaba su excitación, hecho que no creía posible.

Su mano se movió a lo largo de su miembro, sus caderas se movían mientras veía a Katerina y su polla dentro de su boca, follándola, incluso podía sentir el roce de sus dientes provocándole el dolor justo que hacía que aumentara su placer. Katerina se deleitaba en sus pelotas con sus preciosos dedos mientras él entraba y salía de su boca con una energía y una fuerza abrumadoras, llegando hasta el fondo, tocando su garganta, incluso sintió cómo el sonido de puro gozo que ella emitió, reverberaba en la punta de su pene llevándolo al límite... estallando. Tuvo que ahogar su grito dentro de la palma de su mano libre.

Extraordinario.

Y ahora, tenía que pasar el resto del día con ella y cada vez que mirara esos labios pensaría en el desayuno.

¡Maldita sea! Iba a ser un día muy muy largo.

Media hora después ya estaba preparada y en la entrada de la mansión.

Quedé maravillada. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, sin embargo, nunca se me había ocurrido explorar esa parte de la propiedad de lord Adair.

Era simplemente magnífica.

Un amplio camino como de quince metros o más de anchura —nunca fui muy buena calculando las distancias— se desplegaba ante nosotros hasta llegar a una verja de hierro. Me pareció un buen trayecto hasta la puerta principal de la propiedad, algo menos de un kilómetro, quizás. El lado derecho estaba flanqueado por unos preciosos y enormes árboles —olmos y hayas— que no eran más que el principio o tal vez el final de un precioso bosque. La parte izquierda relucía con un esplendoroso y verde césped hasta el muro que circundaba el lugar, en cuya base crecía un arco iris de flores: rosas, hortensias, peonías, rododendros... Los colores fucsia, azul, blanco junto con el verde de las hojas y los arbustos tan bien situados y cuidados, lo convertían en el pequeño paraíso que anunciaba el impresionante jardín de la parte trasera de la mansión.

—Señorita Katerina, tenemos que irnos.

La calidez de la voz masculina me sacó de mi encantamiento y asentí subiendo al carruaje con su ayuda. Estaba tan emocionada que no podía borrar de mi rostro la sonrisa de felicidad que me provocaba. Entre el descubrimiento de ese esplendor natural y la expectativa de la salida, estaba que no cabía en mí de gozo.

No era la primera vez que salía por esa puerta, cierto, pero el día que

fuimos a casa de madame Lafleur no contaba, estaba demasiado irritada como para ver más allá del estúpido lord que tenía delante; la segunda vez, tampoco, ya que cuando estuvimos en casa de los señores Owen ya era de noche y no había podido ver nada. Así que esa era, en realidad, la primera vez, siendo yo y muy consciente de cuanto me rodeaba y, para ser sincera, la disfruté con plenitud.

Nora había insistido en que me cambiara de vestido y llevara uno de los que habían llegado hacía poco. Era blanco. Lunares negros muy pequeños decoraban el corpiño y las mangas de corte francés. Un volante negro de encaje adornaba el final de las mangas y el corpiño, unos centímetros por debajo del escote rodeando el torso. La falda vaporosa y amplia, era blanca y estaba formada por tres grandes volantes rematados con el mismo encaje de color negro. La cintura estaba ceñida por un fajín negro que terminaba en punta en el centro del corpiño. Unos guantes blancos también de encaje y una cinta negra alrededor del cuello, complementaban el conjunto. El sombrero combinaba a la perfección con el vestido: el ala blanca, ribeteada por un pequeño encaje negro y una pequeña moña, blanca con lunares, en un lateral me hacía pensar en una pabela en miniatura. La tela me recordaba a los hermosos vestidos de las bailarinas.

Otro vestido de princesa.

Me había recogido el pelo en un moño bajo dejando una parte suelta en el lado derecho y todo eso... en menos de quince minutos.

—Señorita Katerina —gritó Nora—, se ha olvidado el mantón. —Me lo dio a través de la ventanilla del carruaje. Un mantón blanco con encaje negro. Todo perfecto y coordinado.

—Hermosa —dijo Gabriel mirándome de arriba abajo.

—Gracias —respondí sonrojándome y bajando los ojos.

No me lo podía creer. La criatura descarada que lo había excitado durante el desayuno, se ruborizaba ante un cumplido. La verdad era que nunca me había sentido tan guapa como con aquellos vestidos que me ponía desde que había llegado. Eran de película.

Gabriel no dejó de mirarme durante todo el trayecto mientras yo miraba curiosa por la ventanilla intentando no perderme nada del exterior y haciendo lo posible por no dejarme embaucar por el aura erótico que desprendía el hombre sentado frente a mí. Bien sabe Dios que hice lo posible por ignorarlo y fue... simplemente imposible. Notaba su mirada sobre mi cuerpo y, a pesar de los muchos metros de tela que me cubrían, me sentía desnuda ante su

escrutinio. Si seguía así... no sé... Pensaba en el bollito y... en su polla... mal asunto, no era el momento de pensar en eso, sino el de estar pendiente del evento al que iba a asistir. ¡La primera exposición universal! Una exposición que sólo había visto en fotos, ya que el edificio fue trasladado a otro lugar en el sur de Londres donde un incendio lo destruyó en 1936, de modo que no quedaba ninguna constancia física de su existencia. ¡Estaba asistiendo a un hecho histórico! Lo más probable era que la gente que lo estaba viviendo no fuera consciente de su importancia, pero yo, que sabía un poco sobre su historia y evolución, me sentía una privilegiada. Cuando volviera, Stephanie se moriría de envidia. Estaba deseando contárselo y... otras cosas también.

Las calles bullían de gente yendo y viniendo, carruajes, caballos con sus jinetes, tiendas, salones de té... ¡Era todo tan diferente! Todo me parecía familiar y, sin embargo, extraño. Era como si fuera otra ciudad, otro país incluso, sin dejar de ser el mío. No hacía más que mirar afuera y volverme para mirarlo a él que nunca despegó los ojos de mí; pensaría que me estaba comportando como una niña pequeña por mi entusiasmo, pero no me importaba, era demasiado feliz.

Cuando el carruaje paró junto a Hyde Park, no pude resistir la tentación y lo besé en la mejilla llena de gratitud y emoción. Él se quedó perplejo, o al menos eso me pareció, ante un acto tan impulsivo e imprevisto. Se limitó a sonreír levemente sin apartar sus ojos de mí.

Alfred abrió la puerta y desplegó las escalerillas. Una vez fuera, Gabriel me ofreció su brazo y nos adentramos en el parque. A nuestro paso, bastantes caballeros saludaban a mi acompañante con un ligero movimiento de cabeza que él correspondía de igual forma, algunas señoras le regalaban sus sonrisas e inclinaban la cabeza a modo de saludo, como él. Así fue hasta que llegamos a unos pocos metros de la entrada.

El edificio era espectacular. Un precioso palacio de cristal y hierro con una nave central y tres niveles de altura, creado por Joseph Paxton. Parecía una catedral y estaba repleto de gente, no sólo en su interior, también por los alrededores.

Casi estábamos llegando cuando un grupo de señoras se pararon a saludarlo. La conversación anodina era un aburrimiento supino, pero las descaradas muestras de las mujeres me dejaron atónita. ¡Estaban ligando con él! Sus sonrisas, el batimiento de sus párpados, alguna incluso se mojaba los labios con la lengua y por supuesto el toque: reposaban con delicadeza, como

si lo hicieran sin darse cuenta, sus manos en su pecho o en su brazo. Casi se me cae la mandíbula de la impresión, como a Sebastian, el cangrejo de *La Sirenita*. Era una auténtica danza de seducción y cortejo y una clara invitación a todas sus camas, y el muy cretino, les daba alas a todas. Les sonreía, incluso llegó a guiñarles un ojo ante un comentario de lo más inapropiado, bueno, eso pensé yo, que era inapropiado, aunque ahora no recuerdo el porqué, pero así era, mientras dentro de mí se me iba formando una bola de magma ardiendo. Por fortuna, reaccioné y apagué ese ardor que me subía desde las entrañas; aquellas coquetonas no me iban a estropear el día, ni mucho menos, me negué en rotundo, además, a mí qué podría importarme lo que ellas y él pudieran hacer, yo me iría dentro de poco y ese libertino mentiroso y embaucador podría seguir con su vida disoluta... Menudo mujeriego había resultado ser; era probable que todas esas tipejas hubiesen sido sus amantes y aún querrían seguir siéndolo; al parecer, no les importaba compartirlo... Todos los libros de historia hablando de la moralidad extrema de la época victoriana, ¡ja, ja y requeté ja! Eran unas libertinas y él, más que ellas o todos por igual o... qué sé yo... Y yo que pensaba que era un hombre recto, trabajador y responsable. Bueno, tal vez sí que sería esas cosas, pero además era un... un... sinvergüenza, eso, un auténtico sinvergüenza que coleccionaba amantes.

Las muy... Lo rodearon de manera que quedé fuera del grupo y volví a ser la mujer invisible. Aquello me puso furiosa. Esta vez no iba a permitir que me alejaran unas busconas inmorales; desde luego se iban a acordar de mí durante mucho tiempo, así que con mi gracia habitual, le di un buen empujón, siendo femenina y suave, por supuesto, a una de ellas y con una sonrisa de oreja a oreja la miré para después instar a Gabriel, con mi dulce y melodiosa voz, a que siguiéramos hasta el edificio. Él me sonrió con un brillo en los ojos. Como siempre, se había divertido de lo lindo con la situación y, disculpándose antes las damas —si se las podía llamar así—, continuamos nuestro camino. Estaba segura de que ese día me había granjeado la antipatía de más de una “dama” y que más de un rumor malicioso sobre mí circularía por las altas esferas londinenses. No me importó ni lo más mínimo, de hecho me alegré. Que supieran todas esas que Gabriel no estaba a su disposición sino a la mía... Santo cielo... ¿Qué estaba diciéndome? Moví ligeramente la cabeza en un intento de alejar de mí todos aquellos pensamientos absurdos. ¡A mi disposición! Sin duda, ¡me faltaba un tornillo! O más de uno... Sí, más de uno...

Los saludos no cesaron en ningún momento, incluso señoras con sus hijas adolescentes y acompañadas de sus maridos, le hacían ojitos... y las nenas también. Eso era el colmo, ¿acaso era el hombre más deseado de todo Londres? Claro, con esa pinta que tenía de hombre sexy, poderoso, varonil, encantador y absolutamente perfecto, no podía ser de otra manera. ¡Qué rabia! Bien, y a mí... ¿qué? Después de todo no era nada mío... ¡Oh, Dios! Llevar esa situación con calma, iba a ser lo más difícil que tendría que hacer en mi vida. Sólo podía pensar en los momentos íntimos que habíamos compartido y que había algo importante entre nosotros. ¿Difícil? No. Aquello iba a ser insoportable. No había nada entre él y yo, sólo era en una dirección, yo, como una estúpida, me había enamorado de él en menos que canta un gallo y yo era... su última conquista o, al menos, lo acabaría siendo, estaba segura de que no me podría resistir a él, además, tampoco quería, no había sentido algo así en toda mi vida y no me lo iba a perder por nada del mundo, así pues, estaba total y completamente perdida.

Me obligué a alimentar mi ánimo diciéndome lo afortunada que era por estar ahí, siendo partícipe de un hecho tan relevante para la historia del mundo. También estaba el asunto de que sería la mujer más envidiada de todo Londres; en esos momentos, yo era el objeto de su deseo o eso quería creer. ¡Uf! Sí que iba a ser...

Respiré hondo mientras continuábamos adelante y se paraba para comprar las entradas. Una vez dentro se me olvidó todo, bueno... casi todo.

La música que venía de los quioscos musicales era preciosa y amenizaba la visita. Los grandes olmos del parque quedaban perfectos dentro de aquel complejo de modernidad. Una mente inteligente y sabia había hecho posible construir el edificio a su alrededor, respetando su esplendor.

Nada más entrar, la fuente de cristal de Osler, situada en el centro, llamó mi atención, era realmente bella, y el bloque de carbón junto a la estatua de Ricardo Corazón de León era imponente, ¿cuántas toneladas podría pesar? Veinticuatro, me dijo Gabriel cuando le pregunté, y la hermosa fuente tenía ocho metros de altura.

Los stands, situados en los laterales, mostraban las innovaciones que los países habían llevado a la feria: marfil y perlas, de las Antillas; un bloque de oro bruto de ciento cincuenta y dos kilos, de Chile; una fuente que arrojaba colonia, de Francia; la carne en conserva, de Australia... Muchas máquinas y aparatos: el tipógrafo, antepasado de la máquina de escribir; un cañón de Alfred Krupp; la prensa hidráulica del puente de Britannia; la máquina de

fabricar sobres de De la Rue; también había muebles y un gran despliegue de artes decorativas; un piano decorado en exceso —para mi gusto, claro— por Collard y Collard; un biombo cuyos tallados habían sido realizados por una máquina... Llegados a este punto, debo confesar que todos estos “detalles” de la exposición los leí en el folleto explicativo que compró mi adorado Gabriel... Sí, había vuelto a ser “mi adorado Gabriel”. ¿Qué puedo decir?

Un expositor en particular llamó mi atención. Desprendiéndome del brazo de Gabriel me dirigí al pabellón destinado a China donde los tejidos de seda golpearon mis sentidos. Los colores eran preciosos, colores puros donde danzaban motivos florales, mezclando bordados con hilos de seda de todos los tonos, además de todo tipo de objetos para decorar. Sublime y espectacular.

Gabriel se situó con discreción a mi lado sin dejar de mirarme. Tal parecía que estaba más fascinado por mi cara de pura felicidad que por la exposición en sí.

—¿Te gusta, Katerina? —preguntó en un susurro que me hizo vibrar.

—Sí..., es todo tan bonito —respondí cogiéndome de nuevo de su brazo y pegándome a él. Adoraba que me llamara por mi nombre y que nos tuteáramos.

—Hay algo que te va a encantar.

Su expresión risueña me afectó de tal manera que me quedé prendida de sus labios, esos dulces labios que me habían besado con tanto esmero...

—Vamos por aquí.

Me guió hasta donde se encontraba el diamante Koh-i-Noor de la Reina Victoria, encerrado en una jaula de oro, ese diamante que lucía en su corona. Era fascinante.

—Es precioso —susurré ante tal belleza.

Sin embargo, una belleza aún mayor me dejó otra vez como el cangrejo Sebastian y, aún peor, me sentí como Quasimodo^[2], pobre jorobado, enamorado de la bella Esmeralda y sin poder competir por su amor ante el capitán Febo, el hermoso caballero que la salva.

Hacia nosotros venía una hermosa diosa hindú de extraordinaria belleza. Su sonrisa iluminaba sus ojos azules y su sari de color turquesa acentuaba el brillo de su mirada, un mar caribeño de inusitada hermosura. Junto a ella caminaba un hombre tan bello como ella y también hindú. Su semblante serio acentuaba su belleza y su largo pelo negro sujeto en una cola baja lo hacía irresistible. Sus ojos, de un negro profundo, parecían taladrar con la mirada.

Él iba vestido como cualquier inglés y era, al menos, diez centímetros más alto que Gabriel. Era como si tuviese delante de mí a Aishwarya Rai y a Jason Momoa.

Casi me desmayo cuando vi que se dirigían directamente hacia Gabriel.

—Gabriel, sinvergüenza, te has olvidado por completo de nosotros —lo reprendió la diosa con su espléndida sonrisa y una familiaridad insólita en una mujer de la India. ¡Si hasta le dio un beso en la mejilla! Se suponía que tenía que ser tímida y recatada, ¿no?

—En absoluto, mi querida Lalima, demasiado trabajo en los últimos días que me ha mantenido alejado de las cosas importantes —respondió besándola también en la mejilla—. Esha, me alegro de verte —dijo saludando al dios hindú con un fuerte apretón de manos.

—¿Los negocios antes que los amigos? Estoy muy disgustada —lo reprendió la diosa, dándole unos golpecitos en el hombro.

Era como asistir a una escena teatral. Esa mujer tenía sentido del humor, parecía honesta y franca, y eso me gustó mucho.

Esha se mantenía a su lado, imperturbable, lo cierto era que imponía bastante, bueno, la verdad es que imponía mucho, incluso daba miedo a pesar de su cegadora belleza... y yo seguía sintiéndome como el jorobado de Notre-Dame, olvidada y fuera de lugar, y otra vez en la nave que zozobraba cuando me di cuenta de que mi mano se había alejado —a saber cómo— del brazo de Gabriel.

—Te he enviado una invitación para el próximo sábado; hemos organizado una pequeña reunión entre amigos, nada formal —siguió diciendo la diosa—, los más íntimos. Tenemos algo importante que celebrar.

—¡Gabriel! —gritó un hombre de edad y complexión parecidas a las de Gabriel que venía acompañado de una preciosa joven de cabello tan rubio como el de él.

—¡Patrick! —exclamó dándose un efusivo abrazo. ¿Y toda esa ceremoniosa etiqueta de la aristocracia? Aquella escena daba al traste con las reglas sociales.

—¿Vendrás a la fiesta, verdad? —le preguntó radiante, el recién llegado.

—Gabriel, ¿y tus modales?—preguntó Lalima fingiendo enfado e interrumpiéndolos a propósito—. ¿Cuándo nos vas a presentar a tu hermosa acompañante?

—Disculpadme, os presento a la señorita Sinclair. Ellos son lord y lady Lowry y el señor y la señora Kothegal. La señorita Sinclair es amiga de mi

madre —explicó con una pícara sonrisa—. Le ofreció quedarse en mi casa durante su visita a Londres, sugerencia que acepté con mucho gusto. —Tan convincente fue que hasta yo me lo hubiese creído de no saber que mentía

Todos me saludaron con mucha amabilidad. Las mujeres insistieron en que las llamara por sus nombres: Lalima y Lisa. Los dioses hindúes eran hermanos; el marqués de Durham, lord Lowry y la preciosa joven rubia, de sonrisa fácil y mirada traviesa, también eran hermanos.

—¿Y qué le parece Londres, señorita Sinclair? —me preguntó la joven Lisa mientras los hombres se alejaban un poco de nosotras..., excepto Esha, que permaneció junto a su esposa.

—Por favor, llámenme Katerina. Londres es precioso y la exposición me está gustando mucho, es realmente impresionante...

—A ver, ¿quién es la chica?, ¿tu nueva amante? —le preguntó Patrick intrigado y divertido, cuando se alejaron de los demás—. ¿Ya has terminado con esa viuda de ojos verdes?

—No es mi amante y sí, ya he terminado con Eloise, hace tiempo —contestó con seriedad.

—¿No es tu amante? —Lo miró dudoso.

—Aún no... —le hizo un guiño—, pero estoy en ello...

—Bribón desvergonzado...

Ambos rieron acercándose de nuevo a sus respectivas acompañantes.

Gabriel no podía sentirse más satisfecho. Estar con Katerina fuera de su mansión había sido un placer inesperado, era como haberle comprado una muñeca nueva a una niña; ver su cara de absoluta admiración y felicidad lo tenía prendado hasta los huesos, esa vitalidad que desprendía hizo de esa visita una nueva experiencia, era como si nunca hubiese estado allí y esa había sido la tercera vez que se adentraba en la exposición. Pero lo que más lo divirtió y lo regocijó, fue cuando echó a todas aquellas mujeres que lo habían rodeado dejándola a un lado. Era una auténtica fierecilla y eso le había encendido sus partes nobles. No había follado con ninguna de ellas, pero todas lo deseaban, sólo había que afinar el oído para descubrir sus invitaciones veladas y algunas no tan veladas, sin embargo, su Katerina se había enfadado, lo había visto en sus ojos color miel, ese resplandor, que tan bien conocía y que adoraba, se había asomado a su mirada y casi había fusilado a cada una de ellas; cuando empujó a lady Pearce, casi le dio un

ataque de risa al ver su cara de absoluto asombro y odio... Sí, su Katerina iba a ser el objetivo de más de un comentario por parte de esas damitas tan frívolas y desesperadas por tener una verga entre sus piernas, y esos mismos chismes atraparían la atención de más de un caballero y eso ya no lo divertía tanto. Alejó ese pensamiento prometiéndose que estaría allí para cuidarla y protegerla de cualquier cosa; por supuesto, él se encargaría de que nada le ocurriera que pudiera hacerla sentirse mal; a pesar de la fortaleza que había demostrado en innumerables ocasiones, sabía que tenía un corazón sensible y que era muy fácil hacerle daño; él lo impediría costara lo que costara. Lo más probable es que ya estuvieran haciendo suposiciones sobre su relación con ella; todas le ofrecían su cama y la mayoría aspiraba a ser su esposa. Nada más lejos de su intención, por supuesto, sin embargo estaba encantado con la idea del revuelo que levantaría Katerina a partir de ese día cuando todas esas cotorras hablaran de la acompañante tan descortés y de modales totalmente faltos de elegancia que lord Adair había tenido la desfachatez de llevar a la feria. Ya se estaba riendo por dentro, aunque no tenía muy claro el porqué; de lo que no tenía ninguna duda, era de que ese día iba a ser memorable para todos.

Le fue muy grato comprobar que su preciosa señorita Sinclair les había caído tan bien a sus amigos y que ella los había recibido de la misma forma, con su habitual sonrisa cariñosa, su amabilidad y ese don especial que tenía para tratar con todo el mundo, fuera de la condición que fuera. Para ella no existían las etiquetas, sólo las personas; una vez repuesto de la sorpresa inicial por su trato igualitario, quedó muy satisfecho por el carácter afable de la muchacha y el respeto que mostraba a todo el mundo... salvo cuando estaba rabiosa y perdía el control... Su gatita se ponía de lo más linda y sexy y apetecible... Sólo recordarla en determinados momentos le despertó el ansia de estrellar su boca contra la de ella y sumergirse lamiéndola y saboreándola hasta quedar exhausto.

Sus amigos se despidieron alegando un compromiso, no sin antes, arrancarle la promesa de que asistirían a la fiesta que tenían prevista organizar para el sábado. Gabriel y Katerina continuaron su vista por el recinto. Una vez concluida, le propuso tomar un refrigerio en una tetería cercana y ella aceptó encantada; se la veía resplandeciente y sin ganas de volver a la casa, queriendo disfrutar de cada minuto de ese primer día que pasaba fuera de la finca.

Ya en el exterior, Gabriel volvió a encontrarse con varios conocidos a los

que saludó con cortesía haciendo un gesto con la cabeza, pero no pudo zafarse de algunas paradas que ciertas damas les obligaron a hacer. Unas iban acompañadas de sus esposos e hijas, con la esperanza de que lord Adair las tuviera en cuenta en caso de que decidiera tomar esposa; otras, coqueteaban con él utilizando las milenarias artes femeninas de seducción, a la vez que sentía cómo Katerina se iba tensando alrededor de su brazo. En esas ocasiones, se aferraba a él como si le fuera la vida en ello, evitando que ninguna de ellas pudiera alejarla de él, sin embargo, veía, por el rabillo del ojo, cómo la expresión de Katerina iba cambiando y ya no se mostraba alegre y encandilada, sino todo lo contrario. Esperaba con anhelo el momento en que explotaría, la emoción le recorría las venas y lo mantenía expectante. Iba a ser genial. No podía esperar a que llegara el momento del estallido. Una leve sonrisa de puro placer, apareció en su rostro.

Cuando ya pudo deshacerse de todos aquellos que interrumpían su camino para saludarlos, la llevó a un pequeño salón de té muy acogedor pensando que a ella le agradaría... y así fue. Sin embargo, su mal humor había nublado el encanto del lugar, podría incluso apostar que no se sentía capaz, en ese momento, de disfrutar del entorno cálido e íntimo que la rodeaba. La sentía furiosa bajo su brazo.

Se sentaron a una pequeña mesa redonda de mármol, coronada por una hermosa vela sobre un candelabro blanco, adornado con una cinta dorada. Él pidió vino tinto, pescado con berenjenas para los dos y ella... un coñac. Minutos después llegó la comanda.

—¿Se va a tomar un coñac a esta hora? —preguntó sorprendido.

—¿Y por qué no? —respondió sin poder disimular el torbellino que llevaba dentro.

—Se va a emborrachar, señorita —dijo él muy sereno. El regocijo ya brillaba en su mirada y se reflejaba en su semblante.

—No creo que eso sea asunto suyo, milord —espetó cortante.

—No, desde luego, sólo espero que sea capaz de llegar al carruaje sin tambalearse, sería un lamentable espectáculo. —Le sonrió travieso.

—Podré —dijo dando un largo sorbo de su copa—. ¿Así que es uno de esos, no?

—¿De esos? —Empezaba la diversión.

—Sí, de esos libertinos que coleccionan amantes como si fueran sellos..., un picaflor...

—¿Picaflor? —rió divertido—. Es la palabra más graciosa que he tenido

la suerte de escuchar... ¿Dónde la ha aprendido?

—¿Le parece gracioso? —preguntó indignada—. Sólo faltaba la pasarela para que todas pudieran desfilan ante usted, milord, y pudiera escoger una para esta noche. —Dio un trago aún mayor a su coñac—. No es más que un bribón de la peor calaña.

—Nunca lo he negado. —Estaba celosa y eso lo enardecía hasta límites insospechados. La habría cogido en ese momento y le habría hecho el amor en pleno salón, sin importarle la gente que tenía alrededor que ya empezaba a girar la cabeza hacia ellos—. No veo cómo le puede afectar mi vida íntima, señorita Katerina, ¿acaso está celosa?

—¿Celosa? ¿Afectarme? En absoluto, milord, es más, no me importa ni un poco siquiera, por mí se puede revolcar con cualquiera de esas busconas o con todas —casi gritó Katerina.

—¿Revolcarme? —Soltó una sonora carcajada—. Mi querida señorita Katerina, cuando estoy con una mujer hago mucho más que revolcarme con ella. —Y con eso, encendió la chispa que Katerina llevaba dentro.

La muchacha apuró su copa sin haber comido nada; ya se podía ver en su mirada que el líquido ambarino le estaba afectando, aunque eso era de esperar teniendo en cuenta que se lo había tomado a la velocidad del rayo.

—Usted es... es... un inmoral y un... un... ¡cretino! —gritó levantándose de golpe, haciendo caer la silla en la que estaba sentada.

Se dio media vuelta y salió del establecimiento tambaleándose ligeramente. Gabriel no podía parar de reír, eso era justo lo que esperaba y no lo había decepcionado en absoluto, muy al contrario, había superado, con creces, sus expectativas.

Pocos minutos después y tras pagar la consumición, la siguió al exterior con la certeza de encontrarla fuera, esperándolo. Borracha y desorientada como estaba, no podría ir a ninguna parte, sólo le quedaba esperar en la calle, pero cuál fue su sorpresa cuando vio que no estaba allí, haciendo que su rostro cambiara por completo su expresión y de la diversión pasó a la preocupación más profunda. Miró hacia la derecha y después hacia la izquierda con la esperanza de poder verla en una u otra dirección, pero no la vio. Se percató de que Alfred estaba allí, esperando con el carruaje y le indicó la dirección que había tomado la muchacha. Había ido hacia la derecha. Eso lo asustó aún más. Ella no sabía a dónde iba y se dirigía en sentido contrario a la mansión llevándola directamente a uno de los peores lugares de Londres, donde sólo había garitos de juego y apuestas, tipos borrachos que odiaban a

los ricos, prostitutas y todo tipo de gente sin moral.

Corrió hacia el final de la calle y siguió sin verla, giró de nuevo a la derecha y vio su sombrero blanco en el suelo. Se la imaginó corriendo, de ahí que perdiera el sombrero, supuso. Aligerando sus pasos continuó, recogiendo el complemento cuando lo tuvo a su alcance. Seguía sin verla. El terror se fue apoderando de él imaginando toda clase de cosas a cual peor. Alfred lo seguía en el carruaje, mirando a su vez a todos lados, hasta que con un silbido llamó la atención de lord Adair, señalando un grupo de hombres dos calles más allá. Gabriel se quedó helado. Katerina estaba rodeada y uno de ellos la sujetaba con firmeza por los brazos mientras ella se retorció para librarse del agarre, los demás jaleaban al “muerto” que la estaba tocando y se reían de ella y de sus súplicas. Muerto, sí, porque lo mataría si le hacía daño de alguna forma a su preciosa Katerina. De hecho, lo mataría y ya, sólo por haberla tocado.

Gabriel había tenido razón. Me había emborrachado con una copa de coñac. ¿A quién se le ocurre tomar alcohol con el estómago vacío, sin estar acostumbrada y en tres bocanadas? Me estaba bien empleado por idiota y, por si no me había puesto lo bastante en ridículo, me había comportado como la novia celosa. ¡No me lo podía creer! ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿Cómo era posible que hubiese perdido el control de esa forma... otra vez? Claro que toda la culpa era suya, si no se hubiese reído a carcajadas no habría reaccionado así. Tonta, más que tonta. Había vuelto a caer en su trampa, él quería verme fuera de mí y eso es lo que le había dado. Y no sólo era lo divertido que se había mostrado..., ni siquiera se había molestado en presentarme a todas esas ladys, no es que yo tuviera un interés especial en conocerlas, pero estaba segura de que acudían a todos esos bailes y fiestas a los que tanto le gustaba asistir; podría haberme presentado a ellas como había hecho con sus amigos, pero no, se limitó a ignorarme y a dedicarles toda su atención a esas furcias, con esa seducción natural que iba desparramando por doquier... ¡Maldito fuera! ¿Cuántas veces tenía que tropezar en la misma piedra? ¿Y mis relajaciones, mis clases de yoga? Se habían ido a la porra y todo porque no había sabido controlar mis celos, porque no podía imaginar a mi Gabriel en brazos de otra mujer, haciéndole las cosas que me había hecho a mí, besándola como me había besado a mí... No lo podía soportar. Casi estaba convencida de que todo ese teatro lo había montado con la clara intención de cabrearme; aunque ¿por qué iba él a suponer que me pondría

enferma de celos cuando yo misma había gritado a los cuatro vientos, y muy orgullosa, de que no era en absoluto celosa? ¡Pobre de mí! Katerina, o sea, yo, era un misterio, una caja china. ¿Acaso había imaginado lo que sentía por él? ¿Tan transparente era que no había sabido disimular mis sentimientos? Tal vez fuera... Bueno, mis respuestas a sus avances físicos habían sido de matrícula de honor... Sí, puede que supusiera que en algún momento aparecerían esos celos, dada la intimidad que habíamos compartido... Sí, podía ser eso. Seguro que estaba acostumbrado a los celos de sus amantes cuando las abandonaba y andaba con otras. Después de todo, yo era su amante, más bien un principio de amante, pues no habíamos llegado tan lejos, pero por el momento era yo la que despertaba su deseo... o eso creía. ¿Habría alguna otra? Decidí que era mejor no seguir pensando en eso.

Ni siquiera supe hacia dónde iba, sólo me recogí las faldas y empecé a caminar lo más rápido que pude para alejarme de él. No podía sentirme más avergonzada e irritada aunque me hubiese entrenado para ello. ¿Cómo iba a poder mirarlo a la cara después de esa escena sin sentido?

No sé en qué momento comencé a correr, sólo sé que de pronto me vi rodeada de gente extraña que me señalaba con la mano y se reía de mí, diciéndome cosas que no entendía, pero que imaginaba. Temí haberme metido en uno de esos barrios de maleantes que tanto abundaban en aquella época, bueno, como en todas, pero en esa era aún peor; las diferencias sociales estaban mucho más marcadas; eran mundos separados y opuestos que nunca se encontraban, ricos muy ricos y pobres muy pobres..., nada en medio.

El aire fresco de la tarde me había despejado un poco la cabeza y fui más consciente de dónde me había metido, lo que provocó en mí un miedo sin igual. Estaba sola y no sabía defenderme, si ni siquiera de pequeña me había peleado con nadie. Nunca había sido agresiva y jamás me metí en una disputa donde fuera necesaria la fuerza bruta, y aunque lo hubiese hecho alguna vez, en el lugar donde me encontraba en ese momento, de poco me habría servido, a no ser que hubiese sido Lara Croft^[3], claro.

Sólo había hombres, la mayoría ebrios, y algunas mujeres sucias y harapientas que apestaban a alcohol; sospechaba que ninguna de ellas movería ni un solo dedo para ayudarme si llegaba a ser necesario. Mi miedo aumentaba sin freno. Mirando a mi alrededor, quise dar la vuelta, pero tan perdida como estaba, no sabía hacia dónde ir, hasta que, sin saber cómo, me vi rodeada por una serie de tipejos apestosos que me llenaron de pánico. De

sus bocas no salían más que obscenidades; se mofaban de mi traje mientras tironeaban de la falda y oía los desgarrones de la tela a la vez que yo me movía de un lado a otro intentando buscar la forma de escapar; se reían del terror reflejado en mi rostro; no hacían más que aplaudirse los unos a los otros por la suerte que habían tenido de que “un pastelito tan dulce” les cayera del cielo y lo mucho que se iban a divertir todos, comprobando si el “pastelito” era igual de puta que todas las demás; apostaban entre ellos cuál iba a ser el primero en complacer a la “dulce putita” y demostrarme lo que de verdad era tener una buena polla entre las piernas. Dios mío, no sabía lo que hacer, ya me veía violada en un callejón por un sinfín de asquerosos bárbaros.

Uno de ellos me cogió por un brazo e intentó acercarme a él, a lo que respondí dándole una bofetada que me dolió más a mí que a él, de eso estaba segura. Los demás rieron y eso sólo le sirvió para insistir más. Ciñendo sus enormes manos alrededor de mis brazos, me aplastó con violencia contra su pecho, rodeándome por la cintura con uno de sus enormes brazos peludos; yo le escupí en la cara empujándole en un pobre intento de librarme de su agarre. Cuanto más me resistía, más satisfecho se sentía; “gatita linda”, me decía, “voy a follarte como nadie lo ha hecho antes”, pero ahí no terminaba su porquería verbal. Me rasgó el corpiño de un tirón mientras miraba mis pechos con la mirada más asquerosa que había visto en mi vida. Estaba aterrorizada, sin embargo un fotograma apareció en mi mente y aprovechando que andaba distraído con mi escote, no dejé pasar la oportunidad de darle un buen rodillazo en las pelotas, lo que lo dobló por la mitad haciéndolo caer al suelo. Ni siquiera supe cómo había sido capaz de hacer eso —el fotograma: influencia de las pelis, sin lugar a dudas—. Me sentía en una nebulosa, como si todo aquello no fuera real, como si mi ser hubiese abandonado mi cuerpo y viera la escena desde fuera. Me quedé paralizada de terror, las piernas me flaqueaban y la cabeza me daba vueltas. Seguía encerrada en ese círculo de cerdos que ya no sonreían; de sus ojos destilaba un odio que me dio escalofríos y me abracé por la cintura a la vez que intentaba taparme con los jirones que quedaban de mi corpiño y las lágrimas que anegaban mis ojos, se deslizaban, por fin libres y sin control, por mis mejillas; rezaba para que bajara un ángel del cielo y parara todo aquello o que me despertara de semejante pesadilla.

De pronto sentí que alguien me tomaba de la cintura y despegaba mis pies del suelo; yo me revolví, incluso intenté morderlo; por encima de la cabeza veía un palo o lo que fuera, dando golpes a unos y a otros mientras un

hombre joven repartía puñetazos y patadas a diestro y siniestro. El agarre se hizo más fuerte y me inmovilizó por completo. Ese hombre me llevaba y no sabía a dónde. El pánico anidó en mi vientre.

Hasta que no me vi en el carruaje no me di cuenta de que Gabriel me había arrancado de las garras de aquellos maleantes, golpeándolos con su bastón y de que había sido Alfred el que lo había ayudado a librarse de ellos. Aún así, sentí que el carruaje salía más que de prisa, mientras, desde fuera, nos llegaban los gritos y amenazas de aquellos individuos.

Jadeando me quedé sentada en el lugar donde me había colocado, con la cabeza baja y dando gracias a Dios en silencio por la oportuna llegada de los dos. No me atrevía a mirarlo, no sólo por el sentimiento de vergüenza, sino también por el miedo que había pasado; incluso llegué a pensar que me desmayaría, sentía el estómago revuelto y me dolía la cabeza a rabiar, pero ya estaba a salvo. Era lo único en lo que podía pensar. Estaba a salvo.

Gabriel casi se muere del susto cuando vio la escena desde lejos, seguro que había envejecido al menos quince años. Esa mujer acabaría matándolo de una forma u otra. Estaba furioso, más consigo mismo que con los demás, pero en ese momento el objeto de su ira estaba sentado justo enfrente de él.

—¿En qué demonios estabas pensando, insensata? —gritó fuera de sí, mirándola fijamente— ¿Cuántas veces tengo que advertirte de los peligros que rondan las calles, sobre todo para una mujer que va sola por ahí como si fuera una buscona? —Siguió gritando— ¡Maldita sea! ¿Imaginas lo que habría pasado si no hubiésemos llegado a tiempo? —El grito se convirtió en gruñido, parecía un animal a punto de atacar a su presa.

Katerina sintió que su mundo se desvanecía por completo. Lo último que necesitaba era una reprimenda de ese calibre. Estaba a punto de derrumbarse y lo único que necesitaba era consuelo, que él la tomara en sus brazos y le dijera que todo estaba bien. Todo el miedo que la había mantenido luchando, a su manera, ante la jauría de borrachos, se estaba convirtiendo en un frío helado que la hizo temblar, ya ni siquiera sabía cómo se sentía. El terror vivido se le echó encima como una fiera y oír a Gabriel diciendo todo aquello no hizo más que empeorar su estado. Empezó a tiritar como si estuviera en el Polo Norte en bikini, y las lágrimas, que había conseguido contener al sentirse segura, volvieron incontrolables surcando su rostro. Volvió a rodearse la cintura con sus brazos y el peso de lo ocurrido hizo que se inclinara hacia delante, llevando la frente a sus rodillas en un acto espontáneo

de autoprotección. Él la había salvado, sí, pero, en ese momento, se sentía desprotegida, luchando sola contra los elementos y sus propias emociones.

—¡¡Maldita mujer!! ¡¡Has sido una pesadilla desde que llegaste!! ¡¡No veo el día en que me pueda librar de ti, niña estúpida!! —Seguía vociferando Gabriel, que no había visto su cambio de postura, tan absorto estaba mirando por la ventanilla. Sus gritos ocultaron el leve sonido de su llanto, un llanto que intentó controlar sin conseguirlo—, y todo por unos celos estúpidos y sin sentido. No eres mi esposa y no tienes ningún derecho a reprocharme nada, y aunque lo fueras, puedo hacer lo que me plazca sin tener en cuenta tu opinión o la de cualquier otra. No necesito a una mujer irracional y celosa que me monta una escena en público sin el más mínimo decoro... Tengo una reputación que mantener, ¿sabes? —Entonces la miró.

La visión que tenía ante él le llegó al alma haciendo que su corazón diera un vuelco y se dio cuenta, enseguida, del error que había cometido. “Eres un estúpido, lord Adair, conde de Bladnoch, un genuino imbécil”, se recriminó para sí. Lo único y más importante que tenía que haber hecho desde un primer momento, era haberla tomado entre sus brazos para consolarla y decirle hermosas y dulces palabras al oído, tras la experiencia tan traumática que había vivido su Katerina. Se sintió abatido. Los remordimientos y la culpa azotaron su corazón. El silencio invadió el cubículo. ¿Cómo podría rectificar todo lo que había dicho? Nunca se había encontrado en semejante situación y tuvo que confesarse que no tenía ni idea de lo que hacer.

Despacio, se levantó y se colocó junto a ella. Intentó agarrarla por los hombros, pero ella se alejó de él. Le dolió, sin embargo, tuvo que admitir que toda la culpa había sido suya, aun así la cogió en brazos sentándola en su regazo y la abrazó con fuerza, no se resistió. Para ella había sido la perdición, pues una vez entre sus brazos se desmoronó por completo y sollozó contra su pecho sin dejar de temblar; agarrada a las solapas de su chaqueta, escondió su rostro.

—Shssss... pequeña, todo ha terminado —susurró con una dulzura que incluso a él le sorprendió—, todo ha terminado, cariño.

Besó su pelo y acarició su espalda. Al parecer, esas pobres palabras habían ayudado a que se calmara y los leves toques de sus manos y labios, hicieron que poco a poco, dejara de temblar. Su llanto fue cesando, aunque los espasmos incontrolados aún continuaban, sin embargo, también estos fueron menguando. La abrazó con más fuerza, le acarició el pelo desmadejado, su brazo, besó su cabeza una y otra vez, y le susurró palabras

dulces, cariñosas. Ella seguía ocultándose en su pecho, hipando y sorbiéndose la nariz. Mantenía los ojos cerrados; cuando sus temblores desaparecieron y no escuchó ningún rastro de sus lágrimas, pensó que se había dormido.

Cuando llegaron a la mansión, Nora quedó horrorizada al ver a Katerina arrebujada contra el torso de lord Adair, con el vestido desgarrado, mientras él la llevaba en brazos hacia su habitación, dando instrucciones de que prepararan un baño para la señorita Sinclair, un caldo y expresando con gravedad que tenía que acostarse de inmediato.

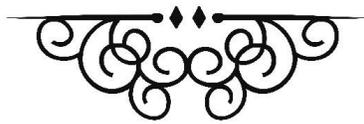
La joven se dejó hacer, mientras Nora, por primera vez, se mantenía en silencio. La bañó con delicadeza, la secó, le puso el camisón y le dio el caldo. El agotamiento extremo hizo mella en ella y se durmió enseguida.

Lord Adair paseaba inquieto por su despacho con una copa de whisky en su mano. Se había quitado la chaqueta y la corbata, las mangas de la camisa estaban arremangadas y toda la ropa tirada por el suelo. Gerard llegó para dejarle una bandeja con la cena y se fue sin tardanza al ver el estado en el que se encontraba. Empezó a pasear por la estancia como un tigre enjaulado, reprensiéndose una y otra vez por su estupidez, pero había estado tan asustado que había perdido por completo el control, él, que siempre se mantenía sereno, aunque, a veces, sólo fuera apariencia... Nunca en todos sus años, había sentido un miedo parecido. Nunca en su vida se había comportado de una manera tan indigna con una mujer, jamás se había permitido mostrar sus temores ante nadie y, sin embargo, eso había sido justo lo que había hecho: ofenderla de una forma irreparable gritándole como un poseso, cuando sólo tenía que abrazarla y consolarla, lo que ella necesitaba en ese momento, y no al ogro que se había desatado en él. Sólo esperaba que ella pudiera perdonarlo... algún día. Estaba decidido a emplearse a fondo para conseguir su perdón y albergaba la esperanza de que el bondadoso corazón de Katerina lo acabaría perdonando tarde o temprano. Lo que él nunca podría perdonarse era el hecho de que no la había protegido tal y como se había prometido a sí mismo; se había dicho que siempre velaría por ella, sin embargo, se limitó a reírse a carcajadas y a dejarla marchar suponiendo que ella lo esperaría fuera. Su juego había ido demasiado lejos. Nunca volvería a cometer ese error... y un día que había empezado siendo perfecto, podría haber acabado en una tragedia y todo, por su soberbia y vanidad, dos enormes defectos que lo habían llevado a estropear el día más esperado de Katerina. ¿Cómo iba a poder vivir con ese peso en su conciencia?

¡¡Maldita mujer!! ¡¡Has sido una pesadilla desde que llegaste!! ¡¡No veo el día en que me pueda librar de ti, niña estúpida!! Las palabras lo golpeaban una y otra vez. Tiró su copa al fuego haciendo que las llamas del hogar se alzaran como un ave y se dejó caer en el sillón de damasco rojo de roble. La cabeza le estallaba a causa de los insultos proferidos contra Katerina, que no dejaban de embotar su cerebro. ¿Cómo había sido capaz de decirle esas cosas? Esas cosas tan terribles, cosas que no sentía de ningún modo. La llegada de la muchacha había sido como el primer día de sol después de un largo y frío invierno, como un arco iris en un cielo despejado después de una tormenta y desde luego, lo último que quería era que se fuera. Se había acostumbrado a su presencia, a cenar con ella, a sus partidas de ajedrez... Sonrió recordando lo mal que se le daba y lo enfurruñada que se ponía al ver que no avanzaba en el juego. Lo único cierto era que deseaba, con una fuerza sobrehumana, que se quedara para siempre en la mansión Bladnoch. Para siempre. Ese pensamiento lo trastornó y sorprendió tanto que medio segundo después lo negó con la cabeza intentando deshacerse de él, pero ahí seguía... para siempre. Sería su amante, de eso no tenía duda, todo el tiempo que él quisiera, hasta que se cansara de ella, como siempre le había ocurrido con las demás. ¿Qué haría entonces? Lo más sensato era que se fuera, que August encontrara la forma de que ella pudiera volver a su siglo, sólo esperaba que permaneciera allí el tiempo necesario para apagar su deseo, su ansia de ella, de sus labios, de sus pliegues húmedos y sabrosos, de sus pechos y sus pezones rosados y erectos, de su cuerpo... No veía la hora de tenerla desnuda debajo de él mientras la penetraba una y otra vez hasta hacer que la cama se moviera, o follándola como un animal desde atrás mientras le sujetaba las caderas y se adentraba hasta el mismísimo centro de su ser con el sonido de sus gemidos, sus súplicas y sus gritos resonando en él... Su carne llenando su boca, su humedad envolviendo su falo... Se había convertido en su aliento, en el motor que lo impulsaba cada día...

Pero antes que nada, tenía que suplicar su perdón. Lo necesitaba más que respirar, más que comer, más que cualquier otra cosa que hubiese necesitado en toda su miserable vida. Incluso más que aquella vez, cuando la besó por primera vez a la puerta de sus aposentos... Mucho más.

CAPÍTULO 7



Por la mañana todo me pareció un mal sueño. El agotamiento, tanto físico como mental, se había apoderado de mí por completo y no era capaz de moverme de la cama, sin embargo, me negaba a permanecer ahí como una niña asustada. Levantarme me pareció que se podía comparar al esfuerzo que se necesitaba para levantar dos pesas de cien kilos, aun así, logré salir del lecho y dirigirme al aseo.

Desde allí, oí cómo Nora entraba y depositaba una bandeja sobre la mesa. Salí envuelta en la bata, algo más recuperada y relajada. El agua caliente le había devuelto el ánimo a mi cuerpo; forzando una sonrisa, me dirigí al ama de llaves.

—Buenos días Nora. —Desde luego, no estaba en mi mejor día.

—Buenos días, señorita, ¿cómo se encuentra? —preguntó preocupada—. Todos nos asustamos mucho cuando la vimos llegar en brazos del señor.

—Estoy bien, no se preocupe Nora —la interrumpí. No me apetecía escuchar su parloteo—, no fue nada importante, sólo una tontería, de verdad.

Me dispuse a desayunar mientras Nora me preparaba la ropa. Tenía tal maraña en las entrañas que no me fue posible comer ni una sola de las galletas de arándanos de la señora Crawford y tuve que hacer un esfuerzo enorme para obligar a mi estómago a que aceptara el té que iba tomando a pequeños sorbos. Esa mañana tendría que vestirme de humildad y enfrentarme a lord Adair para pedirle disculpas por mi estúpido comportamiento. ¿Qué clase de demonio se había apoderado de mí? Nunca pensé que fuese celosa, pero aquella reacción tan fuera de lugar, tan surrealista, me era del todo ajena, como si no fuese yo sino un alien que se hubiera apoderado de mi ser... Tenía que hablar con él, costara lo que costara.

—No, Nora, prefiero el vestido blanco con el encaje al cuello, por favor —le pedí cuando vi que me tenía preparado un bonito y elegante vestido verde agua de escote cuadrado.

Aceptó de mala gana; esa mujer era muy testaruda y no le gustaba nada que le llevasen la contraria; cuando decidía algo, se tenía que respetar su voluntad. A pesar de todo, siempre hacía un esfuerzo y se le pasaba enseguida el pequeño malhumor que le ocasionaba el no conseguir lo que quería. Sin embargo, ese día, el horror de ver mis moratones, hizo que se olvidara de que yo no había aceptado su sugerencia.

—¡Oh! Señorita Katerina, pero ¿qué le ha pasado, mi niña? Tiene heridas por todas partes. —Mi adorada Nora estaba al borde de las lágrimas.

—Vamos, Nora, no es nada...

—¿Nada? —casi chilló histérica—. Está llena de golpes. ¡Santo cielo!

—Me caí por imprudente, Nora —mentí—, así que me lo tengo bien merecido. —Le sonreí de mala gana.

—No diga tonterías, señorita, los accidentes ocurren a diario, a cualquiera nos puede pasar —replicó comprensiva—. ¡No ha desayunado nada! —exclamó de pronto al ver el plato de las galletas intacto.

—Me he levantado sin apetito. En el almuerzo comeré más, se lo prometo. —Le dirigí una discreta sonrisa.

Nora me dejó sola llevándose la bandeja, mientras yo rumiaba las palabras que iba a decirle a Gabriel; de todas formas, no había mucho que pensar, la cuestión era cómo empezar mi disculpa. Al final, decidí que estaba perdiendo el tiempo y que cuando estuviera delante de él, todo me saldría de forma natural... Bueno, más o menos, teniendo en cuenta el ovillo de nervios que me carcomía.

Así que salí de la habitación con mi precioso y sencillo vestido blanco de escote amplio, pero cubierto por un fino encaje que se unía en el centro del cuello abrochándose con un pequeño botón perlado, dejando un pedacito de piel al descubierto, desde el cierre hasta el principio de la tela. Lo había elegido porque las mangas, también de encaje, eran largas y no dejaban ver las señales que tenía. Apenas estaba adornado, salvo por la hermosa tela calada que cubría mis hombros y mis brazos, además de unas pequeñas flores de cristal en el borde de la falda.

Ya en el pasillo que llevaba a su despacho, me encontré con el señor Tilman.

—Buenos días, señor Tilman. ¿Está lord Adair en su despacho? —pregunté con timidez.

—Buenos días, señorita Sinclair. —Por primera vez, desde que lo había conocido, me pareció ver una sonrisa en su rígido rostro—. ¿Se encuentra

bien? —Un destello de preocupación cruzó su mirada.

—Gracias, señor Tilman, me encuentro muy bien, ¿está...? —pregunté señalando la estancia.

—¡Oh! Discúlpeme, señorita Sinclair. —Parecía ¿avergonzado? Qué hombre tan misterioso—. Lo siento, pero no está, ha salido temprano esta mañana.

—¡Ah! —susurré decepcionada—. ¿Sabe cuándo volverá?

—Lo lamento, señorita Sinclair. —¡Demonios! Era el único, en toda la casa, que seguía llamándome señorita Sinclair y al parecer nunca dejaría de hacerlo. Tendría que acostumbrarme—. No ha dejado dicho nada.

—Está bien, señor Tilman, gracias.

Tanto preocuparme por nada; la conversación quedaba aplazada para la tarde o para la noche o para..., ¡sólo Dios sabía cuándo! Bien, en algún momento tendría lugar, pero... ¿y si seguía enfadado?, ¿se habría ido por eso?, ¿querría evitar ver a la estúpida que le había hecho una escena en público y que se había puesto en peligro por una explosión emocional?

Pasé por la vergüenza, por la tristeza que me encaminó a la autocompasión y por último la ira; no podía ser tan rencoroso, ¿verdad?, ¿y si lo era?, ¿cuánto tiempo le duraría? Tampoco era para tanto, bueno, sí, pero él también debería disculparse conmigo, después de todo, me había tratado muy mal en un momento muy delicado para mí, más que delicado, un momento de puro terror, insultándome primero y consolándome después cuando me vio tan abatida. Así pues, concluí que no merecía ni un solo segundo más de mi tiempo y me dirigí muy resuelta al jardín donde encontré a los hermanos Craig; al verlos inmersos en su faena me dispuse a ayudarlos; trabajar la tierra siempre me había sentado muy bien ayudándome a organizar mis ideas y mis sentimientos, pero me hicieron notar que no iba vestida de forma apropiada y que acabaría ensuciándome el vestido. Maldije en silencio. Me preguntaba cuándo me mandarían madame Lafleur los trajes masculinos que le había pedido y que necesitaba para poder hacer esas tareas sin temer estropear los hermosos vestidos que me había mandado hasta el momento. Echaba de menos mis pantalones y mis sujetadores, estaba deseando ver cómo había conseguido hacerlos con los medios que tenían en esos tiempos, por no hablar de las bragas...; sólo le había hecho un dibujo y sentía una enorme curiosidad por ver el resultado final.

Así pues, sin nada qué hacer en el jardín, recordé de pronto que había abandonado por completo mi proyecto de escribir un libro y, aunque mi

último intento había fracasado estrepitosamente, me dirigí al saloncito de la condesa con el firme propósito de continuarlo, sin embargo, cuando leí lo poco que había escrito, decidí que era mejor tratarlo como un diario que me llevaría a casa cuando el señor Owen consiguiera averiguar la forma de volver. Me ayudaría a recordarlo todo. Llegado a este punto, no estaba segura de querer llevarme cada momento vivido en ese siglo tan ajeno a mí, pero una fuerza superior me impulsaba... No quería olvidarle a él... De todas formas, nunca podría... Él se había metido en mi corriente sanguínea y sólo muriendo me alejaría de su recuerdo y, aun así, tenía mis dudas. Si de verdad existía la reencarnación, estaba segura de que en mis próximas vidas lo encontraría una y otra vez, hasta que el maldito karma quedara satisfecho y me concediera el premio a una vida sin amor, otorgándome el mayor regalo que la vida me podría hacer: el amor sincero y eterno de Gabriel. Ni en este siglo ni en los siguientes, nunca encontraría un amor tan profundo y verdadero como el que sentía por él. Viviría sola el resto de mis días y ese diario me ayudaría a tenerlo siempre presente. De repente se me ocurrió que alguien podría hacerme un retrato suyo que adjuntaría al diario, pero ¿quién? Yo sólo era profesora de Literatura, toda mi vida había girado en torno a mi formación y no sabía hacer otra cosa. Me gustaba mucho el arte y el dibujo; había hecho mis pinitos, de hecho, había tomado clases, pero los retratos no eran lo mío. Recordé la vez que le hice uno a mi padre y..., bueno, nos hartamos de reír todos, le sacamos parecido con cualquier hombre menos con él. Quizás Lalima y Lisa si estaban dotadas para el dibujo, después de todo, en esa época, la pintura formaba parte de la formación de las damas de la alta sociedad. Cuando fuéramos a su fiesta se lo preguntaría y tal vez, con suerte, pudiera llevarme a casa su rostro.

Esa idea y la escritura me animaron mucho y casi olvidé que Gabriel me había dejado plantada aquella mañana. Quizás fuera dura con él; tenía muchos asuntos que atender y lo más probable era que su partida nada tuviera que ver conmigo sino con sus negocios, pero ¿y si no era así?, ¿y si se había ido por mí?

“¡Se acabó!”, me dije, “ahora a escribir”.

Así que mi día transcurrió en el saloncito escribiendo; el almuerzo lo compartí con el personal de la casa en la cocina. Al terminar de comer, Alfred, con la cabeza gacha, se acercó a mí para pedirme perdón por no haberme seguido con el carruaje cuando salí de la tetería. Su emotiva disculpa —casi al borde de las lágrimas— me dejó sin palabras y con un

gigantesco nudo en la garganta. Sólo pude abrazarlo con todo mi corazón, para terminar acariciando su mejilla en señal de sincera gratitud. Después me fui a descansar un rato; aún me sentía agotada y más después de haber pasado gran parte de la mañana escribiendo; la pluma, el tintero y yo no teníamos una relación satisfactoria y cada vez que me sentía impotente con aquel método de escritura, siempre me preguntaba cuándo demonios inventarían el bolígrafo y en ese momento de frustración se encendió la bombilla en la oscuridad de mi mente... El bolígrafo aún no existía, pero el lápiz sí. ¿Por qué no había ningún lápiz en el saloncito? Tal vez, a la condesa sólo le gustara escribir con pluma. Se lo preguntaría a Nora; entonces, otra bendita bombilla me iluminó: todavía tenía mi bolígrafo en el bolso.

Él no había llegado. No pude evitar preguntarme si lo vería ese día.

Una vez más, me había quedado dormida hasta el atardecer, cuando llegó Nora diciendo que el señor me estaba esperando, ya que la cena se serviría en pocos minutos. Todavía somnolienta, hizo que me levantara y eligió otro vestido para mí. Yo quería ponerme el mismo de antes, pero insistió en que para la cena tenía que ponerme otro distinto, lo mandaba la etiqueta. ¡Por Dios! Así pues, me vi envuelta en una tela rosa claro, adornada con cintas de color fucsia ciñendo el corpiño y de mangas hasta el codo, bordeadas con la misma cinta al igual que los bajos de la falda.

Cuando me vi con él puesto, quise cambiarme, ya que dejaba expuestas las señales de la violencia sufrida el día anterior. Nora no se bajó de su decisión esta vez, pero tomó un chal del mismo color que los adornos; con él, decía ella, me cubriría esos hematomas, así pues, enrollé las puntas alrededor de mis brazos, ocultándolos.

Cuando se dispuso a arreglarme el cabello, insistí en que me lo dejara suelto, sólo recogido hacia los lados; así lo hizo utilizando unos hermosos pasadores decorados con cristales transparentes que reflejaban la luz, convirtiéndolos en pequeñas diademas multicolor.

Nora, encantada con el resultado, no dejaba de alabar mi aspecto, resaltando lo bonita que estaba, elegante y sencilla. El señor se quedaría mudo de la impresión al verme tan delicada, femenina y perfecta. Sí, eso decía mi Nora.

Sin embargo, en lo último que pensaba era en mi aspecto y, no muy convencida, bajé las escaleras para dirigirme al comedor donde Gabriel esperaba de pie, junto a la chimenea, con una copa de whisky entre los dedos.

—Buenas noches, milord.

En el comedor, Gabriel empezó a sentirse inquieto. Sabía que Katerina se encontraba bien, se lo había dicho el señor Tilman al preguntarle por su estado, pero su tardanza lo estaba poniendo nervioso, haciendo que dirigiera sus pasos al mueble-bar y se sirviera un whisky; sin dejar de pasear de un lado a otro, se paró ante la chimenea perdiéndose en las cálidas llamas que surgían de los troncos.

—Buenas noches, milord.

Por fin estaba allí. Era preciosa y aquel vestido no hacía más que resaltar su belleza. Respiró aliviado. Se la veía un poco pálida, sin embargo parecía estar bien..., hasta que vio el chal rodeando sus brazos. Volvió a sentirse enojado por no haber sabido protegerla como le había prometido, por haber permitido que aquellos indeseables le pusieran las manos encima, hiriéndola. Podía entrever las señales del forcejeo y el agarre entre la tela que los cubría. Su corazón se paró.

—Katerina, ¿se encuentra bien? —preguntó tomándola de las manos, mirando sus brazos.

—Sí, estoy bien, gracias. He podido descansar —respondió alejándose un poco de él mientras extendía el chal sobre sus brazos.

—Katerina...

Justo en el momento en que se disponía a hablar con ella, fue interrumpido por Gerard y Jane que entraron para servir la cena, creyendo que ya estarían colocados en sus respectivos lugares esperando a ser atendidos; al ver que no era así, se miraron expectantes, quedándose inmóviles hasta que lord Adair les hizo un gesto para que comenzaran.

Respiró hondo y resignado por tener que aplazar su tan deseada conversación con Katerina.

Se dirigió hacia la mesa llevando a la joven de la mano... como dos enamorados; le retiró la silla, acomodándola en su lugar, para después tomar el suyo.

La cena transcurrió tranquila, a pesar de que ambos estaban nerviosos y deseosos de que llegara el momento de hablar. Apenas comieron, sin embargo, entablaron un relajado y amistoso diálogo rememorando travesuras de la infancia y disputas con los hermanos; entre risas y recuerdos, el tiempo pasó sin que fueran conscientes de ello hasta que Jane les sirvió el postre: tarta de arándanos.

—La señora Crawford está tratando de convertirme en un arándano — dijo Katerina sonriendo.

—Sería un arándano exquisito, señorita —concluyó Gabriel con esa voz profunda y serena que la hacía temblar siempre.

La muchacha se sonrojó al imaginar en cómo se convertía en un exquisito arándano... En realidad, en cómo sus pezones se convertían en dos exquisitos arándanos, rojos de excitación, mientras Gabriel se deleitaba con ellos; en cómo su sexo, ya húmedo y jugoso, se transformaba en un racimo de dulces y sabrosos arándanos mientras él se esmeraba en comérselos todos... todos y cada uno de ellos... Estaba claro que todo la llevaba al mismo lugar: a la cama de Gabriel, haciendo el amor y comiéndose el uno al otro, deseando el mayor arándano que él le podía ofrecer: la cabeza, llena y púrpura, de su bailarina y más que perfecta polla. Sentía el rubor cubriendo todo su cuerpo. La imaginación era un don maravilloso, pero en determinadas circunstancias... era un inconveniente, como en ese momento en el que tenía que concentrarse en la importante conversación que llevaba todo el día deseando tener con lord Adair y no en el placer que ambos podrían disfrutar, alimentando sus sentidos con sus cuerpos; así pues, hizo un esfuerzo titánico para dedicarle toda su atención al trozo de pastel que tenía delante.

Gabriel vio cómo se sonrojaba y su verga saltó cuando, ante sus ojos, aparecieron los frunces rosados de sus aureolas coronadas por dos hermosos arándanos que se moría por degustar..., por no hablar del arándano que se había abierto para él y cuyo sabor inundó su boca en ese preciso momento, haciendo que deseara probarla de nuevo, lamerla y saborearla como había hecho en el carruaje. Tenía que controlarse y dejar la fantasía para otra ocasión o su pene estallaría allí mismo, derramándose en sus pantalones como un chiquillo sin experiencia.

Se obligó a alejar esas imágenes de su mente y a retomar el discurso que tenía previsto. Respiró profundamente, evitando mirarla y apartando el plato con el trozo de pastel. Debía serenarse, era mucho más importante aclarar las cosas con ella que pensar en follársela en ese preciso instante sobre la mesa de comedor, untándola de tarta para después alimentarse de ella y de su piel tersa y suave, envuelto en su aroma a lilas... Iba por mal camino, su verga, lejos de volver a su estado original, no hacía más que aumentar. Se levantó y se sirvió un whisky con la esperanza de serenar su lujurioso cuerpo. Sabía que no era un comportamiento digno de un caballero, pero era eso o saciar al animal irracional y lascivo que luchaba por desatarse. Los arándanos nunca

volverían a ser arándanos para él... ni los bollitos... ni los pasteles... Nunca podría volver a mirar uno sin pensar en ella y en todo lo que quería hacerle... ¡Jamás!

Unos minutos y dos copas de whisky más tarde, sereno —más o menos —, se acercó a Katerina que ya había terminado su postre y esperaba, con las manos en su regazo y la mirada perdida en sus manos.

—¿Una partida de ajedrez? —le insinuó mientras retiraba la silla.

—¿No se aburre, milord? Sabe que soy una pésima jugadora y que no ofrezco ningún desafío —le comentó un poco azorada. Estaba encantadora con sus mejillas sonrosadas.

—En absoluto, señorita; su compañía es siempre un placer —dijo ofreciéndole su brazo.

—Ya, sobre todo cuando gana todas las partidas —respondió sonriéndole.

—Sobre todo...

Ya en la biblioteca, Katerina pensó que esa era la ocasión adecuada para lo que tenía que decir y, de ese modo, librarse del peso que había permanecido con ella durante la jornada.

—Milord, antes de comenzar el juego, me gustaría hablar con usted de un asunto importante —solicitó nerviosa tomando la copa de oporto que él le ofrecía.

—Sí, por supuesto, yo también deseo hablar con usted. Hubiera preferido hacerlo esta mañana, sin embargo, mis obligaciones no me lo han permitido y querría, si usted me lo permite, hacerlo ahora.

¡Oh, Dios! ¿Pretendía echarla por su absurdo comportamiento? ¿Se avergonzaba de ella y quería deshacerse de la molesta huésped? Bueno, lo cierto era que no parecía que estuviese enfadado o molesto con ella...

—Adelante, las damas primero —dijo Gabriel con ternura, instándola a que se sentara junto a la chimenea, donde refulgía un pequeño fuego.

—Verá milord... En realidad, prefiero estar de pie, gracias. Esto..., ni siquiera sé por dónde empezar..., estoy tan avergonzada..., todo lo que le dije, lo que hice... Quería pedirle disculpas por mi comportamiento de ayer, fue impropio y totalmente fuera de lugar, no tenía ningún derecho a recriminarle nada. No entiendo qué me ocurrió, nunca había actuado así con nadie...; yo sola me metí en ese... Fue mi culpa, por haber sido tan irresponsable... No volverá a ocurrir, se lo prometo...

Mientras hablaba, no dejaba de pasear de un lado a otro, lo que la obligó a dejar su copa sobre la mesita de las bebidas; su voz, al principio tímida, se fue asentando en ella, sonando cada vez más segura, y ese ir y venir hizo que su mantón se deslizara por sus brazos sin que ella se diera cuenta y cayera al suelo dejando sus moratones a la vista de Gabriel.

—Le aseguro que no debe temer ningún comportamiento similar por mi parte, bajo ninguna circunstancia —aseveró poniéndose frente a él con los dedos entrelazados. Lo miró directamente a los ojos—: Perdóneme, Gabriel, no volveré a comprometer su reputación de un modo tan lamentable. —Ahí terminó, cuando todas las palabras atascadas salieron de una vez, naturales y sinceras, para ahogarse con timidez en su garganta al final, cuando las lágrimas quisieron asomar a su mirada color miel.

Katerina no supo interpretar su reacción, parecía enfadado a la vez que conmovido, sólo cuando él tomó sus manos entre las suyas y vio cómo miraba con atención sus brazos a la vez que los acariciaba con suavidad, comprendió la ira que había asomado a sus ojos.

—Fue mi culpa... por necia... La imprudencia me llevó hasta el peligro... —susurró la joven.

Gabriel levantó la mirada para perderse en sus ojos y la abrazó con ternura con un nudo en la garganta que le impedía hablar. Tras unos minutos donde reinó el silencio...

—No, Katerina, fue culpa mía. Quise alimentar mi soberbia y vanidad, divertirme a su costa, y sabía cómo hacerlo... No tuve en cuenta sus sentimientos, no soy más que un animal sin corazón y después... Prometí protegerla y no lo hice, al contrario, me cebé en usted. Deseaba con todas mis fuerzas matarlos a todos y ¿qué hice? Volcar mi ira en usted... Se me revuelven las tripas de asco por mí mismo...; nunca había tenido tanto miedo. No tiene que disculparse, todos actuamos de forma exagerada en un momento determinado. —La separó de él unos centímetros, retomando sus manos entre las suyas y sin abandonar sus dulces ojos—. Me comporté como un villano y no como el caballero que se supone que soy, esa es mi vergüenza y mi tormento. Usted me necesitaba y yo le di la espalda; me he deshonrado con un comportamiento tan imperdonable; Katerina, soy yo quien le suplica que me perdone, quien apela a su generoso corazón...

—Gabriel..., yo...

—Perdóneme, Katerina, se lo suplico... —pidió en un susurro—. Jamás volveré a comportarme de un modo tan indigno, le doy mi palabra..., si aún

confía en mí...

Katerina se quedó muda ante la confesión y la disculpa de Gabriel. A pesar de estar convencida de que merecía aquellas palabras por su ira incontrolada, y su inicial y absoluta falta de sensibilidad, nunca imaginó que aquel petulante lord, llegara a travestirse de la humildad que le mostraba. Los aristócratas no sabían de humildad, sólo de soberbia, ¿cierto?

Sin embargo, ahí estaba el conde de Bladnoch ante ella, rompiendo una vez más sus esquemas.

—¿Katerina? —Casi parecía asustado.

El silencio se instaló entre ellos. Pasaban, desesperantes, los minutos, el tiempo sin tregua.

—¿Y si nos perdonamos por habernos comportado como unos idiotas? —preguntó por fin la joven con una sonrisa, mientras una lágrima fugaz recorría su mejilla.

—Sí, me parece muy bien —contestó lord Adair dándole un beso en la frente y limpiándole la lágrima con el dorso de su dedo índice—. A partir de ahora nos comportaremos como adultos —concluyó con una sonrisa que, unida a sus tiernas caricias, la hizo estremecer.

—¿Y si echamos esa partida? Creo que hoy le ganaré, milord —propuso la muchacha sonriendo y cambiando de tema.

—Acepto el reto... Gracias Katerina, gracias por todo, es encantadora —le dijo con cierta seriedad—. Usted nunca podría avergonzarme, me siento orgulloso de que sea mi invitada y mi acompañante... muy orgulloso —concluyó con un tono de respeto y admiración.

—Milord... —la emoción acalló su voz.

La silenció con un leve y tierno beso sobre sus labios; sonriéndole y con las manos aún unidas, se situaron frente al tablero de ajedrez.

—¿Otra? —propuso Gabriel risueño.

—¿Otra? ¡Ni por todo el oro del mundo! Ya se ha divertido bastante ganándome dos veces. De verdad, milord, será mejor que nos acostumbremos a otro juego —respondió Katerina enfurruñada—. Nunca aprenderé..., no sé qué hago mal...

—Le enseñaré —propuso riéndose—. Tiene que prever la jugada del contrario antes de hacer la suya.

—Ya... La teoría está muy bien, pero la práctica es muy distinta —replicó enfadada—. Esto no es lo mío...

—No se preocupe, aprenderá... ¿Le apetece otra copa?

—No, gracias, milord; si me disculpa, me voy a dormir, estoy algo cansada.

—Como desee, señorita, la acompaño hasta su habitación.

Subiendo las escaleras, Gabriel se detuvo un momento y se volvió para mirarla.

—Katerina, había pensado en que mañana podríamos ir a visitar el orfanato y así podría empezar a familiarizarse con él.

—¿Tan pronto? —Una sombra de miedo cruzó su rostro—. Quiero decir..., no sé...

—Tranquila, podemos ir otro día, si lo prefiere. Tal vez el lunes —contestó comprensivo.

—Sí, el lunes estaría bien, gracias Gabriel —le sonrió con timidez—, aunque no me gustaría que alterara sus planes por mí.

—Nunca permito que nadie altere mis planes, señorita —espetó autoritario.

—Sí, por supuesto. —“Arrogante lord idiota”, pensó la muchacha frunciendo el ceño.

—El lunes entonces.

Katerina asintió.

Ya en la puerta de su habitación, la joven se sintió envuelta en la expectación. ¿La besaría de nuevo?, ¿irían más allá de un beso? ¡Santo cielo, cuánto lo necesitaba esa noche!

Tomó su mano con delicadeza posando sus labios húmedos sobre el dorso, mientras levantaba su mirada deteniéndose en la boca de Katerina que se pasó la lengua sin pensar. Gabriel, con los labios entreabiertos, tomó su boca por un instante que pareció una eternidad y a la vez tan fugaz como un suspiro, dejándola famélica, ansiosa por más, agitada..., con el deseo de perderse en su piel en la punta de los dedos...

—Buenas noches, Katerina.

—Buenas noches, Gabriel.

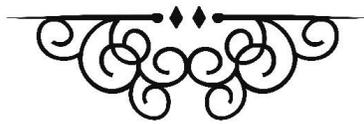
Con una ligera reverencia, lord Adair se despidió y, dándose la vuelta, desapareció tras la puerta de su alcoba.

Una lágrima de soledad y desolación surcó su rostro.

“Mañana será mejor”, pensó.

Se durmió con la imagen de sus dedos deshaciendo el lazo de la corbata que dejaría al descubierto ese cuello masculino que se moría por besar, que tanto deseaba.

CAPÍTULO 8



El día amaneció soleado y lo primero que pensé fue en que me daría un buen paseo por el jardín y disfrutaría del sol y su calor. Eso me ayudaría a expulsar de mí el miedo que se había instalado a sus anchas en mi corazón; me sentía incapaz de salir fuera de la casa; el temor a otro altercado en la calle me paralizaba. Aún resonaba en mí la propuesta de Gabriel de ir al orfanato. ¡Cuánto lo había deseado! Sin embargo, en ese momento, sólo veía violencia, basura y pestilencia devorándome. Tendría que superarlo y lo haría. Todavía faltaban unos días para el lunes y eso me ayudaría, echaría mano del yoga y de mis visualizaciones... Eso también serenaría mi alma para no ser engullida, una vez más, por los celos. Volvería a ser yo. Esa era mi promesa.

Nora llegó a su hora habitual y después de permitirle la entrada, no me quedó más remedio que reírme: estaba escondida detrás de dos grandes cajas y, detrás de ella, la seguía Jane con la bandeja del desayuno. Supuse que Gabriel habría salido y que habría desayunado temprano. Eso me entristeció, tenía ganas de verlo y quizá tendría que esperar hasta la cena... “Vamos, muchacha, ¿qué pasa? Tu vida no gira a su alrededor y tienes muchas cosas que hacer”, me dije muy convencida; eso me levantó el ánimo junto con la imagen de Nora oculta tras esos paquetes.

—Pero Nora, ¿qué trae ahí? —pregunté sonriéndole—. Gracias, Jane.

—Han llegado de “Chez madame Lafleur” hace unos minutos, señorita Katerina, más vestidos para usted —contestó dejando las cajas a los pies de la cama.

—¿Más? ¡Pero si el armario está repleto! No me va a dar tiempo a ponerme tantos vestidos —exclamé risueña al ver una escena tan cómica.

Sin embargo, fue aún más divertido ver la cara de Nora cuando abrió los paquetes: ¡eran mis pantalones!

—¿Qué es esto? —Su expresión no tenía precio.

—¡Mis pantalones, Nora! ¡Por fin! —exclamé desplegándolos, así como

las chaquetas y las distintas camisas.

—Son trajes de caballero... ¿Para qué quiere eso? —Mi Nora seguía perpleja—. Una dama no necesita...

—Nora..., una dama necesita lo que necesita y no puedo trabajar en el jardín con los señores Craig si llevo esos vestidos tan elegantes ni podré caminar con libertad por los campos y bosques de la propiedad...

—¿Trabajar en el jardín? Pero señorita... —Su asombro me divertía cada segundo más—, una dama no trabaja...

—Nora..., una dama hace exactamente lo que desea, ¿verdad? —le pregunté con ternura.

—Sí, pero trabajar... Eso no está bien, señorita.

—Claro que sí, usted trabaja, ¿no?, ¿por qué no habría de hacerlo yo? Además, no es un trabajo de verdad, mi querida Nora, no me van a pagar por ello, es sólo un entretenimiento. —Las palabras me ardían en la garganta, pero esa diferencia entre trabajo y entretenimiento la ayudó a comprender y a aceptar lo que deseaba hacer.

—Bueno, tal y como lo plantea... Es que habla en unos términos que..., a veces no la comprendo, señorita Katerina —dijo un poco frustrada, aunque sonriendo.

—¿Sólo esto, Nora? —pregunté rebuscando en las cajas.

—Sí, no ha llegado nada más, ¿necesitaba algo más?

—Sí, mis bragas y sujetadores... Todavía estará probando... —susurré para mí.

—¿Sus qué? —interrumpió el ama de llaves.

En ese momento me di cuenta de lo que había dicho; en determinadas situaciones se me olvidaba dónde estaba: me sonrojé primero y sonreí después.

—¡Oh! Nada, Nora, cosas nuevas de París...

Eso pareció convencerla, mientras preparaba el atuendo que me iba a poner ese día.

—No, Nora, me pondré uno de estos trajes, gracias. Quiero pasear por el jardín.

—¿Con esto? Señorita...

—Nora... —le dije advirtiéndola.

—Está bien, señorita, pero no creo que al señor le guste que ande por ahí de esa manera, después de todo es una dama —contestó enfadada.

—Nora, no voy a andar por ahí, sólo es un paseo por la propiedad de lord

Adair... y él no es mi dueño —dije con firmeza mientras la señora Hayes me miraba con tal asombro que en ese momento deseé tener una cámara de fotos para inmortalizar el momento.

De todas formas, tuve que morderme la lengua ante su discurso, no quería entablar una discusión donde yo no podría hacerle comprender que las cosas cambiaban y que la vida de las mujeres daría un giro de trescientos sesenta grados. Sin embargo, esa era mi asignatura pendiente con ella y con las demás mujeres de la casa; sí, encontraría la forma.

Después de desayunar, me dirigí enseguida hacia el jardín. Me quedé mirando el exterior sin tener muy claro lo que sentía... Tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad y recordar que estaba en la casa, entre amigos, segura... y di el primer paso. Ya estaba fuera; cerré los ojos al sentir el aire en mi rostro. Di otro paso... Empecé a caminar despacio, recreándome en lo que me rodeaba, percibiendo, por cada poro de mi piel, la belleza del jardín, sus colores, su aroma... Fui toda discreción cuando seguí andando como si tal cosa, como si nadie me estuviese mirando, como si nadie estuviese cuchicheando y, cuando me vi alejada de todos, eché a correr, libre dentro de mis pantalones, saltando y girando como una niña, absolutamente encantada de la libertad de movimientos que el traje me proporcionaba, sin nada que me apretujara, sin falda con la que tropezar, sin corsé, el cabello danzando con la brisa... libre... libre...

Y como un potrillo, corriendo y saltando, canturreando y bailando llegué hasta el lago y allí me tumbé en la hierba durante un buen rato. Los sonidos que me rodeaban, la frescura del suelo en mi espalda, el ligero aliento del viento en las copas de los árboles, meciendo el agua azul, refrescando mi acalorado cuerpo... ¡Estaba en el cielo!

De pronto, un fuerte sonido me sacó de mi paz haciendo que me incorporara de golpe y el corazón se me acelerara... Me estaba dando una taquicardia, el miedo me invadía, pero cuando vi un jinete a lo lejos acercándose hacia donde yo me encontraba, me puse de pie y salí corriendo como si me persiguieran los mil demonios del infierno.

En mi carrera, perdí el camino, sin embargo no dejé de acelerar el paso mirando sin cesar hacia atrás. Ese hombre seguía detrás de mí; a lo lejos, una voz que no entendí; estaba al borde del colapso; cada vez estaba más cerca. ¡Dios mío! ¿Qué podría hacer? Me vi entre árboles y cogí del suelo una fuerte rama que me serviría de arma en caso de necesidad... y otra... Quise gritar, llamar a Nora, a John y a Rupert, seguro que me oirían, pero la voz se

me había congelado en la garganta; mis pulmones, a punto de estallar, no me permitieron continuar y, apoyada en un árbol, tuve que tomar bocanadas gigantescas de oxígeno, pero no me dejé invadir por el temor, a pesar del miedo que me hacía temblar; fuera quien fuera, le daría con el palo, o mejor dicho, con los dos palos... Me convertiría en Beatrix Kiddo^[4], con una katana en cada mano, dispuesta a matar a todo aquel que se pusiera en mi camino hacia Bill... De todas formas, no podía seguir huyendo, mi cuerpo ya estaba al límite, así que era mejor recuperarme y afrontar lo que fuera que tuviera que afrontar y si tenía que atizarle a ese hombre, lo haría sin dudar, aunque la vida me fuera en ello... y estuviera medio muerta de miedo. La indefensión que había sentido rodeada de aquellos cerdos se convirtió en una inyección de valentía que no sabía que tenía, de rabia y de un ferviente deseo de luchar..., de luchar físicamente, de pelear con uñas y dientes y si las dos ramas no fueran suficiente, eso era justo lo que haría: arañar y morder con todas mis fuerzas.

No le apetecía hacer nada. Ese día se lo tomaría de asueto. Lo primero sería *Halcón*, su pura sangre negro, brillante como la luna y brioso como el mar tempestuoso. Lo llevaría al galope, al máximo, libre.

Después de cabalgar durante horas, Gabriel se sentía pletórico; hacía tiempo que la felicidad no lo embargaba con tanta intensidad. La conversación de la noche anterior y la posterior velada le habían dado una paz que no había conocido jamás. Katerina iba ocupando un lugar en su vida que no sabía cómo podría llenar cuando se fuera; si August conseguía dar con la respuesta; si al final ella tuviera que marcharse...

Se detuvo de repente cuando ya volvía a la casa al ver a un joven tumbado junto al lago; no lo reconoció y pensó que tal vez fuera algún niño de la calle que se había colado en su propiedad. Se dirigió al trote hacia donde el muchacho se encontraba cuando vio que se levantaba y echaba a correr... Para su absoluta sorpresa, se dio cuenta de que no se trataba de ningún chaval: era Katerina. Habría reconocido ese pelo castaño en cualquier lugar, sin embargo..., ¿qué hacía vestida de ese modo? ¿Llevaba pantalones o le habían engañado sus ojos?

Fue tras ella gritando su nombre, cada vez más rápido al ver cómo corría en dirección a los árboles; si seguía por ese camino acabaría perdida y desorientada. Antes de adentrarse en el bosque, se bajó de su caballo y fue tras ella, llamándola, ¿qué le ocurría a esa muchacha?, ¿por qué había salido

huyendo? Había llegado a un punto entre los árboles en que las ramas y sus hojas se habían convertido en un tejado que no dejaban pasar la luz, lo que hacía que el lugar fuera sombrío; veía muy bien, después de todo era de día, sin embargo, necesitaba más claridad. Estaba seguro de que Katerina se había perdido, no la veía por ninguna parte, lo que comenzó a preocuparlo...

—Si da un paso más, juro por Dios que le partiré la cabeza en dos — gritó la joven saliendo de detrás de un árbol.

Gabriel se quedó mudo e inmóvil.

Allí estaba su Katerina en una posición de lo más interesante.

Tenía dos ramas —podridas— en cada mano. Sus piernas abiertas y en diagonal la afianzaban al suelo; sujetaba una de ellas por delante de su rostro, a la altura del mentón, mientras que con la otra lo apuntaba a él; su mirada fija en su objetivo.

Espectacular.

Nunca había visto nada tan extraordinario y erótico como a esa mujer, desplegada ante él en toda su plenitud y fortaleza. Los pantalones ceñían sus caderas, sus muslos, sus piernas... La camisa blanca y semitransparente, abierta hasta el canalillo, dejaba entrever sus pechos menudos y perfectos, liberados sin el corsé; sus pezones en punta eran una llamada a su boca lujuriosa, a sus manos deseosas que sentían el hormigueo de la necesidad de amasarlos y masajearlos; su verga, por completo de acuerdo con aquellos pensamientos y las traidoras sensaciones de su cuerpo, se llenó de sangre levantándose hasta tirar de él, obnubilado por el deseo, por poseerla como un animal en celo...

—Katerina, soy yo, Gabriel —dijo quedamente sin apartar la mirada de la suya.

—¿Gabriel?... ¡¡Gabriel!! ¡¡Santo Dios!! Me has dado un susto de muerte —replicó relajándose y soltando las ramas, apoyándose en el árbol que tenía detrás.

Sin darle tiempo a decir nada más, Gabriel se abalanzó sobre ella, abrazándola y tomando su boca, devorándola mientras le quitaba la chaqueta y desgarraba su blusa. Katerina aceptó su invasión y bailó con su lengua al mismo compás, el ritmo de la música del deseo y la desesperación del uno por el otro. Con una rodilla, Gabriel separó sus piernas montándola sobre su muslo, mientras seguían comiéndose, devorándose vivos, enterrando sus manos en su pelo ondulado.

Katerina deslizó su chaqueta y con un brazo se sujetó de su cuello. Su

mano libre paseaba alegremente por su cabello, acercándolo más a ella. Continuó su camino hasta llegar al borde de su pantalón para sacarle la camisa y poder tocar su piel. Rodeó su cintura, acariciando su vientre, su cadera hasta sus nalgas, sin embargo, el pantalón ajustado no se lo permitió. Volviendo a hacer el mismo camino, agarró la parte delantera y, de un tirón, se la bajó haciendo saltar los botones y su verga... Gracias a Dios no tenía nada debajo.

Gabriel lamió su mentón, bajó por su cuello, besándola; su lengua húmeda recorría su piel hasta llegar a sus pechos donde se detuvo para chuparlos a conciencia, primero uno, después otro... Sus gemidos resonaban como un eco entre las copas de los árboles... Sus manos traviesas iban y venía a lo largo de su espalda...

Sin dejar de sujetarse a sus hombros, Katerina se deleitó entre suspiros, acariciando sus nalgas, firmes y duras, a la vez que restregaba su sexo chorreante contra el muslo de Gabriel. Su mano pasó por su cadera y con timidez tomó su polla... Eso sí que era una polla... Arthur... Arthur tenía un cacahuete... Gracias a Dios que se había librado de él... No sabía qué tenía que hacer. La teoría estaba bien, pero en la práctica temía hacerle daño... Sí, nunca había cogido la verga de Arthur de esa forma, sólo se la acariciaba con suavidad sin que él dijera nada... Sólo una leve e insignificante caricia...

Audaz como se sentía, rodeó el falo de Gabriel apretándolo en su base. El gruñido de él le hizo saber que no iba mal encaminada. Animada, bombeó arriba y abajo, enredando sus dedos en el vello que lo rodeaba, bajando un poco más para hacer bailar sus pelotas en la palma de su mano, mientras la cabalgata sobre su muslo iba construyendo un torrente de dolor y plenitud en su bajo vientre.

Gabriel tomó su mano cuando volvió a rodearle la polla y la guió en sus movimientos, cada vez más rápido, cada vez más duro, mientras la volvía a besar, enredando su lengua en la suya, lamiendo su paladar, degustándola... y ella lo seguía, imitando cada una de sus caricias. El pecho de ambos se llenó de gruñidos, gemidos, suspiros... Katerina estaba cada vez más cerca, movía sus caderas adelante y atrás, al mismo ritmo que sus manos entrelazadas se movían alrededor del asta de Gabriel.

Mientras Gabriel mantenía su cabeza hundida en el cuello de la joven, Katerina le besaba la oreja, introducía su lóbulo entre los dientes, en su boca, succionando y mordiendo...

Katerina sintió en su mano una humedad caliente justo en el momento en

que el mundo estalló y la cegó gritando el nombre de su hombre, cayendo lacia contra el pecho de Gabriel y él gruñía como un oso contra su pelo.

La quietud del deseo satisfecho inundó el lugar con los frenéticos latidos de sus corazones desbocados.

—Dios... Gabriel...

—Dios... Katerina... —susurraron a la par, fundiéndose sus voces como se habían fundido sus cuerpos.

Poco a poco el ritmo natural de la vida volvió a ellos. Gabriel se separó y la miró a los ojos: brillaban como mil estrellas; sus labios hinchados, húmedos y enrojecidos volvieron a llamar al animal que llevaba dentro; Katerina, sin apartar su mirada, se sonrojó hasta la raíz misma de su cabello, se sentía como una amapola encendida y esplendorosa.

Tomó un pañuelo de uno de sus bolsillos y después de limpiarle la mano a ella, se limpió el pene. Sonrió cuando intentó abrocharse el pantalón y se dio cuenta de que Katerina había hecho saltar los botones... Una gata salvaje y apasionada, ¿qué más se podía pedir? Mientras tanto, Katerina intentaba recomponer la camisa que ya no tenía arreglo. Sonrió. Sexo salvaje con Gabriel. ¡¡Su fantasía hecha realidad!!

—Me has roto la camisa, Gabriel —le dijo risueña.

—Me has roto el pantalón, Katerina —respondió con seriedad... divertido, mientras abrochaba la chaqueta de la joven—. Así mejor, ¿verdad? ¿Qué hago con esto? —dijo señalando su bragueta.

Sacó dos horquillas de sus bolsillos y con ellas se la sujetó.

—¿Qué tal? —Lo miró sonriendo—. Las llevaba por si me apetecía recogerme el pelo.

—Katerina... yo... lo siento... no pretendía...

—¿Lo sientes? Yo no —dijo molesta dándose la vuelta para irse.

—Katerina, no quería decir lo que crees... Espera, por favor —respondió sin moverse de su sitio—. Vas en el sentido equivocado —se burló.

La muchacha se volvió y sonrió al ver que él también lo hacía.

—Nunca lograré orientarme...

—Lo que quería decir es que... hubiera sido mejor una cama, pero... no he podido contenerme... Tu atuendo ha sido... Por cierto, ¿de dónde lo has sacado? —preguntó curioso.

—Madame Lafleur... Se lo pedí el día que fuimos a su boutique —respondió sonrojándose y pensando “la próxima vez será en la cama”—. Espero que no te haya molestado, después de todo tú los has pagado. Es que

no estoy acostumbrada a esos vestidos, casi siempre llevo pantalones, son mucho más cómodos.

—Está bien, no pasa nada. Estás preciosa, sólo espero que no los lleves muy a menudo o te asaltaré en cualquier rincón.

—¿De veras? —preguntó con travesura, bajando la cabeza y levantando los ojos hacia él—. Después de disculparte..., bueno..., creí que no te había gustado...

Gabriel no contestó, simplemente estalló en una carcajada sin soltar sus ojos, para después mirar hacia abajo, a donde se había llevado la mano... a su verga... que se estaba izando de nuevo... Si decía una sola palabra más la tomaría de veras en el frío y húmedo suelo del bosque, así que prefirió agarrarla de la mano y guiarla hasta la pradera donde esperaba *Halcón*.

—Bueno, nos veremos en la casa, yo iré dando un paseo, ahora no me perderé —dijo muy decidida cuando vio al caballo.

Se dirigió al camino que la llevaría de vuelta, con paso firme y resuelto, sin embargo, unas grandes y fuertes manos la tomaron por la cintura subiéndola al caballo, sacándole un pequeño grito de sorpresa y miedo.

—De verdad, Gabriel, me iré andando... —insistía, incluso cuando él se situó detrás de ella.

—¿No sabes montar? ¿Te da miedo *Halcón*? —preguntó divertido.

—Por supuesto que no, es decir, no me da miedo... y no, no sé montar —replicó con firmeza—. Me gusta *Halcón*, es un buen nombre para un pura sangre, inteligente, hábil, fuerte...

—Exacto.

Cuando el animal se movió, Katerina se agarró con firmeza de la silla soltando un pequeño grito... Aquello no acababa de gustarle, sin embargo el fuerte agarre de Gabriel, que la mantenía sujeta por la cintura, hizo que se sintiera segura y poco a poco se fue relajando hasta que se recostó contra su torso. Estaba en el paraíso.

Gabriel se quedó en las cuadras, mientras yo iba corriendo a mi habitación, sin embargo, al entrar en la casa me topé con el señor Tilman que me entregó una carta. Era de madame Lafleur que me invitaba a visitarla a su boutique al día siguiente.

Tendría que salir a la calle.

Me quedé al pie de la escalera con la nota en la mano acompañada del señor Tilman que no podía dejar de mirarme con descaro. Era otro de esos

momentos en que deseé tener una cámara; al parecer había sido el único que no me había visto con el traje de pantalón y no era capaz de reaccionar. Seguro que estaba pensando que menuda dama era yo cuando era capaz de vestir de una forma tan inadecuada, sin embargo, su opinión me era del todo indiferente, sobre todo cuando el hecho de ir a ver a madame Lafleur me obligaba a dejar la casa.

—¿Todo bien? —Di un respingo al oír la voz de lord Adair que llegó en ese momento.

—La señorita Sinclair ha recibido una carta, milord —contestó Alexander sin dejar de mirarme... Era la primera vez que le contestaba a su señor sin estar estirado y con los ojos fijos en algún punto desconocido frente a él.

—¡Alexander! —gritó Gabriel.

—Disculpe, milord. —Avergonzado y con la cara roja como un tomate, se alejó.

—Señorita Katerina..., ¿ocurre algo? —me preguntó inquieto al ver mi rostro sombrío.

—Milord, disculpe... Es de madame Lafleur, me pide que vaya a verla mañana..., sin embargo creo que no podré ir, tengo muchas cosas que hacer... Sí..., lo dejaré para la próxima semana.

—Katerina, hace un rato, en el bosque, estuvo a punto de partirme el cráneo como una calabaza —dijo divertido—. Yo la acompañaré...

—Se lo agradezco, milord, pero pospondré la visita.

—Yo la acompañaré, no la dejaré sola en ningún momento. Además, siento mucha curiosidad por ver qué desea Marguerite de usted.

—¡Oh! Bueno..., no es nada, de veras... Puedo esperar, no es urgente —insistí.

—Sabe, señorita Katerina, he aprendido que cuando una mujer dice que no es nada importante, significa justo lo contrario. Insisto, le aseguro que no estará sola, yo estaré con usted en todo momento. —Me sonrió y... me convenció.

—Está bien..., ¿seguro que vendrá? Sé que está muy ocupado...

—Iré, Katerina, se lo prometo; debo confesar que la curiosidad me está matando; no me lo perdería por nada del mundo. —Siguió sonriendo... y yo muriéndome de amor por él—. Escríbale una nota confirmando su visita. Alexander se ocupará de enviársela.

—Muy bien... esto..., voy a cambiarme, si me disculpa, milord.

—Katerina —llamó cuando apenas había subido dos peldaños—, no creo que lo de llevar pantalones sea una buena idea, nunca había visto al señor Tilman mirar a una mujer como la ha mirado a usted, tendrá que buscar la manera de estar cómoda con los vestidos —concluyó con bastante seriedad.

—¿A usted le gusta?

—¿Qué cosa? —preguntó con extrañeza y reserva; sabía que algo estaba tramando... y estaba en lo cierto.

—¿Verme vestida con pantalones? —repliqué coqueta mirando, sin discreción alguna, primero su entrepierna y después sus ojos.

Tras unos minutos de silencio, un par de carraspeos y un cambio en su postura...

—Ya sabe que sí, señorita Katerina. —Me penetró con su oscura mirada hasta el mismo centro de mi ser.

—Y a mí también..., así pues, no hay nada más que hablar. —Subí alegremente la escalera corriendo hasta perderme en mi habitación.

Había guardado la chaqueta en el armario; la camisa desgarrada y el pantalón en un lugar secreto en la parte de abajo de una de las mesitas de noche: una pequeña puerta que se cerraba con una llave; sólo esperaba que nadie husmeara ahí, guardaría la llave en mi bolso rojo. Sí, nadie se atrevería a registrar mi bolso. Jamás los tiraría, jamás los lavaría... Jamás de los jamases... Esos pantalones contenían mi esencia y la de Gabriel.

Qué acto tan salvaje, tan animal, tan erótico, tan... tan... ¡Dios! ¡Qué feliz me sentía! Siempre me había preguntado cómo sería tener sexo al aire libre y lo que había pasado entre nosotros había superado todas y cada una de mis expectativas; lo más gracioso fue que sólo nos habíamos masturbado mutuamente, no es que hubiésemos hecho el amor, ¿o sí? Fuera lo que fuese..., había sido... perfecto.

Con la bata puesta fui a darme un baño cuando llegó Nora para vestirme.

—¿Le traigo el almuerzo a su habitación, señorita Katerina?

—No, Nora, comeré con lord Adair en el comedor.

—Lo siento, señorita, pero el señor ha salido; ha habido un problema en unos de los terrenos que tiene arrendados.

—¿Algo de gravedad? —pregunté preocupada.

—No sabría decirle, señorita, aunque el señor ha salido corriendo.

—¡Oh! Espero que no haya habido ninguna desgracia.

—Eso esperamos todos, señorita. ¿El almuerzo?

—Bajaré al salón de la condesa, Nora, me lo puede llevar allí, aunque la verdad, no tengo apetito...

—Ni lo piense siquiera, señorita, tiene que comer y revestir esos huesos de un poco de carne —concluyó sin dejar opción a réplica.

Una hora más tarde comía sola en el salón sin dejar de preguntarme qué habría pasado. Vi cómo las horas iban pasando y Gabriel no llegaba, así que maté el tiempo en un intento de dejar la preocupación poniendo al día mi diario. También respondí a la carta de madame Lafleur, y todavía me quedó mucho día por delante. Esperar convirtió el día en una inquietud interminable.

Llegó la hora de la cena y aún no había llegado.

A la hora de dormir..., tampoco.

Conforme se iba acercando el final del día, mi desazón no hacía más que aumentar. Imaginaba lo peor.

Me acosté con un libro entre las manos. Leer me ayudaría a serenarme y me mantendría despierta un poco más, hasta que Gabriel apareciera.

Me quedé dormida. La luz encendida. El libro en el suelo.

Un ruido me despertó de repente haciendo que me incorporara de un salto.

Sí, no había sido un sueño, Gabriel estaba en su habitación y sin pensarlo dos veces, entré como un ciclón, descalza y en camisón.

—Gabriel, ¿estás bien? —pregunté todavía medio dormida y con preocupación.

—¡Santo cielo, Katerina! ¿Qué haces levantada a esta hora? Vete a dormir, es muy tarde —me riñó.

Sentado en la cama con el torso desnudo, estaba sucio y se le veía cansado, y yo sólo quería cuidar de él.

—No me voy a ninguna parte, ¿qué ha ocurrido? Nora me dijo algo sobre un problema...

—Katerina, mañana hablaremos, ahora estoy muy cansado y necesito dormir.

—Por supuesto, pero primero tomarás un baño que voy a preparar ahora mismo mientras me cuentas qué ha pasado.

—No voy a bañarme, sólo quiero descansar...

—¿Qué ha pasado? —pregunté desde el aseo.

—Katerina, por favor, no deseo discutir contigo... Mañana...

—Gabriel, cariño, no vamos a discutir, voy a cuidar de ti, déjate mimar, ¿sí? El baño te va a sentar muy bien, te relajará, te quitará toda la mugre que llevas encima y dormirás como un bebé... Por la mañana estarás como nuevo.

—Katerina...

—Yo cuidaré de ti, Gabriel... y ahora, cuéntame —dije muy decidida. Nunca había cuidado de nadie y tener que atender a “mi” lord me creó un nuevo sentimiento.

—Está bien, muchacha terca... El señor Grant es uno de mis aparceros. Llevaba un carro con piedras para construir un cercado para el ganado... En resumen, una parte de la carga le cayó encima y acabó medio enterrado.

—¡Oh, Dios mío! ¿No estará...?

—No, conseguimos, entre varios, apartar las rocas mientras su hijo mayor iba a por el médico. Tiene heridas graves, pero cree que se pondrá bien, aunque no está seguro de si podrá volver a andar.

—Vamos, ya está el baño preparado —le dije tomándolo de la mano.

—¿No pretenderás bañarme tú? Llama a Victor, por favor.

—¿Qué? ¿Por qué no puedo bañarte? Anda no seas tonto, ven... sin rechistar. —Le puse cara de señorita Rottenmeier^[5] —. He tenido alumnos mucho más difíciles que tú, así que no me vengas con remilgos... Soy una mujer adulta y ya he ojeado y tocado cierta parte de tu anatomía, no me voy a asustar ahora; no serías el primer hombre que he visto desnudo. —Ante ese último comentario, levantó la cabeza y fijó su mirada en mí—. Vamos...

Por fin se metió en la bañera con un suspiro de alivio y placer. Tomé una toallita y le eché jabón —con aroma a romero— y me puse a lavarlo.

Tenía un cuerpo espléndido, perfecto, marcado. Su torso estaba cubierto por un ligero vello negro que también rodeaba las aréolas de sus pechos y esa flecha que iba de su ombligo hasta su preciosa verga, formando un nido para su descanso. Se dejó hacer y yo disfruté con cada movimiento, recreándome en su belleza, mientras mantenía la cabeza apoyada en el filo de la bañera con los ojos cerrados. No quedó ni una parte de él que no tocara. Dejé la fina tela; cubriendo mis manos de jabón, acaricié y masajeeé su cuerpo. Me detuve en dos pequeñas cicatrices, una en el hombro y otra en el costado, preguntándome cómo se las habría hecho; no quise romper la armonía del momento llenándolo con palabras, optando así por dejar las preguntas para otra ocasión.

Cuando hube terminado, me coloqué en la cabecera de la bañera y

empujé con suavidad sus hombros hacia delante para masajearle el cuello y los músculos... Sus suspiros de placer eran una hermosa orquesta de violines. Proseguí con mi masaje deteniéndome en su cabeza. Mientras le lavaba el pelo, le iba acariciando el cuero cabelludo. Cuando le comuniqué que ya había terminado, protestó refunfuñando. No entendí una sola palabra. Ya fuera de la bañera, cogí la toalla y lo fui secando despacio. Descubrí que no estaba tan dormido como aparentaba cuando su vela mayor se fue izando poco a poco justo en el momento en que estaba de rodillas secando sus piernas y él seguía —de pie— con los ojos cerrados. Besé su vientre, me levanté y cogiéndolo de la mano, lo llevé hasta la cama, donde lo acosté y lo arropé.

—¿Quién fue? —me preguntó en un susurro.

—¿Quién fue quién? —respondí sorprendida.

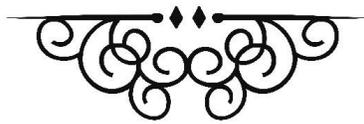
—El hombre que viste desnudo...

—Duerme y descansa, mi amor... —dije besándolo en los labios.

Ya acostada, me sentía feliz, muy feliz, sin embargo algo rondaba mi cabeza: esas cicatrices... ¿Qué habría ocurrido?

Finalmente, los recuerdos del día y el baño de Gabriel, sembraron mis fantasías de imágenes eróticas... Por primera vez, desde... no sabía cuándo..., tuve sueños húmedos...

CAPÍTULO 9



Me levanté muy animada y cuando hube desayunado me dirigí al despacho de Gabriel para hablarle sobre el señor Grant; se me había ocurrido que podría ayudarle en su recuperación, sin embargo, nadie respondió cuando llamé a la puerta. Así pues, pensé en salir a dar un paseo por el jardín. En el camino me encontré con Victor, su ayuda de cámara y le pregunté si sabía a dónde había ido lord Adair.

—Sigue durmiendo, señorita —dijo totalmente asombrado—. Es la primera vez que se queda hasta tan tarde acostado. Espero que se encuentre bien —concluyó preocupado.

—Seguro que sí, Victor; anoche llegó muy tarde, necesita descanso.

—No sé, señorita..., cuando descubra lo tarde que es...

—No se preocupe, se levantará descansado y feliz.

¿Así que aún dormía? Me sentí muy satisfecha, pues imaginé que mis mimos de la noche anterior habían dado buen resultado y ese nuevo sentimiento que había aparecido ante la perspectiva de cuidar de él, volvió a mostrarse. Era algo distinto, algo que no reconocí; no lo había sentido nunca antes.

Después de mi caminata por el jardín, me pasé una vez más por su estudio con la esperanza de verlo y ahí estaba... Mil mariposas revolotearon en mi corazón.

—Buenos días, milord —dije cerrando la puerta, una vez que me indicó que podía pasar—. ¿Ha descansado bien?

—¿Bien? He perdido la mañana durmiendo —respondió irritado—. No entiendo cómo Victor no me ha despertado.

—Necesitaba descansar, milord, seguro que se siente bien.

—Sí, la verdad es que me encuentro bastante bien. Por cierto, gracias —replicó con más serenidad. Su semblante serio.

—No tiene por qué darlas, no fue nada —respondí sonrojándome—. Verá, no quisiera molestarle, si tiene mucho trabajo puedo venir más tarde,

pero necesitaba hablar con usted acerca del señor Grant.

—¿El señor Grant? ¿Qué pasa con él?

—Bien, yo podría ayudarle en su recuperación, lo he visto hacer antes, le mostraría a su esposa y a sus hijos lo que deben de hacer.

—Tiene buenas intenciones, señorita Katerina, pero el médico no está seguro de que pueda volver a andar —contestó con pesadumbre.

—De eso se trata, milord, en esas cuestiones nada es definitivo; mi amigo Marcus tuvo un accidente terrible y los médicos dijeron, desde el principio, que no podría volver a caminar, sin embargo se negó a aceptarlo y luchó por conseguir ponerse de pie y andar. La rehabilitación fue dura y dolorosa, desesperante y amarga, pero ahora, Marcus camina, sólo le ha quedado una ligera cojera en la pierna derecha; el caso es que está muy bien, los médicos incluso hablaron de que se trataba de un milagro, aunque yo estoy convencida de que fue su determinación, su fuerza de voluntad, su deseo de verse de nuevo en pie, lo que lo mantuvieron trabajando sin descanso en su recuperación.

—¿Y cómo podría usted ayudarle? ¿Acaso es médico además de profesora, señorita Sinclair? —preguntó con sarcasmo, actitud que ignoré.

—Milord, yo lo acompañé en numerosas ocasiones a su rehabilitación y vi cómo trabajaba el fisioterapeuta con él; el apoyo y la implicación de la familia es fundamental; Helen, su novia, no se separó de él ni un momento e hizo todo lo que el fisio le indicó, sus amigos también estuvimos con él y su familia. Entre todos, salió adelante, por eso sé que puedo guiar a la familia para que el señor Grant se pueda recuperar o al menos mejorar bastante, conozco algunas de las técnicas; podría hablar con el médico, visitarlo de vez en cuando...

—No sé si el doctor Rook aceptará las sugerencias de una mujer que no sabe nada de medicina.

—Milord —espeté con cierto enojo—, vengo del año 2014, los avances médicos son impresionantes, tan impresionantes que todo lo que saben ahora sobre medicina no es más que un bebé en pañales, y yo no soy doctora, es cierto, pero aprendí mucho sobre eso; estuve al lado de Marcus y de Helen durante todo el proceso de recuperación, así que le puedo asegurar que sé perfectamente de lo que estoy hablando y si el doctor Rook es una mula cabezota, tendré que hacer lo posible para que tenga en cuenta mis opiniones.

—Estoy seguro de que lo conseguirá, Katerina —me soltó riéndose divertido—, yo desde luego la escucharía. Cuando se pone así me da miedo.

—Por favor, milord, no se burle de mí... Bien, ¿hablará con él?, ¿podré visitar al herido?

—No me burlo, señorita, pero me gustaría mucho ver cómo lo convence —continuó socarrón—, y sí, podrá hablar con él; estoy seguro de que David y su familia estarán encantados de que vaya a visitarlos y les dé esperanza. — Esa vez se expresó con seriedad.

—Gracias, milord, y ahora, si me disculpa, ya lo he entretenido bastante —dije levantándome para irme.

—Espere, Katerina.

—¿Sí?

—Por favor, siéntese, me gustaría hablarle de cierto asunto.

—Claro, ¿de qué se trata? —La curiosidad se enroscó en mi cerebro.

—Anoche dije algo... ¿A cuántos hombres ha visto desnudos? —me zampó de sopetón.

—Perdón, ¿cómo dice? —No me lo podía creer.

—Dijo que yo no era el primer hombre que había visto desnudo, me preguntaba a quién y en qué circunstancias ha podido ver a un hombre sin ropa.

—Milord, no tengo por qué contestarle, ya que no es asunto suyo, sin embargo lo haré por cortesía. En primer lugar, tengo un hermano que siempre se ha paseado delante de mí y de mis padres como ha querido y en segundo lugar, estuve prometida durante dos años. ¿Eso satisface su curiosidad?

—¿Estaba prometida? ¿Qué ocurrió? —preguntó interesado.

—No quiero hablar de eso, milord.

—Está bien, como desee..., sin embargo, ¿no esperó a la noche de bodas para consumir su unión? ¿Cuántos amantes ha tenido?

—¿Disculpe? —Esa era la conversación más absurda que había tenido jamás—. ¿Me está preguntando si soy virgen? ¿Cuántas amantes ha tenido usted? —respondí desafiante.

—Sí —rotundo—, y mis amantes no son asunto suyo, señorita, además... no es lo mismo...

—Pues no, no soy virgen, milord, de hecho conviví con Arthur un año, bueno, en realidad once meses, y con esto quiero decir que compartimos la misma casa y todo aquello que pueden compartir dos personas —repliqué más que molesta, el corazón se me salía por la boca de la irritación—, y mis amantes no son asunto suyo —concluí con la misma frase que él había utilizado minutos antes, dándole un tono sarcástico.

—Una muchacha decente...

—¿Decente, dice? ¿Qué es la decencia? ¿Le parece decente que un hombre casado pase la noche deambulando por los burdeles? ¿Le parece decente que libertinos degenerados despilfarren sus fortunas en todo tipo de placeres cuando hay tantos niños muriendo de hambre en la calle? ¿Le parece decente que las mujeres enfermen de insatisfacción sexual? ¿Le parece decente que viejas solteras y viudas amargadas puedan arruinar la reputación de una persona con sus inmundos cotilleos? ¿Le parece decente mantener a la mujer en la ignorancia haciéndole temer con horror su primera vez? ¿Le parece decente, milord, que a las mujeres les digan que sólo tienen que tumbarse y esperar a que los hombres terminen su “asunto”? ¿Le parece decente que haya gente viviendo en la opulencia mientras otros viven en la miseria? ¿Quiere que continúe? ¿Acaso la decencia es sinónimo de mujer y su relación o no relación con el sexo? El hombre tiene un cuerpo del que disfruta sexualmente, la mujer también está dotada de un cuerpo... Dígame, milord, ¿por qué no habría de disfrutar del suyo? ¿Existe alguna razón? — Estaba desatada escupiendo todas las sinrazones de siglos de ignorancia y humillaciones.

—Katerina, por favor, cálmese, hablemos de esto con serenidad... —dijo conciliador.

—¿Con serenidad? Cree que porque no soy virgen soy una cualquiera, ¿verdad? Muy propio... Pues le diré una cosa, milord —continué levantándome, con la ira reventándome el hígado—, yo soy yo, Katerina Sinclair, la misma persona que llegó a esta casa hace algo más de dos semanas, la Katerina que se despertó aquí sin saber si estaba soñando, en coma o muerta, la misma con la que ha compartido almuerzos, cenas, partidas de ajedrez, paseos, conversaciones y... muchas cosas más... Soy exactamente la misma persona, virgen o no virgen soy Katerina Sinclair, la misma Katerina Sinclair que entró por esa puerta confundida y sin saber dónde estaba... y por si no lo sabe, le diré que siempre hay una primera vez; la primera vez que un hombre y una mujer se unen, no existe el pasado, no hay un antes, sólo el momento presente que están compartiendo... —Paré un momento para tomar aliento—. Si ese hecho absurdo y sin importancia que es mi virginidad o la falta de ella, en este caso, ha hecho que tenga una opinión distinta de mí, no es el hombre que yo creía que era... ¡Por Dios! Cualquier día de estos, la estupidez humana y la hipocresía acabarán matándome...

Dicho esto, salí del despacho para refugiarme en el salón de la condesa

mientras, con las manos puestas en mis orejas, oía, a lo lejos, mi nombre en labios de Gabriel.

¡Maldito hipócrita moralista y sin cerebro! Siempre el mismo discurso, siglos y siglos con las mismas ideas retrógradas, aunque no sabía por qué me sorprendía tanto si en el siglo XXI aún quedaba mucha gente, demasiada, que pensaba que una mujer que disfrutaba con libertad de su sexualidad era una fulana; por desgracia, Gabriel no estaba lejos de tantos hombres y mujeres de mi tiempo, al contrario, estaba demasiado cerca. ¿Hasta cuándo? ¿Cuándo caerían las cadenas de la represión? ¿Cuándo llegaría el tiempo en que hombres y mujeres serían libres? ¿Cuándo dejarían los seres humanos de ser jueces?

Detuve mi frenético caminar frente al ventanal y ahí me perdí mirando hacia ninguna parte. La ira dejó paso a la tristeza. ¿Qué podía hacer ahora? Ni siquiera tenía a dónde ir, no tenía dinero... y en ese momento, sólo deseaba perderlo de vista, irme lejos de allí, alejarme lo más posible de tanta estupidez.

—Katerina... —oí detrás de mí. No me di la vuelta—. No me importa, no me importa en absoluto. Le ruego que perdone mi torpeza, la he ofendido y... Tratándose de ciertos temas, reconozco que las palabras no son lo mío, no sé cómo lo hago, pero siempre consigo estropear las cosas. Katerina, por favor... La mayor parte del tiempo olvido que hay más de un siglo de diferencia entre su vida y la mía; que al igual que la ciencia ha avanzado y cambiado el mundo, también lo habrán hecho las costumbres y la forma de entender y ver las cosas... Con franqueza, no había pensado en eso... —dijo con un deje de frustración—. Hay tantos hechos de su tiempo que desconozco...

Me mantuve un poco más mirando hacia fuera, hasta que poco a poco me di la vuelta y lo encaré. No sabía qué decirle.

—Katerina, sé que la vida nos sorprende con circunstancias que... Lo que quiero decir es que no la estoy juzgando... Quizás algún día podamos hablar de ciertos aspectos de nuestras vidas...

Seguí mirándolo sin decir nada. Quizá no supiera expresarse con propiedad, quizá se equivocaba con sus actos y sus palabras... como todos..., pero en ese momento me sentí conmovida y pude ver lo que era un hombre de verdad, y Gabriel era uno de esos hombres.

¿Por qué siempre conseguía que tuviera ganas de correr hacia él y

abrazarlo hasta mi último aliento? Por fortuna, logré mantenerme junto a la ventana.

—Quizás algún día, milord —respondí con ternura—, y puede que con suerte... usted deje de decir disparates... Gabriel —respondí sonriendo.

—Sí, con suerte..., aunque yo no esperaría nada —contestó regalándome una de sus preciosas sonrisas.

Se acercó a mí y tomó mis manos. Besó las palmas, las yemas de los dedos y finalmente el dorso. Me miró alejándose. El cuerpo me bullía de deseo.

—Esté preparada para las cuatro, señorita, madame Lafleur la espera. — Siempre burlón..., y se fue.

Puntual, como siempre, Gabriel me esperaba en la entrada. No habíamos comido juntos porque tuvo que adelantar el trabajo que había dejado de hacer por haber dormido más de la cuenta. Eso me resultó divertido. En cuanto a mí, me fui a la cocina y tuve mi comida familiar, divertida y sin ceremonias, como en casa.

Ahora me encontraba en el umbral de la puerta, cogida del brazo de Gabriel. Ahí. Inmóvil.

—Estoy contigo, Katerina —me susurró al oído, haciendo que me desinflara y anhelara algo más, dándome confianza. Podía hacerlo. Sí.

Salí, anclada a su brazo, despacio, paso a paso, mientras él me dejaba a mi ritmo, sin presiones, comprensivo y atento a cada uno de mis gestos.

Ya en el carruaje, no dejó de hacerme preguntas sobre lo que madame Lafleur quería de mí; aunque en la nota no me había especificado nada, sospeché que se trataba de mi ropa interior, sin embargo me divertía mucho mantenerlo en la oscuridad.

No pude mirar por la ventanilla ni una sola vez.

Ya en la boutique, madame Lafleur nos recibió con el mismo cariño y la misma alegría de la primera vez, quedando muy sorprendida por la presencia de lord Adair.

—Venga, mademoiselle Sinclair, tengo algo que mostrarle... No, usted no, milord, es algo entre mademoiselle y yo —dijo Marguerite sonriendo cuando vio que Gabriel nos seguía muy decidido.

Se quedó estupefacto aceptando, no sin protestar, las indicaciones de la modista.

—Vamos, vamos, milord, sólo serán unos minutos —concluyó muy

divertida.

Como había sospechado, Marguerite había diseñado un sujetador y un par de bragas que quería que viera para darles el visto bueno o no y así poder continuar con su trabajo.

El sujetador era de algodón, en color marfil, con los mismos broches que solían ponerse en los corsés, situados detrás; los tirantes estaban anudados en dos pequeñas arandelas, permitiendo de ese modo que se pudieran adaptar, y las copas... sencillamente, lo había conseguido, casi conseguido teniendo en cuenta que no disponía de los materiales adecuados. Las bragas eran unos calzones cortos, hasta las ingles, también de algodón, a los que había colocado unos lazos de color verde en las perneras y la cintura, que había que anudar; las aberturas estaban rematadas con un pequeño volante bordado con el mismo color de los lazos. Era evidente que no se podían comparar con las cómodas braguitas de lycra, pero eso mejor que nada o que los horribles calzones hasta la rodilla. La verdad es que estaba encantada.

—¡Oh! Madame Lafleur, lo ha hecho muy bien. ¡Es magnífico! —dije entusiasmada.

—¿Sí? —preguntó satisfecha y orgullosa—. ¿Le gusta así?

—¡Claro que sí! ¡Oh! ¿Qué es esto? —pregunté sorprendida al ver una raja en la parte baja de las bragas.

—Deben tener esa rendija, mademoiselle —contestó sin comprender mi pregunta.

—¡Ah! Sí, claro, pero prefiero que no la tenga..., aunque... —Me quedé pensando: si no tenían esa abertura..., con las faldas iba a ser difícil...—. ¿Puede hacer algunas cerradas y otras abiertas? ¿Sería un problema, madame? —dije con suavidad.

—No, claro que no. Qué petición tan extraña. ¿Seguro que esta moda es de Paris? Nunca he visto nada igual. —Una sombra de duda surcó su rostro.

—Por supuesto, Marguerite, además, estoy convencida de que, con el tiempo, esta ropa atraerá a más mujeres, ya lo verá. Por cierto, necesito un par de pantalones más, no se imagina lo cómodos que son. —Al ver el asombro en su cara, añadí—: Verá, me gusta mucho trabajar en el jardín, los vestidos no son aptos para esa tarea y se ensucian demasiado pronto.

—Sí, por supuesto, mademoiselle Sinclair, será un placer proporcionarle lo que necesite —me dijo con su habitual buen humor.

—¿Qué demonios están tramando ustedes dos? —preguntó Gabriel, con voz dulce y melodiosa, haciéndonos dar un respingo ante su inesperada

presencia.

—¡Ah! No, milord, no sea malo, allez, allez... Espere abajo, s'il vous plaît —dijo Marguerite con coquetería.

—No. —Se mantuvo inmóvil con los brazos cruzados sobre su pecho y una leve sonrisa dibujando sus labios.

Ni corta ni perezosa, me levanté del sillón y me planté delante de él; sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos, le mostré las dos prendas. Las tomó entre sus manos, sintiendo la suavidad de la tela. Me miró con una intensidad y una llama que me hicieron estremecer, y casi se me doblaron las piernas.

—Madame Lafleur, haga todo lo que la señorita Sinclair le pida —ordenó sin dejar de mirarme—, de todos los colores, con los tejidos más finos y suaves. —Me sonrió. Y yo me derretí.

—Por supuesto, milord —contestó encantada la modista.

—Bien, ya nos podemos ir —le susurré con timidez, mientras se me escapaba un suspiro—. ¿Me los puedo llevar, madame, o los necesita como muestra para los demás?

—Puede llevárselos, mademoiselle... ¡Ah! Y el sujetador que usted me prestó para poder tomarlo como medida y modelo. Gracias, me ha sido de mucha utilidad, al igual que el dibujo que hizo.

—La agradecida soy yo, madame, pensé que nunca me podría librar de esos asfixiantes corsés —contesté feliz.

—Si me permite, milord, hoy hemos terminado un vestido para mademoiselle Sinclair. ¿Se lo lleva ahora o se lo envío mañana?

—¿Más vestidos? —pregunté horrorizada, mirando tanto a uno como a la otra—. Ya tengo demasiados. ¿Este es ya el último?

—¿El último? Ay, mademoiselle, he tenido que contratar a más muchachas para trabajar en los talleres y poder cumplir con todos mis compromisos. Lord Adair fue muy generoso.

—Bueno, si tantos vestidos han creado empleo, me siento satisfecha... —contesté avergonzada por un lado y feliz por otro.

—¿Milord? —lo interrogó esperando su respuesta.

—Nos lo llevaremos, Marguerite, gracias.

Una vez más, y después de la cortés despedida de siempre, me vi en la calle pegada como una lapa al brazo de Gabriel. Un nudo se me formó en el estómago y tuve que recordarme que estaba a salvo, que él estaba a mi lado y no me soltaría. ¡Dios mío! Esperaba superar pronto ese miedo que le había tomado a estar entre la gente, lo conseguiría... Sí, tarde o temprano podría

caminar sintiéndome segura.

Alfred esperaba en el carruaje que había tenido que dejar un poco más adelante, lo que nos obligó a caminar un poco. Al llegar a él, Gabriel le dio las cajas y, acto seguido, me ayudó a subir. Poco después estábamos sentados el uno enfrente del otro, camino a casa. Suspiré aliviada sin apartar mi mirada de su rostro; ese simple gesto hacía que me olvidara de que tenía miedo, haciendo que me sintiera tranquila y protegida.

Lord Adair tampoco dejó de mirarme. Su mirada se volvió más oscura y penetrante hasta el punto de que me caldeó por dentro... Ya me estaba excitando, sentía el dolor de mi sexo y cómo la humedad alcanzaba la enagua.

—Está muy pensativo, milord —improvisé en un vano intento de olvidar lo que me hacía sentir—. ¿Qué le ronda por la cabeza?

—Usted —respondió categórico.

—¿Yo?

—La estoy imaginando con esas prendas cubriendo ciertas partes de su cuerpo... Estoy imaginando como quedarían esos lazos, encajes y bordados sobre su piel... —su voz sensual aceleró mi respiración—, imaginando el momento en el que yo mismo desato cada uno de esos lazos, descubriendo sus pechos y su sexo...

Si no dejaba de hablar... no sé... Una vez más, Gabriel me demostraba que yo, Katerina Sinclair, era una mujer apasionada capaz de abalanzarme sobre él sin el más mínimo miramiento...

—¡¡¡Gabriel!!! —grité horrorizada de pronto.

Ruido. Mucho ruido. Un terrible estruendo de golpes y gritos se apoderaron de la quietud del carruaje, a la vez que éste iba aminorando la marcha. Me recordó a las películas medievales donde los bárbaros del norte atacaban con crueldad y gritos, más propios de animales salvajes que de seres humanos, a sus enemigos, emergiendo, enloquecidos, de los bosques sombríos.

Gabriel se situó a mi lado abrazándome y meciéndome contra él, mientras me susurraba para que me calmase. El terror se había apoderado de mí.

—¡¡¡No!!! —grité de nuevo, al sentir que se desprendía de mí.

—Está bien, cariño —me dijo quedamente al oído.

Aquel escándalo parecía amplificarse conforme íbamos hacia delante a paso de tortuga.

—Katerina, cielo, voy a ver qué ocurre, ¿de acuerdo? Sólo serán unos pocos minutos, no tardaré. —Me hablaba con dulzura, tomando mi rostro entre sus manos—. Mírame, tesoro... Mírame. —Alcé los ojos hacia él—. No pasa nada, cariño, no lo permitiré, ¿me oyes? —asentí ligeramente—. Bien, sólo un momento...

Se separó de mí para abrir la puerta y poder ver con más claridad lo que ocurría fuera, mientras Alfred le explicaba aquel revuelo.

—¡Sácanos de aquí! —oí que le gritaba a Alfred—. ¡Rápido!

Volvió a sentarse a mi lado abrazándome para después colocarme en su regazo sin dejar de susurrarme palabras tiernas y cariñosas, palabras de aliento; me acariciaba la espalda, el pelo, salpicaba mi rostro de suaves y ligeros besos, apenas un roce...

Noté cómo el carruaje empezaba a acelerar el ritmo, cómo aquel estallido se iba convirtiendo en un rumor que desaparecía en la lontananza mientras yo, despacio, volvía en mí y me relajaba contra su pecho.

—Ya ha pasado, ¿ves? No ha ocurrido nada, todo está bien —me decía, manteniéndome con fuerza entre sus brazos—. Eran obreros de las fábricas que se dirigían, entre protestas, a una asamblea. Mañana se publicará el suceso en todos los periódicos.

—Lo siento... —atiné a decir—, no sé qué me ha pasado... Me ha tomado por sorpresa... Ese ruido..., los gritos... He tenido una reacción muy exagerada... Gracias, Gabriel..., gracias —murmuré contra su cuello.

—No tienes que disculparte, cariño, es normal después de lo que ocurrió el otro día. Sentir miedo no es una vergüenza, nos hace humanos. —Me miró a los ojos cuando levanté el rostro hacia él sonriéndome con ternura y cariño—. Pronto estaremos en casa y podrás descansar un poco antes de la cena —concluyó mientras me volvía a acurrucar entre sus brazos.

El resto del camino, lo hicimos en silencio. Abrazados. Relajados. Unidos.

Al llegar a la mansión, y a pesar de que aún sentía una ligera desazón, ya estaba muy cerca de la Katerina normal que había salido aquella tarde para ver los modelos de bragas y sujetador.

El señor Tilman nos comunicó que la cena estaría lista en una hora y yo acepté, encantada, la sugerencia de Gabriel de aprovechar ese tiempo para descansar, mientras él se perdía en su estudio.

Una vez en mi habitación, logré quitarme el vestido y me tumbé un rato

en la cama. Tenía más miedo del que imaginaba. Esa experiencia con aquellos hombres me había marcado más de lo que había creído en un principio. Todo el jaleo de esa manifestación me llevó de nuevo al círculo de sabandijas que me habían insultado y amenazado. Tras mucho reflexionar, me hice la firme promesa de superarlo; ellos no iban a poder conmigo, no sería su víctima mucho más tiempo y para ello me propuse seguir un plan de entrenamiento de yoga y visualizaciones. Sí, eso me ayudaría a recomponerme... y Gabriel también.

Tan cansada estaba que volví a quedarme dormida; fue Nora, una vez más, la que me tuvo que despertar y arreglarme de prisa para la hora de la cena; me puso el vestido nuevo que nos había entregado madame Lafleur aquella tarde. Era un vestido precioso, vaporoso como un traje de ballet. De color lila, no llevaba ningún adorno salvo un lazo de un tono más oscuro que perfilaba mi cintura y se anudaba atrás. El escote era una gran v que partía del centro del pecho hacia los hombros. De manga corta, un volante que parecía flotar, la alargaba hasta más allá del codo; el chal me sirvió una vez más, para esconder las marcas de mis brazos. ¿Por qué todos los vestidos de noche tenían manga corta? Tendría que seguir ocultando las marcas con los pequeños mantones hasta que mi piel volviera a estar bien, sin embargo, ese hecho no le restaba protagonismo. Era sencillamente perfecto, simple y elegante, hacía que me sintiera cómoda. En mi interior, alabé el gusto de Gabriel y el buen trabajo de Marguerite.

Al entrar en el comedor, Gabriel vino a mi encuentro solícito y preocupado, parecía nervioso e inquieto. Enseguida me preguntó cómo me encontraba a la vez que tomaba mis manos entre las suyas. Su aroma, a romero y a whisky, inundó mis sentidos, embriagándome con su esencia.

—Me encuentro muy bien, milord —contesté con una sincera sonrisa—, de veras, no tiene de qué preocuparse —proseguí al ver su expresión de duda.

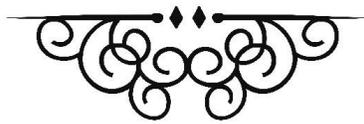
Ofreciéndome la más esplendorosa de las sonrisas, me acompañó hasta mi lugar en la mesa y comenzamos la cena. Esa noche había pollo asado con verduras, sopa de calabaza y, para finalizar..., pudin de arándanos. Sonreí... y él... miró el postre y después me miró a mí... Si estaba pensando lo mismo que yo... ¡Uf! Sentí el calor del rubor coloreando mis mejillas.

La cena consistió en una ligera conversación mezclada con mis miradas de reojo y su ojo de águila depredadora, fijo en mí. ¿Cuánto tiempo más podríamos aguantar de ese modo? ¿Cuándo desataríamos el deseo y la pasión que nos consumía? Tal vez debería tomar la iniciativa y colarme directamente

en su habitación, subirme encima de él, sin decir ni una palabra, y devorarlo de los pies a la cabeza... ¿Sería demasiado para un hombre del siglo XIX? Sonreí, con la cabeza gacha, imaginando la escena... Pensé que me divertiría mucho al ver su expresión de asombro... o tal vez, no se asombraría, quién podría decirlo... Sí, puede que en algún momento me decidiera... No iba a esperar toda la eternidad..., ¿verdad? El tiempo pasaba rápido y no quería perderme la experiencia de hacer el amor con él. Con suerte, el señor Owen hallaría la forma de devolverme a mi lugar...

Una copa de oporto, una nueva partida de ajedrez perdida —otra más— y una extensa charla sobre los cambios sociales que Inglaterra estaba viviendo, dieron por concluido otro día en aquel tiempo, un día que había sido como la vida misma, con momentos esplendorosos y otros... algo menos.

CAPÍTULO 10



Me levanté serena y francamente contenta. Estaba entusiasmada, como Vicky el vikingo. Ese día conocería a los amigos de Gabriel. Al recordar la expresión y la felicidad de Lalima y su esposo cuando coincidimos con ellos en la exposición, pensé que la noticia estaría relacionada con un nuevo miembro en la familia; esa noche se confirmaría o no mi suposición. Un bebé. ¿Cómo sería tener un hijo del hombre al que se amaba? Pensé en Gabriel. Tenía que abandonar mis fantasías, esas que me asaltaban de vez en cuando pensando en un futuro en común... Yo acabaría por marcharme a casa. No podía permitir que ciertas ilusiones se asentaran en mi mente. A pesar de todo, mis pies tenían que estar bien enraizados en el suelo. La realidad no se podía negar. Gabriel me deseaba, eso era cierto, pero ¿me amaba? Estaba segura de que no; sí sentía que me había tomado cariño, algo que consideré normal teniendo en cuenta que vivía en su casa y nos veíamos todos los días, compartíamos momentos agradables y otros no tanto y él... se había apoderado de todo mi ser, así de simple y yo..., yo no sería más que una conquista más... Era lo más probable.

Olvidándome de todo ese tejemaneje en mi cabeza hiperactiva, pasé parte del día en el salón escribiendo en mi diario, mientras lord Adair había ido al orfanato. Sabía que pasaría el día fuera, así que entre mis paseos por el jardín, la escritura y la convivencia con los miembros del servicio, llegó la tarde y llegó Nora.

Me había retirado a mi habitación después del almuerzo para empezar con mi entrenamiento: yoga y visualizaciones, tal y como me había enseñado Kala, sin olvidarme de dedicar un buen rato a mi pasión: la lectura. En ello estaba cuando llamaron a la puerta.

Nora se presentó con su buen humor, su parloteo y sus maneras de madre, dispuesta a prepararme para la cena en casa de los Lowry. Me puse el vestido azul, el de las estrellas bordadas en el corpiño, pero no me puse nada debajo salvo las nuevas braguitas que me había entregado Marguerite...

Tenía que estar preparada, por si acaso, ¿verdad? Dejé que Nora me manipulara la cabeza. Iba tomando mechones de pelo que retorció uniéndolos en un moño mientras entrelazaba cintas de dos tonos de azul. Dejó sueltos algunos rizados que enmarcaban mi rostro. Añadió un par de peinetas sujetando el cabello y listo. Una obra de arte de la peluquería: sencillez y elegancia. Y como siempre, a mí me pareció demasiado. Después de todo, y si no había entendido mal, se trataba sólo de una cena informal en casa de sus amigos. ¿A qué venía tanto postín? Aunque, claro, con esos trajes de princesa, parecía que siempre estuviera preparada para ir a una fiesta, incluso con los más sencillos vestidos; el uso del miriñaque que abultaba las faldas hacía de cualquier trapo un modelo propio de la alta costura. Al menos, así era como me sentía con ellos.

Llegado el momento, bajé las escaleras y al final, como de costumbre, se encontraba Gabriel enfundado en un traje negro; exceptuando la camisa blanca, el atuendo se coloreaba con un chaleco de color oro viejo; los gemelos y su broche de cisne que adornaba su corbata eran las únicas joyas que llevaba. Impecable, elegante, arrebatador. ¿Quién podría resistirse a él? Era, pura y llanamente... misión imposible. Estaba que quitaba el aliento, tanto que tuve que detenerme durante unos segundos apoyándome en la baranda de roble. Por suerte, ya había dominado el arte de caminar sin tropezar, lo cual me enorgullecía sobremanera, de no haber sido así, me habría caído de bruces ante semejante distracción.

—Está preciosa, señorita Katerina —me dijo al llegar abajo, tomándome de la mano y atontándome del todo con su preciosa sonrisa.

—Gracias, milord, usted tampoco está nada mal —repliqué también sonriendo y... enrojeciendo.

—Sin embargo, falta algo para que esté perfecta. —Me miró con ese brillo de travesura que tanto me gustaba.

Miré mi vestido por todas partes y vi que estaba todo en su sitio. Miré a Nora interrogante, y me tendió el mantón azul y blanco que me faltaba —claro, tenía que ocultar mis antebrazos—, y un pequeño bolso blanco de croché. Satisfecha, lo miré pensando que ya estaba todo al completo. Entonces, sacó una cajita de uno de sus bolsillos y la abrió.

Eran las joyas más hermosas y exquisitas que había visto en mi vida.

Turquesas y diamantes engarzados en oro.

Había un colgante y unos pendientes a juego. La figura tenía el cuerpo formado por una turquesa y el resto estaba salpicado de diamantes.

Era un cisne.

Lo miré emocionada sin saber qué decir, incapaz de pronunciar dos palabras seguidas...

Me acordé de *Pretty Woman*^[6], cuando Julia Roberts recibe el collar de mano de Richard Gere... Comprendí cómo debió sentirse con algo tan hermoso y excepcional entre sus manos, algo que nunca nadie le había ofrecido, algo que nadie le había dado pensando en ella...

—Son preciosos... —logré decir al cabo de unos segundos.

—Me había asustado, señorita, ha tardado tanto en hablar que pensé que no le habían gustado, sin embargo creo que se verían aún mejor aquí. —Tomando el colgante me lo abrochó al cuello; el tacto de sus dedos erizó mi piel y una corriente eléctrica me traspasó entera hasta que se depositó en el pequeño, y ya hinchado, capullo rosado entre mis piernas.

De alguna manera, logré ponerme los pendientes —¡Estaba tan nerviosa!—. Eran ovalados, aunque de forma irregular. Cuando me vi en el espejo de la entrada, pude admirar, como si se tratase de un cuadro del museo de Louvre, la maravilla que adornaba mi escote y mis orejas.

Era un cisne.

Un cisne.

—Bien, creo que ya estamos listos, ¿señorita Katerina? —Llamó mi atención lord Adair extendiendo su brazo para que me apoyara en él—. Tome su chal; como de costumbre, la noche está húmeda y fría. —¿Por qué tenía que tener esa sonrisa? Un día de estos me lanzaría sobre él sin pensarlo ni un segundo.

De camino hacia el hogar de lord y lady Lowry, nos mantuvimos en silencio durante unos minutos, mientras Gabriel mantenía su mirada ardiente y profunda fija en mí, y yo me seguía excitando y agitando a una velocidad sorprendente. Ya estaba más que inquieta, sin saber hacia dónde mirar; la oscuridad nocturna nos envolvía y podía sentir la neblina en mis huesos. En ese estado, logré preguntarle por las personas que estarían presentes esa noche. Además de los que ya conocía, también asistirían lord y lady Shuttleworth. Él y los otros dos aristócratas, eran amigos desde niños; entre ellos se había forjado un vínculo de hermandad a lo largo de los años imposible de deshacer. Sus esposas eran unas mujeres extraordinarias, en opinión de Gabriel, cada una hecha a la medida de sus amigos. Lisa era otra hermana para él que le recordaba mucho a Irish, y se mostró satisfecho cuando habló de su marido. El único hombre que podía aceptar y comprender

a ese precioso bichito travieso.

Mientras hablaba, me pareció percibir algo extraño en su tono de voz que se me escapaba. No sabía si eran celos o tristeza o ambas cosas. Pensé que tal vez, él también deseara la felicidad que sus amigos habían encontrado junto a sus parejas. Esperaba con todo mi corazón que algún día encontrara a esa persona especial para él, a su persona, aunque en ese preciso momento no me satisfacía en absoluto la idea de que estuviera con una mujer que no fuese yo..., pero yo..., yo acabaría yéndome a mi siglo XXI y él..., él sería feliz y formaría una familia... y yo... Sólo confiaba en que, de algún modo, podría sobrevivir sola...

Me limité a escucharlo. Aún emocionada por el regalo recibido, su voz era una seda suave y cálida que me hacía olvidar todo; nada existía excepto él, su voz, su aroma a romero, su varonil y perfecto porte..., sus ojos negros.

Fuimos recibidos con alegría y camaradería, la esposa de lord Shuttleworth insistió en que la llamara Miranda y yo me sentí entre amigos, como si hubiesen formado parte de mi vida desde siempre; era como estar con Hugh y Fany o con Stephanie o con... Bueno, mejor no seguir recordando o la nostalgia habría hecho mella en mí, y esa noche era especial. Había una celebración y, entre los amigos de Gabriel, me sentí aún más próxima a él. Por fortuna, congeniamos enseguida, y minutos después de nuestra llegada, anunciaron que la cena estaba lista; todos nos dirigimos al comedor, una sala tan impresionante como la de la mansión Bladnoch.

La cena fue de lo más interesante. Ahí descubrí que tanto Gabriel como sus amigos, habían participado económicamente en la exposición que se había podido llevar a cabo gracias a fondos privados y al entusiasmo del príncipe Alberto que, desde un primer momento, creyó en el proyecto e hizo lo posible para que se llevara a cabo, donando, tanto él como la reina Victoria, una cantidad considerable de dinero; incluso la gente de a pie aportó lo que pudo, unidos en una misma ilusión. Todos coincidieron en que habían hecho una buena inversión y mencionaron que los beneficios adquiridos se emplearían en la adquisición de una propiedad en South Kensington donde se construirían una serie de museos, la sede del Colegio Real de Arte y Música y el teatro Albert Hall.

—Caballeros, estamos aburriendo a las damas —dijo el esposo de Miranda, Edmund.

—En absoluto, milord, es muy interesante todo lo que comentan —

repliqué entusiasmada—. Quizás no sean conscientes de que están dejando un legado histórico que permanecerá durante siglos, es maravilloso; gracias a ustedes y a otros que apoyaron la idea de esta exposición, el mundo podrá disfrutar de su aportación para siempre. Me parece extraordinario. Sus descendientes también se sentirán muy orgullosos sabiendo que sus abuelos o bisabuelos hicieron posible esos museos.

Todos se quedaron mudos de asombro; la pasión que impregnaban mis palabras los emocionaron y lo que ellos sólo podían imaginar, yo lo sabía a ciencia cierta y lo había visto con mis ojos; encontrarme en ese momento junto a esos hombres que habían dejado su huella en la historia, era un privilegio. Gabriel me miró y supo que en el siglo XXI yo había estado en esos lugares. Sonrió encantado.

—Vaya, Katerina, no había pensado en eso —replicó Lalima con humildad—. Como usted dice, es algo extraordinario, es como si fuéramos inmortales —concluyó sonriéndole a su marido—. ¿Te das cuentas, amor?

—Muy cierto, cariño —contestó lord Lowry mirándola con adoración—. Por cierto, Gabriel, pasando a otro tema, el señor Radcliffe desea vender su propiedad, la mansión Gruffuldd. Sus acreedores acampan a las puertas de su residencia de Mayfair. Está muy deteriorada, según he oído, pero haciendo los arreglos necesarios, estoy seguro de que podría ser un buen lugar.

—¿Un buen lugar para qué? —preguntó con curiosidad Lisa.

—Para otro orfanato —explicó Gabriel—, aunque no estoy muy seguro. Necesitaríamos más apoyo económico, cada vez hay más niños en Iomar's School. Se podría comprar esa mansión, albergaría a los chicos más mayores, sin embargo, la rehabilitación sería muy costosa.

—¿Iomar's School? —pregunté atónita—. ¿Es así como se llama el orfanato?

—Sí, ¿por qué? —Su curiosidad era palpable, parecía más bien intrigado.

Yo sabía algo que él desconocía. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Tan preocupada estaba por todo lo que me había ocurrido, el viaje al pasado, pensando si sería real o no; mis emociones, mis sentimientos, los acontecimientos que habían tenido lugar. ¡No me lo podía creer! Bladnoch, un nombre que siempre me había parecido familiar, sin embargo, no le di importancia ni siquiera lo había relacionado, tan sumida como estaba en ese nuevo mundo, y ahora la escuela de primaria Iomar, una de las más importantes de Londres... y su madre se llamaba Alysha, y en Londres había una escuela de secundaria —una de las mejores— que llevaba ese nombre...

Era una gran mansión... y Bladnoch otra vez, el parque donde se encontraba la fuente más asombrosa que había visto jamás, *El duende travieso*, se llamaba. Era una estatua de mármol de un ser fantástico que tenía una mirada lujuriosa increíble, todos admirábamos la destreza del escultor que había sabido reflejar ese deseo carnal... y junto a él, una preciosa figura de mujer desnuda tocándole la erección entre las piernas, mientras él la miraba sonriendo.

—Gabriel... esto... milord, tiene que adquirir esa mansión. Tiene que haber una forma... entre todos la encontraremos —le dije nerviosa y entusiasmada, mirándolo con admiración—. Es imprescindible que adquiera esa propiedad. Habrá que hacer publicidad o aprovechar esas reuniones sociales a las que suelen asistir todos ustedes para recaudar fondos para ese nuevo orfanato... Es necesario, tiene que comprarla...

—¿Necesario? ¿Imprescindible?

Un destello en sus ojos me hizo saber que esas preguntas no se quedarían ahí, y que cuando estuviéramos a solas me sometería a un interrogatorio exhaustivo, de eso no tenía ninguna duda.

—¿Acaso sabe algo que nosotros no sabemos, señorita Sinclair? —preguntó con cortesía lord Lowry.

¿Cómo contestar a esa pregunta? Decir la verdad era impensable...

—Es un palpito que tengo, llámelo intuición femenina, si lo desea, milord, pero es muy importante —repliqué en un intento de convencerlos de que algo tenían que hacer para conseguirlo o... esa escuela desaparecería o lo que era peor... nunca vería la luz.

—¡Dios nos libre de la intuición femenina! —espetó lord Shuttleworth, recibiendo a cambio, un buen golpe en el costado por parte de su esposa que lo miró ceñuda.

—Bueno, intuición o no intuición, ¿qué pensáis hacer? —preguntó Lisa—. Si Katerina está tan segura, debe de ser por algo, y creo con sinceridad, que tendríais que considerar seriamente su opinión —concluyó con firmeza.

Todos los caballeros presentes se miraron permaneciendo en silencio durante unos minutos, parecían derrotados.

—Me temo, mis queridos amigos —dijo al fin Patrick, el esposo de Lalima—, que ante este frente común que han formado nuestras mujeres, no nos queda más remedio que claudicar.

—Pues ya sabes, mi amor —le dijo con dulzura Lalima—, hay que ponerse a trabajar para conseguir los fondos necesarios para ese nuevo

orfanato, entre todos, como bien ha dicho Katerina, encontraremos soluciones.

Yo me quedé en silencio en el momento en que oí eso de “nuestras mujeres”. Al parecer, todos daban por hecho que entre Gabriel y yo había una relación formal en marcha... Si supieran... Él no dijo nada.

—Bien, encontraremos la manera de llevar a cabo el nuevo proyecto —aceptó Edmund, vizconde Brampton—. ¿Qué piensas tú, Gabriel?

—Creo que ya está todo decidido —respondió ofreciéndome una de sus sonrisas. Me temblaron las carnes.

Un murmullo de aceptación se levantó de la mesa y todos estuvieron de acuerdo con la propuesta. Ya sólo quedaba hacer lo más importante: recaudar el dinero necesario para rehabilitar la mansión Gruffuldd.

—¿Habéis recibido la invitación de los Evans? —preguntó Lisa, con cierto brillo en los ojos iniciando otro tema de conversación.

—¿Los Evans? ¿Otra fiesta? —respondió Gabriel extrañado.

—Sí, al parecer están deseando conocer el destino de cierta mujer que apareció en su salón; estaba medio desnuda —dijo Edmund—. Dicen que salió de la nada, como por arte de magia y que tú, cual caballero de brillante armadura, la tomaste entre tus brazos y te la llevaste a casa —contó divertido.

—¡Qué tontería! ¿Dónde has oído eso? Parece una historia para niños —replicó sin mirarme.

—Venga, amigo, cuéntanos. ¿Dónde está esa mujer? —insistió su amigo.

—No hay nada que contar, la joven estaba perdida y la llevé a su hogar, no hay nada más.

La llevé a su hogar. ¿La mansión Bladnoch era mi hogar? Mi hogar... ¡Qué bien sonaba eso!

—¿Nada más? —Esta vez era Patrick el que preguntaba con curiosidad.

—Ya basta, el cotilleo no os sienta bien. —Aquello no le estaba gustando.

—Pero dicen que atravesó un agujero y que el viento que la llevó hasta allí dejó su salón de baile hecho un desastre... —decía Lisa.

—Pamplinas... Os creía más inteligentes...

—Vamos, caballeros, a los Evans les gusta la fantasía y llamar la atención, todo el mundo lo sabe, y nosotros tenemos algo importante que contaros, y ya ha llegado el momento. —La voz del sentido común y la razón salió de los labios de la diosa hindú, Lalima, y yo... respiré tranquila—. Amor, ya estamos en el postre. —Sonriendo, miró a su marido.

—Muy cierto —dijo levantándose.

Hizo una señal a uno de los criados que trajo solícito el champagne ofreciéndolo a los comensales, y alzando su copa, lord Lowry, marqués de Durham, dijo:

—Amigos, dentro de unos meses, un pequeño Lowry llenará este hogar de risas y lloros, babas... y una mayor felicidad de la que sentimos en estos momentos, si eso es posible. —Mirando a su mujer prosiguió—. Propongo un brindis por mi hijo y por mi amada esposa; sin ella yo seguiría siendo un barco sin rumbo, sin timón. Gracias amor mío. —Se inclinó para rozarle los labios al tiempo que ella se ruborizaba y tomaba su mano mirándolo con tanto amor que me emocioné... Era como ver una película romántica. Dirigiéndose de nuevo a los comensales, prosiguió—. Por mi esposa Lalima y por mi hijo.

Todos brindamos y bebimos, yo con los ojos llorosos y las demás tan emocionadas como yo; las palabras de felicitación se apoderaron del salón y Lisa empezó a aplaudir.

—Voy a ser tía y podré practicar para cuando me llegue el momento —dijo feliz.

Su esposo la miró con tanta veneración que una lágrima se me escapó.

Siempre había creído en el amor, de hecho lo había visto: Hugh y Fany eran un ejemplo muy vivo, o Marcus y Helen, pero en aquel momento y en aquella sala, asistía al mayor despliegue de amor del que había sido testigo en toda mi vida. Aquellas parejas se amaban como sólo se ama una vez, se adoraban como sólo se puede adorar a alguien una sola vez... Supliqué en silencio ser la protagonista de una película de amor como la que se desarrollaba en ese momento ante mí y dejar de ser un personaje secundario que se limitaba a ver la felicidad de los demás.

La algarabía continuó unos minutos más y siguió en el precioso salón verde al que fuimos después para tomar una copa, donde volvimos a felicitar a la pareja. Los caballeros tomaron whisky, excepto Esha. Ese hombre era un misterio. No había hablado en toda la noche, se mantenía serio y siempre junto a Lisa; cuando la miraba sus ojos destellaban de amor y eran correspondidos por los de ella. Me preguntaba cómo una chica como ella había sido capaz de conquistar a un hombre tan frío y distante, al menos en apariencia, o tal vez había sido él el que la había enamorado. ¡Quién podría decirlo!

Lisa también tomó un whisky, en cambio, Miranda y yo, tomamos un

oportuno y cuando Lalima pidió un coñac, yo le dije que el alcohol no era bueno para el bebé y que tenía que dejar de tomarlo. Agradecida, tomó una limonada. Cada marido se situó junto a su esposa y Gabriel se mantuvo de pie junto a la chimenea, enfrente de mí... clavando sus ojos negros en mí... ¡Cómo deseaba tenerlo a mi lado!

La velada prosiguió tan agradable y armoniosa como había sido hasta el momento. Patrick Lowry empezó a contar su experiencia en la India y cómo conoció a su esposa en una fiesta a la que fue invitado mientras su hermano le hacía de guardaespaldas y lo mucho que le costó acercarse a ella con semejante ogro al lado. Lalima rió y los demás la acompañamos.

—No hay barreras para el amor, cariño —dijo amorosa.

—No, no las hay —respondió besándola en la mejilla.

—Me encanta la India, es un país que siempre me ha atraído mucho y es uno de mis muchos viajes pendientes —dije alegremente. Me sentía tan a gusto.

—Sí, debería ir, Katerina, es maravilloso —dijo Lalima con nostalgia.

—Lo haré algún día. Es una cultura tan fascinante, por no hablar del legado que ha dejado y que sigue dejando. Grandes filósofos y pensadores han ayudado a mucha gente con su forma de ver la vida; ahora Oriente ha ocupado un lugar importante en Occidente, de hecho yo hago yoga y me encanta; Kala, mi profesora, es extraordinaria. ¿Ha leído *El dios de las pequeñas cosas* o *La señora de las especias*^[7]? Arundhati Roy es una de mis autoras favoritas y Tagore^[8] tiene unos poemas que te hacen volar, y, por supuesto, el Kama Sutra, el mejor libro sobre sexualidad de todos los tiempos, la unión del alma a través del cuerpo físico, es un concepto tan espiritual y humano... Me fascina, aunque, claro, para ciertas posturas hay que ser acróbata...

—Le recuerdo, señorita Sinclair, que es usted una dama y hay ciertos temas que una dama no debe tratar —interrumpió el vizconde Brampton, interrumpiéndome muy serio.

Fue entonces cuando me di cuenta. ¡Joder! ¡Joder! ¡Mierda y mil veces mierda! ¡Joder! Se me había olvidado por completo donde estaba. ¡Mierda! Si hasta había hablado de autores que aún no habían nacido; en ese momento quise desaparecer, ser una cinta de vídeo para poder rebobinar y deshacer todo lo dicho... y sus caras... ¡Dios! Los hombres me miraron como si me hubiese convertido en un lagarto gigante, excepto Gabriel que me sonreía divertido; las mujeres... las mujeres sonreían y Lalima, además, tenía el

asombro invadiendo su rostro... No me atreví a mirar a Esha... ¿Y ahora qué?

—No digas tonterías, Edmund —replicó Miranda.

—Disculpe, milord, pero... ¿acaso hay una ley que prohíba hablar de sexo a las mujeres? —pregunté quitándole hierro al asunto.

—¡Señorita! —exclamó contrariado Patrick.

—¡Oh! Vamos, hermano, no te hagas el santurrón ahora —contestó la dicharachera Lisa—. El Kama Sutra es un libro maravilloso, ¿verdad, amor? —concluyó mirando a su esposo.

—¡Lisa! ¡No olvides quién eres! —la reprendió su hermano mientras Esha casi lo mata con su mirada.

—Cariño... —dijo Lalima conciliadora, tomando su mano.

—Patrick, te recuerdo que soy una mujer adulta... y casada —respondió con picardía, mirando primero a su hermano para detenerse, poco después, en los profundos ojos de su esposo—. No se preocupe, Katerina, tendremos ocasión de hablar de todo esto cuando venga a visitarme, haremos una reunión de mujeres... Estos caballeros son demasiado sensibles... ¿Vendrá, verdad? —preguntó divertida.

¡Cómo me recordaba a Stephanie! Era como si mi amiga del alma se hubiera venido conmigo tomando la forma de Lisa. Sentí añoranza. Recordé los momentos de charlas, las compras, los paseos, las sesiones maratónicas de cine: clásico, romántico, ¡ah! Y las películas de Disney, las adorábamos, mi preferida era *La bella y la bestia* y la suya *La sirenita*, y por supuesto, las de nuestros actores favoritos, mi Gerard Butler y su Viggo Mortensen, *El fantasma de la ópera* y *El señor de los anillos* eran obligatorias y esa picardía suya... Cuando veíamos a un tío buenorro siempre me explicaba, con pelos y señales, lo que haría con él, a ser posible todas las posturas del Kama Sutra... Sonreí nostálgica...

—Katerina...

—Por supuesto —contesté entusiasmada volviendo al presente—, será un placer... y podremos hablar de cualquier cosa... sin ofender a los señores... Formaremos el Club de las Descaradas —concluí con un guiño.

—El Club de las Descaradas... me gusta —dijo Lisa con una espléndida sonrisa—. Sí, lo pasaremos muy bien.

—Gabriel, ¿cómo consientes una cosa así? —preguntó Patrick ofendido y enfadado.

—¿Yo? Lisa es tu hermana, Patrick, no la mía y es la esposa de Esha —

le respondió burlón—, y tú, amigo mío, has estado en la India.

—No me refiero a Lisa, sino a la señorita Sinclair... Es todo muy impropio...

—Milord, ha llegado el momento de recordarle que como ser humano libre, estoy en todo mi derecho de hablar de lo que quiera y de expresarme como me parezca oportuno sin que nadie dirija mi vida o mi mente —le respondí con calma—. Tal vez, debería ampliar sus horizontes mentales.

—¿Que yo qué? Esto es intolerable...

—Vamos, Patrick, Katerina tiene razón y lo sabes —dijo Lalima serena.

—¡Oh! Estos hombres estúpidos —dijo Miranda levantando los ojos hacia arriba.

—Veo que me he quedado solo. Edmund, Escha, ¿no decís nada? —preguntó buscando apoyo entre sus amigos.

—Ante tal despliegue... Son más fieras que cualquier guerrero, amigo mío —dijo lord Shuttleworth jocosamente abrazando a su esposa por la cintura—. No nos queda más remedio que... ampliar nuestros horizontes... —concluyó mirándola divertido.

Todos reímos, incluido lord Lowry que, con un gesto de sus brazos, se dio por vencido.

—No conozco esos libros de los que ha hablado, Katerina —dijo Lalima poco después, cuando la calma volvió a reinar en el salón.

—Bueno..., son muy recientes, no es extraño que no sepa de ellos. Me los prestó una amiga. —¡Santo cielo! No sabía qué decirle—. Yo tampoco los conocía hasta hace muy poco.

Aquella pobre explicación pareció contentarla, mientras Gabriel seguía mirándome con esa expresión burlesca en el rostro. Sabía que yo hablaba de un mundo muy lejano..., a siglos de distancia.

A partir de ahí, entre risas y burlas, continuó la noche. La tensión que se había formado con la indignación del marqués de Durham desapareció, dando lugar a otros temas. Yo necesité más de un minuto y de dos para reponerme de la equivocación que había cometido, pero al ver el ambiente tan distendido que siguió a la discusión, me fui relajando poco a poco, mientras miraba a Gabriel.

Gran error. Las llamas que ardían en su profunda mirada fueron directas a mi sexo y, a pesar de lo bien que me sentía entre sus amigos, deseaba volver a casa y meterme en su cama. Estaba desesperada por él, me hervía la sangre y mis jugos mojaron mis bragas.

Algo debió de percibir en mí o quizás nada, quién podría saberlo, pero se excusó de la reunión al cabo de un rato y nos fuimos. Los demás siguieron nuestro ejemplo regresando también a sus hogares.

También es mi primera vez, siente cómo tiemblo, ya ves, tuve sexo mil veces, pero nunca hice el amor.

Ricardo Arjona (músico guatemalteco)

Ya no podía soportarlo más. Se estaba muriendo. Literalmente. La mujer que tenía sentada frente a él en el carruaje lo estaba volviendo loco, llevándolo a la muerte y a la demencia. Estaba embrujado. No podía dejar de mirarla. Su polla no podía estar más llena... y ella mantenía sus ojos clavados en él.

Veía cómo su respiración se iba acelerando, cómo sus labios se abrían, cómo sus dedos retorcían un extremo del mantón que había dejado al descubierto uno de sus hombros.

Aquello era insoportable.

Se arrodilló ante ella. Acunó su rostro entre las manos y se apoderó de su boca como un náufrago agarrándose a una tabla de madera, solo en el inmenso mar de su lujuria y su deseo.

Katerina respondió a su avance con la misma pasión. Posando sus manos sobre las de él, las fue subiendo por sus brazos hasta enredar sus dedos en su cabello negro. Gabriel tiró del mantón, bajó las manos por su cuello, sus hombros, la rodeó con sus brazos y desgarró su vestido por detrás haciendo saltar todos los botones. Sin sujeción, el corpiño se deslizó dejando al descubierto sus senos. No llevaba nada debajo, ni corsé ni camisola... Dio gracias a Dios. De haber sabido que debajo de la tela que la cubría sólo había piel..., no habrían llegado nunca a la celebración de sus amigos.

Se retiró un momento para mirarla, sus pechos, sus ojos, sus labios hinchados y húmedos. Nunca había estado más preciosa. Volvió a tomarlos, introduciendo su lengua, mezclando su sabor a whisky con el suyo a oporto mientras sus manos traviesas tomaron sus montículos firmes. Sus pezones, ya erectos, buscaron sus dedos cuando Katerina se arqueó sin dejar su boca, sin soltar su agarre.

Lamiéndose por dentro el uno al otro, Gabriel pellizcó sus picos sintiendo en su boca el gemido de placer de la joven. Su cuerpo se había adelantado en el asiento acercándose a él con las piernas abiertas, todo lo

abiertas que el vestido le permitía, acogiéndolo, asentándolo entre sus muslos.

Abandonó sus labios y besó como un desesperado su cuello, salpicando su garganta de más y más besos hasta llegar a la carne suave y dulce de sus senos. Ahí se recreó alimentado por los suspiros que salían de su interior. Tomando un pezón entre sus labios, lo chupó mientras sus manos vagabundas ya se afanaban en su piel. Una acariciando sin cesar su espalda hasta sus nalgas, la otra subiendo por una de sus piernas, hasta su ingle... De pronto paró y la miró. Sonrió. Llevaba los calzones que le había hecho madame Lafleur.

Se detuvo pasando la yema de sus dedos una y otra vez por sus ingles mientras seguía alimentándose de sus pechos. Dándole un mordisco con cuidado de no hacerle daño al tiempo que paseaba sus dedos por los pliegues, Katerina casi gruñía por las sensaciones que las manos y la boca de Gabriel le ofrecían, abandonando su cabeza para sujetarse al asiento mientras empujaba su pelvis hacia él.

Volvió a su boca, comiéndosela...

Un rayo de lucidez atravesó su mente haciéndolo parar.

Ya habían atravesado la cancela de la mansión Bladnoch y se acercaban a la casa.

La cubrió con el corpiño y el mantón que permanecía en el suelo del carruaje, sin embargo, la evidencia de lo que habían hecho se reflejaba en sus labios y en su mirada ardiente y deseosa, expectante y solícita.

Katerina se sujetó la ropa, mientras intentaba respirar con normalidad. Gabriel, tan agitado como ella, tomó una bocanada de aire intentando contenerse para no derramarse antes de entrar en ella, pues aquella noche la poseería, sería suya de una vez por todas con la esperanza de recuperar la vida que se le estaba yendo ante tanto deseo insatisfecho, día tras día, desde su llegada.

Alfred abrió la puerta y salieron.

Katerina trastabilló y él la sujetó por la cintura. Sus piernas se doblaron ante la intensidad de lo ocurrido.

El señor Tilman les estaba esperando.

No dijeron ni una sola palabra. Subieron las escaleras y entraron juntos en la habitación de ella.

Frente a frente, Katerina se desprendió del mantón y el corpiño volvió a deslizarse. Gabriel se tomó un instante para dar más luz a la alcoba; quería

verla con claridad, entera, cada recoveco, cada pliegue, recrearse en su piel... Se apoderó una vez más de su boca, enloquecido, como un animal salvaje; sus pasiones imparables, los hacían recorrerse con la lengua, con las manos... desesperados. Sus manos le deshicieron el peinado dejando suelto su cabello que él enredó entre sus dedos, tirando con suavidad de ellos, dejándolos libres sobre sus hombros.

Sin ser conscientes de ello, se fueron arrancando la ropa el uno al otro hasta quedar desnudos, medio desnudos... Gabriel se recreó en los calzones que cubrían el sexo de ella, sonrió. Nunca imaginó que esa prenda pudiera ser tan excitante, tan erótica. Se acercó a ella, pasó el índice por la parte superior, acariciando su piel; utilizó los dedos de su otra mano para hacer el mismo recorrido por sus ingles, bajo la tela, sin dejar de mirarla con esa expresión de satisfacción pintada en sus labios... Katerina jadeaba, dejaba de respirar, volvía a gemir cerrando sus ojos para volver a abrirlos y hundirse en los de él, tan negros, mucho más de lo habitual... Fue deshaciendo los lazos que los sujetaba, viendo cómo se deslizaban por sus largas y torneadas piernas... Se detuvo en sus muslos, en su vientre, en sus pechos...

Katerina quedó impresionada al ver el cuerpo de Gabriel, era más que perfecto, y aún más emocionada al ver su espléndida verga, llena, púrpura, dispuesta... Sintió un escalofrío... Deseaba tenerla en su interior, sin embargo, era tan grande que se preguntó cómo podría albergarla. Podría, lo necesitaba demasiado, se abriría a él como una flor se abre al sol absorbiendo la vida.

La tomó por el cuello para volver a besarla; su mano libre la acercó a él cogiéndola por el sacro, haciendo que sus pies se levantaran del suelo, momento que ella aprovechó para rodearle las caderas con sus piernas, deslizando sus pliegues empapados por su duro y aterciopelado miembro. Enganchada de su cuello, se mecía arriba y abajo sintiendo cómo Gabriel se movía hasta que su espalda quedó apoyada contra la puerta de entrada.

La agarró con firmeza de las nalgas mientras la besaba y se contenía, sintiendo el sexo mojado pasearse por su verga. Sabía que estaba cerca, lo notaba en su respiración, en su mirada cuando abandonó sus labios.

Katerina no podía creer la fuerza que se acumulaba en su clítoris, una fuerza que la empujaba por instinto a restregarse contra el falo de Gabriel, hasta que el placer la recorrió y la sorprendió en un grito que él ahogó en su boca, tensándola, arqueándose mientras él la acunaba contra su cuerpo. Quedó saciada y, sin embargo, anhelante... Quería más...

Apoyada en su frente, él la llevó a la cama. No podía aguantar más. Necesitaba estar dentro de ella. Ya. Inmediatamente.

Colocándose encima de mí, clavó su mirada en la mía antes de volver a besarme, mientras paseaba su pene a lo largo de mi raja; mis caderas yendo a su encuentro; mis brazos rodeándolo y mis manos deambulando como locas por su espalda; entonces abrió más mis piernas situándose en mi entrada mirándome a los ojos; con las rodillas flexionadas lo invitaba a entrar —si no lo hacía pronto... —, y cuando introdujo la cabeza de su pene, me quedé sin respiración. ¡Dios! ¡Era demasiado grande! Al ver mi expresión se retiró para volver a regalarme un poco más de su erección y así iniciar un baile de retirada y empuje que me llevó al éxtasis una vez más; aprovechando los temblores que aún contraían mi vagina, se empujó dentro de mí clavándose hasta el fondo, sacándome un grito y una lágrima. Se quedó quieto sosteniéndose sobre sus codos para no aplastarme.

—¡Santo cielo! Dijiste que no eras virgen... Lo siento... —susurró preocupado, jadeando.

—No, no lo soy..., es que... eres muy grande... yo... —conseguí decir apenas sin aliento mientras su rostro se iluminaba con esa sonrisa a la que ya me había acostumbrado.

—Tan apretada... tan mojada... tan apasionada... —¿Apasionada? Sí, con él había descubierto la pasión.

Su arrogante sonrisa no abandonó su expresión mientras esperaba un momento a que mi cuerpo se adaptara a su penetración y comenzaba a moverse despacio sin abandonar mis ojos. Era la primera vez en mi vida que sentía que estaba haciendo el amor. Haciendo el amor con mayúsculas. Me sentí parte de él. Teniéndolo dentro de mí era una extensión de mi cuerpo. La parte de mi alma que me faltaba. En ese momento sentí que estaba completa.

Se movía para introducirse en mí un poquito y después de varias embestidas cortas me penetraba hasta el fondo, mientras clavaba mis uñas en sus nalgas y en su espalda. Su danza se volvió más frenética cuando tomó un pezón en su boca. ¡Por Dios! Creía que me moría de placer. Mi cuerpo arqueado hacia él demandaba más y más.

—Más... Gabriel..., dame más...

Y Gabriel me dio más, mucho más, más que su verga dentro de mí. Su respiración acelerada me indicó que estaba cerca.

—Córrete... córrete... —le decía yo, pero en lugar de hacerlo volvió a

tocar mi clítoris con su pulgar, mi precioso clítoris tan sensible que me dolía, pero no me importó.

—Ahora...

Estallé gritando, mientras sentía el calor de su semen dentro de mí y su gruñido de placer ahogado en mi cuello.

La simple y sencilla postura del misionero, la que siempre había practicado con Arthur, se había convertido en la experiencia sexual más extraordinaria de mi vida. ¡Y pensar que estuve con ese idiota tres años! Tres años de mi preciosa vida desperdiciados con él. Un hombre que no me permitía ser yo, cuya idea del sexo consistía en un rato de besos y entrar a saco hasta que se corría. ¡Y yo me lo creí! Cuando me decía que yo era la culpable de no tener siempre un orgasmo, no lo dudé; él se consideraba un amante experto, sin embargo, después de lo que había vivido esa noche sólo pensaba en la suerte que había tenido de saber dónde tenía la polla. ¡El muy imbécil! El que hizo que me sintiera sucia después de tener sexo con él. Siempre tuve la impresión de estar follando, nunca me sentí amada y, en ese momento, con un hombre que conocía de algo más de dos semanas aproximadamente, no sólo me sentía amada hasta la última célula de mi terrenal cuerpo, sino que había descubierto que hacer el amor era la experiencia más maravillosa del mundo.

Aun se quedó unos segundos más dentro de mí levantando la cabeza para mirarme.

—Extraordinaria... —murmuró al tiempo que tocaba mis labios con los suyos.

Su halago llegó a una parte de mí que me llenó de ternura y satisfacción haciendo que tuviera ganas de llorar.

—Ha sido... ha sido... —era incapaz de encontrar la palabra adecuada para definir lo que había sucedido—, ha sido...

Me besó en la frente abrazándome más fuerte. Yo acariciaba su pecho húmedo jugando con su vello, besaba la piel de su hombro para sentir su sabor en mis labios.

Saliendo de mí, me tomó entre sus brazos y me colocó encima de él, rodeándome con sus brazos y sus piernas, acomodada entre sus muslos, sintiendo la humedad de su pene en mi muslo, nuestras esencias mezcladas. Pasé mis brazos por debajo de los suyos y anclé mis manos a sus hombros, mientras el sonido de su corazón y las caricias que le prodigaba a mi espalda y nalgas me sumían en el más placentero de los sopores. Nunca había sido

más feliz.

Por fin estaba en el lugar que quería estar: entre sus brazos.

Apoyada sobre su pecho, la sensación de haber hecho el amor por primera vez me rondaba sin descanso, me sentía como una virgen en su primera experiencia sexual, mínimo dolor, dolor y placer, placer y amor; no sólo había sido un intercambio de besos, de caricias, de lenguas húmedas, de dar y recibir, sino una conexión que no podía explicar, algo que nunca había sentido y que todavía me hormigueaba en la piel.

Con los ojos todavía cerrados, me fui despertando impregnada de su tacto, de su respiración, de su piel, no quería que el tiempo pasara, sólo quería mantenerme así hasta el fin de mis días. Empecé a moverme con cuidado de no despertarlo, apoyándome en mis codos para levantar ligeramente la cara y poder recrearme con su imagen.

Su respiración suave me erizaba la piel, era algo asombroso, y aun así, ese sonido me excitaba. Con la mirada, me detuve recreándome en su cabello, en su rostro y en su pecho desnudo. No sé cuánto tiempo había dormido, sin embargo, ya estaba dispuesta para otra ronda de sexo. Jamás me había ocurrido algo así. ¡Eran tantas las sensaciones que él había despertado en mí! Me sentía una mujer hermosa y sensual como nunca antes nadie logró hacerme sentir.

Alargué mi mano para despejar su frente de los mechones rebeldes que siempre caían libres haciéndolo aún más hermoso. Acaricié el contorno de su cara, sus orejas, sus labios... Sus hermosos, sensuales, dibujados labios que me habían quitado la capacidad de razonar y de pensar aquella noche. Continué mi exploración aprovechando que estaba dormido para recrearme a través de la yema de mis dedos en su cuello, en sus hombros, en su pecho, dibujando la pequeña aréola que rodeaba su pezón para seguir hacia abajo y jugar alrededor de su ombligo, lo que me obligó a moverme un poco más hacia un lado.

—Si sigues así no dormiremos en toda la noche... —dijo somnoliento.

Sus palabras me sobresaltaron haciendo que retirara mi mano de inmediato, poniéndola, cerrada en un puño, entre mis pechos; cuando lo miré tenía los ojos abiertos y su mirada clavada en mí. Me sonrojé. Otra vez. Como siempre. O al menos eso pensé. Ese calor que sentí en mis mejillas no podía ser otra cosa. ¡No me había sonrojado desde los 13 años! Pero desde que lo había conocido había perdido la cuenta de las veces que me había

sucedido.

—Lo siento, no quería despertarte... —dije con timidez.

—No me has despertado... —La picardía brillando en sus ojos.

Aquello me animó a volver a tocarlo pasando la mano en una suave caricia a través de sus pectorales hasta su hombro donde me detuve en la cicatriz que tenía ahí. Tal vez, ese era un buen momento para preguntarle. Estaba relajado y tranquilo.

—¿Y esto? ¿Cómo te la hiciste?

—No es nada, un error de juventud.

—¿Un duelo por una mujer? —pregunté entusiasmada incorporándome de golpe de manera que quedé sentada junto a su cadera con las sábanas alrededor de mi cintura mostrando la desnudez de mi cuerpo—. Cuéntame por favor, es tan emocionante...

—No hay nada que contar. —Sonó seco y autoritario. El asunto quedaba zanjado. Su mirada dura y sin expresión.

En ese momento fui consciente de mi cuerpo desnudo y me cubrí con las sábanas hasta el cuello; por algún motivo inexplicable, sentí ganas de llorar por el tono que había utilizado al responderme —otra cosa que no me había pasado nunca— y rechazando esa tonta sensiblería me armé de valor para disimular el efecto que había tenido su respuesta. Preguntar por la otra señal, la de su costado, quedaba descartado después de esa respuesta.

Algo debió de notar en mí, pues su tono se dulcificó cuando me dijo:

—No es una historia interesante, te aburrirías mucho, sólo fue una estupidez.

Su sonrisa me reconfortó y mi ánimo cambió por completo. No quise insistir, aunque algo en mi interior me decía que aquel episodio de su vida había sido muy importante y que había un antes y un después. Quizás, con suerte, algún día confiara lo bastante en mí para contármelo..., si permanecía allí el tiempo suficiente, por supuesto.

Cogió mi mano para posar el más dulce y excitante de los besos en la muñeca y en la palma.

—¿Tienes un castillo?

Me miró sorprendido no sólo por el cambio de conversación sino también por el tono desenfadado que le había dado a la pregunta.

—Eres escocés y los escoceses tienen castillos, ¿no? —dije con inocencia.

Tras un breve momento de estupor, soltó una carcajada que me contagió

y me hizo reír a mí también.

—No, no tengo castillo. Cariño, creo que tu preciosa cabeza está llena de demasiados cuentos de hadas —me dijo aún riendo.

Cariño. Me había dicho cariño. ¿Y por qué eso era tan importante? No era la primera vez que un hombre me llamaba así; Arthur lo había hecho muchas veces durante el tiempo que duró nuestra relación, sin embargo, el “cariño” de Arthur nunca había despertado ese algo en mi interior que no podía definir.

—¡Oh! ¡Qué decepción! Un escocés sin castillo es como un jardín sin flores —dije con un tono teatral—, creo que tendrás que llevarme a esos bailes a los que sueles ir para buscar un escocés con castillo —continué diciendo en un tono de broma que él no supo reconocer, pues su mirada se volvió dura de nuevo y pareció mostrar algo que... ¿celos? ¡Qué va! Eso no podía ser... Entonces le sonreí.

—No sé..., veré lo que puedo hacer. ¿Te sirve una granja? —me preguntó clavando su mirada en la mía. La sonrisa volvió a bailar en su rostro y lo que me pareció percibir segundos antes, había desaparecido por completo haciéndome pensar que todo había sido fruto de mi imaginación.

—¿Tienes una granja? —asintió con la cabeza—. ¿Con animales? —Volvió a asentir.

—Gallinas, cerdos, ovejas y... caballos...

—¡Caballos! —dije aplaudiendo dejando caer la sábana que me cubría—. Me encantan los caballos, es mi animal favorito. ¿Me llevarás? ¿Me enseñarás a cabalgar? Ya sabes que no sé.

—¿Tu animal favorito? Pero si le tienes miedo a *Halcón* y que yo sepa, nunca te has acercado a las cuadras —respondió divertido.

Entonces, en un arrebato, me tomó de la cintura y me tumbó sobre mi espalda colocándose sobre mí y mirándome como si anduviera perdido en sus pensamientos... Mi corazón iba a mil por hora y mi excitación también.

—*Halcón* es demasiado grande y parece fiero y salvaje. Tendría que aprender con un caballo más manso y tranquilo, con el más viejo y sereno que tengas —repliqué enfurruñada, mientras pasaba mi dedo índice por su pecho—. Di, ¿me enseñarás a montar, milord? —susurré con un suspiro de placer... Él ya se movía entre mis piernas.

—Cuenta con ello... Te enseñaré a cabalgar mi dulce...

Aquella era sin duda, la mujer más desconcertante que había conocido en

su vida. En el tiempo que hacía que la conocía lo había sorprendido de mil maneras. Con su ingenuidad, su inocencia, su cara sonriente y su mirada alegre. El fuego que emanaba de ella cuando se enfadaba; nada le había resultado jamás tan excitante como ver esa llama en sus ojos queriendo fulminarlo. Curiosa hasta el infinito, una mujer que lo escuchaba con atención como si de verdad le interesara lo que él decía, siempre pendiente de él, de sus palabras, absolutamente asombrosa; ninguna otra había mostrado interés en él; sólo veían a un hombre apuesto con el que tener una aventura, un buen revolcón y poco más; sólo veían al amante vividor y cínico que se escondía detrás de la fachada; sólo veían la seducción, conseguir al amante que les diera placer, ninguna había querido ir más allá, ninguna se había ofrecido a él con el corazón... y él tampoco lo había permitido... nunca... hasta que llegó Katerina, una mujer que derribaba todos sus esquemas, todo lo que alguna vez pensó que era una mujer: frivolidad, vacío, egoísmo... y él lo había disfrutado, se había aprovechado de todo eso y se sentía satisfecho o al menos eso pensaba... Hasta que ella apareció. Ninguna otra había conseguido excitarlo de aquel modo; desde que la viera por primera vez, su pene se había levantado y permanecía así desde entonces, erecto, queriendo hundirse en ella una y otra vez; ni siquiera el desahogo que se daba a sí mismo de vez en cuando había conseguido menguar su deseo por ella, ni siquiera sus sesiones de boxeo y esgrima habían logrado disminuir el calor que emanaba de forma permanente de su entrepierna y que amenazaba con quemarlo, su erección queriendo liberarse de sus pantalones. Nada funcionaba. Haber hecho el amor con ella aquella noche sólo había aumentado el problema, pues si antes pensó que la deseaba ahora no podía pensar en otra cosa que no fuera estar hundido en ella, el infierno se había desatado y él tenía que encontrar una solución lo antes posible.

Katerina se expresaba con total libertad, no había nada que ella no se atreviera a decir o a preguntar, como esa noche ante sus amigos; se había sentido orgulloso de ella; era valiente y su arrojo desafiaba a cualquiera; rezumaba entusiasmo y pasión, una pasión que había conocido momentos antes con un total y absoluto abandono, sin represiones, sin risitas tontas, toda sinceridad, inteligente, amorosa, cariñosa, una mujer auténtica en todos los aspectos, sin disimulos, una gata salvaje con un corazón y una sonrisa de ángel. Sólo había una palabra para definirla. Peligro. Y él tenía que alejarse lo más posible de ella. Había conseguido despertar en él algo que no quería ver, pero sabía que estaba ahí queriendo salir, aunque él no lo permitiría, no otra

vez por muy excepcional que fuera la mujer que ahora yacía debajo de él mirándolo sin pestañear, con sus labios rosados entreabiertos, excitada y dispuesta para él. Disfrutaría y aprovecharía cada momento con ella, sólo su cuerpo, sólo sexo; estaba seguro de que tarde o temprano se acabaría cansando de ella como siempre le pasaba con sus amantes, una semana, quizás dos y todo habría terminado, las aguas volverían a su cauce. Además, con suerte, volvería pronto a su tiempo y se libraría definitivamente de ella. No le permitiría ahondar en su vida y si no se iba, buscaría la forma de alejarla de él, pero no en ese momento, no cuando su boca lo llamaba y lo invitaba, no cuando sentía la caricia de sus pies sobre sus piernas, no cuando sentía sus manos yendo y viniendo por su espalda, no cuando descendían y se acercaban a su verga y sus testículos, una rodeando su cadera por delante, la otra delineando su nalga hacia abajo. Sí, lo dejaría para más tarde, para cuando su cabeza volviera a funcionar con normalidad.

Todo atisbo de conversación desapareció en el momento en que lo tuve encima de mí mirándome como queriendo devorarme; cuando mis pies y mis manos se movieron, acercó su boca a la mía y tomando mi labio superior introdujo la punta de su lengua acariciándome la parte del paladar que se unía a los dientes... ¡Dios mío! No pude contener el gemido que salió de mi garganta, mientras tomaba su labio inferior chupándolo, bebiendo de él. Sus manos iban recorriendo mi cuerpo deteniéndose en mis pechos sin abandonar su incursión en mi boca, perdida en la forma en que su lengua entraba y la acariciaba, y yo la tomaba con la mía; aquello sólo era el prelude de lo que ocurriría más tarde entre su sexo y el mío. Nuestras manos pasaban de un lugar a otro de nuestros cuerpos hasta que las suyas se detuvieron enmarcando mi rostro y comenzó a besarme por todas partes con una ternura desmedida. Con su boca y su lengua, iba dejando un reguero de descargas eléctricas por mi cuello, por mis hombros hasta llegar a mis pechos donde se recreó y prestó especial atención a mis pezones que lo llamaban con desesperación cuando mi espalda se arqueó hacia él queriéndolo ahí.

—Gabriel... chúpamelos... cómeme...

Gabriel se deleitó lamiendo, chupando, rodeándolos con la lengua, primero uno, después el otro. Un grito salió de mí cuando mordió uno de ellos —no sabía que se pudiera morder, no sabía que una mordedura podría ser tan excitante hasta que lo hizo en el carruaje—, y mi sexo ya chorreante se contrajo humedeciéndose aún más. ¡Santo cielo! Estaba a punto de tener

un orgasmo... y sólo me estaba comiendo las tetas. Con el tiempo me acostumbraría a las reacciones de mi cuerpo ante sus atenciones... ¿Qué tiempo? Bien, ahora no iba a pensar en eso, sólo me iba a concentrar en...

—Gabriel... Dios mío... Creo que me voy a correr... No pares...

Yo era incapaz de seguir manteniendo mis ojos abiertos, perdida como estaba en todas las sensaciones que mi Gabriel —¿Mi Gabriel? Sí, al parecer, ya era mi Gabriel— estaba despertando en mí, el orgasmo formándose en mi bajo vientre... ¿Desde cuándo se tenía un orgasmo con sólo estimular los pechos?

—Abre los ojos... Mírame... Quiero verte cuando te corras... —La excitación dominando su voz, su excitación dominando mis sentidos.

Aquella orden fue más de lo que pude soportar y a la vez que abría los ojos e intentaba no cerrarlos, el clímax arrasó mi cuerpo, mientras me sujetaba de sus hombros, clavándole las uñas. Casi sentía que me desmayaba y cuando me penetró de una estocada sentí que otro orgasmo me rompía en mil pedazos haciéndome gritar como nunca antes lo había hecho. Sí, se podía tener un orgasmo detrás de otro...

—Gabriel... —susurré por completo perdida en su verga que se mantenía quieta en mi interior—. Gabriel...

Arrasó mi boca sin tregua, sin ternura, sólo devastación, pasión en su más pura esencia; mientras me agarraba de su pelo empezó a moverse dentro de mí, lo sentía yendo de un lado hacia otro, golpeando cada rincón de mi vagina... —¿Eso se podía hacer? Pues sí—; su pene paseándose en mi interior a la vez que, posando su frente en la mía, nos hundíamos en nuestros ojos, bebíamos el aliento el uno del otro, nos alimentábamos sin perdernos de vista, obnubilados por las sensaciones que experimentábamos.

Retirándose casi del todo volvía a entrar con suavidad en mi interior para volver a salir poco a poco, sus movimientos suaves, lentos, profundos, me tenían por completo enloquecida. Me giró colocando mi pierna sobre su cadera quedando casi de costado sin dejar de mirarnos mientras me agarraba de su cuello y él estimulaba mi cuerpo con una mano, con sus labios que no dejaban los míos y se movían de mi boca a mi pecho sin dejar de moverse en mi interior. Mi pierna subía y bajaba por su cadera aumentando las sensaciones. Su otra mano bajo mi cuello, acariciaba mi nuca y se enredaba en mi cabello.

—Katerina... —Pronunciaba mi nombre con una veneración en la voz que me emocionaba al punto de las lágrimas, mientras me seguía acariciando

y miraba el camino que hacía con su mano y me abandonaba a sus caricias cerrando los ojos, moviendo mi cuerpo hacia él.

Las embestidas se fueron haciendo más rápidas, lo cual provocó un cambio de posición volviéndome a poner sobre mi espalda mientras rodeaba sus caderas con mis piernas sintiendo uno de sus muslos presionando una de mis nalgas.

Sin abandonar mis ojos, empujaba con fuerza dentro de mí a la vez que yo salía a su encuentro de modo que estimulaba mi clítoris con cada choque de nuestras pelvis, sintiendo como se formaba otro orgasmo. Piel contra piel. Nuestros cuerpos tocándose casi en su totalidad.

—Gabriel... yo...

—Aún no...

—No puedo...

—Aún no... —insistió agitado—. Puedes...

Continuó más y más rápido, mientras yo caía en un torbellino sintiendo su saco golpeando mi trasero, más duro, más hinchado.

—Aún no...

Me volvió a decir mirándome y tan perdido como yo en lo que estaba ocurriendo.

Contrayendo mis músculos vaginales, intenté controlarlo todo lo que pude, sintiendo cómo sus empujes me movían hacia la cabecera de la cama y sentía mis pechos bamboleándose al mismo ritmo de sus caderas, hasta que no lo pude aguantar más y me abandoné al arrasador huracán tirando con fuerza de su pelo. Segundos más tarde él, se unió a mí; sentí cómo me llenaba, su semen caliente inundándome, él contrayéndose dentro y fuera de mí para después dejar caer su cabeza sobre mi pecho apoyándose en sus codos mientras mis brazos lo rodeaban y dejaba un beso sobre su cabeza.

Quedamos como dos muñecos de trapo, el uno en brazos del otro, al tiempo que nuestras respiraciones volvían a la normalidad; entonces me tomó entre sus brazos quedando sobre su espalda y yo apoyada sobre su pecho. Con un gesto inconsciente, pasé una pierna por encima de la suya, mi mano deambuló hasta su pelo, donde enredé mis dedos. Sus manos danzando sobre mi espalda me hicieron caer en un sueño profundo. Mi último pensamiento fue: ¡Dios mío! Lo amo.

¿Qué había pasado? Gabriel se sintió confundido después de haber hecho el amor con Katerina. Las sensaciones, el deseo. Siempre había disfrutado de

un buen polvo, sin embargo, nunca se había entregado tanto al placer, no sólo al suyo sino también al de ella. Desde que la tomara por primera vez esa noche. Desde que en el carruaje, empezó a besarla hambriento de su sabor y su carne.

Nunca se había recostado queriendo permanecer junto a la mujer con la que follaba desde que... Nunca se había sentido tentado de seguir tocando su cuerpo después de terminar desde que... De hecho una vez que terminaba se iba, no había tenido ningún interés en permanecer más tiempo del necesario a su lado. Era la primera vez que amanecía junto a una mujer. Sólo era sexo, disfrutar dando y recibiendo placer y ahí terminaba todo, pero con Katerina... Con Katerina todo era diferente, ni siquiera se acordó de tomar medidas para evitar un embarazo. No salía de su asombro. Eso sí que le daba miedo. Dejar que su simiente floreciera en el vientre de una mujer le daba pavor. No se podía tener un hijo con cualquiera, era algo demasiado importante como para desentenderse de semejante responsabilidad y tener que lidiar con la madre de la criatura toda la vida..., ¡eso sí que no! Por eso siempre había evitado esa posibilidad, sin embargo con Katerina se le había olvidado. ¡Se le había olvidado! Más de una vez..., aunque una imagen quedó sembrada en su mente...

Con una sonrisa en los labios, se quedó dormido.

Somnolienta y aún con los ojos cerrados, alargué el brazo con la esperanza de encontrar a Gabriel a mi lado, pero me encontré con un espacio vacío. ¡Cuánto deseaba arrebujarme contra su cuerpo!

Una sonrisa de absoluta felicidad se apoderó de mi rostro, mi corazón latía de pura dicha. ¡¡Había tenido sexo con Gabriel!! Y había sido perfecto. Nunca imaginé algo así. Lo amaba. Como una tonta, me había enamorado de él hasta la última célula de mi cuerpo y haber hecho el amor, sólo había conseguido alimentar, aún más, lo que sentía por él, aumentándolo hasta límites insospechados.

¡Dios! No cabía en mí de gozo.

Un golpe en la puerta me hizo darme cuenta del estado de la habitación. Me incorporé comprobando que la cama estaba toda revuelta; la ropa toda esparcida por el suelo, el vestido roto... Cualquiera que viera aquel escenario sabría, a ciencia cierta, lo que había pasado.

Cuando Nora entró seguida de Jane, que llevaba la bandeja del desayuno, me puse roja de la cabeza a los pies.

Vi cómo ambas mujeres se miraban con una sonrisa cómplice, mientras yo me tapaba hasta el cuello con la sábana... ¡Estaba desnuda!

Ni Nora ni Jane dijeron nada y mientras la doncella se iba después de dejar el desayuno sobre la mesita, la señora Hayes iba recogiendo las prendas diciéndome que Gabriel quería hablar conmigo una vez que estuviera preparada, el resto de su parloteo se perdió en el vacío. ¿Quería hablar conmigo? Al bienestar que sentía se sumó el nerviosismo por volver a verlo después de la noche que habíamos pasado y por lo que quería decirme en ese momento. ¿Y ahora qué? ¿Diría eso de “ha sido un error, no volverá a ocurrir más”? ¡Maldita sea! Empecé a asustarme. Sólo esperaba que no se tratara de eso... ¡Joder!

Me entregó la bata y me levanté para desayunar primero y ducharme después. Agradecí en silencio su discreción y no le pregunté nada cuando salió del dormitorio con el vestido azul sobre su brazo. ¿Habrían encontrado los botones en el carruaje? Claro, qué pregunta tan tonta. Nora lo arreglaría y volvería a estar como nuevo para que Gabriel me lo volviera a romper... Esa idea me llenó de deseo. ¿Se podía estar cachonda por un hombre todo el día? Por Gabriel...

Y encima tenía que verlo. No sólo porque él así lo había pedido, sino también porque deseaba, con toda la fuerza de mi alma, tenerlo frente a mí, poder tocarlo de nuevo... ¡Dios! ¡Qué nervios!

Bien, ahí estaba yo. Delante de la puerta de su despacho con el corazón que se me salía por la boca. Respiré hondo varias veces cerrando los ojos y tratando de calmar mi inquietud.

Llamé y oí su voz.

Entré.

Estaba sentado con una pluma en la mano que dejó al verme. El brillo de su sonrisa iluminó sus preciosos ojos negros. ¡Dios! ¡Qué guapo estaba! Su semblante alegre me pareció que era buena señal, al menos no estaba reflexivo ni taciturno. Su mirada no me abandonó desde el momento en que crucé el umbral de la puerta. Me caldeó por completo... Me humedecí, deseaba tenerlo dentro una vez más... y otra, y otra más y siempre.

—Buenos días, Gabriel —dije con una sonrisa de felicidad y temor.

—Buenos días, señorita Katerina, siéntese, por favor —contestó sin moverse de su mesa, señalándome la silla. Su sonrisa nunca lo abandonó.

¿Señorita Katerina? ¿Volvíamos a las formalidades después de todo?

¿Quién podía entender eso? ¿Qué significaba? ¡Maldita sea! No entendía nada, ¿esto era cosa de hombres o sólo de él? ¿Quizás era lo normal en esa época? ¡Joder! ¿Y ahora qué se suponía que tenía que hacer? En ese momento, mientras me dirigía a la silla, decidí que lo trataría de igual forma... y a ver qué pasaba... ¡Mierda! Esto no tenía ningún sentido.

—Quería preguntarle sobre algo que mencionó en la cena de anoche, Katerina.

—Sí, claro, ¿de qué se trata? —respondí haciéndome la inocente, a pesar de mis sospechas.

—¿Por qué insistió tanto en que adquiriera la mansión Gruffuldd? ¿Qué sabe, Katerina?

—¿Yo? Nada en absoluto, milord. —¡Joder, lo sabía!—. Sólo fue una intuición, como dije, sospecho que sería un buen lugar para una escuela.

—¿Una escuela? Katerina..., ¿qué sabe? —me preguntó impaciente.

¡Mierda! No podía decirle nada de eso, era un asunto personal y eso podría cambiar el futuro, ¿no? “El continuo espacio-tiempo”, como lo llamaban en la peli *Regreso al futuro*^[9], era muy importante; si se cambiaba algo del pasado podía influir en el futuro... ¡Qué lío! Una cosa era hablar de las innovaciones, de los cambios en general, pero meterme en algo personal... La verdad es que me daba miedo. ¿Y si mis palabras y sus consecuencias provocaban un cambio? Y lo más importante: ¿qué cambio sería?, ¿para peor o para mejor?, ¿sería conveniente? ¡Mierda!

—Katerina... —Se notaba en su voz que mi silencio le estaba haciendo perder la paciencia.

—No puedo... —dije de pronto poniéndome de pie—. No puedo decirle nada; lo siento, de verdad, pero no puedo. Gabriel, por favor, no insista. —Hice ademán de irme.

—Katerina, no se le ocurra escaparse ahora. —Su voz sonaba suave, pero autoritaria—. Dígame de qué se trata.

Empecé a pasear por delante de la mesa, intranquila, sin saber qué hacer. Podría explicarle cómo veía yo el asunto y tal vez, de esa forma, se convencería y no insistiría más... Claro, y podía seguir engañándome hasta el fin de mis días... Si algo sabía de él era que no se daría por vencido con tanta facilidad.

—Está bien —le dije deteniéndome—. Se trata de un asunto personal que le concierne a usted y yo no puedo decir nada que influya en sus decisiones, en su vida, eso podría cambiar el futuro, su futuro. Cualquier cosa

que tenga que ver con usted, sólo usted tiene potestad para decidir, tiene que hacer lo que crea correcto y olvidarse de lo que yo pueda saber —concluí muy convencida y satisfecha.

—¿No le ha dado por pensar que, en este momento, usted forma parte de mi vida y que podría tener mucho que ver con mis decisiones y con lo que ocurra en el futuro..., mi futuro? —preguntó levantándose y rodeando el escritorio para acercarse a mí.

Vaya, no había pensado en eso.

Entonces, se me ocurrió mirarlo a los ojos y vi ese brillo travieso. Sabía lo que pretendía y si lo hacía, me derretiría y le contaría hasta el más mínimo detalle, así pues, me fui desplazando hacia un lado de la mesa, huyendo, literalmente, de él y estudiando la forma de salir corriendo de allí antes de que me pusiera una mano encima.

—¿Qué ocurre, Katerina? —preguntó con esa sonrisa diabólica que encendía mi sangre—. ¿A dónde cree que va?

—Lord Adair, conde de Bladnoch, le prohíbo que se acerque a mí... —dije categórica—. Tengo que pensar en lo que me ha dicho y tomar una decisión... No lo haga... —volví a advertirle mientras seguía rodeando el escritorio.

—¿Hacer?, ¿hacer qué, Katerina? —Su voz aterciopelada, profunda y seductora, ya estaba haciendo estragos en mí.

—Gabriel..., ¡compórtese como un caballero! —respondí muy digna.

Fue entonces cuando eché a correr hacia la salida; en ese preciso instante me cogió por la cintura haciendo que ambos cayéramos al suelo envueltos en metros de tela y jadeos y, antes de que pudiera decir algo, me besó.

Confieso que me hice la dura empujándole con las manos y revolviéndome debajo de él... y lo único que conseguí fue acomodarlo entre mis ingles, sintiendo su erección plenamente contra mi sexo.

—Gabriel, por favor... —logré decir en algún momento—. No puedo...

Volvió a besarme. Sentí sus labios húmedos sobre los míos, su lengua trazándolos desde la comisura, mientras sus manos se hundían en mis cabellos y las mías lo tomaban de las solapas de la chaqueta acercándolo a mí, permitiendo que su lengua explorara mi boca, uniendo nuestros gemidos y nuestros movimientos de caderas yendo hacía él, viniendo hacia mí...

—Qué sabes, amor... —decía mientras me desabrochaba el vestido cuyos botones se encontraban por delante —¡Qué casualidad!—, y su boca depositaba suaves besos por mi mentón y mi cuello.

—Por favor... Gabriel, no seas malo... No puedo... —respondí rodeando su cuello y perdiéndome en su pelo oscuro.

Cuando delineó uno de mis pechos y tomó un pezón en su boca, grité de placer, mientras una de sus manos bajaba por mi costado hasta el tobillo para después subir, con mucha lentitud, deteniéndose en la parte interna de mi muslo, yendo y viniendo hacia mi ingle sin tocar en ningún momento mi sexo.

Mi desesperación era tal que, arqueada hacia él y levantando mi pelvis hacia su mano, bajé las mías para desbrochar su bragueta y ceñir su verga entre mis dedos. Su gemido me llenó de satisfacción y me calentó aún más.

—¿La quieres? —me preguntó jadeando, moviéndose dentro del círculo que habían formado mis dedos alrededor de su polla, a la vez que atendía concienzudamente mi otro seno.

—Gabriel..., no juegues conmigo... Te necesito... —jadeé desesperada—. ¡Ahora!

Sin embargo, y sin abandonar mis picos rabiosos por su boca, alejó mi mano de su falo para tomarlo él en la suya y acercarlo a mi entrada donde se detuvo rodeando el portal en una dirección y en otra.

—Gabriel... —casi grité cuando sentí su cabeza navegando por mi raja hasta mi clítoris.

—¿La quieres? —volvió a preguntarme, arrogante, alzando la cabeza y mirándome con la pasión tatuada en sus ojos.

—Sí..., por favor... —supliqué sacándole la camisa y paseando mis manos por su espalda hasta sus nalgas, empujándolo hacia mí, llevando mis caderas hacia él.

—Dímelo... —susurró en mi oído antes de deleitarse con el lóbulo de la oreja y volvía a jugar con mi sexo, llevando su pene arriba y abajo, dando pequeños y suaves golpes sobre mi sensible brote.

Ya no podía más. Necesitaba correrme más que respirar, necesitaba su verga llenándome, estirándome, colmándome... y él no me lo permitía.

—Maldito cabrón... te odio... —jadeé.

—Yo también, cariño... —contestó volviendo a mi boca, mientras seguía jugando, jadeante, ansioso, orgulloso.

—Iré... —dije por fin cuando me liberó—. Veré la propiedad y...

En ese momento, sentí su sonrisa contra mis labios, al tiempo que se introducía en mi vagina de un empujón.

Me quedé sin respiración por un momento, cuando su pulgar jugó con mi

perla hinchada haciéndome estallar acallando mi grito con otro beso arrasador.

Se quedó quieto sintiendo las olas de mi orgasmo alrededor de su miembro.

—Maravillosa... —susurró con la respiración agitada, empezando a moverse—, ¿y?

—¿Qué? —contesté aturdida; por un momento pensé que había perdido el conocimiento.

—¿Cuándo veas la propiedad... qué? —preguntó entre dientes sin abandonar mis ojos.

Rodeándolo con mis piernas... respondí.

—Te daré... un buen consejo...

Empezó a moverse con más celeridad mientras su dedo travieso y perfecto volvía a mi clítoris y sus labios a los míos. Su ritmo impredecible, me estaba llevando una vez más a otra montaña rusa de placer, hasta que se volvió tan frenético como el movimiento sobre mi perla, dándome tan duro que se derramó hundiendo su rostro entre mi pelo con un gruñido lobuno y yo lo seguía poco después.

Me abrazó mientras los efluvios de nuestros orgasmos nos devolvían a la normalidad. Lo abracé con todo mi amor.

Saliendo de mí, se dio la vuelta llevándome consigo, quedando sobre él, como la noche anterior. Me encantaba sentirlo de aquella forma.

—Eres un sinvergüenza de lo peor —le susurré somnolienta.

—Nunca dije que no lo fuera —susurró a su vez; la diversión resonando en su voz.

—Dijiste que eras un caballero, y este no un comportamiento digno de alguien que dice ser eso... —dije medio enfurruñada.

—Una cosa no impide la otra, cariño... Un guerrero debe utilizar su mejor arma para ganar la batalla —contestó dándome un beso en la cabeza

—Es despreciable utilizar mi debilidad por ti para conseguir lo que quieres, duende travieso —repliqué mirándolo.

Al levantar la cabeza, vi que mantenía sus ojos cerrados y que su sonrisa de satisfacción iluminaba su rostro. ¡Qué arrogancia!

—¿No te gusta mi... arma? —preguntó fingiendo seriedad, mientras abría los ojos y me miraba.

—Eres insoportable... —Me reí apoyándome en su hombro.

—Y te encanta... —respondió dándome un beso en la mejilla, uniéndose

a mi risa.

Unos minutos después, nos levantamos del suelo y después de arreglar mi atuendo, se recompuso él.

—Mandaré de inmediato una nota a Patrick y a Edmund para ver la mansión esta semana. Podemos hacer una excursión, ¿qué te parece? Un picnic... —Me miró con su travesura natural.

—Sí, estaría bien —contesté feliz. Habíamos hecho el amor y además pedía mi opinión... ¡Lo adoraba!

Después de todo era un hombre del siglo XIX, machista, acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Las mujeres no teníamos ni voz ni voto, sólo una transacción comercial en los matrimonios de conveniencia y lo más parecido a una geisha que se podía encontrar en una sociedad tan estricta, teniendo en cuenta que la educación estaba limitada —casi— a aprender cosas para entretener a otros, aunque de sexo no supieran una mierda.

La mirada que me regaló volvió a encenderme, y cuando vi su vela mayor dispuesta de nuevo, sonreí aún más excitada.

—Será mejor que te vayas —me dijo mirando hacia su pene—, o no saldrás de este despacho en todo el día...

—¿Me estás amenazando? —pregunté coqueta, ya en la puerta.

Y me fui.

“La adoro”, dijo una voz dentro de Gabriel cuando la vio partir mirándolo de aquella forma que hizo que su entrepierna se inflara más de lo que ya lo estaba.

Se quedó tan atónito como cuando oyó: “tú también eres la mía”, al escuchar las palabras de Katerina: *mi debilidad por ti*. Lo peor de todo es que se había sentido realmente satisfecho cuando esas palabras salieron de su boca. Esa preciosa y tentadora boca...

Tenía que quitarse esa tontería de la cabeza, tendría que haber algún modo. Sólo era sexo, magnífico sexo, de eso no había duda. Jamás había sentido nada parecido con ninguna mujer, pero... era sólo eso: sexo, y en algún momento acabaría aburriéndose... como siempre. Tenía que ser así.

De momento lo disfrutaría.

Se obligó a dejar de lado los pensamientos que lo llevaban a la noche anterior; a lo que había pasado esa misma mañana, hacía pocos minutos, sobre la alfombra de su despacho; cómo ella se le había entregado con pasión, con sinceridad, sin complejos, viviendo su deseo, sin remilgos ni

timideces, exigiendo, traviesa y coqueta, su propio placer... Abierta por completo a él y a ella misma... ¡Era extraordinaria! Y esa mirada perversa... Estaba deseando descubrir todo lo que había detrás de esos ojos miel, tan dulces como su Katerina... ¿Su?

Esa mujer le había vuelto a despertar el deseo en pocos minutos y estaba más que dispuesto para otra ronda; en realidad, estaba deseoso de encerrarse en su habitación, con ella, durante todo el día.

O toda una semana...

O todo un mes...

Tenía que hacer algo.

Decidió que no escribiría las notas, sino que iría a hablar con sus amigos; pasar la jornada fuera de casa le aclararía las ideas y lo alejaría de ella.

Pensó que el jueves sería un buen día para ir a visitar la mansión del señor Radcliffe y esperaba que el tiempo los acompañara con un hermoso sol; estaba seguro de que Katerina lo disfrutaría mucho y se sentía más que bien ofreciéndole una segunda salida para esa semana. Parecía que se le había quitado el miedo, al menos, no había demostrado ningún indicio cuando fueron a casa de Patrick y Lalima. Tal vez había tomado su antebrazo con más presión de la habitual, sin embargo, no había dicho ni mostrado nada, simplemente salió de casa. Era una mujer fuerte y valiente. Se sentía orgulloso de ella y él, a veces, sentía que no estaba a la altura. Ese paseo también los entretendría y volverían a estar todos juntos... Si resultaba ser tan divertido como la velada... Sonrió. La fiesta de los Evans aún quedaba lejos y para una mujer como Katerina, acostumbrada a tener una actividad laboral —como tantas veces le había recordado en sus muchas conversaciones—, a tener algo que hacer, fuera de las ocupaciones que ella misma se había impuesto en la casa, la haría sentirse útil y satisfecha, contenta, sobre todo cuando encontrara la forma de colaborar en el orfanato. Sonrió de nuevo. Deseaba con todo su corazón que la joven fuera feliz. Él haría lo posible y ese deseo lo satisfizo más de lo que había imaginado.

También se sentía inquieto y expectante por lo que le diría cuando viera la propiedad... ¿Qué sabía ella?

Lo supo cuando la vio por primera vez: ella marcaría su vida, ya la había marcado, pero... ¿hasta dónde llegaría esa marca?

Si la hubiese conocido en otro momento... Varios años antes... Sin embargo, el pasado no se podía cambiar, sólo se podía disfrutar del presente y eso era justo lo que él pensaba hacer.

Dejando de lado todas esas elucubraciones mentales, abandonó la casa.

Pasaría el resto del día fuera. Demasiado de Katerina le resultaba... peligroso, aunque nada le gustaría más que volver a recorrer cada recoveco de su cuerpo. Tenía que poner distancia entre ambos, costara lo que costara. Con suerte, estaría dormida cuando volviera.

Mi debilidad por ti. Ya podía escuchar a Stephanie gritándome como una posesa: “¿Tú tienes cerebro? ¿Cómo se te ocurre desvelarle tus sentimientos? Ahora pensará que estás a su disposición, que en cuanto chasquee los dedos, tú irás a su encuentro, que lo esperarás eternamente... ¿Es que no te he enseñado nada? ¡Joder, Kat! Alimenta su ego de macho y creará que no tiene que hacer nada para tenerte... ¡Menuda idiota!”.

—¡Basta, Stephanie! —espeté en voz alta—. Quizás tengas razón, pero soy como soy, no puedo ser otra persona. Lo amo —concluí soñadora—, como sólo se ama una vez en la vida —susurré—. Es un regalo de la vida... ¿Cómo podría dejarlo escapar?

Sus palabras seguían resonando en mi cabeza, sin embargo el recuerdo de Gabriel y lo ocurrido en su estudio, las borraron de raíz. ¿Acaso el amor no era lo más importante? ¿Acaso el amor no lo era todo?

Él había hecho realidad otra de mis fantasías. Lo supe desde el primer momento. Aquel hombre sería capaz de satisfacer todos y cada uno de mis sueños. El sexo era maravilloso y cada beso, cada caricia lo introducía un poquito más en mi corazón. La situación se estaba complicando. Estaba enamorada hasta las trancas... ¿Qué haría cuando me fuera?

La vita esiste ma ho paura di vevere senza te. ^[10]

¿Estaría el señor Owen cerca de encontrar la respuesta a ese extraño suceso que me había llevado al pasado?

¿Qué haría en mi casa... sin él? Me arrastraría por la vida... sin él. Tenía tanto miedo...

¡Ojalá encontrara pronto la solución! Así podría irme lo antes posible y no sería un trauma alejarme de él... No demasiado... ¡Joder! Tuve que reconocer que ya era tarde, sería una catástrofe volver y dejarlo, sin embargo, nadie podía garantizarme que él podría llegar a sentir lo mismo por mí, con lo cual, quedarme sería aún peor. No podría soportar su indiferencia, su abandono, verlo con otras amantes... Tendría que irme, buscar la forma de ganarme la vida sin tener nada que ver con él. Las escuelas podrían ser mi refugio... llegado el momento.

Me obligué a dejar de suponer cosas que no sabía y decidí pasar un rato en mi rincón: la fuente de la sirena.

El sol lucía victorioso en un mar azul de calma y plenitud. Ni una sola nube enturbiaba el cielo, sin embargo, la ligera brisa fresca que hacía hablar a los árboles, me obligó a coger un chal para cubrirme, a pesar de que esa mañana llevaba un vestido de manga larga; un fino encaje que ocultaba las señales de mis brazos, que ya se iban desvaneciendo. Aproveché la ocasión para lavarme rememorando lo ocurrido en el despacho. Tendría que dejar de hacerlo si quería salir en algún momento del baño... sonreí. Me puse las braguitas que llevaba el día que cambió mi vida y salí hacia mi lugar.

La jornada transcurrió tranquila y serena y yo estaba feliz.

Feliz cuando paseaba hasta la fuente.

Cuando el sonido del agua me arrulló.

Cuando dediqué un rato a mi diario.

Cuando estuve con el personal de servicio.

Cuando me puse a leer.

Y llegó la noche.

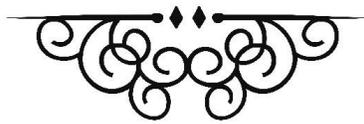
Y Gabriel había estado fuera todo el día.

Y ya no me sentí tan feliz, cuando, sentada frente a la chimenea de mi habitación con un libro entre las manos, lo esperaba con la esperanza de pasar la noche con él. Sin embargo el sueño me venció y él aún no había llegado. ¿Estaría con alguien?, ¿alguna mujer? Deseaba con todo mi corazón que no y supliqué que mi mente no anduviera por esos lares... La obligué.

Me resigné a que mi noche sería solitaria... como todas... como la mayoría.

Entre la vigilia y el sueño oí que empezaba a llover.

CAPÍTULO 11



Aquel lunes me levanté con el corazón lleno de entusiasmo y expectativa, dejando atrás el deseo insatisfecho de haber pasado la noche sin él. Por fin iba a visitar el orfanato, por fin podría ser útil trabajando con aquellos niños, enseñándoles lo que fuera; esa vocación que había ido creciendo en mí a través de la profesión de mi madre, de su felicidad cada vez que un alumno se superaba; cuando algunos la reconocían por la calle, años después, convertidos en hombres y mujeres que le daban las gracias por haber sido su maestra, por cómo había hecho de ellos las personas que llegaron a ser, por su confianza, por su cariño.

Sí, ese día iba a ser precioso. La música sonaba en mi interior.

Y allí estaba yo, cogida del brazo de Gabriel, dispuesta a atravesar el umbral de la puerta; mi sonrisa se amplió aún más al sentir que el miedo se estaba disipando, era más como un pequeño susto en vez del terror que se había apoderado de mí el día que fuimos a ver a Marguerite, ese mismo que se hizo un poco más pequeño la noche que asistimos a la fiesta de los Lowry... Sí, despacio, me iba liberando y muy decidida di el primer paso, mientras él me miraba, esperando, dejándome libre para iniciar el camino.

No dejé de hablar hasta llegar a Iomar's School mientras Gabriel se mantenía callado haciendo gala de una extraordinaria paciencia. Lo sorprendente es que no parecía aburrido, más bien todo lo contrario, incluso me hacía preguntas mientras yo le explicaba cómo me sentía, cómo había nacido en mí el amor por la enseñanza, lo importante que era para mí la educación, el pilar fundamental de cualquier sociedad. Confieso que la forma que tenía de mirarme, tan concentrado en lo que decía, era el mayor estímulo que podía tener para seguir exponiendo mi punto de vista y su pequeño interrogatorio no hacía más que darme alas para seguir con mis teorías.

Sin embargo, lo mejor vino después cuando estuve frente al orfanato.

Eran dos grandes casas unidas por una tercera, más alargada, que le daba al conjunto la forma de una U un poco más corta en los extremos. Nos daba

la bienvenida un hermoso jardín con una rotonda en el centro llena de rosas. Arbustos, parterres, más flores, todo cuidado al detalle, completaban el paisaje; las sombras y la luz que proyectaba el sol saliendo y entrando de su escondite, las nubes, le daban una belleza extraordinaria y las gotas de lluvia, caída la noche anterior, convertían aquel lugar del mundo en un auténtico diamante, el más hermoso de todos.

Quedé tan impresionada que me emocioné y se me nublaron los ojos... Esa maravilla habría sido tan perfecta para mi abuelo y mi padre como lo estaba siendo, en ese momento, para mí... La nostalgia me pudo.

Y algo muy importante: era el decorado que esos niños necesitaban, belleza y perfección. Ya sólo me faltaba comprobar que también tenían el afecto de las personas que los cuidaban y educaban. Que poseían la joya más valiosa de todas: el amor.

—¿Te gusta? —preguntó Gabriel con timidez, como si temiera mi respuesta.

—¿Gustarme? ¡Oh, Gabriel! Es un lugar maravilloso.

—Vamos adentro. Te presentaré a los que se ocupan del lugar y te explicaré cómo funciona todo —dijo muy animado y risueño. Se le veía orgulloso de su obra.

—Gabriel, eres un hombre admirable. Creo que no eres consciente de lo que has creado aquí. —Mi mirada era toda devoción, admiración y amor.

—Gracias, sólo espero que mi padre se sienta orgulloso de su proyecto, esté donde esté —replicó soñador.

—Por supuesto que sí, estoy segura de que, más que sentirse orgulloso del proyecto, se sentirá orgulloso de su hijo. —Le sonreí tocándole la mejilla.

Por un momento, creí ver la sombra de una lágrima antes de adentrarnos en la escuela por la parte central. Ahí empezó el tour del orfanato.

Pude comprobar al instante que todas las personas que nos encontrábamos saludaban a Gabriel con gran respeto y cariño, y que esos mismos sentimientos me los dirigían a mí, por el simple hecho de estar ahí con él. Si el orgullo hubiese tenido alas, habría salido volando.

Esa parte central estaba destinada a los despachos de los maestros, el director, el administrador de la finca; también había algunas aulas para los más mayores. En la primera planta había una pequeña biblioteca, no tanto por su tamaño físico como por la cantidad de libros, una sala de estudio y otra de música, así como una dedicada a la pintura que los muchachos utilizaban en sus ratos libres.

La casona de la izquierda estaba destinada a los chicos, algunos maestros y el resto de las aulas; la de la derecha era para las muchachas y las maestras; también se situaban las cocinas, el comedor y la lavandería.

Una vez hecho el recorrido, nos quedamos a comer con el personal y yo me encontré con un dilema. No había nada que yo pudiera hacer. Mis esperanzas se desvanecieron de un plumazo. Sin embargo, me parecía un proyecto tan digno y extraordinario que quería, a toda costa, participar en él; de modo que, durante la comida, aproveché para preguntar si podía colaborar con los maestros en lo que ellos consideraran oportuno, que para mí sería un honor trabajar con ellos, que me aburría mucho durante todo el día sin hacer nada. Insistí mucho en esta última parte para que no pensarán que sus empleos corrían peligro, dándoles a entender que mi deseo de participar se debía más al aburrimiento que a otro motivo más elevado y que no trataba de ocupar el lugar de nadie. Nada más lejos de la realidad, por supuesto, yo jamás me aburría y aunque mi vida hubiese dado un giro de trescientos sesenta grados, me pasaba los días muy entretenida con las actividades que realizaba en la casa, el trato tan cordial con los trabajadores, sin embargo la escuela... La escuela era mi auténtico deseo, lo que más me acercaría a la Katerina del siglo XXI; era una parte de mí, así de simple.

El silencio se cernió sobre la mesa hasta que una de las maestras, la señorita Watson, me propuso participar en su clase. Tenía a las alumnas más pequeñas y cada vez había más. A veces se sentía desbordada, sobre todo cuando se ponían de acuerdo para ponerse a llorar a la vez o querían ir a hacer pipí todas al mismo tiempo. Acepté de inmediato: no era exactamente lo que quería, pero me sentiría útil; tampoco tenía experiencia con niños tan pequeños, aunque “todo se aprende en la vida”, pensé. Así que iría una vez por semana. Quién podría decirlo, pero existía la posibilidad de que ese sólo fuera el principio de mi participación en esa escuela. ¡Me sentía tan feliz!

—¿Eso le complace, Katerina? —me preguntó Gabriel depositando un tierno beso en mi mano—. No dude en expresar sus deseos.

—Sí, muchísimo, gracias, milord. —Le dirigí una sincera y profunda sonrisa de agradecimiento, recorrida por un estremecimiento ante su contacto—. Haré lo que me pidan, los profesionales son los que de verdad conocen las necesidades de la escuela. Me pongo a su servicio con mucho gusto —finalicé dirigiéndome a ellos, lo que los llenó de satisfacción.

Pude ver que sus miradas habían cambiado, como si me aceptaran entre sus filas sin considerarme una amenaza, aunque no era capaz de comprender

por qué se habían mostrado tan renuentes ante mi propuesta. Para ellos yo era una dama y las damas no trabajaban ni le quitaban el puesto de trabajo a nadie, sólo hacían obras de caridad.

Los niños me llamaron mucho la atención, sobre todo los más mayores. Algunos reflejaban una tristeza que casi me hizo llorar y recé en silencio para que encontraran su lugar en el mundo y fueran felices. Los más pequeños reían y se veían alegres y contentos, excepto los recién llegados. Se les veía tímidos y temerosos, como si aquello fuera un sueño a punto de desvanecerse de un momento a otro, sin embargo, la actitud y el comportamiento de los maestros me hicieron pensar que pronto se sentirían felices. Aquellos niños recibían su dosis de cariño a diario. Esa forma de actuar de los adultos no se podía fingir sólo porque estuviéramos allí Gabriel y yo, era su forma habitual de expresarse con ellos. Vi esperanza en sus ojos, dedicación y el placer de un trabajo bien hecho, pero lo que más me gustó fue que estaban todos a una en una labor cuya máxima recompensa sería ver a los jóvenes bien situados y preparados para enfrentarse a la vida con las herramientas necesarias.

Después del almuerzo, asistimos a varias clases y lo cierto es que no puedo expresar con palabras lo que sentí. Si permanecía allí el tiempo suficiente, aquel era sin duda, mi lugar, justamente lo que yo necesitaba.

Ya era de noche cuando nos despedimos de todos y Gabriel subió al carruaje, después de ayudarme, sentándose junto a mí.

—Gabriel, gracias —dije emocionada dándole un beso en los labios—, gracias por hacerme partícipe de una labor tan importante.

—Cualquier cosa merece la pena con tal de ver ese brillo en tus ojos —susurró besándome con ternura mientras me colocaba en su regazo.

Ese fue el momento más mágico que había vivido con Gabriel desde que llegara. Nos estuvimos besando con cariño y dulzura durante un buen rato, acariciándonos con suavidad. Éramos dos enamorados disfrutando de la mutua compañía, de un momento tan íntimo como un beso de amor.

Un beso de amor verdadero.

—¿Crees que les habrá molestado mi propuesta? —pregunté insegura, apoyada en su hombro y con mis brazos alrededor de su cuello—. Después de todo, no me conocen de nada.

—Al contrario, cariño —contestó rozando mis labios con los suyos—. No te has impuesto, no has tratado de darles caridad. Has ofrecido tu trabajo y tu tiempo para estar con los niños. Has creído en el proyecto tanto como

ellos, tanto como yo. Sólo estaban sorprendidos. Ellos y yo sólo conocemos la parte en la que algunas damas de la aristocracia van con sus cestas de comida o algunos libros sin bajarse de sus carruajes y sin permitir que los niños se acerquen porque tienen miedo de que la miseria se les contagie.

—Siento oír eso, aunque mejor algo que nada, ¿no?

—Tienes razón, pero piensan que con eso ya tienen su billete para ser recibidas en el reino de los cielos —dijo con ironía.

—Venga, no seas malo, cada cual hace lo que puede —repliqué riéndolo con una sonrisa.

—Tal vez... Lisa y Miranda también vienen, podrías hablar con ellas. Lisa se ocupa de apoyar a la maestra de música y Miranda es la musa de las artes pictóricas.

—Claro que sí. Hablaré con ellas —dije poniéndome derecha sobre sus muslos, mirándolo fijamente—. Ahora entiendo por qué la escuela es...

—¿Qué? —preguntó curioso, sabiendo que yo sabía.

—Nada, sólo pensaba que es maravillosa; tienes motivos para sentirte satisfecho contigo mismo. —Uf, de buena me había librado... Casi le digo que era una de las mejores escuelas de Londres... Debía tener cuidado con lo decía.

Entonces, perdidos en nuestras miradas, acunó mi rostro entre sus manos y volvió a besarme con la misma ternura, deleitándonos el uno en la boca del otro, acariciando cada mejilla, cada recoveco, bailando lengua con lengua, saboreándonos... y así seguimos hasta que llegamos a casa.

Aún faltaba más de una hora para la cena cuando llegamos. Gabriel se fue a su despacho y yo busqué a Nora en la cocina y allí, con Jane, la señora Crawford y Victor, pasé bastante tiempo contándoles lo que había ocurrido en el orfanato. Poco después, me retiré al salón de la condesa y lo escribí todo en mi diario. Estaba feliz, muy muy feliz.

Nora vino para avisarme de la cena y ayudarme a cambiarme de vestido. No quería hacerlo, me sentía cansada, más por las emociones del día que por la actividad, pero “mamá” Nora no me permitió presentarme de ese modo “ante el señor”.

Con un hermoso vestido verde, sencillo y elegante —como todos—, me presenté en el comedor.

Nora me obligó —literalmente— a ponerme el corsé. ¡Qué fastidio! Aunque era tan habilidosa que lo sentí ajustado, pero sin agobiarme; sin

embargo, levantaba mis pechos de una manera... Me sentí tímida y el calor de mis mejillas dio fe de ello. Nunca me había visto tan exuberante con toda esa carne expuesta. Intenté por todos los medios, que Nora me sacara otro vestido —con menos escote— alegando que el que llevaba puesto no me gustaba demasiado, pero la muy pécora parecía saber de mí más que yo misma y no lo consintió, ni siquiera cuando le dije que las damas hacíamos lo que queríamos y que yo quería otro vestido. Se limitó a mirarme con una sonrisa y a decirme: “Está perfecta, señorita Katerina”, mientras un brillo más que significativo iluminaba su mirada. Al parecer mi opinión le importaba un pimiento... Me consolé pensando que, al menos, había conseguido que no me agujereara la cabeza permitiéndome llevar el pelo suelto, a pesar de lo indecoroso que le pareció, aun así lamenté no tener el pelo más largo para poder ocultar o al menos disimular mis senos. ¡Santo cielo! Tenía la impresión de tener las tetas en la garganta... De todas formas, me coloqué el cabello cubriendo mis hombros con la esperanza de que disimulara todo aquel esplendor. Yo que era de talla mediana, un poco escasa... ¡Vaya! Los corsés servían para algo más que para evitar que las mujeres respiraran...

Sin embargo, antes de salir de la habitación, me planté delante de Nora, en un último intento por conseguir lo que deseaba.

—Quiero otro vestido, Nora... este... este no me gusta —dije muy decidida señalando la parte delantera y encendida como una bombilla.

—Mi querida niña..., está perfecta. —Y se quedó tan pancha tomándome de la mano y acompañándome hasta el comedor.

A veces, los deseos de una dama, simplemente, no importaban.

¿Qué demonios había ocurrido en el carruaje?

Gabriel, mirando por la ventana hacia ninguna parte, con una copa entre las manos, estaba reflexivo, preocupado y... cagado de miedo.

¿De verdad se había contentado con unos cuantos besos —de lo más dulces—?

¿Con acariciar su espalda, besar sus labios, sus mejillas, deleitándose en su boca?

¿Había disfrutado de ese momento íntimo y tierno sin arrancar su corpiño para bucear en sus pechos?

¿Sin introducir sus dedos en su sexo húmedo?

¿Sin levantarla y deslizarla sobre su pene lleno y dispuesto, empujando en ella hasta llegar a la más explosiva de las satisfacciones físicas?

¡Aquello era ridículo!

¿Se estaba enamorando?

¡Demonios! Esperaba que no.

Y esa mirada suya... Nadie lo había mirando nunca como Katerina lo había hecho minutos antes.

Estaba jodido, simple y llanamente.

Siendo sincero consigo mismo, tuvo que admitir que si deseara una esposa, sin duda la elegiría a ella; era perfecta para él y sería una madre maravillosa. A su madre y su hermana les encantaría. No sólo lo comprendía sino que además los unían los mismos intereses, por no hablar de la conexión y el entendimiento que existía entre ellos.

Jodido.

Pero él no buscaba una esposa. Hacía mucho tiempo que había decidido que el bello sexo sólo lo tendría entre sus sábanas y no más allá de ellas.

Y Katerina se estaba colando...

No lo podía permitir.

Decidió escribir a August para preguntarle en qué punto de su investigación se encontraba, ella tenía que irse ya. Lo antes posible.

No estaba dispuesto a darle más de lo que había decidido darle y ya se ocuparía de ese tonto sentimiento que había fluido en el carruaje... y durante todo el día en el orfanato. Sí, eso no era más que un espejismo y, como tal, desaparecería de la misma forma que había aparecido.

Él no se enamoraba.

No, no y no.

Y esa noche no haría el amor con ella aunque le fuera la vida en ello... ni nunca más...

Lo que sentía lo había llevado a comprender lo que algunos de sus amigos habían dicho en algunas ocasiones: "A veces, el sexo lo estropea todo; si quieres una buena relación con una mujer, no metas la polla en ella, sobre todo si se trata de una buena amistad".

¡Claro! Se trataba de eso.

Katerina y él eran amigos y el sexo lo estaba estropeando todo.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

En realidad, era normal que no hubiese reconocido esa situación, después de todo, nunca había tenido una amistad sincera y honesta con ninguna mujer, Katerina había sido la primera y eso lo había despistado... Normal, había estado más pendiente de las demandas de su verga que del hecho de

que ellos eran amigos, en el más amplio sentido de la palabra.

Así pues, el sexo con ella quedaba descartado... La siguiente cuestión era... ¿qué podía hacer con su traidor cuerpo que andaba más que dispuesto aun sin tenerla delante?

Fácil: tomaría una amante. La fiesta de los Evans sería el lugar perfecto para escoger a una que no le supusiera ninguna complicación.

Satisfecho por su sabia decisión, terminó su copa y se propuso repasar algunos documentos antes de la cena... sin ningún éxito... La escena del carruaje se le presentaba una y otra vez ante los ojos, sustituyendo letras y números por besos y miradas...

Jodido.

¡Maldita sea! Aún le quedaba un asunto por resolver.

Katerina se mostraba cada vez más cariñosa con él —hecho que le encantaba—, y sus ojos se habían convertido en dos hermosos luceros que brillaban de tal manera que la iluminaban por dentro y por fuera haciéndola cada día más hermosa.

Era evidente que su decisión de cambiar la naturaleza de su relación, le extrañaría, sin embargo, teniendo en cuenta lo comprensiva que era, estaba más que seguro de que lo entendería y todo volvería a la normalidad.

Sí, todo volvería a ser normal. Como antes.

Muy satisfecho consigo mismo, volvió a hundirse en sus papeles... Al menos, hizo el intento...

¡Demonios! ¿Y si decidía tomar un amante? Él había resuelto el tema de su pene caprichoso de esa forma. ¿Otro hombre? Por encima de su cadáver.

¡Santo Dios! Tendría que ver la forma de resolver todo eso sin que ella acabara en los brazos y en la cama de algún desgraciado.

Dejó los documentos y se sirvió otra copa para perderse de nuevo en la oscuridad que reinaba fuera.

Pequeñas gotas de agua golpearon los cristales.

Iba a ser otra noche lluviosa.

“¡Por los mil demonios del infierno!”, pensó cuando la vio entrar en el comedor aquella noche.

Todos sus buenos propósitos, las decisiones que había tomado... Todo, todo... ¡a la mierda!

Se convenció de que el mismísimo demonio estaba detrás de aquel asunto. Era el aliado más fiel de aquella mujer que se presentó ante él...

ruborizada; el cabello sobre sus hombros apenas cubría sus hermosos pechos, esos que había acariciado tantas veces, esos que habían llenado su boca de gozo, de placer...

Su verga, que no había conseguido llegar a su estado natural de paz, se estiró cuan larga era queriendo saltar por encima de la cinturilla de su pantalón para adentrarse en el calor y la humedad que ya conocía y tanta satisfacción le había procurado. Su corazón se aceleró y por unos segundos, dejó de respirar... La lujuria nubló su mente y con el ínfimo sentido común que todavía le quedó dentro..., en algún sitio..., se obligó a sonreír, darle la bienvenida y comportarse como el caballero que era. ¿Hasta cuándo? No lo sabía, aunque haría lo posible por mantener su caballería —por el momento— por encima de su lascivia...

Pero la situación empeoró aún más...

Katerina se mostraba tímida y no hacía más que sonrojarse y jugar con sus cabellos haciendo que la mirada de Gabriel no pudiese salir de esos hermosos y expuestos senos de piel clara y suave... y ese aroma a lilas que desataba con más furor cada vez que mecía su pelo... ¡Dios! ¡Qué tortura! No podía imaginar nada peor...

Sin embargo, todo fue surgiendo de forma natural entre ellos conforme iban pasando de un plato a otro; para cuando llegaron al postre, Katerina volvía a ser la muchacha parlanchina y curiosa que solía ser, a pesar de que el rubor no abandonó sus pómulos en toda la noche.

Y él..., él tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no arrancarle el vestido allí mismo, para mirarla a ella y no su generoso escote cuando hablaba, de hecho le había dedicado una especial atención a la comida, aunque cada vez que se metía algo en la boca sólo pensaba en los picos erectos de sus fruncidos pezones colmándolo con su sabor...

No podía imaginar una tortura peor.

Pero había tomado una decisión y por encima de todo era un ser racional que trataba, por todos los medios, de ser coherente consigo mismo, y no un animal salvaje en época de celo sin el más mínimo raciocinio salvo el de su propia naturaleza.

Así que cuando la cena hubo terminado, se excusó alegando que tenía mucho trabajo atrasado y la dejó subir... sola... a su habitación.

¡Maldito fuera el demonio!

Más adelante vería qué podría hacer con su erección...

No puedo describir el alivio que sentí cuando por fin me libré del dichoso vestido y me puse el camisón. No es que fuera una niña tonta y remilgada, pero una cosa era la insinuación y otra cosa... no dejar nada libre a la imaginación. ¡Si a ratos me había sentido como una cortesana de esas que había visto en el cine! Por fortuna, pude superar la timidez y mandarla bien lejos de mí para poder mantener una conversación medio decente con Gabriel..., aunque su mirada, taladrándome, me decía que estaba muy lejos de mis palabras y muy cerca de mi escote, sobre todo en los momentos —la mayoría— en que había sentido que más que dialogar con él, estaba teniendo un estupendo monólogo, como lo había representado la actriz Lola Herrera en la obra de teatro *Cinco horas con Mario*^[11] que había visto en Madrid durante el tiempo que viví en España para mejorar mi español. “Nada como un buen baño lingüístico para aprender un idioma”, solía decir Pablo, mi profesor.

Confieso que me sentí decepcionada cuando se perdió en su despacho. A mi corto entender eso significaba que la velada había terminado ahí y que no lo vería hasta el día siguiente. Así pues, y en vista de que todavía no tenía sueño, a pesar del cansancio que sentía, me senté frente a la chimenea envuelta en un mantón y me puse a leer.

La noche estaba fresca, las nubes descargaban su peso extra sobre Londres y Nora creyó conveniente encender una pequeña hoguera.

Agradecí el tímido calor que caía sobre mí. Mirando las pequeñas llamas que me acompañaban, olvidé el libro y me fui acomodando en el sillón, relajándome cada vez más hasta que me quedé dormida en un periquete. ¡Menos mal que no tenía sueño!

¡Un desastre!

No había podido esperar ni un segundo. Nada más llegar a su estudio tomó su verga en la mano y se alivió y... unos pocos minutos después, su... arma... estaba cargada y dispuesta otra vez.

Así no iba a poder trabajar.

Subió a su habitación con la intención de darse una ducha fría. Eso le despejaría la mente, pero sobre todo su miembro caprichoso y traidor que — con un poco de suerte— volvería a su estado natural de quietud.

Dio gracias al cielo. Lo había conseguido.

Y un simple vistazo a la puerta que comunicaba ambas habitaciones volvió a despertar su lujuria.

La luz estaba encendida.

Sus propósitos desaparecieron a la misma velocidad que se llenaba su vara. ¡A la mierda! Al día siguiente se replantearía su estrategia, en ese momento... Simplemente no era el más apropiado.

Se puso unos calzones y entró en la alcoba.

Lo que vio le llenó el corazón de ternura.

Katerina estaba acurrucada en el sillón. Un libro abierto sobre su regazo. Dormía.

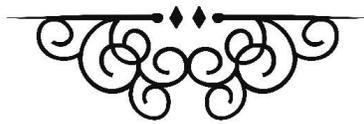
Se acercó sigiloso y la tomó en sus brazos para meterla en la cama. La muchacha abrió los ojos, sonrió y los volvió a cerrar. Gabriel sintió un calor desconocido que nada tenía que ver con el deseo.

Sonrió también e hizo lo impensable.

Se acostó junto a ella, la abrazó y se quedó dormido.

Y allí junto a ella, encontró la paz.

CAPÍTULO 12



Katerina estaba soñando con Gabriel.

Él estaba detrás de ella. Podía sentir su pecho contra su espalda y su brazo bajo su cabeza. Una mano se deslizaba por su pierna subiéndole el camisón, deteniéndose en su ingle donde paseaba un dedo haciendo círculos siguiendo la línea hasta su cadera para volver a descender y acariciar la sensible carne de su muslo.

Con la respiración agitada, se removió para abrir un poco más las piernas dándole acceso directo a su sexo ya húmedo y resbaladizo.

En su sueño, ella tomaba su mano a través de la fina tela de la prenda para dirigirla hacia su centro de placer, sin embargo, él la alejaba jugueteando con sus rizos castaños. Se ofreció aún más a él acercándose a su erección, masajeándola arriba y abajo entre la raja de sus nalgas. Oyó cómo gruñía, lo que le sacó una sonrisa entre jadeos.

La mano revoltosa seguía subiendo por su vientre hasta tomar, en su palma, uno de sus pechos y cuando sintió el pellizco en su pezón abrió los ojos para comprobar que Gabriel le besaba, abriendo ligeramente los labios, el cuello y el hombro, lamiéndola y probándola hasta llegar a la oreja.

—¿Gabriel?! —susurró... ¿No era un sueño?

—Estoy aquí, amor —respondió dibujando el arco de su oreja con la lengua.

—¿Es un sueño? —preguntó con voz queda.

Aprovechando que había girado la cabeza hacia atrás, la besó en los labios, despacio, introduciendo la lengua con timidez en su boca, acariciando sus dientes, su paladar, mientras Katerina alzaba su brazo para rodearle la cabeza y sentía la yema de sus dedos en su mejilla.

—¿Te parece un sueño? —dijo con voz ronca sobre sus labios.

Su mano ya pellizcaba su otro pezón provocándole un cierto dolor y un respingo... ¿En los sueños no había dolor, verdad? Entonces abrió los ojos para ver la llama en su mirada, la pasión y algo más...

—Mi amor... —contestó Katerina sonriendo y con la mirada nublada, arqueándose y sintiendo su longitud entre sus cachetes.

Gabriel le quitó el camisón mientras Katerina levantaba un poco su cuerpo del colchón para facilitarle la tarea.

Su cuerpo expuesto fue una liberación que le permitió sentir, hasta la última terminación nerviosa, la mano de él que la iba recorriendo para asentarse en su sexo. Ella alargó su brazo para acariciarle la espalda hasta las nalgas, descubriendo que, en algún momento, él se había deshecho de la tela que lo cubría y que ella había sentido contra su trasero. Con la yema de los dedos, dibujó su cadera hasta el nido de rizos sobre su verga. Lo tomó por el tronco mientras un siseo de puro éxtasis se le escapaba a Gabriel de entre los dientes.

—Qué bien se siente... —suspiró contra sus labios—. Apriétame más fuerte..., así preciosa...

Katerina prosiguió mimando su asta, frotándola como él le había dicho, mientras su amado abría los labios de su sexo y rebuscaba en su humedad, extendiéndola arriba y abajo sin llegar a tocar su clítoris, pero sin abandonarlo, delineando ligeros círculos a su alrededor.

Su orgasmo ya formándose... Gabriel se detuvo...

Katerina protestó adelantando sus caderas y abandonando su verga para tomar su mano que en ese momento había llegado, acariciando su piel en el camino, a su cadera. Él la tomó y la llevó a sus labios sonriendo, colocando su brazo por delante de ella. Sin abandonar en ningún momento el tesoro que era su cuerpo, alzó su pierna exterior colocándola sobre su cadera y facilitando el deslizamiento de su falo por entre sus pliegues en un movimiento lento y seductor que lo impregnaba de su esencia.

—Gabriel...

Sentir su humedad, sus susurros, sus jadeos, notar su cuerpo abandonado contra el suyo, llamándolo, pidiéndole más, amándolo...

Algo ocurrió en ese momento. Era más que sexo, más que cualquier cosa que hubiese conocido antes, era Katerina, su Katerina. Una parte de su aliento se asentó entre sus pulmones y un flash de conocimiento alcanzó su mente.

Su corazón dio un salto.

Paró.

—¿Gabriel?

Con los ojos cerrados, sintió cómo ella lo miraba, cómo le tomaba la mano para dirigirla hacia su perla, cómo se frotaba contra su pene... Estaba

en el paraíso y no quería abandonarlo nunca; su paraíso era Katerina y no quería que se fuera... jamás.

Sintiendo los labios de la muchacha recorriendo su mandíbula, abrió los ojos y vio todo lo que una vez quiso ver en la mirada de una mujer.

Atacó su boca con hambre al mismo tiempo que su dedo corazón penetraba en su vagina; con la palma de su mano apretaba y masajeaba la perfecta protuberancia de su mujer. La follaba con la lengua y con el dedo mientras ella se retorció clavando sus uñas en su brazo.

Cuando el orgasmo envolvió todo su ser, Gabriel se introdujo en ella hasta la empuñadura sin dejar de besarla, tragándose su grito de placer, manteniéndose quieto, sintiendo los espasmos de su vagina masajeando su verga mientras seguía bebiendo de su boca, hasta que se separó unos pocos centímetros de ella y, con los labios entreabiertos, intercambiaron sus esencias.

—Mi amor... —susurró Katerina, sus ojos brillantes por el placer, sus ojos húmedos de amor.

Fue ella la que empezó a cabalgarlo, pues Gabriel se había hundido tanto en su mirada que era como si se le hubiese olvidado, por un instante, que tenía que moverse. Sintiendo la fricción de sus paredes vaginales y el chorro de su fuente bañando su miembro, Gabriel comenzó la danza sin abandonar la piel de Katerina en ningún momento, sus pechos, sus pezones que apretaba entre sus dedos, su caricia hasta el ombligo para asentarse de nuevo entre sus pliegues.

Sus embestidas fueron lentas y profundas. Perdido en sus ojos, empujó sus caderas adentrándose en ella con las emociones saltando por su piel; adquiriendo velocidad y potencia, la inmovilizó sin dejar de estimularla hasta que un ligero movimiento de sus párpados le señaló que estaba preparada para dejarse llevar una vez más. Su toque se hizo más exigente y con un movimiento impredecible, incluso para él, la giró de tal modo que quedó medio boca abajo, deshaciendo la postura, mientras ella se apoyaba en su antebrazo soltando un pequeño grito de sorpresa y sentía cómo, junto con su rodilla apoyada, le servían de sostén mientras Gabriel la penetraba una y otra vez; la mano que permanecía pegada a su capullo, la alzaba ligeramente, dándole mayor acceso a sus profundidades; la otra, que había rodeado la suya, le servía de soporte para no aplastarla con su peso.

Sentía a Gabriel por toda su espalda, en sus nalgas, en sus muslos, en sus gemelos, sus besos sobre su hombro, su aliento contra su pelo, su vello

frotándola... Con cada vaivén, sus pezones rozaban la sábana manteniéndolos erectos y doloridos por la excitación y la estimulación.

Sólo existía Gabriel y lo que le hacía sentir.

Su tacto, sus besos, su piel, su toque... Estaba llegando...

Katerina gritó su placer, arqueando la cabeza y el torso hacia él.

Segundos después, el placer de Gabriel fue una brisa contra su cuello.

Una vez acompasadas sus respiraciones, una vez que sus cuerpos y sus mentes volvieron a la consciencia, Gabriel salió de ella llevándola consigo, quedando ambos frente a frente, mientras con un brazo tomaba las sábanas y los cubría.

—Gabriel... —El amor impregnaba cada letra.

—Katerina... —Algo impregnaba cada letra. No era lujuria.

Y así, el uno en brazos del otro, cerraron los ojos sintiéndose en paz.

Gabriel esperó hasta que la respiración de Katerina se volvió suave y regular, indicándole que ya estaba dormida, para volver a su habitación. Quería quedarse con ella, pero tenía que pensar.

Si sólo pudiera confiar en ella.

Si sólo pudiera abandonarse a la voz en su interior que le decía que sí.

Repudiar la que le decía que no.

Si sólo...

“Mi mujer”, pensó.

Esas palabras se habían formado en su cabeza desde que oyó su nombre en sus labios; habían sonado como un eco mientras la amaba.

La amaba... ¿Era de verdad así?

Esa voz, esas palabras... ¿Era lo que sentía?

Si sólo pudiera confiar...

Sin embargo, la experiencia le había demostrado que el amor y la confianza no eran más que una falacia, un engaño de los sentidos, palabras vacías de enamorados revoloteando con el viento como las hojas secas en otoño.

¡Maldita sea! Dio un trago de su copa.

Darí­a media vida por no haber conocida a...

Katerina había llegado demasiado tarde; era demasiado tarde para amar, para volver a confiar...

¿Lo era?

Cuanto más tenía de Katerina, más quería de ella, y nunca era suficiente.

Nunca sería suficiente.

Lo sabía al igual que sabía que el sol salía cada mañana.

Tenía que irse lo antes posible, era la única solución.

Así pues, con impaciencia, esperó a que amaneciera para ir a visitar a su padrino; necesitaba que le informara de lo que supiera, fuera lo que fuera. No podía permitirse bajar la guardia.

La última vez le había costado la vida a su mejor amigo.

Me detuve un momento delante de mi diario rememorando lo ocurrido la noche anterior. Imaginaba que tendría cara de tonta con la sonrisa pintada desde que había despertado aquella mañana y los ojos soñadores, pero era... maravilloso. Deseaba que Stephanie estuviese a mi lado para contárselo todo. ¡Cómo la echaba de menos!

En ese momento estaba completamente segura de que Gabriel sentía algo por mí. No podía calibrar la intensidad de sus sentimientos, pero si se acercaban sólo un poco a lo que yo sentía, había esperanza. Lo había visto en sus ojos y los ojos no mienten nunca, diga lo que diga la boca o la cabeza.

Los ojos eran el espejo del alma y, esa noche, Gabriel me había mostrado una parte de la suya. Todo había sido una prolongación de lo que había sucedido la tarde anterior en el carruaje, ambos abrazados y perdiéndonos en los labios y la boca del otro, disfrutando de ese tierno y entrañable momento.

¡Dios! ¡Nunca había sido tan feliz!

Queriendo prolongar un poco más lo vivido durante la noche, quise deslizarme a hurtadillas en su cama cuando me desperté. Así que, muy dispuesta y decidida, abrí con cuidado la puerta de comunicación para encontrar... la habitación vacía.

Sentí una ligera decepción. No iba a poder acurrucarme, esa mañana lluviosa, en los brazos de mi Gabriel. “Habrá más mañanas, todas las mañanas del mundo”, pensé con optimismo.

Había olvidado que siempre había querido volver a mi casa, con mi gente.

Lo había olvidado por completo, como si mi vida perteneciera a ese tiempo, a esa casa, a Gabriel, a Nora y a todos los demás, a sus amigos, al orfanato, a las clases, al jardín, a mi diario... Sí, sentía que ya formaba parte de algo.

Formaba parte de la vida de Gabriel. ¡No podía sentirme más feliz!

Retomé mi diario; quería recordarlo todo, absolutamente todo. Ese sería

mi legado para Stephanie, para mi familia, para todos mis amigos. Ellos lo entenderían, estaba segura. Dejaría un cofre con mis recuerdos más hermosos, con cartas y fotos. Encontraría la forma de que llegara a ellos. Si algo me había quedado claro, después de haber hecho el amor con él y de ver más allá del brillo de su mirada, era que siempre estaría a su lado, pasara lo que pasara.

Siempre.

Aquel era mi hogar.

Al llegar a casa de August, Serena le comunicó que estaba en Cambridge por unas conferencias y que no volvería en unos días. ¡Demonios! No podía esperar, tendría que ir hasta allí para hablar con él. Su esposa le había dicho que quizás hubiesen descubierto algo, pero ese “quizás” no lo convencía, de ahí la premura de hablar con él personalmente para que le explicara qué significaba ese “quizás”. Le dejó una nota a la señora Owen para que la enviara a la mansión Bladnoch comunicándoles su repentino viaje.

Sin embargo, antes de embarcarse en semejante trayecto, decidió pasarse por casa de Patrick para concretar el día en que irían a ver la mansión del señor Radcliffe. Sin darle mayores explicaciones, le informó de su viaje y de que, aunque en un principio habían pensado en que el jueves sería un buen día para visitar la propiedad, sospechaba que no le daría tiempo a llegar y que sería conveniente posponerla hasta el viernes. Lord Lowry estuvo de acuerdo y le aseguró que se encargaría de hablar con el propietario y con Edmund; tanto él como Lalima estuvieron encantados con la idea del picnic, aunque rezaban para que hiciese un buen día y dejara de llover para entonces.

Sin más dilación, tomó rumbo a Cambridge.

—Señorita Katerina —dijo Nora asomando timidez la cabeza por la puerta del saloncito donde me encontraba leyendo, después del almuerzo.

—Pase Nora, por favor —le indiqué con una sonrisa de absoluta felicidad—. ¿Qué ocurre? —pregunté al ver su rostro preocupado—. ¿Ha pasado algo?

—¡Oh! No, señorita, no se preocupe, hemos recibido una nota del señor.

—¿Una nota?, ¿para mí?, ¿qué pasa? Nora, por favor, dígame algo, me está poniendo nerviosa —espeté con el corazón acelerado.

—Verá, en realidad no es para usted. Ha surgido un asunto importante que ha obligado al señor a ausentarse; quizás no vuelva hasta el jueves.

—¿Se ha ido? ¿Por qué? —Estaba preocupada e intranquila.

—Lo lamento, señorita Katerina, la nota no decía nada más —explicó Nora un poco apurada—, sin embargo, asegura que no nos preocupemos por nada, que se trata de una cuestión personal, nada grave.

—¿Lord Adair suele hacer estas cosas, Nora? —pregunté extrañada. ¿Qué le habría surgido?

—En realidad no, señorita, él lo planea todo al detalle, no sé qué ha podido ocurrir, pero no debe inquietarse, si garantiza que todo está bien es que es así, el señor no miente nunca, niña —concluyó; aquella familiaridad me reconfortó; mi madre adoptiva ejercía como tal—. ¿Desea que demos un pequeño paseo por el jardín? Ya no llueve y no nos alejaremos mucho, pronto oscurecerá.

—Está bien, Nora —acepté finalmente después de un momento de reflexión. Necesitaba despejar la mente—. Gracias, me sentará muy bien.

De camino hacia el jardín me negué en rotundo a dejar que el extraterrestre que habitaba mi mente se apoderara de mí creándome inseguridades y miedos que no tenían sentido y, sobre todo, a que creara todo tipo de conjeturas que no me llevarían a ningún sitio salvo a pasar la noche en blanco. Así que me propuse encaminar mis pensamientos hacia algunas preguntas que tal vez Nora pudiera contestar y que, no sólo alimentaría mi curiosidad, sino que además, despejaría algunas dudas que me llevaban rondando desde hacía un tiempo; en concreto desde que durante el baño, después del accidente del señor Grant, el arrendatario, descubriera las dos cicatrices en el hermoso y perfecto cuerpo de Gabriel. La cuestión que se me planteaba era: ¿cómo sacarle la información a Nora?, ¿por dónde empezaría? No tenía ningún elemento para iniciar mi “investigación”. ¡Menuda detective habría resultado ser! Menos mal que no me dio por meterme en la policía... Sonreí.

Por suerte, tuve la precaución de tomar el mantón color crema adornado con discretas flores de colores suaves, que solía llevar cuando estaba en casa, pues la tarde, después de la lluvia, estaba un poco fresca.

—Nora, ¿no tiene frío? Debería coger un chal.

—No lo necesito, señorita, estoy bien así, gracias niña. —De nuevo esa expresión de cariño que tanto me gustaba.

—Sabe, Nora, siento un poco de curiosidad. Disculpe si me entrometo en asuntos que no me incumben, pero ¿por qué no vive la condesa con su hijo? Una madre siempre tiende a mantenerse cerca de los hijos, y Galloway está

muy lejos; no me malinterprete, no la estoy juzgando, estoy segura de que tiene sus razones, pero me preguntaba cuáles serían.

—Bien... esto... La señora decidió alejarse de los recuerdos de esta casa, después de todo, había vivido casi siempre aquí, con su esposo. —Algo en su forma de hablar y en el tono de su voz me hicieron pensar que había algo más que no quería decir.

—Nora, ¿qué no me está diciendo? Sabe que puede confiar en mí, ¿verdad? Aunque si decide no decirme nada lo respeto y no insistiré en el tema. Le pido perdón por mi indiscreción —le respondí sonriendo; si no tenía ganas de hablar del asunto, no era yo quién para ponerla en esa tesitura.

—No se trata de eso, niña. Creo que lo más apropiado sería que el señor se lo contara, si lo desea —contestó compungida, deteniendo el paso y tomándose de las manos.

—Está bien, Nora, olvídalo todo, ¿de acuerdo? —le dije comprensiva.

—La verdad es que fue un episodio dramático y el señor sufrió una herida bastante grave, todos temimos por su vida —explicó con tristeza.

—¿Lo hirieron? ¡Santo cielo! —exclamé asustada—. Claro, de ahí las cicatrices...

—¿Cicatrices? Es cierto que tiene dos, pero fue herido en un costado, la del hombro nadie sabe cómo se la hizo ni qué ocurrió, nunca ha hablado de ello —aclaró Nora—. Verá, la señora había conocido a lord Adair en Galloway en un baile. Su familia decidió venir a Londres para su presentación en sociedad y tuvo muchos pretendientes. Es una mujer muy hermosa, amable y cariñosa, pero de carácter fuerte, y es muy decidida; su hija, la señorita Irish se parece mucho a su madre, sólo que es un potrillo salvaje, más libre que las gallinas. —Sonrió nostálgica—. Cuando vienen siempre anda metiéndose en líos y se pasa el día preguntando cuándo van a volver; le gusta el campo y la libertad que tiene allí, aquí se siente como en una jaula, al menos eso dice. La condesa lleva todo el negocio familiar de Galloway junto con su hija, aunque apostarí que ese espíritu libre como las nubes se dedica más a perturbar la paz de los rebaños que a ayudar a su madre, aunque cuenta con el señor McTeer, el capataz de la hacienda.

—Parece una mujer extraordinaria —dije con un tono de admiración—. Me gustaría conocerla algún día —admití—. ¿Qué ocurrió?

—¡Oh! Estoy segura de que llegará a conocerla y a apreciarla tanto como todo el mundo. Es una mujer admirable. Bien, como le decía... hubo un caballero en particular que mostró un especial interés por la señora y la

estuvo cortejando hasta que, pocos meses después de su llegada a Londres, volvió a encontrarse con lord Adair y no volvieron a separarse nunca más, fue el noviazgo más corto del año. —Sonrió al recordarlo—. Jamás había visto a una pareja tan enamorada desde el primer día hasta el último.

—¿Y qué ocurrió con el pretendiente? —Vaya, esa historia daba para una novela completa.

—Era el barón Wadham de Fowey. La señora fue muy amable y comprensiva con sus sentimientos, le explicó la situación y lo rechazó cuando le pidió que se casara con él. Parecía que ese hombre se había resignado y había aceptado la derrota como un caballero. —Se estremeció—. Pero engañó a todo el mundo. Era muy apuesto y aparentaba ser un hombre de buen corazón, amable y todo un caballero, sin embargo, cuando murió el señor...

—Tranquila Nora, si no puede seguir no pasa nada, de veras —le dije cuando vi que se emocionaba y las lágrimas se apoderaban de sus pequeños y redondos ojos azules.

—Lo siento, señorita, es duro recordar... —respondió enjugándose las lágrimas.

—Está bien, Nora. Dejémoslo aquí, hablaremos en otro momento. —La tomé del brazo para volver a la casa.

—No, ya me siento bien, gracias... Es mejor contarlo todo de una vez. —Seguimos caminando despacio—. Cuando el señor murió, este... este... esta persona volvió a los pocos meses con la intención de reanudar el cortejo. Por supuesto, la señora se negó, no sólo por su reciente viudez, sino también porque amaba con toda su alma a su marido, sin embargo, empezaron a correr rumores sobre su relación con el barón. El señor se enfadó muchísimo y no se metió en ningún duelo porque sus amigos, lord Lowry y lord Shuttleworth lo impidieron; por aquellos días, nunca lo dejaban solo con aquellos cotilleos colmando los salones de baile, de hecho, hacían lo posible por evitar que saliera.

—Gracias a Dios que cuenta con tan buenos amigos —dije aliviada.

—Así es, señorita, aunque no se pudo evitar la tragedia. —Se mantuvo callada durante un instante y tomando aliento, continuó—: Ese barón estaba dispuesto a todo, así que una tarde en que pensó que el señor no estaba en casa, se metió en el jardín a la hora en que la señora y la señorita Irish daban su paseo diario. Su intención era la de secuestrar a la condesa, costara lo que costara. Su hija intentó evitarlo, pero la golpeó con tanta fuerza que quedó sin conocimiento en el suelo; Alfred y su padre fueron los primeros en escuchar

los gritos de socorro, y mientras el señor White avisaba al señor, Alfred y los hermanos Craig acudieron a auxiliar a la señora. Cuando lord Adair llegó, Rupert llevaba a la señorita Irish a la casa, aún inconsciente, pobre niña. John, herido en un brazo, estaba junto a Alfred, ambos frente a ese animal que mantenía a la señora sobre su hombro, cogida por las rodillas, como si fuera un saco. Los apuntaba con una pistola y, temiendo por la seguridad de la condesa, no se decidían a hacer nada.

—¡Dios mío, qué situación! —exclamé espantada. Imaginaba la impotencia de ambos hombres ante el cuadro que habían tenido delante.

—Todos estábamos allí, muy asustados y sin saber qué hacer, excepto Gerard que había ido a buscar al médico para que atendiera a la señorita Irish. —Entonces volvió a detener el paso y me miró sonriendo—. El señor fue muy inteligente, ¿sabe? Se mantuvo sereno... Bueno, todo lo sereno que se puede estar cuando un bastardo está intentando secuestrar a tu madre. El caso es que viendo lo que ocurría, tomó un camino entre los árboles y sorprendió al agresor por detrás golpeándolo con su bastón. Ante la sorpresa, dejó caer a la señora que fue atendida de inmediato por John que la llevó a la casa, mientras Alfred seguía allí, preparado. El barón sacó una espada y el señor la suya. ¿Sabe que su bastón es una funda donde guarda un arma? —explicó con orgullo—. El barón no tenía ninguna posibilidad frente a lord Adair, así que en pocos minutos todo se resolvió, pero el muy traidor, estando de rodillas frente al señor, mientras este le advertía que si lo volvía a ver lo mataría, sacó un puñal de su bota y se lo clavó en el costado, aunque, antes de caer, ya le había insertado el arma en su diabólico corazón.

—¡Jesús! —Fue lo único que pude decir.

—Gracias a Dios se recuperó y todo quedó en un mal recuerdo. Lord Adair decidió que, después de lo sucedido, su madre y su hermana estarían más seguras en Galloway. La señora no quería marcharse y dejar solo a su hijo, pero él insistió tanto que se fueron. Estaba convencido de que lejos de la podredumbre de la sociedad londinense, ambas estarían a salvo, y desde entonces, ellas son felices en su tierra y él también sabiendo que su familia está bien.

—¿Lord Adair tuvo algún problema después por haber matado a ese hombre?

—Oh, no señorita, todo estaba muy claro, había muchos testigos, todos nosotros. En realidad, las autoridades quedaron satisfechas por el resultado final del enfrentamiento; al parecer llevaban mucho tiempo detrás de él por

distintos delitos que había cometido, desde asesinatos hasta robos. Todo indicaba que su fortuna estaba cimentada sobre negocios sucios, pero no tenían pruebas de nada —aclaró ya más tranquila.

—Me alegro mucho de que todo saliera bien para todos —suspiré aliviada, imaginando lo que habría podido pasar.

—Sí, señorita, todos nos alegramos. Ay, tenemos que regresar, ya es la hora de la cena y a la señora Crawford no le gusta que la hagan esperar. Siempre dice que al final, la comida pierde su esencia si se la deja reposar demasiado —dijo ya de buen humor.

—Nora, como el señor no está... —pregunté con timidez.

—Por supuesto, señorita Katerina —respondió soltando una carcajada—, comerá con nosotros en la cocina, diga lo que diga la señora Crawford.

—Gracias, Nora... —contesté uniéndome a sus risas.

“Vaya historia y vaya sorpresa”, me dije a mí misma intentando concentrarme en el libro que tenía delante, mientras los recuerdos de la conversación mantenida con Nora me invadían. Ahora entendía la reserva de Gabriel a la hora de hablar de su familia. Con semejante experiencia sobre sus hombros, sólo pretendía seguir protegiéndola, cuidarla y mantenerla alejada de cualquier cosa que pudiera dañarla. Admirable.

Sólo esperaba que algún día confiara en mí lo suficiente como para que él me contara lo ocurrido... y todavía quedaba la señal del hombro...

Había resultado ser mejor detective de lo que había pensado y sonreí satisfecha. De manera casual, había descubierto las circunstancias que habían provocado su herida en el costado. ¿Qué historia se escondería detrás de la otra? ¿Llegaría a enterarme alguna vez? Nadie lo sabía. Sospechaba que ese camino no me iba a resultar tan fácil.

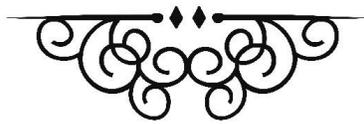
Me acomodé en la cama y dejé el libro sobre la mesita de noche.

¡Lo echaba tanto de menos!

Bajé un poco la intensidad de la lámpara sumiendo la habitación en la semioscuridad, mientras se me iban cerrando los ojos poco a poco.

Mi último pensamiento fue para él.

CAPÍTULO 13



Tuvo suerte de encontrar una habitación libre en el hotel teniendo en cuenta la hora a la que había llegado.

Se había pasado el día cabalgando y estaba agotado; sólo quería un baño y una cama donde poder descansar, ni siquiera tenía hambre, aun así, el posadero le llevó una bandeja mientras dos doncellas le preparaban la bañera y la llenaban de humeante agua.

Delante de la comida fue consciente del hambre que tenía y engulló, más que comió, el asado y las verduras que habían cocinado.

Una vez en la cama, pensó que había cometido un error al marcharse cuando lo que en realidad deseaba era pasar la noche abrazando a Katerina, sin embargo reaccionó y recordó todas las razones que lo habían llevado a tomar esa decisión.

Por la mañana podría hablar con August y confiaba en que tendría algunas respuestas que pudieran despejar tantas incógnitas.

—Gabriel, muchacho, ¡qué sorpresa! —dijo dándole un abrazo—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Todo bien? Pareces preocupado, siéntate, por favor.

—Sí, todo bien. ¿Cómo va la investigación? —preguntó de sopetón, esperanzado.

—¿La investigación? Ah, la señorita Katerina. —Se quedó pensativo—. No sabría decirte, Gabriel, tengo varias teorías, pero aún no lo veo claro...

—¿Varias teorías? ¿Cuáles?

—Verás, sospecho que su “viaje” tiene que ver con Messier 45.

—¿Con qué?

—Messier 45, las Pléyades. Se trata de un conjunto de estrellas situadas en la constelación de Tauro, el cúmulo contiene aproximadamente unas 500, aunque sólo se pueden ver 8 a simple vista y con unas condiciones atmosféricas determinadas... sin nubes y sin luna...

—Bien, ¿y qué pasa con ellas? —espetó impaciente.

—Calma, hijo. ¿Seguro que no hay ningún problema? —Cuando el joven asintió, prosiguió su explicación—. Verás, entre el 3 de mayo y el 9 de junio están ausentes del cielo nocturno, sin embargo, cuando llegó Katerina también lo estaban; es algo muy extraño —dijo reflexivo—. He leído en algunos documentos antiguos que no es la primera vez que ocurre, pero claro, no hay constancia de que un ser humano haya atravesado el espacio y el tiempo en esas circunstancias.

—¿Y ahora como están? ¿Son visibles? —preguntó Gabriel interesado.

—Sí, se pueden ver a la perfección si el cielo está despejado; sólo estuvieron “ausentes” durante 3 días. Tengo que hacer más estudios.

—¿Y las otras?

—¿Las otras qué?

—Has dicho que tenías varias teorías.

—Ah, sí; una conjunción de planetas, Venus y Júpiter, en concreto. Tengo el pálpito de que este fenómeno junto con la ausencia de M45 durante esos días, podrían ser la causa, sin embargo no se sabe si ocurrió algo extraño y mucho menos el día que llegó Katerina. Estoy confuso, hay algo que se me escapa... Apostaría que la luna tiene algo que ver... Como te digo, tengo que hacer más estudios, ver el grado de acercamiento de ambos planetas, su evolución... Si estoy en lo cierto, no hay posibilidad de que vuelva a su tiempo.

—¿Qué estás diciendo? —interrumpió con nerviosismo— ¡Tiene que volver!

—Entiendo que ese sea su mayor deseo, pero esa conjunción sólo ocurre cada varios años al igual que la desaparición de las Pléyades; quizás dentro de unos años se vuelvan a dar las circunstancias.

—No puede ser... —susurró levantándose del sillón y pasándose las manos por el rostro.

—Lo siento, Gabriel, pero ten en cuenta que son sólo suposiciones, no hay nada claro. Puedo tener razón o estar equivocado, son muchas las incógnitas, hijo, y aunque diera con la respuesta, quedaría otra pregunta: ¿dónde tendría lugar el traspaso? Si ella estaba en Hyde Park... ¿cómo llegó al interior de una vivienda? Lo lógico sería pensar que, al desaparecer de un lugar, aparecería en el mismo, aunque fuese otro tiempo... Todo muy complicado...

—¡Demonios! ¡No lo entiendes, August! ¡Tiene que irse! —gritó Gabriel.

—¿No entiendo? ¿Ha resultado ser un malvado y destructor demonio con el que no se puede vivir? —preguntó socarrón.

—August, por favor, esta situación no tiene nada de divertido.

—Habla claro, Gabriel —dijo con voz decidida—. Explícate —exigió.

—No es ningún demonio, todo lo contrario, me está volviendo loco —dijo dejándose caer en el sillón, derrotado.

—Es una muchacha preciosa, muy inteligente y encantadora, deberías casarte con ella —aconsejó muy convencido.

—¿Casarme? ¿Yo? ¡Estás loco! Jamás me ataré a una mujer, no se puede confiar en ninguna —atacó rabioso.

—Ya veo... ¿La señorita Sinclair te ha dado algún motivo para que desconfíes de ella? —preguntó sereno.

—No... pero... Son todas iguales, falsas e interesadas...

—No eres ni serás el primero ni el último al que le han roto el corazón, muchacho... Pero, ni todas las personas son iguales ni lo son las circunstancias; tienes que abrirte al amor, hijo, a pesar del miedo y de la desconfianza; si no lo haces, te arrepentirás toda tu vida, créeme, sé de lo que hablo... Yo también fui “víctima” de una maldita bruja que me sedujo por su propio interés, aunque eso lo descubrí más tarde —explicó al ver la expresión de asombro de Gabriel—. Se llamaba Susan, Susie la llamaba yo porque a ella le gustaba. ¡Qué estúpido fui! En fin, lo pasado, pasado está. Descubrí que yo no era su único amante, yo le di mi amor y mi corazón, o al menos eso creí en aquel momento, y ella me lo pagó engañándome con varios hombres que le hacían regalos caros, que era lo que ella quería, además de citarse con ellos en el apartamento que alquilé para nosotros.

—Lo lamento, August, no lo sabía.

—¡Oh! No hay nada que lamentar, hijo. Dios me regaló a Serena y eso si fue amor, aunque confieso que estaba tan amargado cuando la conocí que me costó dos años de estupidez hasta reconocer que la amaba y que sin ella no podía vivir y hoy, dieciséis años después, aún lamento el tiempo que perdí revolcándome en mi incredulidad, en mi ceguera, en mi miseria.

—¿Cómo supiste...

—Que era de fiar? —dijo finalizando la pregunta por él— ¿Qué ves en sus ojos, Gabriel?

—Nadie me ha mirado jamás como lo hace ella —respondió soñador.

—Ahí tienes la respuesta; la cuestión es: ¿cuándo admitirás lo que sientes por ella?, ¿cuándo dejarás de sentirte víctima de una mala pécora?

—August, no es tan fácil.

—No he dicho que fuera fácil. Serena rechazó a todos sus pretendientes, dos peticiones de matrimonio y se puso a estudiar astronomía. Venía casi cada día a mi despacho en la Real sociedad astronómica de Londres..., me volvía loco y, aun así, la seguí rechazando una y otra vez. Hoy doy gracias al cielo por su perseverancia, es lo mejor que me ha pasado.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué hizo que te decidieras?

—Es una mujer maravillosa. Un día se enfadó tanto por mi indiferencia que se plantó delante de mí, con las manos apoyadas en sus caderas y me dijo que era un idiota, que me amaba, que quería pasar la vida junto a mí, que se había puesto a estudiar por mí, pero que, en vista de que era el imbécil más grande del mundo, no pensaba perder ni un solo segundo más de su precioso tiempo conmigo, que ya había agotado su arsenal de paciencia y de demostraciones de amor.

—Vaya, nunca lo habría imaginado, menudo carácter —dijo Gabriel admirado.

—Y tanto... Tendrías que haberla visto... Me dan escalofríos al recordarlo... Tan hermosa, mi preciosa Serena —añadió con una enorme sonrisa, perdido en los recuerdos—, pero no la creí y la esperé. Al cabo de un mes no había vuelto. Yo apenas comía, no podía dormir, me dolía todo de tanto que la echaba de menos, pero seguí esperándola. El orgullo nos hace comportarnos como niños malcriados y cometer errores irreparables.

—¿Qué pasó? —preguntó curioso.

—Un mes y medio después de aquel día, coincidimos en una fiesta. Llegó deslumbrante, sonriendo y del brazo de un cretino. Todavía no sé cómo me pude contener para no matar a aquel tipo. Al día siguiente, me presenté en su casa con un ramo de rosas blancas, sus preferidas, y un anillo de compromiso. —Sonrió—. Así me tuvo mes y medio. Me ponía de rodillas ante ella y siempre me decía que no, luego se daba la vuelta con desdén y me dejaba allí plantado..., hasta que me dijo que sí, después de amenazarla con que lo seguiría haciendo el resto de mi vida —concluyó con una sonora carcajada—. En realidad me hizo pagar el tiempo que estuvo esperándome. Casi la pierdo por mi estupidez; ella me enseñó lo que es el amor, me enseñó a amar... Gabriel, ¿qué piensas hacer? —finalizó con seriedad.

—Yo no la amo, es sólo lujuria —espetó con decisión.

—Ya veo... Vuelvo a preguntarte, ¿qué piensas hacer, Gabriel? Ella seguirá aquí durante bastante tiempo, quizás para siempre. ¿Hasta cuándo la

tendrás como amante?

—¿Cómo sabes...?

—Soy perro viejo, hijo —lo interrumpió sin dejar de sonreír—. Ten cuidado, Gabriel, es una buena chica, te ama, no le hagas daño. No dudaré en ofrecerle mi casa si se presenta la ocasión.

—¡August! —exclamó irritado—. No puedes hacer eso.

—Por supuesto que sí y así se lo haré saber si es necesario —concluyó muy decidido—. No juegues con ella, Gabriel, no se lo merece.

—¡Maldita sea, August! No es ningún juego... es... es... ¡Demonios! —Sonaba desesperado.

—Estás enamorado de ella y estás asustado, lo entiendo... ¡Supéralo! —exclamó acercándose a él—. O acabarás perdiéndola. Tú decides.

—No he venido a que me eches un sermón —protestó con rabia, levantándose—. No debí venir.

—Gabriel, hijo...

—Adiós, August.

—¡No la dejes ir! —Le gritó mientras cruzaba la puerta.

Dos días sin Gabriel.

¿Era así el amor? ¿Convertía la ausencia en una tragedia?

Me hacía tanta falta que me dolía.

Mi barca iba y venía sin rumbo y sin remos en un océano tormentoso.

Mis emociones... Pasaba de ser un oso herido a un cachorrillo sin madre...

Tuve que reprenderme en numerosas ocasiones, dejando constancia en mi diario de mi mal humor y descontento. No lo podía permitir. Lo amaba, cierto, pero mi vida no dependía de él, no podía depender de él, yo era un ser humano independiente con o sin Gabriel, yo era Katerina...

De verdad... ¿el amor era así?

Y si era así... ¿qué iba a ser de mí cuando volviera? Daba por hecho que, tarde o temprano, el señor Owen daría con la solución y encontraría un portal que me llevaría a casa. Mi vida, mi bienestar, mi todo no podían depender de él.

¡Dios mío! ¿Cómo lo conseguiría?

Mis actividades me habían ayudado un poco, sobre todo cuando fui al jardín exigiendo a Rupert y a John que me dejaran trabajar con ellos. Hundir mis manos en la tierra, escarbar, mantener la forma de los setos, escoger

flores para decorar y aromatizar algunas estancias... ¡Qué bien me había venido! El trabajo me había despejado la mente y había alejado la tormenta de mi barca; en el invernadero, la fragancia de las rosas me relajó, aquietó mi corazón y me levantó el ánimo.

Poco más tarde, sentada en el confortable banco bajo la ventana ovalada, recostada sobre los mullidos cojines, no podía evitar mirar hacia fuera de vez en cuando con la esperanza de verlo llegar, pero no fue así.

Sin embargo, la buena suerte me sonrió y tuve el placer de disfrutar de Lalima y Lisa que habían venido a visitarme. Su presencia fue un bálsamo para mí e hizo que me alejara de los malos humos que me habían ido invadiendo desde que Gabriel se fuera.

Mis dos nuevas amigas me confirmaron el picnic y estaban deseosas de que llegara ese día; sentíamos una tremenda curiosidad por ver la mansión que albergaría el segundo orfanato para los chicos más mayores, además era un buen momento antes de que el otoño hiciera estragos y lo impidiera — aunque todavía faltaba algún tiempo para el cambio de estación—. Lisa estaba encantada porque su Esha disfrutaría mucho de un día de campo en buena compañía, comentario que me sorprendió mucho —no por el día de campo, sino por lo de la buena compañía—, teniendo en cuenta lo serio que era ese hombre, que no conocía su timbre de voz y que parecía disfrutar sólo de la compañía de sus esposa; sin embargo, Lalima lo corroboró, explicando que tanto ella como su hermano se habían criado en el campo, en Kerala, y que lo echaban mucho de menos cuando estaban en Londres, de ahí que estuviesen deseosos de que llegara el otoño para poder volver a sus hogares, en Hampshire, donde residían la mayor parte del año.

Nos centramos sobre todo en el tema de la mansión y el orfanato; les conté mi visita a la escuela Iomar y que tenía mucha gana de empezar a colaborar con la señorita Watson.

La tarde se me hizo corta y apacible, pero cuando se fueron volví a sentir ese vacío en mi alma, aunque traté por todos los medios de llegar al final del día entera y sin llorar por esos sentimientos que no me veía capaz de controlar.

Ya en la cama, me mantuve un rato expectante por si lo oía llegar. No fue así y, al final, el sueño me invadió.

Lo vería al día siguiente, después de todo no se había ido para siempre.

Me merecía un buen coscorrón por ser tan dramática. Stephanie me lo habría dado, sin duda.

Sonreí.

Había decidido tomarse la vuelta con más calma. Después de su conversación con August, estaba todavía más confundido. Había desbaratado todas sus esperanzas y sus planes basados en la partida de Katerina. Y para completar el lote, había discutido con su padrino; era la primera vez que se habían enfrentado. Siempre había apreciado sus buenos consejos y había acudido a él en varias ocasiones, tras la muerte de su padre, para que lo guiara y lo ayudara en algunas cuestiones, pero se le había ido todo de las manos. Cuando se trataba de ella, se convertía en un maremágnum de sin sentidos que desafiaba toda lógica.

A pesar de todo, en su rincón más íntimo, tuvo que admitirse a sí mismo que August tenía razón... Entonces, ¿por qué le costaba tanto?

¡Maldita mujerzuela que le había destrozado el alma!

Aunque Katerina, su Katerina, no se parecía en nada a ella y no tenía nada que ver con el pasado. Ella era el presente y... ¿el futuro? Si él se lo pidiera... ¿se quedaría?

Con un desván tan desordenado, ¿cómo se podía llegar a una conclusión razonable? ¿Y si tan sólo se dejara llevar por sus emociones?

No podía actuar de ese modo, no podía, no otra vez.

¡Maldita sea!

Se quedó en una posada donde pudo descansar y tomarse un tiempo para pensar..., para seguir pensando.

Por nada del mundo quería hacerle daño, pero no podía permitirse bajar la guardia, de modo que seguiría como hasta entonces, procuraría no involucrarse con ella más de lo que ya lo estaba y confiaba en que el Todopoderoso se apiadara de él e hiciera florecer en su mente una solución satisfactoria para ambos sin que ella saliera perjudicada, aunque si August tenía razón y ella se había enamorado de él...

¡Qué demonios! No necesitaba a August para saber eso, lo había visto en sus hermosos ojos color miel.

Estaba jodido.

Tal vez sería una buena idea que se fuera a vivir a casa de August y Serena, como le había sugerido, sin embargo... ¿no verla a diario?, ¿no hablar con ella?, ¿no compartir nada con ella? ¡Santo cielo! No podía permitirlo y si eso significaba que era el hombre más egoísta del mundo, pues

que así fuera. Se había acostumbrado a su voz, a su aroma, a su risa, a sus mejillas arreboladas. ¿Cómo iba a renunciar a eso? Ni en mil años.

Así pues, todo se mantendría igual.

Jodido.

Llegó a Londres en las primeras horas de la tarde, sin embargo se había dirigido directamente al club donde estuvo practicando esgrima hasta que el maestro dio por finalizado el combate, viendo cómo, aun agotado, quería continuar.

Y era justo así como quería llegar a casa: con tal agotamiento que sólo le permitiera llegar a su habitación y caer medio muerto en la cama sabiendo que ella estaría dormida y que no la vería hasta el día siguiente.

La echaba demasiado de menos y, aunque fuera a golpes, tenía que quitarse eso de encima. No quería sentir ese vacío que se creaba en su interior sólo porque no estuviera con ella.

¡Dios! ¡Cómo deseaba perderse en sus labios!

Llegó a la mansión Bladnoch de madrugada y con unas copas de más. Como había previsto, todo estaba silencioso y la habitación de Katerina reflejaba una mínima luz, la que solía dejar mientras dormía. Lo había conseguido.

Se desnudó y se tumbó en la cama sin poder apartar los ojos de la puerta de comunicación.

¡Maldito demonio!

Se levantó y fue a su encuentro.

Desnuda boca abajo, la sábana la cubría hasta la cintura. Se acercó a ella y la destapó por completo. El reflejo de la luz de su habitación junto con la pequeña llama que lucía en la lámpara de la mesita de noche, bañaba tenuemente su piel suave y sensible.

Deslizó sus dedos por sus piernas, desde los tobillos hasta las nalgas, donde se detuvo para masajearlas con las manos abiertas, llenándolas de su carne.

Katerina se removió y pronunció su nombre.

—Shsss... —silenció Gabriel.

La muchacha se dejó hacer.

Una sonrisa iluminó su rostro.

Él ya estaba junto a ella. Iban a hacer el amor.

Gabriel siguió por su espalda hasta su cabello, donde se recreó en su suavidad, mientras Katerina ronroneaba como una gatita. Se subió a la cama colocando sus rodillas al lado de sus caderas. Su verga llena, bailó, deseosa por hundirse en su humedad.

Recorrió sus brazos a la vez que descendía para besar sus hombros y hacer el mismo recorrido hasta sus cachetes con los labios. La excitación de la muchacha iba en aumento, su respiración se aceleraba y sus dedos se cerraron alrededor de la sábana, mientras Gabriel seguía su exploración e introducía un dedo en su vagina para comprobar que ya estaba resbaladiza y sus fluidos caían por sus labios.

Con una rodilla separó sus piernas colocándose entre ellas y abandonando su sexo con la consiguiente protesta, la tomó de las caderas y la puso de rodillas. Hundió de nuevo sus dedos mientras, con la mano libre, acariciaba sin pausa su espalda para acabar tomando uno de sus pechos en la palma amasándolo sin compasión.

Katerina estaba fuera de sí; pronunciaba su nombre con adoración y giraba la cabeza hacia él con los labios entreabiertos reclamando sus besos.

Gabriel la ignoró y pellizcó su pezón con fuerza, sacándole un pequeño grito de la garganta; tenía que probarla...

Hundió su lengua en su sexo, paseándola arriba y abajo mientras la joven se removía y se lo ofrecía pidiéndole más. Ahí se recreó con su sabor, con su olor a mujer, con su deseo, su pasión...

Pasando concienzudamente su lengua por la zona del perineo, abrió sus mejillas para lamer su agujero fruncido mientras impregnaba sus dedos en su esencia y, haciendo el mismo camino que había hecho su lengua antes, lo bañaba con su agua perlada. El lubricante natural le permitió introducir un dedo hasta la primera falange, para sacarlo y meterlo varias veces, mientras los pequeños gritos de sorpresa y expectación que emitía la muchacha, sacudían los oídos de Gabriel.

Katerina estaba por completo perdida en las nuevas sensaciones que le producían los movimientos inesperados de Gabriel, mientras este volvía a utilizar su lengua alrededor del frunce a la vez que pasaba sus manos por sus caderas y sus costados en una lenta caricia hasta posarlos en sus pechos.

Su lengua ya viajaba hacia el sacro y la parte baja de la espalda, mientras con un pequeño empuje hacia arriba, la instó a apoyarse también en sus manos, quedando como un animal a cuatro patas. Sin dejar su piel ni un

instante, Gabriel jugó con sus senos, abandonando uno de ellos y atravesando la línea media de su cuerpo hasta llegar a su clítoris, hinchado y preparado para su toque.

Con un ligero golpe, Katerina viajó allende los mares arqueando su cuerpo hacia atrás a la vez que Gabriel se introducía en ella de una estocada. Sujetándole la cadera con una mano y el hombro con la otra, golpeó sin detenerse, sin contemplaciones, como un ser salvaje, dentro de su cuerpo, acompañándose de gruñidos, fuera de sí...

—Gabriel... —susurró la joven sorprendida por su forma de hacerle el amor.

Gabriel estaba sordo y ciego, la lujuria y la desesperación se apoderaron de su ser mientras seguía empujando dentro de ella, instándola, con un apretón en su hombro, a que apoyara la cabeza en el colchón, sin dejar de clavarse en ella, ido...

Abandonando su cadera y sin dejar de moverse, la sujetó por el pubis introduciendo su dedo corazón entre sus pliegues para masajear sin compasión su botón.

—Córrete... córrete... —repetía una y otra vez—, ordéñame con tu dulce y hermoso placer...

Katerina no se sentía bien, quería apartarse, sin embargo, su cuerpo traidor volvió a surcar los cielos como un águila en un orgasmo arrasador que apretó el falo de Gabriel hasta que se derramó profundamente dentro de ella.

Cayó sobre ella exhausto, aplastándola... ¿Qué le pasaba?

La joven se removió debajo de él en el momento en que recuperó algo de aliento.

—Gabriel, por favor..., no puedo respirar. —Casi sollozó, mientras intentaba librarse del peso—. Gabriel...

Gabriel rodó hacia un lado, una sonrisa de satisfacción dibujando su rostro, los ojos cerrados..., recobrando el ritmo normal de su respiración...

—Magnífica... —exclamó sin aliento.

Unos minutos después, se levantó y se fue.

Nunca, nunca, nunca, ni siquiera con el imbécil de Arthur, se había sentido como en ese momento. No podía moverse. Se mantuvo quieta. Una mano invisible estrujaba su corazón, hasta que ahogó un sollozo contra la almohada.

Continuó llorando, mientras su alma se iba vaciando de la más profunda

de las tristezas, del más profundo de los desconsuelos, quedando rota, deshecha, desmadejada...

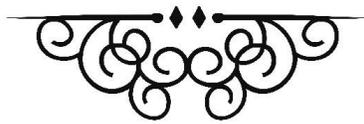
¿Quién era ese? ¿Quién la había follado de esa forma?

Ni siquiera la había besado.

Ese no era su Gabriel.

No podía ser su Gabriel.

CAPÍTULO 14



No había dormido en toda la noche.

Cuando se fue y las lágrimas se apoderaron de mí, me sentí vacía, confusa y desorientada.

Me levanté y me di un baño. No sé cuánto tiempo permanecí dentro del agua caliente. No era capaz de pensar. No quería pensar.

Volví a acostarme con la esperanza de dormirme y considerar todo aquello como un... no sé... como si no hubiese ocurrido.

No entendía nada.

Todo fue en vano.

Vi como la luz del sol bañaba el jardín, los bosques, la llanura de hierba fresca.

En ese momento, nada me importaba.

Nada.

No sabía lo que hacer..., si es que tenía que hacer algo.

No sabía qué pensar..., si es que tenía que pensar algo.

Simplemente no me encontraba.

Estaba y no estaba.

¿Qué había pasado?

Cuando llegó Nora con el desayuno, me dijo que el señor había llegado de madrugada y que la señora Crawford estaba terminando de preparar la cesta para el picnic. Empezó a explicarme todo lo que había cocinado, pero yo ya no estaba allí, con ella. No sé dónde estaba. Sólo que... no estaba allí.

Curiosamente, tenía mucho apetito y me lo comí todo mientras Jane preparaba la habitación después de darle permiso para hacerlo. No era lo habitual, pero decidí que no bajaría hasta que llegase el momento de irnos. No quería verlo. No quería...

Nora eligió un bonito vestido color miel de escote cuadrado, decorado con pequeñas flores blancas. Mientras seguía con su parloteo y me lo mostraba, yo no podía pensar en otra cosa que no fuera quedarme en la

habitación todo el día, sola y tranquila. Se me ocurrió que podría alegar algún tipo de malestar, después de todo había empezado con la menstruación, sin embargo no me encontraba mal, salvo una cierta pesadez en las piernas y los pechos más sensibles, aunque después de lo ocurrido, cualquiera los tendría así; apenas me podía tocar, supuse que entre una cosa y otra... Por supuesto deseché el corsé, pero sentía tanta molestia que me puse mi sujetador, el original.

Supuse que ese había sido el motivo por el que me había sentido tan dramática con respecto a la ausencia de Gabriel. Con todo lo que me había pasado, no sabía en qué día vivía y me había despistado por completo con respecto a ese tema.

Así que... ¿iba o no iba?

Entonces, recordé a Lalima y a Lisa, y un cálido sentimiento de cariño anidó en mí; se había creado un lazo de amistad que hizo que me decidiera sin dudar. Por supuesto iría; ellas y Miranda me ayudarían a sobrellevar el día. Sí, sería divertido estar con todos otra vez.

Y tal vez, como caído del cielo, algo o alguien, podría responderme.

¿De veras había ocurrido como lo recordaba?

¿Había ocurrido siquiera?

Mi cuerpo decía que sí.

Mi cabeza decía que sí.

Mi corazón quería decir que no.

No podía aceptar que mi tierno y dulce Gabriel me hubiese utilizado de esa forma..., como si fuera una fulana.

Él no haría eso, ¿verdad?

¿O sí?

Gabriel maldijo mil veces en el mismo momento en que se despertó. Se hizo la firme promesa de no volver a beber jamás. La cabeza le estallaba y no podía soportar la acidez de su estómago ni su lengua pastosa que sentía asquerosa, dentro de su boca.

Sin embargo, sonrió. Había pasado la noche con su dulce y hermosa Katerina.

Cuando Victor entró a su habitación y descorrió las cortinas, miles de alfileres se le clavaron en los ojos y un gruñido salió de su pecho, con lo que tuvo que tapar la ventana de nuevo. Tras recoger la ropa tirada en el suelo, salió para volver, minutos más tarde, con el preparado especial del señor

Tilman para esos casos.

Pasó, al menos, una hora antes de que pudiera levantarse, sin embargo, agradeció la famosa receta milagrosa de Alexander. Era pestilente y de sabor insoportable, pero funcionaba al cien por cien.

Cuando consiguió sentirse como un ser humano, bajó al comedor para desayunar con la esperanza de hacerlo en compañía de Katerina, pero cuál fue su sorpresa, cuando Gerard le dijo que la señorita Sinclair había desayunado en su alcoba. Tendría que esperar un poco más para ver ese hermoso brillo en sus ojos, aunque no dejó de extrañarle su ausencia, después de todo, había sido la primera en saber que había regresado.

Sonrió y los recuerdos caldearon su corazón y... su anatomía...

Restándole importancia, pasó un tiempo en su despacho, mientras llegaba la hora y cuando llegó el momento, allí estaba la joven, ya preparada.

—Buenos días, Katerina —saludó feliz; la había echado tanto de menos, que verla por fin, le invadía el pecho de amor, de una inmensa luz que sólo podía ser felicidad.

—Milord —respondió con frialdad.

Qué extraño. No era la respuesta ni la reacción que esperaba, ¿estaría enferma? O tal vez... Sí, delante de los sirvientes tenía que mantener las formas. Esa sería la explicación; cuando estuvieran a solas tendría un comportamiento muy distinto. Esa idea hizo que se sintiera satisfecho y emocionado.

—¿Se encuentra bien, Katerina? —le preguntó cuando ya estuvieron instalados en el carruaje.

—Perfectamente, gracias. —Había levantado un muro, no lo miraba a los ojos, no le hacía preguntas, no le sonreía. ¿Qué estaba pasando?

—La noto diferente, ¿seguro que se encuentra bien? —volvió a preguntar con cierta preocupación.

—Seguro, estoy en esos días y estoy un poco cansada —dijo sin más.

—¿Disculpe?

¿Le estaba hablando de lo que él creía?

—Tengo el periodo, milord, ¿sabe lo que es? —respondió con ironía.

—Por supuesto... Me ha sorprendido, eso es todo, las mujeres no hablan de esas cosas.

—Las del siglo XIX tal vez no...

No volvió a hablar.

¿Qué había pasado en su ausencia? ¡Demonios! No se tenía que haber

ido.

Intentando romper el hielo que se había formado entre ambos, Gabriel le habló de su viaje y de su entrevista con August. No se lo contó todo, obviamente, ni tampoco le había explicado las pocas expectativas que tenía su padrino, pero sí le dijo que su investigación iba bien y que era muy optimista con lo que estaba descubriendo.

—Qué bien, me gustaría hablar con él cuando vuelva —replicó sin entusiasmo. Su voz plana.

—Lo arreglaré. —Le sonrió esperanzado.

Ella se limitó a mirarlo durante un instante para continuar perdida en el exterior. Ante su actitud, decidió que era mejor dejarlo pasar, al menos hasta que el día de picnic terminara y entonces hablaría con ella. Le pasaba algo, estaba seguro y no tenía nada que ver con su estado, también estaba seguro.

No pretendía distanciarme de él, pero no podía actuar de otra forma. No lo sentía. Tenía que pensar en lo sucedido y ni siquiera tenía claro mis sentimientos, lo único que sabía era que estaba dolida.

Las ganas de abrazarlo y besarlo se alternaban con las que tenía de golpearlo y gritarle... ¡Estaba tan confundida! En mi fuero interno sabía que sentía algo por mí, lo había visto en sus ojos, sin embargo... ¿hasta qué punto sus sentimientos eran profundos?, ¿qué significaba para él?

Nora me había dicho que se había levantado con resaca y que el señor Tilman le había preparado su receta secreta para esos casos; añadió que no era algo habitual en él y que sólo recordaba una vez anterior en que necesitó el brebaje: el día del funeral de su padre. No podía perder de vista ese hecho y él nunca bebía hasta ese punto, sólo se tomaba una copa después de la cena, quizás otra antes, algunas veces, pero no era un bebedor habitual, no era un alcohólico. ¿Se acordaría de lo que había pasado? ¿Qué recordaría exactamente? ¿Por qué había bebido tanto?

Tantas preguntas sin respuesta. Tanta confusión.

El día había amanecido hermoso y el sol lucía resplandeciente. Era el momento de disfrutar. Tal vez, con el paso de las horas, todo se aclararía en mi mente.

Así pues, cuando ya llegamos, mi humor había cambiado un poco y, al sentir el calor en el rostro al bajar del carruaje, agradecí ese regalo.

Después de los saludos iniciales, nos dirigimos a la entrada de la mansión Gruffuldd y me quedé paralizada.

Era sin lugar a dudas el Alysha's School.

Se mantenía casi tal cual, al menos por fuera; se notaba la necesidad de unos cuantos jardineros y muchos arreglos, pero era la escuela que yo conocía.

—Katerina...

Gabriel se veía expectante y no dejaba de observar mi reacción, mis movimientos, mis labios... a la espera de alguna respuesta.

—Cómprela, milord, es decir, mi consejo es que la compre —le dije posando mi mano sobre su antebrazo—. Adquiera la propiedad, entre todos encontraremos la forma de resolver los inconvenientes que surjan.

—Lo haré —respondió sin dudar y sin dejar de bucear en mi mirada, como si anduviera buscando algo.

—¿Estás seguro, Gabriel? —preguntó Edmund algo dudoso—. Se encuentra en muy mal estado, habrá que hacer una inversión considerable.

—Aún no la hemos visto por dentro —sugirió Miranda—. ¿Podemos entrar? Tal vez esté mejor de lo que parece.

—Es perfecta —añadió Lisa con su alegría habitual—. ¿Verdad, amor? —preguntó dirigiéndose a su esposo.

Entonces ocurrió lo más extraordinario del día.

—Lo es. No lo dudes, Gabriel, como dice la señorita Sinclair, todo se puede solucionar —contestó Esha.

¡Esha había hablado! Una voz profunda y musical salió de su pecho, una voz que te hacía olvidar sus ojos oscuros y profundos, una voz que derretiría cualquier voluntad, una voz hipnotizadora y cálida...

“Vaya, sabe hablar”, pensé.

Sin embargo, al ver cómo todos me miraban sospeché que “ese pensamiento” había sido oído por todos. “¡Tierra, trágame!”.

Las sonoras carcajadas de Lisa seguidas por las del resto del grupo confirmaron mi sospecha y quise esconderme detrás de Gabriel. Noté cómo me sonrojaba de la vergüenza...

—Lo siento... —dije abochornada—, es que nunca lo había oído hablar...

¿Qué podía decir? ¡Demonios! ¡Qué metedura de pata!

—Tranquila, Katerina, mi Esha habla poco, ¡gracias a Dios! Con su voz, sus ojos, sus... Bueno, todas las mujeres de Londres estarían locas por él...; en realidad, estoy segura de que lo estarán, pero... es todo mío —concluyó dirigiéndose a él con una espléndida sonrisa y mil centellas iluminando su

mirada.

A continuación, tuvo lugar la segunda cosa más extraordinaria.

Sonrió abiertamente, rozando sus labios con los de su esposa.

¡Sonrió!

¡Santo cielo! ¿Cómo se llamaría el dios hindú de la belleza y la perfección? ¿Esha?

—Patrick, ¿podemos entrar? —preguntó Lalima sonriendo con su serenidad habitual.

—Sí, a pesar de su mal estado, el señor Radcliffe me aseguró que la estructura era firme y que no había peligro.

Cuando hice ademán de soltar el brazo de Gabriel para seguir hacia la entrada de la mansión, me sujetó la mano apoyando con suavidad la suya sobre la mía dándome un ligero apretón. Su sonrisa y la duda en su rostro, me llenó de calor. Le sonreí cuando colocó mi brazo alrededor del suyo.

No había diferencia, al menos en apariencia, entre las demás parejas y nosotros.

La casa se encontraba en un estado deplorable, no sólo por la suciedad y el polvo, sino por las puertas rotas, la madera carcomida, el papel pintado de las paredes, desgarrado, las lámparas en el suelo, rotas en mil pedazos, los cristales agujereados...

La mansión tenía tres cuerpos. En realidad, siempre me dio la impresión de que eran casas adosadas. La parte central sería la original y con el tiempo, los propietarios habrían ampliado la vivienda hacia los lados, construyendo dos casas más.

En la pared de la izquierda había un cuadro ladeado, una escena de caza se intuía bajo todas aquellas telarañas y entonces lo recordé.

El hijo mayor de Helen y Marcus, estudiaba allí. Un día acompañé a Helen a recogerlo y me maravilló la belleza del colegio, pero sobre todo una placa de homenaje colocada justo en el lugar de donde pendía el cuadro. Se decía que el conde de Bladnoch la había descubierto para su esposa el día en que se inauguró la escuela. No me acordaba de la fecha, aunque sí tenía muy presente la inscripción, pues al verla me impresionaron los sentimientos que el conde expresaba hacia su mujer y la hermosa figura que coronaba el texto: un cisne cuyo cuerpo lo formaba una piedra preciosa, un hermoso ámbar dorado.

*A mi condesa,
Que hizo posible que este sueño se hiciera realidad
Eternamente tuyo
G.*

¡Gabriel se había casado! Bueno, aún no lo estaba, claro, pero lo estaría... ¿Con quién?

¡Dios! Mi mundo se derrumbó.

Él se enamoraría de alguien y yo viviría lejos de él en el siglo XXI, o lo que sería mucho peor, él se casaría enamorado y yo tendría que vivir en su siglo. Recé para que no fuera así, no podría soportarlo. “¡Jesús! Te suplico que no lo permitas”, pedí con toda la fe que albergaba mi corazón.

Algo debió cambiar en mi expresión, ya que Lisa me preguntó si me encontraba bien.

—Sí, muy bien, gracias Lisa —respondí haciendo un gran esfuerzo por disimular mis emociones y recuerdos.

¡Gabriel se casaría! ¡Se casaría!

Y yo viviría por siempre en el purgatorio...

Casado...

En algún recóndito lugar, encontré una brizna de voluntad que me devolvió a la realidad haciendo que me incorporara al bullicio de las voces que sonaban a mi alrededor.

Nos separamos para husmear por la casa. Vimos que era perfecta y aunque lord Lowry había dicho que la casa era segura, viendo el estado de la madera de las escaleras, los desconchones del techo y otros desastres, pensamos que lo mejor sería abandonarla, evitando así cualquier posible incidente.

—Es maravillosa —insistió Lisa—, será un lugar precioso para los niños. Vayamos al jardín.

El jardín era espectacular, aun estando tan descuidado. Flores, arbustos, hierba... La naturaleza en todo su esplendor se había apoderado del espacio dándole un aspecto salvaje que nos encantó a todos. Tanto fue así que decidimos buscar un lugar donde poder asentarnos para pasar el día. Gabriel y Edmund fueron a por las cestas de picnic, mejor dicho, ordenaron a los distintos criados que nos siguieran con la comida y las mantas que se utilizarían para cubrir el suelo.

Casado...

Yo no había llegado a ver el jardín cuando estuve en la escuela con Helen, de ahí que quedara tan profundamente impresionada. Era el lugar de juegos ideal para cualquier chiquillo, ahí podrían recuperarse de sus penalidades, de sus tristezas, ese lugar les daría esperanza y la posibilidad de un futuro mejor.

Aquellas personas que habían decidido compartir sus fortunas con los más desventurados, se ganaron mi admiración y mi respeto sinceros. Siempre había pensado que las personas que más poseían, tenía el deber ético de ayudar a los más desfavorecidos, pero la mayoría no era de la misma opinión, mientras unos se pavoneaban por los parques y fiestas con sus joyas y su poder, ellos, mis amigos recientes, preferían hacer del mundo un lugar mejor. Todos teníamos elección y ellos habrían podido decidir ignorar la realidad que les rodeaba, en vez de eso, habían decidido implicarse y yo..., al menos, durante un tiempo, estaría colaborando con ellos, no con dinero, claro, pero estaba dispuesta a trabajar para sacar adelante ese hermoso proyecto.

Una vez que ubicamos un lugar adecuado, junto a un pequeño riachuelo, nos instalamos. Ya situados, nos dispusimos a comer. El contenido de las cestas se fue colocando sobre unos manteles mientras nos sentamos alrededor sobre las mantas y ahí, cada oveja se situó junto a su pareja... Gabriel a mi lado. Se mantuvo en todo momento junto a mí, sin perder detalle de cualquier cosa que yo pudiera necesitar o desear, preparaba un plato y me lo ofrecía; yo no salía de mi asombro, se comportaba como si fuera mi marido, era todo atenciones, mimos y cuidados. Nunca me habían tratado de ese modo y me sentí, por un lado, extraña ante una situación por completo nueva para mí y por otro..., la reina de su universo.

En un primer momento, pensé que se comportaba como lo haría un amigo, sobre todo teniendo la información que tenía; tal vez era más sensible a la situación de la mujer en esos días del mes en que las emociones afloraban con facilidad, sin embargo recordé que era un hombre de 1851, no un hombre actual y moderno del siglo XXI, donde la amistad sincera y sin pretensiones románticas, era aceptada y reconocida.

No se comportaba como un amigo.

¡Maldita sea!

Habría una condesa.

Todos sus actos, sus miradas, sus sonrisas, sus atenciones eran propias de un pretendiente, un prometido o un marido. Él y sus amigos tenían el mismo

comportamiento con la mujer que tenían al lado, sólo que yo no era su esposa.

Se me olvidó de un plumazo lo ocurrido la noche anterior y los malos sentimientos que la sucedieron.

Se me olvidó la placa, su boda, su condesa...

Se me olvidó el dolor. Sólo vi al hombre que había sido en los últimos tiempos, el tierno amante que había conocido en todo momento, el amigo fiel y paciente con el que había compartido las veladas de ajedrez y oporto. Fue, en ese preciso instante, cuando decidí que dejaría pasar ese capítulo y darle una oportunidad de redención.

Encerrar los recuerdos y el futuro en ese profundo baúl donde todo deja de existir... con suerte... para siempre.

Me había conquistado una vez más con su *savoir-faire*... y el gran poder del amor...

Después de comer y de echar unas cuantas risas, Lalima me propuso dar un paseo con ella. El mensaje quedó claro cuando Gabriel hizo ademán de levantarse para acompañarnos. La mirada caribeña y amorosa de mi nueva amiga, era muy clara: ella y yo paseando, nadie más.

Gabriel no tenía muy claro lo que estaba haciendo, aunque si sabía que cada uno de sus movimientos era sincero y honesto. No deseaba otra cosa que complacer a Katerina, verla feliz y emplearse a fondo para eliminar la mirada sombría que lo había recibido aquella mañana. Poco a poco, su hermosa y preciosa Katerina iba volviendo a su ser, lo que le produjo una enorme satisfacción y un sentimiento nuevo nació en su corazón, un sentimiento que hizo que se sintiera feliz como nunca lo había estado.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Lisa que había decidido quedarse a descansar en los brazos de su marido.

—¿Disculpa? —repuso Gabriel sorprendido por la pregunta que lo sacaba de sus pensamientos.

—¿Qué le has hecho? Cuando llegó estaba muy triste, una sombra extraña nublaba su mirada.

—¿Por qué supones que le he hecho algo?

—Porque los hombres sois simples y estúpidos, y no sabéis que cualquier cosa que hagáis tiene sus consecuencias por muy inocentes que os parezcan.

—Vaya, ¿ahora eres filósofa? —replicó Gabriel burlón—. No le he

hecho nada, la he visto esta mañana después de pasar tres días fuera, no me ha dado tiempo a meter la pata.

—¿Estás seguro? Está distinta. El otro día cuando fuimos a visitarla, Lalima y yo, tenía un brillo que no tiene hoy, aunque ahora la veo mejor que cuando llegasteis.

—Quizás sólo esté en esos días especiales —explicó Gabriel sin aclarar mucho más.

—Tal vez... Yo de ti, repasaría lo que he hecho hasta el momento que haya podido molestarla o entristecerla.

—Lisa, estás suponiendo cosas que no son; no ha pasado nada —concluyó intentando tranquilizarla.

—No sé Gabriel, aun así, piensa. No la conozco mucho, pero no creo que sea de naturaleza caprichosa y esta mañana no estaba como en otras ocasiones y sospecho que tú tienes algo que ver —concluyó con una sonrisa.

—Eres una bruja, mi querida hermana. Anda, descansa un poco.

Gabriel se levantó y fue a dar un paseo. ¿Lisa tendría razón? ¿Habría dicho o hecho algo? No lo había recibido como esperaba... Por más que pensaba, sólo le venían a la cabeza lo que había compartido con ella. ¡Maldito whisky! Le había atrofiado los recuerdos. Sabía que habían hecho el amor. ¿Le habría hecho daño?, ¿habría sido demasiado brusco con ella? No podía recordar nada, salvo que habían tenido sexo. Su esfuerzo le llevó a recibir algunas imágenes del momento compartido y había sido como siempre: lleno de pasión y deseo, ¡maravilloso! Había amanecido en su cama, ¿se trataría de eso?, ¿estaba molesta porque no había dormido con ella? Con las mujeres nunca se sabía, no se podía estar sin ellas, pero ¿quién las comprendía? ¿Sería conveniente preguntarle?

¡Santo Dios! Estaba hecho un lío.

Recapitulando, Gabriel pensó que si algo sabía de Katerina, era que no era propensa a callarse; hasta el momento había demostrado un ímpetu y un carácter indomable y no había tenido problema en comunicarle cualquier cosa que la había disgustado. Si de verdad se había equivocado en algo, estaba seguro de que la joven no tendría ningún reparo en decírselo. Decidió, pues, que esperaría y si veía que su actitud hacia él cambiaba y volvía a mostrarse distante y sombría con él, como aquella mañana, hablaría con ella para aclarar cualquier punto disidente que pudiera existir entre ellos. No podría soportar verla alejarse de él, preferiría que le arrancaran las uñas, una a una.

Por el momento, disfrutaría del hermoso día de campo que estaban

compartiendo, de esa complicidad que había entre ellos, de esa hermosa intimidad que se estaba asentando en su relación.

Relación.

Sí, tenía una relación con Katerina, una relación hermosa y apasionada. ¿Hasta dónde llegaría?

Ella se iría. No había nada que pensar.

—¿Se encuentra bien, Katerina? —me preguntó Lalima.

—Sí, no se preocupe Lalima, estoy bien. ¿Cómo lleva el embarazo? — Un burdo intento de cambiar de tema.

—Es usted un libro abierto, mi querida amiga, no puede ocultar sus emociones. Sé que hay algo que la perturba —dijo con calma.

—No es nada, de veras, estoy en esos días, ya sabe; me suele bajar un poco el ánimo, como a todas, supongo —respondí con la esperanza de que me creyera y la cosa quedara ahí.

—Ah, entiendo... Yo me enfado por todo. —Sonrió. Uf, parecía que se había convencido.

—Mi embarazo va muy bien, ya no tengo molestias, mi estómago se ha asentado y he empezado a comer con normalidad —dijo feliz.

Respiré tranquila, ¿tan transparente era? ¡Qué pregunta más tonta! Stephanie siempre me lo decía: era incapaz de ocultar lo que sentía y tenía que aprender el maravilloso arte del disimulo. Sonreí recordándola.

Tal vez algún día, sería capaz de aprender dicho arte.

De camino a casa, me sentía mucho mejor.

Calmada, serena y más enamorada que nunca. Las dudas, las inseguridades, el malestar..., todo había desaparecido, dejando paso al único sentimiento que me embriagaba, al único sentimiento que había florecido en mí desde el primer momento en que mis ojos se posaron en él: el amor incondicional que sentía por él.

Gabriel había mantenido su actitud todo el tiempo, pendiente de mí, estaba dispuesto a satisfacer cualquier necesidad o capricho que yo hubiese podido tener, incluso me había sentido un poco acorralada en algunos momentos. No estaba acostumbrada a tanta atención y cuando Lisa me preguntó de nuevo si me encontraba bien, casi me pongo a gritar. Sin embargo, agradecí el interés que mostraban por mi bienestar, eran sin duda, grandes personas con un hermoso corazón. Era afortunada por contar con

ellos. Sentí que su amistad era sincera y honesta, de ese tipo que sólo se encuentra de vez en cuando en la vida..., muy de vez en cuando; Dios me había bendecido siempre con la amistad de personas extraordinarias que hacían que mi vida fuera mejor.

Ya en casa, me fui a descansar un rato antes de la cena. Demasiadas emociones para un solo día, teniendo en cuenta que apenas había dormido. Gabriel se había encerrado en su despacho después de darme un buen descanso tras besar mi mano con... ¿adoración? Su mirada llevaba pintada mil promesas de... ¿amor?

La cena fue muy bonita. Gabriel se mantuvo igual de atento y me acompañó hasta mi habitación cuando le dije que estaba demasiado cansada para jugar al ajedrez y que deseaba acostarme pronto. No hizo nada especial, sólo volvió a besar mi mano antes de desaparecer por las escaleras; todavía tenía que repasar unos documentos antes de ir a dormir.

Después de afeitarme y ponerme el camisón, sentí todo el cansancio que una noche en blanco y un día en la calle eran capaces de provocar; me acosté sin ni siquiera mirar el libro que había dejado en la mesita de noche. Ya tendría tiempo para leer.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando la puerta de comunicación se abrió y Gabriel apareció con su bata puesta.

—Gabriel... —dije a modo de advertencia, quería dormir, descansar.

—Está bien, cariño —respondió comprensivo—. Sólo quiero dormir contigo.

Me quedé muda.

Acto seguido se quitó la bata y pude ver su torso desnudo; sus piernas y su sexo estaban cubiertos con unos calzones. Se tumbó a mi lado y me llevó hacia su pecho. ¿No estaba allí para tener sexo?

—Descansa, mi dulce —me susurró dándome un ligero beso en la frente. Y con su calor y sus tiernas caricias, me quedé dormida.

No estaba allí para tener sexo.

—Buenos días, cariño —me dijo Gabriel sobre mis labios—. Lo lamento, pero tengo que irme; no sería apropiado que Nora me encontrara aquí.

Respondiendo a su roce, me acerqué aún más a él, deseando aprovechar algunos minutos más, pero tenía razón. Ya estaba amaneciendo, la tenue luz de la mañana se filtraba por la rendija del pesado cortinaje que cubría la

puerta del balcón. Nunca permitía que lo cerraran por completo, me gustaba ver la claridad del día cuando me despertaba; ese pequeño detalle me ponía en marcha y me ayudaba a desperezarme mucho antes, sobre todo cuando el sol empezaba siendo el protagonista de la jornada.

Mil besos cayeron sobre mi rostro y mi cuello y mis hombros...

Mil besos sobre su rostro y su cuello y su pecho...

Hasta que se levantó para perderse en su alcoba ofreciéndome una de esas sonrisas que tenía el intenso poder de derretirme. Los calzones que llevaba no disimulaban en absoluto su erección y a mí me ardía el sexo, echándolo de menos, sintiendo el hambre que siempre tenía por él. Suspiré arrebujiándome entre las sábanas ocupando el lugar que mantenía su calor y ese olor natural a romero, tan propio de él.

Envuelta en su recuerdo, volví a quedarme dormida.

Cuando Nora llegó para vestirme, yo ya estaba levantada y me había bañado. Me encontró en el balcón, respirando el aire fresco de la mañana y disfrutando con la hermosa vista que me había enamorado desde el día de mi llegada. El sol se derramaba sobre el jardín ofreciendo la danza natural del despertar de las flores, los árboles, la hierba fresca y una sensación de plenitud y bienestar en mi corazón. Por un momento, me acordé de mi padre y mis abuelos que habrían llorado de felicidad al ver tanta belleza y una pequeña lágrima se me escapó. Se me ocurrió que podría hacer alguna foto con el móvil suponiendo que tuviera batería. Existía esa posibilidad, después de todo lo había apagado cuando se lo mostré todo a Gabriel el primer día. Busqué mi bolso y comprobé que el teléfono estaba cargado, hice varias fotos, abarcando la mayor cantidad de terreno que pude para poder enseñárselo cuando volviera.

Cuando volviera.

¿Se podía tener el corazón partido por la mitad?

Una mitad quería quedarse junto a Gabriel.

La otra quería volver a casa.

Apagué enseguida el móvil y lo guardé en el bolso cuando Nora llegó. Sería difícil explicarle aquello y no estaba muy segura de querer volver a tener esa conversación de nuevo ni si ella lo entendería. Cuanta menos gente lo supiera, mejor, podría llegar a dudar de mi cordura, y ya se había mostrado extrañada ante varias cosas. Mi relación con ella y con los demás era demasiado bonita como para ponerla en peligro por una historia tan

alucinante; de todas formas, tampoco era necesario; después de todo, me estaba adaptando bastante bien a ese nuevo mundo y a mi nueva situación.

Nora me dijo que Gabriel me esperaba para desayunar y así fue. Cuando llegué al comedor, estaba leyendo el periódico que abandonó en cuanto me vio, levantándose para ofrecerme el asiento que siempre ocupaba.

Entre pastelito y pastelito de arándanos, me explicó que tenía una cita con el señor Radcliffe. Patrick, Edmund y Esha también estarían allí, y si todo salía bien, la propiedad pronto pasaría a ser suya y empezarían a buscar los medios para realizar los trabajos de rehabilitación y reconstrucción.

—Y todo gracias a usted, Katerina. No puedo expresarle mi gratitud —dijo emocionado.

—¿Yo? Pero si yo no he hecho nada. Gabriel, usted ya estaba considerando ampliar su trabajo, yo sólo le di un consejo y no fui la única que lo animó —respondí sonrojándome.

No insistió en eso, tan sólo tomó mis manos entre las suyas y besó el dorso con parsimonia, yendo de una a otra para finalmente detenerse en mis ojos un instante, y acariciar mis labios con los suyos.

—Ha sido una bendición para mí, Katerina —dijo con seriedad.

—Milord, yo no...

—Shsss... —Volvió a besarme sin importarle que Gerard estuviera allí, junto al aparador.

Sentía la sangre latir en mis venas cuando lo acompañé a la puerta para despedirlo como si fuera algo natural entre nosotros, como si hubiera un vínculo especial que nos uniera. Una estampa se formó en mi mente que me regocijó y me llenó de esperanza. Algo tan sencillo, había sido un gesto espontáneo y sincero.

Tantas cosas dichas sin una sola palabra.

Un beso en la mano.

Dos miradas que se encuentran.

Dos sonrisas cómplices.

Y el corazón latiéndome desbocado.

Una vez que se hubo ido, me cambié de ropa —me puse mis pantalones — y me fui al jardín para trabajar un rato en la tierra junto a los hermanos Craig; más tarde pasé un rato en el invernadero. Después del momento que había pasado hacía dos días, me embriagué con el aroma de las rosas: ese sería mi segundo lugar favorito después de la fuente de la sirena. Allí me serenaba, tanto como lo hacía el sonido del agua en el claro del bosque, dos

lugares que me permitían adentrarme en los secretos de mi alma. El silencio que los caracterizaba, roto únicamente por la vida que fluía de unos cuencos a otros o por el despliegue de las fragancias, me daban la paz de la que tanto nos había hablado Kala en clase. En ese momento, tenía todo el tiempo para mí, permitiéndome experimentar ciertas cosas que ella nos había explicado y que muy pocas veces había sentido. Pero, claro, en mi Londres no tenía una fuente mágica y un recinto repleto de rosas.

El resto del día se me pasó entre mi diario, la lectura y un poco de vida social con el servicio a la hora del almuerzo y del té de la tarde.

Estaba llevando una vida idílica coronada por la presencia de Gabriel a la hora de la cena. Todas mis horas estaban llenas y disfrutaba de cada minuto. Pero mi mayor gozo era el momento que pasaba con él.

En la cena me fue explicando cómo había ido la compra de la casa que había podido adquirir a un precio razonable. Todos habían quedado muy satisfechos y habían podido contactar con un amigo que era arquitecto y que también había colaborado en el proyecto desde su inicio. Él se encargaría de evaluar los daños y establecer los arreglos que serían necesarios. Ya sólo faltaba buscar más inversores para poder llevar a buen término el segundo orfanato.

—¿Por qué no pone un anuncio en el periódico? —sugerí—. También se podrían poner algunos carteles en establecimientos frecuentados por las personas con poder adquisitivo, aristócratas, comerciantes, nuevos ricos... Las obras sociales dan prestigio. En la exposición, se podría montar un stand a la entrada, se pueden hacer folletos explicativos e ir entregándolos a los visitantes, abrir una cuenta en un banco en la que la gente pudiera ingresar sus donativos, incluso por las calles, en distintas tiendas. Mucha gente normal han aportado su granito de arena a la exposición, también podrían hacerlo para el orfanato, es un proyecto maravilloso que atraerá la atención de muchos.

—¿Así es como funciona en el siglo XXI? —preguntó asombrado—. Nunca se ha hecho nada de lo que usted menciona, no funcionaría.

—Hombre de poca fe —repliqué sonriendo—. El que algo no se haya hecho nunca no significa que no se pueda hacer. Intentarlo no cuesta nada y ya sólo quedaría esperar la respuesta de la gente. El ser humano es capaz de las cosas más extraordinarias y sorprende constantemente y..., bueno..., en el siglo XXI tenemos la televisión, y los maratones para recaudar fondos, llegan a todo el país y se da un número de cuenta donde se pueden hacer los

ingresos —expliqué—. Serían necesarios unos folletos que yo misma podría distribuir en la exposición, además de explicar, a todo el que me quisiera escuchar, en qué consiste el proyecto.

—¿Cree que podría funcionar? —Su voz sonaba escéptica.

—No sé, es cuestión de probar. ¿Para cuándo podrían estar disponibles los desplegados y los carteles? Sería bueno que los muchachos más mayores se implicaran también.

—Son ideas muy buenas, Katerina. Tendría que consultarlas con los demás y usted no iría sola a ningún sitio... No —dijo interrumpiéndome cuando iba a replicar—, no lo permitiré... y puede llamarme burro insensible todo lo que quiera —se burló con una pícaro sonrisa—. El servicio podría hacer una parte de lo que ha propuesto y si usted hace algo no lo hará sin mí —concluyó.

Quería protestar, pero al recordar lo que me había ocurrido cuando salí corriendo sola, no me quedó más remedio que aceptar, muy a regañadientes, su autoridad en ese aspecto; me consolé pensando que siempre quedaría algo que podría hacer: el que no se consuela es porque no quiere, solía decir Stephanie. Y, bueno, si íbamos a hacer cosas juntos... Eso me hizo sonreír.

—También está esa fiesta en casa de los Evans, ¿no? Se puede aprovechar la ocasión para exponerlo y explicar lo que se necesita.

—Sí, mañana mandaré una nota a mis amigos y hablaremos de ello el lunes.

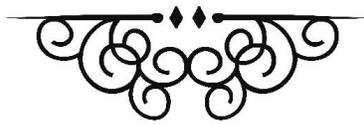
Ahí concluyó el tema y pasamos a otros más livianos como mis actividades durante el día, si me sentía a gusto y me pidió que le explicara eso de los maratones televisivos.

Esa noche no jugamos al ajedrez, aunque sí continuamos conversando con una copa en la biblioteca. Fue una velada perfecta y al igual que la noche anterior, me acompañó a mi habitación para aparecer unos minutos más tarde.

Esa noche también dormimos juntos. Uno en brazos del otro y después de una sesión de besos y caricias, nos quedamos dormidos.

La vida era perfecta.

CAPÍTULO 15



Todo el mundo nos miraba y cuchicheaba al vernos pasear cogidos del brazo por Hyde Park. Al igual que ocurriera el día de la exposición, numerosos caballeros y damas saludaron a Gabriel, algunos se detenían para cruzar unas palabras, sin embargo ese día estaba siendo muy distinto, ya que él me presentaba a todo aquel con el que hablaba.

La señorita Katerina Sinclair ya no era invisible a los ojos de nadie, pero sobre todo, ya no era invisible a los ojos de Gabriel, mi Gabriel, mi amado y adorado Gabriel.

Incluso en mi cabeza me sonaba cursi esa frase: “mi amado y adorado Gabriel”, sin embargo, me resultaba tan natural como respirar. Podía ser cursi y romántica, soñadora e idealista, pero en mi defensa sólo podía decir que estaba enamorada hasta lo más profundo de mi ser, como jamás lo había estado y como jamás lo estaría.

De pronto dos enormes caballos se pararon junto a nosotros y yo di un respingo que me hizo dar un paso atrás para después recomponerme y fingir que no había ocurrido nada, que ver a esos dos animales era, para mí, lo más normal del mundo.

Ambos caballeros se bajaron y uno de ellos, el más mayor, saludó con alegría y cariño a Gabriel. Era lord Everett, el duque de Amberley y su hijo Christopher, marqués de Haworth. El duque era un hombre de una cierta edad, de rostro moreno y sabio, robusto y apuesto. Parecía un aventurero en lugar de un miembro de la alta aristocracia. Había sido muy amigo del padre de Gabriel. Su hijo pertenecía claramente a una tribu americana. De piel cobriza, era de una belleza extraordinaria, nariz recta, labios marcados y pómulos prominentes; lo que más llamaba la atención eran sus ojos dorados y su largo y negro cabello lacio que mantenía sujeto en una cola baja. Su mirada profunda y serena transmitía paz, pero también reflejaba a un hombre seguro de sí mismo, fuerte, un guerrero. Me lo imaginaba en su tierra como lo había visto en el cine: montado en su caballo, con su arco, su pelo trenzado,

decorado con plumas de águila. Tal vez era una imagen demasiado cinematográfica y poco acorde con la realidad, pero no tenía duda de que era fuerte y había conocido una vida y un mundo bastante más... incómodo, que el que en ese momento se desplegaba a su alrededor. Me pareció que se sentía fuera de lugar, sobre todo cuando puntualizó que su nombre verdadero era A Tsa' por mucho que su padre se empeñara en llamarlo Christopher. Me sentía fascinada por él y por las tribus indígenas americanas que habían sabido vivir en armonía con la naturaleza, integrados en ella, respetando cada árbol, cada montaña, cada brizna de hierba, cada pequeña flor; habían conseguido integrarse en ella y no vivir al margen como habíamos hecho los occidentales. Eran formas muy distintas de entender la vida y de vivirla, pero teniendo en cuenta que en el siglo XXI la gente tendía a volver al campo, me preguntaba si no estaríamos equivocados en nuestra percepción del mundo.

Hablando con él supe que su nombre significaba Águila dorada y supe que el color de sus ojos había tenido algo que ver. ¿Cómo se estaría adaptando a un mundo tan distinto al suyo? Llevaban un año viviendo en Inglaterra; cuando su madre falleció, abandonaron América. Su padre, el duque, había vivido con su tribu, los Navajos, desde que conoció a su madre, su gran amor; sólo la imposibilidad de vivir entre tantos recuerdos, lo había llevado a volver a su tierra natal, sin embargo, a Christopher no le gustaba Londres. Era un hombre afable y comunicativo, aunque una ligera sombra enturbiaba su dorada mirada; adoraba el campo y se había quedado muy impresionado con la propiedad que su padre tenía en Hampshire. Lejos de allí se sentía como un pez fuera del agua, pero su padre había insistido en presentarlo en sociedad, después de todo era su hijo y el futuro duque de Amberley. ¿Cómo comprendía su desarraigo!

Gabriel aprovechó para hablarles del orfanato y lord Everett no dudó ni un instante en participar. Se despidieron tras comprometerse a mantener una reunión a lo largo de la semana.

—Son encantadores —dije fascinada—, y muy apuestos. Christopher es un hombre muy interesante, ¿no le parece, Gabriel? ¿Cómo cree que nos verá? Ha tenido una vida tan distinta, imagino que le resultará difícil adaptarse a esta sociedad tan extraña para él.

—Qué importancia puede tener eso —replicó algo irritado—. No veo por qué le resulta tan fascinante, es un hombre como otro.

—Oh, no... Me gustaría tener la oportunidad de hablar con él, saber de primera mano cómo era su vida en América.

—Son salvajes, Katerina, no veo qué tiene eso de especial. —Su voz denotaba que ya estaba algo más que irritado.

—¿Salvajes? Pero ¿qué dice? Nunca imaginé que tendría prejuicios. No le entiendo, milord.

—¿Prejuicios? En absoluto. Soy yo quien no entiende ese interés que manifiesta, señorita Sinclair —¡Ahí va! Estaba molesto. ¿Serían celos? ¿Se sentía inseguro? ¿Amenazado?

—Gabriel, sólo soy curiosa —le dije divertida, cogiéndome con más fuerza de su brazo y acercándome más a él—. Sigamos paseando y disfrutemos de este maravilloso día de sol —concluí sonriéndole.

Poco a poco y llevando la conversación por otros caminos, continuamos nuestro paseo hasta llegar a uno de los quiscos de música que sembraban los parques de Londres; nos detuvimos un rato y la orquesta me llevó a tararear y moverme al son del vals que estaban tocando sin darme cuenta de que Gabriel no me quitaba el ojo de encima; cuando terminó la pieza lo miré y vi tal ardor en su mirada que enrojecí. A punto estaba de darme un beso cuando aparecieron Edmund y Miranda que acostumbraban a pasar la mañana en el parque los días en que el tiempo lo permitía; nos propusieron ir a comer juntos y aceptamos encantados.

Fue un día precioso, de esos especiales que se graban a fuego en la memoria y permanecen ahí por los siglos de los siglos.

Gabriel planteó las ideas que yo le había dado para dar publicidad al proyecto y recaudar los fondos necesarios. Edmund se mostró bastante escéptico, sin embargo, Miranda creía que eran distintas posibilidades que se debían de tener en cuenta. Di algunos detalles más sobre las propuestas y concluí diciendo que hasta que no se probaran no sabríamos si funcionarían o no y si no lo hacían, siempre habría más; entre unas cosas y otras, entre todos, el proyecto llegaría a buen puerto. Al final, y a pesar de las reticencias de los caballeros, pensaron que sería bueno estudiar las distintas opciones. Todo estaba en marcha y yo, privilegiada por tener una información de la que ellos carecían, me mostré optimista y muy animada haciendo todo lo posible por contagiarlos con mi actitud, aunque era Edmund el que se mostraba más cauto y reservado planteando siempre algún inconveniente. Fue divertido, pues Miranda, en un momento determinado, le dio un ligero golpe en el antebrazo, obligándolo a alejar sus pensamientos sombríos con una esplendorosa sonrisa, y cogiéndole la mano, le dio un beso en el dorso.

El resto del día transcurrió tranquilo en casa. Yo estuve escribiendo en

mi diario y leyendo hasta la hora de la cena y Gabriel se encerró en su despacho de nuevo como había hecho esa misma mañana antes de salir.

Llegado el momento de retirarnos, Gabriel volvió a compartir la noche conmigo y como en las anteriores, después de besarnos y acariciarnos durante un buen rato, nos quedamos dormidos el uno en brazos del otro.

No quería despertar nunca de ese dulce y hermoso sueño.

La felicidad me embriagaba.

Los días se iban sucediendo tranquilos y serenos, cada uno embarcado en sus distintas ocupaciones. Yo con mi jardín, mis rosas, mis paseos y mis momentos especiales junto a la fuente de la sirena, unidos a mis ratos de lectura y de escritura.

Gabriel consiguió hablar con sus amigos, considerados los principales accionistas del proyecto, y aceptaron la idea de repartir folletos a la entrada de la exposición. Un sirviente de cada casa junto con algunos de los chicos mayores de la escuela Iomar, se irían alternando en el parque para ofrecer el documento explicativo a los visitantes, donde también se informaba de dónde podían hacer el ingreso en caso de que quisieran colaborar con esa obra humanitaria.

Los demás colaboradores del proyecto fueron informados, a través de una carta, de lo que se estaba haciendo para poner en funcionamiento el segundo orfanato apelando a su vez, a su buena disposición para seguir participando, uniéndose a la nueva empresa.

Se le veía feliz y pletórico al ver que, lo que en principio parecía un cúmulo de dificultades, poco a poco se iba disipando, acercándolo, cada día un poquito más, a la realización de un sueño que nació en el corazón de su padre.

El orfanato ocupaba gran parte de su tiempo, pero no olvidaba sus otras obligaciones y así fue cómo conocí al señor Grant y al doctor Rook.

Preparada con mi traje de pantalón para salir al jardín más tarde, bajé a desayunar con él cuando Nora me dijo que el señor estaba en el comedor.

Noté su mirada desnudándome desde el mismo instante en que crucé el umbral de la puerta mientras mi cuerpo reaccionaba con tal fuerza que mi sexo dolorido comenzó a liberar sus jugos. Libre ya de esos días “especiales”, no veía el momento de volver a hacer el amor con él y esperaba con todo mi ser que aquella noche volviéramos a retomar el placer y la unión que

habíamos experimentado en tantas ocasiones. Yo misma me había propuesto darle una sorpresa llevando, bastante más allá, los besos y arrumacos que, como una nana, nos adormecían cada noche.

Los pastelitos de arándanos reinaban sobre la mesa y ambos nos detuvimos en ellos para volver a nuestras miradas llenas de fuego y lujuria... de expectación.

Mientras Gerard me servía el té, tomé un dulce y me lo llevé a la boca sin dejar de mirarlo, limpiándome con los dedos las migas que habían quedado prendidas de mis labios húmedos para pasar a chupar cada uno de ellos. Se removió en su asiento a la vez que carraspeaba y se concentraba en la importante misión de tomarse el té.

Entre bocado y bocado, entre sorbo y sorbo, logré preguntarle por los planes que tenía ese día y cuando me explicó que iría a casa del señor Grant para ver cómo seguía tras su accidente, le dije que quería ir con él. Aceptó enseguida, cosa que me extrañó, pero poco después, conocí el motivo de tan alegre disposición: iríamos a caballo, subidos sobre *Halcón*, ese animal “salvaje” que parecía tener voluntad propia. Sugerí que podríamos ir en la calesa, alegando que era un hermoso día para dar un paseo, pero... demasiado lento... ¡Mierda! El orgullo fue el que no me hizo retroceder y perderme en el jardín. Tenía que aprender a montar en el caballo más manso y tonto de las cuadras; a veces se me olvidaba que los coches no existían y que los caballos eran el medio de transporte habitual, aunque... tal vez sería posible conseguir una bicicleta... ¡Ya! ¡Qué lista! Una bicicleta para cruzar el campo... “Estás en el siglo XIX, Katerina”, me recordé. ¿Existiría? Lo cierto, es que no había visto ninguna. Bien, sólo caballos y carruajes.

Sólo caballos.

Un caballo.

Halcón

Desde el momento en que la ayudó a subir a su pura sangre, Gabriel supo que tramaba algo. Ese brillo pícaro en los ojos y su media sonrisa... Tenía la impresión de que esa excursión no iba a salir como él había planeado.

Tardó muy poco en comprobar que ese paseo iba a ser un auténtico infierno.

Situado detrás de ella, se le borró la sonrisa de diversión que había nacido en el momento en que Katerina le dijo que le gustaría acompañarlo para conocer al señor Grant y ver cómo se encontraba. En un principio pensó

que la cara de susto que pondría la joven sería una buena recompensa; le gustaba demasiado ponerla al límite y la expresión de su mirada era el mejor aliciente.

Puso a *Halcón* al trote consiguiendo que Katerina soltara un pequeño grito, apenas perceptible, que la llevó a agarrarse del pequeño borren delantero echando el cuerpo hacia delante y el culo... hacia atrás. Gabriel sonrió tomándola sin demora de la cintura, sujetándola con firmeza contra su torso y la parte baja de su espalda... demasiado cerca de su entrepierna. Hizo ademán de separarla un poco; ya se encontraba en un estado interesante y lo último que necesitaba era tener sus hermosos glúteos masajeándole la verga. Hasta ahí, todo bien.

Pero Katerina tenía otros planes.

Rodeando el brazo de Gabriel con sus manos, se asentó lo más cerca posible del bulto que ya había notado contra su sacro. Sí, después de ese paseo, estaba segura de que lo siguiente en su agenda sería enseñarla a montar.

Aprovechando el trote suave del caballo, Katerina se movía al mismo ritmo contra Gabriel a la vez que se recolocaba una y otra vez sobre la silla. Lo cierto es que, por encima de cualquier plan que hubiera podido maquinarse, estaba asustada. Confiaba en Gabriel y en que no la dejaría caer, aun así no podía evitar sentirse insegura sobre aquel demonio negro que tenía entre las piernas, lo que le impedía quedarse quieta.

Dos intentos hizo Gabriel de alejarla de su erección, consiguiendo hacer florecer una discreta sonrisa en los labios de la muchacha. Sí, sin duda alguna, habría una clase urgente de equitación.

El infierno se estaba desatando y sólo pensaba en tomarla allí mismo, sobre la montura, lo único que lo detenía eran los malditos pantalones que se había puesto aquella mañana; de llevar faldas, le daría la vuelta y se clavaría en ella hasta quedar saciado. Demasiados días sin estar dentro de ella y los movimientos de su sexy trasero lo estaban enfermando. Había sido una mala idea, sí, una idea muy mala; sólo pretendía asustarla un poco y abrazarla para sentir la caricia de su cabello y dejarse embaucar por su aroma a lilas, no se le ocurrió pensar que su miedo la llevaría directamente hacia su miembro, haciendo que se llenara aún más de lo que ya lo estaba desde que la viera aparecer en el comedor con ese traje que le ceñía las caderas y realzaba sus nalgas.

Katerina sentía sus jugos descender, su clítoris hinchado que clamaba por

las atenciones de Gabriel. El movimiento del caballo no hacía más que empeorar las cosas y sentir su erección no ayudaba en nada. Lamentaba no llevar faldas para darle un acceso directo a su sexo. ¿Cómo sería hacerlo sobre un caballo? Tendría que probarlo algún día. Esperaba que la chaqueta ocultara la humedad que se filtraba a través de la tela; se le ocurrió que podría pedirle a Marguerite que le hiciera unos pantalones abiertos igual que lo estaban los calzones. ¡Menuda idea! Eso la divirtió. Sería una experiencia extraordinaria, novedosa y... de lo más gratificante...

Sonrió, estremeciéndose de deseo, ante la clara imagen que se estaba formando en su mente.

De pronto, Gabriel detuvo el paso. Se bajó y la tomó en sus brazos para adentrarse entre los árboles.

—No puedo resistirlo más —le dijo apoyándola contra un árbol mientras cubría su boca con la suya.

Mientras la devoraba, sus manos se fueron directas a su pantalón y las de ella al suyo rodeando su verga cuando saltó libre del confinamiento, apretándosela, moviéndolas arriba y abajo por su vara de la que salía una gota de su perlada esencia. Ahí se detuvo pasando su pulgar y extendiendo su líquido preseminal haciendo que el deslizamiento por su falo fuera aterciopelado y cálido. Gabriel siseó de puro placer a la vez que alejaba su mano.

—No, quiero estar dentro de ti... —susurró mientras bajaba por sus piernas en una lenta caricia, desprendiéndola de sus pantalones y sus zapatos.

Sus grandes manos, suaves y delicadas, hicieron el camino de vuelta acariciando su piel por debajo de la camisa hasta tomar sus senos y pellizcarlos a la vez que su boca se detenía en sus ingles, lamiendo y besando la piel expuesta hasta llegar a su pubis depilado. Siempre le había excitado ver esa parte de su cuerpo sin vello donde podía sentir su piel y su fragancia. Nunca había visto nada igual.

Katerina separó sus piernas a la vez que se arqueaba ante los apretones que sentía en sus pezones ya erectos y deseosos de la boca de Gabriel, y cuando ya pensaba que sentiría su húmeda y juguetona lengua a su alrededor, los abandonó serpenteando sus dedos por su vientre para introducir uno de ellos entre sus pliegues, abriéndolos, recorriéndolos y exponiendo su brote enhiesto que él tomó entre sus labios sacándole un profundo grito de placer, mientras introducía un dedo en su vagina y estimulaba su punto especial, dándole pequeños golpes justo en la almohadilla y a su alrededor. Esos

toques en su interior junto con la lengua de Gabriel en su clítoris la elevaron a la mayor cresta orgásmica que había conocido hasta el momento; su grito resonó en la copa de los árboles al tiempo que se sujetaba a los cabellos de su amado.

No esperó ni un segundo, y antes de que las piernas de Katerina flaqueasen se incorporó y cogiéndola por las nalgas, hizo que lo rodeara hundiéndose en ella de una estocada. Manteniéndose quieto, sentía las contracciones de las paredes vaginales sin abandonar su mirada, tomando de nuevo su boca, recorriendo su mentón y su cuello, que ella le ofrecía con absoluta devoción.

Empezó a moverse como un desesperado cuando las secuelas del arrasador orgasmo desaparecieron, como un hambriento ante un mendrugo de pan. Con los tobillos firmemente anclados en su espalda, Katerina iba a su encuentro, sin embargo, Gabriel la mantuvo quieta, de manera que, pubis contra pubis, volvía a estimular su clítoris. A través de la tela de su camisa, Gabriel tomó un pezón en su boca cuando ella, agarrada de su cuello, se arqueó hacia él pidiéndole más. El fino tejido mostraba su pico erecto cuando se dispuso a mordisquear el gemelo.

—Gabriel... —jadeaba la joven, perdida en las sensaciones.

Él sintió cómo su cuerpo se preparaba para otro orgasmo y cuando éste empezó, no se retuvo más; con un par de fuertes empujones se vació dentro de ella ordeñado por el interior de la joven, hundiendo su rostro en su fragante cabello.

Katerina se abandonó en los brazos de Gabriel y él, dándose la vuelta, se apoyó contra el tronco dejándose caer. Así permanecieron unos minutos en silencio, él dentro de ella. Ella sintiéndolo en su interior.

—Gabriel..., lo que siento..., lo que me haces sentir... Yo..., no lo puedo explicar... Te... —susurró contra su cuello.

Incorporándose, lo miró a los ojos y vio en ellos lo mismo que ella creía que él vería en los suyos... Si aquello no era amor...

Gabriel la besó con una ternura y una delicadeza que la emocionaron y nublaron sus ojos color miel. Ahí estaba su respuesta. Su beso lo decía todo. Ella se abrazó a él en un acto simbólico que declaraba el profundo amor que sentía.

Durante un segundo, Gabriel perdió por completo su capacidad de razonar.

Durante un segundo, sólo sintió.

Durante un segundo, se permitió dejarse invadir por el amor.

Sólo durante un segundo.

Un segundo bastó para llenarle el corazón de miedo y dudas. De un pasado que lo atormentaba, de un amigo que se fue, de una furcia que los traicionó a ambos, de la estupidez de la juventud.

Un segundo y la mirada de amor más sincera y honesta que una mujer le había dirigido en toda su vida. Sólo ella era capaz de mirarlo de esa forma.

Sólo Katerina.

Con ella rodeando su pecho, se inclinó para tomar su ropa y deslizándola sobre sus muslos, salió de ella dándole la prenda.

—Tenemos que irnos —dijo sacando un pañuelo.

Limpió los fluidos compartidos de sus muslos y su sexo y, al ponerse de pie, se dio cuenta de la imagen tan erótica que ella le ofrecía.

—Espera —ordenó con la voz enronquecida cuando Katerina hizo ademán de ponerse el pantalón—. No te muevas.

Los faldones de la camisa cubrían su sexo, la fina tela humedecida por su saliva, transparentaba sus pezones semi-erectos, sus medias a medio muslo, y sus pies descalzos volvieron a despertar el deseo en él... Nunca tenía suficiente de ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó sorprendida mirándose las piernas—. Vaya, se me han roto las medias —dijo levantando el pie para tocarse el agujero en la fina seda.

El movimiento tan inocente reveló su sexo y encendió de nuevo la sangre de Gabriel.

Él negó con la cabeza girándose para no verla; si se perdía en esa visión volvería a hacerle el amor y no llegarían nunca a su destino.

—Toma. —Katerina, abrazándolo por la cintura, le tendió, a su vez, un pañuelo que llevaba en su chaqueta.

Volviendo la cabeza para mirarla, su semblante sonriente y las estrellas en su mirada le impidieron moverse. Entonces, ella lo rodeó sin dejar de tocar su cuerpo y se colocó delante de él. Desabotonó el pantalón a medio abrochar, se arrodilló y humedeció su pene medio despierto con su boca, para después pasar el pañuelo que le había ofrecido. Sintiendo el sabor de ambos en su boca, Katerina cerró sus pantalones y se incorporó depositando un beso en sus labios.

Sus atuendos arreglados, emprendieron el camino hacia la casa del señor Grant, pero esta vez, Gabriel tomó la precaución de situarse delante de ella.

Katerina lo rodeaba con sus brazos manteniendo su cabeza apoyada contra su espalda. Si sentir su trasero sobre su erección lo había llevado a detenerse, notar sus senos sensibles y hermosos contra su espalda tampoco lo ayudaban mucho. La imaginación era la peor de las armas... en determinadas situaciones. Las clases de equitación no debían tardar en iniciarse o nunca llegaría a ningún sitio cuando tuvieran que compartir caballo.

—La próxima vez me pondré un vestido... sin miriñaque —oyó que decía la muchacha detrás de él. Intuyó su sonrisa contra su chaqueta.

—La próxima vez, sabrás montar —replicó él divertido.

—¿No quieres que lleve faldas? —preguntó Katerina—. Siempre me he preguntado cómo sería hacerlo a lomos de un caballo, pero si me vas a enseñar a montar, nunca lo sabré —concluyó burlona.

—Aprenderás a montar y llevarás vestido cuando compartamos a *Halcón*. —Se giró para dedicarle una pícaro sonrisa.

—No sé..., me lo pensaré —dijo fingiendo seriedad.

—Ya lo has pensado —contestó tajante.

—¿Ah, sí? Yo no estaría tan segura —rió.

—Lo has pensado.

Ahí concluyó la conversación al mismo tiempo que llegaban a casa del señor Grant justo cuando lo hacía el médico.

Una vez hechas las presentaciones y el señor Grant fue atendido, Katerina habló con el doctor Rook cuyo rostro iba cambiando a la misma velocidad que hablaba la joven. Gabriel, divertido, se mantenía como un espectador ante una partida de tenis, apostando mentalmente por Katerina, mientras se mostraba atento y serio.

El doctor Rook se había mostrado optimista con la recuperación de David, lo que animó mucho más a la muchacha para explicarle lo que sabía y había aprendido durante la recuperación de su amigo Marcus. Le contó toda la historia y se inventó que había sido en un hospital de Suiza —la verdad no era posible—, y que él había sido uno de los pacientes con el que habían experimentado un tipo de rehabilitación que había tenido muy buenos resultados. Al igual que reaccionara madame Lafleur con las novedades de París, el doctor Rook se extrañó mucho de esas nuevas técnicas que no conocía. Katerina podía comprender la sorpresa del médico. Era un hombre joven y bien formado que se mantenía documentado, estando suscrito a las más importantes revistas médicas, a lo que ella contestó que, como en toda terapia experimental, primero tenían que comprobar los resultados positivos

en un número determinado de pacientes antes de dar a conocer los nuevos métodos.

Gabriel se sentía muy orgulloso de ella. Una vez más había conseguido convencer a un completo extraño, con su buen hacer, su ingenio y su sabiduría, a que probara con lo que ella proponía, ofreciéndose así a colaborar con el doctor Rook cuando el señor Grant estuviera lo bastante recuperado y los huesos hubiesen soldado adecuadamente.

Sí, sería la perfecta condesa, la perfecta compañera, la perfecta...

Si él estuviera interesado en alguna de esas posibilidades... que no era el caso.

La familia Grant los invitó a comer y, aunque Katerina estaba deseosa de aceptar la invitación, lo miró a la espera de una respuesta, después de todo, ella no era nadie para decidir nada o, al menos, ese fue el pensamiento que se formó en su mente, sólo era una invitada y esa situación era pasajera. Todo terminaría en algún momento y ese... detalle... se le estaba olvidando demasiado a menudo en los últimos días y no debía hacerlo. Sintió un escalofrío recorriéndola por dentro, pero se negó a dejarse dominar, disfrutando de todos y cada uno de los momentos que el siglo XIX y Gabriel pudieran proporcionarle.

Gabriel vio el deseo de quedarse un rato más en el brillo de su mirada y aceptó encantado, lo que le permitió, no sólo disfrutar de una comida familiar sino también de la luz que la sonrisa de Katerina le regalaba. Era demasiado feliz viéndola iluminada.

Momentos antes de ocupar sus respectivos lugares en la mesa, Alfred llegó con una carreta llena de víveres para la familia. Gabriel sabía que la situación de los Grant había empeorado desde que David tuviera el accidente, ya que no podía trabajar, así pues, siempre procuraba que nada les faltara. Aquellas personas, así como los demás aparceros, dependían de él; era su responsabilidad y su deber que pudieran tener una vida digna; él se aseguraba de que así fuera.

Aquel acto tan generoso, enorgulleció todavía más a Katerina. Cada rasgo, cada gesto que descubría de Gabriel, la enamoraba más y más haciendo que el corazón no le cupiera en el pecho, tanto que en determinados momentos, como ese que estaba viviendo, sentía unas enormes ganas de llorar de gratitud por haber tenido la suerte de encontrar al hombre que siempre había soñado y que nunca pensó que encontraría. Dios había sido generoso con ella, aunque tarde o temprano acabaría sola y llena de

recuerdos, pero con el corazón rebosante de amor... Siempre podría decir que había conocido el amor verdadero...

En el saloncito de la duquesa, una vez que me hube duchado y cambiado de ropa, rememoraba el día tan hermoso que había pasado con Gabriel, mientras escribía cada detalle en mi diario. Me sentía doblemente feliz, el doctor Rook que atendía a David Grant, me había permitido asistirlo en la recuperación del enfermo cuando estuviera recuperado, a pesar de su reticencia inicial. Menos mal que había sido iluminada por la gracia divina a la hora de explicarle en qué consistía la rehabilitación, al menos, lo que en esa época y con los medios que se podían conseguir, nos permitirían hacer. Esperaba de corazón que entre todos, pudiésemos ayudar a esa familia a volver a su vida habitual y que el señor Grant se recuperase lo suficiente como para poder seguir con su trabajo.

Sentí una profunda admiración, cuando vi las condiciones en las que vivía la familia. La casa era preciosa, tenía varias habitaciones, muy bien cuidadas y Gabriel prestó especial atención a todo lo que la señora Grant y su esposo le explicaban. En un momento determinado pude hablar con Emma, la señora Grant, que me contó que lord Adair era un buen amo que se mantenía atento a las necesidades que cualquier de sus aparceros pudiera tener, cosa que pude comprobar por mí misma cuando apareció Alfred con el carromato lleno de víveres para la familia. El médico revisaba el estado de salud de las familias cada tres meses. No dudaba en invertir lo necesario para mantener las casas habitables, salubres y en pie y no permitía que ningún niño trabajara. Hasta los trece años tenían que ir a la escuela, tanto los chicos como las chicas y cada semana recibía un informe del progreso de los pequeños. Mi Gabriel era todo un mecenas, no de arte, sino de la vida; él hacía que el mundo que lo rodeaba fuese mejor. Me sentía tan orgullosa de él, tan henchida de amor por él... Había encontrado al hombre ideal, honorable, comprometido con sus gentes, con su familia, con sus amigos... Sólo quedaba yo. ¿Qué lugar ocupaba en su vida? ¿Lo tendría alguna vez? ¿Y en su corazón? Lo que había visto en sus ojos en el bosque, ¿había sido un espejismo o había sido real?

Me resultaba extraña una propiedad de esas características en Londres. Siempre había pensado que ese tipo de vida era propia del campo y no de las ciudades, pero ahí estaba la mansión Bladnoch, una hacienda en la capital del país, y aunque estaba situada en la ciudad, cuando su bisabuelo la adquirió no

era más que una casita en un bosque, como me había contado Nora, sin embargo, la ciudad había crecido integrando la hacienda en su expansión.

Entonces me vino una vez más a la mente, el parque Bladnoch donde se encontraba esa extraña estatua: *El duende travieso*. Algunos comentaban que la propiedad privada contigua contenía varias esculturas del mismo personaje, pero eso fue algo que ni mis amigos ni yo, nunca pudimos comprobar. Sí que había algunas casitas que se utilizaban como sede para organizar jornadas infantiles, con monitores, juegos, talleres. En ese momento, delante de mi diario, supuse que esas casas habían pertenecido a los aparceros que habían ido trabajando la tierra durante años. ¿Qué habría sido de la familia Grant? Si el señor Owen conseguía dar con la tecla que me permitiera volver a mi tiempo, investigaría hasta dar con ellos. Tal vez la revolución industrial que dominaba el país los había llevado a buscar fortuna más allá de los límites de las tierras. Quién podría decirlo.

Mi diario también fue testigo, ese día, de la sorpresa que me encontré al llegar a mi habitación: un montón de cajas de madame Lafleur. Mis “braguitas” con lazos y mis sujetadores me esperaban en una de ellas. Marguerite había tenido la intuición de combinarlos, de modo que me encontré con varios conjuntos preciosos. De entre todos elegí uno blanco con florecillas amarillas, los calzones se ataban con lazos del mismo color y combinaba a la perfección con el vestido que Nora me había preparado para la cena. Un hermoso vestido de un amarillo pálido salpicado de cuentas de color verde por toda la falda y el corpiño, parecía brillar con la luz de las lámparas y, como ya iba siendo habitual, me sentí una princesa de cuento. El escote cuadrado y bajo, mostraba el canalillo y cuando me vi delante del espejo, lo primero que pensé fue que a Gabriel le encantaría. Las mangas cortas estaban unidas a una fina gasa que terminaba en la muñeca en forma de triángulo que me recordó a los vestidos medievales, aunque la apertura era mucho menor.

Nora me arregló el cabello con un moño alto decorado con cintas. Todo en perfecta armonía.

Si la vida fuera tan fácil de armonizar...

Las demás cajas contenían más vestidos de distintos colores, adornos y cortes. Me llamó especialmente la atención uno de color verde, el mismo verde de las frescas hojas primaverales. No llevaba adornos de ningún tipo, salvo un lazo ancho de color dorado que se anudaba en la cintura; no tenía mangas y el escote de barco dejaba los hombros a la vista. Pensé que sería el

ideal para llevar a la fiesta de los Evans y tuve la inmensa suerte de contar con la aprobación de Nora.

Así pasé la tarde, escribiendo en mi diario, describiendo mis vestidos, hablando de Gabriel, de mis esperanzas, de mis sueños, de lo feliz que me sentía...

Hasta que llegó el momento de ir al comedor...

Gabriel parecía un capitán de barco manteniéndose firme sobre la cubierta. Con las piernas abiertas y los brazos a la espalda, miraba por la ventana de su despacho, reflexivo e inquieto.

Su pasado volvía una y otra vez, impidiéndole vivir la más hermosa experiencia que la vida le estaba regalando. Cada día que pasaba con Katerina, se sentía más unido a ella, cada vez que hacían el amor, su conexión se hacía más fuerte haciendo que su deseo aumentara con cada caricia. Ya no se trataba de pura y simple lujuria. ¿Lo habría sido alguna vez? Lo sabía. Era algo más, mucho más, algo que se negaba a aceptar, algo que el miedo le impedía admitir y, por más que deseara olvidar, el horror vivido y que se había incrustado en su alma, no le dejaba continuar; tenía que hacer algo para parar eso que no quería nombrar, porque tenía que haber una forma de detenerlo... y él la encontraría.

Cada momento que pasaba con Katerina alimentaba más y más su necesidad de ella. Nunca era suficiente. Incluso su trabajo le resultaba pesado e inconveniente cuando en su mente se instalaba la idea de que le estaba quitando tiempo para estar con ella.

Si hasta había disfrutado de cada noche que había pasado teniéndola entre sus brazos, soñando con que fuera así para siempre... Si sólo pudiera liberarse...

Pronto llegaría la cena; su verga caprichosa y su corazón ansioso sólo pensaban en volver a tenerla, hacerla suya una y otra vez hasta el amanecer... Suya...

Ella siempre sería suya.

Sin importar lo que ocurriera.

Sin embargo, no podía permitirse ceder, no podía permitirse olvidar, no cuando todo podría irse al traste y eso... eso... lo mataría.

¿Conseguiría volver a aprender a confiar?

Sin pensarlo más, decidió que lo mejor para él sería tomar distancia y empezaría pasando la noche en el club. Cuando volviera ella estaría dormida

y él..., él intentaría convencerse de que en la habitación de al lado no estaba el latido de su corazón.

No fui capaz de comer en el comedor ni en la cocina. No podía aceptar el hecho de que Gabriel se hubiese ido. ¿Por qué? ¿Había hecho algo que lo había molestado? ¡Demonios! ¿Por qué me había dejado? ¿Habría encontrado alguna amante entre aquellas desvergonzadas que se nos acercaron en la exposición?

Recordé que aquel día tuve la impresión de que era un libertino mujeriego, sin embargo esa idea desapareció casi de inmediato. No solía salir por la noche. Su ropa no olía a mujer. Era como si quisiera que todos creyesen que era un aristócrata despreocupado cuando en realidad no lo era en absoluto, pero ¿por qué querría dar esa imagen?

¡Maldita sea! ¡Cuánto lo echaba de menos!

Era en momentos como ese cuando me sentía más insegura y mi barca agujereada, me llevaba al fondo. Era un sentimiento que me estrangulaba y me daba pavor.

¿Cómo podía evitarlo? ¿Cómo hacer para que mi bienestar no dependiera de él?

No podía permitirme esa adicción, mi vida tenía que circular con o sin él.

¡Dios mío! ¿Qué sería de mí a mi regreso y sin Gabriel?

En un vano intento de alejar el pavor que me dominaba, me puse a leer hasta que el sueño tomó el mando y me obligó a acostarme. No avancé ni una sola página, pendiente en todo momento de cualquier ruido que pudiera venir de la habitación contigua ¿Vendría a mi cama cuando regresara?

La esperanza de despertar en sus brazos me relajó y recordando a Kala, creé en mi mente la imagen de Gabriel abrazándome toda la noche.

Una sonrisa dibujó mi rostro mientras la inconsciencia se apoderaba de mí.

Cuando Gabriel llegó, la casa estaba silenciosa y las llamas de las lámparas se mantenían al mínimo.

Con pereza, procedió a desvestirse y a asearse antes de meterse en la cama. La noche pasada en el club, lo había alejado momentáneamente de Katerina, incluso se había auto-convencido de que sus sentimientos no estaban implicados al nivel que él había creído antes de irse. Le tenía cariño, por supuesto, ¿quién no? Pero era sólo eso, un afecto sincero sin más y un

gran deseo sexual por una mujer joven y entregada. Todo pasaría, estaba seguro. Sólo tenía que mantener las distancias el tiempo suficiente hasta que August encontrara la relación de esas estrellas con los planetas y la llegada de Katerina, y todo volvería a la normalidad.

Se sentía como un tonto recordando el nudo de pavor que se había instalado en su estómago cuando volvieron del campo. ¿Cómo había podido equivocarse tanto? Se dijo a sí mismo mientras esbozaba una ligera sonrisa. Tuvo que reconocer que se sentía impresionado por el poder que la lujuria podía tener en una persona hasta el punto de llevarla a confundir el deseo con otra cosa.

Él ya había perdido la capacidad de amar.

Hacía mucho tiempo.

Y fue lo mejor.

Estaba a salvo de ese torrente emocional, ilógico y sin sentido, que era el amor.

Y a pesar de todo eso, no pudo evitar asomarse a la habitación de Katerina. Sólo para ver si estaba bien, claro.

Tenía cara de ángel. Dormida, las sombras que la leve iluminación deslizaba sobre su rostro, le daban el aura etérea de la perfección y, como una polilla arrastrada por la luz, Gabriel fue a su encuentro. Sin poder evitarlo, hipnotizado por la dulzura de sus facciones, pasó un dedo por sus cejas, alrededor de los ojos, por sus mejillas, por su nariz, recta y pequeña, por sus labios carnosos y entreabiertos, por su mandíbula. Su mano se deslizaba con timidez por sus cabellos, enredando mechones castaños entre sus dedos.

Katerina se removió y se dio la vuelta dándole la espalda. Gabriel sonrió y se metió en la cama con ella, cara a cara, siguiendo con sus caricias.

—Gabriel... —susurró la joven con los ojos cerrados entrando en sus brazos con una sonrisa.

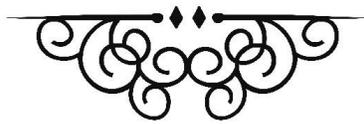
—Duerme, cariño —respondió rozando sus labios con los suyos.

Ya estaba en su lugar. Junto a Katerina.

Con Katerina entre sus brazos.

El paraíso.

CAPÍTULO 16



Mantenia una pierna echada sobre la de Gabriel y mi brazo atravesaba su pecho hasta hundir mis dedos en su cabello. Sentía su respiración suave y regular mientras, poco a poco, me iba despertando.

Aún entre la vigilia y el sueño, jugueteé con su pelo a la vez que deslizaba el pie por su pierna sintiendo cómo el vello me hacía cosquillas. Remolona, me acerqué más a él acariciando su cuello con la yema de los dedos y, enredándolos en la pelusa oscura que cubría su pecho, rodeé sus areolas. Besé su piel desnuda que calentó, todavía más, mis labios. Mi sexo ya húmedo desde que lo sintiera junto a mí, se empapó. La mano de Gabriel descansaba sobre mi cadera. Con cuidado de no despertarlo, me incorporé, me deshice del camisón y me coloqué de rodillas por encima de él.

Inclinándome, besé su frente, sus párpados, su nariz, sus mejillas, sus labios... en una suave caricia. Gabriel se agitó cuando pasé la lengua por sus clavículas deteniéndome en el hueco de su garganta para luego descender hasta sus pezones. Quedé maravillada al ver cómo reaccionaban igual que lo hacían los míos y me sorprendió darme cuenta de que era la primera vez que notaba ese cambio en su cuerpo. Me deleité como él lo hacía, rodeándolos con la lengua hasta que se fruncieron. Me alejé unos centímetros para verlos mejor. La leve luz de la lámpara y la incipiente claridad del día que traspasaba la rendija de la cortina, me permitieron ver la preciosa reacción de sus pezones. Los fui tomando entre mis labios y sin dejar de estimularlos con la lengua, chupé al igual que hacía él. El pecho de Gabriel subía y bajaba removiéndose bajo mi cuerpo.

No recordaba haber probado esa parte de su anatomía y quedé encantada con la respuesta, preguntándome cómo era posible que nunca lo hubiese degustado de ese modo. Alcé un momento la cabeza para comprobar que tenía los ojos cerrados. ¿Seguiría dormido? Apoyada en mis antebrazos continué hacia abajo para detenerme en su ombligo. Jugueteé a su alrededor viendo como su vientre se contraía y cuando introduje la lengua Gabriel

gimió y yo sonreí. Me entretuve un rato más besando su piel hasta que me puse recta sobre mis rodillas para verlo.

Era espléndido.

Con una sonrisa traviesa en mis labios, pasé las uñas por sus costados sin dejar de mirarlo hasta llegar a sus calzones. Los desabotoné para descubrir lo que la prenda sugería. Su magnífica verga llena, púrpura e impaciente por mí. Pasé el dorso de mis dedos por la longitud hasta llegar a su saco que ahuequé en la palma. Cuando pasé una uña por la línea media de sus testículos, Gabriel dio un respingo abriendo los ojos como platos.

Gabriel la sintió en el mismo momento en que besó sus párpados, sin embargo, la expectación y la curiosidad por saber lo que vendría a continuación le impidieron abrir los ojos. Pudo comprobar que sus sentidos se afinaron y su piel se volvía más sensible, pero cuando llegó a su ombligo y sintió su lengua, húmeda y caliente, bucear en él, casi muere de placer, o eso creyó hasta que sintió su uña deslizándose por sus pelotas... La sorpresa de la sensación le hizo abrir los ojos de par en par, al tiempo que ahogaba un grito de puro goce.

—Buenos días, mi amor —susurró Katerina yendo hacia él y besándole con suavidad los labios, mientras descendía sobre su verga.

Balanceando sus caderas, se situó sobre la cabeza de su pene y abrió su raja yendo hacia atrás y hacia delante; profundizando el beso, saboreaba su boca en todos sus rincones.

Katerina estaba cada vez más excitada, más mojada, sus jugos fluían como una fuente impregnando la espada orgullosa de Gabriel que, colocando sus grandes y suaves manos en sus glúteos, la empujaba a lo largo de su pene. Deshaciendo el beso, volvió a incorporarse sonriendo, mientras pasaba sus manos por sus costados y, rodeando sus caderas, le bajaba los calzones dándose la vuelta sin dejar que su cuerpo lo abandonara para tenerlo completamente desnudo bajo ella.

Cuando Gabriel vio su culo moviéndose hacia él, creyó que perdería la razón, pero aprovechó la ocasión para masajear sus glúteos y sujetarla por las caderas, mientras su hermosa Afrodita seguía su danza sobre su falo y sentía las caricias y rasguños en sus piernas.

Girando el rostro hacia él, le sonrió a la vez que volvía a darse la vuelta y unía su boca a la de él. Se enganchó de su cuello y siguió el vaivén de su pelvis sintiéndose bien sujeta por las manos de Gabriel que ya había

empapado sus dedos en sus fluidos para introducirlos en su vagina desde atrás.

El roce de sus pezones multiplicó las sensaciones y cuando Gabriel vio que Katerina aceleraba sus movimientos, supo que estaba cerca.

—No pares... —logró decir apoyada contra su frente.

Los dedos de Gabriel la follaban al mismo ritmo que su balanceo hasta que, hundiendo sus dedos en sus cabellos, llegó al clímax ahogando el grito contra su cuello. Gabriel seguía acariciando su interior mientras que con su mano libre la seguía deslizando sobre su verga... Siguió y siguió hasta que Katerina volvió a correrse quedando laxa sobre su cuerpo.

—Gabriel...

Justo cuando él la levantaba ligeramente para introducirse en ella, Katerina cogió su pene y se lo fue metiendo despacio, sin abandonar sus ojos, quedándose quieta para que Gabriel pudiera sentir los últimos resquicios de su orgasmo.

Sin poder soportarlo más, Gabriel se movió en su interior. Con sus rodillas dobladas, se apoyaba en sus pies para empujar lo más dentro de ella. Entonces Katerina levantó el tórax y empezó a cabalgarlo con frenesí, sus manos sobre sus pectorales.

El balanceo de los pechos de su diosa, la sensación de sentirla a su alrededor, hizo que Gabriel la rodeara y la girara, colocándola sobre su espalda para tomar sus pezones en su boca. Katerina gritó por la sorpresa del movimiento y volvió a gritar cuando sintió los dientes alrededor de sus puntas erectas.

Mantuvo las piernas levantadas y bien abiertas, lo que permitió que Gabriel entrara profundamente dentro de ella. Su posición dominante mantenía sus muslos sobre los de él y sus embates golpeaban su brote descubierto sintiendo cómo se iba formando una nueva tormenta en su bajo vientre.

Cuando Katerina empezó a mover las piernas hacia arriba y hacia abajo, primero una, después la otra, sintió cómo apretaba su verga en cada embestida hasta llevarlo al límite de su resistencia, lo que lo animó a acelerar el baile de sus caderas y bajar su boca para unirla a la suya. Katerina unió sus pies contra su espalda, lo que la llevó a un nuevo estallido seguido por el de Gabriel que ahogó su gruñido en el interior de su boca.

Katerina dejó caer sus piernas sobre los muslos de Gabriel y éste se enterró en su cabello apoyándose sobre sus antebrazos.

Exhaustos, pasaron unos minutos hasta que pudieron volver a respirar con normalidad; Gabriel salió de ella cayendo sobre su espalda y llevándola consigo, sintiéndola sobre su cuerpo.

—Mi Gabriel... —susurró Katerina contra su pecho.

Gabriel no dijo nada, se limitó a abrazarla con todas sus fuerzas depositando un beso sobre su cabeza. Su unión había sido tan profunda que no se veía capaz de abandonarla... ni en ese momento ni... nunca.

¿Cómo iba a dejarla ir?

¿Cómo?

¿Cómo iba a poder vivir sin esa felicidad que el estar con Katerina le proporcionaba?

Jamás.

—Cariño, tengo que irme...

—No, por favor... un poco más —le dijo levantando la cabeza con evidente descontento.

—Nora...

—Sí, ya sé..., pero aún falta... Tendríamos que buscar la forma de poder seguir juntos el tiempo que quisiéramos sin tener que preocuparnos por Nora o Victor...

—Me temo que eso no es posible, mi dulce —contestó con un tono extraño.

—No quiero que me dejes..., todavía no... —replicó malhumorada.

—Es necesario, mi... Tengo que irme.

Gabriel se levantó y la cubrió con la sábana antes de tomar sus calzones y ponérselos.

—No olvides que hoy empezamos las clases de equitación —le dijo con una sonrisa, besando sus labios enfadados.

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó un poco asustada.

—Eso o... *Halcón* —dijo burlón.

—Está bien..., pero no me gusta —sentenció.

—Será divertido —rió él.

—Sí, para ti que eres un duende travieso que se alimenta de las trastadas que haces; sólo quieres burlarte de mí —dijo enfurruñada.

—¿Un duende travieso? —Soltó una sonora carcajada—. Te adoro, mi dulce mujer del futuro.

Y tras besar sus labios una vez más, se fue.

Duende travieso.

Era la segunda vez que se lo decía, y si en el lago le había gustado y divertido, a pesar de la sorpresa inicial, esta vez lo hizo sentir especial. Él era el duende travieso de Katerina. De su Katerina. Sonrió.

Sin embargo, paseando por su habitación, Gabriel se mostraba reflexivo. Su diversión y su sonrisa habían desaparecido.

Había estado a punto de decirle “mi amor”. Por fortuna, aún le había quedado algo de sentido común para mantenerse callado. Por otro lado, la conexión que notaba cada vez que hacía el amor con ella aumentaba en cada acto; su relación se estaba volviendo peligrosa, muy peligrosa.

Recordó cómo se había mordido la lengua una vez más, cuando ella sugirió que había que buscar una forma de estar juntos sin preocuparse de los sirvientes.

Sólo había una.

Si estuvieran casados...

¿Y si alquilaba una casa para ella sola? Así podría quedarse más tiempo, verla cada noche... Mala idea. Al final tendría que irse de todas formas; no la vería durante el día y quizás tampoco todas las noches y esas circunstancias no le permitirían compartir esos preciosos momentos en la biblioteca o mientras desayunaba dulces de arándanos.

No, esa era, sin lugar a dudas, una idea muy mala, malísima.

“Mi dulce mujer del futuro”.

Mi dulce mujer.

Mi mujer.

Su pecho se llenó de orgullo y de algo que jamás había sentido y que no podía nombrar. ¿Habría una palabra para definir esa emoción?

Pero ¿qué demonios le estaba pasando?

Sólo era deseo. Deseo. Nada más.

Quizás había llegado el momento de irse unos días a Galloway, después de todo, llevaba muchos meses sin ver a su familia. Sí, era una buena decisión y le permitiría ver toda esa situación con más perspectiva. Tener al objeto de su desenfadado deseo tan cerca, no lo ayudaba en nada y no hacía más que confundirlo, sin embargo, le vino a la memoria la fiesta de los Evans... Pensar que Katerina iría sin él... No, eso nunca.

“Imbécil”, se dijo a sí mismo cuando recordó lo de enseñarle a cabalgar.

¡Maldita sea! ¿Por qué le había dicho eso? Lo mejor sería que Alfred y el señor White le enseñaran; sí, eso haría. ¿Y dejar que ellos estuvieran con

ella?, ¿que la tocaran?, ¿que su risa fuera para ellos?, ¿y su cara de espanto?, ¿y su enfado?, ¿y su miedo? ¡Por encima de su cadáver! Además, esa era una tarea que lo iba a complacer mucho y le permitiría pasar más tiempo con ella.

Su sola presencia ya era un regalo.

Había sobrevivido a su primera clase y Gabriel no se había divertido tanto desde..., bueno, no se acordaba de cuándo había sido la última vez.

Sin embargo, surgió un problema. Un grave problema.

Cada cinco minutos deseaba abrazarla, besarla y hacerle el amor hasta caer rendido.

Se estaba enamorando.

¿O acaso lo estaba ya?

Viéndola protestar cada vez que intentaba montar sin conseguirlo o bajarse del caballo diciendo que aquello era más difícil que coger un tenedor con los pies, Gabriel había deseado quitarle el mal humor con un beso, deshacer el mohín de disgusto con una caricia de sus labios y, cuando él se reía, la cosa empeoraba. No había oído tantas formas de descalificar a alguien en toda su vida y cuantas más cosas le decía, más se divertía, más la adoraba, más deseaba besarla.

Cuando consiguió subirse y bajarse de la yegua marrón que había elegido para ella, su sonrisa de satisfacción iluminó todo su día... y cuando eso ocurrió tuvo que irse.

En ese preciso instante, se declaró culpable de cobardía.

Era incapaz de alejarse de la desconfianza del pasado, del dolor, de la desesperación, de la traición, de su corazón destrozado, de Cordelia, de Mark... y de aquel día en que su mundo se derrumbó y su vida cambió por completo.

Se había permitido alejarse de todo eso, incluso llegó a olvidar, por un momento, pero el corazón se le estrujó de miedo y dolor cuando Katerina lo abrazó y lo besó de tan feliz que se sentía por haber superado la prueba del día y decía pletórica que gracias a él conseguiría aprender a montar, que acabaría siendo muy amiga de *Tortuga* y que él se sentiría muy orgulloso de ella. Pero sobre todo fue el sentimiento que afloró desde su interior el que lo llenó de pavor. Ese sentimiento que lo impelía a tomarla como esposa, a pedirle que no lo abandonara, a imaginarla con su vientre redondeado, su hijo entre sus brazos... ¡Santo cielo! Siempre se había vaciado en su interior.

¿Estaría ya embarazada? ¡Demonios! Esperaba que no.

Dejándola en las cuadras con el señor White con la excusa de que tenía que familiarizarse con la yegua, Gabriel montó sobre *Halcón* y se alejó de ella todo lo veloz que su pura sangre le permitía.

Cuando volvió se encerró en la biblioteca y allí se quedó toda la noche. Por nada del mundo subiría a su habitación sabiendo que ella estaba al otro lado de la puerta, durmiendo y esperando que la abrazara y se perdiera en sus besos.

Estaba desesperado y su maldito padrino no daba señales de ningún tipo. ¿Tan difícil era saber qué había pasado con esas Pléyades?

Siempre había pensado que habría sido bastante instructivo que algún hombre escribiera un libro sobre la psicología masculina, resolviendo las miles de dudas que las mujeres teníamos con respecto a ellos. Para mí en concreto, eran un misterio sin resolver, un jeroglífico imposible de descifrar antes del descubrimiento de la piedra Roseta; yo me encontraba ante el jeroglífico que era Gabriel y no tenía ninguna piedra Roseta para desentrañar su significado. Aunque siempre había estado convencida de que en el fondo éramos iguales, teníamos los mismos sentimientos, las mismas esperanzas, los mismos deseos, sólo que nuestra forma de expresarnos era tan distinta que no nos entendíamos y cada vez que oía eso de “la guerra de sexos” se me ponían los pelos de punta; nos habíamos pasado una eternidad enfrentados en vez de acercarnos los unos a los otros; si lo hubiésemos hecho, la convivencia sería ideal, y el aceptarnos nos habría unido en vez de separarnos.

Esa era la sensación que teníamos la mayoría, nos necesitábamos, pero no nos entendíamos.

Allí, junto a *Tortuga* y al señor White, una vez más sin Gabriel, me preguntaba qué había pasado para que su comportamiento hubiese cambiado tanto. Habíamos pasado de tener una preciosa relación de complicidad y entendimiento a... nada.

Gabriel estaba desaparecido.

Se pasaba casi todo el día fuera y sólo nos veíamos en la cena y, a pesar de lo que veía en sus ojos, se mantenía distante y formal; ya ni siquiera compartíamos esa copa y la partida de ajedrez que echaba tanto de menos. Se limitaba a excusarse y se encerraba en su despacho; poco después se iba, ¿a su club, tal vez? No sabía, pero las noches no las pasaba en casa o al menos, no en su habitación.

Lo echaba tantísimo de menos que me dolía. ¿Qué le pasaba?

Mis suposiciones me llevaron a pensar que, tal vez, tenía que ver con algún episodio de su pasado. ¿Y si se había enamorado y su unión había sido imposible? ¿Y si aún la recordaba? ¿La seguiría amando?

Quizás ese fantasma seguía dentro de él y no le permitía darse a otra persona, aunque lo que habíamos compartido iba mucho más allá de lo físico, era una unión espiritual. Habíamos hecho el amor mirándonos a los ojos, sintiéndonos en cuerpo y en alma. ¿Por qué no se permitía quererme? ¿Tanto miedo tenía? ¿Tanto la amaba todavía? Si era así, yo no tenía ninguna posibilidad de futuro con él; no se puede luchar contra un recuerdo, sobre todo si es tan poderoso como el amor. Pero ¿qué estaba diciéndome? A veces se me olvidaba que no había un nosotros ni un mañana, lo que había era la esperanza de que el señor Owen encontrara la forma de hacerme regresar a mi tiempo. ¡Dios mío! ¿Qué haría entonces? Prefería no pensar en ello.

¡Maldita sea! No entendía nada y me sentía tan vacía sin él que, en ocasiones, me odiaba a mí misma por haberme entregado tanto a mis sentimientos. El amor me había tomado por sorpresa y me había abandonado a él y en ese momento..., sólo tenía un corazón enamorado sin ser correspondido.

¡Y cómo dolía!

Me obligaba a no llorar; ocupaba todo mi tiempo para no pensar, para no echarlo tanto en falta y, sin embargo, sola en mi habitación, el llanto me invadía y me dejaba tan agotada que me dormía con los ojos húmedos y Gabriel protagonizando mis sueños.

¿Qué podría hacer para que volviera a mí? ¿Para volver a vivir lo que habíamos compartido?

Esa era la última pregunta que me venía a la mente antes de dejarme vencer por el sueño, pero la respuesta no llegaba como llega la mañana y el nuevo día.

Lo que sí llegó fue el arropo del personal de servicio. Nora estaba casi siempre conmigo, Alfred y su padre mostraban una paciencia infinita y con un sentido del humor que nunca habría imaginado en sus semblantes serios; me enseñaban cómo sentarme correctamente sobre *Tortuga*, cómo coger las riendas de forma adecuada, dándome todo tipo de explicaciones, que si el jinete y el caballo tenían que ser uno solo, que si era yo la que tenía que hacerle saber quién mandaba, y un sinfín de instrucciones más; la señora Crawford se afanó en los dulces de arándanos de todo tipo y en preparar

platos que ya sabía que me gustaban; los hermanos Craig se mostraron más que dispuestos a aceptar que trabajara con ellos. Y todos y cada uno de ellos me ofrecieron su cariño dando muestras de una discreción que agradecía cada minuto del día.

Dicen que la cara es el espejo del alma, y tal vez fue eso lo que vieron todos en mí: mi alma rota por el abandono. Incluso el señor Tilman se mostraba amable sonriéndome de vez en cuando. La verdad es que esa actitud tan protectora me ayudaba mucho a sobrellevar mi pesar, me sentía rodeada de mi familia y, junto a ellos, conviviendo con ellos, me iba sintiendo cada vez mejor; el día se me pasaba rápido e incluso, llegaba a olvidar, en determinados momentos, que Gabriel ya no estaba conmigo.

Lo malo llegaba al final de la jornada. En la soledad de mi habitación.

Vivía en el infierno.

La necesitaba tanto que no podía respirar.

Aunque el obligarse a estar lejos de ella le había aclarado un poco la cabeza. Se sentía capaz de seguir con ese comportamiento hasta que llegara la solución de su padrino, ese día en que Katerina regresaría a su tiempo y todo volvería a la normalidad.

Mentira. Nada sería nunca como antes. Jamás.

Katerina se había incrustado en su corriente sanguínea, en su piel, en el aire que respiraba.

Sin embargo, se castigaba a sí mismo alejándose de ella, dejando de compartir, no sólo su cama sino también esos momentos mágicos que tanta felicidad le habían proporcionado.

A menudo se decía que no era Cordelia, que nunca sería como ella, pero esa maldita arpía lo había engañado tan bien que... ¿Quién podría asegurarle que Katerina no era igual? ¿Sus ojos? ¿Los sentimientos que le había expresado? ¿Ese brillo que veía en su mirada, cada noche, cuando lo veía en el comedor?

Cordelia también brillaba... o, al menos, eso creyó cuando estuvo con ella.

No había nada qué pensar. Había tomado una decisión.

Alejarse lo más posible.

Y acostumbrarse a su ausencia. Sólo que ella estaba en todas partes, incluso cuando pasaba horas en el club practicando esgrima o boxeo como un desesperado, o tomando una copa con algunos conocidos o cuando pasaba las

noches en el sofá de su estudio.

Su maldito corazón pedía a gritos que la amara cada día, cada noche, de todas las formas posibles, pero su orgullo y su miedo lo habían impelido a abandonarla. Ni siquiera estaba cumpliendo con esa agenda que con tanta ilusión había preparado para ella y con la que pretendía enseñarle ese nuevo y viejo Londres desconocido para ella. Se había negado su propia felicidad, esa felicidad que sólo había encontrado junto a Katerina.

Las noches eran el mayor de los castigos. Saber que estaba en su habitación, con su camisión de lino, semitransparente, con su cuerpo delineándose bajo la sutil tela, sus labios llamándolo, sus pequeños y redondos pechos que tanto placer le procuraban... Tomaba su verga en la mano y se mecía imaginándola apretándolo con su sexo húmedo y caliente, estrecho y suave... Pero no era suficiente, nunca lo era.

“August, encuentra ya a esas Pléyades. ¡Demonios!”, se decía cada noche.

Nora había hecho un trabajo extraordinario con mi peinado entrelazando mechones con un cordón verde adornado con hebras doradas como el vestido. No me puse corsé ni sujetador, pero sí unos calzones blancos con cintas verdes. El vestido tenía el corpiño lo bastante ajustado como para no necesitar nada, además, sólo iba a pasearme en un carruaje y estar toda la noche sentada o de pie, viendo cómo los demás bailaban. ¿Qué sabía yo de los bailes de esa época? Nada en absoluto.

La fiesta de los Evans me producía sentimientos encontrados. Por un lado me apetecía mucho ir y vivir de primera mano lo que tantas veces había visto en el cine, pero por otro... por otro, hubiera preferido quedarme en mi habitación con un buen libro. Sólo el hecho de saber que allí vería a los amigos de Gabriel me animaba, porque él se seguía manteniendo distante, amable y correcto en todo momento como uno de esos nobles estirados, pero más lejos de mí que la Antártida.

Ni siquiera hablaba conmigo como antes.

¡Joder! ¡Qué difícil iba a ser llevar esa situación!

¿Y si August no conseguía descubrir cómo volver? ¿Y si lo descubriría pero no era posible? ¿Y si me tenía que quedar en 1851 para siempre?

Mejor no pensar en nada de eso.

Y allí estaba yo, bajando las escaleras, mientras un deslumbrante, hermoso, sexy y varonil Gabriel me esperaba vestido con un traje negro de

seda, camisa blanca y chaleco color marfil. Absolutamente arrebatador. Y yo... dominada por la excitación.

Un broche en forma de cisne coronaba su corbata y los gemelos de su camisa también llevaban ese precioso diseño. Era la figura representativa del escudo de la casa Bladnoch. La preciosa ave, símbolo del amor de los primeros condes de Bladnoch, los bisabuelos de Gabriel.

Sólo le faltaban los complementos, el sombrero de copa y el bastón, pues los guantes ya los tenía puestos, al igual que yo. Mis guantes de encaje del mismo color que el vestido eran largos, quedando un poco por debajo del codo. En ese momento, me sentía como una novia yendo hacia su amado, sólo que no era una novia, aunque mi amado me esperara con ese brillo en la mirada que encendía mi sangre hasta hacerla hervir.

Mi sonrisa al verlo era de plenitud y amor, después de todo y, a pesar de mis reticencias, iba a pasar la noche con él, estaría cerca de él; ya tenía su mirada para mí y esos labios que me dirigían una espléndida sonrisa de satisfacción, o al menos, eso fue lo que pensé. Su mirada se paseó por mi cuerpo con ese deseo que tanto conocía y si ya estaba excitada, ese estudio detallado de sus hermosos ojos negros hizo que mis braguitas empezaran a mojarse de una forma tan descarada que me sentí enrojecer ante su escrutinio.

—Buenas noches, milord —atiné a decir.

—Buenas noches, Katerina... Está radiante —me dijo con esa voz profunda y grave que me deshacía.

Entonces hizo algo...

Del bolsillo de su chaqueta sacó un pequeño estuche... ¿Otra joya?

—Aunque su belleza es el más precioso adorno que luce, estoy convencido de que este pequeño detalle la resaltará aún más —me dijo en un tono seductor sin apartar sus ojos de mí.

—Milord... —respondí asombrada.

Esmeraldas y diamantes.

¡Esmeraldas y diamantes!

Un precioso y sencillo collar de esmeraldas y diamantes a juego con unos hermosos y delicados pendientes que él mismo me puso, y a pesar de que sus manos estaban cubiertas por unos delicados guantes blancos, sentir su roce en mi cuello y mis orejas me sacó un suspiro del fondo de mis entrañas. Sólo esperaba que no hubiese sido demasiado evidente la necesidad que tenía de él.

Nora quedó maravillada al igual que yo y vi cómo sus ojos se nublaban

por la emoción. Mi querida madre adoptiva. Sólo que lo que ella imaginaba o creía ver en la actitud de Gabriel, era algo que nada tenía que ver con la realidad.

Sólo mi corazón estaba empeñado... para siempre.

El suyo sólo lo estuvo durante... brevemente..., si es que lo estuvo alguna vez.

Y ese gesto, no era más que lo que un caballero de su categoría haría. Ni más ni menos.

—Gracias, milord... —dije emocionada—. Es precioso, tiene un gusto exquisito, pero no ha debido molestarse. —Le sonreí... ¡Santo cielo! Notaba cómo el amor irradiaba de mí.

—Ninguna molestia, al contrario —respondió con sequedad—. Bien, señorita Katerina, es hora de irnos.

Nora me entregó la media capa antes de salir, regalándome su alegría y entusiasmo y tomando una de mis manos en señal de ánimo y consuelo. Mi madre adoptiva hacía su aparición una vez más.

Ya en el carruaje, empecé a ser consciente de lo que iba a vivir.

—Gabriel, no puedes ni imaginar lo que esto significa para mí —dije entusiasmada como una chiquilla, tratándolo como habría tratado a cualquiera de mis amigos—. Es como estar en una película. Siempre había admirado esas escenas de bailes, me parecían tan elegantes, tan románticas, con esas damas tan bien vestidas, esos caballeros galantes y distinguidos, y ahora voy a formar parte de una de ellas. Es una fantasía hecha realidad.

—Me alegro de que se sienta tan feliz —me contestó en un tono neutral, manteniendo esa distancia de los últimos días, reforzada por ese tratamiento tan formal. ¡Una actitud tan opuesta a lo que reflejaban sus ojos!

—Sí, me siento muy feliz, además, también estarán tus amigos. Son personas muy simpáticas y agradables, ya tenía gana de verlos —concluí esperando su reacción.

—Tiene razón, señorita Katerina, mis amigos son muy agradables —continuaba con ese tono tan anodino.

En vista de lo visto, pensé que no le apetecía hablar, sobre todo, cuando giró la cabeza para mirar por la ventanilla del carruaje. Ahí se había terminado la conversación.

Cuando por fin entramos en el gran salón, respiré tranquila después del tercer grado al que me habían sometido los anfitriones. Para ser franca, no

pensé en eso hasta que me hicieron la primera pregunta y me quedé totalmente en blanco, sin embargo, Gabriel había sido más rápido de mente que yo y les contó que era sonámbula. La noche en cuestión me había levantado, dormida, y había caminado por las calles hasta llegar a su casa y al verme fuera de mi hogar y rodeada de gente desconocida me había desmayado de la impresión. Fue tan convincente que me quedé pasmada, si hasta estuve tentada de crearme esa historia...; los señores Evans habían quedado muy satisfechos con la explicación para terminar diciendo: “Pobre niña”, y cuando ya se estaban animando a continuar con su interrogatorio, Gabriel nos disculpó y entramos en el hermoso salón.

Miles de lámparas y velas iluminaban la estancia. Todo resplandecía dándole un toque dorado como de ensueño. Una enorme puerta que permanecía abierta daba a un pequeño balcón con escalones que llevaban a un jardín alumbrado con antorchas. Sillas y sillones con pequeñas mesas rodeaban la enorme sala y en un rincón se hallaba una pequeña orquesta. Todo era justo como lo había visto en el cine, sólo que no estaba en el sofá de mi pequeño salón frente a la televisión, sino en la pantalla, yo formaba parte de esos fotogramas... y era una de las protagonistas.

De pronto, sentí mil de ojos sobre mí y una vez más pensé que me había convertido en algún extraño animal mitológico que todos tenían que observar y analizar. Al parecer, me habían reconocido. En ese momento, fui realmente consciente del impacto que les había causado a todos mi llegada —desde ninguna parte—, hasta el punto de que, a pesar del cambio físico —peinado y traje—, no habían tenido ningún problema en recordarme.

Mi incomodidad hizo que me acercara aún más a Gabriel que me llevaba de su brazo. Al sentir mi acercamiento me miró y la ternura de sus ojos hizo que me sintiera segura y a salvo. Protegida.

Aunque esa sensación me duró poco. Incluso me dio la impresión de haber retrocedido en el tiempo y hallarme de nuevo delante de la Exposición, sólo que esta vez la etiqueta y la cortesía lo obligaban a presentarme a todo aquel que se le acercaba... y a todas... y el muy imbécil se había convertido en el mismo libertino seductor de entonces. Tal vez lo fuera, después de todo, y todas esas noches en las que no había dormido en su habitación, las había pasado con alguna de esas... Sin embargo, me mantuve todo lo serena que pude, sonriente, a pesar de que me daban ganas de darle un buen mamporro, de que el volcán rugía y rugía, pero tuve que recordarme que él no sentía lo mismo por mí y, en consecuencia, no se sentía obligado a mantenerse fiel a

una mujer con la que sólo follaba. ¡Joder! ¡Qué mal rollo!

Por fortuna, no tardamos en ubicar a sus amigos y eso me relajó un poco. Ya no estaba sola en medio de una muchedumbre con un hombre que se empeñaba en mantenerse alejado de mí, coqueteando con todo lo que llevara faldas, sino rodeada del calor de sus amigos, de mis amigos. Lisa volvió a sacar el tema de la “reunión sólo de mujeres”, propuesta que fue secundada tanto por Miranda como por Lalima, mientras sus respectivos maridos se miraban con curiosidad. Estaba segura de que ellos deseaban, tanto o más que nosotras, asistir a esa reunión y eso me hizo sonreír. Se planteaba hacerla en casa de Lisa, y Miranda añadió que haríamos una pequeña fiesta de inauguración, “sólo nosotras”, recalcó mirando a su marido con un cierto brillo en la mirada. Por lo visto, yo no era la única que había pensado en la curiosidad de los hombres por nuestras charlas. Ante ese comentario, todas reímos, ellas pendientes de sus esposos, yo de Gabriel. Ese día no éramos una pareja como las demás, ese día éramos... dos conocidos en un baile repleto de extraños.

La noche se hizo más interesante cuando aparecieron lord Everett y su hijo Christopher. Me alegré sinceramente de volver a verlos y agradecí en silencio su llegada, pues todas las parejas aprovecharon para unirse al baile. Gabriel, sin embargo, se mantuvo sereno y tan remoto que parecía hallarse en otro lugar.

Christopher y yo volvimos a conectar de la misma forma que lo hicimos en el parque y nos enfrascamos en una conversación muy interesante en la que él me iba explicando muchas de las costumbres de su tribu, a la vez que lo imaginaba inseguro en un ambiente tan extraño, aunque él dio muestras, en todo momento, de un saber estar digno de admiración.

Y entonces ocurrió.

—Mi querido Gabriel... —dijo la rubia de bote que se había acercado a nosotros y había interrumpido la conversación con una total falta de educación.

Me quedé tan perpleja ante su comentario y sus formas que... me dieron ganas de arrancarle los ojos...

“¿Mi querido Gabriel? No es tu querido Gabriel zorra... ¡Ups! ¿Celos?”. Pues claro que sí... ¡Mierda! ¿Por qué lo trataba con tanta familiaridad?

Era una mujer un poco mayor que yo que se adelantó para saludarlo con un beso en la mejilla, un gesto de lo más inapropiado, pensé, después de todo estábamos en el siglo XIX y esas cosas no se hacían en público y lo mismo

debió de pensar él pues su rostro se transformó en una máscara inexpresiva que casi me dio miedo.

—Lady King. —Con un seco movimiento de cabeza la saludó.

—Vamos, vamos querido. ¡Tanta formalidad! Somos amigos, ¿no? —dijo ella con una hipócrita sonrisa—. Viejos amigos... —recalcó.

—Eso fue hace mucho tiempo, milady, y el pasado en el pasado se queda —le dijo muy serio.

—Te has vuelto un aburrido Gabriel, antes eras mucho más divertido... Te acuerdas, ¿verdad? —replicó con un brillo de picardía en su mirada.

¿Era ella? ¿Esa mujer le había robado el corazón y él aún seguía amándola? ¿Ese bicho? ¿Esa tipeja era la causante de que él me hubiese abandonado? ¿Esa? “Basta ya, Katerina, no sabes nada, todo lo que supongas sólo te hará daño”, me reprendí. Quise arrancarle los ojos a él también. Tuve que respirar hondo y recordar la escena en el salón de té el día que fuimos a la Exposición.

—Si me disculpa, milady, le prometí un baile a mi acompañante. —Sin más me tomó del brazo dándole la espalda.

Pude ver el desconcierto en los rostros de lord Everett y su hijo. Imaginaba que era el mismo que se reflejaba en el mío.

Yendo hacia el salón de baile no podía dejar de mirarlo intrigada. ¿Quién sería esa mujer? ¿Por qué no le gustaba? O eso parecía. A mí desde luego no me gustaba lo más mínimo. Ahí había una historia jugosa y esperaba conocerla algún día. Me moría de curiosidad. ¿Estaba yo en lo cierto? Sin embargo, algo me decía que su paso por la vida de Gabriel estaba directamente relacionado con el alejamiento que había sufrido durante los últimos días. Sí, no me cabía ninguna duda de que él me había abandonado por ella. ¡Maldita fuera! ¿Qué podría hacer yo para que la olvidara? Porque tenía que olvidarse de esa arpía, era imprescindible, por él en primer lugar y por mí, en segundo; encontraría la forma y algún día me lo agradecería dando gracias a Dios por haberse librado de semejante bruja.

Ya en el salón me tomó para bailar el vals que ya empezaba. Su máscara había desaparecido para dar paso a su expresión habitual.

—Señorita Katerina..., no sabe bailar el vals —me dijo con una sonrisa de diversión. Mi Gabriel había vuelto.

—No, Gabriel, pero estoy segura de que eres un hábil bailarín y sabrás guiarme a la perfección —contesté orgullosa.

—Puede estar segura —me dijo riéndose y tomándome de la cintura para

apretarme contra su cuerpo. Su erección invadió mi vientre. El rubor mi rostro.

—Tu lady te ha puesto en un estado interesante —le dije acariciándolo con suavidad, tras lo cual hizo un mohín. No pensaba dejar que la timidez tomara el mando de mi vida, sin dejar de mencionar el hecho de que me había propuesto averiguar quién era ella.

—No es mi lady y no ha sido ella... —contestó, la máscara había vuelto —, ha sido usted —me dijo en un susurro mientras notaba que el calor aumentaba en mi cara y se extendía por mi cuello hasta llegar a mis pechos —. Está deliciosa cuando se sonroja, señorita Sinclair. —Me sonrió y yo aparté la mirada incapaz de sostener la suya.

¡Deliciosa! Él sí que estaba delicioso y además era mago, mejor dicho, druida si se tenía en cuenta que era escocés, pues ya me había puesto a mil y no había hecho nada, bueno, casi nada, sólo apretujarme contra su erección y hablarme con esa voz. Solté un suspiro. No sé de qué me extrañaba después de lo ya había vivido con él, sin embargo, nunca dejaba de sorprenderme.

—¿Está excitada Katerina? ¿Está mojada? —Podía leer en mí como en un libro abierto.

—Sí —contesté volviéndolo a mirar.

—Apuesto a que le gustaría que la acariciara con mis dedos extendiendo su néctar por su raja para jugar con su botón sacándolo de su escondite... — me decía con esa voz tan sexy taladrándome con la mirada. Me encantaba esa manera suya de hablar—, para después introducirlos en su canal y pasearme por él tocando cada punto mientras le desabrocho el vestido y paso mi lengua por su pezón... Primero uno y después el otro... ¿Se lo imagina, Katerina? — Asentí con la cabeza sintiendo mi “néctar” bajar por el interior de mis muslos. Mis braguitas estaban totalmente empapadas—. Ya estoy oyendo sus gemidos cuando me meto uno en la boca para comérmela Katerina... despacio, saboreándola. —Estaba cada vez más agitada—. Alimentándome... ¿Eso le gustaría, Katerina? —Creo que asentí, no lo recuerdo con claridad, aunque sí tengo grabada en mi mente su sonrisa orgullosa—. Bien porque aún no estoy satisfecho y mi hambre es insaciable..., así que me deleito en sus pechos... Mi mano sigue en su sexo, penetrándola, acariciándola... golpeando su perla cada vez más hinchada, sus jugos bañan mi mano... Estoy deseando saborearla, Katerina... —¡Dios mío! Me lo estaba imaginando con todo detalle; respiraba con dificultad agradeciendo que me tuviera tan firmemente cogida por la cintura, pues mis piernas empezaron a temblar—.

Bien, porque ahora abandono sus pechos y me arrodillo subiéndole las faldas para tomarla en mi boca, mmmm... Es tan dulce..., tan sabrosa... Está tan cerca... ¿Está cerca mi preciosa Katerina? —¿Cerca? Si seguía así explotaría como una bomba y poco me importaría que estuviera rodeada de gente, después le bajaría los pantalones para agarrársela y metérmela hasta el fondo con mi propia mano—. Bien, ahora cuando yo se lo permita me regalará un precioso clímax. —¿Cuando me lo permita? ¿Sería capaz de aguantar mucho más? No, no lo creía posible—. Todavía no he dejado de lamerla y de deleitarme con su sabor... Mis dedos vuelven a estar dentro, tres dedos entrando y saliendo con vigor, mientras chupo su capullo... y lo muerdo... Ahora, mi querida señorita..., ahora..., deme mi regalo...

Y se lo di. Apoyando mi cabeza en su pecho ahogué el grito que semejante orgasmo había sembrado en mi garganta, creo que le mordí la chaqueta, no estoy segura, lo que sí descubrí después fue que mi brazo se había deslizado hasta su cuello y mi mano libre se había cerrado alrededor de su solapa. Ese hombre había podido hacerme eso en público sin tocarme, sólo con sus palabras y su voz... y mi cuerpo había actuado por voluntad propia, como si supiera con absoluta certeza lo que tenía que hacer mucho antes de que yo tomara las riendas. Los músculos de mi vagina empezaron a contraerse rítmicamente hasta llevarme al orgasmo al oír sus palabras mágicas: *ahora..., deme mi regalo...*

Había sido algo asombroso. Nunca creí posible que unas palabras y el tono adecuado de una voz pudieran hacer semejante milagro. ¿En qué libros se podían aprender esas cosas?

—Míreme —me ordenó unos minutos después y eso hice. Tras permanecer en silencio un instante me dijo—. Perfecta... Nada me gustaría más que hacerle el amor en este preciso momento.

¡Anda, y a mí! ¿Sucedería esa noche? ¿Lo volvería a tener en mi cama?

Su voz sonaba a excitación y su miembro contra mi vientre había multiplicado su tamaño. La música había dejado de sonar y colocando mi brazo en el suyo salimos del salón. No nos paramos hasta que nos fuimos. En algún momento durante el trayecto, había ordenado que le prepararan el carruaje y ahí estábamos, él ayudándome a subir y luego entrando para sentarse, justo enfrente de mí. No podía dejar de mirarlo. Entonces, se me ocurrió una idea. Y sonreí. Sólo esperaba que aquel armatoste de falda me lo permitiera y sí, me lo permitió. Veía el recelo dibujado en su rostro, estaba segura de que se estaría preguntando qué tendría en la cabeza para sonreír de

aquel modo.

Me adelanté en el asiento y me arrodillé delante de él. Coloqué mis manos en sus rodillas y fui subiendo a lo largo de sus muslos hasta detenerme en su erección. Acaricié su miembro a través de la tela del pantalón sin dejar de mirarle, mientras un siseo salía de su boca. No me detuve mucho tiempo. Seguí mi exploración subiendo mis manos por su vientre, por su pecho hasta que lo cogí de las solapas y extendiéndome hacia él lo acerqué a mi boca para recrearme acariciando sus labios con los míos, pasando mi lengua, humedeciéndolos e introduciéndola para jugar con la suya en un beso tierno que no duró mucho, aunque yo me habría quedado ahí para siempre.

Me alejé sonriéndole y bajé mis manos hasta los botones de su pantalón. Mis ojos fijos en los suyos.

—Katerina... —Parecía una advertencia.

Cuando liberé su verga me regalé mirándola, mientras me humedecía los labios. Grande y preciosa... como siempre.

Él no me quitaba el ojo de encima. Mi sonrisa se hizo más amplia. Volví a mirarlo a la vez que la tomaba en una de mis manos acariciándola arriba y abajo y pasaba el dorso de mis dedos de la otra por su saco. Cerró los ojos soltando un suspiro y me pareció fascinante. Yo también era tan poderosa como él.

Pasé mi lengua por el orificio de su cabeza hinchada y lamí la vena que la unía a sus testículos. Le besé la punta y acto seguido me la metí en la boca. Sus gemidos eran música para mis oídos, mejor que un vals. E inicié el baile. Sólo esperaba hacerlo bien. Me moví arriba y abajo lamiendo y chupando aquella maravilla —en ese momento pensé que nunca había visto tan de cerca el pene de Arthur—. Mi mano se movía al mismo ritmo que mi boca, mientras la otra jugaba con sus pelotas; entonces se me ocurrió abandonar su erección para hacer lo mismo con ellas. Funcionó. Su respiración entrecortada me indicó que iba por buen camino y, sin dejar de estimular su verga, lamí su saco para acabar metiéndome uno de sus testículos en la boca, chupándolo, para después hacer lo mismo con el otro.

—¡Demonios! —Su placer más que evidente.

Volví a atender aquella verga metiéndomela de nuevo en la boca mientras sentía su mano en mi cabeza guiándome y su pelvis viniendo a mi encuentro. Era de lo más erótico. Yo estaba haciendo aquello, provocándole un placer exquisito como él me lo había proporcionado a mí. Totalmente inundada por la sensación de tenerlo en mi boca, me sentí con un poder

extraordinario y por primera vez en mi vida fui consciente de que también yo tenía la capacidad de hacer perder el control a un hombre. A mi hombre. A Gabriel.

—Muchacha..., me corro...

Su advertencia no me amilanó, al contrario, me animó. Quería saber cuál era su sabor, de modo que aumenté la succión y la presión de mi mano contra su tronco hasta que inundó mi boca con su semen pastoso y salado acompañado de un profundo gruñido; para mi sorpresa, aquel acto que se había mantenido tan pornográfico en mi mente durante años me encantó; disfruté de todo el proceso, desde el momento en que se me ocurrió hasta que la saqué de mi boca limpiándola con mis labios y mi lengua en el proceso. Cuando lo miré no podía sentirme más satisfecha y orgullosa de mi misma por haberle dado ese placer y fue cuando vi que la mano que no había puesto en mi cabeza estaba apoyada contra la pared del carruaje...; parecía estar sujetándose. Mi sonrisa de satisfacción se amplió y casi podría jurar que era igual a la que él me mostraba continuamente... y entonces lo comprendí. ¿Cómo no iba a sentirse así después de dar lo que daba?

¡Uf, menos mal! Un poco más y hubiésemos llegado a casa antes de terminar.

A casa.

Estaba sonriendo. Eso significaba que le había gustado, ¿verdad? Por lo visto lo había hecho bien y eso alimentó mi ego aún más.

La puerta del carruaje se abrió segundos después de que nos detuviéramos. Como siempre, Gabriel me ayudó a bajar; colocando mi brazo alrededor del suyo entramos en la casa y subimos las escaleras. Hicimos todo el trayecto en silencio. Para mi sorpresa se detuvo delante de la puerta de mi habitación y mirándome a los ojos tomó mi mano y la besó a modo de despedida para acto seguido dirigirse a su habitación y perderse dentro.

¿Ya está? Después de lo sucedido, ¿todo terminaba a la puerta de mi dormitorio? Ni hablar. Estaba como una perra en celo y, en lo que a mí concernía, aquello sólo era el principio. Era una mujer moderna e independiente del siglo XXI y tomábamos la iniciativa en el sexo, no nos quedábamos esperando a que nuestro amo y señor quisiera venir a vernos para echar un polvo. Nada de eso. Se iba a acordar de esa noche durante mucho tiempo. No tenía ni la más mínima intención de quedarme ahí esperando su llegada. ¿Y si no venía? Esta vez no.

Ya en la habitación comencé a desnudarme, pero me dejé las braguitas puestas, sabía que le gustaría verme con ellas y no quería privarlo de ese placer... ni a mí tampoco. Ver el deseo en su mirada, sentir cómo me deshacía los lazos... ¡Uf! ¿Podría soportar la espera? Casi habría podido jurar que sería capaz de tener otro orgasmo, pero esta vez me lo regalaría yo misma imaginando sus manos sobre mi piel. ¿El deseo era capaz de eso? ¡Qué pregunta! Después de lo ocurrido durante el vals, ¿acaso me podía quedar alguna duda?

Cuando ya estuve desnuda fui a coger la bata que había puesto Nora a los pies de la cama. Esa noche atravesaría la puerta que comunicaba nuestras habitaciones sin camión, sólo con la bata cubriendo mi cuerpo, así no podría resistirse. ¿Y si ya estaba dormido? Con lo que había tardado en desnudarme no me habría extrañado nada, pero ¿y si no quería? Eso era infinitamente peor... ¿Qué haría entonces?

¿No sería mejor dejar de pensar y simplemente actuar?

Inclinada sobre la cama para coger la bata y sumida en mis reflexiones no oí el sonido de la puerta al abrirse.

—Justo lo que yo quería ver...

Me giré sobresaltada con la prenda agarrada contra mi pecho. Él estaba ahí con su bata de seda granate y caminando hacia mí. ¡Dios! Me quitó el aliento. ¿Cómo era posible que fuera tan atractivo... tan... tan... tan perfecto? Nunca me cansaría de admirarlo.

—Esto está de más —dijo quitándome la bata de las manos y tirándola en alguna parte—. Así mucho mejor...

No puedo explicar lo que sentí estando casi desnuda y él vestido, aunque sí me pareció de lo más erótico y perverso. Me volví a sonrojar sintiendo vergüenza de mi pequeño y normalito cuerpo desnudo. ¡Y yo que creía que estaba contenta siendo como era! Ante él me sentía insegura y diminuta como en otras ocasiones. Estaba ante un dios de la belleza y sentí el impulso de cubrirme, pero lo dominé, era una mujer moderna, ¿no? Ya había estado desnuda antes delante de un hombre, delante de él, así que bien podría soportar el escrutinio al que me estaba sometiendo Gabriel que me miraba de arriba abajo haciendo que sintiera unas manos invisibles recorriéndome la piel... Tuve escalofríos. No entendía por qué volvía a sentirme así... Tal vez se debiera a esa actitud distante que había mantenido, a ese abandono que había sentido, a ese vacío que se había instalado en mi interior, a mi alma rota... Era como volver a empezar.

—Perfecta... —dijo acercándose más a mí.

¿Perfecta? Él me hizo sentir perfecta cuando tomó mis manos y me lamió una palma y luego la otra para después depositar un beso y continuar su caricia hasta la muñeca. Una corriente eléctrica descendió hasta mi sexo y no pude reprimir un “¡Oh!” de sorpresa. Desde luego estar con él no me sacaba de mi estupor permanente. Había leído que esa era una zona erógena, pero cuando yo me acariciaba de ese modo sólo sentía un cosquilleo sin importancia lo cual me llevó a pensar que los libros sobre sexo exageraban sobremanera cualquier cosa que tuviera que ver con la sensibilidad de la piel. Claro que nunca había estado con un hombre como Gabriel.

Sin dejar de tocarme, ascendió por mis brazos hasta mi cara dejando a su paso un profundo camino de fuego y acunándola entre sus manos me besó lenta y profundamente saliendo de mi boca para lamer y chupar mis labios y volver a introducirse para jugar con mi lengua. Cuando me acarició el paladar gemí. Cuando se recreó en mi oreja quemando mi mandíbula en el camino para tomar el lóbulo en su boca, solté un gritito que lo hizo reír. Definitivamente, esos libros no habían exagerado nada de nada, como había podido comprobar siempre que había hecho el amor con él.

—Tan sensible...

Llegados a ese punto yo estaba enganchada a él, concretamente a su pelo que era tan suave. Más tarde pensé si no le habría hecho daño en algún momento.

Se detuvo en mi cuello alternando besos y lamidas, mientras yo deshacía mi agarre y procedía a quitarle la prenda que lo cubría... Entonces me tocó a mí repasar una vez más, ese cuerpo perfecto que superaba con creces todo lo que yo hubiese podido imaginar en un momento determinado. Estaba todo bronceado y sin marcas, lo cual indicaba que tomaba el sol desnudo. ¡Qué imagen tan erótica se formó en mi cabeza! Me resultó curioso no haberme detenido antes en ese hecho. Su pecho estaba salpicado de un vello tan negro como su cabello que me invitó a enredar mis dedos en él; el resto de su cuerpo era puro músculo, bien formado y torneado. Habría sido portada de revista toda su vida. Y su verga... Su verga sobresalía, tan orgullosa como él, de un nido de rizos oscuros. Era lo más hermoso que había visto jamás.

Siempre que lo veía desnudo era una primera vez y me impactaba como si nunca me hubiese regalado con su magnífico cuerpo.

Me acerqué a él para besar su pecho y su cuello; quería besar su piel, tocarla, acariciarla y él me lo permitió. Gabriel, un hombre del siglo XIX, me

permitía tocarlo y acariciarlo como yo quería, me dejaba seguir mis instintos, no como Arthur que no hacía más que decirme que me mantuviera quieta, que reprimía cada impulso que yo hubiese podido tener. Un troglodita, eso era. Mi Gabriel no. Cada vez que nos habíamos unido, me había permitido ser yo misma, disfrutando de mis caricias tanto como yo de las suyas.

Él se dejó hacer mientras me acariciaba la espalda y se detenía en mis nalgas a través de la tela de los calzones cortos, masajeándolas, acariciándolas, acercándose a él, a su pene lleno y tieso como un mástil. Cuando su dedo se deslizó por la abertura hasta mi sexo, gemí en su cuello y tiré de su pelo a la vez que me mecía contra su erección sacándole un gemido también a él. Entonces, se retiró para observarme, protesté al ser abandonada por su caricia... Su sonrisa se hizo mayúscula ante la tela blanca y, despacio, fue deshaciendo los lazos que la mantenían en su lugar, deleitándose en cada gesto. Cuando soltó el de la cintura, las braguitas cayeron al suelo, mientras él me tomaba por debajo de los brazos para alejarlas con el pie y yo soltaba un pequeño grito de sorpresa, riéndome trabada a su cuello, al tiempo que sentía la sonrisa de sus labios sobre mi cuello.

Volvió a besarme a la vez que deslizaba sus manos por mis costados, llevando una a mis glúteos desnudos y otra a mi sexo. Volvió a abrirme sin dejar de saborear mi boca, para dejarme sin aliento y descender hasta mis pechos.

Cuando su dedo travieso siguió su sendero y acarició mis pliegues, perlados y resbaladizos, hasta el ano, deteniéndose ahí para estimularlo haciendo círculos, solté un grito digno de una amazona.

—Vaya, vaya... Qué interesante... Te tomaré por aquí cuando yo decida mi dulce... Te gustará —me dijo al oído sin dejar de acariciar el fruncido agujero.

¿Sexo anal? “Me muero”, pensé en ese momento y lo peor —o quizás lo mejor, no sabría decirlo— es que estaba dispuesta a todo lo que él quisiera mostrarme, a todo lo que él quisiera hacer, tan dispuesta como lo había estado siempre. Era de lo más excitante. Me sentía como Alicia en el país de las Maravillas^[12] desde que lo había visto por primera vez en su despacho.

Mirándome a los ojos, se perdió en mí tras mil centellas que no ocultaban lo que él no se atrevía a decirme, lo que no se atrevía a manifestar... Ambos hundidos en nuestro deseo, en las sombras de nuestros ojos lujuriosos y más allá de la unión física...

Tras besarme con absoluta devoción, mezclando la ternura con la pasión,

el deleite del recreo sereno con la desesperación desbordante, lo dirigí hacia mis pechos; su dedo estimulaba la entrada de mi vagina, mientras otro grito salió de mí cuando tomó un pezón en la boca. Después de atenderlo con una ternura exquisita se dirigió al otro besando todo el trayecto, lamiendo la areola y el pico erecto, tomándolo entre sus labios. Su mano ya subía otra vez por mi nalga y, pasando por la cadera, enredó sus dedos en el vello de mis labios vaginales, humedeciéndolos con mis propios jugos para abrirlos y encontrar mi clítoris al que le dedicó unos golpecitos. Aquella iba a ser la noche de los gritos.

De ese modo, chupando mis pezones y golpeando mi clítoris conseguí alcanzar el segundo orgasmo de la noche.

Asaltó mi boca poseído por la pasión sintiéndome temblar entre sus brazos y comenzó a bajar hasta mi ombligo donde jugó rodeándolo con la lengua para seguir su camino e introducir su lengua entre mis pliegues. Tuve que agarrarme al poste de la cama con ambas manos, mis caderas se movían hacia su boca; sus palmas en mis glúteos me mantenían firmemente pegada a su boca. Lo que no creí que fuera posible sucedió y mi sensible clítoris volvió a explotar —era el tercero— haciendo que mis rodillas se doblaran.

Con la rapidez de un gato me tomó en brazos. Yo estaba que no podía más, me quedé lacia contra su pecho, los ojos nublados y sin poder creer que hubiese tenido dos orgasmos seguidos. ¡Dos! Uno detrás de otro.

No perdió ni un segundo y alzándome por las nalgas me instó a que lo rodeara con mis piernas; antes de que pudiera darme cuenta lo tenía dentro de mí, llenándome a rebosar. Me enganché de sus labios, danzando con su lengua al mismo son que se hundía en mí, despacio, retirándose casi hasta sacarla de mí, mientras gruñía en mi boca, para penetrarme sólo con la corona de su pene, estimulando la entrada de mi vagina. ¡Dios! Iba a morir de placer, de deseo, de necesidad...

Abandonando mis labios, nuestras respiraciones agitadas formaban una sinfonía que llenaban la habitación mientras suspirábamos el nombre del otro en todo momento.

Sus embestidas se fueron haciendo más profundas, su lengua navegaba por mis hombros y mi cuello... un lado... otro lado..., hasta que su falo se instaló muy adentro. Permaneció quieto y agitado, mirándome a los ojos, pronunciando mi nombre, hablándome...

¡Santo cielo! ¡Cómo lo amaba!

Despacio, y sin salir de mí, me llevó a la cama y me tumbó sobre la

espalda, alzando mis piernas hasta colocarlas sobre sus hombros. El cambio de postura me hizo reír y, cuando empezó a moverse, gemí arqueando mi cuerpo hacia él.

Ambos gemíamos, yo recibéndolo, él golpeando contra mi sexo...

Ambos desbocados y perdidos en las sensaciones...

Ya sólo hubo pasión y desenfreno, manteniendo nuestras miradas enganchadas la una de la otra...

Una de sus manos jugueteaba sobre mi ombligo, a la vez que iba y venía hacía mi pubis, acariciando con suavidad mi clítoris expuesto.

No sé cómo lo hizo, pero cambió y de pronto él estaba encima de mí rotando sus caderas mientras me penetraba y yo me apoyaba sobre mis pies yendo a su encuentro. El frotamiento que provocaban nuestros movimientos nos estaba llevando al límite y poco después grité mi placer sintiendo el suyo contra mi cuello y su cálido semen inundándome por dentro.

Justo en ese momento, exhausta y satisfecha, más enamorada que nunca, caí en la cuenta de que nunca había tomado medidas para no quedarme embarazada, nunca le había preguntado, ni siquiera sabía si existían los condones o algún artilugio para la mujer, sin embargo no me importó; en ese momento, deseé llevarme una parte de él a mi siglo, su carne y su sangre, su simiente en mi vientre, su hijo, nuestro hijo.

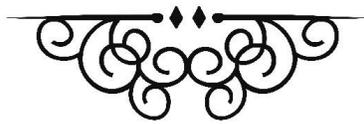
Casi me estaba quedando dormida con la imagen de su semilla creciendo dentro de mí, cuando Gabriel me colocó sobre la almohada y se tumbó a mi lado para situarme sobre su cuerpo, abrazándome y acariciando mi espalda como siempre hacía después de hacer el amor.

Y antes de dejarme atrapar por el sueño le dije algo... ¡A saber qué era!

—Te amo, Gabriel —susurró Katerina antes de quedarse dormida.

—Yo también —respondió Gabriel adormilado.

CAPÍTULO 17



Cuando despertó aún era de noche. La miró sin poder evitar sonreír. Lo tenía prisionero. Su pierna descansaba sobre su muslo y su mano se escondía entre su pelo. Sentía el cosquilleo de su respiración sobre su pecho. Nunca se había sentido tan bien. En realidad sí. Cada vez que habían hecho el amor. Estaba feliz y satisfecho, como si todo estuviese donde tenía que estar. Ese pensamiento le cambió la expresión y tuvo la necesidad inmediata de levantarse y salir corriendo. Una vez más.

Pero lo que lo llenó de inquietud fueron las palabras que la joven había dicho antes de dormirse: *Te amo, Gabriel.*

Sin embargo, lo que lo invadió de pánico, fueron las suyas: *Yo también.*

Con cuidado de no despertarla, deshizo el nudo con el que Katerina lo tenía amarrado y se levantó dirigiéndose a su habitación. Allí se aseó y se vistió.

Iría a su casa. Era necesario. La situación se había vuelto insostenible. No podía renunciar a ella y sin embargo, no era capaz de amarla con libertad y ella se merecía a alguien que se le entregara en alma y en cuerpo por completo, no a medias como hacía él. Llevaba mucho tiempo sin ver a su madre y a su hermana; Galloway siempre era una buena idea cuando quería despejarse y reflexionar, y en ese momento tenía mucho sobre lo que pensar. Pasear por sus playas, cuidar del ganado, galopar por sus bosques... Sí, le sentaría muy bien volver a casa, allí lo vería todo mejor, mucho mejor. Y a la vuelta, todo habría quedado bien definido y delimitado en su mente y en su corazón.

El problema “Katerina” quedaría resuelto para siempre.

Me desperté sintiendo frío y un vacío inexplicable hasta que comprendí lo que pasaba. Estaba sola en la cama y lo echaba de menos. Me levanté de un salto y me di cuenta de que me dolían partes de mi cuerpo que no sabía que tenía, sonreí de emoción. ¡Bendito dolor! Aunque cuando me dirigía

hacia la ducha no me pareció tan bendito. No era la primera vez que tenía agujetas después de una noche de sexo con Gabriel, pero ese ardor que nos había llevado a tal desenfreno... Casi me dio un ataque de risa recordándome con las piernas sobre sus hombros y, para ser sincera, me pareció extraño que pudiera recordar algo de la noche anterior. Después de tantos días de desamparo, de necesidad, de corazón roto, no había quedado lugar para las neuronas...

Me sentía feliz.

Feliz, satisfecha, emocionada, enamorada.

Sólo me faltaba gritarlo a los cuatro vientos, pues a mí misma, me lo había dicho una infinidad de veces y nunca me cansaba de repetírmelo.

Lo amaba.

Lo sentía en cada poro de mi piel, en mi propio ser, ese que se escondía en el corazón y, mientras sentía el agua caliente caer sobre mi cuerpo, no hacía más que repetirme: “Lo amo... lo amo... lo amo...”.

Una vez que hube terminado mi aseo, me vestí y salí corriendo del dormitorio para ir a su encuentro sin esperar la ayuda de Nora, por lo que escogí un sencillo vestido verde con rayas verticales de color marrón con botones por delante del corpiño, y sin miriñaque. Ardía en deseos de verlo.

Al bajar la escalera me encontré con la señora Hayes.

—Buenos días, señorita Katerina. ¿Ha descansado? Pero niña, ¿cómo no ha esperado a que viniera a ayudarla para vestirse? —preguntó con un tono de reprobación.

—Sí, gracias Nora, pero ya ve, he podido yo sola. ¿Lord Adair se encuentra en su estudio?

—No señorita, se fue esta mañana temprano. Yo no lo he visto, me lo ha dicho Alex, quiero decir, el señor Tilman —me contestó sonrojándose. Qué interesante... Nora y Alexander—. Pero señorita, no lleva miriñaque... Tendría que haberme llamado...

—Oh, no tiene importancia, Nora. ¿Se ha ido? ¿A dónde? —pregunté decepcionada.

—A su casa en Escocia.

—Escocia... —dije reflexiva—. ¿Cuándo volverá?

—No sabría decirle señorita, suele quedarse bastante tiempo. Va muy poco, por eso cuando está allí se le olvida que existimos —dijo riéndose divertida.

Se había ido sin decirme nada, claro que nada lo obligaba a comunicarme

sus planes, sin embargo... ¿qué le costaba hablar conmigo? Después de todo, no éramos unos desconocidos y al margen de la relación que manteníamos, también existía una amistad sincera, o al menos, eso pensaba yo... ¿Me estaría equivocando del todo?

No sólo me sentía desconcertada por su abandono —otra vez—, sino que el alejarse de ese modo, como un fugitivo, hacía que me sintiera enfadada, más que eso... ¿Esa lady King habría sido el motivo de su partida? ¿Se habría ido con ella? ¡Por todos los santos! Si ese bicho había sido el motivo de su viaje, esperaba que no lo disfrutara de ninguna manera, que convirtiera sus días en un infierno... Se lo tendría merecido por estúpido. ¡Maldita sea! ¿Qué estaba diciendo? Hice lo posible por calmar la ira que alimentaba la hoguera de mi interior. ¿Qué sabía yo de sus motivos? “Se razonable, Katerina, para la máquina, relájate; ya sabes que los celos son malos consejeros”, me reñí.

—Venga por aquí señorita Katerina, el desayuno la espera.

—Yo... Ahora no me apetece nada... —Había perdido por completo el apetito.

—Vamos, vamos, niña, así está tan flaca, si es que no come nada; un té y los pastelitos de la señora Crawford la animarán. El señor volverá pronto, estoy segura, quédese tranquila, señorita —me dijo con ternura.

Y allí estaba en el gran comedor, sola. Con dificultad, me obligué a comer un poco de todo: salchichas, huevos y unos panecillos con mermelada de arándanos. En condiciones emocionales distintas, me habría unido al servicio en la cocina, pero me sentía tan triste... Sólo deseaba mi propia compañía, nada más.

Después me fui a la biblioteca y cogí un libro. *Un cuento de Navidad* de Dickens; siempre me había gustado esa historia y hacía que me sintiera bien, era mi medicina cuando mi ánimo andaba cansado; salí al jardín con el libro entre mis manos y, después de dar un paseo disfrutando del sol, me senté en un banco para leer, sin embargo una frase se repetía en mi mente sin cesar: “Se ha ido, se ha ido...”, y eso me estaba hundiendo. Sin embargo, no tenía sentido, después de todo, tarde o temprano volvería; yo vivía en su mansión y no se iba a quedar en Escocia para siempre, lo vería dentro de unos días, así que no era para tanto; volví a repetirme una vez más que mi bienestar no podía depender de él ni de nadie, yo era una mujer inteligente, independiente, tenía que encontrar la forma de salir de eso. Me consolé pensando que había reaccionado así por haber sido una noticia inesperada y, que conforme fuese

avanzando el día, se me pasaría. No quería pensar en que no sólo me dolía su ausencia, sino también el hecho de que no me hubiese despertado para darme los buenos días —con un beso— y decirme que se iba; si al final el señor Owen conseguía devolverme a mi tiempo, allí tendría que aprender a vivir sola como había hecho siempre y viviría bien y satisfecha con mi vida, igual que antes, ¿verdad? Sí, podría hacerlo. Tendría que poder. Era necesario.

Sí, sería necesario, sin embargo, no estaba tan segura de conseguirlo.

¡Demonios! ¿Cómo podría hacerlo?

Él era el hombre que siempre había soñado, el amor que siempre había buscado.

Él era ese amor que sólo se encuentra una vez en la vida.

Que sólo se vive una vez en la vida.

¿Sería capaz de estar sin él hasta mi último aliento?

¡Dios mío! Sólo podría sobrevivir. Estaba jodida.

Sentí cómo mis pensamientos me estaban llevando a la histeria, de modo que me obligué a reprogramar mi disco duro, como solía decir Kala, e hice lo posible por recordar los momentos extraordinarios que había compartido con él e imaginar todos los que aún me quedaban por delante. Todavía no me había ido y la entrevista entre Gabriel y el señor Owen no había sido demasiado esclarecedora. Así pues, me llené de optimismo y empecé a hacer planes.

Tenía pendiente mi trabajo en Iomar's School con la señorita Whatson, además de la “reunión de mujeres” con Lisa, Miranda y Lalima, nuestro Club de las Descaradas. Sonreí. Ya había superado el miedo a salir, aunque todavía no lo había hecho sola y no sabía cómo iba a reaccionar, pero estaba segura de que podría hacerlo sin problema. Incluso pensé que, el hecho de que Gabriel no estuviera, me permitiría una libertad de movimientos que había echado mucho de menos, es más, en esos momentos agradecí que se hubiera ido —casi—; su viaje inesperado me haría más independiente en ese nuevo mundo. Empezaría a caminar sola por 1851 como siempre había deseado. Si llegaba el caso en que tuviera que quedarme allí para siempre, esa era la mejor ocasión para iniciar mi andadura en solitario.

Sí, empecé a sentirme de lo más optimista.

Repasé mis actividades cotidianas... ¡Uf! Tenía un montón de cosas que hacer: mis clases de equitación, mi diario, la jardinería, la lectura y todas esas salidas que ya me había programado. Sin olvidar mis ejercicios de yoga y mis visualizaciones. No me quedaría tiempo para echarlo de menos.

Bueno..., tal vez un poco...

Los nubarrones negros que se acercaban me obligaron a abandonar el jardín y justo cuando entraba en la casa, el señor Tilman me interceptó.

—Señorita Sinclair, tres caballeros desean verla —me informó con su habitual seriedad.

—¿Tres caballeros? ¿Está seguro de que es a mí a quién quieren ver? ¿Les ha dicho que lord Adair está ausente? —pregunté sorprendida.

—Sí, señorita, y han insistido en que quieren verla. Los he hecho pasar al despacho del señor.

—Gracias, señor Tilman.

Con curiosidad y expectación, me dirigí hacia el santuario de Gabriel donde lord Lowry, lord Shuttleworth y el señor Kothehal me esperaban.

—Señorita Sinclair. —Los tres me saludaron con la cortesía que se esperaba, besando mi mano con discreción, haciendo una leve reverencia. Yo no salía de mi estupor.

—Caballeros... El señor Tilman les habrá informado de que lord Adair se ha ido de viaje.

—Sí, pero es con usted con quien queremos hablar —respondió lord Lowry.

—¿Sucede algo? ¿Sus esposas están bien? ¿Se trata de Gabriel? —pregunté atropelladamente, preocupada.

—No tiene por qué inquietarse, señorita Sinclair, todo está bien. En realidad veníamos a darle una buena noticia —explicó Edmund.

—Sí —confirmó Patrick—. Se trata del nuevo orfanato y la recaudación de fondos.

—Su plan está siendo muy productivo, señorita Sinclair. Los folletos informativos con el número de cuenta bancaria han sido repartidos en su mayoría y varios ciudadanos han hecho algunos ingresos —dijo el señor Kothehal.

—Somos muy optimistas al respecto —aclaró Patrick—, si bien es cierto que aún no es suficiente, pero, en vista de los resultados, hemos ampliado las zonas de reparto y esperamos que eso ayude a la recaudación, también hemos encargado la realización de más folletos en la imprenta.

—Hemos traído los documentos del banco para que Gabriel los vea, pero como no está, hemos pensado que usted tenía tanto derecho como todos nosotros a estar al tanto de la evolución de su idea.

Atónita, no sabía qué decir. Aquellos hombres no habían tenido reparos

en hacerme partícipe de su empresa, como si fuera una más del grupo y eso casi me llevó al borde de las lágrimas. Por fortuna, pude contenerme y hablarles con normalidad tras tragarme el nudo que se me había formado en la garganta.

—Se lo agradezco más de lo que puedo expresar, señores —dije emocionada—. Me alegro mucho de que esté dando tan buen resultado y el hecho de ampliar el territorio de reparto ayudará mucho al proyecto. ¿Se han empezado ya los trabajos de reconstrucción?

—Aún no —respondió lord Shuttleworth—, pero el arquitecto nos ha entregado un primer informe bastante esperanzador. La estructura del edificio está muy bien conservada y eso rebajará los costes.

—¡Es fantástico! —exclamé feliz—. Estoy convencida de que saldrá adelante y que dentro de poco, los chicos contarán con un nuevo orfanato. Debo decir que tienen mi más sincera admiración —concluí.

—Es lo mínimo que podemos hacer —explicó lord Lowry—. Hemos sido muy afortunados viviendo entre tantos privilegios, no cuesta nada compartir lo que tenemos para que otros puedan vivir, simplemente eso, vivir.

—Que no es poco —apostilló el señor Kothehal.

—Aun así, les admiro por ello —recalqué.

—Bien, si nos disculpa señorita Sinclair, todavía nos quedan asuntos pendientes —se excusó Edmund.

—Por supuesto.

—Señorita Sinclair, mi esposa la espera la próxima semana —dijo Esha—. Me ha dado esta nota para usted —concluyó con su habitual seriedad, aunque ya lo veía más... humano.

Cuando todos se fueron, yo aún tenía dificultades para asimilar lo que había ocurrido. En el siglo XXI ese comportamiento no tenía nada de extraño, pero en el XIX sí, o eso me parecía a mí, después de todo, las mujeres estaban lejos de conseguir la igualdad de derechos de la que gozábamos en mi tiempo y en muchos países. Esos hombres eran diferentes y extraordinarios, como mi Gabriel, y estaba convencida de que sus esposas también lo eran, como bien pude comprobar al leer la nota que Lisa había enviado para mí. No me quedó más remedio que reírme. A Lisa sólo le faltaba llamarse Stephanie y ser un poco más alta.

En los días sucesivos avancé bastante en mi relación con *Tortuga*. Alfred

y su padre hicieron gala de una paciencia admirable y, aunque se reían a menudo de mi miedo y actitud infantiles, acabó siendo una experiencia muy divertida que me llevó a conseguir llevar al paso a la yegua, con lo que ya podía dar paseos cortos, sin embargo, no me atrevía a salir sola —ni estaba preparada para ello—, y siempre contaba con la compañía de Alfred. Ese tiempo con la pequeña familia White me acercó más a ellos llegando a tomarles un sincero afecto.

En uno de esos paseos a caballo junto a Alfred, descubrí el cenador del que me había hablado Gabriel. Era una hermosa glorieta de color blanco, situada sobre una pequeña plataforma. Ocho columnas sujetaban el tejado, y una balaustrada decorada con una muy elaborada filigrana, rodeaba cuatro columnas de un lado y de otro dejando en medio una puerta enfrente de la otra. En ese momento, ambas estaban cerradas así como las ventanas. Me pareció un lugar encantador, uno de esos que dan paz y serenidad, y tomé nota mentalmente de su localización —muy próximo al “Espejo de los lirios”— para poder ir dando un paseo y quedarme a leer o, simplemente, a disfrutar de no hacer nada. Siempre lo decía y nunca me cansaba: ese jardín era una exquisitez del paisajismo, pensado para disfrutar, estar en contacto con la naturaleza y recrearse en las maravillas que ésta nos ofrecía.

Cabargar a la yegua me resultó mucho más fácil que convencer a Alfred para que me llevara a la escuela Iomar, una decisión que no gustó a nadie en la casa, ya que “el señor no está y no puede salir sola”, me decía Nora o la señora Crawford y el propio cochero, pero los hados me guiaron y después de explicar mil veces que no iría sola y que Alfred siempre me estaría acompañando, logré que todos lo aceptaran —a regañadientes—, no sin antes amenazar, con cierta sutileza —o quizás no tanta—, con que me iría andando si fuera necesario.

Así pues, allí me encontraba con la señorita Whatson rodeada de niñas muy pequeñas que no paraban de llamar la atención de una y de otra. El trabajo de Minerva me pareció extraordinario, no sólo mantenía el orden, sino que a través de juegos y actividades, les enseñaba canciones, a deletrear sus nombres y las más avanzadas incluso eran capaces de escribirlo. Había conseguido implicarlas en la decoración de la clase con dibujos y adornos que ellas mismas habían hecho, pero sobre todo, aquella era su casa y poco a poco las niñas se integraban y veían el entorno como un hogar. Su hogar. Me encantó trabajar con todas ellas, y aunque todo me resultaba extraño y diferente a lo que yo conocía, me sentía feliz y satisfecha de poder colaborar,

sobre todo cuando la maestra agradeció mi ayuda y me explicó que había trabajado mucho mejor teniéndome en su clase. Así que, durante la ausencia de Gabriel, iba bastante a menudo a la escuela. Sólo esperaba que, a su vuelta, no se pusiera terco y se le ocurriera prohibírmelo, además, de poco le iba a servir, a no ser que deseara pillar un berrinche; todavía no había nacido el hombre ni en el siglo XIX ni en el XXI al que yo le permitiera prohibirme algo así porque así. Para mí ya era un trabajo serio e importante con el que me sentía comprometida y que también me demostró, para mi absoluto regocijo, que había perdido el miedo que aquella terrible y desafortunada experiencia había instalado en mí. Tenía que confesar que, a pesar de todo, aún me afectaban bastante los ruidos demasiado estridentes, sobre todo cuando oía a alguien gritar, sin embargo, en esos casos y con las manos puestas en el corazón, me repetía una y otra vez que todo estaba bien y que nada podía ocurrir. Entonces se me ocurrió que alguien podría enseñarme a defenderme con los puños. ¿Alfred tal vez? Nada mejor que preguntar. Apenas recordaba su intervención y la de Gabriel aquel día, pero sí sabía que ambos habían golpeado a esos indeseables cerdos ebrios y asquerosos, y si él podía decirme cómo atizar un buen golpe, me quedaría más que satisfecha y bastante más tranquila y segura de mí misma a la hora de andar por esas calles londinenses tan ajenas a mí.

La cara de espanto que puso el joven me hizo reír y por supuesto se negó y se negó.

—Señorita Katerina, no puedo hacer eso, podría hacerle daño o hacérselo usted misma, sin contar con que el señor me mataría —me contestó cuando se lo planteé.

—Alfred —le dije armándome de paciencia—, ¿y si me vuelven a atacar y tú no estás o lord Adair? Tengo que aprender, al menos lo suficiente como para salir corriendo y alejarme del peligro.

—Lo siento señorita, pero aprecio mucho, no sólo mi trabajo, sino también mi vida, y mi padre también. —Dándose la vuelta me dejó plantada en los establos después de nuestro, ya habitual, paseo a caballo.

¡Mierda! ¿Cómo hacer para convencerlo?

Una semana en la granja, trabajando con los animales, perdiéndose en los bosques, alternando con viejos amigos, cayendo borracho en la cama casi cada noche, no le habían ayudado en absoluto a olvidarse de Katerina, todo lo

contrario; día tras día su recuerdo se afianzaba más y más, su voz, su tacto, su piel bajo sus manos, el sabor de sus labios, su espontaneidad, su sencillez, su risa, su amor lo invadían sin que él pudiera hacer nada para impedirlo.

Sólo pretendía no pensar, dejarse llevar por el trabajo hasta el agotamiento, mantener su cerebro atontado el mayor tiempo posible para no darle la posibilidad de consumirlo en la necesidad..., y casi lo conseguía.

Durante el día, el trabajo junto al señor McTeer lo ayudaba a mantenerse ocupado, sin apenas tiempo para pensar, pero por la noche...

Por la noche se desataba el infierno y, en contra de su costumbre, se encerraba en su habitación con una botella de whisky o se iba a las tabernas del pueblo, sin mencionar el hecho de que su madre lo estaba volviendo loco preguntándole sin cesar qué le pasaba, hasta que un día...

—Gabriel, hijo, resuélvelo ya —dijo decidida—. No puedes seguir así, toma una decisión —concluyó resuelta, como si supiera algo. Intuyendo algo.

—¿Qué quieres decir? Todo está como tiene que estar —respondió categórico, sin ánimo, intentando aparentar una seguridad en sí mismo que, en ese momento, no sentía.

—Mi hijo cree que soy idiota —replicó con ironía—. Te has enamorado, ¿verdad? ¿Cuál es el problema?

—Nada, madre, te inventas cosas..., y no pienso que seas idiota —contestó molesto.

—Está bien, no me lo digas si no quieres, pero sé lo que veo, y tengo ante mí a un hombre que lucha contra sus sentimientos, la pregunta que me hago es... ¿por qué? —Y se fue dejándolo solo en el salón.

Ahí estaba la cuestión: ¿por qué?

¡Maldita sea! La amaba con todo su ser como jamás pensó que se podría llegar a querer a una mujer.

Era un maldito cobarde.

¿Y todo por esa fulana de Cordelia?

Ya era hora de trabajar menos, de beber menos y... de pensar más.

Me levanté muy decidida y resuelta a convencer a Alfred para que me enseñara algunos golpes certeros en caso de necesidad.

Después de desayunar en la cocina y preparada —aparentemente— para otra clase con *Tortuga*, me dispuse a esperar a Alfred armada con mi traje de pantalón y unas buenas botas.

—Buenos días, señorita Katerina, ¿preparada para un paseo? —preguntó

Alfred con su habitual amabilidad.

—Por supuesto, Alfred —respondí con la más radiante de mis sonrisas.

Alfred me miró un poco extrañado, incluso pude ver un cierto recelo en sus ojos. ¡Joder! ¿Cuándo dejaría de ser tan transparente? ¿Aprendería alguna vez el arte del disimulo como me había sugerido Stephanie en numerosas ocasiones? Seguro que estaba sospechando algo, y no andaba desencaminado.

Justo cuando se disponía a atar la silla de montar, me dio el blanco perfecto y le di una patada en el culo.

—¡Señorita Sinclair! —exclamó horrorizado, mientras se masajeaba las nalgas haciendo un mohín—. ¿Es que se ha vuelto loca? —Acto seguido enrojeció de vergüenza—. Lo siento, no quería decir eso.

¡Zas! Otro golpe que iba directo a su cabeza y que paró, por poco ante la sorpresa, con el brazo.

—Pero ¿qué pretende? —Veía cómo se iba poniendo furioso.

Y otro ¡zas! Y otro más...

—Señorita Sinclair, ¡ya basta! —gritó.

—¡No! No hasta que me enseñes a hacer eso —respondí levantando una pierna para atizarle otro golpe que desvió con facilidad—. ¿Lo ves? Quiero aprender, Alfred... enseñame, por favor —le pedí quedándome quieta—, o seguiré dándote patadas y puñetazos. —Le sonreí mientras dirigía un puño cerrado a su joven rostro.

—No puedo, señorita —insistía mientras desviaba con una habilidad extraordinaria mis torpes intentos de pegarle—. El señor me mataría.

—Será nuestro secreto, Alfred, te lo prometo, no le diré nada de nada —contesté parada ante él con los puños en alto—. ¿Tú se lo dirás? Además, lord Adair no está aquí, ¿verdad? Por favor... —Lo miré intentando imitar los ojitos de *El gato con botas*^[13].

—Se acabará enterando y me matará —susurró frustrado, pasando una mano por su pelo.

—Yo te protegeré, no te preocupes —le dije con determinación—. ¿Tenemos un pacto, Alfred? —pregunté esperanzada.

—Me protegerá... —contestó irónico—. Está bien, le enseñaré —aceptó al fin tras unos minutos de silencio.

—¡Oh! ¡Gracias, Alfred! —exclamé feliz—. No te arrepentirás.

—Sospecho que sí lo haré... —masculló por lo bajo.

Así fue cómo, después de las clases de equitación, nos alejábamos de la casa e íbamos a un claro que habíamos encontrado en el bosque,

considerándolo lo bastante distante, solitario y discreto como para que Alfred me enseñara sin que nadie supiera nada.

Gracias a ese joven, me fui sintiendo más segura, más fuerte y protegida. Ya sabía cómo dar un buen golpe en la nuez o cómo evitar que alguien me agarrara. Claro que nunca sería La Viuda Negra^[14], pero sí podría defenderme y ponerle las cosas más difíciles a quién quisiera hacerme daño. Me sentía feliz, emocionada y agradecida.

El día de la reunión del “Club de las Descaradas” llegó, y Lisa envió un carruaje a recogerme para ir a su casa. Una vez allí, quedé maravillada por la belleza de la residencia, de la decoración que combinaba a la perfección las dos culturas que representaban a sus moradores, pero sobre todo, me encantó el color de los diseños, del papel pintado; los dorados y los colores básicos se daban la mano en perfecta armonía.

El salón de día, donde la joven solía atender sus compromisos sociales, era amplio y luminoso, aunque justo ese día se había levantado nublado y lluvioso. Ya septiembre había entrado en acción trayendo más lluvias y el aire fresco que precedía al invierno.

La chimenea caldeaba la estancia y el azul y dorado del papel pintado daban calidez y serenidad. Estaba con mis amigas, pues así era como las consideraba tras su cariñosa acogida, lo que me hizo volver a mi tiempo y sentir el vacío por la ausencia de mis amigos, sin embargo, viendo sus rostros alegres y participando de las conversaciones frescas, distendidas y alegres, el vacío se me fue llenando. Era consciente de que nunca estaría lleno por completo, pero aquellas mujeres, con su amabilidad y su sincero aprecio, hacían que me olvidara de esos sentimientos que entristecían mi corazón.

Tal como había imaginado, la tarde fue sencillamente perfecta, pero lo más divertido de todo fue saber que sus maridos se mantenían en la biblioteca del señor Kothehal. Las “casuales” visitas que hacía uno u otro con cualquier pretexto nos hacía llorar de risa; era evidente que la curiosidad se los comía. Para ser sincera, fue una de las mejores tardes que había pasado desde que llegara a ese nuevo mundo que ya no me era tan extraño.

Nuestras conversaciones pasaron por varios temas de todo tipo hasta llegar al protagonista que fue, sin duda, el sexo. Con mayor o menor timidez, dependiendo del carácter de cada una, las confidencias fueron surgiendo de forma espontánea, siempre con respeto y mucha mucha picardía. Aquella complicidad que se estaba forjando entre nosotras les llevó a declarar el

miércoles como día oficial e inamovible para nuestras reuniones, decidiendo que cada semana se haría en una casa distinta. Llegados a ese punto, me quedé un poco fuera del tema; después de todo, yo no podía decidir nada ni aportar nada al respecto, puesto que yo no tenía casa, sólo era una invitada en casa de un noble, por eso agradecí en el alma que ninguna de ellas insistiera en la posibilidad de hacerlas en casa de Gabriel. Quise pensar que, en algún momento, Lisa —que era la más decidida— hablaría con él e impondría la mansión Bladnoch para nuestras reuniones. “Ojalá fuera así”, pensé. No tenía muy claro el porqué, pero algo me decía en mi interior que se debía al hecho de sentir que aquella era mi casa..., aunque no lo fuera.

—Me siento feliz de que por fin lo hayamos hecho —dijo Lisa—, y mucho más de que lo vayamos a repetir con regularidad —concluyó con una espléndida sonrisa.

—Sí, no sé por qué no lo hemos hecho nunca —preguntó Lalima.

—Nos faltaba Katerina —dijo Miranda con serenidad mirándome y sonriendo—. Por cierto, ¿no es algo maravilloso la buena acogida que ha tenido su idea para el orfanato?

—Katerina, ha sido un método perfecto e innovador, muy propio de estos tiempos que vivimos, aunque sigue sin ser suficiente. ¿Qué más podríamos hacer? —preguntó Miranda.

—Tal vez si se organizara una fiesta para recaudar fondos... Se enviarían invitaciones a todos sus conocidos explicando el motivo, y por un precio previamente establecido o bien la voluntad, o ambas cosas, dependiendo de lo que se decida, podrían asistir al baile —propuse con seriedad—. Habría que hacer una pequeña inversión; no sé cuánto podría costar, sin embargo, sería necesaria para preparar el buffet, contratar a la orquesta, alquilar algún local apropiado para ello, pero creo que el esfuerzo merecería la pena y se podrían recaudar bastante dinero.

El silencio tomó forma en el salón, haciéndome pensar que había metido la pata. Después de una tarde perfecta, lo había estropeado todo con una idea en apariencia buena, pero que, por algún motivo, no era bien recibida.

—¡Es fantástica, Katerina! —exclamó Lisa pocos minutos después—. Es más, la envidio. ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí? —dijo con diversión.

—O a mí —rio Miranda—. No hará falta alquilar nada, la podemos hacer en casa; lo hablaré con Edmund.

—¿Y por qué no aprovechamos que nuestros maridos están aquí, deseosos de nuestra compañía, para que Katerina les exponga su idea? Estoy

segura de que les gustará tanto como a nosotras —dijo Lalima, la voz de la razón.

—Les llamaré ahora mismo —añadió Lisa levantándose para tocar la campanilla y dar instrucciones a la doncella que apareció enseguida.

Complacida por la buena disposición de mis amigas, expuse la idea ante los caballeros y como bien había dicho Lalima, les pareció una buena forma de llenar las arcas para el nuevo orfanato, aunque decidieron esperar a que Gabriel volviera para tomar una decisión conjunta, lo cual me gustó mucho y demostraba la franca amistad que les unía.

Sus esposos pensaron que la reunión del Club de las Descaradas se había terminado y que tenían permiso para quedarse con nosotras, sin embargo, Lisa, con su sabiduría y espontaneidad innatas, supo deshacerse de ellos sin ninguna formalidad, lo que nos llevó a reírnos hasta las lágrimas una vez más.

La visita duró un poco más y aproveché la ocasión para pedir un dibujo de Gabriel. Así fue como me enteré de que Lisa era fantástica con el harpa, Lalima era un genio del bordado y Miranda era la pintora del grupo, de hecho tenía un estudio en su propia casa y la mayoría de los cuadros que decoraban su hogar era de su autoría.

Mi petición les asombró, sobre todo cuando insistí en que tenía que ser un secreto entre nosotras y que lord Adair no debía enterarse. ¿Cómo decirles el verdadero motivo de mi deseo? ¿Cómo decirles que deseaba llevármelo a mi siglo? Llevarme su rostro... Así que me lo inventé. Les dije que quería hacerle un regalo para agradecerle su hospitalidad y que había pensado en un retrato a lápiz de él con la esperanza de que le gustara, ya que no había visto ninguno en su mansión. Miranda estuvo encantada y las demás también, sobre todo, porque ese secretismo con respecto a mi petición era un pilar más que nos unía en esa incipiente amistad. Incluso planeó la forma de que él posara sin levantar sospechas: le diría que tenía que practicar, ya que los retratos no eran su especialidad y que, como amigo, tenía que ayudarla a mejorar.

De camino a casa, se me ocurrió una solución tan sencilla que me faltó darme una colleja a mí misma por no haberla tenido en cuenta antes. Aún tenía mi móvil y, con suerte, quizás todavía le quedaría batería suficiente para hacerle una foto con la excusa de mostrarle cómo funcionaba. Sí, esa sería una buena forma de llevármelo a casa cuando llegara el momento de partir. Siempre estaría conmigo, y si no podía irme, tendría su imagen igualmente

estuviera donde estuviera, pues tarde o temprano llegaría el momento de vivir en otro lugar.

Sí, ese momento llegaría tarde o temprano, y él nunca dejaría de estar conmigo.

Tarde o temprano...

No quería pensar en eso.

No podía.

Tuvo tiempo suficiente para reflexionar.

En realidad, no necesitó demasiado, sólo lo justo para comparar a Katerina con Cordelia.

¿Cómo había podido ser tan estúpido como para dejar que el recuerdo que le había dejado esa endemoniada mujer nublara los sinceros sentimientos que tenía hacia Katerina?

¿Cómo se había permitido dudar de la franqueza que Katerina le mostraba en todo momento? ¿De sus ojos llenos de amor? ¿De la hermosa y auténtica sonrisa que le nacía cuando lo veía?

“Estúpido, mil veces estúpido”, se recriminó.

De pronto, el sol se levantaba despejando el cielo sombrío, dejando en su lugar la mirada de amor de la joven que le había robado el alma.

Y ya no tuvo miedo, sólo un deseo insaciable de vivir el amor que sentía desde lo más profundo de sus entrañas. Katerina era su mujer. La única mujer a la que había amado alguna vez, la única a la que amaba, la única a la que amaría toda su vida.

La única.

De modo que se hizo la firme promesa de hacer lo posible por recuperar el tiempo perdido y vivir, a partir de ese momento, con el corazón entregado de lleno a su mujer.

Ella sería su condesa.

Sin embargo, todo dependía de August y de los resultados de su investigación. Se mantendría alerta a los deseos de Katerina y, llegado el momento, le pediría que fuera su esposa. Rezaría para que Dios le permitiera compartir su vida con ella hasta su último aliento, para que ella decidiera quedarse con él en lugar de partir, para que ella llegara a amarlo con la misma intensidad con la que él la amaba.

La decisión estaba tomada. Se enfrentaría a la vida y a sus sentimientos con valentía y coraje. “Sólo se ama una vez”, se dijo.

No seguiría perdiendo el tiempo.
Animado y decidido, lo preparó todo para volver a casa.
Volver a casa junto a su Katerina.

¡Cuánto lo echaba de menos! Por más que ocupara mis horas en mil actividades, Gabriel siempre estaba en mi pensamiento en todo momento.

Por la noche era todavía peor.

Necesitaba sentir su aliento contra mi cabello, contra mi piel. Su abrazo, su calor. Sus caricias, sus besos.

Necesitaba acurrucarme entre sus brazos hasta quedarme dormida. Incluso empecé a tener problemas para conciliar el sueño, lo que me trajo unas “preciosas” ojeras que preocuparon mucho a Nora, temiendo que pudiera enfermar.

¿Cuándo volvería?

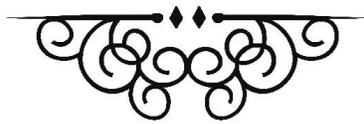
“Gabriel, amor mío, vuelve ya”, me decía en silencio.

Los días transcurrían activos. Me acercaba de vez en cuando a casa de la familia Grant para interesarme por los progresos de David. Casi había transcurrido un mes y el doctor Rook estaba muy satisfecho con la recuperación del accidentado, el señor Grant no había perdido sensibilidad en las extremidades, así que una vez que le quitara las tablillas, se podría empezar con la rehabilitación.

Poco a poco, me iba sintiendo parte de lo que me rodeaba, integrada en esa nueva vida que ya consideraba como mía. ¿Quién podría decir que había vivido dos vidas en dos mundos distintos? Aunque, lo que más me llenaba de satisfacción y alegría era el hecho de que sabía a ciencia cierta que podría pasar el resto de mi vida con Gabriel, con mis nuevos amigos, implicada en los distintos proyectos a los que ya había aportado mi humilde granito de arena. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Si al principio me parecía un horror esa vida tan ajena, tan arcaica, sin carreteras, sin coches, sin internet, sin teléfono, donde la mujer era un adorno —o casi— y, a pesar de que algunas ya habían dejado su huella en la historia, la sociedad machista las seguía considerando inferiores e inútiles, por no hablar de las diferencias sociales, sin embargo, el haber conocido a Gabriel y a sus amigos que hacían lo posible por crear un mundo mejor, me había colmado de esperanza, me había dado un objetivo, algo por lo que luchar en una sociedad tan desigual.

Y ese viaje tan inesperado me había dado al único y sincero amor de mi vida.

CAPÍTULO 18



“¡Dios mío, te lo suplico... que vuelva ya!”.

Así fue cómo empecé el decimo quinto día de su ausencia. Nada más abrir los ojos, sentí el peso de todos esos días sin él.

Dos semanas.

Uno, dos, tres, cuatro... quince días.

Si no volvía pronto, me subiría a lomos de *Tortuga* y atravesaría el mundo en su busca.

Nora me sorprendió aún en la cama con la cabeza tapada con las sábanas. No quería levantarme, no hasta que él volviera. Quería dormir hasta que él me despertara con su abrazo, con sus besos, pero mi madre adoptiva llegó con otro cargamento de cajas, seguida de Jane que llevaba en sus brazos unas cuantas más.

—Más vestidos de parte de madame Lafleur, señorita Katerina —dijo Nora alegre y espontánea.

—¿Más? Pero si ya no caben en el armario, Nora —repliqué enfurruñada. No quería más vestidos, no quería nada... sólo a Gabriel.

—Vamos, niña, levántese. ¿No quiere verlos? —preguntó depositándolos a los pies de la cama—. Jane, coloca esas cajas junto al balcón. Gracias muchacha.

—Señora Hayes —dijo Jane sonriendo dejándonos solas.

Así fue como mi habitación se convirtió en el mayor vestidor que había visto en mi vida. Había tantos vestidos que no pude ni contarlos. Marguerite había confeccionado algunos para los primeros fríos del otoño en colores más oscuros, los colores de la tierra, de la naturaleza cambiante propia de la estación y, por supuesto, como no podía ser de otra manera, cada uno de ellos venía acompañado de los complementos que requerían, además de una capa marrón de lana y otra de terciopelo negro.

Cuando Nora insistió en que me los probara todos, me negué en rotundo. Eso me habría ocupado toda la mañana y tenía que ir a la clase de la señorita

Whatson.

Después de “pelear” con las niñas, volví a casa para dar mi paseo diario con *Tortuga* y poder alejarnos, Alfred y yo, de las miradas indiscretas, para poder continuar con las clases de defensa personal. Mataba dos pájaros de un tiro; por un lado, continuaba mis prácticas con la yegua y por otro, con la lucha.

Sin embargo, ese día me sentía extrañamente cansada. Me había mantenido ocupada, como siempre, pero no era motivo suficiente para sentirme de ese modo, tal vez fuera que no descansaba lo suficiente por la noche, eso siempre pasaba factura: un mal descanso, un mal día. Así pues, después del almuerzo me recosté un rato y estuve durmiendo casi toda la tarde, hasta que Nora me despertó preocupada, pensando que no me sentía bien.

—Sólo estoy cansada, Nora, no tiene que preocuparse tanto —le dije todavía somnolienta.

—Claro que está cansada, se pasa el día yendo de un lado para otro, cualquiera acabaría agotado. —La madre adoptiva había vuelto—. Pero ya es casi la hora de la cena, nunca había dormido tanto y estaba muy inquieta por usted, señorita —replicó con un deje de tristeza.

—Nora, siempre me he preguntado por qué está siempre tan preocupada por mí, siempre pendiente de mis movimientos. —Un bostezo interrumpió mi discurso—. Lo siento —me disculpé colocando la mano por delante de la boca—. Entiendo que forma parte de su trabajo atenderme, pero...

—Tuve una hija, señorita Katerina. Era frágil y delicada, siempre enfermando, hasta que Dios se la llevó —contestó limpiándose las lágrimas de los ojos—. Usted me recuerda mucho a ella en algunas cosas, sólo tenía quince años, mi preciosa niña...

—Oh, Nora, lo siento tanto —dije abrazándola—, pero no tema por mí, no me ocurrirá nada.

—Siempre tuve la impresión de que no la había cuidado como debía.

—¿Cómo se le ocurre pensar eso, Nora? Usted es una madre ejemplar, y desde que la conocí la he considerado mi madre adoptiva; usted me ha dado el cariño y el consuelo que mi madre me habría dado. Estoy segura de que atendió a su hija del mismo modo. La vida es misteriosa, mi querida Nora. Tal parece que Dios tiene un plan que nosotros no conocemos y, a veces, nos envía a un ángel que se lleva pronto, demasiado pronto, sin embargo y, a pesar del sufrimiento de la ausencia, siempre he pensado que era mejor

haberlos tenido en nuestra vida que no haberlos conocido jamás.

—Ay, señorita Katerina, niña... —Se derrumbó en mis brazos.

—Recuerde los hermosos momentos que vivió con ella, Nora; recuerde el amor que recibió, la felicidad de tenerla en su vida, recuérdela con alegría.

Así, abrazadas, nos mantuvimos un buen rato en silencio, hasta que se fue calmando y recuperando el buen ánimo que la caracterizaba, a pesar de que una sombra de tristeza se había instalado en sus ojos.

—¿Qué ha preparado la señora Crawford para la cena? —pregunté cambiando de tema.

—Una sopa, pescado con verduras y su famoso pudding de naranja —respondió más animada.

—Bien, pues no la hagamos esperar. —Tomándola del brazo nos dirigimos a la cocina.

—Gracias, señorita Katerina —dijo parándose en medio de las escaleras mirándome con cariño—. Gracias con todo mi corazón, es usted una bendición para todos. —Dicho esto, cogió mis manos y las besó con adoración.

—Gracia a usted, Nora, que me ha colmado de un cariño sincero desde el momento en que llegué —respondí con una sonrisa.

Después de la cena familiar con todos los miembros del servicio, me retiré. No me lo podía creer, pero tenía sueño. Después de pasar la tarde durmiendo, ni siquiera pude leer, simplemente me aseeé, me metí en la cama y me quedé dormida. No podía recordar si me había dado tiempo a taparme con la sábana y la colcha.

Ni me dio tiempo de pensar en Gabriel.

Llegó de madrugada. Había atravesado Inglaterra en un tiempo récord; su caballo, tan cansado como él, agradeció el cobijo del hogar, y él sólo pensaba en meterse en la cama y quedarse inconsciente hasta el día siguiente.

Ya en su habitación, tomó una ducha y cuando se disponía a acostarse se le ocurrió echarle un vistazo a la dulce y tierna mujer que dormía en la habitación de al lado.

Craso error.

La luz que irradiaba de su dormitorio le dio una visión onírica de un pequeño cuerpo bajo las mantas que se movía ligeramente impulsado por la respiración del sueño. No pudo evitar acercarse y dar más luz a la lámpara de

la mesita de noche recordando las noches que habían pasado juntos. Era extraordinario como un cuerpo como el suyo, suave y pequeño podía ser tan fuerte, tan deseable, tan sensual, y darle tanto placer.

Y amarlo de la forma en que lo hacía.

Estaba de espaldas a él tapada hasta arriba. No pudo controlar la tentación de descubrir su cuerpo y lo que halló lo dejó sin aliento. ¡La pequeña señorita Sinclair estaba durmiendo desnuda! Estaba perdido. Su eje se levantó poseído por una fiebre que necesitaba apagar; tuvo que echar mano de todas sus fuerzas para no darle la vuelta y meterse en su calor de una estocada. ¡Demonios! Eso sí que no se lo esperaba. Ni siquiera el cansancio apagaba su sed y su necesidad de ella.

Boca abajo, tenía las piernas ligeramente abiertas con una de ellas doblada, lo que le dio una clara visión de su sexo. Alargando sus manos, se dejó llevar por el deseo de tocarla y fue acariciándola ascendiendo desde sus pies hasta sus nalgas donde se recreó. Poniéndose de rodillas sobre la alfombra siguió su escrutinio pasando sus manos por su espalda hasta llegar al cuello, subiendo hasta hundir sus dedos en su cabello revuelto. Ella se removió inquieta y cambió la postura cerrando las piernas, mientras su respiración empezaba a dar muestras de su excitación. Él inició el camino contrario abriéndole las piernas y deteniéndose en su sexo que ya empezaba a estar húmedo, provocando un pequeño respingo en la muchacha. Aquella reacción le sacó una sonrisa de satisfacción uniendo su respiración a la suya que empezaba a estar más que alterada. Ella deshizo su postura de nuevo para colocarse de costado llevándose una mano a su entrepierna; ese movimiento tan erótico le provocó un gemido que lo levantó del suelo para recostarse detrás de ella, empezando a acariciar su cuello, su torso, besando su hombro, tomando sus pechos y estimulando sus pezones con los dedos. Ella empezaba a mover sus caderas de manera que su verga encajada a la perfección en la raja de su trasero; era masajeadas con lentitud y con variadas presiones. No sabía cómo podía contenerse para no penetrarla en aquel mismo instante. La idea de que no quería hacerle daño y de que su excitación y su placer alimentaban los suyos controló el ansia de poseerla que lo había dominado.

No fue hasta que le pellizcó sus rosadas puntas que ella se despertó sobresaltada intentando alejarse de él.

—¡Gabriel! —exclamó mirándolo con ojos somnolientos.

Él la calló con un beso ardiente y dominante, mientras empujaba su verga a lo largo de la hendidura entre sus nalgas y bajaba su mano hasta su

muslo para colocarlo sobre su cadera. Sin dejar de deslizarse detrás de ella, llevó su mano hasta su clítoris sacándolo de su escondite y lo masajeó en círculos sintiendo sus jadeos en su boca y su mano empuñando su pelo hasta que la llevó al éxtasis viendo el placer reflejado en su rostro, haciéndola aún más hermosa si eso era posible; sin darle tiempo a recuperarse, se hundió en ella sin poder resistir ni un segundo más sin tenerla rodeándolo. ¡Santo Jesús! Estaba en el cielo.

Cerrando los ojos y al ritmo de sus contracciones, empujó dentro de ella con desesperación, con envites duros; el olor de su sexo lo llevó a la locura y ya no hubo contención, sólo su cuerpo abrazándolo y colmándolo de un fuego que lo hacía arder. Con su mano todavía en su sexo volvió a golpear su perla que, hinchada y húmeda, lo llamaba yendo a su encuentro, adelante y atrás, hasta llevarla a otro clímax que lo estrujó hasta que vertió su semilla en su centro, mientras se perdía en su pelo gruñendo.

—Ya he vuelto —le dijo en un susurro, jadeando, besando su oreja.

—Bienvenido a casa, milord —contestó ella dándose la vuelta y acurrucándose contra su cuerpo.

Gabriel sintió el amor que tanto tiempo le llevaba palpitando en el pecho. Por fin se sentía en casa.

Y así, abrazados y saciados, se quedaron dormidos.

Cuando me desperté aún sentía la humedad entre mis piernas. Lo que pensé que había sido un sueño, se había convertido en una fantasía hecha realidad, una de tantas, y sabía que con él vería realizadas más de una como me había demostrado en varias ocasiones. Lamenté no tenerlo allí al despertarme, aunque su olor aún impregnaba la almohada, su gel de baño con olor a campo, a hierba fresca, me rodeaba encendiendo mi excitación. Mi clítoris pulsaba. Había tenido sexo hacía unas pocas horas y quería más; no tenía ni idea de que fuera tan insaciable. Llevé la mano a mi sexo, mientras con la otra estimulaba mis pezones llegando al clímax con la imagen de él penetrándome como lo había hecho durante la madrugada. Ese hombre me había echado a perder por completo para otros hombres, ninguno podría superarlo en la cama... ni en nada.

Me levanté sintiéndome feliz y con unas ganas enormes de verlo y abrazarlo, de darle los buenos días con un beso; me vestí poniéndome el traje de pantalón y me dirigí a su despacho.

—Tiene una visita señorita Katerina —me dijo Nora al bajar las escaleras—. Ahora no la puede atender. Venga y desayune.

—Gracias Nora —respondí impaciente.

Mientras desayunaba, me preguntaba quién podría ser. Tendría que esperar para verlo, así que me dispuse a salir al jardín cuando oí una voz femenina que venía de la biblioteca. Aquello sí que me intrigaba y, aunque no quería espiar, me acerqué para comprobar que la puerta no estaba cerrada del todo; una pequeña rendija dejaba salir las voces del interior.

—... tú decides, querido, la cárcel o el dinero —decía la mujer.

—Ni una cosa ni otra, pídeselo a tu amante, estoy seguro de que estará más que dispuesto —contestó, la ira emanando como un géiser.

—Eso no es posible, amor, mi lord es muy joven y aún no dispone de fortuna.

—No eres más que una víbora, no te daré nada en absoluto, quiero que abandones mi casa ahora mismo —respondió exaltado.

—No voy a permitir que me insultes, mataste a un hombre y pagarás por ello, a no ser que me des lo que te pido —dijo airada.

—La verdad no es un insulto y no voy a pagar nada. Es tu problema, no el mío. Y ahora vete.

—Oh, claro que es tu problema, querido, estoy segura de que esa muchachita con la que te dejas ver desde hace meses no se sentirá muy complacida cuando conozca ese episodio de tu pasado.

—No la metas en esto, ella no tiene nada que ver —gritó iracundo.

—Vaya, vaya... Te importa, ¿verdad? —Pude adivinar su sonrisa irónica—. Voy a hacerte un favor y a dejarte un tiempo para que lo pienses detenidamente. Tienes mucho que perder. No tardes en decidirte. Volverás a tener noticias mías.

—¡Fuera de mi casa! —El grito me asustó y me fui corriendo hacia el jardín.

¿De verdad había matado a un hombre? ¿Cuál sería la historia? ¿Qué tenía contra él? Sería su palabra contra la de él y si él lo negaba, nada podría demostrar que eso era cierto, ¿verdad?

Estaba recortando unos setos junto a Rupert cuando Gabriel apareció junto a mí.

—Señorita Sinclair, tengo que hablar con usted —¡Oh, Dios mío! Sí que estaba enfadado.

—¿Tiene que ser ahora? Estoy ayudando a Rupert...

—¡Ahora!

Ante la orden me levanté y lo miré con enfado. No quería discutir con él delante del jardinero, así que dejé que me llevara cuando me tomó del brazo en dirección al bosque que había al final de la propiedad.

—¡Basta! Me haces daño y no puedo seguir tu ritmo —dije sin aliento—. ¿Qué demonios ocurre?

—Tú —dijo parando, también jadeaba por el esfuerzo—. No me gusta que me espíen.

Ah, eso.

—No estaba espiando, la puerta estaba abierta y yo pasaba por allí.

—¿De camino al jardín? —me preguntó mirándome de arriba abajo con deseo.

—Ya sabes que estoy más cómoda así que con tanta falda —dije sonriendo, y poniéndome seria pregunté—. ¿Qué tiene contra ti esa mujer?

—No es asunto tuyo.

—Es cierto, no es asunto mío, pero contarle hará que te sientas mejor, pero tú decides —le contesté con calma.

Vi la duda en sus ojos. El miedo. Parecía que llevaba el peso del mundo sobre los hombros; su postura hundida me dieron ganas de darle el consuelo que sin duda necesitaba, pero me mantuve quieta sin dejar de mirarlo.

Los minutos pasaron y el silencio se cernió sobre nosotros.

—Hace unos diez años, Cordelia y yo fuimos amantes —dijo empezando a caminar—. Creía que estaba enamorado de ella e iba a pedirle que se casara conmigo, pero descubrí que también era la amante de Mark. Éramos amigos desde niños y saber que ambos compartíamos a la misma mujer lo consideramos una traición a nuestra amistad cuando en realidad fue ella quien nos traicionó a los dos. —Sus pasos nos llevaron al bosque, en dirección al cenador, pensativo, reviviendo los acontecimientos del pasado—. Éramos jóvenes y estúpidos; en un impulso Mark me retó en duelo. Acepté, sin embargo, me di cuenta de que nos íbamos a jugar la vida por una mujer que no lo merecía, así que hablé con él para terminar con toda aquella locura, pero él se negó. —Llegamos a la pequeña pradera donde se encontraba el cenador y allí se sentó mientras yo permanecía frente a él, escuchándole—. Llegó el día del duelo y él disparó primero.

—Tu cicatriz, la del hombro —dije en un susurro; él asintió.

—Me llegó el turno y apunté hacia un lado para no herirle, él se dio

cuenta y se movió justo cuando disparé dándole de lleno en el pecho.

—No quería vivir. —Él negó con la cabeza.

—No quería vivir sin ella, el muy idiota se puso delante. ¡Maldito sea!
—Había lágrimas en sus ojos que no derramó—. Escribió una carta para Cordelia el día anterior. Cuando ella llegó todo había terminado y Mark estaba muerto. A mí, me llevaron a casa para curarme la herida; mientras tanto ella aprovechó para conseguir un documento firmado por el médico de Mark y sus dos testigos dando constancia de lo que había ocurrido, su versión de los hechos, la versión de ella —concluyó con pesar.

—Sigo sin entender —dije poniéndome de rodillas delante de él y tomando sus manos entre las mías—. Mark decidió morir, tú no eres responsable de su decisión, su ceguera por esa mujer lo llevó hasta su muerte. ¿Qué quiere?

—Dinero, por supuesto —contestó mirándome—. Los duelos están prohibidos y además tiene pruebas.

—Las cartas.

—Sí, está endeudada por el juego, si no le doy el dinero me denunciará e iré a la cárcel.

—A ver, los duelos están prohibidos, pero no vas a ir a la cárcel por eso, ¿verdad?

—No, pero sí por haber matado a Mark. Me presentará ante la justicia como su asesino, no pretende hablar del duelo, reforzará su testimonio con las cartas de los testigos que supuestamente me vieron dispararle a traición.

—Pero eso es injusto. Seguro que sabes algo de ella que puedas utilizar, ¿no? —dije con rabia—. Edmund y Patrick pueden ayudarte.

—Eso no me haría distinto de ella, ¿no crees?

—Tienes razón, lo siento —contesté con pesar, pero me sentía tan furiosa—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Hablarás con tus amigos?

—No, no quiero meterles en este asunto. Tendré que pagarle lo que pide; con suerte, me libraré de ella para siempre.

—Pero si pagas tendrás que seguir haciéndolo hasta que ella se canse y...

—¿Se le ocurre algo, señorita Sinclair? —dijo mirándome iracundo—. Estoy abierto a cualquier sugerencia.

—Lo siento Gabriel, ojalá tuviera la respuesta. Es que no es justo, ¡maldita sea! ¿Y si hablas con tu abogado? Consúltalo primero con él antes de tomar cualquier decisión y quizás...

—No. La conozco, si no le doy el dinero montará su teatro y me mandará a la cárcel, y no puedo ir, mi familia depende de mí. Soy responsable de muchas personas, de muchas cosas, proyectos...

—Pero eres un caballero, un lord, unas cartas no son suficientes, ¿verdad? ¿Dónde están esos hombres? Quizás podrías hablar con ellos y convencerlos para que digan la verdad o quizás podríamos robarle las cartas. ¿Qué te parece?

Viéndola con ese entusiasmo, Gabriel no pudo más que sonreír. Tenía que reconocer que era una mujer de recursos, una luchadora. Esa pasión que rezumaba de cada poro de su piel la hacía extraordinaria.

—No es tan fácil, esos hombres ya han muerto y las cartas..., sólo ella sabe dónde están —contestó fascinado y contagiado por su ímpetu.

—No pagues aún, ya se nos ocurrirá algo —dijo parada delante de él con las manos en jarras—. Alguien podría colarse en su casa y registrar sus cosas personales y...

Cuando las estrellas de deseo centellearon en sus negros ojos y su boca lujuriosa se movió hacia una sonrisa perturbadora, Katerina perdió el hilo de su discurso y abrió ligeramente los labios para tomar aire, sintiendo que su corazón se paraba.

Gabriel la miró con el deseo que ya bullía en su interior. Se sentía como un lobo hambriento delante de su presa..., y ella le daría de comer. Verla vestida así no había hecho más que aumentar su lujuria; con esos pantalones ciñendo sus hermosas piernas, y cuando utilizó el “tenemos”, algo se alborotó en su interior y ante sí apareció una imagen. Ya no quería seguir hablando sobre eso, habría tiempo más tarde, cuando pudiera volver a pensar con serenidad, porque en ese instante quería hacerle el amor más que nada en el mundo, eso le haría olvidar, le haría sentirse vivo. Ella siempre hacía que él se sintiera así y algo debió de percibir cuando se quedó callada y echó a correr, saliendo del cenador, hacia el lago.

Cogiendo el camino de la izquierda se adentró entre los árboles sin dejar de mirar sobre su hombro y riendo como una chiquilla. Su verga le dolía, prisionera de sus pantalones y de la carrera, hasta que pudo pillarla en la pequeña playa de hierba junto al lago.

Rodaron y rodaron hasta que ella quedó encima de él.

—Gabriel, estábamos hablando de algo serio —le dijo tirándole de los pelos fingiendo disgusto—. Eres un duende travieso —siguió diciendo

mientras intentaba incorporarse sin éxito, ya que él la tenía agarrada de la cintura con firmeza—. Suéltame, tenemos que resolver esta situación, no hay tiempo para...

Con un beso la silenció pensando que su verga explotaría si ella seguía moviéndose de ese modo. Ese juego lo estaba matando; ese no quiero, pero lo estoy deseando encendía aún más la hoguera.

—Después..., ahora hay algo más importante que tenemos que... discutir, ¿no crees, mi querida señorita? —replicó gruñendo, volviendo a besarla, mientras ella rodeaba su cabeza con los brazos y seguía moviéndose sobre su erección.

Katerina soltó un gemido de aprobación recreándose en el beso que ambos compartían, meciéndose sobre su cuerpo. Despacio, desplazó los brazos hacia su cuello y rompiendo el beso...

—Hacía mucho tiempo que quería hacer esto —dijo coqueta mientras deshacía el nudo de su corbata.

—¿Quitarme la corbata? —contestó divertido.

—No... sí... Descubrir la piel de tu cuello. Es algo tan erótico...

Acto seguido comenzó a lamerle el cuello allí donde latía su pulso alternando sus labios y su lengua hasta quitarle por completo la corbata.

—Mmmm... ¡Cuánto deseaba hacer esto, amor!

Continuó su exploración con sus manos hacia abajo abriéndole la camisa y besando y lamiendo la piel que iba quedando al descubierto.

Gabriel estaba en el séptimo cielo y cuando oyó la palabra amor se sintió en casa, a salvo, nada existía salvo ellos dos haciendo el amor sobre la hierba.

Katerina fue bajando hasta descubrir su vientre, subiendo la camisa y deteniéndose en su ombligo; después hacia arriba lamiendo y besando hasta llegar a sus pezones sin dejar de moverse sobre su pene erecto. Gabriel jadeó, sintiendo cómo se tensaba todavía más.

La detuvo el tiempo justo para quitárselo todo; chaqueta, chaleco y camisa salieron volando, quería sentirla sobre su piel; a continuación le quitó a ella su chaqueta, sin embargo, Katerina no le dejó quitarle la camisa. ¿Qué estaba tramando esa pequeña bruja?

De rodillas entre las piernas de él, Katerina pasó sus manos por el torso de Gabriel, acarició sus brazos, tomó sus manos y lamió la palma y la muñeca de cada una, fue mimando cada trocito de piel, tomándose su tiempo, mientras Gabriel jadeaba y decía cosas que no podía entender.

Cuando notó sus manos en el cierre del pantalón, viendo cómo se los

desabrochaba mientras ella no le quitaba el ojo de encima, como no queriendo perderse ni un solo detalle de sus reacciones, Gabriel suplicó creyendo que moriría. Pero aún no había empezado.

Con su pene libre, Katerina jadeó y tomándolo con su mano, besó la cabeza púrpura e hinchada haciendo que su hombre diera un respingo. Lo lamió de arriba abajo y después en dirección contraria para terminar metiéndose la punta, húmeda de su saliva, en la boca, rodeándola con su lengua. Ahí empezó su danza. Una de las manos de Gabriel le sujetaba la cabeza, mientras la otra se paseaba por debajo de su camisa acariciándole la espalda, haciendo que soltara un gemido que reverberó en la punta de su verga, haciendo que casi se corriera en ese mismo instante.

—Muchacha..., chúpamela más duro...

Y eso hizo. Se la chupó mientras le bajaba los pantalones para acariciar sus caderas, sus muslos, sus nalgas desnudas. En un momento, se le escapó de la boca, lo que la hizo reír; el aire que soltó provocó en Gabriel un placer desconocido hasta entonces.

—Hazlo otra vez... —siseó con los ojos cerrados, elevando sus caderas hacia ella.

Lo volvió a hacer; riendo sopló sobre la punta haciendo que se sintiera tan poderosa como la primera vez que le hizo la mamada en el carruaje, y volvió a soplar colocando una mano en la base y la otra masajeando con delicadeza sus pelotas para volver a introducirla en el calor de su boca.

La lamió, la chupó, la retorció entre sus dedos hasta que él no pudo más y se corrió con un gruñido que habría alejado a cualquier bestia del lugar, mientras ella tragaba cada gota de su leche.

Completamente satisfecha por el placer que le había dado a su Gabriel, Katerina se la sacó de la boca limpiándola y retomando el camino de besos hasta su pecho, se recostó colocando su mejilla y una mano sobre su piel; la otra, por debajo de su brazo, reposaba sobre su hombro, sintiendo cómo él la abrazaba y cómo su corazón volvía despacio a su ritmo normal. Ahí echada, suspiró de amor, percibiendo, a través de la palma de su mano, cómo ambos corazones latían al unísono; ya se veía invadida por el sueño cuando Gabriel, sin previo aviso, rodó para colocarla debajo haciendo que gritara.

—Me has asustado —dijo riéndose—. Creí que te habías dormido. —Le tiró del cabello, echando su cabeza hacia atrás.

—Aún no te he dado tu regalo —contestó pícaro llevándola casi a la inconsciencia con un beso arrasador—. Ahora me toca a mí saciar mi sed en

ti.

Sin dejar de darse un festín con su boca, Gabriel fue desabotonando con lentitud su camisa; pasando sus manos por debajo de la tela, la fue abriendo acariciando sus pechos y dejando al descubierto su piel desnuda que se erizó por el tacto de sus dedos y la excitación que empezaba a acelerarle los latidos.

Su boca abandonó sus labios para lamer y besar su rostro, deteniéndose en su oreja, paseándose por cada recoveco, deslizándose por su cuello muy despacio hasta llegar a la base y subir por el otro lado, mientras Katerina movía su cabeza ofreciéndose a él, las manos enterradas en su pelo negro.

Después de atender con suma delicadeza y atención su otra oreja, volvió a bajar por el cuello hasta sus pechos, mientras sus manos desabrochaban los pantalones e intentaban bajárselos.

—En ocasiones como ésta, los pantalones dificultan mucho tan sabrosa tarea —dijo incorporándose y tirando de ellos con desaprobación.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez —contestó Katerina divertida. Su Gabriel sabía de faldas, pero no de pantalones—, aunque no ha sido tan difícil, ¿verdad? Y ahora sigue con lo que estabas haciendo —dijo extendiendo sus brazos hacia él.

—A sus órdenes, mi dama.

Se asentó entre sus piernas y volvió a besarla durante un buen rato a la vez que con la mano en la que no se apoyaba, acariciaba su cuerpo desnudo bajo el suyo; volvió a hacer el mismo recorrido que había hecho antes para meterse uno de sus pezones en la boca, abandonándolo después para tomar el otro, al tiempo que Katerina se arqueaba empujándose hacia él, utilizando sus manos para acariciarle la espalda, arañándolo con sus uñas, ambos gimiendo de placer.

La mano de Gabriel se detuvo en su ombligo pasando levemente las yemas de sus dedos sobre tan sensible lugar, enterrándose a continuación entre sus pliegues y extendiendo su rocío por toda la raja, haciendo el camino una y otra vez por dentro y por fuera, tomándolos entre el índice y el corazón, masajeando y tirando hacia atrás.

—Gabriel... ¡Por Dios! —gritó la joven ante la magia de su masaje—. Más...

Gabriel se deleitó dándole placer hasta introducir dos dedos en su canal chorreante, mientras se prendía de su rostro arrebolado que volvió a besar con frenesí.

Katerina parecía estar al borde de la locura pasando sus manos sin orden ni concierto por el cuerpo que la cubría para acto seguido abandonarse, desfallecida, a las atenciones de la boca y los dedos de su hombre. Sin fuerzas para seguir moviendo sus brazos, los dejó caer a los lados para volver al cuerpo que la dominaba, agarrándose de sus hombros, clavándole las uñas, mientras Gabriel presionaba su clítoris expuesto con el pulgar, sus bocas enredadas, el orgasmo formándose, y cuando creía que iba a consumirse, Gabriel abandonó su capullo.

—¡Gabriel! —chilló la joven de frustración—. ¡No pares!

Gabriel abandonó sus pechos, donde se recreaba en ese momento, mirándola con una sonrisa divertida para ir más abajo y tomar su perla entre los labios, a la vez que le daba golpes con la lengua sin dejar de sacar y meter sus dedos dentro de ella, golpeando el punto sensible de su interior hasta que explotó quedando casi inconsciente, sintiendo, entre los efluvios de su embriaguez, cómo Gabriel se deslizaba dentro de ella de un empujón quedándose quieto y mirándola sin parpadear.

—¿Mejor así? Eres tan hermosa... —jadeó con devoción.

Empezó a moverse dentro de ella, mientras la agarraba de las nalgas y hacía que lo rodeara con sus piernas.

Katerina quedó extasiada al ver que Gabriel no sólo estaba erecto de nuevo, sino que estaba a punto de estallar, sintiendo toda su magnífica verga en su máxima plenitud entrando y saliendo de su estuche caliente que aún no había dejado de temblar. Le rodeó el cuello con sus brazos, ambos perdidos en las sensaciones, en el amor que desvelaban sus miradas entrelazadas, llenas de luz.

Gabriel dijo algo. Katerina dijo algo. Sólo la parte más profunda de sus mentes supo lo que fue.

La muchacha se perdió una vez más en los empujes cada vez más acelerados de Gabriel. Pubis contra pubis. Gabriel se perdió en el aliento entrecortado de su amante, hasta que se derramó en ella enterrando la cabeza en su cuello con un gemido que no pudo competir con el grito de Katerina.

Los pájaros levantaron el vuelo. Cientos de hojas de los árboles a su alrededor, cayeron sobre ellos. El cielo y la tierra los unía.

Y así, enlazados, permanecieron durante unos instantes, los ojos cerrados, exhaustos, complacidos, seguros el uno en brazos del otro, confiados, enamorados.

Gabriel levantó la cabeza y la miró. Parecía que iba a decir algo, pero se

mantuvo callado. Katerina le habló de su amor con sus ojos anegados. Ambos silenciosos sin dejar de mirarse. En ese preciso momento y sin que los dos lo supieran, se estaban adorando el uno al otro, se estaban declarando, se estaban entregando... para siempre. En ese momento, se dijeron lo mucho que se amaban, se dijeron que se amarían para siempre. Ninguno quería que se acabara. Aferrados.

Gabriel fue el primero en reaccionar. Ella era suya, su condesa, su mujer, su compañera. Quiso que aquello fuera para siempre. Lo deseaba con todo el ardor de su corazón. Ya no dejaría que el miedo se apoderara de él.

La amaba, esa era la única verdad.

Batiendo los párpados, acarició los labios de Katerina con los suyos y salió de ella tumbándose a su lado.

Manteniéndose en silencio, Gabriel se vistió y le alcanzó a Katerina su ropa. Ella se volvió a recostar en la hierba una vez vestida y Gabriel... Gabriel se tumbó a su lado mirándola, recreándose la vista en ella, su dulce y preciosa mujer.

Katerina suspiró de alivio cuando vio que se acostaba junto a ella. Supo que se amaban y que se amarían por siempre, supo la verdad y estaba segura de que él había sentido lo mismo; sin embargo, durante una milésima de segundo, una sombra se cernió sobre él. ¿Qué había pasado por la cabeza de ese hombre?

No iba a estropear lo que había pasado permitiendo que sus miedos dominaran su mente; se propuso sentir cada minuto de todo ese maravilloso tiempo que aún tenía para estar con él, así que se acercó a él colocando su cabeza sobre su hombro y pasando su pierna por encima de la de él. Sus dedos se perdieron en su pelo y en silencio; cerrando los ojos, grabó cada sensación en su ser, cada olor, cada respiración, cada latido, los sonidos que los rodeaban, la calidez del sol, la leve brisa que le traía el tímido susurro del agua, el contacto de sus cuerpos vestidos, la reconfortante caricia que Gabriel le regalaba, casi en un acto reflejo, subiendo y bajando por su brazo colocado sobre su pecho.

Ambos callados, los minutos pasaron silenciosos y sin prisa.

—Sabes, ahora entiendo muchas cosas sobre ti. —Se negaba a que ese momento terminara haciendo lo posible por alargarlo; además, aún había algo que resolver.

—¿Qué cosas? —preguntó curioso.

—No eres la persona que todo el mundo cree, esa que muestras, aunque

puedo entender por qué lo haces después de tu experiencia con esa mujer.

—Soy exactamente quien soy Katerina: me gustan las mujeres, el whisky y las noches en el club, eso es todo.

—No, no lo es. No estoy tan segura de que haya habido tantas mujeres, sí hay muchas que desean tus atenciones, pero no creo que haya tantas que las hayan conseguido; siempre tienes una copa en la mano, eso es cierto, pero no bebes al ritmo que lo hacen los demás, sabes controlarte sin que los demás se den cuenta. Eres un buen hombre, lord Adair, conde de Bladnoch.

—Tus conclusiones son erróneas, todo el mundo sabe que soy un sinvergüenza.

—Ya, esa es la imagen que te has empeñado en darles a todos y supongo que empezó después de lo de Cordelia, ¿verdad? Eres trabajador, mantienes tu hacienda de Escocia y a tu familia, te pasas la mañana en tu despacho o hablando con tus abogados, has hecho varias inversiones, el ferrocarril entre ellas, te mantienes informado, por no mencionar el proyecto de los orfanatos. Te conozco.

—Tú no...

—Sí, Gabriel, sí. Has permitido que una mujer te haga perder la fe, no todas somos iguales, ¿sabes? Ella te hizo daño y eso no significa que te lo pueda hacer otra, no le has dado la oportunidad a nadie.

—¿Y tú, Katerina? ¿Quién te hizo daño? —la interrumpió cambiando de tema, ya había recibido demasiada atención.

—¿Qué te hace pensar que alguien...?

—Estuviste prometida, ¿no?

—Sí, Arthur, se llamaba Arthur —dijo tras un largo silencio—. Íbamos a casarnos y una semana antes de la boda lo pillé en nuestra cama con su amante. No es nada nuevo.

—Estúpido... ¿Qué pasó? —Se sentía celoso; pensar que otro antes que él la había tocado lo ponía enfermo, pero saber que esa rata le había hecho daño, le daban ganas de matarlo.

—En realidad nada, los pillé y ya está. Me dijo que si yo no hubiese sido tan aburrida no se habría tenido que buscar una amante, más tarde descubrí que esa chica no había sido la primera. En tres años de relación hubo muchas.

—¿Aburrida?

—Yo no... yo... yo no disfrutaba del sexo con él, me dijo que era tan fría como un bloque de hielo y que no estaba dispuesto a pasar toda su vida con alguien que lo..., en fin, conmigo. Tuve muy pocos orgasmos y fueron

accidentales. Más tarde descubrí mucho sobre sexo, leí muchos libros, aunque ciertas cosas me parecían imposibles, pero mis amigos me decían que el equivocado era él, sin embargo, yo no estaba tan segura, pensaba que había algo que estaba mal en mí; pero eso ya pasó y me alegro mucho de haberme librado de él, habría sido muy desgraciada y ahora me doy cuenta de que en realidad no lo quería tanto como pensaba. Ya no importa.

—¿Aburrida? —volvió a repetir incapaz de salir de su asombro—. Mi querida señorita, eres cualquier cosa menos aburrida, todo en ti está bien, yo diría que más que bien, eres perfecta, la fantasía de cualquier hombre —replicó con un brillo travieso en los ojos volviendo a colocarla bajo su cuerpo—. Él era un inepto estúpido que no sabía cómo complacer a una mujer.

—Gracias por el cumplido —dijo sonrojándose—. Sí, lo era, por eso me siento feliz de no estar con él.

—¿Y después?

—¿Después?

—Sí, después de ese indeseable.

—No ha habido nadie... Bueno, tú. Después de él, sólo tú.

Gabriel no sabía qué decir después de aquella confesión, pero se sintió agradecido por haber encontrado a aquella mujer cuya pasión y entrega no tenían límites. En verdad, él había sido el primero y eso lo satisfacía como nada en el mundo lo había hecho alguna vez.

—Gabriel... tú... tú... Gracias a ti he descubierto una parte de mi ser —le dijo besándolo con suavidad en los labios—. Arthur estaba equivocado y tú me lo has demostrado. —Lo miró con tanto amor que sintió lágrimas en los ojos, lo que la hizo esconder su rostro en su pecho.

—Mi dulce y hermosa muchacha... —dijo acariciándole el cabello.

Había visto las lágrimas en sus ojos y otra emoción: se sentía querido por primera vez en la vida y sólo quería dejarse llevar por la felicidad que le estaba dando ese momento. Felicidad. Ella estaba allí y estaban juntos. Eso era lo único que importaba y él se sintió en paz por primera vez en mucho mucho tiempo. Todas las dudas, las preguntas, el temor que había sentido, desaparecieron. Katerina era la paz de su alma y era la única mujer que había visto en su interior, más allá de esa fachada que se había construido a lo largo de los años, la única que había querido ir más allá de lo que veía, la única que había conseguido llegar a su corazón, la única mujer que lo conocía de verdad, y volvió a sentir miedo. ¿Qué pasará cuando...?

El ruido de sus estómagos los sacó de ese momento de intimidad y

romanticismo. Katerina no había tenido tanta confianza con Arthur, en realidad no había tenido ninguna, nunca habían hablado como lo habían hecho ella y Gabriel desde que se conocieron, él la escuchaba, la comprendía; él, por su parte, nunca había compartido tanto con una mujer, ni siquiera con Cordelia, nunca había hablado de sus sentimientos, de sus emociones, nunca se había abierto con ninguna de sus amantes, entre ellos había sido un arreglo que les convenía a los dos y nada más, con Katerina todo era diferente. El mundo era distinto. Todo parecía estar en su lugar.

—Creo que deberíamos irnos antes de que nuestros estómagos nos devoren —dijo Katerina riendo.

—Sí, el almuerzo estará ya preparado; estoy famélico —dijo levantándose y alargando un brazo para ayudar a Katerina—. Vamos entonces, mi dulce.

Ambos emprendieron el camino hacia la casa.

—Todavía tenemos que pensar qué hacer con Cordelia, no podemos dejar que esa harpía se salga con la suya —le decía Katerina con su brazo alrededor del suyo, mientras Gabriel le acariciaba la mano.

—No te preocupes amor, hallaré una solución. Me ha dado tiempo para pensar; encontraré la forma de librarme del chantaje y de ella para siempre..., y no la mataré, te lo garantizo —sentenció riéndose al ver la cara que había puesto Katerina.

—Tú no, pero yo quizás sí lo haga—respondió la joven bromeando—, aunque sigo sin comprender cómo convenció a esos hombres para que firmaran un documento acusándote de asesinato —dijo inculcando un tono serio a su voz.

—Ese mal bicho tiene sus métodos, el arma más antigua del mundo. Dale a un hombre lo que más quiere, vuélvelo loco de deseo y conseguirás todo de él.

—No todas somos así, Gabriel —replicó Katerina algo ofendida.

—No, no lo sois —dijo parándose y perdiéndose en sus ojos—. Estás tú. —Le dio un suave y dulce beso en los labios antes de emprender de nuevo el camino hacia la mansión.

Al llegar a la casa, el señor Tilman le entregó una carta a Gabriel.

—Es de August. Nos invita a ir a su casa —informó sin emoción alguna.

—Oh, tal vez ha encontrado la forma de que pueda volver —respondió Katerina con cierto entusiasmo.

—Tal vez —dijo con tono seco. Su máscara inexpresiva había vuelto.

—El almuerzo estará servido en unos minutos milord —dijo el señor Tilman.

—Gracias Alexander.

—Voy a cambiarme, vuelvo enseguida. —Subió corriendo las escaleras.

—Es un ángel, ¿no le parece milord? Una joven con un corazón tan generoso y puro.

Gabriel no podía creer lo que escuchaba y no era precisamente por lo que había dicho el señor Tilman, tenía toda la razón, pero era la primera vez que Alexander hacía un comentario, el hombre más discreto del mundo tenía una opinión muy clara sobre Katerina. La primera opinión que le había escuchado desde que estaba a su servicio. Lo miró atónito y se dirigió al comedor pensativo, sin decir una palabra.

El almuerzo transcurrió casi en silencio por parte de él, sin embargo, Katerina no paraba de hacerle preguntas acerca de la carta del señor Owen y no dejaba de hacer suposiciones sobre lo que quería decirles. Tal vez había encontrado una explicación. Ese brillo en sus ojos la hacía irresistible y sólo podía pensar en quedarse con ella, aunque la tuviera que encerrar en una habitación para siempre, así impediría que se fuera. Aquello era insoportable.

—Estoy deseando que llegue mañana y ver qué ha descubierto August, seguro que tiene que ver con los planetas y las órbitas...

—Ya está bien, demonios, estoy cansado de tu cháchara, ¿sería mucho pedir que comiéramos en silencio? —la interrumpió estallando por fin.

—¿Qué te ocurre, Gabriel? ¿No sientes curiosidad por lo que nos quiere decir el señor Owen? —preguntó sorprendida por aquella salida tan brusca.

—Está claro que no puedo comer tranquilo hoy, ¿verdad? —Le clavó la mirada más dura y fría que le había proporcionado hasta ese día.

—Perdona, no quería molestarte. De todas formas ya he terminado y estoy un poco cansada, me voy a echar un rato en la cama —dijo estremeciéndose.

Desde hacía un tiempo, estaba de lo más sensible y casi siempre tenía sueño. Estaba segura de que se había excedido trabajando mucho en los últimos días y eso le estaba pasando factura.

Se levantó y se fue sin decir nada más. Sentía ganas de llorar.

Gabriel se maldijo y se levantó en un impulso con la intención de ir detrás de ella y arrodillarse a sus pies para pedirle perdón, pero cuando llegó al vestíbulo lo pensó mejor y fue en busca de su caballo. Eso lo calmaría y le

devolvería la razón. ¿Qué demonios le pasaba? Sabía que ese día iba a llegar; estaba seguro de que su padrino encontraría una solución o por lo menos una explicación y, sin saber aún qué le esperaba al día siguiente en su entrevista con August, ya estaba de mal humor. No quería que se fuera, todavía no. ¡Maldita sea! No quería que se fuera nunca.

Katerina se sentía extraña; a pesar del cansancio no tenía gana de acostarse así que salió al balcón. Quizás el aire y la visión del hermoso jardín que tantos momentos preciosos le había proporcionado pudieran calmar su desazón. Entonces lo vio, galopando contra el viento. El caballo y él formaban un conjunto de majestuosa belleza que la embargó hasta llegar a las lágrimas. El señor Owen desvelaría el misterio al día siguiente y el cambio de humor de Gabriel le hacía tener esperanza. Todo alimentaba esa llama que la hacía soñar con una vida junto a él. Estaba dispuesta a renunciar a su familia, a sus amigos, a su trabajo, a todo, a pesar de que a veces los echaba tanto de menos que le dolía, pero el amor que sentía por Gabriel era más fuerte que nada de lo que hubiese conocido hasta ese momento. ¿Podría llegar a vivir sin él? Sí, podría, pero estaría muerta por dentro, eso no sería vivir, sería sobrevivir arrastrándose por los días hasta su último aliento. Tenía tanto miedo. Si sólo Gabriel le pidiera..., si sólo... Estaba segura de que la quería tanto como ella a él, lo había visto antes cuando hicieron el amor bajo los árboles, lo había sentido bajo el cielo y sobre la tierra, dentro y fuera de ella. Lo sabía.

Tenía que dejar de pensar.

¡Qué cansada estaba! Sí, se echaría una siesta y después se sentiría mucho mejor.

—Señorita Katerina..., señorita... —dijo Nora interrogante asomando la cabeza por la puerta—, señorita Katerina...

Nora se acercó a la cama dejando la vela encendida sobre la mesita de noche y me tocó en el hombro.

—Señorita Katerina, despierte. ¿Se encuentra bien? —volvió a llamarme zarandeándome con suavidad—. Señorita...

—Mmmm... —contesté removiéndome como una gata.

—Señorita Katerina, soy Nora.

—Nora..., ¿qué pasa? —dije bostezando y estirándome.

—¿Está bien? Me tenía preocupada.

—Sí, claro que estoy bien. ¿Ocurre algo Nora?

—En los últimos días, se pasa las tardes durmiendo y eso no es propio de usted. Pensé que estaba enferma.

—No, sólo estoy cansada; no se preocupe tanto, mi querida Nora. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿Las ocho? Gabriel..., lord Adair me estará esperando para la cena, tengo que vestirme—dije incorporándome.

—El señor no está, señorita Katerina —contestó Nora con seriedad.

—¿No ha vuelto aún de cabalgar? Pero si ya es de noche.

—Sí, sí volvió, pero ha salido.

—¿Se ha ido? ¿A dónde? —pregunté preocupada y decepcionada.

—No sabría decirle señorita. ¿Desea que le traiga la cena a su habitación?

—No, gracias. —Aún estaba procesando la información que me había dado Nora. Gabriel había salido. ¿A dónde? ¿Estaría con alguna amante? Me negaba a pensar eso después de lo que habíamos vivido aquella mañana—. Nora, ¿podría cenar con ustedes en la cocina, por favor, o quizás ya han comido?

—Aún no señorita Katerina, estábamos esperando a que se levantara.

—Lo siento Nora, sólo quería descansar un poco, no imaginé que iba a dormir tanto. ¿Y la cena? —dije levantándome para vestirme.

—Por supuesto que puede compartirla con nosotros. ¡Qué pregunta! Será un placer señorita, como siempre —contestó Nora entusiasmada, mientras me ayudaba con el corpiño y la falda.

Allí, en la cocina, me sentía en casa como las veces anteriores que había compartido la mesa con los sirvientes. Eran una gran familia y me sentía rodeada de auténtico calor humano, sin artificio, un cariño sincero. Me pusieron al día de algunos cotilleos y me anunciaron el compromiso de Gerard y Jane.

—¡Felicidades! —Me levanté feliz para darles un abrazo—. Me alegro tanto por ustedes, forman una pareja maravillosa.

—Gracias, señorita Katerina —contestó Gerard con una amplia sonrisa.

—Gracias —dijo Jane con timidez, mientras se sonrojaba.

—Les deseo una larga y hermosa vida juntos —dije emocionada—. ¿Cuándo será la boda?

—Aún no lo hemos decidido, tenemos que hablar con el párroco, aunque

nos gustaría que fuera lo antes posible —dijo Gerard.

—¿Nos hará el honor de acompañarnos, señorita Katerina? —me preguntó Jane.

—¿Quieren que vaya a su boda? —Ambos asintieron con el brillo de la felicidad centelleando en sus miradas—. Gracias, el honor será todo mío... Yo... —Emocionada, me quité una lágrima que se escurría por el rabillo del ojo—. Gracias.

Brindamos por los novios y yo me sentí tan agradecida por su invitación y tan feliz por la pareja que más de una lágrima surcó mis mejillas. Decidí que al día siguiente, buscaría en el armario el vestido más bonito para regalárselo a Jane, aunque no le diría nada para darle la sorpresa.

¿Qué demonios hacía en el club a esas horas cuando su mujer estaba durmiendo sola?

Se levantó del sillón dejando su copa a medias y volvió a casa.

La carta de August le había afectado hasta perder el control y pagar su mal humor con Katerina. ¿Hasta cuándo lo aguantaría? Si no se andaba con cuidado, acabaría alejándose de él por imbécil y le estaría bien empleado. La vida le había regalado un tesoro de incalculable valor y él se dedicaba a estropear los hermosos momentos que podría disfrutar con su compañía. Si continuaba así, volvería a perder su confianza como ya le había ocurrido en otras ocasiones. No estaba dispuesto a consentirlo. Tendría que aprender a dominar su carácter, su miedo a perderla.

Lamentaba no haber pasado la velada con ella, conversando con ella, ganándole al ajedrez... Sonrió. Lo echaba de menos. Haría todo lo que estuviera en su mano para no perderse ni un minuto más junto a ella y le daría tanto amor que no se iría nunca de su lado, dijera lo que dijera su padrino.

Por eso, cuando llegó a casa, fue de inmediato a la habitación de Katerina para descubrir que ya estaba dormida.

Como siempre, la mínima luz de la lámpara le daba un halo de inocencia que lo enternecía hasta el tuétano, hipnotizándolo, obligándolo a perderse mirándola.

Se desvistió y se acostó a su lado.

Katerina se removió y se acurrucó en sus brazos pronunciando su nombre.

—Gabriel... —susurró abriendo ligeramente los párpados.

—Estoy aquí mi amor. Duerme —contestó besando con ternura sus

labios.

—¿Estás bien? —preguntó, mientras las palabras se desvanecían en un bostezo.

—Sí, cariño. Lo siento, no debí hablarte de ese modo —dijo arrepentido.

—No sé..., siempre te hago enfadar —atinó a decir, somnolienta y sin dejar de bostezar.

—No eres tú, mi dulce —respondió tomando su rostro en su mano, acariciando su mejilla—, soy yo, el más estúpido de los hombres.

—Sí que lo eres..., sin embargo..., te quiero, Gabriel —murmuró, manteniendo los ojos cerrados.

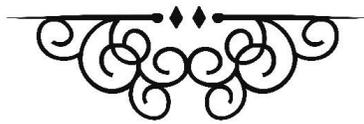
—Yo también te quiero, mi amor. —Y volvió a besarla.

Abrazados, Katerina volvió a dormirse enseguida, mientras que Gabriel daba gracias a Dios por tener a esa mujer para él, por haberle brindado la oportunidad de conocer el amor; se hizo la firme promesa de que nunca se separaría de ella y si eso significaba que tendría que irse con ella al año 2016, que así fuera. Dejaría sus asuntos en orden y viviría por siempre jamás junto a la única mujer que lo hacía sentir vivo.

Ella le había devuelto la vida, era su luz, su camino.

Nada ni nadie la alejaría de él... ni siquiera el tiempo.

CAPÍTULO 19



—Buenos días, cariño —dijo Gabriel sonriéndome.

—¡Gabriel! —Exclamé extrañada—. Ya es de día...

—Sí...

—Nora...

—He cerrado la puerta con llave —explicó besándome en la frente.

Bostecé y volví a cerrar los ojos sintiendo el calor de los brazos que me rodeaban. No tenía gana de levantarme, sólo quería dormir un poco más, permanecer un rato más junto a él.

—Es hora de levantarse, dormilona —susurró risueño, alzándome la cabeza para darme un beso en los labios.

—Un poquito más... —ronroneé, removiéndome contra él.

—¿Estás bien? —me preguntó con cierta preocupación.

—Sí, sólo quiero quedarme unos minutos —respondí acariciando su hermoso cabello—, sólo unos minutos...

Y volví a quedarme dormida.

Ya era bastante tarde cuando me desperté y Gabriel ya se había ido. Me levanté y sentí un cierto malestar de estómago, pensé que el pescado de la cena me había sentado mal; Nora llegó justo cuando iba a llamarla.

—Buenos días, señorita Katerina, ¿ha descansado?

—Buenos días, Nora. Sí, muy bien, creo que he dormido demasiado —contesté sonriendo y colocando una mano delante del enorme bostezo que se había desatado.

—No me lo tome a mal, señorita, pero creo que se ha excedido mucho en sus ocupaciones.

—Creo que tiene razón, Nora. Me lo tomaré con más calma a partir de ahora, la verdad es que estoy muy cansada. —Viendo cómo buscaba en el armario, recordé a Jane—. Nora, quiero regalarle a Jane su vestido de novia, creo que tenemos la misma talla y uno de los nuevos le quedaría muy bien.

—Oh, señorita Katerina, Jane estará encantada y emocionada. Es usted muy generosa.

—Nora, tengo demasiados. ¿Por qué no busca alguno mientras me baño?

—Muy bien, señorita.

Cuando salí del baño, Nora me había preparado un vestido verde-agua de manga corta, con una cinta ancha de un verde más oscuro rodeando la cintura y otra más pequeña, bordeando todo el bajo de la falda así como el escote cuadrado.

Conseguí convencer a Nora de no ponerme el miriñaque, me resultaba incómodo e innecesario para estar en casa y, aunque no le gustó por considerarlo “inapropiado en una dama”, no le quedó más remedio que aceptar.

—¿Y el de Jane?

—Debería escogerlo usted, señorita. Yo no puedo tomar esa decisión.

—Claro que sí, Nora. Veamos... —dije rebuscando en el armario—
¿Qué le parece este?

Era un vestido blanco de cuello redondo. La manga larga era de encaje y una pequeña y delicada trenza de raso rosa decoraba el escote y la base del corpiño.

—¿Lo considera adecuado, Nora? —pregunté ilusionada—. A mí me parece muy bonito y creo que le quedaría precioso.

—Es perfecto, señorita.

—Bien, pues vamos a dárselo —concluí muy decidida yendo hacia la puerta.

—Tiene que desayunar primero, niña —dijo sentándome a la mesa—. Aquí tiene los pastelitos de la señora Crawford.

Tuve que hacer un esfuerzo titánico para comerme uno de los bollitos, mi estómago seguía un poco revuelto, aunque el té ayudó bastante a que se asentara.

—Nora, ¿lord Adair ha salido? —pregunté, mientras bajábamos las escaleras y nos dirigíamos a la cocina con el vestido para Jane.

—No, señorita. Está en su despacho.

Me alegré mucho ante esa noticia, ya que me permitiría comunicarle las novedades con respecto al asunto financiero del orfanato.

Ya en la cocina, le di el vestido a Jane que lloró de emoción, abrazándome agradecida. Por fortuna, todavía no habían tirado las últimas cajas que habían mandado de la boutique de madame Lafleur, con lo que Jane

pudo meterlo en una de ellas. Fue muy divertido, porque en el momento en que lo estábamos guardando, entró Gerard. La rápida reacción de la señora Crawford evitó que lo viera; sin contemplaciones, lo echó de la cocina explicándole el motivo, lo que provocó que todas riéramos espontáneamente. Cuando ya las mujeres le dieron permiso para entrar, se dirigió a mí, y emocionado, también me dio las gracias.

Ver sus rostros de felicidad hizo que me emocionara tanto como ellos. Eran momentos sencillos y entrañables como esos, los que hacían que la vida fuera excepcional.

Poco después, estaba llamando a la puerta del despacho de Gabriel.

—¿Estás ocupado? —pregunté una vez dentro cuando oí que daba permiso para entrar.

—Nunca para ti, preciosa —me contestó con esa sonrisa que siempre me deshacía.

Muy resuelta, fui directa hacia él y me senté en su regazo plantándole un tremendo beso en la boca que nos dejó sin aliento a los dos.

—¿Por qué has tardado tanto?

Me tomó en su boca con la misma pasión con la que yo lo había tomado poco antes. Su lengua me recorría y yo me limité a sentirlo y a seguir el baile de la suya con la mía; abandonando el beso, succionó mi labio inferior y continuó lamiendo y besando mis labios, mientras nuestros gemidos inundaban la estancia. Yo ya le había abierto la camisa y él me acariciaba los pechos a través de la tela con una mano; la que tenía libre se había colado por debajo de mis faldas y subía por el interior de una de mis piernas.

—No he venido para esto... —dije en un susurro, besando su cuello descubierto.

—¿No? —Me miró a los ojos.

Las llamas ardían volviéndolos aún más negros. En algún momento me desabrochó el corpiño e inclinando la cabeza besó mis pechos con adoración.

—¿Para qué has venido? —Logró preguntar antes de lamer mis pezones, haciendo que soltara un jadeo de placer.

—Quería hablar contigo... —respondí desabotonando su pantalón—, sobre la recaudación... —Ya casi sin aliento.

—¿Alguna novedad? —Me alzó situándome a horcajadas sobre sus muslos, levantando mi falda por completo, acariciando mis piernas y colocándolas sobre los brazos del sillón, volviendo a hacer el camino hasta detenerse en mis glúteos. Me tenía totalmente expuesta—. Precioso —

murmuró mirando mi sexo.

—Sí..., hay novedades... —Tomé su pene en mi mano. La otra muy ocupada intentando bajarle el pantalón—. Ayúdame. —Apoyándose en el sillón, levantó el culo y entre los dos le bajamos los pantalones—. Ahora mucho mejor —dije acercando mi sexo empapado a su verga ya del todo llena—. Tus amigos... vinieron a informarme... el día que te fuiste. —Balanceaba mi pelvis a lo largo de su vara, mientras le besaba los labios, la mandíbula y me recreaba en ese cuello que había liberado del pañuelo.

—¡Demonios! —logró decir sintiéndome sobre su erección—. ¿Qué... qué te dijeron? —Ya estaba buceando una vez más entre mis pechos sin que sus manos dejaran de masajear mis nalgas, yendo hacia mi sexo chorreante y untando sus dedos en mi néctar para jugar alrededor de mi entrada vaginal.

—Todo... todo ha ido... ha ido bien... —Tomé de nuevo su pene, llevándolo a través de mis pliegues hasta situarme sobre él, levantándome apoyada sobre sus hombros—. Ya ha habido... algunas... algunas... donaciones. —Dicho esto, me empalé soltando un suspiro de gozo. La postura con mis piernas por encima de los brazos del asiento, me mantenían tan abierta que no recordaba haberlo sentido tan adentro hasta ese momento—. Gabriel... —Jadeé apoyando mi frente contra la suya.

—¿Algo más? —preguntó deslizándose sobre su eje. En esa posición, notaba cómo mis músculos internos se contraían cuando subían y se relajaban al bajar.

—Sí... ¡Oh, Dios! —grité cuando sentí su palma sobre mi pubis y su pulgar acariciando mi brote hinchado.

—¿Qué... qué más? —Haciendo palanca contra sus brazos, viajaba sobre su miembro arriba y abajo.

—Un baile... —Cuando arqueé el tronco hacia atrás tomó de nuevo mis pezones entre sus labios—. Un baile...

—Un baile... —repitió Gabriel—, córrete, mi amor... —susurró contra mi oreja para después continuar con su boca en mis pechos y su dedo frenético alimentando el torbellino de placer acumulado en mi clítoris—. ¡Santo Jesús!

—Invitando... por... por... —No lo pude contener más. Mi cuerpo se convirtió en un arco cuando la explosión arrasó.

Gabriel se apoyó sobre la mesa con sus manos y empujó dentro de mí, una vez, dos... tres..., hasta que se vació dándome su cálida simiente y su

gemido de placer.

Caí muerta sobre su pecho, abrazada a él y sintiendo sus brazos a mi alrededor. Él también cayó muerto contra el respaldo de la silla.

Pasó un buen rato hasta que pude moverme y deshacer la postura. Gabriel salió despacio de mi interior, mientras me bajaba las faldas.

—Adoro la forma que tienes de hablar conmigo. —Un brillo de travesura cruzó su mirada.

—Eres un duende travieso y lujurioso. —Todavía sentíamos nuestra piel irradiando su calor—. Sólo había venido a hablar —dije fingiendo malhumor.

—Y yo sólo te he escuchado... —dijo regalándome una media sonrisa, a la vez que alzaba una ceja—. A ver, ¿de qué se trata? —preguntó intentando ponerse serio..., sin conseguirlo.

—¿Por dónde iba? —Me levanté con una sonrisa.

Arreglé mi atuendo y él, tras recomponer el suyo, me colocó el corpiño en su lugar sin dejar de besar mis hombros y mi cuello.

—Si sigues así, te tiraré al suelo y volveré a cabalgarte —le dije con picardía.

—¿Y cómo lo harías? —preguntó antes de estallar en carcajadas.

—¿Quieres saberlo? —Me colgué de su cuello, besando sus labios levemente.

—Nada me complacería más, mi dulce amazona —contestó abrazándome y pegándome a su cuerpo.

—Oh... estás..., estás... ¡Gabriel!

—Para ti, siempre dispuesto, mi amor. —Lamió mis labios—. Cuéntame eso del baile.

Sentándome frente a él le conté que había ido a casa de Lisa y su marido, y que allí había surgido la idea de organizar un baile. Le expliqué los pocos detalles de los que disponía, pues, aunque todos coincidieron en que se trataba de un buen proyecto, esperaban a que él volviera para tomar una decisión concreta y ultimar los detalles.

—Lo haremos aquí, en la mansión Bladnoch, después de todo, es el sueño de mi padre. Mañana hablaré con ellos —dijo con entusiasmo—. Estoy seguro de que vendrán todos los invitados, aunque sólo sea por curiosidad. Hace años que no se organiza un baile en mi casa —reflexivo, añadió—: ¿Fuiste sola?

—No, Alfred me acompañó. Lisa mandó su carruaje —respondí un poco guerrera, a la espera de su respuesta.

—¿Todo fue bien? —Notaba que se contenía para no protestar.

—Sí, todo perfecto. Gabriel, tienes que entender que soy una mujer independiente, es lo que siempre he sido. Pase lo que pase, así seguiré siendo —dije con seriedad.

—Lo sé y te admiro por ello, pero eso no significa que me tenga que gustar, las calles no son seguras y... Ve siempre con Alfred si no puedo estar contigo; sólo ten cuidado, ¿de acuerdo? —Me advirtió con preocupación.

—Lo tendré —Le sonreí levantándome para irme—. Te dejo con tus asuntos.

—Un momento, señorita Katerina —su orden sonó firme, su voz grave y profunda.

—Milord... —¿A qué venía ese cambio de...? Ah, eso...

—Le queda algo pendiente, señorita —dijo rotundo—. Quiero saber cómo volvería a... cabalgarme...

Saliendo de detrás de su mesa, se situó delante de mí con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Pues verá, milord...

Ese día no hubo paseo con *Tortuga* ni clases de defensa ni paseo por el jardín. Sólo un sexo maravilloso... en su despacho..., y el amor que irradiaba por cada poro de mi piel...

Después de mi siesta, Nora me preparó para la cita con August y Serena. Eligió para la ocasión un vestido plateado con rosas de color blanco bordadas. El escote dejaba los hombros al descubierto y las mangas, un poco abullonadas, llegaban hasta el codo. El vestido era precioso, pero me pareció demasiado elegante para una cena entre amigos, sin embargo mi “hada madrina” replicó diciendo que era perfecto.

Ya en el carruaje, Gabriel no paraba de mirarme haciendo que me sonrojara hasta la raíz del cabello tan bien recogido en un precioso peinado decorado con rosas plateadas. Tal parecía que disfrutaba viéndome azorada, pues eso no hizo más que aumentar su sonrisa y alimentar el brillo travieso en su mirada.

Empezó a preguntarme sobre lo que había hecho durante su ausencia y eso me dio la oportunidad de alejar de mi mente las imágenes tan vívidas que él sembraba en mi mente con la profundidad de su mirada, sobre todo cuando, después de cerrar la puerta de su despacho con llave, lo cabalgué cual Valquiria desatada.

La acogida en casa de los Owen fue tan calurosa como la primera vez, pero hubo algo diferente: los niños vinieron a saludarme de forma espontánea, excepto Isaura que me miraba ceñuda repitiendo una vez más que Gabriel era su prometido. Eso nos hizo sonreír a todos, lo cual la enfadó sobremanera, y cuando Gilda llegó para llevársela, pataleó tanto negándose a dejar a Gabriel que su madre tuvo que acompañarla durante un buen rato.

Serena volvió riéndose y disculpándose por el comportamiento de la niña, vaticinando que sería un peligro en los salones londinenses cuando fuera mayor, haciendo que todos nos uniéramos a sus risas.

Una vez finalizada la cena, tan familiar y cálida como la vez anterior, pasamos al mismo salón que ya conocía. Yo estaba nerviosa y expectante ante las noticias que August tenía para mí.

Estaba asustada.

—August, ¿qué has averiguado? —preguntó Gabriel de forma directa, mientras el señor Owen le servía una copa de whisky.

—Lo que pasó aquella noche. Sabía que se me escapaba algo, pero, gracias a mi Serena, hemos resuelto el misterio.

—¿No son las Pléyades? —inquirió.

—Sí, las Pléyades y la triple conjunción de Venus, Júpiter y la luna creciente, un hecho excepcional —concluyó exaltado.

—¿Triple conjunción? —repetí.

—Venus y Júpiter se encontraban a 3 grados el uno del otro, casi juntos, desde nuestra perspectiva, claro. Venus alcanzó su máxima separación del sol y justo el 27 de julio se les unió la luna; los tres astros estaban alineados.

—Un fenómeno de lo más inusual, de hecho ocurre cada varios años —añadió Serena haciendo gala del mismo entusiasmo que su marido.

—Esa alineación unida a la ausencia de las Pléyades crearon una energía cósmica que provocó una alteración en la energía térmica terrestre en forma de pequeños ciclones, uno de ellos tuvo lugar aquí, en Londres.

—¿Ha habido más? —pregunté asombrada.

—Sí, pero no sabemos si todos eran portales hacia otro tiempo, eso es algo que quizás nunca descubramos —dijo Serena con pesar.

—¿Y cómo es que de Hyde Park llegué al salón de los Evans?

—Pensamos que se debe al tropezón —explicó August.

—¿Al tropezón? —Gabriel estaba tan sorprendido como yo.

—Usted dijo que antes de caer, tropezó, ¿cierto? —Asentí—. Pensamos

que al no entrar de forma natural, ese traspie la desvió del lugar original. Lamentablemente, no hay forma de demostrarlo y, aunque resulte una explicación algo simple, nos parece la más lógica, teniendo en cuenta que no tenemos ningún punto de referencia, de todas formas, es algo que nos queda pendiente todavía. Si tenemos suerte, quizás averigüemos el motivo de ese desplazamiento.

—Ya. ¿Y ahora qué? ¿Eso significa que no existe posibilidad de volver?

—Al contrario...

—¡August! —lo reprendió su esposa—. Lo siento, Katerina, no queremos darle falsas esperanzas.

—Lo que Serena no quiere que le diga es que esa alineación volverá a suceder hacia mediados de noviembre; lo que no está claro es si las Pléyades se mantendrán visibles u ocultas y, de ser así, aún nos quedaría localizar el lugar del portal..., en caso de que ocurra lo mismo otra vez.

—Ya... —respondí pensativa. Todo hubiese sido mucho más simple si no existiera esperanza.

—Tenemos que hacer más estudios, Katerina —dijo Serena—, no hay nada definitivo, pero queríamos que conociera los resultados de nuestra investigación.

—Gracias por su trabajo, mi presencia aquí ya no es una incógnita —contesté sonriendo. Me estaba muriendo por dentro. “Gabriel, dime que me quede..., por favor”, supliqué en mi interior.

—Sí, sin embargo hemos decidido no divulgar esta información, eso la implicaría a usted, Katerina —explicó el señor Owen—. Es mejor dejar las cosas como están.

—¿Habéis averiguado la fecha de esa alineación? —preguntó Gabriel impasible.

—Sólo sabemos que tendrá lugar en noviembre, hijo, pero todo depende de M 45. Si serán visibles o no, todavía es un misterio.

—Por el momento, milord, no se va a librar de mí —dije alegremente, regalándole mi amor en una sonrisa..., mirándolo sin apartar mis ojos de los suyos.

Gabriel me miró sin decir nada y una leve sonrisa iluminó su hermoso rostro. Sentí su aceptación, como si, abriéndome sus brazos, me diera la bienvenida a su vida. ¿Era de verdad o sólo imaginaba lo que más deseaba? La luz de su mirada eran sus palabras.

La reunión duró un poco más y Gabriel aprovechó para hablarles del

nuevo orfanato y de lo se estaba haciendo para restaurarlo, de la recaudación, de la fiesta en su casa, y cuando habló de mi trabajo con la señorita Whatson con tanto orgullo, sentí que no tenía que irme a ninguna parte. Ya estaba donde tenía que estar y él acabaría diciéndome lo que tanto deseaba escuchar.

Ya en el carruaje de vuelta a casa, Gabriel, sentado a mi lado, me arropó contra su costado, besó mi frente y me recosté sobre su hombro.

Todo era perfecto.

Gabriel ya se había ido, pero su calor se había quedado en la cama. Me acurruqué un poco más, hundiendo la cara en el hueco que había dejado en la almohada, su aroma también estaba ahí.

Perezosa, me levanté y sentí molestia en el estómago. Otra vez. La impresión de la noche anterior, supuse. Una vez vestida con los pantalones, me fui a la cocina para desayunar antes de empezar el paseo a caballo y las clases de Alfred.

El paseo con *Tortuga* fue encantador. Ya la dominaba a la perfección, pero sólo a ella, temblaba de pensar que tendría que ir a lomos de otro caballo que no fuera mi yegua; sin embargo, el entrenamiento me agotó y tuve que pedirle a Alfred que lo dejáramos para el día siguiente. Él suspiró de alivio, pues temía que Gabriel nos pillara en plena faena defensiva y por mucho que le insistí en que él no se enteraría y que si lo hacía, nada ocurriría, el joven no lo veía nada claro, temiendo lo que pudiese llegar a suceder si lo averiguaba.

La vida era hermosa y todo me parecía perfecto.

Nunca imaginé que estar enamorada y compartir cada día con él, podría hacerme tan feliz. Ni siquiera en mis ensoñaciones y fantasías más infantiles.

Cada día me sentía más cansada y tenía sueño en todo momento. Pensé que tal vez estaría enferma, pero no tenía ningún síntoma, salvo el estómago revuelto algunas mañanas. Pensé que sería algo pasajero y sin importancia, por ello tomé la precaución de tomarme las cosas con más tranquilidad y cuidar mi alimentación, escuchar mi cuerpo para darle lo que necesitara.

Así pues, ya no paseaba todos los días a caballo con Alfred y le dije a la señorita Whatson que iría sólo un día a la semana a la escuela. Pasaba la mayor parte del tiempo paseando y leyendo, y aun así, me sentía cansada.

Lo más extraño fue que no podía soportar los pastelitos de la señora Crawford y me moría de ganas de comer pizza, algo de lo más sorprendente

teniendo en cuenta que no era uno de mis platos predilectos, de hecho, la comía dos o tres veces al año cuando mis amigos se empeñaban en cenar en una pizzería y si podía evitarlo, solía pedir cualquier tipo de pasta, pero cuando la comía, siempre era la misma: pizza Cuatro estaciones. Sin embargo, llevaba unos días en que me apetecía comerla a cualquier hora y ni siquiera le podía decir a la señor Crawford cómo se hacía; bueno, en realidad, le expliqué que se trataba de un pan plano, parecido a la base de una tarta, después se echaban los ingredientes y al horno.

Y esa adorable cocinera gruñona me sorprendió una noche con una enorme “pizza” estilo Crawford que hizo que casi llorara de alegría. Gabriel se quedó pasmado al ver aquel plato que aún se desconocía en Inglaterra, sin embargo, se sorprendió aún más cuando la probó y le gustó.

Pasábamos las veladas en la biblioteca, conversando, jugando al ajedrez y la mayoría de las noches... Las noches...

Haciendo algo más que jugar...

El mundo era maravilloso. Y yo me sentía feliz.

Aquella mañana, salí con Alfred y *Tortuga*. Ambos nos sentíamos tranquilos y relajados pensando que Gabriel se había ido. Así que, después del paseo, nos adentramos en el bosque y ocupamos el lugar que habíamos encontrado para poner en práctica nuestro secreto.

Después de un rato, yo ya no podía más y no hacía más que reírme.

—Ay, Alfred, esto se complica cada vez más —le decía sin resuello y riéndome.

—Señorita Katerina, quizás sea mejor que lo dejemos. Ya ha aprendido bastante.

—No. Quiero que me enseñes a deshacerme de alguien si me toma por detrás —le pedí muy decidida.

—¿Por detrás? Señorita, eso es muy peligroso. ¿A dónde piensa ir para verse metida en semejante problema? Hablaré con lord Adair para que no la deje salir.

—Ni se te ocurra, Alfred —le dije en un tono autoritario—. No voy a ir a ningún lugar peligroso, además, siempre estarás tú o lord Adair, es sólo por precaución. Imagina que te atacan varios hombres, yo podría ayudarte...

—¡Señorita! —exclamó totalmente horrorizado.

—Vamos, ya que hemos llegado hasta aquí, me puedes decir qué debería hacer en ese caso.

—Me matará..., me matará... —murmuraba colocándose detrás de mí —, me matará...

—No digas tonterías —repliqué risueña—. Bien, ¿ahora qué?

—Imagine que alguien la sujeta de esta forma. —Me puso un brazo en el cuello y el otro en la cintura, casi a medio metro de mí. Sonreí—. ¿Qué haría?

Gabriel había decidido quedarse a repasar los informes de sus inversiones y a preparar la lista de invitados para la fiesta solidaria. Entre todos habían decidido prepararla por su cuenta por si había alguien que fuera más conocido de unos que de otros, después la pondrían en común. Pero oyó cómo Katerina salía y supuso que iría a cabalgar junto a Alfred.

Pensándolo mejor, se dijo que ya tendría tiempo más adelante para terminar con sus asuntos y tras ponerse las botas de montar, se colocó a lomos de *Halcón* para reunirse con los jinetes.

Cuál fue su sorpresa cuando vio que no aparecían por ninguna parte. Eso era imposible, los lugares por los que podía pasear Katerina sin peligro ni sobresaltos estaban a la vista y no podían desaparecer así como así. Sin embargo, unas voces procedentes del bosque, llamaron su atención. Parecía una discusión.

Fustigó su caballo y sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia el lugar de donde procedían las voces. El miedo lo devoró cuando oyó gritar a Katerina. ¡Maldita sea! ¿Dónde se había metido Alfred?

Lo que vio lo dejó en estado de shock. Alfred estaba atacando a su mujer.

—¿Qué demonios le estás haciendo? Suéltala de inmediato —gritó iracundo, fulminándolo con la mirada—. Te mataré, maldito bastardo... ¡Quítale las manos de encima! —De un salto se bajó del caballo.

Ambos se quedaron paralizados y cuando vieron que Gabriel arremetía contra Alfred con la fusta en alto, Katerina se puso en medio para detenerle.

—Gabriel, para, no me está haciendo daño. Vete, Alfred —le gritó.

—Ni se te ocurra dar un paso —dijo amenazante.

El pobre muchacho se mantuvo quieto esperando lo peor.

—Lo sabía, lo sabía, lo sabía... —murmuraba por lo bajo.

—Alfred, cálmate, por favor, no pasa nada. —Katerina, conciliadora, intentó tranquilizarlo—. Gabriel no es lo que crees —repitió con voz suave sujetándolo por el pecho, mientras él seguía apuñalando a Alfred con los ojos.

—Sé lo que he visto y él...

—No sabes nada; deja que te explique, ¿sí? —Lo miró a los ojos—. Por favor, cariño, mírame... Gabriel, mírame —le volvió a gritar sacándolo de su estado de fijación hacia el joven. Entonces la miró—. Me está enseñando a defenderme, yo se lo pedí.

—¿Que está haciendo qué? —gruñó—. Katerina, te tenía prisionera contra su cuerpo, estaba intentado asfixiarte. ¡Cobarde! ¡Te mataré! —volvió a gritarle dando un paso hacia delante.

—¡No! Por favor, Alfred, vete —dijo mirándolo.

Alfred que no se movía, sólo tenía ojos para el suelo.

—¡Alfred! —exclamó Katerina. En ese momento alzó el rostro.

Sin embargo, hasta que Gabriel no le hizo una señal con la cabeza, el muchacho no se atrevió a moverse.

Cuando se fue, se plantó delante de ella con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre su pecho. A Katerina le pareció que estaba arrebatador y sólo tenía pensamientos de lo más inapropiados viéndolo en esa actitud.

Lentamente, se acercó a él y colocó sus manos sobre sus antebrazos, acariciándolo con suavidad.

—¡Explícate! —exigió aún alterado.

—Bueno, verás... —Besó, con calidez y deseo, sus labios—. Sólo quería sentirme segura y aprender... —Se alzó de nuevo y besó su mentón—; para luchar en caso de que alguien me ataque. —Volvió a besarlo en la oreja, poniéndose de puntillas—. Tuve que pegarle, pobre muchacho; no le quedó otra opción, era eso o acabar con el culo morado. —Sonriéndole con picardía besó sus mejillas, las comisuras de su boca, en una danza sensual y erótica que hizo que Gabriel jadeara—. Ahora, tendrías que disculparte con él, le has dado un susto de muerte. —Sus manos ya habían descubierto su cuello y sus labios se posaron en su pulso, húmedos y cálidos.

—Eres una bruja peligrosa que hechiza a los hombres sometiéndonos a tu voluntad, señorita Sinclair —dijo todavía un poco irritado..., aunque muy excitado—. No tenemos ninguna posibilidad contra ti. —Y esa vez le sonrió—. Te adoro, bruja. —La besó sin la dulzura que ella había empleado para aplacar su enfado, sino con toda la pasión que corría por sus venas, con el rugido ensordecedor del burbujeante deseo.

Katerina sentía sus pantalones mojados y su sexo pulsante demandaba las caricias de Gabriel. Se enredó en su beso acariciando su espalda por debajo de la camisa cuando él la tomó por la cintura, elevándola del suelo.

Rodeando sus caderas con las piernas, se meció contra su erección sintiendo en su boca el gemido de su hombre que la devoraba sin pausa.

—No volverás a practicar con él —ordenó, abandonando su boca y deslizándola por su cuello—. Lo harás conmigo... yo... yo te... enseñaré...

—¿Crees que... que... podrás? —preguntó jadeando.

Se separó unos centímetros de ella y la miró con una profundidad que la hizo estremecer.

—Podré. —Su voz no dejaba lugar a dudas, mientras volvía a tomar su boca.

Caminando con ella abrazada a él, la apoyó contra un árbol y tomando sus piernas la depositó en el suelo. Sus manos se multiplicaron para desabrocharle la chaqueta y la camisa y finalmente quitarle el pantalón, a la vez que Katerina le abría el suyo y se lo bajaba, acariciando y pellizcando sus nalgas, rodeando sus caderas para tomar su polla en una mano y sus pelotas en la otra.

—No puedo esperar, mi amor, me vuelves loco —susurró contra su boca, mientras alejaba esas manos vagabundas que estaban a punto de hacer que se vaciara, y tomándola de las nalgas, la levantó para introducirse en ella mientras volvía a rodearlo con sus piernas y anclaba sus tobillos en la parte baja de su espalda.

Sus empujes fueron duros, había perdido la capacidad de pensar, sólo sentía. La sentía rodeando su falo a punto de explotar. Katerina jadeaba yendo a su encuentro, mecida por las manos grandes y fuertes de su hombre. Gabriel tomó un pezón en su boca a través de la camisola que se había puesto por primera vez ese día, debido a la frialdad de la mañana, sin embargo, verlo tieso y rosado a través de la tela humedecida por su saliva, sólo consiguió alimentar su deseo; su pasión la mantuvo prisionera contra su pelvis mientras él cambiaba los movimientos de sus caderas, rotándolas y golpeando su perla preciosa totalmente abierta para él.

—Gabriel... —chilló ante el cambio en sus envites—. ¡Dios mío! Estoy... tan cerca... —jadeó.

Sus movimientos se volvieron frenéticos, mientras se hundía una vez más en su boca.

—Ahora, mi amor... Córrete... Ahora... —dijo contra su boca.

Y Katerina se corrió, dejando libre la poderosa magia de su clítoris estremecido, inclinándose hacia delante, mientras Gabriel la seguía, levantando la cabeza hacia el cielo y aullándole al sol del mediodía.

—Te amo —murmuró Katerina contra su hombro.

—Te amo —murmuró Gabriel abrazándola contra su pecho.

Volviendo a la normalidad después de unos minutos, de pie frente a frente, se perdieron en la luz de sus miradas.

En su aliento.

En el cariñoso y dulce beso que se regalaron.

—Nunca me cansaré de ti —confesó Katerina.

—Nunca me cansaré de ti —confesó Gabriel.

El escalofrío que recorrió el cuerpo semidesnudo de la joven, hizo sonreír a Gabriel que tomó su ropa y la vistió, para abrazarla y darle su calor después de colocar sus pantalones en su sitio.

—Tienes el don de sorprenderme, mi amor —dijo Gabriel tomándola en sus brazos y subiéndola a lomos de *Halcón*.

—¿Yo te sorprendo? —preguntó recostándose contra su pecho cuando se sentó detrás de ella.

—Siempre. —Poniendo en marcha al caballo, la besó en la frente y la agarró con firmeza por la cintura—. Siempre.

—Ahora, tendrás que disculparte con Alfred, por favor —susurró, sintiendo cómo él asentía y rozaba sus cabellos con la mejilla.

El trayecto lo hicieron en silencio, pero cuál fue la sorpresa de Gabriel cuando comprobó que Katerina se había quedado dormida entre sus brazos. Como pudo, e intentando no despertarla, la bajó y la llevó a su habitación. La desvistió dejándola sólo con la combinación y la arropó. Se arrodilló sobre la alfombra; acariciando su cabello, se quedó prendido en la belleza y el amor que Katerina desprendía incluso dormida.

La amaba tanto que le daba miedo.

Si antes lo había sentido por la oscuridad de su pasado, ahora lo sentía por el temor a perderla.

No había pensado en la reunión mantenida con August, o mejor dicho, se había negado a pensar en ello. Ni siquiera lo habían hablado. Y así seguiría.

Llegaría el momento en que ella sería su esposa.

Era definitivo. Nada podría cambiar eso.

Ella le había enseñado el amor. Le había enseñado a amar.

Era lo mejor que le había pasado en la vida.

En el salón de Miranda, estábamos preparadas para tener otras de

nuestras reuniones del Club, salvo que ese día no estábamos solas. De forma excepcional, y sólo por un rato, se permitió la presencia de los caballeros. Yo me sentía feliz. Gabriel estaba conmigo. Y Miranda tenía algo que hacer. Sin embargo, viendo que empezaban a sentirse cómodos y confiados, Lisa les recordó que no se hicieran ilusiones, ya que nuestras reuniones eran secretas y quedaban excluidos los miembros del sexo opuesto.

—Hoy vas a ser mi modelo, Gabriel —dijo con naturalidad la joven pintora.

—¿Disculpa? —preguntó sorprendido.

—Vas a posar para mí. Voy a hacer un boceto tuyo para un retrato. Desde hace un tiempo, tengo el capricho de pintar a las personas, pero no se me da del todo bien y por eso tengo que practicar mucho. Estoy cansada de paisajes y bodegones. Quiero probar algo nuevo —explicó.

—¿Edmund no se presta a posar para ti?

—Edmund..., ya ha posado. —Su rostro se iluminó con una pícaro sonrisa, mirando de reojo a su esposo—. Así que siéntate ahí y déjame hacer.

—Si me lo pides de ese modo, no me queda más remedio que aceptar. —Rio divertido.

Yo permanecía de pie, junto a la chimenea encendida. Viéndolo sentado en el sillón frente a Miranda, me veía a mí misma como un dibujo animado donde el muñequito en cuestión desprendía miles de corazones. Miranda me miró guiñándome un ojo, y yo le sonreí en señal de agradecimiento.

Pasara lo que pasara, él siempre estaría conmigo y jamás olvidaría su rostro. Siempre me había llamado la atención el hecho de que la imagen de una persona fuera lo primero que se olvidaba de ella. Su recuerdo podía mantenerse eternamente en la memoria, su olor, pero no su rostro. Algunas veces, cogía mi cartera y me perdía en las fotos de mi familia; siempre daba gracias por tenerlas para poder mantener sus caras en mi recuerdo y lo mismo hacía con las de mis amigos. Qué cosa tan extraña era la mente.

Gabriel no se opuso a nada de lo que Miranda le decía. Primero se había sentado frente a ella, después le dijo que se mantuviera de pie, apoyado en el sillón, mientras ella trabajaba.

—Espero verlo cuando lo termines —le dijo Gabriel cuando ya hubieron finalizado la sesión.

—No sé. Si no sale bien, no te lo enseñaré —contestó muy decidida—. Soy orgullosa, no tengo remedio. Bien, ahora, mis queridos señores, tendréis que esperar.

Se dirigió hacia su marido y, besándolo con ternura en los labios, lo acompañó hasta la puerta, mientras yo me alejaba de la chimenea sintiendo un calor incómodo y algo más. De pronto sentí ganas de vomitar; respiré hondo en un intento de controlar las náuseas que por fortuna, pude contener, sin embargo algo no iba bien, me sentía extraña.

—Katerina, querida, ¿se encuentra bien? Está un poco pálida... —me preguntó Lalima levantándose—. Katerina...

No pude contestar, era como si no la viera con claridad, como si mi cuerpo se me fuera, como si mi mente se apagara... Acto seguido, todo se desvaneció.

—Katerina, cariño..., despierta... —me decía Gabriel, frotando con suavidad mi mejilla—, cariño...

Poco a poco, fui abriendo los ojos y lo vi inclinado sobre mí mirándome con preocupación. Gabriel me había cogido en sus brazos antes de caer al suelo y me había tumbado en un sofá.

—Katerina...

—¿Qué... qué ha pasado? —atiné a preguntar, aún me sentía un poco aturdida.

—Se ha desmayado —dijo Lisa—. Nos ha dado un susto de muerte.

—Lo siento —repliqué intentando incorporarme, cuando me volvió el mareo.

—Tranquila, cariño, Edmund ha mandado llamar al médico —susurró mi Gabriel.

—Estoy bien, no es necesario. Ha sido un golpe de calor. —Volví a intentar levantarme.

—Quédese donde está —ordenó Miranda con voz firme—. ¿Qué es eso de un golpe de calor?

—Estaba junto a la chimenea y me sentí acalorada —expliqué.

Justo en ese momento, apareció el médico y los echó a todos de la habitación.

Lo que me dijo me dejó sin habla. En ese momento lo entendí todo, todos esos malestares, esas manías. Claro, por eso no soportaba los dulces de la señora Crawford, por eso me moría por una pizza cada día, por eso sentía el estómago revuelto y había vomitado aquella misma mañana. El sueño a todas horas, el cansancio... Por eso tantas cosas... ¿Se podía explotar de felicidad?

Le pedí al doctor que no dijera nada, que yo misma se lo diría a “mi

marido” en privado; él aceptó, por supuesto, y se limitó a decirles a todos que había sido una ligera indisposición sin importancia y que estaba totalmente recuperada.

—Lamento haber estropeado la tarde, no ha sido nada —les dije pletórica—. Ya me encuentro bien, ¿veis? —les dije poniéndome de pie—. Ya podemos volver al asunto que nos ocupaba —concluí con una sonrisa.

Todas rieron, mientras los caballeros se iban murmurando por lo bajo. Gabriel no dejaba de volver la cabeza mirándome preocupado, sin embargo, no pude engañar a Lalima, que me sonrió con complicidad mirando primero su vientre y después el mío.

Gabriel no dejaba de mirarme. Veía su preocupación reflejada en su rostro.

—Gabriel, estoy bien, no me pasa nada, de verdad —repetí una vez más en el carruaje que nos llevaba a casa.

—Nadie se desmaya por nada —dijo muy serio.

—Pues sí. —Me recosté sobre su hombro—. Puede ser una bajada de tensión o por el calor o por algo que comes y te sienta mal, hay muchas razones... —expliqué con una sonrisa.

—Voy a vigilarte de cerca y no vas a salir —me advirtió señalándome con un dedo.

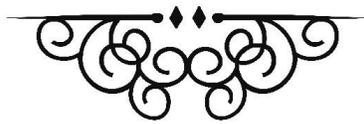
—Gabriel, compórtate, por favor. No estoy enferma. Ha sido un hecho aislado —lo reprendí, dándole una palmada en la mano.

—Aun así, no voy a quitarte el ojo de encima. —Me acomodó en su regazo, besándome con ternura los labios.

Reposé la cabeza contra su cuello y le eché los brazos alrededor.

El séptimo cielo.

CAPÍTULO 20



Después de lo que me dijo el doctor en casa de Miranda, dejé de cabalgar y le dije a Gabriel que ya no me apetecía seguir con las clases de defensa, después de todo, había aprendido mucho con Alfred, sin embargo, sentía curiosidad por la esgrima y le pedí que me enseñara más adelante, ya que me había volcado más en las clases de la señorita Whatson teniendo en cuenta que disponía de más tiempo, aunque seguía yendo a la escuela una vez a la semana y siempre acompañada por el joven Alfred. Mi vida se desarrollaba con serenidad entre las clases con las niñas, mi diario, la lectura y los paseos. Y estaba encantada. Me sentía serena y por completo pendiente del ser que crecía en mi vientre.

Todo estaba ya en marcha para la fiesta. Se había decidido fijar un precio para la entrada y dejar a la voluntad de los asistentes una mayor participación. Mientras tanto, Gabriel aceptaba alguna que otra invitación y nos veíamos con sus amigos en esos bailes. Si no hubiese sido por ellos, me habría sentido completamente fuera de lugar; tanto artificio me repelía y la hipocresía de unos y los excesos de otros me resultaban demasiado desagradables, sin embargo, esa era la vida de Gabriel; sus amigos y conocidos se encontraban en esas fiestas donde se podían tratar temas de negocios o ampliar las relaciones sociales; pensaba que esos lugares sustituían los restaurantes y bares tan propios de mi tiempo, aunque, ¿qué sabía yo de cómo vivía la aristocracia? Aun así, disfrutaba mucho del vals —único baile que conseguí aprender— en brazos de Gabriel y de la amistad de Christopher Everett que se iba consolidando con cada encuentro, siendo muy bien aceptado por sus amigos, pero algo me decía que Gabriel no se alegraba de verlo... nunca. Es más, cada vez que aparecía, se ponía de mal humor y empezaba a ponerse más coqueto con todas esas descaradas que lo asaltaban en los salones. Confiaba en él, me había dicho que me quería y estábamos viviendo juntos un amor maravilloso que ni siquiera el cine hubiera sido capaz de reflejar, mas cuando lo veía sonreírles y participar de su teatro, me daban ganas de

golpearlo, de irme, de decirle que era un cerdo infiel y traidor... Llegados a ese punto, tenía que respirar hondo y recordar que los celos no eran buenos consejeros, que siempre lo estropeaban todo. Nos amábamos, eso era lo que importaba, aunque no comprendiera su comportamiento. ¿No se sentiría celoso de Christopher? ¡Qué tontería! Le había dicho mil veces que lo amaba y yo no coqueteaba con él; nuestra amistad se había forjado sobre el desarraigo; ambos nos sentíamos perdidos en un mundo que no era el nuestro y mi curiosidad me llevaba a aprender todo lo que pudiera sobre su pueblo; de ese modo, nació una bonita relación entre nosotros. Éramos amigos.

A veces me preguntaba si siendo un hombre del siglo XIX, no tendría una forma distinta de ver las relaciones, tal vez la fidelidad no formaba parte de ellas. Con pensamientos de este tipo, siempre acababa riñéndome: el amor era amor en cualquier época, el compromiso, la entrega, nada de eso tenía que ver con el tiempo, el siglo o el lugar, sólo tenía que ver con la persona y Gabriel me había dado numerosas pruebas de su amor, de lo comprometido que estaba en nuestra relación. Qué extraños seríamos siempre los seres humanos. Nunca me dejaban de sorprender las inseguridades que nos podía llegar a crear el amor, el ver a esa persona tan amada hablando con otras, una sonrisa o una mirada que no estuviera dirigida a nosotros. ¿De cuántas formas teníamos que asegurarle al otro que era el centro de nuestra vida?

Aquella noche, sin embargo, los amigos de Gabriel no habían podido venir y él estaba más atento en afianzar sus relaciones sociales con los conocidos a los que pretendía invitar al baile. Sólo la presencia de Christopher me hizo llevadera aquella velada, es más, lo pasé francamente bien hablando y riendo con él. Era un hombre encantador con un sentido del humor extraordinario, pero su padre tenía otro compromiso y tuvieron que marcharse demasiado pronto para mi gusto, dejándome sola, mientras Gabriel seguía sin prestarme atención, más interesado en promover el proyecto del orfanato. Por un lado lo entendía y lo consideraba de máxima importancia, jamás se me habría ocurrido interrumpirlo o mostrarme enfadada, aunque lo estuviera, o triste, que también lo estaba, pero por otro, y con las hormonas navegando sin ton ni son por mi organismo, me sentía abandonada y sola.

No tenía ninguna duda de que aquel no era mi sitio. Me daba la impresión de estar en una dimensión paralela con seres que no eran humanos, donde ni siquiera entendía el idioma con el que se comunicaban. Rodeada de gente me sentía aislada, a pesar de que algunos caballeros me solicitaron un

baile que yo rechazaba o se entretenían unos minutos hablando conmigo. Las mujeres se acercaban para saludarme con tanta falsedad que casi habría podido abofetearlas para quitarles esa sonrisa cínica que afeaba sus rostros o introducirles un calcetín sudado en esas bocazas que hacían lo posible por meter cizaña en mi relación con Gabriel, con tanta falta de sutileza que sólo podía sonreírles con la misma hipocresía que desprendían. Era insoportable. Necesitaba un poco de paz y de aire que no estuviera contaminado por todo aquel artificio.

Me dirigí hacia el balcón que se abría en dos tramos de escaleras a la derecha y a la izquierda. Apoyada sobre la balaustrada, respiré hondo y me dejé envolver por la magia que el jardín, iluminado con antorchas, desplegaba ante mí.

Se veían grupos de gente charlando animosamente, paseando entre los parterres, de ahí que me decidiera a tomar un camino que me adentrase más en aquel laberinto de senderos, setos y árboles. Llegué a una fuente adornada con dos delfines entrelazados de cuyas bocas salía un chorro de agua. Por fortuna, allí no había nadie y la oscuridad, bañada por la luz de la luna, era el refugio perfecto que buscaba.

Me recosté contra un árbol y cerrando los ojos me dejé invadir por el sonido del agua que me fue reconfortando. Por un momento me sentí en casa, relajada y serena. ¡Estaba tan cansada! En aquel momento deseé poder teletransportarme a mi habitación, a mi cama...

Un ruido de pasos me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Te estás escondiendo? —La voz musical de Gabriel cayó sobre mí como una cascada refrescante.

—Había demasiada gente, necesitaba un poco de aire y este lugar es perfecto, ¿no te parece? —contesté con una sonrisa—. ¿Todo bien?

—Perfecto. Has elegido muy bien, es un rincón muy hermoso —dijo acercándose a mí. Sentí su aliento calentándome la piel, pulsando en mi sexo.

—Sí, lo es... —dije jadeando.

—¿Qué crees que podríamos hacer? —me preguntó al oído con una pasada de su lengua. La excitación vibrando en su pecho.

—No sé... ¿Se te ocurre alguna travesura? —dije con picardía.

—Se me ocurre más de una —contestó riendo—, mucho más que una travesura...

Acto seguido me besó lentamente. Lo empuñé de la chaqueta, a la vez que profundizaba el beso, despacio, sacándome un gemido que vibró en

nuestro interior.

Desabotonando mi corpiño, tomó mis senos en sus manos, sopesándolos, acariciando la sensible piel, frotando los pezones con el pulgar sin dejar de besarme. Pasó a pellizcármelos sacando un gruñido de mi garganta, mientras lamía y besaba mi cuello. Eché la cabeza hacia atrás, ofreciéndome a él por entero. Bajaba y bajaba hasta que se detuvo para mordisquear mis pechos y cuando se metió una de las cumbres erectas en su boca, grité. Mi sexo chorreaba, humedeciéndome, doliéndome. Apreté las piernas, mientras me sujetaba por la espalda acercándome a él, sintiendo el bulto de su verga contra mi vientre. Bajé los brazos posando mis manos en sus nalgas, restregándome contra su erección.

—Muchacha..., me matas... —siseó jadeando—. Sujeta esto —me dijo alzando mis faldas.

Deseaba con desesperación que besara mi sexo jugoso e hinchado que lo llamaba deshaciéndose en sus fluidos; en cambio, jugó entre mis pliegues con sus hábiles dedos, acariciando la entrada de mi vagina, extendiendo mis jugos hacia atrás, deteniéndose en mi ano, estimulándolo para luego volver en un baile circular hasta introducir un dedo dentro de mí. Me moví arriba y abajo como si fuera su pene.

—Te gusta, ¿verdad? —Su boca tomando el lóbulo de mi oreja. Me derretía. Asentí con la cabeza.

—Quiero oírtelo decir... Dímelo... —gimió al sentir mi mano apretando su verga a través de la tela de su pantalón.

—Me gusta... —logré decir—, no pares... —y continué masajeándolo.

Bajando despacio, detuvo la lengua en mi clítoris, mientras su miembro erecto se deslizaba por mis dedos. Ahogué un grito.

—Shsss... Tan caliente... —La vibración de su voz casi hizo que me corriera.

Estaba tan excitada que apenas soporté un par de toques y ya estaba explotando mordiéndome el labio para evitar que mi grito atrajera a la gente que paseaba por el jardín.

—Ahora te llenaré..., me acogerás dentro de ti y te follaré hasta que me exprimas en tu interior...

Sus palabras hicieron palpar mi clítoris de nuevo. Me producía una extraña excitación su forma de hablarme sucio, nunca imaginé que eso despertaría mi botón secreto y haría manar mi néctar de mujer. Liberando su erección, tomó una de mis piernas colocándola sobre su cadera y me penetró

hasta el fondo de una estocada, mientras mantenía su otra mano en la parte baja de mi espalda.

—¡Cristo! —gimió besándome. Sentí mi propio sabor en mi boca, mi olor me inundó.

Sin descanso, rápido y duro, empujó dentro de mí una y otra vez haciendo que me arqueara, abriéndome a él.

—Más..., más... —susurré—, no pares... Gabriel...

Estrellándose contra mi pelvis, salió y entró con fuerza chupando mis pechos, duros y demasiado sensibles, haciéndome perder la cordura, sintiendo el orgasmo formándose en mi bajo-vientre hasta que el clímax arrasó todo mi ser.

Desplomada sobre su pecho, estrechó el abrazo y mordiéndome en el cuello se corrió estremeciéndose de arriba abajo, haciéndome resonar como un instrumento musical.

—Contigo siempre estoy en el paraíso, amor —me dijo posando, con infinita ternura, un beso sobre mis labios.

Se retiró para mirarme y volvió a besarme. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió para recomponer su pantalón; mientras, yo, con el torso al aire, planchaba su chaqueta con mis manos. Parecíamos dos novios enamorados y esa idea me hizo tan feliz que me sacó una deslumbrante sonrisa.

—Tu sonrisa es la llama de mis días. —Me sonrió acariciando de nuevo mis labios, gesto que aproveché para abrazarlo con todo el amor que sentía por él.

Cuando decía ese tipo de cosas, no podía creer lo mucho que me gustaba. Si lo hubiese leído en una novela u oído en una peli, me habría parecido tan cursi que habría estalla en mil carcajadas, sin embargo, el oírlas en vivo y en directo, me producían una felicidad y una sensación de paz desconocidas para mí, haciendo que deseara que mi Gabriel se pasara el día “cursileando”.

A disgusto, tuve que separarme de él para abrocharme el vestido.

—Tengo que ir a recomponerme un poco —le dije besando sus labios, mientras su manos se unían a las mías para terminar de arreglarme—. Y tengo que hacer pipí... con urgencia.

—¿Hacer pipí? Una mujer no dice esas cosas —se burló.

—Gabriel, no seas tonto...

—Anda, ve al vestidor, un sirviente te guiará.

Me ofreció su brazo y nos dirigimos al salón. La gente nos miró con

curiosidad. Los hombres lucían una sonrisa indefinible y las mujeres cuchicheaban detrás de sus abanicos. Volvió ese desfile de antiguas amantes haciéndole ojitos, acercándose a él cuando le hablaban, cuchicheando en su oreja, ofreciéndole los senos en clara invitación de lo que podría esperar si accedía a sus insinuaciones. Aquello cambió mi humor radicalmente. Lo confieso. Estaba celosa. Ya no era capaz de reprimir esa emoción, y el temor siempre me estrujaba el corazón cuando las veía aparecer interpretando su papel. Sabía que el verme con él las incitaba a comportarse de aquel modo tan descarado, y no es que yo pensara que no lo harían sin mi presencia, lo que creía era que la envidia y los celos las hacían sobreactuar para conseguir justo lo que querían: sembrar el miedo en mi interior. ¿Cuánto tiempo más seguiría conmigo? ¿Esperaría a que me fuera o tomaría una amante antes, dejándome de lado? ¿O me tendría a mí además de a alguien más?

Un sirviente me indicó que el vestidor se encontraba en el primer piso y, con todas esas preguntas rondando mi cabeza y los celos intentando dominarme, me dirigí hacia las escaleras. Gabriel, que se había quedado con un grupo de caballeros, no me quitaba el ojo de encima, sonriéndome todo el tiempo hasta que lord Everett hijo, me detuvo. Christopher había acompañado a su padre para luego volver al baile. Al parecer, había una viuda que había mostrado mucho interés por el joven marqués que no pudo resistir la tentación de saber lo que le esperaba junto a aquella mujer.

Tras un buen rato de conversación y unas risas, apareció la dama en cuestión; se disculpó conmigo cuando la vio, hecho que agradecí más allá de lo normal; un minuto más y me habría hecho pis encima, antes o después de vomitar. Con el estómago revuelto y con miedo a volver a desmayarme, proseguí mi camino, lo más rápido que pude, hacia la primera planta. Me sentía cansada y estaba harta de toparme con esas supuestas damas, pero sobre todo estaba rabiosa por la actitud de Gabriel. A ninguna le decía que no, dejando abierta la puerta a un posible encuentro en algún momento, y temía que fuera capaz de hacerlo; cuando estábamos solos confiaba por completo en él, pero al verlo pasearse con esa arrogancia y presunción entre todas ellas, dándoles coba, haciéndoles creer que acabarían en su lecho, me carcomían las dudas y los celos. Tal vez sólo esperaba a que me fuera para seguir con la vida que había tenido siempre, tal vez sí era un libertino y un sinvergüenza, después de todo; tal vez, simplemente, no había tenido ocasión de compartir la cama con nadie todavía y se contentaba conmigo hasta que encontrara algo mejor. Eso también me estaba cansando. Esa inseguridad en

mí misma que volvía a asomar ante aquel paseílo de ex-amantes o lo que fueran, me enfermaba y deshacía mi autoestima como nada antes. Era lamentable permitir que todo aquel circo tuviera el poder de afectar mis emociones después de lo que habíamos compartido en el jardín, de las palabras susurradas, después de haberme sentido tan feliz y realizada. Tan mujer.

¡Demonios! Él me amaba, me lo había dicho, me lo había demostrado, lo había sentido... ¡Dios! Quería irme a casa, no me encontraba bien... Ya no podía soportarlo más y como broche de oro, estaban esos asquerosos individuos que me miraban con una lascivia que me revolvió el cuerpo. No sabía qué podía provocar esas miradas tan desvergonzadas; no era mi aspecto, desde luego, iba vestida como todas las demás; no era mi juventud, las había mucho más jóvenes; no era mi belleza, las había más hermosas y yo era del montón. ¿Qué era entonces? No entendía nada.

Una vez que todo estuvo en orden y en su sitio, consiguiendo no sólo asentar mi estómago sino también mantenerme erguida sin temor a desfallecer, como me había ocurrido en casa de Miranda, y después de haber vaciado la vejiga —en un orinal y con todas aquellas enaguas puestas—, salí del vestuario tranquila y serena, decidida a decirle que nos fuéramos. Justo a la salida, me topé con unas señoras que me miraron de arriba abajo con ¿repulsión?, ¿desaprobación? ¿Qué había pasado en mi ausencia para provocar tal reacción?

—¿Qué vergüenza! ¿Cómo se atreve a venir y pasearse entre la gente decente con esa desfachatez? —me dijo una de ellas.

—¿Disculpe? —atiné a decir.

—Este no es un lugar para las de su clase —apuntilló otra de rostro avinagrado.

—¿Las de mi clase? —balbuceé. ¿Qué significaba eso?

—Desde luego que no, si tuviera un mínimo de dignidad se marcharía al lugar donde le corresponde —soltó otra, y alzando la barbilla entraron todas en la habitación dejándome en el pasillo con una tormenta de preguntas arrasándome.

¿Qué era todo aquello? Intenté no darle importancia y me dispuse a bajar las escaleras para descubrir en un hueco a una pareja besuqueándose. Eso me hizo sonreír, al parecer esas cosas habían sucedido desde siempre, pero la sonrisa se me fue de un plumazo cuando percibí que la figura masculina me era familiar..., demasiado familiar. Así que, de la forma más discreta posible,

me asomé y lo que vi me dejó sin aliento. Era Gabriel y una mujer rubia que tenía las tetas en la garganta. Me enderecé y tuve que sujetarme a la baranda para poder respirar. Lo que tanto había temido estaba sucediendo ante mis narices, había depositado mi confianza en un hombre que no la merecía..., otra vez..., como Arthur, sólo que no lo había amado en ningún momento, aunque yo hubiese pensado que sí; él no había despertado en mí un amor tan inmenso que me hacía necesitarlo con desesperación. Gabriel sí.

Bajé el tramo de escalera que me quedaba buscando una salida. La puerta principal quedaba descartada, rebosaba de gente entrando y saliendo y de sirvientes allí plantados, así que tomé un pasillo a la derecha con la esperanza de que me llevara a algún sitio, fuera el que fuera, pero lejos de allí.

Las cosas no me iban a resultar tan fáciles.

Saliendo de una habitación me di de bruces contra uno de esos lores petulantes que había conocido poco antes.

—Mi querida señorita Sinclair, ¿adónde va con tanta prisa? —me dijo soltándome el aliento que apestaba a alcohol.

—Lo siento milord, yo... tengo algo que hacer. —Intenté zafarme de su agarre con poco éxito, pues aunque era poco más alto que yo, su tamaño —en redondo—, y su fuerza me mantuvieron sujeta—. Por favor, milord, tengo...

—Con calma señorita —dijo socarrón—, yo la ayudaré.

—No necesito ayuda, gracias —repliqué con seriedad—. Me las arreglaré bien yo sola.

—Oh, no se ponga tan seria, Katerina. ¿Puedo llamarla Katerina? —me preguntó con una sonrisa mostrando sus dientes amarillos—. De hecho quería hablar con usted de negocios.

—Insisto, milord, ahora no puedo, tal vez en otro momento —¿Negocios? ¿Qué negocios?

—Sólo será un momento.

—Ahora no, si me disculpa —forcejeé empezando a tener miedo.

—No se ponga caprichosa Katerina, no me gustan las mujeres caprichosas.

—¡Suélteme! —Aquello ya era demasiado—. ¡¡Ahora!! —le ordené al borde de la histeria.

—Me gusta mucho, ¿sabe? Tanto que estoy dispuesto a pagarle el doble de lo le paga lord Adair por sus servicios —me dijo acercándose más a él.

—¿Pero qué está diciendo? —Entonces se acercó a mí y me besó. Creí que me moría de asco y dándole una bofetada logré apartarme—. ¿Qué

demonios se ha creído pedazo de basura? —Aquello lo volvió tan iracundo que, golpeándome, me empujó contra la pared.

—Todos saben que es la amante de Lord Adair, lo que nadie esperaba es que se decidiera a pagar por una cortesana, nunca lo había hecho. Ese desgraciado tiene demasiadas mujeres desfilando delante de él como para pagar por un revolcón, pero usted debe ser excepcional si la ha contratado —me dijo con rabia—, y yo quiero lo mismo, mi dinero es tan bueno como el suyo, zorra. —Volvió a golpearme.

—¿La está molestando señorita Sinclair? —Di gracias a Dios por la oportuna llegada de Alfred.

—¡Alfred! —respondí con lágrimas en la garganta.

—¡Lárguese patán! —exclamó el muy cerdo intentando golpearlo a él también, pero Alfred consiguió apartarse; su estado de embriaguez lo llevó de cabeza al suelo, momento en el que Alfred aprovechó para sacarme de allí, mientras el individuo profería amenazas contra mí y el chico.

—Merece que le arranquen el corazón —dijo escupiéndole—. Venga por aquí señorita.

El apuesto muchacho me llevó a la cocina donde di rienda suelta a las lágrimas atascadas que amenazaban con ahogarme. Una muchacha se acercó para darme una bebida.

—Tómese esto señorita, le sentará bien —me dijo con dulzura. La mirada cómplice entre ella y el joven anunciaba un romance. El licor me quemó las entrañas y comencé a toser.

—Gracias Alfred..., muchas gracias... Te estaré eternamente agradecida —conseguí decir—. Terminamos nuestras clases demasiado pronto... —Y dirigiéndome a la chica, le di las gracias.

—¿Dónde está el señor? —preguntó Alfred con rabia.

—Está ocupado —le contesté dejando de llorar y poniéndome de pie con furia, lo que me desestabilizó un poco.

—Siéntese, señorita, iré a buscarle.

—¡¡No!! Por favor, Alfred, estoy bien, de veras, puedes estar tranquilo —dije lo más serena que pude.

Alfred me miró preocupado.

—No se mueva, señorita Katerina, voy a acompañar a la señorita Jones y vuelvo enseguida. —Tomó a la chica del brazo y me dejaron sola.

Aproveché la ocasión para huir. Sabía que sólo era una excusa para ir a buscarlo. No quería verle.

Nunca.

La puerta de la cocina daba a un callejón en el lateral de la mansión; al fondo se veían los carruajes.

Comencé a andar de forma discreta para no llamar la atención de los cocheros y sirvientes que deambulaban por el lugar. Cada vez más alejada de los coches y las personas, mis pasos se fueron haciendo más largos hasta que empecé a correr y a correr sin girar la cabeza ni una sola vez. El llanto me sacudió una vez más obligándome a detenerme, pero me recompuse y seguí corriendo sujetándome las faldas a la altura de las caderas.

Cuando llegué a casa, subí corriendo las escaleras ante la mirada atónita del señor Tilman. Ya en mi habitación me cambié de ropa y me puse unos pantalones, camisa y chaqueta negra. Estaba fuera de mí, tan dolida que me estaba muriendo desangrada. En un pequeño bolso puse ropa interior y algunas cosas de aseo, y volví a salir bajando las escaleras corriendo. Ya me faltaba el aliento, pero seguiría corriendo hasta que cayera muerta si era necesario, por nada del mundo quería toparme con él. Salí de la mansión corriendo y corriendo, hasta que aparecieron ante mí unos caballos y Gabriel que bajaba del carruaje de un salto.

Cuando lo vi solté el bolso de la mano y me dirigí hacia un lateral del camino intentando perderme entre los árboles que lo bordeaban. Lo oía detrás de mí profiriendo maldiciones, mientras sentía las ramas bajas azotándome los brazos, el pecho, la cabeza; por más que intentaba sortearlas, la oscuridad me impedía ver por dónde iba. Entonces, sentí que me alcanzaba y caímos por una ligera pendiente hasta que frenamos contra un árbol que me golpeó la espalda haciéndome gemir.

Viéndome entre sus brazos empecé a moverme para soltarme; no lo conseguí, por supuesto, sólo sentí más dolor.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Maldita sea! —me gritó, consiguiendo que me quedara quieta a la vez que giraba la cabeza hacia un lado para que no me viera llorando.

—Milord.

—¡Alfred! ¿Qué ocurre? —preguntó Gabriel con sequedad.

—La señorita Sinclair se ha ido —dijo el chico con ira viendo el estado en el que lo había encontrado después de pasarse media hora buscándolo por todas partes. ¡Pensar que todos habían creído que la señorita Sinclair lo había cambiado! Seguía siendo el de siempre.

—¿Cómo que se ha ido? ¿A dónde? —Las sospechas y la preocupación

impregnaron su voz.

—Supongo que a casa, milord. La dejé un momento en la cocina y cuando volví ya no estaba.

—¿Con quién?

—Sola.

—¿Y lo has permitido? —gritó Gabriel.

—Yo no la he... abandonado, milord —respondió Alfred con reproche.

—Refrena tu lengua, muchacho, o tendrás que buscarte otro trabajo. — La ira lo dominaba—. Prepara el carruaje.

—Lo está esperando, milord.

Ya en el carruaje Gabriel tenía el corazón en un puño. Temía que lo hubiese visto con Sarah. ¡Maldita sea! Todo había sido culpa suya. Ver a Katerina con el hijo de lord Everett lo había desquiciado, los celos habían despertado en él emociones que no quería tener, que no había tenido nunca; se sintió vulnerable y a merced de ella. Cuando Sarah se le insinuó, quiso demostrarse que podía estar con otra mujer, que la muchacha que había vuelto su mundo patas arriba no significaba nada, pero no fue capaz. Katerina era su mujer, su complemento, la amaba. ¿Cómo había podido dejar que los celos le nublaran la razón? Con el primer beso se sintió asqueado y avergonzado de sí mismo por hacerle eso a Katerina, ella no se lo merecía, se merecía algo mejor, a alguien mejor. Lo único que había conseguido demostrarse a sí mismo, una vez más, era que la amaría por encima de cualquier cosa hasta el final de sus días. Lo que quería en realidad era volver a casa y hacerle el amor toda la noche, en cambio había permitido que esos hombres la miraran como si desearan comérsela e insinuasen ciertas cosas que él no había desmentido. ¡Demonios! Tuvo ganas de cortarles el cuello a todos y cada uno de ellos. Sólo quería estar con ella, perderse en su calor; entonces apareció Alfred con aquella mirada acusadora. Tenía razón, había sido él el que la había dejado sola y a merced de aquellos cretinos. ¡Infiernos! Si le pasaba algo... No quería pensar en eso.

Todo el camino estuvo escudriñando el exterior con la esperanza de encontrarla antes de llegar a casa y cuando la vio delante del carruaje a punto de ser aplastada, una parte de su alma gritó de horror y desesperación. Pero era mucho peor de lo que esperaba. Cuando por fin consiguió darle alcance viendo como las ramas de los árboles la herían, dio gracias a Dios, sin embargo, las lágrimas que percibió en su hermoso rostro, hizo que se maldijera mil veces antes de cogerla en sus brazos. Aquello era realmente

malo. Katerina parecía un muñeco sin vida contra su pecho, no le hablaba, no le gritaba, permanecía derrotada y silenciosa. Se maldijo una vez más por su estupidez; hubiese preferido a una Katerina iracunda, golpeándolo, antes que verla de aquel modo. Depositándola en su lecho, esperó alguna reacción, una mirada, una palabra, algo, cualquier cosa, sin embargo se mantuvo replegada sobre sí misma dándole la espalda y cuando pronunció su nombre sólo obtuvo silencio.

¿Qué había hecho? ¿Cómo conseguir que confiara en él de nuevo? Pero ahí no terminaba todo. El horror y la rabia lo dominaron cuando Alfred le contó lo que había sucedido con Lord Feetham. Aquel gusano había osado ponerle la mano encima, la había golpeado, y todo por su culpa, por no aclarar las malsanas suposiciones de todos aquellos inmorales, por dejarse invadir por aquel monstruo verde que lo había devorado. La amaba como nunca había amado a nadie. El terror lo dominó pensando que la había perdido para siempre, cuando lo único que quería era amarla por toda la eternidad.

Aunque había algo que sí podía hacer. Feetham lamentaría hasta su último suspiro lo que le había hecho. Era una promesa y nunca rompía sus promesas.

Me desperté con las primeras luces del día deseando permanecer en la cama, pero no le daría ese gusto. Yo era fuerte y podría continuar allí hasta que todo se resolviera, fingiendo serenidad; podría enfrentarlo con indiferencia, aunque el dolor me estuviera retorciendo las tripas.

La noche anterior había salido corriendo sin pensar, en un impulso de rabia y dolor insoportable. Con ese nuevo día lo veía todo de un modo distinto; empezaría a buscar una forma de irme de su casa, de ganarme la vida, como siempre había hecho. No lo necesitaba, sólo tendría que aguantar allí viéndolo cada día o evitándolo hasta encontrar la solución. Hablaría con mis nuevas amigas, tal vez podría trabajar como institutriz o dama de compañía de una anciana y si era en el campo, mejor que mejor, bien lejos de Londres, lo más lejos posible...

Me levanté y tomé un baño. Me puse un vestido sencillo de lana, sin miriñaque, sin corsé; necesitaba sentirme libre, caminar, sentir el frío matutino refrescándome la piel y la mente.

Cuando Nora llegó con el desayuno ya estaba vestida y preparada para salir. Me ardía la cara y el costado por los golpes recibidos; el dolor por la caída en el bosque hacía que mis movimientos fueran torpes y cada mueca

que hacía aumentaba la molestia que me palpitaba en el rostro. Aunque lo peor era el miedo que sentía por el bebé. Recé para que nada le hubiese ocurrido después de los golpes y la caída. Si lo perdía..., si lo perdía... Más tarde iría a ver al doctor Rook, de ese modo, me quedaría tranquila.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Nora al verme, llevándose las manos a la boca—. Señorita Katerina, ¿qué le ha pasado? Venga, siéntese y coma algo, mientras voy a buscar el ungüento para curarle esas heridas..., pobre niña.

—No, gracias Nora, no es necesario —dije con una voz que no reconocí—. Estoy bien, no se preocupe.

—Pues claro que me preocupo. ¡Virgen Santa! ¿Cómo se le ocurre? —Cogiéndome de los hombros me sentó frente a la bandeja con la comida—. Enseguida vuelvo.

Unos minutos más tarde Nora volvió con una crema amarilla que olía bastante mal, pero que, según ella, era mano de santo para los golpes, haciendo que la hinchazón desapareciera en un tris. No quise contarle nada y ella no insistió, conformándose con la versión que le había dado de que había tropezado con mi falda y me había golpeado en la cara, historia que evidentemente no se creyó, pero, haciendo gala de su discreción, la aceptó.

Cuando ya terminé de desayunar cogí el libro que estaba leyendo decidida a dar un paseo hasta la glorieta donde me pondría a leer un rato —si podía concentrarme lo suficiente— y me relajaría. Desde que la descubrí, aquella casita de muñecas me daba paz y los cristales que la rodeaban hacían que los rayos del sol fueran más cálidos, y eso me reconfortaba.

Allí sentada cerré los ojos y me eché hacia atrás. Después de varios intentos abandoné el libro a mi lado incapaz de centrarme. Pensando en todo lo que había pasado, me limpié una lágrima que me caía hacia la oreja cuando oí unos pasos. Era él, estaba segura. Había llegado el momento de enfrentarme a él, sin embargo, mi espíritu guerrero me había abandonado y lo único que quería era que me dejara sola y tranquila.

—Nora me ha dicho que podía encontrarte aquí —me dijo, mientras yo mantenía la cabeza apoyada en el cristal, ignorándolo—. Tengo que hablar contigo.

Notaba su presencia delante de mí y mi maldito y traicionero cuerpo respondió como siempre ante el sonido de su voz, de su aroma tan masculino. Me odié por ello. Quería ignorarlo y golpearlo y gritarle y arañarle, sin embargo, mi sexo palpitaba por él como hacía cada vez que lo veía o lo

pensaba, deseando tenerlo dentro, sintiendo sus manos, sus labios, su lengua... Mis neuronas se derretían y perdía la capacidad de pensar, de razonar... Nunca creí que un deseo semejante pudiera existir ni que pudiera tener gana de hacer el amor siempre siempre...

Se sentó junto a mí. Notaba cómo me miraba cada vez más irritado; podía oír la tormenta formándose dentro de él. Al menos, estaba consiguiendo mantenerme calmada, todo un logro teniendo en cuenta que deseaba arrojarme en sus brazos para sentirlos a mi alrededor y perderme en su abrazo tanto como golpearlo hasta que me cansara.

Entonces hizo algo que nunca esperé.

Con un movimiento rápido que me hizo dar un grito, me tomó de la cintura para sentarme sobre sus piernas.

—Ahora tengo tu atención —me dijo con sequedad—. No me gusta ser ignorado.

Yo lo miraba sin responder y fue lo peor que pude hacer. Claudiqué. Y él lo notó. Sentirlo entre mis piernas me hizo más consciente de la fuerza de mi amor y de mi deseo por él, comprendiendo que nunca dejaría de amarlo, de desearlo, de querer lo imposible..., a pesar de todo.

—¿Es una novedad para ti, verdad? —pregunté con ironía—. ¿No tuviste suficiente atención anoche?

—No es lo que crees.

—Claro que no, sólo estabas besuqueando a esa rubia, ¿qué podría pensar sobre eso? No me importa. Suéltame y déjame en paz —dije forcejeando—. No hay ningún compromiso entre nosotros, tú haz lo que quieras que yo haré lo mismo.

—¿Qué quieres decir? —Su ira era más que evidente.

—Digo que me voy y si para ello tengo que tomar un protector, lo haré. No eres el único hombre con dinero en este país y hay muchos que estarían encantados de tenerme en sus camas, sobre todo ahora que piensan que tengo un precio. Podré vivir en mi propia casa, sin nadie que me moleste y tendré lo que necesito hasta que el señor Owen...

—¡¡Por encima de mi cadáver!! —Su voz denotaba fiereza, su rostro cambió y vi que de verdad sería capaz de cualquier cosa.

—¿Todavía no lo entiendes, verdad? —repliqué con ironía—. Soy una mujer libre, tomo mis propias decisiones y tú..., tú sólo eres... pasajero —diciendo esto lo empujé una vez más con la intención de incorporarme e irme de su lado.

Estaba harta de sus tonterías. El amor podría ser tonto, como siempre decía Stephanie, pero esperaba que yo no lo fuera hasta el punto de consentir sus caprichosos cambios de humor.

—No me dejarás —concluyó con voz firme y ronca.

—No depende de ti. ¡Suéltame! —chillé dándole una bofetada—. No soy tu juguete. Tuve suficiente con Arthur y entonces me prometí que ningún hombre...

—¡No me dejarás! —exclamó iracundo sujetándome con más firmeza—. ¡Jamás!

—¡Haré lo que quiera! ¡No eres mi dueño! —le grité removiéndome, a punto de llegar a donde no quería—. ¡Maldita sea! ¡Gabriel!

Algo se despertó en él y tomando mi cara con ternura entre sus manos pasó con suavidad los dedos por la hinchazón de mi ojo, y sus labios por la herida de los míos.

—Kat... —Su semblante pasó de la furia a la preocupación. El macho alfa dominante, arrogante y prepotente, desapareció, dando paso al Gabriel tierno y amoroso.

—¡No! —Aparté el rostro. Quería evitar a toda costa que mis sentimientos tomaran el mando, que mi cuerpo manifestara lo que tanto anhelaba.

—Lo siento Kat, no debí dejarte sola a merced de esa jauría y no debí... ¡Diablos! Hay tantas cosas que no tenía que haber hecho —me dijo con arrepentimiento clavando sus ojos en los míos—. Kat, te juro por lo más sagrado que no es lo que piensas —concluyó besándome.

—Por favor, no hagas eso, me duele y no es un buen momento —le dije apartándome con brusquedad—. No quiero...

Antes de que pudiera evitarlo arrancó la delantera de mi vestido dejándome los pechos desnudos.

—¿No quieres? ¿Por eso tus pezones piden ser mordidos? —¡Maldita sea! Tenía razón, mis pezones erectos clamaban por su boca, mi respiración se volvió entrecortada.

Sí, el amor era tonto y yo..., yo también... Lo deseaba tanto..., lo amaba tanto...

—Hace frío. ¡Suéltame! —exclamé con irritación, deseo y excitación, golpeándolo en el pecho—. Gabriel, ¡suéltame!

En vez de hacer lo que le pedía, me cogió de las muñecas y me las sujetó a la espalda con una mano, mientras me seguía removiendo sobre su regazo

echando chispas por los ojos. Mis pechos bamboleándose. No podía deshacerme de su agarre; con mis manos atrás, la que le quedaba libre sobre mi sacro, acercándome a él y sus antebrazos rodeando mis muslos, me dominaba por completo, lo que no hizo más que aumentar mi rabia y mi deseo.

—Les dijiste a todos que era tu puta, maldito cabrón. Eres un cerdo, un traidor. Te odio. ¡¿Cómo pude confiar en ti?! —vociferé— ¡¿Cómo puedo amarte?! —Mis emociones eran una montaña rusa... Él y mis hormonas...

Me miró sin decir nada. Y bajó la cabeza.

Se apoderó de mis labios, de mi boca, buceando en ella con desesperación. ¡Joder! Quería mantenerme firme, sin embargo, su incursión iba debilitando mi frágil voluntad. ¡Maldita sea! ¿Estas cosas sólo me pasaban a mí o les ocurría a todas?

Hasta que mi entendimiento se nubló por completo y ya sólo podía sentir...

Su boca tomando mi pecho fue mi rendición completa, aumentando mi agitación y mi necesidad. Soltando mis manos, las guió hasta sus hombros. Juntó mis senos y empezó a chuparlos a la vez; no había hecho eso hasta ese momento y las sensaciones multiplicadas me hicieron gritar, sobre todo desde que últimamente, sentía mis pechos más duros y sensibles, más rellenos. El sonido de su satisfacción al chuparme los picos sobresaliendo de las areolas fruncidas, me hizo olvidar todo, arqueándome contra sus labios.

Perdida en las sensaciones, mis caderas se situaron sobre su verga moviéndose adelante y atrás, frotando mi sexo contra la suave tela de su pantalón, creando una fricción que me acercaba poco a poco al clímax. El dolor que había dominado mi cuerpo se estaba difuminando como por arte de magia dando paso al abandono y al olvido; el enfado y la decepción se habían ido por el retrete.

—Gabriel...

—Eso es mi dulce..., busca tu placer preciosa... —me decía jadeando, sintiendo la presión sobre su verga.

Y eso fue justo lo que hice, mientras volvía a besarme, provocando un dolor agudo que alimentó mi excitación. Sus manos se deslizaron por mis piernas hasta que me cogió por las nalgas desnudas guiando mis movimientos, y cuando estos se hicieron más frenéticos, su boca se deleitó en mis orejas, en mi cuello que lamía sin cesar, alternando su lengua y sus dientes que mordisqueaban mi piel llevándome a un orgasmo que hizo que

me apretujara contra él respirando con dificultad.

Desabrochando su pantalón guío su pene hasta mi interior, llenándome y haciéndome sentir completa, como tantas veces lo había hecho antes, el amor era extraordinario. Hacía del sexo una experiencia espiritual.

—Cabalga a tu hombre, muchacha... —me susurró empujando sus caderas, carne contra carne—, cabálgame... como sólo tú... sabes hacerlo...

El sonido de succión sólo aumentaba nuestro deseo, su verga dura dentro de mí me estiraba y me guiaba hacia otro orgasmo devastador.

Frente contra frente lo cabalgué, cabalgué a mi hombre hablándole con el corazón una vez más, con mi sexo apretando y soltando su verga, sintiéndola en todos mis puntos, su siseo de placer me llenó de orgullo. Al parecer, los libros sobre sexualidad que había leído después de la ruptura con Arthur no eran literatura fantástica y aquello lo demostraba una vez más..., todas las veces..., siempre. Nuestros movimientos acompasados me transportó a otra explosión orgásmica que lo llevó a agarrar mis caderas para seguir meciéndose contra mí hasta que un orgasmo estremeció su pelvis abrazándome con fuerza, manteniéndonos abrazados durante un buen rato, ambos abandonados en los brazos del otro.

—Esto no arregla nada... —le dije con mis labios pegados a su cuello, mientras me recuperaba—. Nada. —Hice ademán de levantarme, pero me lo impidió.

—Kat, perdóname, perdóname por favor. Lo siento tanto —decía contra mi pelo.

—¿Perdonarte? —pregunté con ironía, irguiéndome—. Ahora todos piensan que soy una cortesana y que me pueden asaltar en cualquier rincón. —Intenté una vez más alejarme de él.

—No digas eso, nunca más vuelvas a decir eso —contestó con rabia—. Fue culpa mía, lo sé. Lo insinuaron y no lo desmentí; llegaron a sus propias conclusiones —me explicó manteniéndome con fuerza entre sus brazos, como queriendo conservarme allí para siempre, como si tuviera miedo de que desapareciera—. Nunca imaginé que esa rata de Feetham se comportaría de ese modo, pero ya lo he arreglado. Lamentará el haberte tocado —concluyó con una sonrisa.

—¿Qué has hecho? ¿Otro duelo? —pregunté asustada. Lo que faltaba.

—Cariño..., claro que no. Hay métodos mucho mejores para arruinar a un hombre y hacerle caer en desgracia —dijo con arrogancia—. Perdóname... —me volvió a pedir con humildad alzándome la cabeza para

mirarme a los ojos—, perdóname...

¡Maldita sea! Cuando me miraba de ese modo...

—¿Y esa... esa...? Te quiero, Gabriel, pero no pienso compartirte. Si lo que deseas es aventura, adelante, buena suerte y que la disfrutes, pero no conmigo. —Hice un nuevo intento de alejarme, mientras él seguía abrazado a mí como un náufrago—. Por favor, déjame... Me voy..., quédate con tus... tus desfiles de busconas —concluí muy resuelta. ¡Estaba tan cansada! Las lágrimas inundándome por dentro. El sollozo contenido me hacía daño en la garganta.

—No te irás, me perteneces, eres mía. ¡Mierda! Katerina, yo te quiero, pero cuando te vi con ese Christopher..., quería partirlo en dos.

—¿Christopher? ¿Qué tiene él que ver en todo esto? —pregunté atónita.

—Estaba celoso, como nunca lo he estado..., jamás había sentido... —Seguía dentro de mí, mientras yo alcanzaba tal cuota de perplejidad que no me lo podía creer—. Llegó Sarah y... no sé...

—¿Estás comparando tu comportamiento con el mío? —Aprovechando que había relajado el agarre, mientras hablaba, me bajé de su regazo, plantándome delante de él con los brazos cruzados sobre mi pecho todavía expuesto—. ¡¡Somos amigos, idiota!! Eres insoportable. Te dedicas a coquetear con todas esas furcias y ahora me vienes con ese cuento. —La furia volvió y, sujetándome el corpiño como pude, empecé a caminar hacia una de las puertas del cenador.

—Katerina... —me llamaba, mientras se abrochaba la bragueta—, Katerina... ¡Maldita sea!

—¡No me toques! ¡Suéltame! —exclamé irritada cuando sentí su mano alrededor de mi brazo—. Eres tan hipócrita como todos los demás. ¡Suéltame, he dicho! ¡Me haces daño! —le grité volviéndome hacia él. Las lágrimas se me escapaban... una a una.

—Katerina —susurró, abrazándome contra su pecho—, Katerina, mi amor, no estoy comparando nada, sólo... ¡Demonios! Estate quieta —gruñó cuando me removía para escapar de sus brazos—. No sé explicarlo, ni yo mismo lo entiendo...

—¿Eso quiere decir que cada vez que me veas con Christopher o con cualquier otro, te esconderás en un rincón con esa Sarah? —pregunté enfadada, colocando las manos contra sus pectorales, empujando.

—No volverá a ocurrir, te lo juro. Dime qué tengo que hacer para que me creas —me dijo con calma, cogiéndome por los brazos—. No quiero

perderte. Además, tú deberías entenderlo mejor que nadie —concluyó petulante.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —Estaba que explotaba.

—El día de la exposición menuda escena montaste. —El muy cretino se estaba riendo.

—¡Imbécil! No es lo mismo. Si serás... ¡Suéltame!

—Estabas celosa, ¿lo vas a negar? —dijo manteniéndome agarrada con firmeza.

—No, no lo niego, y te lo pasaste muy bien a mi costa, fui tu bufón durante un buen rato, pero no anduve coqueteando con todos ni me fui a ningún rincón con el primero que vi ni me dediqué a ir por ahí hablando mal de ti... Encima, me llevé la bronca del siglo después de... —Me faltaba el aliento—. Nunca nadie me había hablado de ese modo: “maldita mujer”, “niña estúpida”, “una pesadilla...” —repetí esas expresiones intentando imitar su tono; aquello fue el colmo y con la adrenalina que se me salía por las orejas, le di un fuerte empujón, liberándome de él—. ¿Cómo te atreves a mencionarlo? Me disculpé contigo, sólo me faltó arrodillarme para suplicar tu perdón. ¡Qué estúpida! —Las palabras brotaban como rayos y truenos—. Me sentía culpable, sucia, asustada y...

La expresión de su rostro interrumpió mi discurso. Su tormento era tan evidente que me sorprendió y me aflojó por completo.

E hizo lo impensable.

Se arrodilló delante de mí.

—Nunca podré perdonarme por aquello. Me asusté tanto por lo que habría podido pasar que mi reacción estuvo totalmente fuera de lugar, me descontrolé. Ni siquiera me reconocía. —Su actitud de derrota y arrepentimiento era tal que todo su cuerpo lo gritaba—. Perdóname, por aquel día, por anoche, por todo..., perdóname... —volvió a suplicar sin abandonar mis ojos.

Y entonces, una vez más, me rendí. Sabía que estaba siendo sincero. Podía palpar su sufrimiento.

Un largo silencio se instaló en el cenador. Mis ojos vidriosos.

—Perdóname... —La humildad en su voz casi me hizo pensar que él también terminaría llorando—. He sido un estúpido..., no puedo soportar... Katerina...

Quería abrazarlo y decirle que lo había perdonado, que lo amaba más allá de cualquier razón, a pesar de la rabia, de la tristeza, de las lágrimas, del

corazón medio destrozado, a pesar de todo. ¡Hijo de puta! En ese momento, las palabras de Stephanie se volvieron a colar en mi mente: el amor, además de ciego, era tonto. “Que Dios nos libre”, concluía mirando hacia el cielo, “somos capaces de hacer lo imposible cuando amamos”. ¡Qué razón tenía! ¡Yo estaba dispuesta a quedarme en 1851 si él me lo pedía! Sólo esperaba no estar cometiendo el peor error de mi vida, una vida en la que Gabriel era una parte fundamental, imprescindible; era mi oxígeno, mi aliento, mi amor.

—Levántate, por favor —dije con la voz estrujada en la garganta, cogiéndolo por un brazo. Una vez de pie y tras permanecer callados unos instantes, le hablé con una mezcla de dulzura y tristeza—. Ya te perdoné entonces, Gabriel... y ahora... ahora... una oportunidad... una más... Soy demasiado blanda contigo... —dije besándolo en la nariz y abrazándolo de nuevo. Sentía el tamborileo de su corazón contra mi oído y la caricia de sus dedos en mi cabello. Bailaba con las nubes—, pero si lo vuelves a hacer, te mataré. —Le sonreí mientras su cuerpo se cimbreaba por la risa.

—Lo tendré en cuenta, amor. —Me abrazó una vez más sin dejar de pedirme perdón.

—Sigo enfadada... Tú... No sé por qué te aguanto —murmuré enfurruñada.

—¿Porque soy un duende travieso y perverso? —preguntó con una ceja levantada y esa sonrisa arrogante tan propia de él—. ¿Porque te quiero?

—Tal vez —contesté tras un momento de silencio, levantando el rostro para mirarle.

—¿Porque... porque me quieres? —Sus ojos negros reflejaron duda, temor...

—Tal vez —volví a repetir sin abandonar su mirada, quedándome callada.

—Entonces, tendré que buscar una forma de alegrarte el día—replicó con coquetería, una media sonrisa dibujada en sus labios.

—No será fácil, mi enfado es muy muy grande...

Estaba decidido. Le pediría que se casara con él durante el baile del orfanato.

No podía renunciar a ella. Lucharía hasta que no quedara un atisbo de esperanza. Quería tenerla así siempre, unida a él como en ese momento en que se mantenían abrazados. Su calor. Su amor. Sólo el amor podía hacer que una mujer se entregara como ella lo hacía, que lo perdonara siempre, que lo

abrazara con calidez después de una experiencia tan dolorosa, después de haberla traicionado.

Sólo el amor podía hacer que Katerina lo aceptara sin reproches, tal como era, a pesar de todo; sólo el amor podía hacer que lo siguiera en todo momento por muy disparatadas que fueran sus insinuaciones. En ella tenía la entrega más pura y absoluta. Era la única mujer de corazón limpio que había tenido la suerte de conocer en su vida. La única a la que había permitido que se acercara para tocar su alma. Con Katerina descubrió que la tenía. Y no la dejaría escapar.

Ella le había enseñado el paraíso y tenía que seguir ahí, con ella o... ¿para qué quería vivir?

El calor que los rayos de sol infundían en el cenador a través de los cristales los sumió en un sopor reconfortante que hacía que se sintieran aún más el uno al otro hasta que se escuchó un ruido, más bien un pequeño y ligero sonido que obligó a Gabriel a abrir los ojos quedándose por completo atónito al ver a su futura esposa dormida como una niña. Se había quedado dormida..., de pie..., contra su pecho... y... roncaba, lo que despertó en él una ternura indescriptible que le hizo besarle el cabello dibujando una sonrisa de pura felicidad en sus labios. ¡Aquella mujer nunca dejaba de sorprenderlo! ¿Quién se dormía de pie? Y aquel momento tan íntimo, plantó en su mente la imagen de una vida en común que lo reconfortó.

Ella era su hogar.

Tomándola en sus brazos, se sentó colocándola sobre su regazo, mirando embobado lo bonita que estaba mientras dormía.

—Mmm...

Había algo distinto. No era mi cama.

Todavía somnolienta, me removí.

Volviendo poco a poco, los ojos cerrados, empecé a tantear con la mano aquello que me acogía. Hasta que llegué a su rostro e introduje mis dedos en su cabello, enredándolos en sus mechones revueltos.

—Gabriel... —susurré.

—¿Estás despierta? —Sentí la diversión en su voz.

—No.

—Vamos, Bella Durmiente. —Me zarandeó con suavidad con su propio cuerpo, mientras acariciaba mis cabellos—. Te has dormido de pie —dijo burlón—, un caso único en la historia.

—No te rías de mí —respondí aún recostada y con los ojos cerrados, dándole una palmada en el pecho—. Tengo hambre.

—El almuerzo estará ya preparado, vamos cariño.

Se incorporó llevándome con él.

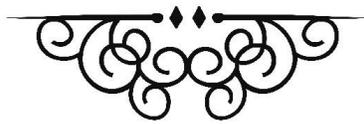
—Mmm...

Abriendo los ojos, me encontré con un Gabriel risueño.

—¿A comer? —Asentí con la cabeza—. Espera, no puedes llegar así —dijo mirando el corpiño destrozado y mis senos al aire—. Ponte mi chaqueta.

Colocándomela sobre los hombros y cogiéndome por la cintura, caminamos juntos hacia la casa.

CAPÍTULO 21



En el salón de la condesa, escribía una nota para el doctor Rook pidiéndole que viniera con la excusa de que quería saber cómo progresaba el señor Grant. Me encontraba bien, pero tenía miedo después de lo que había pasado, y quería asegurarme de que todo iba bien.

A pesar de la confesión de Gabriel, no me sentía lo bastante segura como para hablarle de mi estado. ¿Cómo lo tomaría? ¿Querría tener hijos? Nadie había mencionado en ningún momento que él tuviera un hijo, así que algo tenía que hacer para no dejar embarazadas a las amantes que había tenido. ¿Y si no quería? ¿Por qué no había tomado medidas para evitarlo? ¿Existirían los condones? Sabía que en el siglo XIX ya se utilizaban, pero en 1851..., no tenía ni idea. ¿Y la píldora? No, hasta el siglo xx no llegaría, sin embargo, ¿habría algún dispositivo para la mujer? Tendría que preguntárselo al médico cuando me visitara. De todas formas, siempre quedaba el coitus interruptus, teniendo en cuenta que, como siempre me recordaba Stephanie: “antes de llover, chispea”, pero eso mejor que nada. ¿Lo habría hecho así con otras mujeres?

Dudas, dudas y más dudas sembrando mi mente. Sus sentimientos estaban claros, pero ¿y sus intenciones? El señor Owen había dejado una ventana abierta y aún existía la posibilidad de retornar a mi tiempo. ¿Me pediría que me quedara con él? Yo lo tenía claro. En mi mente. En mi corazón. Mi alma me lo gritaba. ¿Y él? ¿Y si esos sentimientos duraban sólo mientras me deseara?

Decidí que esperaría, en algún momento todo se resolvería, para bien o para mal.

Tras la visita del doctor Rook, me sentí mucho mejor. Cuando comprobé que todo iba bien, respiré tranquila y aliviada, aunque le advertí que no le dijera nada a Gabriel. Con respecto a los métodos anticonceptivos, me dijo que ya existían los preservativos, *La redingote anglaise* como la había

llamado Casanova, aunque eran caros y reutilizables, sin embargo, para las mujeres no había nada, aunque las investigaciones en ese campo estaban muy avanzadas. En cuanto al señor Grant, ya le había quitado las tablillas y había empezado con los ejercicios de rehabilitación. Por fortuna, podía andar, aunque con muchas dificultades y con dos muletas. Quedamos en que lo acompañaría al día siguiente.

Dediqué un rato a mi diario, mientras una idea se iba forjando en mi mente.

Y así, llegó el momento de la cena. Y un plan.

¿Había dicho que no quería perderme? ¿Y si...?

Nora apareció para decirme que había llegado el momento de arreglarme y así me presenté ante Gabriel con un vestido negro de prominente escote y con un corsé que hacía que mis pechos sobresalieran impúdicos. Nora me hizo un recogido que dejaba el cuello totalmente expuesto y, a pesar de que el atuendo me resultaba extraño y muy alejado de lo que era propio de mí, no me ocultaría, todo lo contrario.

El castigo acababa de empezar.

Se lo pensaría dos veces antes de dejarse llevar hasta un rincón oscuro.

Los hados me acompañaron esa noche poniendo de postre fruta fresca. Plátanos. ¡La de cosas que se podían hacer con un plátano! Sonreí. Mi mente perversa me estaba convirtiendo en una bruja, una preciosa brujita, eso sí, pero buja al fin y al cabo. ¡Me encantaba!

—¿Has sabido algo de tu padrino? —le pregunté con mucho interés.

—¿August? No. ¿Por qué? —Su humor cambió.

—Curiosidad. Me gustaría saber en qué punto está su investigación.

—¿Estás deseando volver, verdad? —Noté un cierto temor en su voz, aunque por fuera, se mantenía impassible.

—Sólo quiero saber. En algún momento tengo que plantearme mi vida, y para ello necesito averiguar si es posible retornar a mi tiempo o no, sin contar con que echo muchísimo de menos a mi familia y a mis amigos, mi trabajo, mi vida...

—¿Qué tienes que plantearte? —Formuló la pregunta con cierto desasosiego, un rastro de ira en su tono.

—Bueno, no voy a vivir a tu costa siempre, suponiendo que tenga que permanecer aquí, y todo depende de lo que averigüe el señor Owen. Si no me queda más remedio que quedarme, tengo que buscar un trabajo y un lugar apropiado para vivir, tal vez una casa de huéspedes o un apartamento. Puedo

trabajar de institutriz, dama de compañía, en Iomar's School o en Al... en la mansión Gruffuldd, siempre que quieras contratarme como maestra, claro. — ¡Uf, por poco! Casi se me escapa el nombre del segundo orfanato—, aunque siempre puedo dedicarme a las relaciones sociales con ciertos caballeros. — Le sonreí mirándolo con coquetería, mientras me colocaba un mechón rebelde detrás de la oreja, deteniéndome en ella, deslizando la yema de los dedos por el cuello...

—No es necesario, aquí tienes tu hogar —replicó categórico, autoritario.

—En realidad..., no. —Volví a sonreírle lamiéndome los labios—. Ya sabemos que esto es pasajero, ¿verdad?

Se mantuvo callado durante un buen rato, entretenido en el pescado que tenía delante.

—¿Qué has querido decir con respecto a la mansión Gruffuldd? —¿Así que intentaba cambiar de tema? Qué interesante...

—Te estaba pidiendo trabajo —contesté fingiendo que no lo había comprendido.

—Ibas a decir algo que no has dicho —dijo con cierto enfado—. Sabes muy bien de lo que te estoy hablando.

—En realidad no, Gabriel; si no eres más específico, ¿cómo quieres que lo sepa? Tengo muchos dones, cariño —contesté chupándome un dedo, despacio, con un aire de inocencia que me era ajeno, coqueta—, pero la adivinación no es uno de ellos —concluí mostrándole una espléndida sonrisa.

—Está bien, como quieras. Ibas a decir un nombre. Katerina, sé que sabes más de lo que has dicho, lo poco que has dicho, nada en realidad. —Ya mostraba su enfado con mucha claridad.

—Ah, eso. Sólo ha sido una ocurrencia, no hay motivo para que te enojés.

—¿Qué ocurrencia? —En ese momento, la que se divertía era yo.

—Si insistes, te lo diré —dije sin darle importancia—. El primer orfanato lleva el nombre de tu padre, me ha venido a la cabeza que el segundo podría llevar el de tu madre, pero es sólo una idea —respondí alzando los hombros.

El silencio volvió a instalarse sobre la mesa, mientras Gabriel mantenía sus ojos fijos en mí.

Y yo en él.

Y llegó el momento de tomar el postre.

Plátano.

Sin dejar de mirarlo, y con una sonrisa traviesa en mis labios, lo fui

pelando poco a poco. Acercándolo a mi boca, lo lamí. Primero la punta y después de arriba abajo y después de abajo arriba... Me detuve un instante y le di un mordisco..., cerrando los ojos y haciendo el consiguiente sonido de apreciación.

Cuando los abrí, vi que Gabriel tragaba con los ojos llameantes..., y así proseguí hasta que lo terminé.

Finalicé la “operación plátano”, lamiendo y chupando cada uno de mis dedos.

—Muy rico y dulce... ¿No quieres uno? —pregunté con picardía.

No contestó.

Simplemente, se levantó mostrando una erección como un demonio de grande. Mi super banana especial... mmmm... ¡Cómo deseaba probarla! Lástima...

Sin abandonar mi mirada, me propuso tomar un oporto en la biblioteca y jugar una partida de ajedrez, sin embargo decliné la oferta alegando que me sentía cansada y que me iba a dormir.

Cuando ya Nora me despojó del vestido y me dejó sola, me quité el camisón y me puse unos calzones... Negros con cintas rojas...

Y me acosté.

¡Infiernos! ¿Dónde había aprendido a hacer eso?

Gabriel estaba duro como una roca. Sus pantalones se habían humedecido. Tuvo que respirar hondo y pensar en otra cosa, en... ¡Maldita sea! No se le ocurría nada. La imagen de Katerina y sus pechos se había tatuado en su cerebro. La imagen de Katerina y el plátano... ¿Se podían eliminar los tatuajes?

Respiró hondo una vez más y se tomó el whisky de un trago.

Se le había ocurrido seducirla en la biblioteca, saborear el oporto en su boca, besar la piel de sus pechos, duros, grandes, incluso parecían haber aumentado su tamaño habitual. ¡Lo que podía hacer un corsé! ¡Benditos fueran!

Sus hermosos globos en su manos y sus pezones en su boca.

Estaba hambriento de Katerina.

Ella iba a ser su postre.

En la biblioteca.

... y se había ido...

Sería pues, su postre... en el dormitorio.

Sonrió satisfecho, sin embargo, una horda de preguntas lo asaltaron. Las mismas que se había hecho durante la cena.

El nombre del segundo orfanato. ¿Alysha's School? Estaba seguro de que ella sabía mucho más de lo que decía y de que no había sido una idea casual. Era definitivo. Así se llamaría.

Otra cuestión quedaba pendiente.

Cuando se lo pidiera..., ¿se quedaría con él o volvería a su tiempo?

No podía irse. Rezaba para que August no encontrara nunca la forma de abrir ese portal hacia su tiempo y si lo hacía...

¿Realmente pensaba que lo suyo era pasajero? ¡Demonios! Estaba convencido de que ella lo amaba. ¿Estaría equivocado? Sus ojos, sus acciones, todo indicaba que sí, pero... ¡Se sentía tan confuso!

La decisión estaba tomada. El baile no sólo sería una fiesta de recaudación, sería también de compromiso. Su compromiso con Katerina.

¿Y si le decía que no? ¿Y si prefería volver? Después de todo, con él nunca tendría la vida que tanto echaba de menos. Las mujeres estaban lejos de conseguir la vida que llevaban en el siglo XXI. ¿Podría adaptarse?

Tendría que conquistarla y convencerla para que se diera cuenta de que una vida nueva se estaba forjando junto a él.

De que lo necesitaba tanto como él a ella.

Empezaba el cortejo. En realidad, lo empezaría al día siguiente. En ese momento necesitaba llenarse las manos, la boca y todo su ser de Katerina.

Y con todo eso yendo de un lado hacia otro en su cabeza, se retiró a su habitación para prepararse. La noche con Katerina prometía. ¡Dios santo! Esperaba que no se hubiese dormido.

De ser así, él la despertaría..., y de qué modo.

Mais tu es cette belle histoire d'amour...

Que je ne cesserai jamais de lire.

[...]

Tu es d'hier et de demain

[...]

De toujours ma seule vérité.

[...]

Tu es comme le vent qui fait chanter les violons

Et emporte au loin le parfum des roses.

[...]

Mon seul tourment et mon unique espérance
[...]

*Tu es pour moi la seule musique...
Qui fait danser les étoiles sur les dunes
Si tu n'existais pas déjà, je t'inventerais*
[...]

Canción Parole: Dalida y Alain Delon^[15]

Muy decidido, atravesó la puerta que separaba ambas estancias y lo que vio, lo deslumbró..., como siempre.

Estaba dormida. ¡Cómo le gustaba verla dormir! ¡Era preciosa!

Sin embargo, su pene clamaba por estar dentro de ella. No podía esperar. Ya se recrearía en su hermoso rostro dormido después.

La destapó y al verla se quedó sin aliento.

Estaba semidesnuda. Sólo llevaba unos calzones.

Negros.

Con lazos rojos.

Cómo iba a disfrutar deshaciéndolos, descubriendo su pubis depilado, su sexo húmedo, saboreando sus fluidos...

Sus pechos eran como dos tartas de nata coronadas por una roja y jugosa fresa. Su cabello echado hacia atrás desprendía ese aroma a lilas que tanto lo embriagaba.

Metiéndose en la cama, se recostó detrás de ella y empezó a besar su cuello...

Lo oí en el preciso momento en que atravesó la puerta de su alcoba. Sabía lo que vendría después... Sonreí.

La diversión estaba a punto de empezar, a pesar de que tendría que pagar un precio.

Me hice la dormida en cuanto entró y cuando empezó a besarme el cuello, recostado sobre un codo, refunfuñé fingiendo disgusto, mientras alzaba la mano para deshacerme del molesto... moscardón. Sin embargo, eso no hizo más que aumentar su deseo. Oía su agitación detrás de mí y para... animar un poco la cosa, acerqué mi culo a su verga y se la masajé ligeramente, sacándole un gruñido...

Volvió a “atacar” y volví a protestar...

Oí como maldecía.

Me moría por hacer el amor con él, por sentirlo dentro de mí, por chupársela, por cabalgarlo..., pero no esa noche.

Esa noche sabría lo que era querer algo y no conseguirlo.

Frustrado y desesperado, Gabriel no pudo hacer otra cosa que acurrucarse detrás de ella e intentar dormir... Después de mucho mucho mucho tiempo, lo consiguió.

Me desperté rodeada de sus brazos. Una de sus manos estaba apoyada sobre uno de mis pechos y la otra sobre mi pubis, por debajo de la tela de las bragas. Sentía sus dedos sobre mi sexo. ¡Qué placer! De algún modo que no advertí —estaría ya dormida—, consiguió abrir el calzón por la parte superior para introducirse dentro de mi jardín secreto, sin embargo, por mucho que lo deseara —y era mucho—, tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no despertarlo y amarlo hasta la extenuación.

Muy despacio, fui despojándome de sus manos, deteniéndome cada vez que él se removía o gruñía. No sé cuánto tardé en salir de la cama, pues cuando parecía que podía irme, me volvía a coger y me acercaba a él, pero al final, lo conseguí y, vistiéndome con mucho cuidado de no hacer ruido, salí de la estancia para ir al encuentro de Nora.

Tras el desayuno en la cocina, salimos a dar un paseo por el jardín. A pesar de que el sol lucía orgulloso, el aire frío ya se hacía notar y agradecí haber escogido un sencillo vestido marrón de lana que me abrigaba las piernas.

Al volver, Gabriel ya se había levantado y salido. Sólo imaginar su frustración me hizo sonreír.

Aproveché su ausencia para cambiarme y ponerme el traje de pantalón. Tenía una cita con el doctor Rook y con el señor Grant. Alfred me acompañó hasta el hogar de la familia Grant, y aunque había decidido no cabalgar, ese día tuve que hacerlo advirtiéndolo al joven que teníamos que ir muy despacio.

Una vez allí, quedé asombrada por los progresos de David. Aún tenía muchos problemas para caminar y el terreno irregular dificultaba la tarea, sobre todo con las muletas, así que les sugerí que fabricaran un pasillo de madera, con dos barras de sujeción, para que pudiera practicar, apoyándose bien, en un espacio llano donde no hubiese peligro de una caída. Aunque la idea les resultó extraña, sus dos hijos mayores se comprometieron a hacerlo y a ayudar a su padre en su entrenamiento. También le dije que sería bueno que

colocaran una pesa en cada pierna para ayudar a los músculos. Para ello, tendrían que buscar dos piedras con el mismo peso, más o menos. Era prudente y necesario que empezaran con poco e ir aumentando el peso conforme sus piernas se fueran fortaleciendo. Al principio, necesitaría su ayuda hasta que pudiera hacer esos ejercicios por sí solo, ya que su esfuerzo era imprescindible.

Ya sobre el terreno, el doctor Rook comprendió mejor lo que le había explicado en otras ocasiones; dándome las gracias, se disculpó por sus reticencias iniciales, se comprometió además, a investigar sobre ese trabajo. Su prioridad eran los pacientes y nada era suficiente para ayudarlos a mejorar.

En casa, almorcé en mi habitación. Una riquísima pizza que la señora Crawford había hecho para mí. La adoré. Ya me había librado de las náuseas y de las molestias estomacales, con lo que comer volvió a convertirse en un placer. Mi nueva familia. Me sentía mimada y querida, y en ese momento de mi vida, era lo que más necesitaba. Una familia que me rodeara, que me transmitiera su calidez y su cariño, y esa familia la había encontrado en la cocina, y Gabriel... Gabriel era el amor de mi vida.

Aquella fue una jornada tranquila en la que me dediqué a volcar mis pensamientos en el diario y a leer.

—Lo haremos... durante... la fiesta... —le decía sentada a horcajadas sobre él.

—¿Qué fiesta? Joder..., sigue así, nena —respondió él, perdido en el movimiento circular de las caderas de su amante.

—Una estúpida fiesta... en su casa... —Se inclinó para besarlo.

—No te invitaré... —consiguió decir entre gemidos.

—A mí no..., a ti sí...

—Más duro, nena, más... —suplicaba mientras masajeaba sus pechos y tiraba de sus pezones erectos—. Demasiado peligroso...

—¿Tienes miedo? —preguntó parando su vaivén, fundiéndolo con la mirada.

—Habrá mucha gente... —dijo levantando su pelvis.

—Exacto. Gente, oportunidad. —Volvió a reanudar su danza—. Te esperaré fuera...

—Dijiste... dijiste... Ibas a hablar con él... Más, nena, estoy a punto —exigió tomando su clítoris entre sus dedos.

—Lo haré..., se negará..., no pares..., y lo haremos...

Los movimientos se volvieron frenéticos hasta que ella paró manteniéndolo prisionero con sus músculos vaginales.

—¿Lo harás? —le preguntó con esa malicia que la caracterizaba.

—Lo que me pidas...

Se echó sobre él y se deslizó sobre su verga, sus pechos frotándose, sus pubis colisionando... El clímax los deshizo entre gritos...

—Lo haré... —susurró exhausto.

Gabriel pasó todo el día fuera y no fue hasta la cena que lo volví a ver. Sentada a su lado, lamenté que no hubiera ninguna fruta que me permitiera seducirlo y en ese momento, el cordero que tenía delante no me parecía para nada erótico, aunque... ¡Ahí estaba! ¡Los espárragos! ¿Serían demasiado dos noches seguidas jugando con la comida? A ver qué tal la experiencia...

A punto de tomar uno entre mis dedos, me preguntó:

—¿Por qué vino el doctor Rook ayer?

—Yo se lo pedí.

—¿Estás enferma? —Su voz denotaba preocupación.

—No, sólo quería saber cómo se encontraba el señor Grant. De hecho, está bastante mejor. He ido a verle esta mañana y...

—¿Sola? —inquirió con cierto enfado.

—Con Alfred.

—Alfred...

Ya tenía un espárrago en la mano y mirándole, alcé la cabeza para introducirlo despacio en la boca, dando pequeños mordiscos.

—¿Has visto a Patrick? ¿Cómo van los trabajos de reconstrucción? ¿Y la fiesta? —le pregunté chupándome los dedos.

—Pareces un juez —dijo riéndose, desviando la mirada hacia el plato—. Todo bien y a buen ritmo. —Volvió a clavar sus ojos en mí—. Al ampliar las zonas de reparto de los folletos, los donativos han aumentado bastante y ya se han empezado los trabajos en la mansión; la lista de invitados ya está preparada y las invitaciones estarán listas para el miércoles. Sólo faltará poner los nombres y enviarlas. Gracias, Katerina, sin ti, nada de esto habría sido posible —concluyó suavizando el tono, tierno y seductor.

—En realidad, yo sólo aporté una idea que aceptasteis y, por fortuna, ha funcionado permitiendo que vuestro proyecto saliera adelante —respondí sonrojándome.

Y tomé otro espárrago.

Sin dejar de mirarle.

Sin dejar de sonreír.

—Bien, sí... —dijo carraspeando—. A nadie se nos habría ocurrido... — Carraspeó de nuevo cuando tomé uno más—. Deja de hacer eso... —susurró con voz enronquecida.

—¿El qué? —pregunté batiendo los párpados con inocencia, como hacían en las películas.

—Eso —añadió señalando los espárragos—, o...

—O... ¿qué? —Sonreí.

—No llegarás al postre —volvió a susurrar—. Te llevaré arriba y... — No pudo seguir hablando, ya que Gerard estaba presente en el comedor.

—Sólo estoy comiendo —expliqué con fingida ingenuidad.

—Eres una bruja, una malvada bruja que sólo busca mi sufrimiento — dijo serio y divertido a la vez, mientras me regalaba una sonrisa que prometía mil cosas.

—¿Yo? —pregunté abriendo mucho los ojos—. ¡Qué desconsiderado!

Ambos reímos ante ese juego, llamas de pasión centelleando en nuestras miradas.

Una vez más, rechacé su oferta de un oporto y una partida de ajedrez en la biblioteca y subí a mi habitación para... prepararme...

Rezaba para que esa noche no fuera imposible despertarla. Duro como estaba, no podría pasar una noche más sin ella o moriría. ¿Desde cuándo tenía tanto poder? ¡Imbécil! ¡Desde siempre!

Tuvo que calmarse un momento con un trago del oro de su tierra, como lo había llamado una vez, para no llegar y asaltarla.

Katerina se le había metido en los sentidos, en la piel, en la sangre.

¿Cómo había podido vivir sin ella todos esos años? Sobreviviendo a los días.

Nunca había conocido a nadie como ella: dulce e inocente, a veces; seductora y decidida, otras.

Sonrió imaginando lo que ocurriría esa noche.

Y con esa sonrisa, subió hasta su alcoba y allí encontró...

*Mirándote a los ojos se responden mis porqués,
me inspiro en tus palabras y mi casa está en tu piel,*

*que tierno amor, mi devoción, viniste a ser mi religión,
mi dulce sentimiento, de nada me arrepiento,
que vivan los momentos en tu boca y en tu cuerpo
mujer...*

[...]

*Te veo y me convengo que tenías que llegar,
después de la tormenta, aquí, en tu pecho puedo anclar
y ser más yo, de nuevo yo, y por bandera mi ilusión,
y mira si te quiero que por amor me entrego,
que vivan los momentos en tu boca y en tu cuerpo
mujer...*

[...]

Marc Anthony: Valió la pena

Katerina estaba apoyada en la repisa de la chimenea, iluminada por la llama rojiza del fuego. Su cuerpo envuelto por un corsé de color blanco, donde se combinaban el satén y el encaje bordado, lo dejó sin respiración. Sus medias, del mismo color, se sujetaban con un lazo naranja que combinaba a la perfección con los de sus calzones azules.

Estaba arrebatadora.

Se acercó despacio a él.

—Pensé que ya no vendrías —dijo con voz seductora—. Estaba pensando si volver a mi habitación o... ir a buscarte. —Sonriéndole, se situó delante de él.

—Yo...

—Shsss...

Sin abandonar sus ojos, lo despojó del lazo que cubría su cuello, a la vez que depositaba sus labios en la piel descubierta.

—Mejor así...

Procedió a quitarle la chaqueta y cuando él avanzó sus manos para abrazarla, Katerina dio un paso hacia atrás.

—No.

—Necesito tocarte —respiraba con dificultad.

—Aún no. —Sonrió coqueta—. O te castigaré..., dejándote solo..., o...

¡Dios! Esa sonrisa y esa llama en sus ojos, le sacó un gemido de la garganta.

Con sus pequeños y delicados dedos, fue desabotonando la camisa,

lamiendo su pecho, enredando la lengua en su vello oscuro, despertando sus pezones, hasta que llegó al ombligo y ahí se detuvo, rodeándolo hasta introducirla en el agujero, mientras él daba un respingo, cerrando los ojos y las manos en un puño, en un intento de mantenerlas a los costados.

Katerina se irguió y lo despojó de la suave tela que lo cubría, haciendo que cayera hacia atrás, por sus hombros.

Rodeándolo, pasó la yema de los dedos por su piel, parándose en su espalda, acariciando cada recoveco, utilizando sus labios a la vez que deslizaba las manos por sus brazos, sintiendo las cosquillas de su vello. Bajando, colocó un dedo al nivel de la cintura de su pantalón, bordeándola hasta llegar a la parte delantera para desabrochar su bragueta.

Los gemidos de Gabriel llenaban la estancia y la animaban a continuar.

Siguió su recorrido hasta situarse delante de él.

Entonces lo miró.

Y sonrió.

Enganchando sus pulgares en su pantalón, se los fue bajando, dejando libre su verga, decorada en la punta con su líquido perlado... Lo lamió.

Gabriel gruñó.

Y Katerina se encontró con un pequeño impedimento.

Sus botas.

Viendo la tribulación de la muchacha, Gabriel sonrió.

—¿Me permites? —preguntó burlón, agitado, excitado.

Tras asentir, Gabriel se sentó en un sillón y procedió a quitárselas. Una vez hecho, volvió a su posición inicial.

Estaba desesperado por ver cómo continuaría, qué le esperaba en manos de esa Afrodita que tenía delante.

Sintiendo su sonrojo, Katerina volvió a coger sus pantalones y sin la barrera de las botas, se los quitó.

Sentada a sus pies, se apoyó en sus talones y deslizó su mirada por su cuerpo, deteniéndose en su entrepierna para seguir hacia arriba, su pecho, sus labios, sus ojos...

Con la yema de los dedos, inició un sendero ascendente desde sus pies hasta el nido de rizos negros que albergaba su pene y allí enredó sus dedos jugueteando con el vello... Gemidos de placer brotaban como las flores de la garganta de Gabriel.

Tomando su miembro en la mano, Katerina volvió a lamer su corona plena hasta su tronco y, tras darle un beso en la punta, colocó sus labios

alrededor pasando con suavidad su lengua en una dirección y en otra. Tras unos segundos, comenzó la danza, introduciéndoselo por completo en la boca —casi por completo—, subiendo y bajando, mientras su mano apretaba su falo, moviéndose del mismo modo que lo hacían sus labios. Con la que tenía libre, acunó su saco y lo masajeó.

—Katerina... —susurró.

Henchida por su poder de seducción, Katerina se sentía hermosa y poderosa como una diosa; dándole placer a su hombre, comprobó que se lo daba a sí misma, disfrutando de su carne, de su sensibilidad, de los movimientos de su pelvis, de sus ojos cerrados por el gozo.

Al notar que su balanceo se aceleraba, la joven, de un chupetón, abandonó su verga con una sonrisa.

—¡Cristo! —exclamó Gabriel inundado por las sensaciones.

Sintiendo su humedad deslizarse por sus muslos, Katerina se levantó, después de una última lamida, y lo miró fijamente.

—Me toca —dijo con la respiración acelerada. Sus ojos oscuros como la noche.

—Te toca —susurró ella. Llamas de deseo alumbrando sus mejillas.

Dando un paso, la miró de arriba abajo, recreándose en su mujer, en su pecho que subía y bajaba por la excitación, en sus labios que, con tanta delicia, lo habían probado.

Hundiendo sus dedos en sus cabellos, besó su rostro con veneración hasta tomar sus labios entre los suyos. Tan excitado como estaba, aún le quedó algo de razón para no devorarla, deteniéndose, lamiéndola hasta introducir su lengua en ella, mientras sus manos vagaban por sus hombros y sus brazos, en un camino de ida y vuelta. Le resultaba de lo más erótico verse desnudo ante ella, mientras su cuerpo aún seguía cubierto.

Abandonando su boca, pasó sus nudillos por la piel de sus pechos que sobresalían por encima del corsé. Bajando la cabeza, besó cada centímetro de piel... Los suspiros de Katerina lo excitaban aún más.

Quitando los enganches de la prenda, los pechos redondos y llenos saltaron de su confinamiento, los pezones ya erectos y rojos. Pasando sus manos alrededor de aquellos montes, los besó hasta detenerse en el brote fresco que Katerina le ofrecía empujando su torso hacia él. Se llenó la boca con sus picos, lamiéndolos con delicadeza, succionándolos, sacándole pequeños gritos de placer.

Volvió a alejarse, llenándose los sentidos de la piel y del hermoso cuerpo

que tenía delante.

Dejó la mejor parte para el final.

Con una sonrisa de inmenso placer, procedió a tirar de los lazos de los calzones. Primero, los de las ingles; el de la cintura, el último. La prenda se fue deslizando por sus piernas, dejando su pubis sin vello y su sexo mojado para su escrutinio.

Katerina no dejaba de mirarlo, perdida en su excitación, en las reacciones de su cuerpo, en las manos de Gabriel, en su mirada lujuriosa. Nunca se había sentido tan hermosa como cuando él la miraba de aquel modo.

Gabriel no podía comprender cómo un acto tan simple y sencillo como deshacer unos lazos, podía excitarlo tanto, sin embargo, así era; su verga iba a explotar de un momento a otro.

Deslizando sus manos por sus costados, se detuvo en su vientre paseando el dorso de su mano y sustituyéndolo por el rastro de sus uñas que le sacó un grito y un respingo a esa preciosa diosa que era suya.

Paseó alegremente la yema de sus dedos por su pubis sin apartar la mirada de ella, sintiendo su aliento en sus labios que volvió a tomar, en tanto sus dedos se deslizaban abriendo su raja y veía cómo Katerina cerraba los ojos. Se paseó por entre sus labios hinchados extendiendo su néctar, rodeando su núcleo expuesto.

A punto de perder el equilibrio, Katerina se sujetó de sus fuertes y musculosos brazos, echando la cabeza hacia atrás y cuando sintió cómo se aproximaba con su boca, atravesando su cuerpo, sembrándolo de las suaves caricias de sus labios, gimió adelantando las caderas.

Sin embargo, Gabriel se irguió y, tomándola de la cintura, la alzó pegándola a su cuerpo; con un pie alejó los calzones que hasta entonces se habían quedado enganchados de sus tobillos. La sorpresa de aquella acción hizo que abriera los ojos y rodeara su cuello.

Pecho contra pecho, sus cuerpos febriles se pedían a gritos el uno al otro.

Dejándola caer poco a poco y con dulzura, sintió sus senos contra su piel, tan sensible que le hizo gruñir.

Una vez que la depositó sobre la alfombra, separó sus piernas y se arrodilló ante ella. Abriendo sus pliegues, sopló sobre su perla arrancándole un pequeño grito y, antes de que pudiera pedir más, lo volvió a hacer para acto seguido, bucear en su sexo tomándolo entre sus labios, paseando su lengua alrededor hasta detenerse en él y golpearlo.

Sentía que estaba al límite; con una perversa sonrisa, se alejó

levantándose.

—¡Gabriel! —chilló.

¡Cuánto placer sentía ante sus exigencias!

Tomándola contra su cuerpo, la llevó hasta la cama y la tumbó.

Katerina abrió las piernas apoyándose en sus pies, mientras que con los brazos adelantados, le hacía señas con las manos, instándolo a retomar su actividad.

Subiéndose al lecho, Gabriel enterró la cabeza entre sus ingles derretidas y perladas para tomarla de nuevo, a la vez que introducía un dedo en su interior y acariciaba con su otra mano, la piel de su vientre, subiendo hasta quedar prendido de sus pechos, de sus pezones como botones.

Katerina sentía el remolino formándose; alzando sus caderas, Gabriel la tomó por los glúteos, inmovilizándola contra su boca, succionando sin piedad hasta que sintió los temblores de su éxtasis, sin abandonar su brote, sin dejar de chupar, sintiendo sus manos tironeando de su pelo revuelto.

Cuando sintió la relajación en sus dedos, fue subiendo por su cuerpo hasta su boca, donde se deleitó, mientras tomaba su falo y lo colocaba en su entrada para introducirse despacio hasta la base.

Katerina gruñó en su boca cuando lo sintió adentrándose en su cueva húmeda y preparada para recibirlo. Lo abrazó con sus piernas, con sus brazos y, acompasados, iniciaron la vieja danza que los unió más allá de las sensaciones físicas.

Gabriel se irguió sobre sus rodillas, llevándola consigo, y siguió entrando y saliendo en su templo con frenesí; entretanto, Katerina se apoyaba con sus manos al cabecero de la cama, empujándose contra él, abandonándose a esa unión que la colmaba hasta las lágrimas.

Sin abandonar sus ojos, se lo dijeron todo.

Todo el cuerpo de Gabriel se tensó hacia atrás cuando se vació unos segundos después de sentir su vagina contrayéndose alrededor de su pene.

Cayó sobre ella sintiendo sus brazos alrededor y sus labios sobre su rostro.

En ese momento supo lo que era el cielo en la tierra.

Como lo había sabido cada vez que habían hecho el amor.

Saliendo de ella, se giró quedando sobre su espalda y la llevó consigo, colocándola encima de su cuerpo. Tapándose con la sábana, descansó sus manos sobre sus nalgas. El aliento acompasado que mecía el vello de su pecho, le hizo cosquillas y con una sonrisa de la dicha más pura, se quedó

dormido.

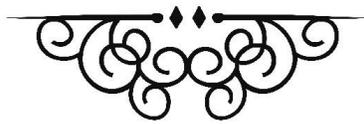
No hubo necesidad de palabras.

Sus cuerpos eran uno.

Sus almas... ya no eran dos.

Se pertenecían más allá del tiempo y del espacio.

CAPÍTULO 22



Delante de la puerta que daba al balcón de mi alcoba, me perdí en los retratos que había hecho Miranda y que me había entregado aquella tarde.

Había hecho un primer plano de Gabriel donde recogía toda su esencia. Ese era mi Gabriel. Su media sonrisa, el brillo de sus ojos, su profunda y traviesa mirada. Mi amor.

El otro retrato fue un regalo que nos ofrecía a los dos. Gabriel se mantenía sentado junto al sillón, sin embargo no estaba solo. Yo ocupaba ese sillón.

Se nos veía resplandecientes; cualquiera que lo hubiese visto no habría dudado de que se trataba de dos personas que se amaban profundamente. Miranda había sabido captar a la perfección nuestros sentimientos. Tenía un don extraordinario.

Mirando esas imágenes, una lágrima se me escapó.

Y mil preguntas inundaron mi mente.

¿Por qué no me pedía que me quedara? ¿Quería que lo hiciera?

Me había dicho que me quería, me lo había demostrado, pero... ¿se trataría de esa fase de enamoramiento que dura unos meses para después descubrir que todo ha terminado y que no queda nada?

¿Era sólo química cerebral?

Para mí no.

¿Y para él?

¿O todavía no confiaba en mí? ¿Tan profunda era la herida de Cordelia? ¿Sanaría alguna vez?

Todo sería mucho más fácil. El señor Owen dejaría de investigar, o tal vez no, seguro que no; siendo un científico curioso, nunca abandonaría sus estudios para encontrar una explicación a un suceso tan extraño, sin embargo, todo se resolvería y sólo tendríamos que amarnos hasta nuestro último aliento.

¿Y si se lo pedía yo? ¿Sería capaz de llegar a ese punto? Después de todo

era un hombre y a ellos les gustaba tomar la iniciativa en ese tipo de cosas, además no podía olvidar que era un hombre del siglo XIX, y aunque se veía abierto ante el progreso, ¿lo sería hasta ese punto o se sentiría ofendido?

¡Dios! Me iba a estallar la cabeza. Me sentí mareada y empecé a sentir náuseas, lo que me llevó, a trompicones, a sentarme en el sillón frente a la chimenea, sin embargo, el calor que desprendía hizo que mis molestias aumentaran, así pues, me levanté con la intención de recostarme un rato en la cama.

Y me desperté en el suelo. Los retratos desplegados a mi lado.

Poco a poco, me fui incorporando, todavía aturdida, pero al ver que me sentía bien y que no corría peligro de volver a aterrizar sobre la alfombra, los recogí del suelo y los guardé, enrollados, en mi bolso rojo.

Con la cabeza hirviendo, me obligué a alejar todo ese bullicio recordando a Kala y sus enseñanzas y dedicando el resto de la tarde a las visualizaciones de paz y serenidad, tranquilamente tumbada en mi lecho.

Las invitaciones para el baile de recaudación estaban listas, sin embargo, aún teníamos que poner los nombres de los invitados. Así que nos repartimos la lista y yo me ocupé de una parte.

Estaba muy entretenida entre unas cosas y otras: los paseos, las lecturas, el diario, las visitas a la familia Grant, las clases con la señorita Whatson y por último, las invitaciones. No era la actividad frenética a la que estaba acostumbrada, pero me sentía satisfecha a la espera de la respuesta de August. Después de eso, todo cambiaría.

Pero lo más bonito era la rosa roja que Gabriel cortaba cada mañana y dejaba sobre la bandeja del desayuno que Nora me llevaba cada día y que yo iba depositando en un pequeño jarrón. A veces me sentía perpleja ante el poder de un gesto tan sencillo.

Una flor. Una hermosa flor me llenaba el corazón de ruseñores y esperanza, alimentando el amor que, día a día, crecía un poco más dentro de mí. Al parecer, el amor como el dolor, no tenía límites. Cuando pensaba que ya no lo podría amar más ni aunque viviera mil años, me sorprendía sintiendo el amor aumentar dentro de mí. ¿Se podía explotar de amor? Esperaba que no, porque yo estaba a punto.

Sin embargo, el mayor regalo lo recibía siempre durante nuestras veladas en la biblioteca. Yo solía tomar un té mientras él bebía su preciado whisky, ambos frente al tablero de ajedrez.

Ahí, empezábamos a satisfacer la curiosidad que los dos teníamos por nuestros respectivos tiempos.

Durante una de ellas, surgió el tema de los bailes y cuando le expliqué que ya no había fiestas como las que él conocía o que ya no se bailaba en pareja, se quedó tan sorprendido que le costaba trabajo creer semejante disparate, según él. Lo que más lo vapuleó fue saber que la gente iba a lugares para aprender los bailes de salón, como el vals, el tango, el bolero y tantos otros que se practicaban también como modalidad deportiva en competiciones nacionales e internacionales.

Entre opiniones encontradas, le hablé del bolero, uno de mis bailes preferidos —por ser tan romántico y unir tanto a la pareja—, y me dispuse a enseñarle cómo se bailaba. No es que yo fuera una especialista del tema, y no estaba muy segura de poder recordar los pasos básicos, pero sí que sabía que lo más importante era dejarse llevar por la música. Problema. ¿Qué música? Así que decidí que tararearía distintos boleros para enseñarle, y de paso, practicaría mi muy oxidado español.

Así pues nos dispusimos a iniciar el baile, pero cuando le dije que yo haría de hombre para enseñarle, se negó en redondo; el hombre era el que dirigía y él no iba a dejarse llevar en un baile en pareja por una mujer, pero era eso o no podríamos hacerlo. Conseguí persuadirlo diciéndole que cuando aprendiera, él tomaría el mando, que sólo sería durante unos minutos teniendo en cuenta lo buen bailarín que era y no tendría ninguna dificultad en aprender. Sólo tenía que relajar el cuerpo y seguirme, dejarse llevar, como yo lo hacía en sus brazos durante el vals.

No muy convencido y algo reticente, nos colocamos frente a frente y en posición, empecé a tararear el primero, mientras las letras se materializaban en mi mente.

Y es que no sabes lo que tú me haces sentir, si tú pudieras un minuto estar en mí, que no hay momento que yo pueda estar sin ti... ^[16]

Estar contigo es tomarte de la mano sin palabras, nuestro amor también existe en el silencio, lo sentimos al mirarnos tú y yo... ^[17]

El vino es mejor en tu boca, te amo, es más tierno en tu voz, la noche en tu cuerpo es más corta, me estoy enfermando de amor... ^[18]

Llegados a la tercera canción, estábamos tan unidos, nuestras caderas balanceándose al mismo compás, nuestros cuerpos tan juntos que Gabriel tomó las riendas.

—Este baile lo practicamos casi todos los días —susurró divertido junto

a mi oído; su aliento hizo vibrar mi cabello, produciéndome cosquillas en el cuello, despertando mi piel en un escalofrío.

Alcé la cabeza y lo miré con una sonrisa y el amor que me chorreaba, volviendo poco después a recostarme contra su pecho para seguir canturreando y bailando.

Dormir contigo es el camino más directo al paraíso, sentir que sueñas mientras que te beso y las manos acaricio... [\[19\]](#)

Contigo aprendí a ver la luz del otro lado de la luna, contigo aprendí que tu presencia no la cambio por ninguna... [\[20\]](#)

Somos novios, pues los dos sentimos mutuo amor profundo y con eso ya ganamos lo más grande de este mundo... [\[21\]](#)

Sin dejar de bailar, las palabras salían como susurros de mis labios. Gabriel me iba llevando fuera de la biblioteca y, cuando llegamos a las escaleras, me cogió en brazos hasta que llegamos a mi habitación donde continuamos, mientras nos íbamos desvistiendo.

Tanto tiempo disfrutamos de este amor, nuestras almas se acercaron tanto que yo guardo tu sabor, pero tú llevas también sabor a mí... [\[22\]](#)

Si tú me dices ven, lo dejo todo, si tú me dices ven, será todo para ti... [\[23\]](#)

Sin ti, no podré vivir jamás y pensar que nunca más estarás junto a mí... [\[24\]](#)

Desnudos, uno enfrente del otro, sus manos y sus labios recorrieron mi cuerpo haciendo que me olvidara de las canciones, la música y las letras.

—Sigue cantando, mi hermosa y amada diosa —me susurró cuando se deleitaba en mi ombligo—. Vamos a bailar otro bolero.

No existe un momento... del día... en que pueda apartarme... de ti... [\[25\]](#)

Su boca ascendía para besar mis pechos, mientras sus manos acariciaban mis glúteos...

El mundo parece... distinto, cuando no estás... junto a mí...

Sus manos en mis costados dirigiéndose hacia mi pubis, me cortaron la respiración haciendo que gimiera...

No hay bella melodía... en que... no surjas tú...

Tomando mi otro seno, conseguí moverme para coger su falo entre mis dedos, mientras que con la otra, acariciaba con los nudillos sus testículos, gimiendo con el pico erecto que succionaba, dentro de su boca.

Ni yo quiero... escucharla... si no la escuchas... tú... Es que te has convertido... en parte... de alma...

Mi mano apretaba y retorció su falo arriba y abajo, la otra acunaba su saco, jugando con sus bolas.

Con un movimiento rápido y espontáneo, me levantó llevándome a la cama.

—Sigue, mi amor —susurraba besando la parte interna de mis muslos.

Ya nada me consuela... si no estás... tú también...

—Gabriel —gemí cuando sentí su cálido aliento en mi sexo.

—No pares...

Más allá de tus labios... del sol... y las estrellas...

Su dedo dentro de mí golpeando la almohadilla mágica y mi clítoris entre sus labios, mimado por su lengua, me hizo alcanzar la luna con las manos.

Sin esperar un segundo se introdujo en mí, cogiendo una de mis piernas y colocándola sobre su cadera.

—¿Qué más? —logró decir con voz grave y seductora.

Contigo... en la distancia... amado mío... estoy...

Sus embestidas lentas, alternando algunas profundas con otras más superficiales, me estaban volviendo loca.

—Gabriel... —Empujé mis caderas yendo a su encuentro.

—Cántame más, mi cielo...

No sé tú... pero yo no dejo de pensar... ni un minuto me... logro despojar... de tus besos... tus abrazos... [\[26\]](#)

Esas manos que... me llevan... [\[27\]](#)

—Mi amor... —susurré a punto de caer en el abismo.

Sus empujes se volvieron más rápidos, más duros, más febriles...

Por las calles de la vida... que me obliga a... mirarlo de rodillas...

—Katerina...

Me hundí, una vez más, en las redes del placer gritando su nombre. Poco después, sentí su simiente caliente llenándome, mientras se arqueaba hacia atrás y caía sobre mí, haciendo que sintiera su peso, su piel, su transpiración.

... ese pelo que me cubre... como lluvia de caricias...

Levantando la cara, me miró tan profundamente a los ojos que me sentí traspasada por esa emoción llamada amor..., su amor..., como siempre me ocurría cuando nos amábamos.

Saliendo de mí, me llevó consigo cuando se dio la vuelta para acostarse sobre su espalda y situarme encima de él, como era su costumbre. Nos tapó..., sus manos vagando por mi espalda y mis nalgas.

...confidente de mis sueños, de mis pasos cada día... su mirada mi

camino... y su vida, ya mi vida...

—Me gustan los boleros... —murmuró antes de dejarse vencer—, mucho...

Así, rodeados de la tenue luz de las llamas de la hoguera y de la lámpara, nos sumergimos, una vez más, el uno en el otro, dejándonos invadir por el sueño.

¡Quién me iba a decir que la pasión de mi profesor Pablo por los boleros, me iba a regalar tan mágica experiencia!

—Nora, ese no, no sería apropiado —le dije cuando sacó un vestido blanco del armario—. La novia es Jane, no yo. El azul con el corpiño bordado, por favor, ese estaría mejor, ¿no cree?

—¡Oh! Señorita, este es precioso.

—Disculpe, Nora, no me refería a ese, es demasiado pomposo, me refería al que tiene el color del mar, el de manga larga.

Nora desplegó el hermoso vestido sobre la cama. De escote cuadrado, pequeñas hojas bordadas de celeste salpicaban la parte frontal y el bajo de la falda. Era elegante y sencillo.

Decoró mi peinado con horquillas que llevaban la misma forma de los bordados y tenían el mismo color.

Todo acompañado de zapatos, bolso, guantes, sombrero y capa corta perfectamente coordinados.

Había llegado el día de la boda y los elementos se habían puesto de acuerdo para ofrecer a la joven pareja un hermoso día de sol.

Gabriel me sorprendió una vez más. No sólo les había dado una semana libre para su luna de miel, sino que les había ofrecido como regalo, una hermosa casita y un sobre con dinero. Eso les ayudaría a iniciar su nueva vida. ¡Estaba tan orgullosa de él! Sin embargo, una parte de mí se sentía triste, ya que no tenía nada que ofrecerles cuando me hubiese gustado darles un presente. Nunca había estado en semejante situación. Siempre había sido independiente económicamente, y verme en esas circunstancias, con un bolso vacío entre mis manos, hizo que me sintiera mal. Les tenía un profundo y sincero afecto a Jane y a Gerard y verme tan indefensa en ese sentido, no sólo me molestó más allá de lo razonable, sino que me dieron ganas de llorar de impotencia.

¡Tenía que encontrar un trabajo remunerado! No estaba acostumbrada a depender de nadie desde que me había independizado de mis padres y, aun así, cuando vivía con ellos, trabajaba los veranos para poder disponer de mi

dinero sin tener que pedirles. Todo aquello era tan frustrante.

Pero alejé mis emociones y me propuse disfrutar con la pareja de ese día tan especial.

Después de una ceremonia preciosa donde los dos brillaban como las estrellas de pura dicha, se organizó una comida en el jardín de la mansión Bladnoch donde todos pudieron asistir, así como los amigos y familiares de la pareja. Estaban tan agradecidos que no dejaron de alabarlo en todo momento. Podía comprender esa gratitud: ¿qué aristócrata se molestaría en ofrecer una gran boda a sus sirvientes? Era el siglo XIX y sospechaba que en el XXI ocurriría lo mismo. Los nobles y los demás.

Había contratado una pequeña orquesta y, tras el almuerzo, todos nos pusimos a bailar; en realidad, yo sólo pude bailar el vals, y porque me llevaba Gabriel; siempre había pensado que con otra pareja no habría sabido seguirla tan bien, aunque yo no deseaba bailar con nadie que no fuera él, pero ese día, Alfred se atrevió a pedírmelo, rojo como una amapola, no sin antes mirar a Gabriel en señal de confirmación y yo accedí encantada comprobando que sí podía bailar con otro partenaire, pero... no era lo mismo. Gabriel no se mostró tan encantado de verme entre los brazos de Alfred y su máscara de seriedad se mantuvo bien colocada durante el tiempo que duró la pieza, al igual que cuando bailé con el señor White, que al ver el atrevimiento de su hijo, se animó a pedírmelo. Fue muy divertido.

Ese fue, sin duda, otro de esos días que se me quedaría grabado en la memoria hasta el final de mi último suspiro, y a pesar de la tristeza inicial, disfruté con plenitud de unas personas tan encantadoras y cariñosas; ahí, con ellos, me sentía con mi gente, en mi ambiente, gente sencilla y humilde, fuerte y valiente. ¿Realmente quería quedarme en ese tiempo? ¿Realmente quería vivir entre la nobleza? No.

Quería vivir con Gabriel.

Siempre con Gabriel.

Gabriel era lo único que me ataba a ese siglo, a esa vida, el único que podía alejarme de mi vida... Si tan sólo me lo pidiera...

Cuando todo hubo terminado, yo me fui a descansar a mi habitación, estaba tan cansada que me dormí en un tris, y Gabriel se encerró en su despacho.

—Milord, una dama desea verle —anunció el señor Tilman.

—¿Una dama? No espero a nadie, Alexander. ¿De quién se trata?

—De mí —respondió una sonriente Cordelia que entró en el despacho apartando al mayordomo sin el más mínimo respeto.

—Milord, yo... —intentó decir un apurado señor Tilman.

—Está bien, no se preocupe. Puede retirarse —lo excusó, al tiempo que se ponía de pie.

Cordelia se iba acercando a su mesa, sonriendo seductora y moviendo sus caderas del mismo modo que se habían movido sus labios.

—Gabriel, querido, ¿cómo estás? —le preguntó tendiéndole una mano que él no aceptó.

—¿Qué haces aquí? —dijo impasible.

—Qué desagradable te has vuelto, amor —respondió con su falsa simpatía.

—¿Y bien? —insistió.

—Está bien, querido, vengo a por lo mío, te he dado mucho tiempo para pensar... demasiado. —La sonrisa desapareció y la maldad asomó a sus ojos.

—No me hagas reír. ¿Lo que es tuyo? No te debo nada —respondió con rabia.

—Oh, claro que sí. ¿Quieres acabar en la cárcel?

Gabriel se sentó y se dispuso a hacer un cheque.

—No, querido, en metálico. —Sonrió victoriosa.

A regañadientes, tomó el dinero de una pequeña caja fuerte que tenía guardada en un cajón y le pagó.

—¿Qué es esto? —le espetó enfadada.

—Lo que pediste. Ahora, dame las cartas y lárgate —casi le gritó Gabriel.

—Querido, no te vas a librar con tanta facilidad. —Sonrió de nuevo con toda la maldad de la que era capaz—. Quiero más —exigió finalmente con seriedad.

—¿Más? Eso es lo que pediste. Te exijo que me des las cartas —dijo con una falsa calma.

—¿Me exiges? En este tiempo que has estado pensando, el precio ha subido.

—Debí imaginarlo. ¡De qué me sorprende! Eres una zorra sin honor, tu palabra no vale una mierda. —El odio que desprendía su voz la hizo temblar.

—Di lo que quieras, necesito más. —Casi parecía asustada —casi—.

—Pídeselo a tu marido.

—¿Ese inútil? Me ha cortado mi asignación, ahora no puedo dar un paso

sin que él le dé el visto bueno. Todos sus malditos amigos están en el cementerio y el muy cabrón va a llegar a los cien años. Maldito sea —dijo con desprecio.

—Ese no es mi problema. Las cartas —exigió.

—¿No lo entiendes, verdad? Necesito más dinero o te arrepentirás.

—¿Me estás amenazando? Estás jugando con fuego, Cordelia.

—¿Vas a matarme? —preguntó riéndose a carcajadas—. Ay, querido, después de todo, no has perdido tu sentido del humor. Eres un encanto, Gabriel, tan adorable como siempre.

—¡Ya basta! —gritó dirigiéndose hacia ella. La risa se le fue de inmediato—. ¿Crees que no soy capaz? —dijo con ironía—. Dame las cartas y vete de mi casa.

—Necesito el doble de lo que me has dado, cuando me lo des, tendrás las cartas.

Se levantó metiendo el dinero en su bolso y mientras se dirigía hacia la puerta...

—Tienes hasta el baile... Muy bonita tu fulana. —Le ofreció la más despreciable de las sonrisas—. Tendrás noticias mías, querido.

—Si le tocas un solo pelo... —amenazó Gabriel, rojo de rabia.

—Hasta el baile, Gabriel.

Y se fue.

Estaba en la escalera cuando la vi salir.

Cordelia.

¿Qué habría pasado? ¿Todo habría terminado por fin? Supuse que durante la cena me lo explicaría, así que de nada me serviría elucubrar sobre lo ocurrido, sin embargo, no dijo nada. Se mantuvo serio y silencioso, apenas comió. Hice lo posible por amenizar ese momento hablando de la boda, de los novios, del día tan bonito que habíamos pasado, pero él me dejó hablar sin decir nada, sin mirarme, y si le hacía alguna pregunta, tenía que llamar su atención y volver a repetírsela para obtener una respuesta breve y sin emoción.

Aquello me preocupó sobremanera, nunca lo había visto así, de modo que le pregunté abiertamente.

—He visto a Cordelia esta tarde. ¿Ha quedado todo resuelto?

—¿Quién te ha dado permiso para meterte en mis asuntos? ¿Ahora me espías? —dijo mirándome, traspasándome con unos ojos llenos de odio que

no había visto jamás.

—No soy Cordelia, Gabriel —respondí lo más serena que pude.

No sé si fueron segundos o minutos, pero me mantuvo atrapada en su mirada de una forma y con tanta rabia contenida, que me dio miedo. Acto seguido, se levantó con una violencia tal que tiró la silla y me dejó allí sentada, sola, con el corazón desbocado, sin saber qué hacer, con una inquietud que me revolvió el estómago y me hizo vomitar. Por suerte, tuve tiempo de coger la servilleta, pero la vergüenza que sentí, unida a todas aquellas emociones, hizo que rompiera a llorar.

Unos brazos me rodearon y lloré desconsoladamente contra el pecho de alguien. Era Nora. Victor había ido a buscarla cuando Gabriel salió furioso del comedor. Yo no hacía más que disculparme por lo que había hecho, mientras Nora le quitaba importancia y me susurraba palabras de consuelo de camino a mi habitación. Una vez allí, me mantuvo en sus brazos hasta que me calmé; en silencio, se ocupó de mí y me acostó. Sentada en la cama, tomó una de mis manos y comenzó a tararear una canción.

Era una nana.

La voz dulce y amorosa de Nora fue el bálsamo definitivo que necesitaba, convirtiéndome en su niña, convirtiéndola en mi madre.

Me dormí sintiendo su calor en mis manos y su amor de madre en la canción infantil.

Cuando Victor fue a llevarle la segunda botella de whisky y le contó lo que le había sucedido a Katerina, se maldijo..., una vez..., cien veces..., mil veces... ¿Cuándo dejaría de hacerle daño con ese carácter infernal que tenía? Quizás no debería pedirle que se casara con él o se pasaría la vida pidiéndole perdón y llegaría el día en que ella se cansaría de perdonarlo. Tal vez ese día había llegado ya.

Esa maldita Cordelia.

Sacaba lo peor de él y había cometido, otra vez, el error de pagarlo con la joven que en ese momento lloraba en brazos de Nora, cuando en realidad, tendría que estar llorando de placer entre los suyos, y él, dejándose consolar en su calor.

Hizo ademán de levantarse con la intención de ir a verla, pero estaba tan borracho que se cayó de culo sobre el asiento. Viéndose en ese estado, la ira lo llevó a estampar la botella de whisky contra la pared.

Se sintió aún peor.

No volvería a beber tanto nunca jamás. ¿Cuántas veces tenía que equivocarse para cumplir con esa promesa? El alcohol no solucionaba los problemas, sólo le quitaba la razón y alimentaba su odio, su frustración. ¡Mierda! ¡Lo que daría por borrar todo lo sucedido! Con los ojos nublados por la borrachera y la mente ahogada en el alcohol, aún le quedó un resquicio de voluntad para prometerse a sí mismo que haría todo lo posible por cambiar, por no permitir que esa arpía afectara su vida con Katerina. Sería feliz con ella, le pesara a quien le pesara. ¡Maldita fuera mil veces!

Se quedó dormido en el sofá de su despacho con la ilusión del perdón de Katerina. Sí, si lo había perdonado antes, lo volvería a hacer de nuevo. Si algo había en Katerina, era bondad y comprensión. Sabría comprenderlo, sabría perdonarlo, sabría quererlo..., a pesar de todo.

Cuando abrí los ojos al día siguiente, me encontré con el rostro de Gabriel mirándome con detenimiento. Sentado al borde de mi cama, se mantenía serio y sereno. Tenía ojeras y un halo de tristeza en sus ojos que hizo que se me saltaran las lágrimas.

—Por favor, cariño, no llores. Lo siento. Yo... lo siento tanto. Amor...

Me limpié las lágrimas que se me escapaban por el rabillo del ojo y me di la vuelta, dándole la espalda.

—Cariño, por favor —imploró, rodeando la cama y tumbándose junto a mí—. Soy un animal, lo sé... No merezco tu perdón —dijo en un susurro, mientras acariciaba mi pelo—. Esa arpía consigue que me den ganas de matarla sin importar las consecuencias. ¡Maldita sea! —En ese momento lo miré pidiéndole una explicación con la mirada—. Le pagué lo acordado, ya está todo en orden y las cartas en un lugar seguro entre las llamas de la hoguera.

—¿Ya está? —pregunté con la voz ronca— ¿Se ha conformado con eso? —Asintió con la cabeza, acompañando el gesto con una media sonrisa—. Entonces, ¿somos libres? Quiero decir, ya eres libre, ¿verdad? —Volvió a afirmar del mismo modo. Le sonreí—. ¿Eso significa que estoy perdonado por ser un imbécil?

—No —contesté con determinación—. Eso significa que Cordelia ha salido de tu vida para siempre, nada más.

—Me lo merezco, parece que tengo un don para estropearlo todo —dijo incorporándose para irse.

—¿A dónde vas? Todavía no te he perdonado. ¿No piensas hacer nada?

—pregunté autoritaria—. Exijo que te disculpes como Dios manda.

Su expresión de asombro me hizo sonreír, a pesar de que intenté mantenerme lo más fría posible, pero ¿a quién quería engañar? Me sentía feliz. Cordelia estaba fuera de nuestras vidas, era un nuevo comienzo, por fin libres de ataduras, de un pasado doloroso. Ya sólo nos quedaba ir hacia delante, que no era poco, pero sí era un nuevo amanecer lleno de esperanza, de libertad, de amor.

—Yo... me pondré de rodillas si quieres, haré lo que tú me digas si con ello consigo que me perdones —dijo con una formalidad que no había tenido nunca conmigo, ni siquiera el primer día que nos conocimos.

—Estoy cachonda, ¿qué piensas hacer al respecto? —Quise sonar enfadada, distante, pero...

—¿Cachonda? No sé qué quieres decir... A veces inventas palabras que no entiendo, ¿me lo explicas? —La picardía ya asomaba a su boca, comprendiendo la broma.

—Cierta parte de mi cuerpo necesita con urgencia algunas atenciones... especiales..., mi travieso lord. —Una de sus manos empezó a vagar por mi escote hasta mis pechos.

—¿Esta?

—Un poco más abajo —suspiré.

Sembró mi rostro de besos, caricias de sus labios llenos y risueños...

—¿Esta?

—¿Eso es más abajo? —protesté.

—Pues debe ser esta.

Echando las sábanas hacia atrás, cambió su postura colocándose a horcajadas sobre mis caderas, mientras acariciaba mi vientre a través de la tela del camisón.

Negué con la cabeza... Mi agitación me impedía hablar. Mi sexo pulsaba por su boca y ya casi estaba ciega al anticipar en mi mente lo que iba a pasar.

Sus manos se posaron en mis pies, acariciándolos...

—¿Esta?

—Más arriba... ¡Joder, Gabriel!

Estaba que no podía más y el muy tonto se recreaba en mi impaciencia, mientras se divertía. Cuando sus dedos fueron acariciando mis piernas hacia arriba a la vez que me subía el camisón, yo ya era una fuente de mil chorros, sentía cómo mis jugos se deslizaban hasta mi ano.

Apartó las manos de mi cuerpo y flexionó mis rodillas tras levantar por

completo la prenda que me cubría exponiendo mi sexo para su recreo... y el mío. Yo ya pensaba que el siguiente paso iba a ser su boca en mi clítoris, pero tenía otros planes. Empezó a jugar en mis ingles con sus dedos y uñas...

—¡¡Gabriel!! Si no haces algo ya..., nunca jamás te perdonaré —grité entre gemidos.

—Así que tampoco es esta... —¡Qué gracioso! Me dieron ganas de darle un mamporro—. ¿Será esta?

En ese momento, introdujo un dedo entre mis pliegues, abriéndolos, paseándose arriba y abajo.

—Oh, sí, justo ahí...

Separó mis piernas para situarse entre ellas; bajando el torso, las levantó colocándolas sobre sus hombros y lamió con suavidad mi clítoris. Dejé de pensar para sólo sentir... su lengua rodeándolo, golpeándolo... Mi brote entre sus labios, mientras introducía dos dedos en mi vagina y comenzaba a acariciarme por dentro a la vez que chupaba y lamía y chupaba y...

Lamía...

Chupaba...

¡Oh, Dios mío!

Hasta que exploté retorciéndome entre sus manos que me tenían sujeta por las nalgas.

Quedé exhausta, con los ojos cerrados, sintiendo su mirada sobre mí.

—Eres tan hermosa —me dijo con veneración—. No puedo expresar lo que me haces sentir cuando veo que te retuerces por el placer que te doy.

Abrí los ojos como pude.

—Estás perdonado... —susurré regalándole la mejor de mis sonrisas.

Incorporándose y poniéndose de rodillas, señaló la erección que suplicaba por liberarse.

—¿Qué hacemos con esto?

—No sé, eso no es mío.

—¿Cómo que no es tuyo? ¿Y de quién es? —preguntó sorprendido y divertido a la vez.

—Ah, no sé...

—¿Que no sabes...?

Justo en ese momento llamaron a la puerta y toda la diversión del juego desapareció.

Nunca había visto a nadie actuar tan rápido como lo hizo Gabriel. En una

milésima de segundos, yo estaba cubierta por las sábanas y él se había situado frente al ventanal del balcón.

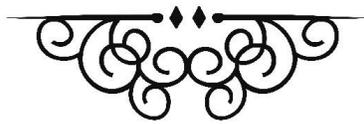
Nora entró con la bandeja del desayuno; se mostraba seria y preocupada, pero cuando vio a Gabriel y mi rostro encendido, comprendió lo que había sucedido, o al menos, eso sospechaba yo, lo que hizo que su preocupación se tornara alegría, empezando a hablar con el ánimo de siempre, momento que Gabriel aprovechó para irse con una disculpa, alegando que tenía trabajo que hacer, mientras yo era incapaz de decir una palabra y de mirarla por la vergüenza que sentía. ¡Casi nos sorprende en pleno acto!

Y mi Gabriel huyendo, sin dar la cara, disculpándose porque tenía trabajo.

Ya. Menudo trabajo tenía que hacer.

Y lo tenía entre las piernas.

CAPÍTULO 23



Ya empezaba a acostumbrarme a la tranquilidad de mi nueva vida, a mis quehaceres, a mis paseos por la propiedad. Había dejado de leer en el jardín porque comenzaba a hacer frío, aunque siempre llevaba un libro por si el sol me sorprendía en algún momento y podía encontrar algún rincón calentito donde poder disfrutar de la lectura.

Aquella mañana me pasé por las cuadras para saludar a Alfred y al señor White cuando vi un caballo nuevo. En un principio pensé que Gabriel lo había comprado, pero me explicaron que pertenecía al señor Owen.

¡August!

¡Santo cielo! ¿Tendría la respuesta? ¡Dios! Me dieron ganas de llorar. ¡Tonta de mí! Había confiado en el destino y en que el padrino de Gabriel no encontrara nunca la respuesta.

Y allí estaba.

Una vez en casa, Nora me dijo que me esperaban en el despacho.

Frente a la puerta, temblando y cagada de miedo, llamé y esperé hasta escuchar la voz de Gabriel.

—¡Eureka! Katerina, hemos encontrado la respuesta —dijo un efusivo señor Owen, acercándose a mí y dándome un abrazo—. Se lo he explicado todo a Gabriel. Es algo fantástico.

—¿Ha dado con la solución? —pregunté atónita. Sentí cómo el color se me iba de la cara.

—¡Oh! Lo siento, hija, le he dado la noticia de sopetón. Siéntese —respondió un preocupado August al verme palidecer, mientras Gabriel acudía a mi encuentro y me ayudaba a sentarme.

—¿Te encuentras bien? —Gabriel, también con preocupación, tomó mis manos entre las suyas.

—Sí, es que..., bueno, me ha tomado por sorpresa. —contesté al borde de las lágrimas.

Aquello les hizo creer que la emoción por volver a mi tiempo era la

causa de mi aturdimiento. August se veía feliz, sonriendo como un niño pequeño que consigue hacer un rompecabezas por primera vez; tras unos minutos, Gabriel volvió a adoptar esa máscara inexpresiva que ya había mostrado en otras ocasiones y se alejó de mí. ¿Qué estaría pensando? ¿Se alegraría de saber que podía regresar?

—¿Se encuentra bien, Katerina? —Al ver que asentía, el señor Owen prosiguió con esa vehemencia tan propia de él—. Ya hemos logrado descifrarlo todo, en realidad, casi todo, pero es sólo un pequeño detalle que conseguiremos resolver, sin duda alguna. El 14 de noviembre, la luna estará más cerca de Júpiter; será en ese momento, y antes de que el satélite desaparezca, cuando sucederá. ¿Se da cuenta, Katerina? ¡Las mismas circunstancias que se dieron cuando llegó! ¡Es extraordinario! No hay ni un solo documento que nos hable de un suceso como este. Tres veces en este año, las Pléyades no serán visibles; y dos veces, en unos meses, la triple conjunción. Ya estoy preparando un exhaustivo informe de investigación para presentarlo en la Real Sociedad Astronómica.

—August —dije sin saber cómo—, ha dicho que lo tenía casi todo... ¿Qué le falta por averiguar?

—¡Ah! ¡Qué despistado! —exclamó dándose un golpecito en la frente—. Aún nos queda pendiente la hora exacta y el lugar. El fenómeno tendrá lugar cuando se ponga el sol, por supuesto, pero antes de que la luna desaparezca. Así que, mi querida niña, pronto estará de vuelta en casa. —Me ofreció una espléndida sonrisa, sin embargo hubo algo extraño en su mirada que no pude ni supe descifrar.

—¿Y para cuándo cree que tendrá esos datos? —susurré.

—No sabría decirle, Katerina, pero en cuanto los tenga, no dude de que se lo comunicaré de inmediato —contestó con la misma pasión—. ¿No te parece fantástico, Gabriel?

—Sí, es fantástico... —dijo después de carraspear. Parecía irritado.

—Bien, ya me voy, Serena me estará esperando para el almuerzo.

Pasaron..., no sé cuántos minutos. Ambos en silencio. Él mirando hacia la ventana. Yo, sentada frente a la chimenea.

—Son buenas noticias —dijo por fin.

—Sí.

—Podrás volver a tu tiempo.

—Sí.

“Gabriel, pídemelo..., pídemelo..., por favor”, supliqué en

mi corazón. Ni siquiera sabía cómo me sentía. Lo único que se me presentaba ante mí con una certeza absoluta, era que quería quedarme con él para siempre. Sin embargo, siguió callado mirando hacia el exterior. Los minutos pasaban.

—Tengo que irme. —Dicho esto, me quedé sola en el despacho.

Inmediatamente después de su partida, las lágrimas retenidas surcaron sin contención mis mejillas. Me levanté temblando, temblando subí las escaleras y temblando me tumbé en la cama, hecha un ovillo, dando rienda suelta a toda esa angustia, esa ave carroñera que se alimentaba de mis entrañas provocándome un dolor imposible de soportar.

¿Qué pasaría a partir de ese momento?

Para Gabriel, aquella había sido la noticia tan esperada y tan temida. Hubiese deseado que August no encontrara ninguna respuesta. Todo sería más fácil. De ese modo, ella no tendría opción, no se vería obligada a elegir entre quedarse e irse. Se quedaría, tan simple como eso, y él tendría todo el tiempo del mundo para convencerla de que fuera su esposa, de que permaneciera con él hasta el final, cuando ya los corazones dejan de latir. En esta vida y en las próximas. Por siempre jamás.

A lomos de *Halcón*, surcó la propiedad en un intento de evitar pensar para no volverse loco. Katerina casi se desmaya al saber que podía volver. Quería irse... Y él no había sabido qué decir. Necesitaba esos momentos de libertad para volver a ser él mismo y poder enfrentarse a ella con el alma libre de temor. Nada había cambiado para él. No sería un cobarde. La amaba y lucharía por ella, mientras le quedara un latido a su corazón.

El baile estaba próximo y ese sería, además, el evento donde le pediría que se casara con él.

Y sus destinos quedarían sellados.

Sólo esperaba que ella aceptara su proposición.

Nunca, nadie, lo había mirado con tanto amor.

Nadie, nunca, le había demostrado tanta veneración.

Jamás, nadie, lo había esperado con tanta ilusión.

Nadie, jamás, lo había adorado del modo en que sus ojos lo habían adorado.

Su cuerpo. Su voz. Su sonrisa. Sus palabras. Ese brillo que la envolvía...

Nadie le había abierto los brazos para amarlo como ella lo hacía.

El amor le estallaba en los pulmones. Le apretujaba el corazón.

No sabía que el amor fuera así.
El amor de Katerina.
El amor desinteresado, honesto, espontáneo, impulsivo...
Un amor tan auténtico, tan puro como ella misma.
Si Dios fuera justo, no le arrebataría lo único que había amado en toda su miserable vida.
Si Dios fuera justo...
¿Lo sería?

Todo estaba oscuro. Había soñado con August. Decía que había encontrado la forma de regresar a casa.

Abrí los ojos, aturdida y desorientada. El rastro de las lágrimas en mi rostro me indicaba que no había sido un sueño. El señor Owen había logrado averiguar las circunstancias que habían rodeado mi viaje y había conseguido dar con la solución. Los astros conspiraron una vez más, sin embargo en esa ocasión, todo era bien distinto.

Y Gabriel no había dicho nada. Se había ido.

Las ganas de llorar volvieron a mí y, a pesar de eso, me levanté de la cama y encendí la luz.

Como un autómata, entré en el baño y me duché. Cogí un sencillo vestido verde y me senté junto al fuego peinando mi cabello hasta que se secó.

Nora llegó poco después para decirme que la cena estaba lista y que el señor ya me esperaba.

¿Cuándo dejaría la tristeza de asfixiarme?

¿Cuándo podría volver a respirar sintiéndome viva?

¿Por qué los hombres siempre callaban? ¿O era sólo Gabriel?

¿Por qué callaba yo?

Tanto miedo a la vida. A la verdad. A los sentimientos.

¿O era otra cosa?

Dejando las preguntas en el baúl del desencanto, me dispuse a bajar las escaleras y a entrar en el comedor.

Y allí estaba él.

Tan apuesto.

Su sonrisa me deslumbró. Su porte. La mano que adelantó para guiarme hasta la silla. Su aliento. Su corazón. Sus labios. Sus ojos. Su sonrisa.

Esa sonrisa y esa mirada...

Me salió de dentro, como una voz que me guiaba.

No iba a perder el tiempo revolcándome en dudas, preguntas y lamentos; aún me quedaban muchos días por delante. El 14 de noviembre estaba lejos y, hasta que llegara ese día, disfrutaría de cada segundo de vida junto a Gabriel, sin mencionar el hecho de que todavía quedaba por determinar la hora y el lugar del evento y, sin esos datos, el regreso a mi tiempo no sería posible. Era como si nada hubiese ocurrido. Todo estaba por descubrir, y yo seguía en el siglo XIX..., tal vez para siempre.

Nuestras miradas, la mía y la de Gabriel, no eran las únicas que iluminaban la mansión Bladnoch.

Nora y Alexander también se perdían el uno en el otro cuando creían que nadie los veía, aunque creo que ni ellos mismos se daban cuenta de ello. Sin embargo, todos en la casa los habían descubierto; y es que incluso un ciego se habría dado cuenta de lo que ocurría entre ellos. Nora andaba por completo descentrada. Si le pedía el vestido celeste, me daba el verde, si era el granate, me preparaba el marrón. Empezó a escoger esos corsés tan atrevidos que Gabriel me había regalado cuando llegué, alegando que nunca había que dejar nada por estrenar. Lo mejor de todo ello era que me los combinaba a la perfección con las braguitas y las medias diciendo: “Al señor le van a encantar”, lo que me hacía enrojecer, confirmando que nuestra relación no era un secreto para nadie. Yo no podía salir de mi asombro, sobre todo cuando se interesó por los sujetadores y sus complementos, mostrando una curiosidad hasta ese momento desconocida para mí. Sospechaba que ella se imaginaba con aquellas prendas por algunos comentarios que susurraba pensando que no la oiría: “¡Qué tontería! Soy demasiado vieja para estas cosas”, “... demasiado gorda...” y otras lindezas de ese tipo. A pesar de todo, la descubría observando la ropa interior con ojos soñadores, lo que me llevó a visitar a madame Lafleur para encargarme un par de conjuntos para mi Nora. Tuve que “robarle” unos calzones y un corsé para que Marguerite tomara las medidas. La idea le encantó y pensó que podría ser la pionera de esa extraña moda parisina en ese Londres que la había acogido, es más, decidió que le daría un pequeño toque a su mini-escaparate para llamar un poco la atención sobre esas nuevas prendas. ¡Sería un escándalo! Aquello la deslumbró. Novedad y escándalo. Era una taza de chocolate demasiado tentadora.

Cuando Nora los recibió, los rechazó enrojecida como una fresa, pero logré convencerla. “Vaya usted misma a devolverlos”, le dije, segura de que

no lo haría, primero, por vergüenza; segundo, por el intenso deseo que brillaba en sus ojos y en sus mejillas encendidas de tenerlos sobre su rebolondo cuerpo. Sospechaba que, incluso sin llevarlos puestos, se sentía femenina, atractiva, una hermosa y sexy mujer.

Ganó su lado más coqueto, claro está.

Sus “despistes” iban más allá. Se le olvidaba el té o las tostadas, su forma de peinarse, tan seria y formal, había cambiado, dándole un aire más juvenil. Sus vestidos estaban sufriendo una importante transformación. Los había arreglado y ahora mostraba sus hombros con amplios escotes que dejaban intuir sus generosos pechos.

En cuanto al señor Tilman, debo decir que más de una vez y más de dos, me dejó sin habla. ¡Se le olvidaba peinarse! Y sus zapatos, siempre limpios y relucientes como espejos, dejaron de estar tan impecables. Entregaba el correo a destiempo, lo que irritaba sobremanera a Gabriel que no se enteraba de nada; y siempre se paseaba por la casa refunfuñando cuando se daba cuenta de los pequeños errores que cometía.

Sin embargo, los momentos más espectaculares tenían lugar cuando ambos coincidían en algún momento del día. Mil chispas saltaban a su alrededor. Los sirvientes más jóvenes sonreían, pero la señora Crawford siempre tenía en los labios algún comentario que mostraba su descontento: “El amor es para los jóvenes”, “¡Qué vergüenza cuando los viejos coquetean!”, “El amor no está hecho para gente de nuestra edad”, y así, hasta el infinito. Nora y Alexander se sonrojaban ante esos comentarios, tras los cuales pasaban días evitándose, con lo que las trastadas de ambos eran más numerosas, hasta que volvían a comportarse como los enamorados que eran.

Y yo, simplemente, me sentía feliz; me ilusionaba mucho pensar que mi relación con Gabriel había abierto la puerta que ambos habían mantenido bajo mil candados durante años.

La casa rebosaba amor. Jane y Gerard. Nora y Alexander. Alfred y alguna joven criada que aún no conocíamos. Tal vez aquella chica, la señorita Jones...

Gabriel y yo.

Ya sólo faltaba que el señor White encontrara algún amor que aliviara su soledad y le entregara su corazón, que lo amara como su alma hermosa merecía.

Y entre tanto amor destilando de los corazones que me rodeaban, yo seguía con mis actividades dentro y fuera de la casa, aunque mi necesidad de

descansar y el lirón que habitaba en mí, me obligaron a trazar una agenda más flexible sin llegar a comprometerme por completo con nada ni con nadie hasta que esos síntomas no remitieran.

Lo único que mantenía por encima de todo era mi diario y las reuniones del Club de las Descaradas.

Mi diario se había convertido en algo más que un simple diario donde se narraban los sucesos del día; más que una exposición de costumbres y realidades distintas; más que el testimonio subjetivo de una chica viviendo algo imposible. Era un confidente, un relato de fantasía que se había transformado, en algún momento inconsciente, en una romántica historia entre un lord del siglo XIX y una joven del XXI.

Llegué a pensar que podría convertirse en una novela paranormal. Cuando todo quedara resuelto..., quizás...

Sentí alegría y risas en el corazón ante la perspectiva de ver mi historia en un libro que, tal vez, alguien leería; sentí tristeza al imaginar mi regreso a casa... sin Gabriel; sentí ira por su silencio, por no darse por entero, por dejar que el pasado fuera aún su presente, por no ser fiel a su corazón, un corazón hermoso capaz de amar hasta el último latido. Sabía que podía amar, me lo había demostrado, me lo había dicho...

Me sentía amada entre sus besos, perdida en sus brazos, fundida con su carne, pero...

Siempre había un pero... ¡Palabra inmunda!

Y a veces me sentía tan cansada. ¿Qué podía hacer yo para romper ese muro de hormigón?

Amarlo no parecía ser suficiente...

Sin embargo, las reuniones del club rompían con toda la incertidumbre, con el miedo, con el dolor. Las Descaradas éramos la esencia más pura de la risa, de la travesura, de la diversión, de la libertad. La expresión sin límites ni fronteras.

Aquella tarde, en casa de Lisa, esta nos ofreció una de las mejores reuniones del club que habíamos tenido hasta el momento. Nos mostró una auténtica joya traída directamente de la India.

Un Kamasutra que un coleccionista del siglo XXI habría obtenido vendiendo, con sumo gusto, su alma a Mefistófeles.

Hecho a mano, página a página, letra a letra, ilustración a ilustración, era

un regalo para la vista. Oro colmaba sus hojas, oro coloreaba sus fillos, oro dibujaba la cubierta, acompañada de piedras preciosas y un bellissimo broche de diamantes que hacían de él el libro prohibido que había que venerar.

Escrito en sánscrito, Lisa nos contó cómo su esposo le había ido desvelando los secretos de aquel tesoro. Su voz había sido el mejor afrodisiaco, y bastaba una lectura para que su sexo reaccionara de una forma tan fulminante que Esha nunca podía terminar de leer..., a no ser que quisiera jugar con ella, torturarla un poco para luego abandonarse al placer carnal del amor, a la unión de las almas a través de la carne.

Esa era la excusa perfecta que esperaba para tratar un tema muy de moda en mi siglo y que despertaba mi curiosidad de tal manera que se había situado en el primer puesto de las muchas fantasías que quería poner en práctica con mi lord, sobre todo a partir de aquella noche en que, acariciando la piel rojiza y fruncida, me dijo con esa voz que me fundía como chocolate: “Algún día te tomaré por aquí...”. Desde entonces sólo podía pensar en cómo sería ser tomada por ahí...

Ya me había acariciado incontables veces, algunas incluso, untando su dedo corazón —corazón— en mis jugos; había jugado a entrar y salir con suavidad y ternura, provocando un placer desconocido que me había predispuesto favorablemente a tener sexo de todas las formas posibles... y a ser penetrada por detrás. Había imaginado tantas veces esa forma de hacer el amor, esa postura animal a cuatro patas, primitiva y pasional, que casi podía creer que lo habíamos hecho de esa forma.

Sin embargo, nunca me había atrevido a proponérselo, dejando en sus manos la decisión, una decisión que, por alguna razón desconocida, aún no había tomado. Tal vez, ya había llegado el momento de ser atrevida hasta ese punto. ¿Por qué dejarlo en sus manos cuando el deseo hervía en mi seno?

Y allí, aquella tarde de octubre, rodeada de mis amigas, respiré hondo y notando el calor en mis mejillas, me decidí a formular la pregunta que me estaba produciendo llagas en la lengua..., y justo en ese momento, llamaron a la puerta. El mayordomo anunció la visita de unas damas que ya entraban en la estancia sin ningún respeto ni consideración, armadas de voces chillonas y una muy, pero que muy desagradable orquesta vocal, que interrumpieron lo que habría sido una conversación de lo más interesante. Pero la sorpresa no terminaba en esa invasión de cotorras.

Venían de la mansión Bladnoch, ya que era a mí a quien querían ver. Mi sorpresa no tenía límites. ¿Deseaban hablar conmigo? ¿Por qué? Las únicas

palabras que me habían dirigido, habían sido de desprecio. Sí, aquellas “señoras” eran ni más ni menos, las que me habían tomado por una cortesana en la fiesta de los Evans. El asombro no terminaba ahí. Habían sido informadas por sus esposos, que frecuentaban el mismo club que lord Adair, de mi identidad —falsa identidad: amiga de la madre de Gabriel—. Al enterarse, se sintieron tan avergonzadas por la humillación que había sufrido, que habían decidido reparar sus acciones lo antes posible, de ahí que en ese momento hubiesen tomado por la fuerza el hogar de Lisa, a pesar de la negativa del mayordomo que había insistido en que “la señora Kothehal se encuentra en una reunión privada y no puede atenderlas hoy”. Sí, la educación y las buenas maneras no eran una cualidad propia de la aristocracia. El cotilleo era mucho más poderoso.

Media hora más tarde, aburridas y molestas, las señoras aún seguían allí sometiéndome al interrogatorio más espantoso sobre Galloway y la condesa de Bladnoch. Me pareció que habían pasado siglos, hasta que Lalima se levantó para marcharse diciendo que se sentía cansada, momento que aprovechamos todas para volver a nuestras casas y así librarnos de tan tediosa compañía.

Me sentía decepcionada por un lado, pero aliviada por otro. Los hombres ya no me mirarían como si quisieran devorarme, ya no tendría que soportar las babosas propuestas de babosos borrachos, ni las lenguas venenosas de las mujeres. A partir de ese momento, sería respetada como invitada de lord Adair.

Todo había sido obra suya. Había aprovechado su estancia en el club y sus clases de boxeo para explicar convenientemente mi presencia en su casa y, de ese modo, reparar el error que cometió en aquella fiesta. Al parecer, algunos miembros habían vuelto a sus casas con un ojo morado, pero muy convencidos de mi integridad y decencia. Ya nadie dudaría de mi valía. ¿No era para morir? Me dieron ganas de meterles un petardo en el culo...

Mientras Gabriel me lo explicaba todo durante la cena y después, frente al tablero de ajedrez, buceaba dentro de mí, buscando la mejor manera de proponerle que desvelara la incógnita que el sexo anal era para mí.

No fue necesario.

En realidad, no estaba en mi mejor noche y no era sexo precisamente lo que buscaba. La marmota que estaba dominando mi cuerpo en los últimos

tiempos, me pedía a gritos que me fuera a dormir, de hecho habría podido jurar que di una cabezada, mientras jugábamos al ajedrez, con lo que mi plan de plantear la cuestión se fue disolviendo, poco a poco, ante la imagen de mi mullida cama, la chimenea encendida y el calor que, con toda seguridad, desprendía envolviendo mi habitación de calidez, sin mencionar el cansancio que me impedía darle órdenes a mi cerebro para que pusiera mi cuerpo en movimiento y se fuera a dormir.

La última orden fue obedecida. Sin terminar la partida me levanté alegando cansancio y me fui a mi alcoba acompañada de Gabriel.

Me desvistió y me puso el camisón, mientras yo reposaba el cuerpo sobre el suyo. Luego me tomó en brazos y me acostó. Minutos después, mi lord se acosta junto a mí, abrazándome y colocando mi cabeza sobre su pecho.

—Te estás excediendo en tus quehaceres. Estás tan obsesionada con mantenerte ocupada, que acabas los días agotada —me dijo tras darme un beso en la frente—. Voy a tener que tomar cartas en el asunto y mantenerte encerrada en tu habitación.

—Y te mato —respondí bostezando—. Hago muy poco, en realidad, pero estoy siempre muy cansada. Será el cambio de estación. Tengo que comprar jalea real con ginseng... —dije en un susurro.

—¿Comprar qué?

Me quedé dormida antes de ser consciente de lo que había dicho. Incluso en este momento, me pregunto si todo tuvo lugar como lo recuerdo, sólo sé que dormí como una niña, envuelta en su calor y en su abrazo.

Un cisne blanco batía sus alas ante mí y con su pico me pellizcaba las piernas. Pataleaba para alejarlo de mí, sin embargo, no sentía dolor. Su toque eran caricias que despertaban mi sexo y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba desnuda en medio del Lago de los lirios. Flotaba en sus aguas serenas y azules, mientras el cisne, replegando sus alas, se acercaba a mi vientre regalándome su tierno tacto recorriendo mi piel...

Abrí los ojos que había mantenido cerrados todo el tiempo, para ver el rostro de mi duende travieso, para sentir su cuerpo sobre el mío, sus manos en mis muslos y sus labios paseándose por los míos.

—Buenos días, mi dulce dormilona.

En respuesta, lo acogí en mis brazos y me fundí con su boca, sin tiempo para pensar que ni siquiera me había lavado los dientes. Qué podía importar

eso cuando encajaba a la perfección entre mis piernas que lo rodearon para acercarlo más a mi sexo ya húmedo y preparado para acoger su verga, tanto, que mis caderas se levantaban, por voluntad propia, para sentirlo dentro de mí.

Alargué una mano para tomarla y situarla en mi entrada, pero él tenía otros planes. Se alejó de mí ignorando mis protestas para besar mi cuerpo, tomándose su tiempo, regalándose en la piel estremecida hasta llegar a mis pliegues que abrió con su lengua, a la vez que introducía un dedo en mi interior, a la vez que pellizcaba mis pezones, yendo de uno a otro sin tregua, al igual que su exploración en mi vientre. Su dedo impregnado siguió hacia abajo para acariciar mi ano.

Creí que moría.

Mi clítoris en su boca.

Mis pechos en una mano.

Y un dedo jugueteando con el agujero prohibido.

Me moví siguiendo su baile.

No hubo necesidad de palabras... Mis gemidos y un “sí” susurrado, fue suficiente.

Me dio la vuelta y me puso de rodillas sin abandonar el movimiento de penetración.

De repente sentí que me dejaba.

—¿Gabriel?

No hubo respuesta.

Yo estaba que explotaba y no pude evitar llevarme la mano a mi brote hinchado.

—Eso es, cariño, date placer —oí detrás de mí.

Giré la cabeza para recibir el más apasionado de los besos y ver un bote de crema.

—¿Sí?

—Sí

Me abrió las piernas un poco más para situarse; con movimientos lentos, impregnó su falo en mis jugos, preparándose...

El orgasmo me arrasó tras mi propia estimulación, mientras Gabriel volvía a introducir un dedo untado de crema. En ese momento, se quedó quieto sintiendo las contracciones de mi placer para reiniciar su exploración añadiendo otro de sus dedos. Desfallecida tras el éxtasis, me sujeté al cabecero de la cama, sintiendo las caricias de su mano libre que recorría mi

espalda y mis pechos, mi vientre y mi sexo. Introdujo la cabeza de su pene en mi vagina, moviéndose con lentitud, frotando con deleite esos primeros centímetros tan sensibles de mi interior, mientras me seguía estimulando el ano.

Mis caderas volvieron a moverse, preparada ya para sentir su verga dentro de mí. Saliendo de la vagina, se posicionó en la entrada de mi ano y embadurnando su miembro también de crema, sustituyó sus dedos por su pene. Acarició el frunce con la punta de su glande, introduciéndose despacio, poco a poco, entrando y saliendo; con cada pequeño empujón, me regalaba un trocito más de su verga, sin dejar de preguntarme si todo iba bien. Ni siquiera podía hablar. Mis sentidos estaban plenamente centrados en el acto. Mi cuerpo lo hacía por mí invadiendo la alcoba de gemidos de placer, los suyos y los míos... y cuando lo tuve dentro... cuando se insertó hasta la base... No puedo expresar con palabras el placer que me sobrecogió. Quieto. Sabía que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no dejarse llevar por la necesidad y el placer.

Despacio, comenzó la danza sujetándose a mis caderas para luego recorrer mi espalda y situar una de sus manos en mi pubis. Su balanceo se transformó; sentía su pelvis golpeando mis nalgas, lo que aumentaba las sensaciones.

Más rápido..., y más...

Cubrió mi espalda...

Por extraño que pueda parecer, me sentía protegida teniéndolo sobre mí de aquella forma.

El vaivén de sus caderas, sus dedos en mi sexo, su aliento en mi pelo, nos llevó a una explosión orgásmica sin precedentes.

Sin poder sujetarme sobre mis manos, caí rendida sobre la almohada, mientras él seguía, tan agitado como yo, cubriendo mi cuerpo. Tomó mis manos entre las suyas, manteniéndose en mi interior hasta que la calma expulsó su falo de mi cuerpo, y con un movimiento lento y pausado, nos llevó a tumbarnos. Su mano alrededor de mi cintura. Acoplados a la perfección. Él detrás de mí. Piel contra piel.

Y así, sintiéndonos, nos quedamos dormidos

Ya empezaba a amanecer.

Al despertar, me encontré sola en la cama, como la mayoría de las mañanas, envuelta en su calor, impregnada de su olor, sintiéndome llena, con

el alma iluminada de fuegos artificiales y besos de fresa.

Hacer el amor con Gabriel, me producía ese efecto: vivir en un permanente estado celestial. Sentirme completa. Sentir que mi alma había llegado a su destino. ¿Se podía amar tanto?

Sí.

Se podía.

Por toda la eternidad.

Una vez fuera del letargo amoroso, y tomándome el tiempo que siempre necesitaba para establecerme con plena consciencia en el mundo de las personas despiertas, me dispuse a coger el móvil y no dejar pasar, ni un día más, la sesión fotográfica que me había prometido hacerle a Gabriel.

Mi mayor deseo era quedarme junto a él el resto de mi vida, sólo tenía que pedírmelo, pero nada era seguro, y a pesar de sus muestras de amor —así lo sentía yo—, ¿qué sabía yo sobre lo que estaba guardado en su corazón?, ¿y si sólo me consideraba una amante más?, ¿y si sus palabras de amor sólo las dictaba la lujuria?

Tenía que prever todas las posibilidades, aunque sólo había dos: quedarme o irme. Y el irme existía, y si me iba, me lo llevaría conmigo. Su hijo sabría quién era su padre, aunque pensara que el día en que le había tomado las fotos, estaba vestido para ir a una fiesta de disfraces. Esa idea plantó una sonrisa en mis labios. Y la idea de estar sin él, me la quitó.

Así que, armada con el teléfono, me dirigí a su despacho donde le señor Tilman me había dicho que se encontraba trabajando. En un principio, pensé en dejarlo para más tarde, pues al igual que a mí no me gustaba ser interrumpida —con la consiguiente molestia—, mientras trabajaba, tampoco me gustaba actuar de ese modo con otra persona, pero se trataba de un caso urgente. Tenía que comprobar que, a pesar del tiempo transcurrido, aún le quedaba energía suficiente para el encendido y las fotos. Si pasaba más tiempo, podría no servirme para lo que quería hacer, con lo que, si llegaba el momento de volver a casa, no tendría su imagen más real, la autenticidad que una fotografía podía transmitir.

Sentada sobre su regazo, le expliqué lo que quería hacer, mientras no dejaba de pasear sus manos por mi cuerpo y sembrar mi piel con sus labios. Tuve que levantarme para alejarme de él o nunca habría empezado la sesión de fotos.

Milagrosamente, el móvil funcionó. Lo fotografié sentado a su mesa, apoyado en la repisa de la chimenea, sentado en el canapé, de cuerpo entero,

varios primeros planos, de medio cuerpo, con flash, sin flash, en color, en blanco y negro, en sepia..., hasta que se agotó la batería. Le habría hecho mil más, pero me sentía satisfecha, feliz.

Ya estaba hecho. Mi hijo conocería a su padre..., fuera de la manera que fuera.

Y yo mantendría su rostro grabado en la memoria hasta mi último aliento, y mi amor por él, tatuado en el alma.

Faltaban pocos días para el baile de recaudación y todo estaba listo ya. Las invitaciones enviadas, las confirmaciones de los invitados, incluso algunos hicieron el ingreso correspondiente en el banco, otros, sin embargo, preferían esperar al día del evento. Los miembros del servicio andaban como locos sacándole brillo a todo lo que era susceptible de brillar. El señor Tilman, testigo de las enloquecidas idas y venidas de todos y del estado de histeria en el que se encontraba su Nora, informó a lord Adair de la necesidad de contratar a más gente para tenerlo todo dispuesto y a tiempo para la fiesta. El comportamiento alterado de la señora Hayes fue la excusa perfecta que necesitó Alexander para seducirla y convertirse en amantes. Al menos, eso fue lo que pensé cuando los vi en un rincón del jardín metiéndose mano.

Sí, metiéndose mano.

Me quedé paralizada. ¿Quién lo iba a decir? Mi Nora, siempre tan contenida, y el señor Tilman aún más reprimido que ella, desatados por la pasión y expresándose en el jardín. ¡En el jardín! ¡Como dos adolescentes! Sin tener en cuenta que cualquiera podría verlos. Y es que, el amor, cuando se desataba, no entendía de limitaciones..., y no había nada en el mundo como el sexo para relajar tensiones.

¡Alucinada!

Y esperanzada, más que eso, estaba segura de que acabarían casándose. Sólo esperaba poder asistir a la boda y ver a mi Nora vestida de novia e ilusionada por su casamiento.

Gracias al baile de recaudación —acontecimiento social sin precedentes. ¡En la mansión Bladnoch!—, Gabriel recibía por lo menos, diez invitaciones diarias para asistir a todo tipo de eventos, y aunque nunca había sido amigo de mostrarse en público tan a menudo, la causa del orfanato-escuela bien valía el esfuerzo. Casi todas las noches asistía a alguna fiesta o reunión, conciertos, teatro... Yo lo acompañaba a veces, pero no siempre me sentía

bien y, en contra de su voluntad, salía sin mí, maldiciendo el compromiso que había adquirido, y sin dejar de abrazarme y besarme, me decía que lo rompería para quedarse conmigo, que nada valía ese tiempo sin mi compañía. Yo me lo creía, eran palabras surgidas del corazón —lo sentía, cada una de ellas... Yo las sentía...—, sin embargo, muy a mi pesar, le decía que tenía que ir, que el futuro de todos esos niños era más importante y que teníamos mucho tiempo para estar juntos. Entonces me miraba sin decir nada, en silencio me hablaba con sus preciosos ojos oscuros y sólo podía ver amor, alimentando mi esperanza y mi deseo, viéndome en su vida para siempre.

Pero ¿y si era fruto de mi sueño?

No, las miradas no mienten. Las palabras podían mentir, sí...

Pero su mirada de amor no.

Justo cuando se me estaba olvidando que yo no pertenecía a ese tiempo, el señor Owen envió una carta.

Ya tenía todos los datos.

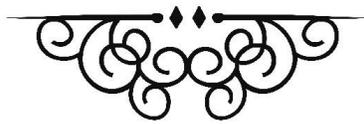
La vuelta a casa era posible.

Nos informaría el día del baile.

Faltaban dos días.

Dos días que pasaron en un parpadeo, mientras yo me moría de miedo ante la idea de que Gabriel me dejara marchar, olvidando todo lo que habíamos vivido juntos...

CAPÍTULO 24



Había llegado el momento de que el rompecabezas se completara y allí estaban August y Serena, henchidos de felicidad por su descubrimiento, a punto de darme la peor noticia que recibiría en toda mi vida.

Qué ironía, la peor noticia, y uno de los días más especiales. El baile de recaudación. Dos acontecimientos únicos y extraordinarios. Cada uno en un platillo de la balanza.

El dolor, la angustia y cientos de emociones subían y bajaban sin control. Algunas ni siquiera era capaz de reconocerlas. Pesaban más..., mucho más, demasiado..., tanto que sentía que me deshacía en miles de trozos arrancados sin compasión, esparcidos entre las brumas de la desolación, en el vacío de la esperanza.

Era cierto.

Una persona se podía romper.

Desde que recibiera la carta de August, Gabriel no había dicho nada. Absolutamente nada. Y nada había cambiado en él. Se mostraba tal y como lo había hecho siempre, como si esa carta no hubiese llegado nunca. Como si aquella reunión no tuviera lugar en ese momento.

Sin embargo, entre el ensordecedor ruido de mi vida haciéndose añicos, unas palabras resonaban, tímidas y susurrantes: “Gabriel, dime que me quede..., dime que me quede..., dime que me quede... Gabriel, dime...”.

—Katerina, ¿me ha oído? —preguntó Serena con esa sonrisa de madre generosa, amorosa, acogedora.

—¿Disculpe? —En ese momento, ni siquiera sabía dónde estaba. ¿De qué estaban hablando?, ¿de mi vida?, ¿de cómo se me estaba saliendo por los ojos?

—Katerina, muchacha, ya hemos averiguado cuándo y dónde se abrirá el portal a su tiempo —dijo un entusiasmado August—. Será en el embarcadero del lago Serpentine a las 21:00, el...

—August, después del baile podremos hablar de todo esto. Vamos, los

demás no tardarán en llegar. —Dicho esto, Gabriel tomó mi mano sonriéndome.

—Pero Gabriel, no te das cuenta, nuestras investigaciones...

—Después. —Ambos salimos de su despacho para dirigirnos hacia la entrada principal donde ya se oían los sonidos de los carruajes y las voces maravilladas de los primeros invitados.

—Pero...

August no podía entender la reacción de Gabriel ni la falta de interés de Katerina. ¡Había resuelto el enigma! Días y días investigando, observando la bóveda celeste. ¿Es que no se daban cuenta? Era un hecho histórico imposible de evaluar, un suceso memorable, más aún que la mismísima Exposición Universal. ¿A quién le importaba eso cuando se podía viajar en el tiempo? ¡Iba a ser testigo del fenómeno más extraordinario de su vida! Y Gabriel sólo tuvo una palabra, “después” y Katerina..., Katerina no había dicho nada, parecía que iba a llorar. Claro, la emoción...

—Vamos, cabezota, después del baile —dijo Serena arrastrando a su marido del brazo—. No ves que no quieren saberlo. Sospecho que nuestro Gabriel se está guardando algo importante en un bolsillo.

—¿Qué?

—¿Después de tantos años juntos aún no has descubierto que soy más lista que tú, mi adorado científico tonto? —preguntó Serena con ojos sabios.

—Jamás lo he puesto en duda, mi amor —dijo besándola con ternura.

—Tú sabes, yo sé, fin de la conversación. —Tras guiñarle un ojo, dirigió su mirada al frente y salieron de la estancia.

—¿Tú sabes...?

Había averiguado la hora y el lugar en que se abriría la puerta al siglo XXI; las estrellas, la luna, los planetas, todo tenía un sentido, no había nada que no supiera, nada que no estuviera dispuesto a averiguar. El cielo y sus misterios eran su alimento..., sin embargo, por más que repasaba sus acciones, sus palabras y todo lo sucedido en los últimos días, no conseguía entender cómo su esposa... sabía...

Ella no debería saber.

—Por supuesto, —le sonrió como lo hacía su pequeña Isaura cuando hacía una travesura— por supuesto...

Me moría por dentro.

“Gabriel, dime que me quede... Gabriel...”

—Gabriel...

—Cuando termine la fiesta, hablaremos de todo esto, te lo prometo. Ahora, disfrutemos del primer baile en la mansión Bladnoch desde que..., desde hace mucho tiempo. ¿Me hará el honor de concederme el primer vals, señorita Sinclair? —Su sonrisa y sus ojos brillantes empañaron mi mirada. Sólo pude asentir—. ¿Y el último?

—Claro. —No tenía voz, se me había disuelto en el fondo de mis entrañas.

—¡Maravilloso! Será una noche que nunca olvidaremos.

¡Estaba tan radiante!

Era un foco de luz alumbrando mi oscuridad. Sí, mi oscuridad, porque mi pena era oscura, mucho más oscura que el fondo del mar, mucho más...

Mucho más... Nunca supe cuán oscura podía llegar a ser. Tanto como..., como...

Tanto...

Sin embargo, la textura de su chaqueta bajo mi mano, la calidez de su voz inundada de felicidad, la ternura en sus ojos negros, el olor a romero que desprendía su cuerpo, él, simplemente él, me llenó el corazón de polvo de hadas, elevándome como la caja de música que arregló *Campanilla*, sí, esa que le llevó a *Wendy*, la que dejó en el alféizar de su ventana. Así me sentía yo, elevada por la magia, yendo hacia él porque no podía ser de otro modo, y al igual que la caja de música era de *Wendy*, yo era de Gabriel.

Nuestros destinos estaban unidos en mi tiempo y en el suyo.

Pasara lo que pasara, ese momento era mi momento, mi momento con Gabriel, nuestro momento, guardado en ese rincón de la memoria que no se borra jamás.

Sí, aquella sería, sin duda, una noche que nunca olvidaríamos.

En ese momento, entrando en el salón de baile del brazo de Gabriel, se llevó la mano al escote donde descansaban los cisnes de rubíes, como si fueran un amuleto de buena suerte. El corazón lleno de esperanza.

Era evidente que eso significaba algo, esa joya era especial y el hecho de no querer saber lo que August tenía que decir, le hicieron pensar que Gabriel tenía un plan, que en algún momento de la noche, él le pediría lo que tanto anhelaba y que, por fin, tras años de sueños, encantos y desencantos, amores y desamores, tendría su preciosa historia de amor, su preciosa y romántica declaración de amor de un hermoso caballero del siglo XIX que era... su

todo. Quizás se arrodillaría como solían hacer en las películas, y si él no le pedía que se quedara, tal vez ella consiguiera tener el valor suficiente para decírselo. Incluso podría ser ella la que se arrodillara para pedir su mano. Esa idea la divirtió. Sí, tal vez su corazón se llenaría de coraje para decirle, una vez más, cuánto lo amaba, cuánto deseaba quedarse junto a él para siempre, que iban a ser padres...

Después de todo, Katerina no era de las que se rendían con facilidad.

Su corazón se llenó de música y canciones, y dos lágrimas de felicidad asomaron a sus ojos soñadores. Eso de estar esperando un hijo era algo maravilloso, pero siempre andaba con los sentimientos sobre la piel, desbordándola, superándola... ¿Duraría todo el embarazo? Porque no estaba segura de poder soportar tanta sensibilidad durante mucho tiempo.

En cuanto entraron en el salón, sus amigos fueron a saludarlos de inmediato, así como el resto de invitados que ya habían llegado. Aún faltaban algunos que habían confirmado su asistencia, pero el éxito ya estaba asegurado; con todo lo que se había recaudado a través de las invitaciones, casi podían terminar las reformas de la mansión Gruffuldd, futura Alysha's School.

Katerina brillaba como mil soles con su vestido dorado. Si hubiese tenido alas, habría sido como si la *reina Clarion*^[28] asistiera al baile, así se sentía la joven, es más, incluso sin alas, sentía que podía volar entre los brazos de su lord. Después de todo, quizás sí era la reina de las hadas que se había convertido en mujer, como hiciera *la sirena Glauca*^[29], para conocer el amor humano.

Sí, tal vez.

Así de especial y única la hizo sentir Gabriel, y eso quería decir que era así como él la veía: única y especial, ¿verdad?

El salón rebosaba y todos se sentían felices. Todas sus esperanzas se habían visto superadas; mientras los caballeros conversaban y trataban sus negocios entre ellos, las damas hacían lo mismo.

Había llegado la hora de disfrutar del triunfo de Gabriel.

Ese era el presente que le tocaba vivir, el que tenía que incrustar en sus recuerdos, al igual que ya tenía incrustado ese instante de intimidad romántica, justo antes de la llegada de los Owen, en que Gabriel entró en su alcoba y le regaló el más hermoso collar de rubíes que había visto jamás. Una

joya nada ostentosa que su lord le puso después de sembrar sus hombros y su cuello de mil besos de amor. De un gusto exquisito, el collar la emocionó, no por el objeto en sí, sino porque del centro colgaba una pequeña cadena con dos preciosos cisnes.

Cisnes.

Sin embargo, Katerina no acababa de sentirse cómoda entre aquellas personas; por más reuniones, por más fiestas a las que asistía, no lograba acostumbrarse al mundo de la aristocracia. Lo que colmó su malestar fue la llegada de lady Pearce. Sí, esa descocada que conoció el día en que fue a visitar la exposición, sin mencionar todas aquellas “señoras” que la habían insultado por considerarla una cortesana desvergonzada entre personas “decentes”. Todo aquello quedaba lejos ya, y esas mismas damas, le ofrecían sus mejores sonrisas. Por fortuna, Gabriel supo subsanar aquel enorme error, aunque lo pagó bien caro con una conciencia que no lo dejó dormir durante días hasta que resolvió el problema. Casi cayó enfermo después de aquello, un castigo que consideró de lo más justo por su indeseable y cobarde comportamiento, sin embargo el perdón de Katerina había sido la mejor medicina.

En aquel ir y venir de gente, la muchacha buscó el cobijo que le daban sus nuevas amigas en un intento de alejarse de la sombra que su mente cernía sobre ella para envolverse en la luz del regocijo y del éxito y, aunque todo había sido idea suya, se mantuvo en un discreto segundo plano. Después de todo, sólo era la “amiga” de la madre de lord Adair que había ido a Londres a ver la Exposición y a visitar la ciudad.

Me fui alejando de todos de la forma más discreta que pude.

Era su momento de gloria y era justo que lo viviera con plenitud junto a los demás.

El triunfo para él y todos sus amigos, esas personas solidarias y comprometidas que estaban sembrando un futuro lleno de esperanza, invirtiendo en la vida, en la juventud, en el alma y el corazón de los hombres.

Desde las puertas que daban al jardín, los observaba con el orgullo latiéndome en las sienes, mezclándose con la sangre que me recorría y el corazón bombeándome de dicha. Lo habían conseguido.

Cualquier expectativa que hubiésemos podido tener, no había sido más que un diminuto guijarro entre las montañas. La mayoría de los asistentes fue engrosando las hermosas cajas de madera y nácar que se habían situado en

varios lugares estratégicos del salón. Incluso la odiosa lady Pearce donó una buena cantidad, mucho más de lo que yo hubiese podido imaginar teniendo en cuenta la mirada que me dirigió al llegar a la fiesta. Si la envidia pudiese matar..., si los celos fueran dardos... Nada importaba ya. Lo único importante era que las huchas estaban repletas y el nuevo orfanato ya era una realidad. Eran tantas las donaciones que pensé que sobraría dinero para invertirlo en Iomar's School, ya que necesitaba unos retoques.

Asfixiada por el gentío, por las emociones, por la conversación pendiente, me sumergí en el jardín, agradeciendo esa sensación de bienestar que da el silencio y la soledad. Descansaría durante un rato y volvería para el último vals. ¿Sería el último? “Gabriel, pídemme que me quede..., pídemme que me quede...”. Quizás no había sido una buena idea salir sola para sentir la quietud de los senderos solitarios. Esa frase me golpeaba como mil martillos y dolía. ¡Cómo dolía!

La magia hizo su efecto y las enseñanzas de Kala volvieron a mi mente atormentada haciendo que me sentara en un banco situado fuera de cualquier mirada curiosa, para cerrar los ojos y respirar lenta y profundamente. Sentía cómo se me relajaban los músculos, cómo el oxígeno llenaba mis pulmones para vaciarse poco después una y otra vez..., una y otra vez...

Sin zapatos... ¡Qué liberación! Me estaban matando...

Sin embargo, algo no estaba funcionando como debía. No se estaban dando la liberación ni la serenidad que me eran tan necesarias.

Sentía que me ahogaba.

Me estaba asfixiando.

Algo tapaba mi boca.

No podía respirar.

Me debatí contra el ataque. ¿Qué estaba ocurriendo? Con las manos conseguí tocar el brazo de alguien que me mantenía prisionera, mientras intentaba coger aire, mientras intentaba..., mientras...

¡Santo cielo! La cabeza me iba a estallar. No podía moverme. No podía abrir los ojos. Un olor dulzón había invadido mis fosas nasales, y la boca me ardía.

¿Qué había pasado? Mi mente estaba paralizada. Sentía dolor. Ardor ¿Limonas? ¿Por qué olía a limonas?

Me sentía entre la vigilia y el sueño y mi cuerpo, dolorido y agotado, era incapaz de moverse. “Reacciona, ¡maldita sea!”, le ordenaba, pero mi cerebro

seguía en un estado de aturdimiento tal que no me obedecía. No parecía que me hubiese desmayado, ¿entonces?

Ese brazo que me sujetó... Ese algo que me impidió respirar... ¿Me habían drogado? Pero... ¿quién?, ¿por qué?

Cloroformo. Claro. Lo había visto infinidad de veces en el cine.

¿Por qué?

Poco a poco mi cuerpo fue reaccionando y, al fin, pude abrir los ojos para encontrarme en un lugar oscuro y frío. Un leve resplandor me llegó de alguna parte.

La boca me ardía, me latía como si un herpes gigantesco estuviera creciendo en mis labios.

Intenté moverme.

No pude.

¡Qué cansada estaba!

¡Mi bebé! ¡Mi bebé!

Había inhalado cloroformo. ¿Afectaría eso a mi bebé?

¡Dios! Esperaba que no.

Sentí el terror apoderarse de mi corazón, extendiéndose por todo mi cuerpo; quise gritar, pero de mi garganta sólo salió un ligero sollozo, tan leve que no habría asustado ni a los ratones; había sido invadida por el miedo más poderoso, un miedo que no había conocido jamás. Una lágrima saltó por el puente de mi nariz. Estaba tumbada sobre el costado. La niebla de mi mente se estaba despejando permitiendo que me situara en aquel lugar.

Hice otro intento.

A pesar del dolor que me partía la cabeza, logré moverme para darme cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda. En ese momento, comprendí el dolor que sentía en las muñecas y si los tobillos también me dolían... Efectivamente, también los tenía atados. Los moví con la esperanza de que la cuerda que los sujetaba no estuviese bien anudada y, de ese modo, poder deshacerme del agarre.

Nada.

No conseguí nada, salvo hacerme más daño.

“Piensa, Katerina, piensa...”.

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

¿Qué iba a hacer?

Pude comprobar que estaba tumbada sobre una cama pegada a la pared y que el leve resplandor venía de una pequeña vela situada sobre una mesa que

había en un rincón.

Una cama, una mesa y una silla.

Eso era todo.

Oscuridad. Frialdad. Miedo.

“Piensa, Katerina, piensa...”

Recordé lo que tantas veces había visto en las películas. Los protagonistas que acababan con las manos atadas a la espalda, conseguían pasar los brazos por debajo de las piernas y una vez delante, se desataban.

Bien. Eso era fácil.

Colocándome sobre la espalda, levanté las piernas.

¡Mierda! Esos protagonistas no tenían que luchar contra un corsé que no los dejaba respirar, un tremendísimo dolor de cabeza y un maldito miriñaque.

Mierda y mil veces mierda.

“Puedes hacerlo, puedes hacerlo...”

Tomé aire y volví a hacer otro intento.

Perdí la cuenta. Había puesto las piernas en todas las posturas posibles, tiraba de los brazos hacia abajo hasta llegar a mi trasero..., y de ahí no pasaba...

Desesperación.

Eso sí que era desesperación y no lo que había sentido en otras ocasiones. ¡Ja! Entonces aprendí que había que llegar al límite para poder comprender lo que era una determinada emoción. Pero ¿qué hacía yo pensando en esas cosas? No podía perder el tiempo en ese tipo de reflexiones. ¡Qué ocurrencias, por Dios!

Tenía que liberarme...

“Katerina, ¡céntrate! Una vez más, vamos, tú puedes...”

Y una vez más lo intenté para quedarme enganchada en las rodillas..., y otro empujón más..., y otro...

¡Por fin!

Había llegado el momento del último vals.

El momento en que le pediría que se casara con él.

Siguiendo el ritmo de la música, se la llevaría al jardín y allí, se pondría de rodillas delante de ella, le daría el anillo, pediría su mano, ella diría que sí y serían felices para siempre.

Y con ella tendría lo que nunca soñó. Lo que siempre se había negado.

El amor puro y sincero.

El que nunca pensó que existiera.

El que le bullía en el pecho.

Sí, se había enamorado hasta la última célula de su mortal cuerpo.

Hasta la esencia más divina de su alma inmortal.

Se dispuso a buscarla entre los invitados.

No la encontró.

Fue a la biblioteca. Sabía que tanta gente, a veces, era demasiado para ella y pensó que se habría retirado unos minutos para hundirse en el silencio de los libros callados.

No la encontró.

Fue a su despacho.

Empezaba a estar preocupado. ¿Dónde se habría metido?

Recorrió todos los lugares en los que pensó que podría estar, pasando por su alcoba y terminando en la cocina.

No la encontró.

Nadie la había visto.

La música seguía sonando en el salón de baile.

Un vals y otro vals y otro...

Tenía que deshacerse de toda esa gente. Le faltaba el oxígeno. No quería pensar en nada, pero algo en su interior le decía que Katerina lo necesitaba, que estaba en peligro. Su voz tembló cuando les contó a sus amigos lo que ocurría.

Katerina había desaparecido.

Organizaron grupos para recorrer cada palmo del jardín, mientras lord Everett, su hijo Christopher, August, Serena y Lalima fueron dando por terminada la fiesta y, ayudados por el servicio, invitaban cortésmente a los asistentes a regresar a sus hogares.

Una vez que todos se fueron, Christopher salió al jardín. Sabía que él podría ver cosas que los demás no verían. Encontró, bajo uno de los bancos del jardín, el colgante de rubíes que Katerina había lucido esa noche y sus zapatos, así como las huellas de un par de botas masculinas en la parte de atrás del banco.

Alguien se había llevado a la muchacha.

—La han secuestrado —dijo Águila Dorada depositando la joya de Katerina en la mano de Gabriel—. Un hombre de pies grandes, usa botas de montar, delgado...

—¡Imposible! —exclamó Gabriel mirando la joya—. Ha aprendido a defenderse, habría logrado escaparse, habría gritado, alguien la habría oído... —Su voz se iba perdiendo dentro del miedo que le estrujaba los riñones, mientras su mano se cerraba en un puño alrededor del colgante—. ¿Cómo sabe...? —le preguntó sin comprender cómo había podido llegar a esas conclusiones— ¿Por qué tiene sus zapatos? —De un tirón, se los arrancó de las manos.

—Sé leer. —No explicó nada más—. Los encontré junto al collar —dijo señalando los zapatos—. No habría podido decir nada si ha sido drogada. Olía a limones.

—¿Drogada? —preguntó Edmund—. ¿Limonas?

—No hay señales de forcejeo, nada. El agresor consiguió llevársela sin que la señorita Sinclair opusiera resistencia. —Christopher se mantenía impasible, distante, sin embargo sintió un escalofrío recorriéndolo desde los pies a la cabeza—. Está en peligro.

—Cloroformo —explicó Miranda—. El olor a limones es inconfundible...

—Gabriel, ¿qué está pasando? —La voz de Lisa sonó angustiada—. ¿Qué razones podría tener alguien para secuestrarla?

—Si esa perra rastrera le ha hecho daño...

—¿Quién?

—... juro por Dios que le sacaré las entrañas...

—¿De quién estás hablando?

—... le arrancaré el corazón y se lo daré de comer a los perros...

—Gabriel...

—... la descuartizaré e inundaré la tierra con su sangre podrida...

—¡Gabriel!

Gabriel estaba sordo..., ciego... ni las palabras de Edmund o las de Miranda ni las de Patrick... ni las de Serena...

Gabriel parecía un animal rabioso, sin razón, su voz no parecía su voz..., era el sonido del odio más negro. Paseando de un lado a otro de su despacho, seguía su diatriba, mientras los demás lo contemplaban asustados.

—¡¡Gabriel!! —August se plantó delante de él y lo abofeteó—. ¡Ya basta! —ordenó.

Gabriel detuvo su caminar mirando fijamente a su padrino como si saliera de un trance.

—Ya basta, hijo. Cuéntanos qué ocurre —dijo con ternura.

—Cordelia.

—¿¡Esa zorra!?! —gritó Patrick furibundo—. ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—¿De quién estáis hablando? —preguntaron las mujeres al unísono, sin comprender nada.

Un temeroso silencio cayó sobre ellos. Todos miraban a Gabriel esperando una explicación, sintiendo su agonía.

—Señor...

—¡Ahora no, Alexander! —ladró.

—Pero señor, un muchacho ha traído una nota para usted. Dijo que era cuestión de vida o muerte —explicó un confundido señor Tilman.

—¿Una nota? —El mundo lo aplastaba. La desaparición de Katerina lo volvía idiota.

August se adelantó y cogió la nota que el mayordomo llevaba en una bandeja.

—*Mañana al amanecer, depositarás una bolsa con mi dinero en el tejo del cruce Happy, y te devolveré a tu putita sana y salva cuando lo que me pertenece esté en mi poder. C.* —leyó el señor Owen.

—C... C de Cordelia... Gabriel, ¿qué demonios significa todo esto? —Edmund vio cómo el pasado volvía para robarles el presente—. Gabriel...

Gabriel cayó vencido en el sillón frente a la chimenea, y se dispuso a contar lo ocurrido en los últimos meses con Cordelia.

—¡Maldita sea su alma venenosa! —exclamó Patrick fuera de sí.

—¡Maldito sea su apestoso corazón! —Edmund comenzó a moverse por el despacho sin dejar de maldecir.

—¡Por el amor de Dios! ¡Parad ya! ¿Quién es esa mujer? ¿Por qué tiene tanto poder sobre ti? —preguntó Lisa—. ¿Qué tiene en tu contra?

—¿Me permites? —le preguntó August. Gabriel asintió y el pasado volvió en la voz de su padrino.

—¡Por los Dioses! —exclamó Lalima con lágrimas en los ojos.

—No es el momento de perder la cabeza —dijo Esha con serenidad—. Calmaos todos. Debe de haber una forma de encontrar a esa mujer y obligarla a revelar el lugar donde tiene secuestrada a la señorita Sinclair. O tal vez... Gabriel, piensa... ¿Dónde os encontrabais?, ¿en algún apartamento en el centro?, ¿en el campo?, ¿en algún hotel?

—Eso es... —Gabriel se levantó despacio tras unos minutos de reflexión. Sus ojos tenían el brillo del triunfo.

—¿Qué? —preguntó Miranda.

—*La muralla*.

—¿La qué? —volvió a preguntar lady Shuttleworth.

—*La muralla*, una cabaña a unos pocos kilómetros de Londres. Está rodeada de tantos árboles que es imposible verla desde cualquier camino. Sólo puede encontrarla quien la conoce.

—¿Crees que Katerina estará allí? —dijo Lisa.

—No tengo ninguna duda. Qué mejor lugar que ese, invisible y alejado, pero lo bastante cerca de la ciudad y sobre todo del cruce *Happy*. ¡Cómo he podido ser tan estúpido!

—Vamos —dijo Patrick—. No hay tiempo que perder. ¿No pensarías en ir solo, verdad? —preguntó ante la interrogante mirada de Gabriel.

Pocos minutos después, Gabriel, sus amigos y Christopher, a lomos de los caballos más veloces, se dirigían hacia *La muralla*.

Hubo un momento en que pensé que iba a perder la dentadura, pero conseguí liberar mis muñecas tirando de la gruesa y dura cuerda que las inmovilizaba. Cuando mis tobillos también quedaron libres, me incorporé sentándome en el borde de la cama para poder situarme en aquel agujero. Todavía me sentía aturdida, sin embargo el instinto por sobrevivir me mantuvo alerta, todo lo alerta que podía estar, teniendo en cuenta que la droga seguía dominando mi cerebro.

Algo más consciente, me levanté. Miré mis muñecas ensangrentadas y doloridas, y pensé que me quedarían cicatrices al igual que en los tobillos. Es asombroso lo que se puede llegar a pensar en unos momentos tan críticos. Quizás esa sea la forma que tiene la mente de defendernos en situaciones tan traumáticas...

Me quité el miriñaque y las enaguas. Cuanto más ligera de ropa estuviera, más fácil sería echar a correr si se me daba la oportunidad. También el corsé, por supuesto. Tomé la parte trasera de la falda y me la enganché en la cintura.

Ya podía moverme con mucha más libertad.

Fue entonces cuando, por fin, pude prestar atención a lo que me rodeaba. Mi escrutinio me confirmó lo que había vislumbrado unos minutos antes desde la cama. Parecía una cabaña ruinoso en medio de ninguna parte. Sospeché que no estaba en Londres, pues ningún sonido venía de fuera, sólo el viento penetrando por las rendijas, un viento que parecía entrar por todas

partes y metía el frío en mi esqueleto. La débil iluminación de la vela no aportó mucho más, pero cuando oí unos ruidos en el exterior, me permitió ver lo suficiente como para coger la silla que había junto a la mesa y situarme contra la pared, al lado de la puerta.

Tenía tanto miedo que temía que los golpes de mi corazón en el pecho, desvelaran que ya estaba despierta alertándoles de mi posición exacta. Los susurros iniciales se convirtieron en gritos. Una mujer le daba órdenes a un hombre, una voz amenazante, cruel.

—¡Quiero que la mates!

—Ese no era el plan.

—Ese ha sido el plan desde el principio, ¡estúpido!

—¡No soy ningún estúpido, maldita zorra! Teníamos que coger el dinero y largarnos.

—¿Largarnos? ¿Irme contigo? —Las carcajadas de la mujer resonaron en la casucha. Me resultaba familiar... Esa voz...

—¡Me has engañado! ¡Te mataré!

—Cálmate, mi amor, no seas tan trágico; lo que ocurre es que he cambiado de opinión, eso es todo. —Ese tono dulzón y seductor, me dieron ganas de vomitar—. Ya sabes que...

¡Maldita sea! El trueno repentino fue tan intenso que no pude seguir escuchando la conversación, sin embargo, esa voz femenina seguía resonando en mi cabeza; estaba segura de que la había oído antes...

Otro trueno.

Di tal respingo que casi se me escapó la silla de las manos. La humedad se me coló en el cuerpo y la tormenta comenzó a descargar de tal forma que parecía que había tomado la casa como diana. El agua entraba por el techo, salpicándome. En ese momento me di cuenta de por qué sentía entrar el viento de aquella forma; eran más que rendijas lo que abría la habitación al exterior. Boquetes enormes en el techo hacían de las paredes una frágil protección contra esa esplendorosa y rabiosa demostración de la naturaleza.

En medio de la lluvia, los truenos, el viento frío y el chorro de agua que me caía en la cabeza, se perdieron las voces... y el silencio.

La habitación se hundió en la oscuridad.

Mis brazos temblaban de terror, de frío, haciéndome temer que el propio peso de la silla me obligaría a soltarla para sentirme indefensa, sola en una oscuridad que me cegaba, sin armas, mientras el fin del mundo, en forma de temporal, se desataba sobre mi dolorida cabeza y mi muy asustado corazón.

De repente, alguien abrió la puerta y sin tiempo para ver de quién se trataba, le partí la silla en la cabeza. El cuerpo cayó al suelo, pero viendo que se removía, lo volví a golpear.

Cesó el movimiento.

¿Cuántas veces le había golpeado?

Mis jadeos quedaron silenciados por la lluvia y yo sólo podía preguntarme de dónde me había salido tanta fuerza.

¡Le había roto una silla en la cabeza a una persona!

¡A un ser humano!

¡Yo!

Consciente de lo que había hecho y horrorizada por mi reacción, arrojé a un lado lo que todavía me quedaba de la silla entre las manos y salí corriendo de la habitación. Tenía que escapar, aún quedaba alguien más por ahí.

Escapar antes de que ese alguien me pillara y me volviera a atar y...

—¡Tú!

Verla fue como toparme con un muro de hormigón, no sólo porque me impedía la huída, sino porque..., porque era ella; la impresión de verla —un golpe en plena cabeza—, casi hizo que me volviera a desmayar. En ese momento comprendí porque la voz que había oído unos minutos antes me había sido tan familiar. ¿Cómo no la reconocí enseguida?

Esa odiosa y traidora mujer, esa mujer manipuladora y cruel que casi le arranca el corazón a mi Gabriel, esa psicópata narcisista e interesada.

Cordelia.

Cordelia estaba en el pasillo, con un vestido verde brillante y una reluciente pistola en su mano derecha.

¡Dios! Gabriel me había mentado. El asunto no había quedado resuelto.

La puerta principal de la casucha, agitada por el fuerte vendaval, golpeaba la pared dejando entrar la lluvia que se derramaba en el exterior, esa misma lluvia que los agujeros del tejado dejaban pasar, convirtiendo el lugar en una fuente gigante con mil boquillas llenando un pilar de agua.

La escalera torcida y resquebrajada que llevaba al piso inferior, daba la impresión de estar a punto de deslizarse y salir por la puerta navegando por las aguas torrenciales, mientras los tablonos del pasillo que nos mantenían en alto se desplomarían tras el desgarramiento de los peldaños.

Nunca había sido testigo de una tormenta tan atroz, tan destructiva y tan peligrosa. No sé por qué pensé que en el siglo XIX no habría pararrayos y

que si no moría ahogada en aquel tsunami de lluvia, lo haría electrocutada por los relámpagos que parecían estallar en el interior de la cabaña... si la *Bruja Mala del Este*^[30] no me disparaba antes con aquel chisme con el que me estaba apuntando..., sólo le faltaban los zapatos de rubíes.

Todo en aquella casa me hacía tiritar de miedo..., excepto la asquerosa rata de Cordelia. Sí, por extraño que pudiera parecer, aquella mujer que me apuntaba con una pistola no me daba miedo, sólo conseguía alimentar el odio que sentía por lo que le había hecho a mi lord.

—Sí, yo. Me alegro de conocerte por fin. —Me dieron ganas de eliminar su apastosa sonrisa de un zarpazo—. ¿Qué has hecho con Anthony? ¿Lo has matado?

—Tal vez... Me siento decepcionada, Cordelia, pensé que tendrías un mayor sentido de la elegancia manteniéndome prisionera en un lugar más adecuado, aunque pensándolo bien, es una cabaña que te refleja muy bien — dije fingiendo serenidad y mirando a mi alrededor.

—¿Qué quieres decir con eso? No estás en situación de bromear. Yo tengo una pistola y tú..., tú..., nada. Voy a matarte.

—Hazlo, ¿qué te detiene? Verás, no estoy bromeando, solo constato el hecho de que esta cabaña es una basura y eso de que no tengo nada...

Nada. No tenía nada, era bien cierto, nada que se pudiera coger con las manos, sólo un montón de escenas de las pelis de Bruce Lee, Jet Li, Jackie Chan y unos cuantos más, ninguna práctica y muchas ganas de liberar la rabia que esa mujer despertaba en mí.

—Ya..., menudo farol..., tiemblo de miedo... —replicó con burla—. En cuanto a la cabaña..., es cierto, ha conocido tiempos mejores, mucho mejores; Gabriel te puede hablar de lo buenos que fueron. Aquí nadie podía oír los gemidos de nuestro placer, follábamos en cualquier lugar, dentro y fuera... ¡Qué recuerdos tan maravillosos! —Su asquerosa carcajada me trajo a la memoria las películas de terror.

—¿Mark también la conoció? —Pistola, mano derecha..., golpe circular con la pierna derecha... ¡Uf! Saldría. “Ánimo, Katerina, tú puedes”.

—Mark..., pobre imbécil, pero era el más rico. ¡Idiota! Se dejó matar por mí, ¿no es encantador? Si los hubieses visto... Los dos solteros más codiciados de la sociedad londinense, enfrentándose por mí... Casi me corro cuando esa idea se transformó en imagen. La verdad es que lo hice y fue el mayor orgasmo que he sentido. —Sonrió con esa maldad que le chorreaba por cada poro de la piel—. Y tú aquí solita, a mi merced, mientras tu amante

baila el vals con alguna jovencita casadera. —Ese tono socarrón no hizo más que aumentar las ganas de convertirme en *Elektra*^[31] para hacerla pedazos con los sais.

—Gabriel vendrá a buscarme, no eres tan lista como crees. —“Bien, patada..., enemigo desarmado..., piernas bien ancladas al suelo..., y golpe final en el pecho con la palma de la mano o ¿era la base de la palma? ¡Dios! En el cine se ve todo muy fácil”.

—¡Qué ingenua! Ni siquiera sabe dónde estás, ¿cómo te va a encontrar? Nunca pensará en *La muralla*.

—¿*La muralla*? ¿Así se llama este inmundo agujero? —Tiempo, tenía que ganar tiempo para organizar bien mi ataque.

“¿Podré levantar tanto la pierna? ¿Conseguiré desarmarla? También puedo darle una patada en sus partes —eso tiene que doler—, y así soltaría la pistola...”.

—...es impenetrable, ninguna señal indica su situación. Morirás, maldita, Gabriel me dará el dinero y, para cuando te encuentren, estarás podrida, los gusanos se habrán alimentado de esa suave piel y toda esa fachada de reluciente condesa no será más que una amasijo de carne nauseabunda...

“Katerina, confía en ti. Eres flexible como un junco, después de todo has hecho yoga, ¿no? Confía en ti, ¡maldita sea! No es el momento de dudar”.

—Mi dinero y yo estaremos muy lejos de aquí, disfrutando de lo que me corresponde. Tal vez vaya a París... Gabriel vendrá conmigo, por supuesto; todavía no ha nacido el hombre al que no sea capaz de seducir.

“Vuelve al plan original: patada circular, la desarmas, golpe en el pecho con la palma de la mano, la desestabilizas y sales corriendo, fácil... ¡Ay, Dios! ¡Ayúdame! Katerina, tú puedes, tú puedes, tú puedes... y si no sale bien, siempre le puedes dar un buen rechazazo en la mandíbula, como te ha enseñado Alfred y un buen rodillazo en sus partes bajas”.

—... nunca me ha olvidado, sé que todavía me ama... ¡Imbécil! Lo tengo en mis manos. Tú no has sido más que una sustituta, un pobre intento de encontrarme en cualquiera que tuviera faldas.

Di un paso hacia atrás. Tenía que situarme de manera que pudiera tomar impulso y tener espacio suficiente para lanzarle el golpe...

—¿Crees que podrás huir? —dijo jocosa cuando vio que me desplazaba. ¡Qué ganas de partirle la cara, por Dios!

Y ante su sonriente y repugnante rostro, actué según el plan: patada,

pistola en el suelo, golpe rápido en el pecho...

... y cayó rodando por las escaleras...

Esa parte no la tenía prevista, pero allí estaba y no se movía. Bajé corriendo y me situé a un par de pasos de ella con desconfianza. Seguía sin moverse. Logré ver un jarrón en una mesa redonda junto a las escaleras. Lo cogí. Si se movía le atizaría con él.

Junto a ella, el resplandor de un relámpago me mostró el cuadro.

Se había roto el cuello.

Ver el C.S.I^[32] enseñaba mucho.

La había matado.

Había matado a dos personas.

“Reacciona, Katerina, reacciona. ¡Corre!”, me decía mi cerebro, sin embargo, no podía moverme. Paralizada ante el cuerpo de Cordelia, sentí las lágrimas deslizarse por mis mejillas. “¡Corre, maldita sea!”, me seguía diciendo... “¡Corre!”. Saliendo del estado de shock como si de pronto mi mente me hubiese dado una bofetada —de hecho, casi podría jurar que me la dio—, corrí...

“Dios, te lo suplico, no me quites a mi Katerina, a ella también no... Por favor, te lo suplico, sin ella... No me la arrebatas”. Los pensamientos de Gabriel lo sumían en la desesperación más profunda. La idea de perder a su mujer hacía que no pudiera respirar, sin embargo se obligó a centrarse en su objetivo: encontrarla sana y salva, y matar a Cordelia.

Parecían los cuatro jinetes de Apocalipsis, sólo que eran cinco luchando contra la violenta tormenta que los había sorprendido de camino a *La muralla*. Cada uno con un objetivo en mente, un único objetivo: llegar a tiempo de salvar a Katerina. Sólo tres de ellos tenían una intención más: matar a Cordelia. Esa sería la última vez que se interpondría en el camino de cualquiera de ellos, porque el camino de uno era el camino de todos. Si había regresado a la vida de Gabriel, también había regresado a la de Patrick y a la de Edmund. Como *Los tres mosqueteros: uno para todos y todos para uno*^[33].

El viaje se les hizo interminable y, aunque la cabaña estaba cerca de Londres, a ellos les pareció que se dirigían al fin del mundo para no poder alcanzarlo jamás. Todos seguían a Gabriel, pero la intensa lluvia dificultaba la visión y, en más de una ocasión, se vieron obligados a parar la carrera para orientarse.

Gabriel no podía pensar en otra cosa que no fuera el bienestar de Katerina. No le importaba que estuviera herida mientras estuviera viva. “Lucha, guerrera, lucha”, le decía con la esperanza de que su voz interior llegara a ella. Tan unidos como estaban, tal vez podría escucharlo.

“¡Vaya mierda! La mataré, mataré a esa puta”.

Odio y amor.

El amor que sentía por su señorita Sinclair, lo tenía aterrorizado. Nunca había sentido tanto miedo, ni siquiera cuando ocurrió lo de Mark o lo de su madre. Perder a Katerina sería su final, ya nada importaría. Él moriría con ella. Nada tendría sentido, nada merecería la pena.

El odio lo mantenía alerta. Preparado para la lucha. Preparado para hacer cualquier cosa, lo que fuera necesario. Mataría a ese mal bicho. Maldijo el maldito día en que la conoció. En que se enamoró de ella. En que se creyó enamorado de esa cucaracha.

Sin embargo, el amor era más fuerte. El amor lo impulsaba a seguir adelante contra la lluvia, el barro, el cansancio, el miedo... El amor que Katerina le había enseñado.

Odio y amor.

Katerina en todo momento. La que lo había sacado de su agujero. La que se había entregado a él sin pedir nada a cambio. La que lo amaba sin reproches. La mujer que encendía su cuerpo como ninguna. La única con la que realmente había hecho el amor. Sí. Tan simple como eso. Con ella había descubierto lo que era hacer el amor. Lo que era sentir el amor. Su esencia más pura.

Y ese amor lo poseía como un loco, llenándolo de terror y de valor. De un valor desconocido hasta el momento. El amor que te convierte en héroe a pesar del horror de la pérdida.

La encontraría y la amaría para siempre.

No permitiría que se fuera de su lado nunca jamás.

¿Se puede vivir sin oxígeno?

Pues eso.

Katerina era su oxígeno.

Entre la belleza del amor que había encontrado en su Katerina y el odio que le azotaba el corazón, consiguió cruzar el círculo de árboles que circundaban la cabaña, ocultándola.

—Espera, Gabriel, alguien está saliendo de la casa —le dijo Patrick situándose junto a él.

—Maldita lluvia, no consigo ver nada. —Afinó la vista y pudo ver la silueta de una persona.

—¿Es Cordelia? —preguntó Edmund que también se había colocado a su lado.

—No, es mi Katerina.

Sin decir nada más, se dirigió al galope hacia ella y, con el caballo aún en movimiento, saltó de él para tomarla en sus brazos.

Empapada, dolorida, aterrorizada, horrorizada, temblorosa..., salí de la casa para encontrarme en ninguna parte, tal y como había sospechado en la soledad de la habitación que había sido mi celda.

¿Hacia dónde ir? La espesa cortina de agua me impedía ver con claridad lo que tenía a mi alrededor, aunque sí me permitió percibir que estaba en una gran explanada rodeada de un bosque donde los árboles parecían estar pegados los unos a los otros. Giraba hacia un lado y hacia otro con la esperanza de encontrar alguna salida. Seguía prisionera. Tenía que salir de allí de la manera que fuera. No podía saber si Cordelia había convencido a más gente para llevar a cabo mi secuestro, aunque si había sido lo bastante inteligente, habría utilizado el menor número posible de personas en su plan. Cuanta más gente, más habría para el reparto de dinero y más posibilidades había de que alguien hablara de más y la implicara, después de todo, había sido un secuestro, había cometido un delito, habría ido a prisión. Tenía que contar con el hecho de que tal vez habría alguien vigilando por ahí que podría aparecer en algún momento para ver cómo iba el tema o..., qué podía saber yo... En cualquier caso, tenía que salir de allí como fuera.

Parada a pocos metros del porche de la cabaña, decidí que el camino más lógico a seguir tenía que ser en línea recta. ¿Por qué era el más lógico? Ni idea, quizás simplemente fuera por comodidad. Los procesos mentales en una situación así no tienen explicación..., al menos para mí. Así pues, eché a correr hacia la dirección que me había marcado para quedarme paralizada de golpe...

Un grupo de jinetes apareció por el bosque. ¡Santo cielo! La muy perra tenía todo un ejército de lameculos —nunca mejor dicho— para asegurarse de que el chantaje a Gabriel sería efectivo, sin dejar nada a la casualidad o al azar.

Mi primer impulso fue cambiar de dirección, pero algo me detuvo.

Y no fue el miedo.

Una sonrisa de fresas y chocolate nació en mi corazón.

No podía ser.

No podía ser, ¿o sí?

Uno de los jinetes se desvinculó del grupo dirigiéndose al galope en mi dirección. Parecía..., parecía...

¡Dios! ¿Gabriel?

Descendió del caballo para abrazarme con tanta fuerza que creí que se me saldrían los pulmones por la boca.

Mi Gabriel.

Su abrazo dio rienda suelta a las lágrimas, que en forma de hipidos, salieron sin contención mezclándose con la lluvia que corría por mi cuerpo.

Todavía seguíamos abrazados cuando llegó el resto del grupo.

Lo que ocurrió después... Ellos lo sabrán.

Yo estaba entre los brazos de Gabriel.

Todo había terminado.

Todo estaba bien.

Todo estaba justo como tenía que estar.

Con mi Gabriel.

Entre sus brazos.

No pude dejar de llorar en ningún momento. La adrenalina que me había mantenido activa y dispuesta para la lucha, se desinfló en el mismo momento en que me sentí entre los brazos de Gabriel. Quedé exhausta y lánguida contra su cuerpo y así permanecí durante todo el trayecto de vuelta a casa.

Gabriel me llevó directamente a la habitación, y tras darme un baño caliente, me metió en la cama. Besó mis labios y, sin dejar mi piel, secó mis lágrimas. Ya estaba en casa y mi lord cuidaba de mí, me daba consuelo y los mimos que tanto necesitaba.

Era perfecto.

Sentí su presencia junto a mí hasta que me quedé dormida.

Velaba mi sueño.

En ese momento supe que siempre estaría ahí.

Mi Gabriel ya era mi Gabriel.

Mi vida, mi alma y todo mi ser, eran suyos.

Su vida, su alma y todo su ser, eran míos.

El aroma a romero sembró mi mente de imágenes en las que Gabriel y yo compartíamos una película y palomitas en el sofá de mi salón, los dos

acurrucados y jugueteando con las caricias. Imágenes en las que mi persona y yo paseábamos por Hyde Park cogidos de la mano... Sí, mi persona.

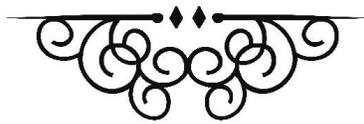
Gabriel era mi persona.

Imágenes en las que íbamos al super para rellenar el frigorífico vacío...

Imágenes de una vida juntos...

Y yo..., con corsé y miriñaque.

CAPÍTULO 25



Nora me encontró mirando por el ventanal del balcón. Llevaba al menos una hora despierta y a pesar del agotamiento que me obligaba a arrastrarme en cada paso, los recuerdos de lo ocurrido me habían expulsado de la cama, incluso hubo momentos en que dudé de las escenas que se reproducían en mi mente. ¿Realmente había ocurrido? ¿Había matado a dos personas?

—Señorita Katerina, le traigo el desayuno. Debe de estar hambrienta. El doctor Rook ha venido a verla para asegurarse de que está bien.

—Gracias, Nora. No tengo apetito y me encuentro bien, sólo un poco cansada. —Vi la preocupación en sus ojos, a pesar de la sonrisa que me regalaba en esa mañana nublada y fría.

—Ah, no... Siéntese y coma. Avisaré al doctor ahora mismo.

—No, Nora, por favor. —Nora ya salía por la puerta con decisión—. Comeré dentro de un rato... —dije en un susurro.

No quería ver a nadie, ni siquiera sabía cómo me sentía. Todo parecía un sueño, un mal sueño. Pensé que, en los días sucesivos, las cosas irían tomando forma y acabaría siendo consciente de toda esa aventura. En esos momentos, deseaba replegarme en el silencio y el olvido para hundirme en el tiempo que lo pone todo en su sitio.

Nora se había convertido en la jefa y a mí sólo me quedaba acatar sus órdenes. Lo acepté sin más. Demasiado cansada para discutir y, siendo sincera conmigo misma, necesitaba ver al médico cuanto antes. La gran pregunta me rondaba desde que había abierto los ojos esa mañana: ¿mi bebé estaría bien? Eso sin mencionar que las muñecas y los tobillos me dolían un horror; sentía cómo las heridas quemaban mi piel, al igual que sentía el ardor de las llagas en mis labios, y las agujetas. ¡Oh, Dios! No había ni un solo rincón de mi cuerpo que no me doliera.

Sólo esperaba que todo el mundo me dejara tranquila.

Paz.

Sólo un poco de paz.

—Ya está todo resuelto, Gabriel —dijo Edmund—. Ese tipo ha sido detenido y pagará por lo que ha hecho. En cuanto a Cordelia, mañana será el funeral.

—¿Tendrá que declarar? —preguntó con la mirada perdida en el exterior.

—No. Christopher recompuso la escena y explicó todo lo sucedido. Ese indio tiene un don, no sé cómo lo hace, pero parecía que había sido testigo de todo lo ocurrido. Habló con tal seguridad que nadie puso en duda su palabra. El amante de Cordelia lo confesó todo y apoyó la historia de lord Everett —explicó Patrick—. La señorita Sinclair puede estar tranquila.

—Perfecto. No quiero que nadie la moleste preguntándole sobre lo sucedido. —Tras una pausa añadió—: Todo ha sido culpa mía, si le hubiese pagado a esa víbora lo que me pedía, Katerina no habría tenido que pasar por todo eso.

—No vayas por ahí, Gabriel. Tú no eres responsable de nada, tomaste una decisión, la que consideraste más oportuna, ¿cómo ibas a imaginar que Cordelia actuaría de ese modo? Siempre ha sido una indeseable, pero nadie habría pensado que podría llegar tan lejos.

—¡Se la llevó delante de mis narices! ¡Maldita sea! ¡No pude protegerla! —Su rabia y su dolor rezumaban por cada poro de piel—. No pude protegerla... —dijo en un susurro.

—Nadie habría podido, Gabriel. Todos estábamos presentes, sin embargo ocurrió, no pudimos evitarlo. No es culpa tuya, no te martirices con eso. Lo importante es que está bien y en casa. Esta tarde el Club de las Descaradas se presentará aquí y todo quedará olvidado entre risas y chismes —dijo Edmund jocosamente—. Todo volverá a la normalidad día a día.

—No te alejes, amigo. Ella te necesita a su lado. Te ama, es más que evidente; ámala y lo olvidará todo. —Gabriel no tuvo más opción que darle la razón a Patrick, aunque las palabras sólo resonaron en su cabeza: “Amarla... Si la amara más, me desintegraría, es lo único que quiero..., sin embargo, no pude protegerla. ¿Qué clase de marido es un hombre que no puede cuidar y proteger a su mujer?”.

—¿La has visto? ¿Cómo está? —preguntó Esha que se había mantenido en silencio hasta ese momento.

—No, no la he visto. El doctor Rook está ahora con ella.

—Deberías...

—¡Basta ya! No necesito que nadie me dé consejos —dijo malhumorado

interrumpiendo a Esha.

—Gabriel no lo hagas —insistió Edmundo—. Te necesita.

—Si vais a estar molestándome con la misma música, es mejor que os vayáis.

—¿No quieres saber qué ha pasado con las cartas? —preguntó Patrick, a la vez que le entregaba una nota a Gabriel.

—¿Qué es esto?

—Registramos su estudio y no encontramos nada que pudiera relacionarte con el duelo, sólo esta carta que va dirigida a ti. Es de Cordelia. Parece que tenía planeado irse con su amante una vez que tuviera el dinero en su poder. Su doncella nos dijo que le dio instrucciones para que te fuera entregada mañana.

—Dejando pasar más de un día entre el secuestro y la entrega de esa nota, pensaría que tendría tiempo suficiente para alejarse todo lo posible de Londres, de las autoridades, y sobre todo, de ti —supuso Edmundo.

Gabriel rompió el sello y se dispuso a leerla. La expresión de su rostro fue más que suficiente para que sus amigos conocieran el significado de aquellas palabras. Rabia, impotencia, indignación...

—Maldita zorra... Debí sospecharlo. Nada me hubiera complacido más que haberla matado con mis propias manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Edmundo.

—Toma y léela.

—Como imaginamos... Al no encontrar nada relacionado con lo que le ocurrió a Mark, se lo había inventado todo para extorsionarte y conseguir el dinero que necesitaba para cubrir sus deudas —explicó Patrick tras leer la nota.

—¿Cómo pude ser tan idiota? —El volcán Gabriel estaba a punto de entrar en erupción—. Esa arpía me manipuló a su antojo.

—Cálmate, amigo. Conociendo su historial, nadie habría sospechado que todo era falso. No eres tú, era ella, manipuladora y sin el menor atisbo de sentimientos. Lo único que le importaba era ella misma, nunca tuvo en cuenta a los demás, eso lo sabemos todos, y a todos nos habría pasado lo mismo.

—¿Crees que eso me consuela? ¡Casi mata a Katerina! ¡Santo cielo! —Gabriel se dirigió hacia el mueble de las bebidas y se tomó un whisky de un trago, seguido de uno más—. Espero que el infierno exista sólo para albergarla a ella. Maldita sea mil veces...

—Cálmate, Gabriel, la señorita Sinclair no puede verte en ese estado —

dijo Esha con serenidad.

Me quedé mucho más tranquila tras la visita del doctor Rook. Me había untado una pomada en las muñecas y los tobillos, y me los había vendado. Tenía que realizar esa cura cada día durante un tiempo. Las cicatrices eran inevitables. Las heridas en los labios eran los efectos secundarios de un exceso de cloroformo. La crema rosada que me dio, alivió el malestar que sentía. En menos de una semana, desaparecerían sin dejar huellas y mi boca volvería a la normalidad dejando de tener el aspecto de haber recibido una sobredosis de silicona. Con respecto a mi embarazo, todo iba bien según me dijo, aunque la duda y el temor aún anidaban en mi corazón. Ese siglo no contaba con los adelantos médicos de mi tiempo. ¿Cómo podía saber que el cloroformo no había perjudicado a mi bebé? No sé lo que habría dado por una analítica completa, yo que siempre le había temido a las agujas, que cada vez que había ido al laboratorio me había mareado de la impresión...; y una ecografía para verlo dentro de mí...; y...

Tal vez, lo más conveniente sería volver a mi siglo.

August y Serena ya tenían todos los datos. El portal se abriría. Eso era un hecho.

... y a mí me quedaba tomar la decisión más importante de toda mi vida...

La más dura.

La más dolorosa.

Ya estaba fantaseando otra vez. Gabriel ni siquiera me había pedido que me quedara. Sí que tuve esperanzas cuando impidió que el señor Owen explicara al detalle su descubrimiento, incluso llegué a pensar que me pediría matrimonio, aunque lo más probable era que estuviera deseoso de que empezara la fiesta para ver cómo se desarrollaría todo y de ese modo, quedarse tranquilo con el proyecto sabiendo que no habría ningún impedimento económico que evitara que se llevara a cabo. Sí, ese habría sido, sin duda, el motivo por el que tuvo tanta prisa en dar por concluida la conversación con su padrino.

Sí, seguramente.

En esa inmersión de ideas, Gabriel apareció para explicarme lo que había ocurrido. Por suerte, no había matado al hombre de la cabaña. El peso que me quitó de encima con esa información hizo que casi me desmayara, teniendo que sentarme en la silla que había junto a la mesa donde aún seguía la

bandeja del desayuno... vacía. Tampoco tenía que declarar. Águila Dorada había reconstruido toda la escena y las autoridades quedaron satisfechas con su explicación. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Teniendo dinero, un nombre en la alta sociedad y poder, ni siquiera había que hacer una declaración o ir al juicio. En ese momento, agradecí hasta el fondo de mi alma, esos privilegios de la aristocracia de los que yo también disfrutaba.

Una vez que me informó de todo lo relacionado con el caso, se fue.

La soledad me aplastó. Casi no podía respirar. ¿Había pasado algo que no había querido contarme? Ya me había mentido al decirme que todo estaba resuelto con Cordelia, tal vez me estuviera ocultando algo y por eso se había marchado así, sin más, cuando yo esperaba su abrazo, sus palabras de aliento, la caricia de sus besos...

Sin embargo, no me dijo nada.

Nada.

Ante mí, pude ver al aristócrata estirado, serio y tan lejos emocionalmente de mí, que me dio miedo. Fue mucho peor que el día que lo conocí. Entonces, dentro de su arrogancia, se había mostrado jocosos y curioso.

En ese momento, sólo había mostrado distancia. Ninguna emoción.

Lo sentí a un millón de años luz de mí.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mi alma.

Un torrente de lágrimas desbordó mi corazón.

Había perdido a Gabriel, pero ¿por qué?, ¿qué había hecho?, ¿qué había pasado?

Creo que empecé a hiperventilar, no lo recuerdo bien. La voz de Kala se introdujo con timidez en mi cabeza: “Respira despacio, Katerina..., todo está bien, respira despacio..., eso es...”

Quizás todo había sido una creación de mi imaginación. Sí, eso era. Estaba tan cansada que lo había interpretado todo mal. Gabriel estaría preocupado por la situación, de ahí su comportamiento tan racional y distante.

Sí, eso era.

En unos pocos días, todo volvería a la normalidad y mi lord me pediría que me quedara con él y yo aceptaría con todo el amor que albergaba mi corazón.

¡Uf! ¡Qué dramática me había puesto! Lo que es capaz de hacer el cansancio, las experiencias extremas y los pensamientos negativos, eso sin

mencionar el hecho de que tenía la boca hinchada por las llagas, cubierta de una fina película rosada por la crema que me había dado el doctor Rook, y una hoguera achicharrándome los labios y la piel. ¿Cómo iba a querer acercarse a mí con ese aspecto?

¿Y qué tenía eso que ver con el hecho de que me diese un abrazo y me dijera unas palabras de consuelo?

Lo mejor era una pequeña siesta antes del almuerzo.

“¡Qué alivio!”, pensó Gabriel cuando todos se fueron. Con todo aquel asunto, se había sentido sobrepasado más allá de lo razonable. No podía más. Necesitaba silencio. Necesitaba pensar. Necesitaba replantearse todo lo que había tenido tan claro en las últimas semanas.

Porque todo había cambiado.

Solo en su despacho, sentado frente a la chimenea encendida, Gabriel no podía eliminar de su mente el hecho de que su Katerina había sido secuestrada; que habría podido morir; que la habían herido; que le habían hecho daño; y que él no había estado allí para protegerla...; lo peor era que había ocurrido mientras alternaba entre aristócratas curiosos, a dos pasos de donde se encontraba, en un jardín lleno de gente. Justo ante sus ojos.

¡Estúpido!

¿Cómo se había podido permitir el lujo de soñar?

Durante semanas, había estado planeando la pedida de mano de Katerina. El lugar y el momento adecuados, incluso la forma de hacerlo, esa forma que tanto gustaba a las mujeres, esa forma romántica protagonizada por violines y mil estrellas de colores.

Sin embargo, la realidad lo había golpeado de la peor forma.

Una vez más, le había fallado a alguien, y no a cualquiera; le había fallado a Katerina, su Katerina, su mujer. ¿Cómo podía perdonarse algo así? ¿Cómo podría ella perdonárselo?

No había estado allí para protegerla.

Había vuelto a fracasar.

... y ya no había nada más que pensar...

Se levantó y se dirigió a su escritorio para escribir una carta para su padrino. Lo citaba para el día siguiente.

Ella tenía que marcharse. En su tiempo, encontraría a alguien mejor que él, a alguien capaz de protegerla, cuidarla y amarla como sólo ella se merecía.

El problema quedaba resuelto.

Él aprendería a sobrevivir, a arrastrarse por el mundo con media alma, con medio corazón, pero sabiéndola a salvo de sus garras.

“Estoy maldito, no puedo evitarlo. Soy un peligro, soy dañino para todo aquel al que amo. Ella estará mejor sin mí, libre de cualquier peligro”, pensó.

Murió en ese preciso instante.

Katerina viviría feliz con su familia y a salvo de él.

De su incompetencia.

“No he podido protegerla..., casi la pierdo..., no he podido protegerla...”.

El colgante de rubíes aún seguía en el bolsillo de su chaqueta junto al estuche con el anillo de compromiso.

—Y si tropiezo, ¿qué pasará?, ¿apareceré hundida en el lago o en casa de algún desconocido? —pregunté fingiendo diversión. “Gabriel, dime que me quede, por favor, háblame...”.

—Espero que no, Katerina, aunque aún no hemos averiguado el porqué apareció en un lugar distinto. El tropezón que dio al entrar para llegar aquí es una posible explicación, pero sólo es una conjetura —dijo con cariño y una espléndida sonrisa, el señor Owen.

—¿Estás seguro, August? Espero que no haya errores. —¿Se podía ser más antipático?— Esta situación acabará matándome de aburrimiento. —Se sentó a su mesa de trabajo. Era evidente su falta de interés, lo que me hizo pensar que de verdad moriría de aburrimiento.

—Nunca cometo errores, lo he calculado todo cientos de veces. Se darán las mismas circunstancias que el día que llegó. El 14 de noviembre, a las 21:00 en el embarcadero del lago Serpentine. ¿Todo bien Gabriel? —preguntó August sin comprender el extraño comportamiento de su ahijado.

—Perfecto. Otra situación insostenible que se resuelve. —El muy bastardo bostezó. Me dieron ganas de darle con *Mjolnir*^[34] en la cabeza. ¡Imbécil! ¿Qué demonios le pasaba?

—No creo que... Bien, poco importa. —Era evidente que August comenzaba a estar bastante molesto—. A pesar de que nuestros cálculos son exactos, no estaría de más estar en el lugar indicado al menos media hora antes por si acaso. Nunca nos hemos equivocado, pero siempre hay una primera vez para todo. Yo estaré allí también, Gabriel.

—¿También? Mi querido amigo, yo no estaré, no voy a perder mi precioso tiempo en algo tan poco interesante.

—¿No irás? —El estupor del señor Owen no tenía límites—. ¿Pretendes que Katerina vaya sola?

—¿Por qué no? No sería la primera vez que sale sola. Alfred la llevará en el carruaje.

—¡Por el amor de Dios, Gabriel! —exclamó con irritación—. ¿Eres tan inconsciente que no sabes lo que esto significa?

—¿Qué significa? —preguntó socarrón. Yo empezaba a sentir cómo mis mejillas enrojecían de pura rabia—. Que mi vida, por fin, volverá a la normalidad. No puedo expresar lo aliviado que me siento. —Sonriendo, echó la silla hacia atrás y colocó sus manos entrecruzadas detrás de la cabeza. ¡Cabronazo!

—Significa —dijo con pesar su padrino— que Katerina regresará a su tiempo y que tú no volverás a verla jamás. —Un atisbo de rabia e incompreensión tiñó la palabra “jamás”.

—Justo lo que yo decía. Todo será como siempre fue. ¡Qué paz! —El martillo de Thor no era suficiente... ¿Tal vez el escudo del Capitán América^[35]?

—No se preocupe, Katerina, yo la acompañaré. A las 20:00 vendré a buscarla —me dijo sonriendo—. No estará sola y yo no me perdería una experiencia semejante por nada del mundo.

—Gracias, August, es muy amable, no será necesario. Alfred me llevará. —No sé cómo pudieron salirme las palabras. Me sentía como una muñeca de porcelana hecha añicos.

—Rotundamente no, ¿quiere privarme de ese privilegio? —Sabía que fingía, pero agradecí su falso buen humor y su sonrisa.

—Claro que no, August, para mí será un placer contar con su compañía... Bien..., esto..., si ya está todo dicho, voy a retirarme.

Tras darle un beso en la mejilla al señor Owen, salí del despacho con el alma en los talones. No entendía nada.

Ni siquiera lo miré.

Ni le dirigí la palabra.

Me limité a irme, ignorándole como él a mí.

Una vez en mi habitación, me tumbé en la cama y lloré.

¿De verdad iba a dejar que me fuera así sin más?

“Katerina, todo ha terminado... se acabó la fantasía”.

El llanto trajo el sueño y el sueño..., la paz...

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —dijo un furibundo August.

—¿Pasarme? Nada en absoluto —respondió tan tranquilo..., en apariencia.

—¿Nada? ¡Eres un auténtico idiota! Esa mujer es lo mejor que te ha pasado en la vida. Tú la quieres, ¿la vas a dejar ir?

—Padrino, no hace falta gritar. Voy a volver a mi vida, a la paz de mi monotonía, a mi día a día, tranquilo y colmado de paz.

—¿Colmado de paz? A ver, Gabriel, tú la amas. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea? Le has comprado un anillo de compromiso, ¡por el amor de Dios! Se lo ibas a pedir en el baile, ¿verdad?

—Estás equivocado. Pronto será el cumpleaños de mi madre, sólo es un regalo para ella.

—Su cumpleaños es en mayo.

—¿Qué más da? ¿No te espera tu esposa para el almuerzo? —Empezaba a derrumbarse.

—Gabriel...

—¡No pude protegerla, August! ¿Qué puedo ofrecerle? —gritó sin poder contenerse ni un minuto más.

—¿De qué estás hablando? La encontraste y la trajiste a casa sana y salva, ¿verdad?

—No pude protegerla, no pude —dijo una vez más escondiendo su rostro entre las manos—, nunca debí dejarla sola... Habría podido morir, mientras yo alternaba con esos imbéciles por un maldito edificio.

—Gabriel, hijo..., no te hagas esto, la necesitas y ella a ti. Estáis hechos el uno para el otro.

—¡Basta! Está decidido, August. Lejos de mí estará a salvo.

—Lo siento, Gabriel, pero te estás equivocando. Lo lamentarás toda tu vida...

—Estará a salvo.

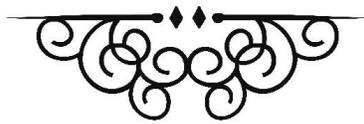
August se dio la vuelta para marcharse.

—Lo lamentarás toda tu vida, hijo... —volvió a decir antes de cerrar la puerta del despacho—. Reflexiona antes de tomar una decisión definitiva.

—Ya está decidido. —Las palabras susurradas se perdieron en el silencio de la estancia.

El conde de Bladnoch..., lord Adair..., Gabriel... colocó los brazos sobre su escritorio..., apoyó la frente sobre el dorso de sus manos... y lloró...

CAPÍTULO 26



Habían pasado dos días desde el encuentro con el señor Owen y no había visto a Gabriel en todo ese tiempo. Yo no había sido capaz de salir de mi habitación, completamente hundida, metida en mi tragedia, en mi soledad, en el abandono..., sin mi lord.

¿Desde cuándo me rendía?

Desde nunca.

La mañana del tercer día, Katerina, es decir, yo, volvió. Y volvió en todo su esplendor, dispuesta a hacer lo que hiciera falta para reconquistar a ese tonto lord que le había robado el corazón, la razón, el alma y todo lo que el amor puede robar.

Así pues, me dispuse a plantearme una firme estrategia. Hablar de sentimientos, quedaba descartado, después de todo era un hombre. Sexo. Ahí estaba la respuesta. Si lo ponía al borde de la desesperación y el abismo, no le quedaría más remedio que abrirse a mí y decirme lo que tenía que decirme.

Que me quería.

Sí, me quería. A pesar de su comportamiento absurdo, tuviera las razones que tuviera para actuar como un imbécil, él me quería. Me lo había demostrado de mil formas distintas, tanto en la cama como fuera de ella. No tenía ninguna duda.

Absolutamente ninguna.

¿No decían en los libros y revistas que el sexo llevaba a los hombres a cerrar el cerco sobre la intimidad y los sentimientos hacia la pareja? Pues ya era hora de comprobarlo.

Y empezaría ese mismo día. Así tuviera que perseguirlo por todo Londres o subirme al caballo más bravo de sus cuadras para dar con él allá donde ese cabezota conde hubiese decidido esconderse. Y si para eso tenía que pasearme desnuda como lady Godiva^[36]..., que así fuera.

Ese tonto lord no sabía con quién estaba jugando.

Bien, ya rehecha y guerrera, preparé el plan A.

En pantalón y con una de esas camisas blancas, delicadas y casi transparentes, me paseé por toda la casa, sin sujetador, sin corsé. Lo cierto es que había poca diferencia entre llevar esa prenda e ir desnuda. La areola rosada de mis pechos se intuía, más que eso... Ese día fui el objeto de todas las miradas lascivas de los miembros del servicio, incluido, por supuesto, el señor Tilman que recibió más de un codazo y más de una mirada de reprobación de la señora Hayes. Miradas que yo también me llevé. Creo que ese día, alguno que otro, cambió la opinión que tenía sobre mí, pero yo tenía un objetivo y ese objetivo era Gabriel..., al que no vi en todo el día. ¡Maldita sea! Mientras yo me paseaba por la mansión y por los campos medio desnuda —pues así me sentía con esa camisa—, el muy idiota se había pasado el día en el club dándose de puñetazos con otro imbécil.

Pues nada, había que pasar al plan B.

La cena.

Para la noche me preparé con una falda de un marrón dorado, muy amplia, de la más fina tela, casi translúcida, que dejaba ver la silueta de mis piernas y de mi sexo. Sí, no me puse bragas. El corsé levantaba mis pechos y el corpiño apenas cubría mis pezones.

Sin enaguas, sin camisola... Llegó un momento en que pensé que a Nora le iba a dar un ataque de histeria o de ansiedad o de cualquier otro tipo. No puedo reproducir todo lo que me dijo, sólo diré que mencionó “indecente”, “no es apropiado”, “milord se disgustará”, y muchas más perlas de ese tipo. Su enfado era monumental... y sus celos también. Atraería de nuevo las miradas de su señor Tilman. Tantos años de soledad los habían acercado por fin para crear un vínculo irrompible. Dos almas tan distintas que se complementaban a la perfección.

Esa era la idea. Que milord se disgustara tanto que su verga se levantara y lo dominara por completo para follarme como un animal sobre la mesa del comedor.

“Indecente” era poco. Me sentía como una fulana en un burdel cuando aparecí en el salón, incluso estuve a punto de cubrirme, sólo que me hubiesen faltado manos para hacerlo. Aquella era la primera noche, después de la conversación con August, en la que nos encontrábamos. Su mirada expresó más que cualquier palabra. Mi corazón saltó de pura alegría y excitación. Mi sexo húmedo ya estaba preparado para el encuentro y sentía los nervios a flor de piel. No sólo lo deseaba más de lo que jamás lo había deseado hasta entonces, sino que me sentía desbordada por el amor que había impregnado

cada célula de mi cuerpo. ¡Dios, cómo lo amaba! Mi primer impulso fue acercarme a él, sentarme a horcajadas sobre sus piernas y comérmelo a besos, a lengüentazos, a mordiscos; arrancarle la chaqueta, el chaleco, el pañuelo del cuello, la camisa; desnudarlo y saborearlo hasta quedar exhausta.

Sin embargo, me presenté ante él recatada y lasciva; tímida y lujuriosa; las mejillas enrojecidas por mi atrevimiento; las caricias del corsé sobre mis pezones puntiagudos no hacían más que aumentar mi excitación y hacer fluir mis jugos con más celeridad.

Me dolía el sexo.

Necesitaba su boca comiéndomelo.

Sin embargo...

Ni siquiera se levantó. Fue Gerard, con los ojos desorbitados, el que retiró mi silla para que pudiera sentarme, mientras yo, con toda mi inocencia y mis artes de seducción —¡qué risa!—, dirigía una sexy sonrisa a mi Gabriel... o al menos, eso era lo que pretendía, sin embargo, para mi absoluta y desconcertante sorpresa, el señor conde no se movió de su asiento ni me miró en toda la noche.

¿Cómo podía resistirse a mí? ¿A mis pechos expuestos? ¿A la visión de mis piernas y de mi sexo? ¿A mi cuello liberado del cabello que, con tanta destreza, me había recogido Nora?

¡Oh, Dios! ¿Ni vestida de puta era capaz de llamar su atención? Arthur tenía razón; era una inútil, una aburrida, una... ¡Alto! Gabriel no era Arthur. ¿Qué estaba pasando? ¿Ya no me deseaba? Hacía casi cuatro meses que nos conocíamos, tal vez se le había pasado esa fase de enamoramiento y ahora sentía otra cosa por mí, pero el sexo era sexo. ¿Entonces? ¿Qué estaba pasando? Quizás, haberme vestido de aquel modo había sido excesivo y estaba decepcionado.

Confusa y avergonzada, me fui a mi habitación una vez que la cena finalizó, mientras él se escondía en su despacho sin decir una sola palabra. Simplemente me ignoró.

Sentada frente a la chimenea, después de una ducha caliente y con el camisón puesto, ahogué las lágrimas. No. No lloraría. No era el momento de llorar. Era el momento de pensar en el plan C.

Nadando desnudo en el lago, Gabriel maldecía una y otra vez.

El agua fría estaba consiguiendo aplacar su desbordado deseo por Katerina. ¿Cómo se le había ocurrido presentarse de ese modo para la cena?

Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no follársela allí mismo. Su polla no le cabía en los pantalones, su pulso acelerado no le había dejado pensar, y en ese momento, las imágenes de sus pechos, de sus pezones apenas cubiertos, de su sexo, de esas piernas que tantas veces le habían rodeado las caderas, hicieron que volviera a sumergirse en las frías aguas con la esperanza de anestesiar, no sólo su mente sino también su verga.

¡Santo cielo! Estaba dominado por el deseo y la excitación. Por la necesidad de hundirse entre sus piernas y saborear su sexo. Por la necesidad de penetrarla hasta desfallecer. ¿Cuántos días faltaban para que se fuera? Si seguía así, se moriría.

Desaparecería. Eso es. Pasaría los días siguientes en cualquier lugar, menos en la mansión donde pudiera verla.

Ni el plan C ni el D ni el E..., nada..., no había nada que hacer. Ese hombre se había convertido en un bloque de hielo. Ya no me quedaban más recursos y el ánimo se me iba cansando con cada hora que pasaba. Apenas lo veía, salvo en la cena y poco importaba lo que hiciera, al final, yo me retiraba a mis aposentos y él salía a cabalgar, o al menos, eso decía Nora. En la casa, todos hablaban del extraño comportamiento del conde y nadie podía explicarse a qué se debía. Yo tampoco. ¿Qué le ocurría? Aunque me costó, acepté el hecho de que no me quería en su vida y que, en unos días, estaría en casa. A pesar de que esa idea me atormentaba, el hecho de llevarme el mejor regalo que Gabriel me hubiese podido dar me provocaba una felicidad indescriptible y al mismo tiempo una tristeza tan profunda que tenía que esconder las lágrimas detrás de risas y bromas. Su hijo crecería sin él, viviría sin él y, cuando llegara el momento, no podría encontrarlo. Ya imaginaba mi vida girando en torno a una mentira, una muy grande, o tal vez me decidiera a contarle lo que realmente había pasado: que había encontrado a su padre en el siglo XIX. Las fotos que tenía en el móvil lo demostrarían, aunque podría pensar que sólo se trataba de un disfraz. ¡Uf! Así no podía seguir, por lo que decidí encaminar mi mente por otros senderos, dejando el futuro para el momento en que se convirtiera en presente. Confiaba en que todo se resolvería de forma natural y espontánea, que todo saldría bien y que no tenía nada de qué preocuparme. Después de todo, había sobrevivido a ese mundo tan ajeno a mí y estaba viviendo los últimos días de mi estancia de una forma más o menos razonable... Más o menos. No dejé mis actividades habituales, desde mi diario a las visitas a la familia Grant; el trabajo en el orfanato con la

señorita Watson; las reuniones del Club de las Descaradas; y mi nuevo objetivo: seducir a ese cabezota.

Aquella tarde, sentada a la mesa de mi saloncito, recordé algo que me contó Stephanie. Ya lo estaba viendo... Sí, mi rostro se iluminó con la sonrisa más esplendorosa y, cogiendo la pluma, me dispuse a redactar una carta de lo más interesante. Si las insinuaciones, la vestimenta de furcia, las miradas seductoras, el comer chupando la cuchara y lamiendo mis labios, entre otras acciones, no habían dado resultado, la táctica de mi amiga sí que lo daría. Y si eso no funcionaba..., bueno, ya lo pensaría cuando llegara el momento.

Cuando terminé, se la dejé sobre su escritorio.

Sólo me quedaba esperar.

Me sentía traviesa, seductora, toda una experta en artes amatorias. No podía sentirme más satisfecha. Aquella noche, le haría recordar todo lo que había pasado entre nosotros y se vendría abajo. Me lo pediría..., sí...

Me lo pediría.

Se encerró en su despacho y se tomó un par de copas de un trago. Por fortuna, faltaba poco para que se fuera, de otro modo, moriría. Estaba absolutamente convencido de que aquello no era nada bueno para su salud. Se pasaba el día empalmado y haciéndose pajas. Se quedaría ciego o imbécil, fuera lo que fuera, estaba convencido de que enfermaría.

Algo más calmado después de tomarse el whisky, se dispuso a contestar unos mensajes urgentes que tenía que enviar al día siguiente..., si el dolor de su verga lo dejaba pensar.

Cuál fue su sorpresa cuando se encontró con una nota de Katerina.

La curiosidad mató al gato y a él lo dejó en estado de shock.

Ya llegas.

La expectación humedece mi sexo y no puedo evitar tocarme los pechos. Cerrando los ojos, ya siento el placer crecer en mí.

La fina tela de seda que me cubre, es como la caricia de tus manos cuando me recorren despacio, ya siento tus dedos deslizándose por mi espalda...

Me preparo para ti.

Oigo tus pasos en el pasillo...

Abro la puerta y te acercas, rozando levemente tus labios con los míos.

Intuyes mi sexo desnudo bajo la tela sedosa que me cubre... Mi sexo perlado preparándose para ti... Tus ojos brillan de deseo..., tu deseo..., mi deseo...

Me mantengo serena y quieta..., a la espera... Acercas tu rostro y siento el calor de tu aliento en mi cuello. Recorres mis mejillas con tus besos húmedos hasta llegar a mis labios...

Tus manos acarician mi cuello y mis hombros mientras me besas, lenta y pausadamente. Mi excitación aumenta y hundo mis dedos en tu cabello, rodeándote con mis brazos. Me pierdo en la sensación de tu piel bajo mi piel paseándome por debajo de la camisa que voy desabotonando, para lamer y besar la porción de cuerpo que va quedando al descubierto.

Vuelvo a tus labios mientras recorres mi espalda para sumergirte bajo la seda blanca y siento tus manos, suaves y grandes, en mis nalgas, acercándome a tu falo erecto que siento pleno contra mi vientre. Me balanceo contra ti, sintiendo tu dureza...

Gabriel se levantó.

Las manos le sudaban.

Cogió la botella de whisky y una copa, y las colocó sobre la mesa.

Tras un largo y poco satisfactorio trago, continuó leyendo.

Tus manos traviesas juegan con mis glúteos, descendiendo hasta mi sexo chorreante... Te deseo tanto que el placer me embarga hasta la locura...

Tus dedos se deslizan, despacio, por entre mis labios húmedos extendiendo el néctar hasta mi agujero fruncido que clama, a voces, por tus atenciones... Me pierdo en tu boca sintiéndote dentro de mí... Sales, entras...

Jadeo...

Siento tu lengua en mi piel, recorriendo mi pulso hasta mi pecho...

A través de la tela, tomas mis pezones entre tus labios..., chupando como un hambriento... Primero uno..., después el otro... La fina seda se moja de tu saliva como mi sexo se moja por tu tacto...

Deslizo los tirantes del camisón, dejando mis senos para tu boca, libres y mojados..., y los vuelves a tomar entre tus besos.

Mientras tanto, me alimento de tu piel, desnuda para mis labios, para mi lengua, para mis mordiscos... Mis manos se llenan de la suavidad de tu piel que recorro tomándola bajo la yema de mis dedos y mis uñas...

Ya te siento en la entrada de mi vagina... Un dedo detrás...; el otro

entrando y saliendo despacio por delante. Se desliza hasta mi clítoris... a punto ya de explotar... y explota mientras me aferro a tu cuerpo semidesnudo.

Susurro tu nombre embriagada por el placer que me has regalado.

Tomo tu boca en la mía.

Desabrocho tu pantalón para sentir tu verga entre mis manos, para acariciarla y recrearme en su suavidad... Seda sobre mi piel... Seda entre mis dedos...

Mis labios vagabundos se mantienen unidos a tu cuerpo... Desciendo lentamente por la parte delantera; mis manos recorren tu espalda y tus glúteos..., tu raja...

Me detengo en tu ombligo..., como de tu carne...

Gabriel...

No puedo seguir. Me duele el sexo. Te veo, cuerpo a cuerpo, tu imagen y tu placer se me dibujan en la mente. Puedo sentir el tacto de tus dedos en mi piel...

... paseo mi lengua por tu falo... Mi lengua, mis labios...

¡Santo Jesús! ¡Aquello era más de lo que un hombre podía soportar!

Llevándose la mano a su falo, se lo acarició mientras seguía leyendo después de tomarse otra copa. Si seguía así acabaría borracho y se lo encontrarían tirado sobre su silla, muerto y sin sangre.

Causa de la muerte: desangrado por explosión de genitales.

Sigues de pie, mientras te tomo en mi boca y masajeo tu interior con delicadeza, con mi esencia, acunando tus bolas en la palma de mi mano libre...

De rodillas delante de ti, te mueves dentro de mi boca... Sientes mi calor, mi saliva que te impregna y siento tu esencia que, tímida, me regala su sabor.

Mis manos acarician tus muslos por detrás y mi boca toma tu saco... Lo chupo... ¿Recuerdas lo que se siente? Dime, Gabriel..., ¿lo recuerdas?

Tu falo..., mi banquete...

Apoyado en la columna del dosel, estás a punto de correrte... Te dejo...

Gabriel...

Mi sexo te llama...

Nos vamos a la cama y te preparas para darme tu verga... Esa que

necesito, esa que quiero... La quiero...

Tumbados, nos besamos, desprovistos ya de ropa... sintiendo nuestros cuerpos, nuestro calor, nuestro deseo...

Acaricias mi cuerpo, mi piel te siente, te llama...

Mis manos se llenan de tu piel y de tu verga..., de tu saco, mientras paseas tus dedos por los pliegues de mi sexo... Mi excitación te llama, mi deseo te embarga...

Me miras..., me hablas..., me susurras...

Estoy preparada, Gabriel, mi sexo está preparado para tu falo...

Tómame...

Besas y chupas mis senos. Los picos erectos de mis pezones me embriagan de mil sensaciones...

Vuelves a mis labios, a mi boca y entras, poco a poco, en mi cuerpo... Te siento...

Entras y sales, con suavidad, despacio...

¡Dios, Gabriel! Estás dentro de mí... Todo dentro de mí... Toda... Te mueves despacio sintiendo cómo me abro a ti rodeándote con mis piernas.

No dejas de mirarme, nunca dejas de mirarme...

Mi clítoris hinchado siente tu roce..., tu dedo que lo provoca... Estoy llegando de nuevo...

No puedo pensar, no puedo hablar, sólo puedo sentir tu cuerpo dentro del mío, tus movimientos.

Recuerdo la última vez...

Gabriel, estoy excitada, mojada, mi respiración acelerada te llama...

Me corro... Te corres...

Me apoyo en ti para sentir una vez más tu calor y tu piel sobre mi piel...

No puedo dejar de acariciarte, de besarte...

Me encanta sentirte bajo mis dedos, bajo mis labios...

Te paseas lánguidamente por mi cuerpo desnudo... y te vuelvo a sentir... Gabriel...

Sintió su semen caliente chorreando por su mano.

Cinco segundos después y tras mirar los papeles que tenía ante sí, su verga se estaba llenando de nuevo. ¡Insoportable!

Gabriel volvió a leerla una y otra vez sintiendo cómo le faltaba el aliento y se le paraba el corazón por la necesidad de tenerla, de poseerla, de quedarse con ella para siempre, su condesa, su mujer, su compañera, su amante... Su

todo.

No pudo protegerla.

Su deseo lo empujaba a subir los peldaños de la escalera de dos en dos y no parar hasta estar dentro de ella... Tomarla invadido por la necesidad, para sobrevivir, porque ella era su alimento, el alimento de su alma...

No pudo protegerla.

Casi la pierde por su propia estupidez, por su insensatez, por su orgullo.

Tenía que dejarla ir...

Salió corriendo, sí, pero hacia el lago, como había hecho durante todas las noches desde que la viera aquel día en la cena vestida como una cortesana. Tenía que calmar el ardor y dejar que sus lágrimas se perdieran en el *Espejo de los lirios*...

No era lo bastante hombre para ella.

No había sido el hombre que protege lo que es suyo.

No lo había sido.

No la merecía.

Con mi camisón de seda, sintiendo cómo acariciaba mi cuerpo, me paseaba, con el corazón en la boca, por toda la habitación. El roce de la tela aumentaba mi excitación, si eso era posible; estaba como una perra en celo desde que le había escrito la carta. La felicidad me desbordaba. Vendría... Esa noche vendría.

Volvería a sentirlo una vez más, a amarlo una vez más, a sentirme amada como nunca antes me había sentido.

Yendo de un lado a otro, los minutos fueron pasando..., las horas..., y la dicha dio paso al desaliento y a las lágrimas. Ya no podía más.

La esperanza se me había ido por el retrete.

Si hasta entonces no había sabido leer las señales, en ese momento ya no había ninguna duda. No sólo no me quería, sino que ni siquiera me deseaba, de otro modo... ¿Cómo era posible que no hubiese subido a mi alcoba poseído por el deseo?

Mi historia de amor había sido un espejismo.

Todo había terminado. Sí, me rendía. Todo estaba perdido.

Ya nada merecía la pena, salvo el ser que crecía en mi vientre.

Me quité la prenda de seda que con tanta ilusión me había puesto y la tiré al fuego. La tristeza dio paso a la rabia, la rabia a la tristeza y los pensamientos negativos, y Arthur y sus palabras, y su engaño y sus palabras

otra vez, resonando como un eco en mi cerebro.

Empecé a tiritar, desnuda ante la chimenea, viendo como las llamas se comían la seda que se había deslizado por mi cuerpo provocándome mil sensaciones eróticas a la espera de mi lord, que ya no era mi lord.

Ya no era mi nada.

El frío se apoderó de mí y sólo el sonido de mis dientes, golpeando unos contra otros, me sacó de mi estado de hipnotismo. Me dirigí al armario como un autómatas y cogí un camisón de franela decorado con flores bordadas. Ese camisón le gustaba mucho a Nora. Decía que le recordaba a uno que le había hecho a su hija, sólo las flores eran distintas. Ella había bordado rosas azules. Era el color favorito de Felicity.

Ya en la cama, el llanto me sacudió atrapado en la frialdad que me provocaban los espasmos que no era capaz de controlar.

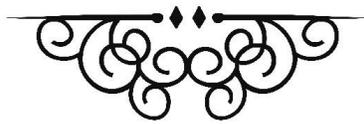
¿Tanto le había costado hablar conmigo y decirme que ya todo había terminado entre nosotros? ¿Acaso no sabía que los actos, a veces, dolían más que las palabras? Sobre todo esos actos... La indiferencia, el abandono, el desprecio, la humillación...

¿Dónde estaba el Gabriel que me había abrazado cuando me encontró?
¿El que me había mirado con tanto amor que...?

Gracias a Dios, sólo me quedaban dos días..., dos infernales días...

“Katerina, un espejismo, sólo eso, un espejismo... y tu gran imaginación...; y tu deseo de ser amada; y...”.

CAPÍTULO 27



Había llegado el día. A las 20:00 vendría August a recogerme y, en el lago Serpentine, cruzaría la puerta que me llevaría a casa.

En los últimos dos días me dediqué a despedirme, con discreción, de mis nuevos amigos. La versión oficial era que regresaba a casa, en Galloway, que había disfrutado mucho de mi estancia en Londres, que, por supuesto, mantendríamos el contacto y que volvería pronto para visitarlos a todos. La gran mentira. A pesar de lo dicho, decidí escribirles unas notas para que les fueran entregadas después de mi partida. Había cosas demasiado difíciles de decir y yo no estaba de ánimo para decirlas. Lo último que quería era ponerme a llorar delante de cada uno de ellos. Me hubiese gustado hacerles fotos a todos, pero cómo explicar lo que era un móvil, lo que era capaz de hacer y sobre todo, cómo había conseguido semejante artilugio, sin mencionar el hecho de que ya no le quedaba batería, así que ya daba igual. Aun así, y con tan poco tiempo, conseguí que Miranda me hiciera otro dibujo en el que aparecíamos las componentes del Club. En realidad, más que un dibujo, era un boceto, pero con eso me valía. Aunque sus almas siempre permanecerían en mi corazón, no quería olvidar sus rostros.

El señor Grant había tenido una recuperación extraordinaria que sorprendió al doctor Rook, quien tomó buena nota de todo el proceso de rehabilitación. Le había quedado una importante cojera, pero con el tiempo se le suavizaría y eso no le impediría seguir trabajando, sin embargo, sí que le obligaría a tomarse la vida con más calma, y su familia siempre estaría a su lado.

Limpié mi armario. Seleccioné los vestidos y los fui repartiendo entre las jóvenes que conocía, desde las chicas del servicio hasta las muchachas más mayores del orfanato, así como a las hijas de la familia Grant. Había puesto un papel con el nombre en cada uno de ellos sujeto con un alfiler y una carta para la señora Hayes que sería la encargada de repartirlos. Me fue difícil tomar esa decisión, después de todo, los vestidos me los había comprado lord

Adair, así que en realidad no eran míos, pero ¿qué iba a hacer él con ellos? ¿Y por qué no iban a ser míos? Míos entonces, decisión tomada, así que podía hacer con ellos lo que quisiera. La ropa interior..., eso fue más complicado. No estaba muy segura de que las chicas pudieran aceptar esas novedades, aun así también las repartí añadiendo una pequeña nota. Lo cierto es que cuando la vi, toda esparcida encima de la cama, me divertí mucho recordando la experiencia con Marguerite, y por supuesto, uno de ellos estaba destinado a ella. Sabía que también se divertiría ante ese recuerdo, y estaba segura de que sabría darle buen uso. Esa fue mi última despedida. Esa misma mañana había ido a verla. Parecía que había pasado una eternidad desde que había visitado su tienda por primera vez..., una eternidad de casi cuatro meses.

Revisé mi bolso rojo. Todo estaba allí. Agradecí el momento en que decidí coger el más grande. Ahí estaban los dibujos de Miranda. El colgante y los pendientes con el cisne. Sí, lo sé... Pensé que no debía llevármelos, pero fue algo que no pude evitar. Así de simple. Eran míos. Mis cisnes. Mi amor.

Quise llevarme un corsé, uno de esos atrevidos que habían sido enviados al día siguiente de mi llegada, pero no me cabía en el bolso así que decidí ponérmelo, lo que sí me cabía era uno de esos preciosos conjuntos de braga y sujetador.

Lo revisé todo.

Y todo estaba organizado. Las notas correspondientes en su lugar, y una carta especial para Nora, mi Nora, mi madre adoptiva.

Sin embargo, todavía me quedaba algo más. Algo que si no lo hacía, me habría estallado el corazón, era su dictado...

Lo habría lamentado el resto de mi vida, y aunque la poesía nunca había sido mi mejor don, la carta de despedida para él me salió en forma de poema.

Mi amor huele a romero

A whisky

Y a caricias

Tu olor tatuado

En mi piel

Tus labios

Tu lengua

Mis delicias

*Te amo
Mi lord
Mi sueño
Mi amor*

*Conmigo te llevo
En mi recuerdo
En mi carne
En mi vientre
En mi sangre*

*Adiós, amor mío
Siempre
En mis días permanecerás
Para colmar
Mi boca
De besos
Que no me darás*

*Para sentir
Tus caricias
Que el tiempo
No me traerán*

*Te amo
Mi Gabriel*

*Con el sonido de tu risa
Vibrando en mi piel
Te llevaré
En el corazón
Que por siempre
Te amará
Con pasión*

*En el alma salada
Que para siempre
Te pertenecerá*

*En el alma callada
Que siempre
Te hablará*

*Te amo
Te amé
Te amaré
Y por tu mirada
Siempre
Te adoraré*

*Adiós, Gabriel
Mi amor
Mi fervor
Mi adorado calor
Mi único aliento
Mi todo
Mi dicha
Mi desdicha
Mi único sentimiento*

*Adiós
Mi vida
Mi sonrisa querida
Mi alma amiga*

*Adiós
Amado mío
Amado en el alma
Que ya te sentía
Que a través del tiempo
Te seguía
Colmando mis labios*

Que ya te conocían

Adiós.

K.

Esos últimos días, los dediqué, además, a pasar más tiempo con el servicio, después de todo, ellos habían sido la familia que no tenía, los que me habían acogido y aceptado como a una más, los que me habían regalado los momentos familiares que tanto había echado de menos, los que habían aliviado mi soledad y mi nostalgia.

En cuanto a Gabriel..., a lord Adair...

Hice lo posible por no verlo. No me apetecía. No quería... Se pasaba el día fuera, no sabía dónde ni me importaba. Solía llegar bien entrada la noche y, mientras él cenaba solo en el salón-comedor, yo disfrutaba de una comida en la cocina, todas las comidas. Mi comportamiento extrañó a todos, pero nadie dijo nada, sólo me admitieron, una vez más, entre sus filas.

Y ni que decir tiene que no faltaron los dulces de arándanos de la señora Crawford.

August llegó a las 19:45.

Ho paura di vivere senza te.

Había llegado el momento. Ahí estaba de nuevo, en el despacho de Gabriel, con mi vestido azul marino —y el corsé—, mi bolso rojo —repleto de recuerdos—, y mis sandalias de tacón.

Y esa canción que no dejaba de sonar en mi cabeza.

Tengo miedo de vivir sin ti.

Ma sono triste.

Estoy triste.

Non ha niente da darmi la vita com'è.

La vida como es, no tiene nada para darme.

Esa noche, “su alteza real” había decidido quedarse. Quizás consideró que sería una gigantesca grosería marcharse, después de todo era... “un caballero”, ¿no? Si el humor me hubiese acompañado en ese momento, probablemente me habría dado un ataque de risa.

Sin embargo...

“Gabriel, dime que me quede”, repetía una y otra vez en mi mente, aun sabiendo que no me diría nada. La esperanza había salido del retrete para instalarse, en contra de mi voluntad, en mi corazón.

—August está aquí. Ya nos vamos —dije sin saber cómo.

—Que tengas un buen viaje entonces —me contestó sin emoción.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —“¿Y qué esperabas, tonta? ¿No lo había dejado bastante claro en los últimos días?”.

—¿Qué quieres que te diga? No tienes nada que hacer aquí, aunque debo decir que has sido una compañera de cama exquisita, me costará encontrar otra tan complaciente como tú. —El hombre cínico y arrogante había vuelto. La peor versión de sí mismo. Ese no era mi Gabriel, hacía días que no lo era.

Me había demostrado que nunca lo había sido de verdad. ¡Qué ingenua había sido! Sólo esperaba haber aprendido la lección. ¿La habría aprendido? Él había matado mi inocencia, todo aquello en lo que una vez había creído, me estaba partiendo el alma, sin embargo, me había dado lo mejor que un hombre podía darle a una mujer enamorada: mi hijo.

—Me alegro de haberle complacido, milord. —La peor de las heridas me estaba desangrando por dentro—. Adiós entonces. —¡Cuántas palabras sin pronunciar se me quedaron atascadas en la tráquea! ¡Cuánta rabia! ¡Cuánta tristeza! ¡Cuánta amargura!

Con una inclinación de cabeza me dijo adiós para volver a meter su nariz en los papeles que tenía ante sí.

La conversación había terminado. Así de frío. Así de distante.

Como si nada hubiese pasado. Como si esos cuatro meses no hubiesen tenido lugar.

El poema me ardía en la mano. Los sentimientos encontrados me decían que se lo diera y un segundo después, que no, que no se merecía mi declaración de amor, sin embargo, recordé lo que sentí cuando lo escribí y fue esa fuerza, la fuerza del amor, lo que me impulsó a dejarlo sobre su mesa.

—¿Todavía sigues aquí? —¡Cabrón!—. ¿Qué es esto?

—Nada importante. Léalo cuando me haya ido..., si quiere..., milord. —La rabia me invadía—. O échelo al fuego, lo que prefiera. —Las lágrimas me ahogaban—. Adiós.

De algún modo, pude llegar a la puerta y salir de allí sin desmayarme, sin gritar, sin llorar.

Me había rechazado. Me había despreciado. Una vez más. Nunca me había sentido tan humillada. Todas las emociones de los días anteriores no

eran más que una minucia si las comparaba con lo que me había hecho sentir en ese preciso instante. Me sentía como una puta que había hecho un buen trabajo. ¿Tan equivocada había estado? Había sentido su amor cuando estábamos juntos. Nadie podía fingir tan bien. Una despedida tan fría. Ni siquiera él podía ser tan buen actor, ¿o sí? ¿Era sincero o... o qué Katerina? Algo no estaba bien. Sentía que... ¡Maldita esperanza! ¡Demonios, no había nada que sentir!

“Acéptalo ya, Kat, eres una mujer adulta, ¡por el amor de Dios! No una adolescente llena de sueños. Estás fantaseando otra vez, como siempre. Recuerda: todo ha sido un espejismo, un espejismo”.

—¿Está preparada Katerina? —me preguntó August que me esperaba en el vestíbulo.

—Sí, ya nos podemos ir —respondí cabizbaja.

Colocándome la capa por encima de los hombros, nos encaminamos hacia el carruaje cuando vi que todo el personal de servicio estaba esperando fuera.

—Señorita Katerina —dijo Nora—, ha sido un honor y un placer conocerla y tenerla todo este tiempo en casa. Lamentamos mucho que se tenga que marchar. La echaremos de menos. —Y se puso a llorar.

—Gracias Nora..., gracias a todos. —La abracé con fuerza intentando contener las lágrimas—. Yo también les echaré de menos —dije señalando a todos—. Gracias.

Y dándome la vuelta, entré en el carruaje seguida de August.

[...]

Con la rabia de mis años

[...]

Con un grito en carne viva

Te amaré

En silencio y en secreto

Te amaré

[...]

Te amaré, te amaré

Como no está permitido

Te amaré, te amaré

Como nunca nadie ha sabido

Porque así lo he decidido

*Te amaré
[...]
Te amaré, te amaré
A golpe de recuerdos
Te amaré, te amaré
Hasta el ultimísimo momento
[...]
A pesar de todo
Siempre
Te amaré*

Miguel Bosé: Te amaré (canción)

Gabriel vio cómo se alejaba el carruaje y sintió cómo su alma se descomponía, cómo su corazón dejaba de latir, cómo la vida se le iba...

Y cómo la rabia se apoderaba de él...

Fuera de sí, comenzó a destrozar todo lo que se encontraba a la vista, y por más cosas que rompía, por más cosas que tiraba, su rabia seguía ahí, alimentada por la agonía, por la desesperación, por el desgarrar de las entrañas.

Agotado y sin respiración, se deshizo de la corbata, de la chaqueta... Rabia y más rabia dominaba sus movimientos, su voluntad...

Todo parecía un mal sueño. ¿De verdad se había desprendido de la única mujer que había amado? ¿De verdad había sido tan estúpido como para dejar que su orgullo lo dominara? ¿Por qué demonios no le había pedido que lo perdonara? ¿Por qué no se había arrastrado a sus pies?

En ese momento, veía con claridad su debilidad. No se trataba del secuestro ni del hecho de no haber podido protegerla. Había sido su soberbia, su miedo.

El miedo más intenso.

El miedo a no ser perdonado por su negligencia. ¿Cómo se había podido dejar dominar por el miedo? Su Katerina lo habría perdonado, lo habría amado, le habría dicho... Su Katerina...

Estúpido y mil veces estúpido. No era más que un cobarde que no había sabido pedir perdón, que no había sabido amar, que no se había atrevido a amarla.

Su Katerina se había ido para siempre. Ya estaba todo perdido. Él estaba

perdido.

¿Qué iba a ser de él? ¿Cuál iba a ser su vida sin ella? Sin ella no había vida, no había nada, sólo una sucesión de días vacíos.

Dolía tanto que se derrumbó sobre el sillón con su carta sin abrir en una mano y una copa de whisky en la otra. Borracho, no sentiría..., borracho, perdería la memoria...

... y borracho la echaba tanto de menos que le dolió aún más...

... y borracho repetía sin cesar cada verso de amor que ella le había regalado..., su despedida...

[...]

Adiós

Amado mío

Amado en el alma

Que ya te sentía

Que a través del tiempo

Te seguía

Colmando mis labios

Que ya te conocían

Adiós

K.

August se mantuvo callado hasta que llegamos al parque y yo también. No había nada que pudiéramos decir. Nada que yo pudiera hacer. El amor dolía mucho. Mucho.

—Bien, ya hemos llegado. ¿Está segura Katerina de que esto es lo que quiere?

—Sí.

—Está bien, faltan unos pocos minutos, vamos.

Apoyando mi brazo sobre el suyo, nos dirigimos al embarcadero.

Los minutos pasaban, pero no lo bastante rápido. Había mantenido la esperanza hasta el último momento. Le había demostrado de mil maneras lo que sentía por él, aun así no había sido suficiente..., y yo pensando que el amor lo arreglaba todo, pero no era así, al menos no en este caso. Estaba rota.

—August, ¿está seguro de que es aquí? —pregunté impaciente.

—Mis cálculos situaban el portal en el embarcadero.

—¿Falta mucho?

—Unos minutos. Pronto estará en casa Katerina. Si tuviera 30 años menos y fuera libre me iría con usted; su mundo es fascinante, nada me gustaría más que ver con mis propios ojos todo lo que me ha contado sobre los avances científicos —decía el señor Owen con entusiasmo mientras mi mundo se desvanecía a mi alrededor y mi corazón se partía en mil pedazos—. ¿Me está escuchando? ¿Señorita? Katerina, ¿se encuentra bien?

—¿Qué? Oh, sí, disculpe August, tenía la cabeza en otra parte. Yo... — La tristeza me envolvía consumiéndome.

—¿Me permite una pregunta personal Katerina?

—Sí claro, dígame —respondí casi sin voz.

—¿Por qué no ha aceptado?

—¿Aceptado? ¿Aceptado el qué?

—Está enamorada de él, eso es evidente, su amor, su adoración y veneración hacia Gabriel es incuestionable para cualquiera que tenga ojos, sin embargo está aquí, dispuesta a marcharse a su mundo. ¿Por qué le ha dicho que no?

—August, no sé de qué me está hablando. —Algo apretó mi corazón, una intuición. ¿Esperanza, tal vez?

—¿No lo sabe? Qué extraño... Iba a pedirle que se casara con él... — dijo rascándose la barba.

—¿Qué? ¿Él le ha dicho eso? —le pregunté girándome hacia él y mirándolo fijamente; la esperanza haciéndose sitio en mi interior.

—Hace unos días coincidimos en la joyería Robinson, la mejor de Londres, yo iba a comprarle una joya a mi esposa para su cumpleaños y ahí me encontré con Gabriel que estaba comprando un anillo de compromiso, me dijo que le guardara el secreto.

—No... No me ha dicho nada... Creo que se equivoca, August, quizás sea para otra persona... —Sin poder soportarlo más, me eché a llorar como no había llorado en la vida.

Mi cuerpo se convulsionaba bajo el poder de las lágrimas. El señor Owen se colocó a mi lado abrazándome por los hombros.

—Vamos, vamos niña, cálmese. —Me hablaba como un padre le habla a su hija mientras yo hipaba sin poder decir ni una sola palabra con la cabeza apoyada en su pecho—. No hay otra persona, de hecho nunca hubo nadie hasta que usted llegó mi niña; ese anillo era para usted, apostarí todo lo que

tengo.

Yo alcé la cabeza y lo miré interrogante sin dejar de llorar. Entonces, con su pañuelo me enjugó las lágrimas.

—Él está enamorado de usted Katerina, la ama, es el mayor milagro que he visto en mi vida. El mayor cínico de Londres, sin una pizca de confianza ni esperanza en el ser humano y mucho menos en el amor, se ha enamorado de usted. ¿No cree que es extraordinario? —La diversión y la fascinación dibujaban su rostro.

—¿De verdad cree que me quiere? Y si es así..., ¿por qué no... no me... no me ha dicho nada? —logré preguntar.

—¿Quererla? —Soltó una carcajada—. Katerina, lo conozco desde... desde siempre y, créame, ese hombre la ama. ¿Por qué ha callado? Quién sabe, tal vez la ama tanto que sabiendo lo mucho que echa de menos su mundo no ha querido ponerla en la tesitura de elegir entre él y su vida en el futuro.

—Pero..., pero yo lo habría elegido sin la más mínima duda. ¿Qué voy a hacer donde sea que esté sin él? —Me oía a mí misma y no me reconocía. Pasé de la desesperación al enfado, de la tristeza a la rabia y de nuevo a la tristeza—. ¿Por qué demonios no me ha dicho nada el muy idiota? ¡Dios mío! ¿Por qué no me ha dicho nada? —Rompí a llorar de nuevo.

—Tal vez tenga miedo de su respuesta.

—¿Miedo? Si..., si le he dicho que le quería de tantas formas... Me dan ganas de estrangularlo... —decía llorando—. ¡Será idiota! ¿De qué forma tengo que...? Tengo que hablar con él..., tengo que volver...

—¿Está segura Katerina? —me preguntó August con una sonrisita.

—Señor Owen..., August... —respondí tomando aire—, tenemos que volver, ese tonto va a descubrir hoy lo que es una mujer enfadada, y después... —dije limpiándome el rostro con el pañuelo que me había ofrecido—, después, ya veremos.

—¿Es consciente de que si volvemos ya no podrá regresar? —me dijo con un brillo extraño en los ojos. Creo que se estaba divirtiendo, y mucho.

—No se preocupe, no voy a regresar, me da igual, sólo quiero partirle la cabeza a ese lord imbécil y decirle cuatro cosas y cuando termine..., cuando termine... —dije con tono decidido—, volvamos August, por favor.

—Como mande la señora. —Soltando una carcajada me cogió del brazo y emprendimos el camino hacia el carruaje que nos esperaba en la entrada del parque.

—Ay, se me había olvidado. Tenemos que esperar a que el portal se abra; hay algo que tengo que hacer.

Sin comprender aquel cambio, nos quedamos esperando en silencio. Los minutos me parecían horas, el tiempo se reía de mí haciéndome esperar, cuando mi corazón y todo mi ser anhelaban salir corriendo para meterme entre los brazos de Gabriel..., después de arrancarle la cabeza, claro.

De pronto se levantó un viento extraño y ante nosotros se formó una especie de torbellino.

—Ahí está Katerina, el portal. —El aire hacía casi imposible poder hablar y mucho menos oír.

Saqué del bolso una bolsita de tela con las cartas que había escrito y el móvil; la ventolera me dificultó mucho la tarea, incluso temí que se me escapara de las manos, pero pude sujetarla y acercarme al centro de la espiral sosteniéndome de la mano de August para lanzarla a ese agujero que se había abierto ante nosotros con la esperanza de que, de algún modo, llegaría a su destino. La fuerza que desprendía el portal tiraba de mí queriendo engullirme.

August tiraba de mí mientras veía cómo la bolsa viajaba hacia su destino hasta que, de la misma forma que había aparecido, desapareció, haciendo que August y yo cayéramos al suelo empujados por la onda expansiva que la energía del portal había dejado tras de sí.

Jadeando conseguimos ponernos en pie ayudándonos el uno al otro.

—August, ¿se encuentra bien?, ¿está herido? —pregunté preocupada.

—No muchacha, estoy bien —respondió todavía jadeando—. Ya soy demasiado viejo para estas cosas —dijo sonriendo—. ¿Y usted Katerina? ¿Está bien?

—Sí, amigo mío, estoy bien —contesté devolviéndole la sonrisa—. Ya se ha terminado todo, ¿verdad?

Asintió con la cabeza mirándome con un cierto pesar combinado con un brillo de alegría en sus ojos.

—Ha sido extraordinario. —Su mente científica seguía anclada en la experiencia que había vivido—. Jamás imaginé algo así. ¡Viajar en el tiempo! Tal vez pueda realizar nuevos estudios, estoy seguro de que el portal se abrirá en otro momento y... —Sonaba como un chiquillo con un juguete nuevo.

—Shsss... Está bien August, no se preocupe. Volvamos —le dije interrumpiéndolo con cariño.

Recorrimos el camino hasta la entrada del parque en silencio, ambos pensativos y aún desconcertados por lo que habíamos presenciado.

Sin embargo, cuanto más nos acercábamos a la salida, más pensaba en Gabriel, más deseaba volver a casa y abrazarlo...

Sí, ya lo había perdonado. Amar como yo amaba a Gabriel, conseguía estos milagros.

¿Había tomado la decisión correcta? Una descarga de miedo me recorrió. Lo hecho, hecho estaba.

Una vez en el carruaje, August me miró interrogante.

—Había escrito unas cartas para mi familia y mis amigos en el caso de que me quedara; espero que lleguen a su destino —le expliqué con un tono de nostalgia en la voz.

—Llegarán, mi querida niña, llegarán, estoy seguro —me dijo con una sonrisa tomándome de las manos.

Asentí con lágrimas en los ojos que amenazaban con invadirme una vez más. De un manotazo me las limpié y le sonreí.

—Siempre les echaré de menos. —Volví el rostro hacia la ventanilla, perdida en la oscuridad de la noche.

—Y siempre nos tendrá a nosotros Katerina, siempre...

Con un gesto de la cabeza agradecí sus palabras y su apoyo a la vez que apretaba una de sus manos en señal de gratitud.

El silencio se apoderó del espacio que ocupábamos mientras yo seguía mirando por la ventanilla y la noche y la humedad me envolvían.

Mil cosas pasaron por mi mente durante el trayecto hasta la mansión de Gabriel; pasaba de unas a otras sin orden ni concierto; si el señor Owen tenía razón vería mi sueño hecho realidad, pero si se equivocaba me vería por siempre atrapada en el siglo XIX buscando trabajo en alguna fábrica o qué sé yo; lo que estaba claro era que tendría que dejarlo, sin embargo, si de algo estaba segura era de que, aunque eso me costara la vida, tenía que descubrir si lo que decía August era cierto; por mucho que me doliera la respuesta, no podía irme sin saber o me pasaría la vida preguntándome si tenía razón o no, tenía que intentarlo; de todas formas poco me importaba vivir aquí o allí, mi vida sin Gabriel no era nada, yo, Katerina Sinclair, mujer independiente del siglo XXI, había puesto mi alma, mi corazón y mi vida en manos de un hombre. ¡Qué ironía! Lo que siempre me había jurado que jamás permitiría me estaba ocurriendo, me había entregado a él por completo, le pertenecía al igual que él a mí como tantas veces había sentido cuando habíamos hecho el amor. Lo amaba sin medida, con toda la fuerza del universo. Me moriría de amor sin él por mucho que todo el mundo, incluida yo misma, dijera que no

se podía morir de amor; podría vivir, claro, comer, trabajar, tener amigos, seguiría adelante..., pero estaría muerta por dentro... Nunca imaginé que se podría llegar a querer a alguien de ese modo, tanto que en aquellos momentos me dolía, sentía que el pecho me iba a estallar y empecé a respirar agitadamente.

—Katerina, respire despacio, con calma, vamos niña, despacio —me decía August, la preocupación impregnaba su voz—. Ya casi hemos llegado a casa. —Me tomó de la mano y empezó a respirar conmigo hasta que mi respiración se normalizó—. Muy bien, así, despacio, niña. Ya verá cómo todo sale bien, venga, enjague sus lágrimas.

—Gracias August, es usted mi ángel de la guarda —dije en un susurro limpiándome otra vez las lágrimas que se me habían escapado sin darme cuenta.

—Ay, querida, sólo soy un científico con la cabeza en las estrellas —me contestó riéndose, como hacía siempre—, con la suerte de tener una familia a la que amo y que me ama a pesar de todo —dijo mirándome con una sonrisa que remarcaba las arrugas alrededor de sus ojos.

—Pase lo que pase, mi querido amigo, nunca lo olvidaré ni a su familia, son las personas más extraordinarias que he tenido la suerte de conocer, después de todo soy una mujer muy afortunada. —Entonces le di un beso en la mejilla a la vez que le sonreía cuando de pronto el carruaje se detuvo y mi corazón también.

—Ya hemos llegado —mi mirada de temor hizo que me tomara con más fuerza de las manos—. ¿Quiere que la acompañe? —Me dijo con la ternura de un padre.

—No, se lo agradezco, prefiero enfrentarme a él yo sola.

—Como quiera, pero si necesita algo no dude en llamarme, estaré aquí enseguida, ¿de acuerdo? Katerina... —me dijo cogiéndome del brazo—, es usted una muchacha muy valiente, tiene mi más profunda admiración.

—Se lo agradezco de corazón August..., por todo lo que ha hecho... ¿Valiente? Eso espero porque ahora no me siento para nada valiente. —Abrí la puerta y cuando ya estaba fuera me giré hacia él y le dije—: ¿Sabe una cosa August? —Él me miró con curiosidad—. Usted es mi ángel de la guarda disfrazado de científico loco.

Me miró muy serio y luego rompió a reír en sonoras carcajadas acompañadas por las mías.

—No lo creo —seguía riendo—, pero suena muy bien. Siempre cuidaré

de usted Katerina, mi familia y yo estamos a su disposición, ya lo sabe —me dijo con una sonrisa—. Suerte pequeña, y no olvide invitarme a la boda —me dijo guiñándome un ojo.

—Cuenta con ello —contesté con una sonrisa cerrando la puerta.

La boda. ¿Qué boda? ¿Y si me encontraba con el mismo conde engreído que me había dicho que había sido “una compañera de cama exquisita”? Tenía tanto miedo.

La sonrisa se desvaneció entre preguntas. Me quedé de pie en la entrada viendo como el carruaje seguía su camino y se perdía entre la niebla.

—¿Que has hecho qué? —Serena no podía creer lo que su esposo le estaba contando.

—Ese muchacho necesitaba un pequeño empujón. Estaba obcecado con el hecho de no haber podido protegerla, no estaba en su sano juicio, tenía que ayudarlo. Y si yo no he sido capaz de convencerlo, ella lo hará.

—¡Le has mentado, August! ¿Y si él no quiere casarse con ella? ¿Qué hará? Santo cielo, August ¿cómo has podido? ¡Era su decisión!

—Él la ama, tú y yo lo sabemos, no podía dejar que su estupidez guiara sus actos. Ahora sabe lo que es perder a quien se ama; cuando la vuelva a ver, se postrará a sus pies.

—¡August! No puedes interferir así en la vida de los demás. ¿Te has parado a pensar en lo que sentirá si él la rechaza de nuevo? Esto no es una de tus bromas, August, no podrá coger un coche e irse a casa.

—Habrá boda, Serena, de eso estoy seguro, y tendrán un montón de críos chillones, ya lo verás —replicó interrumpiéndola.

—¡August!

—Él me lo agradecerá toda la vida y ella también. ¿Qué es una pequeña mentira cuando puede traerles tanta felicidad?

—¡August! ¿Una pequeña mentira?

—Vale, tienes razón, no es tan pequeña, pero tenía que hacer algo. Mi amor, no podía dejar que ese tonto ahijado mío destruyera su vida por una culpa que no tiene.

—August... Por primera vez en mi vida, no sé qué decirte —dijo una resignada Serena—. Eres imposible.

—Soy su ángel de la guarda, me lo ha dicho. —Sonriente y travieso, le hizo una señal a su esposa—. Anda, ven a la cama, ya tendremos tiempo de hablar mañana, ahora sólo quiero amarte. —Juguetón, miraba a su esposa

ofreciéndole la mejor de sus sonrisas.

—Su ángel de la guarda... —dijo con guasa—. Eres... eres... ¡un demonio! No sé cómo he podido soportarte todos estos años.

—Porque me amas y yo a ti, y te lo voy a demostrar ahora mismo.

—Pervertido presumido...

—Habrá boda —dijo antes de apoderarse de la boca de su esposa.

Ya no hubo más palabras, sólo los jadeos, las risas y el placer de dos personas amándose.

Allí estaba..., sola y asustada ante la mansión Bladnoch. Subí los peldaños hasta llegar a la puerta. La incertidumbre y el temor atenazaban mi pecho y se llevaron el enfado que me había dominado junto al río. No sabía cómo hablarle. Lo único que sabía era que quería estar con él, en sus brazos, en su cama, en su vida... siempre.

Recordé la conversación en el embarcadero y volví a sentir la misma rabia. Podría estar asustada, podría sentirme perdida, podría... muchas cosas, pero eso no me impediría enfrentarme a él.

Me puse a rezar. Santo cielo, ¡me puse a rezar! Yo que casi nunca rezaba, sin embargo, me serenó lo suficiente como para alzar la mano con la intención de golpear la aldaba justo cuando la puerta se abrió.

—La estaba esperando, señorita —me dijo el señor Tilman saludándome con una inclinación de cabeza. Al parecer, él y el resto del servicio sabían más de mí que yo misma—. Está en la biblioteca —dijo tomando mi capa.

—Gracias Alexander —le dije con un nudo en la garganta y me dirigí hacia allí retorciéndome las manos.

Delante de la puerta cerrada, me reprendí por el estado de nervios en el que me encontraba. Sólo iba a ser una conversación después de todo, no era ninguna tragedia... Una conversación que cambiaría para siempre toda mi vida, una conversación, que sin tener lugar, ya la había cambiado. Si me rechazaba...

Entré sin llamar.

La penumbra invadía la estancia. Sólo un par de lámparas la regaban con su tenue luz.

—¡Déjeme en paz! ¡Déjenme todos en paz! No quiero ver a nadie.

Sentado delante de la chimenea, parecía la viva imagen de la desolación haciendo que la ternura y el deseo de abrazarlo se apoderaran de mí. Sí que me quería, me amaba como yo a él.

Nunca había visto una habitación como aquella. Estaba todo siempre ordenado y limpio, sin embargo, esa noche parecía que un huracán había entrado para sembrar el caos. Papeles, libros, objetos tirados por todas partes hechos añicos. Su mesa, siempre impoluta y perfecta, estaba vacía; el tintero empapando la alfombra; estaba rodeada de los cuadernos que tan bien colocados mantenía en un lateral del escritorio. Imaginaba lo que había pasado. El huracán Gabriel.

La alfombra amortiguaba mis pasos mientras me dirigía hacia él.

—¡Fuera! Lárguese Alexan... —dijo girándose para enfrentarme, pero cuando me vio no pudo continuar—. Katerina... —susurró.

Tenía una copa de whisky en la mano, la camisa desabrochada, las botas y el resto de su ropa estaban tirados en el suelo, totalmente despeinado. El perfecto y siempre más que impecable Lord Adair parecía un vagabundo..., y más atractivo que nunca. Jamás llegaría a amarlo tanto como en aquel momento.

—No podía irme, todavía me queda algo pendiente y nunca me ha gustado dejar las cosas sin terminar —dije con determinación, la voz ronca por el llanto—. No podía irme Gabriel...

Entonces se levantó como si un resorte lo hubiese empujado dejando caer su copa; vino hacia mí para tomarme en sus brazos y besarme con toda la desesperación, la desolación y la amargura que lo habían dominado desde mi partida, con todo el amor, la ternura y la pasión que tenía en su corazón.

—Katerina..., mi preciosa Katerina... —me decía una y otra vez sin dejar de besarme los labios, las mejillas, los ojos..., todo el rostro—, mi dulce y hermosa Katerina...

—Gabriel... —dije sin poder controlar las lágrimas.

—No llores mi amor. Estás en casa... Mi vida... —me decía limpiando mis lágrimas con su lengua, besando mis párpados—, no llores..., amor mío... Te amo, te amo...

—Gabriel... —seguía diciendo abrazada a su cuello, recibiendo todos sus besos con abandono—. Gabriel, ¿por qué no me dijiste...? Esas palabras...

Entonces se detuvo para mirarme. Sus ojos brillaban por lágrimas de emoción y amor.

—Porque soy el mayor imbécil de todo Londres..., porque no te merezco..., porque soy un cobarde..., porque... —Lo callé con un beso.

—Basta mi amor, basta... Te amo... —Abrazándolo, empecé a besarlo

con suavidad, apenas una caricia.

—No, no basta, mereces que te explique. Me avergüenzo de mí mismo, de mi estupidez, he cometido tantos errores que toda una existencia no bastará para enmendarlos, nunca seré lo bastante bueno para ti; te he hecho daño y jamás podré perdonármelo, no pude protegerte de esa zorra, yo...

—Shss... No lo entiendes, te conozco, te quiero así, tal cual eres, tu pasado ha hecho de ti el hombre que eres ahora, hay valor en ti, fuerza, honor, eres leal. Ya nada de eso importa, mi amor, sólo tú y yo, aquí y ahora. ¿Quién no se ha equivocado alguna vez? Te amo y para mí eres perfecto, un perfecto ser humano imperfecto, eres todo lo que siempre quise en un hombre, mi fantasía hecha realidad, mi ser, mi todo, mi... —En ese momento, fue él el que me silenció con un beso.

—Algo bueno he tenido que hacer —dijo reflexivo sin dejar de mirarme—. La vida te trajo hasta mí para curarme, para amarme. Sólo tú podías amarme, mi hermosa Katerina, mi amor. Sólo tú podías mostrarme lo que es el amor... Me faltan palabras para decirte cuánto te amo.

—Gabriel, amor mío...

—Eres un milagro para mí. He vivido en el infierno hasta que llegaste con tu luz.

—Una luz que explota de vez en cuando —le dije sonriendo.

—Sí, y nada me satisface más que hacerte explotar —replicó con picardía.

—Siempre serás un sinvergüenza —contesté con una carcajada—, mi sinvergüenza, todito para mí y eso me gusta, me gusta mucho, aunque me gustarías mucho más si dejaras de coquetear con todas esas mujeres —le dije haciendo un mohín como si estuviera enfurruñada.

—Yo no coqueteo —me dijo estallando en una carcajada—, son ellas.

—Ya..., mi inocente caballero —contesté con ironía acariciando sus labios con los míos.

—Sólo estás tú, mi amor, sólo tú. Te he esperado toda mi vida —dijo en un susurro poniéndose serio, sus ojos brillantes; el calor de su amor me envolvió—. Sólo tú, siempre tú... —me decía sin dejar de besarme—. A partir de ahora sólo coquetearé contigo. —Parecía un niño travieso, ese presumido encantador que me había robado el corazón, ese hombre maravilloso que me miraba como si yo fuera su salvación.

—No quiero volver a estar separada de ti nunca más —dije con seriedad aferrándome a él—. Nunca más, amor mío. —Las lágrimas se me quedaron

en la garganta enronqueciendo mi voz.

—Te lo prometo, mi amada Katerina, nunca volveré a permitir que te vayas, eres mía y yo soy tuyo. —Me miró con veneración, con adoración—. Un milagro para este estúpido sin esperanza. —Me besó de nuevo.

El beso se volvió más y más exigente. Parecíamos dos náufragos hambrientos, sedientos el uno del otro. No podíamos dejar de tocarnos, de acariciarnos. Me quitó el vestido por la cabeza...

—Vaya, vaya... —dijo divertido al ver el corsé—. Creo que esto es mío.

—Yo..., era un recuerdo —repliqué muy decidida sintiendo su dedo pasearse por mi escote—, además, es mío. ¿O pensabas ponértelo tú? —añadí picarona soltando un jadeo.

—Mmm... creo que a mí no me quedaría tan bien —inclinándose, besó y lamió mis pechos—, y en este momento está de más...

Empezó a quitármelo mientras yo intentaba hacer lo mismo con su camisa de la que él mismo se desprendió, impaciente, para volver a tomarme entre sus labios llevándome hacia el escritorio donde me sentó sin dejar de besarme.

Buceando en mi cuello, dejaba un rastro de fuego y amor hasta mis pechos ya liberados, tomándolos en sus manos, estimulando las puntas erectas, rojas como cerezas. Tumbándome en la mesa, volvió a besarme mientras abría sus pantalones y rasgaba mis bragas... las del siglo XXI.

—No puedo esperar..., te deseo demasiado. —Su aliento irregular sobre mis pezones húmedos me hizo estremecer.

—Gabriel... —dije cogiendo su verga.

Me penetró haciéndome gritar de puro gozo. No fue tierno, no fue dulce. Fue duro, desesperado, embistiendo una y otra vez con ferocidad, convirtiéndolo en el animal que tantas veces me había poseído. Rodeándole la cintura con mis piernas iba a su encuentro con la misma agonía con la que él me buscaba hasta que estallé mordiéndome el labio, clavando mis dedos en sus brazos, arqueando mi cuerpo hacia él. Tomó una vez más mi boca, saboreándome sin dejar de moverse hasta que su salvaje orgasmo me llevó a otro, haciéndonos estremecer.

Abrazados sobre la mesa, su pene aún dentro de mí, nos quedamos sin fuerzas mientras nuestras respiraciones volvían a su natural balanceo. Rodeando mi espalda con sus brazos, me izó saliendo de mí; sentada sobre la mesa nos quedamos prendidos en nuestras ardientes miradas sin dejar de acariciarnos.

—Te amo Katerina, te amo.

—Te amo Gabriel, mi amado y adorado lord... ¿Es ahora cuando me lo pides? —Le pregunté sonriendo—. ¿O tendré que pedírtelo yo?

Subiéndose los pantalones, me dejó sobre la mesa sintiendo nuestros jugos en mis muslos y preguntándome qué iba a hacer. Lo vi mirando hacia el suelo en varias direcciones hasta que ubicó su chaqueta. Acercándose a mí cogió algo de un bolsillo y me enseñó el anillo. Ámbar, diamantes rodeaban la gema. Era la joya más hermosa que había visto nunca. Tomando mi mano me lo puso.

—Eres mi mujer desde que apareciste aquel día en mi despacho, desde la primera vez que hicimos el amor —dijo en tono risueño—. ¿Quieres convertirte en mi esposa, amor mío?

—Sí —le contesté uniéndome mis brazos entorno a su cuello—, sí y sí, sí... —le decía una y otra vez sin dejar de besar su rostro—. Yo también tengo un precioso regalo para ti... —Ante su expresión no pude menos que sonreír—. Dentro de unos meses seremos tres.

—¿Quieres decir...?

—Estoy embarazada, vamos a tener un hijo, Gabriel, nuestro hijo —dije emocionada.

—Amor mío. —Volvimos a fundirnos en un abrazo mientras me besaba el cuello y el hombro—. Amor mío, gracias... —La emoción lo embargó y no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas—. Gracias... —Seguía diciendo, mientras besaba mis labios y me tomaba en brazos yendo hacia la puerta.

—Gabriel, tengo que vestirme.

—Después...

—Pero puede haber alguien. ¡¡Gabriel!! —grité—. ¡Estoy desnuda!

—Lo sé. —La picardía brillando en su mirada—. No hay nadie.

Conmigo en brazos, tal como me trajo mi madre al mundo, recorrió la distancia que separaba el despacho de su habitación, mientras yo no hacía más que mirar hacia todas partes temiendo que alguien nos sorprendiera en cualquier momento encontrándome desnuda contra su pecho. Me estremecí por el aire fresco haciendo que él ciñera su agarre entre sus brazos y yo me hundiera más en su pecho.

—¿Qué me responde, señora Hayes? —preguntó el señor Tilman después de que Nora quitara la mano de sus ojos.

—¿Responder? No me ha hecho ninguna pregunta, señor Tilman —dijo coqueta.

—¿Ah, no? —El señor Tilman la tomó por la cintura, rozando sus labios con los de ella.

—No —respondió la señora Hayes rodeándole el cuello con sus brazos—. No deberíamos estar aquí. Espiar es una cosa muy fea.

—Pero ya sabemos que habrá boda. Se ha producido el milagro que todos esperábamos. Señora Hayes, ¿me hará el honor de ser mi esposa?

—¡Señor Tilman! ¡A nuestra edad!

—Te amo, Nora. Hace años que muero por ti.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, me casaré contigo, Alexander. Yo también te amo... Hace años que muero por ti —repitió regalándole una hermosa sonrisa de pura dicha—, pero...

—¿Pero?

—Si vuelves a mirar a la señora de ese modo, te arrancaré los ojos...

—Lo tendré muy en cuenta, mi dama, le tengo mucho aprecio a mis ojos, de hecho, en este preciso instante, les gustaría mucho recrearse en ciertas partes de tu hermoso cuerpo...

—¡Señor Tilman! —exclamó fingiéndose ofendida.

... y allí, en su escondite junto a la escalera, Nora lo besó como siempre había deseado... Alexander la besó como siempre había deseado..., y cuando sus corazones agitados empezaron a golpear sus pechos, ambos, cogidos de la mano, se encaminaron a su habitación. Lo que ocurrió después..., bueno...

... otro milagro de la señorita Katerina.

Una vez en la habitación se sentó en el sillón frente a la chimenea encendida colocándose sobre su regazo y cubriéndose con una manta que había sobre una silla contigua.

—Eres, eres... —le dije mirándolo enfurruñada.

—¿Un duende travieso? —preguntó con las cejas alzadas y la burla resonando en su pecho.

Entonces rompí a reír. Nuestras risas se unieron y nuestros labios también; permanecimos abrazados en silencio, perdiéndonos en nuestras miradas y sintiendo el calor mutuo, la piel y el amor traspasar nuestras células...

—¡Ah! Casi se me olvida —exclamó cogiendo algo de su bolsillo.

—Los cisnes... Gabriel... —La emoción me hizo estremecer.

—Los perdiste en el jardín —dijo poniéndome el collar de rubíes—.

Katerina, yo... Lo siento tanto...

—Shss... está bien, cariño, ahora todo está bien.

—¿Sabes que los cisnes se unen para siempre, mi amada condesa?

Un beso. Mil más. Todos.

¿Se podía ser más perfecto?

¿Se podía ser más feliz?

... y entre beso y beso, empezamos de nuevo el vals del amor...

Nuestro vals...

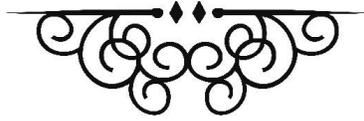
Nuestro bolero.

Mi héroe de cine, mi amor verdadero, mi amante, mi amigo, mi compañero de vida.

Había encontrado mi lugar.

Allí, en el siglo XIX, encontré mi lugar junto a mi lord..., y la vida y “el tiempo” me regalaron mi preciosa historia de amor.

EPÍLOGO



*A mi querida Stephanie,
amiga del alma y compañera de camino.
Te llevo siempre en el corazón.
Nos volveremos a encontrar.
Hasta entonces, se feliz y vive con el corazón.
Te quiero.*

—Yo también te quiero —susurró Stephanie cubriendo su rostro con las manos para ocultar las lágrimas—. Yo también te quiero, locuela maravillosa.

Unos días antes, un señor de una cierta edad había ido a su casa para dejarle una bolsita de tela que había encontrado entre los árboles de Hyde Park, cerca del embarcadero.

—Discúlpeme, pero tuve que abrirla para saber a quién pertenecía —le explicó amablemente—. Quizás usted sepa quiénes son los otros destinatarios y se las pueda hacer llegar.

—Muchas gracias señor...

—Thomas, mi nombre es Frederic Thomas.

—Muchas gracias señor Thomas, ha sido muy amable trayéndome las cartas y el móvil —dijo Stephanie emocionada al reconocer la letra de Katerina—. Los esperaba...

—De nada señorita Wadham, espero que sean buenas noticias.

—Sin duda lo son...

—Bien, la dejo entonces. Buenas tardes, señorita.

—Adiós, y gracias de nuevo.

El señor Thomas le había traído la esperanza, que nunca perdió, de encontrar a Katerina. Cuatro meses después de su desaparición, por fin sabría qué le había pasado, pues sin duda, aquellas cartas habían sido escritas por ella. La caligrafía era inconfundible. Había una para su familia y otra para

ella.

Rompiendo el sobre lacrado se sentó en la mecedora que tenía junto a los ventanales del balcón, su rincón de lectura, y allí fue testigo de la historia más asombrosa que jamás había leído.

Tenía que comprobar que aquello era cierto y nada mejor que ir a la biblioteca. Allí encontraría un registro de la aristocracia y podría completar el rompecabezas que se presentaba ante ella.

—¡¡Lady Adair!! Ay, Kat, si supieras que apareces en la historia de la literatura, que tus novelas se han llevado al cine —susurró Stephanie para sí, sorprendida, emocionada y feliz—, que se han hecho series para la televisión. ¡¡Una visionaria!! ¿Cómo no ibas a serlo?

Stephanie no podía comprender cómo no se había dado cuenta de que las novelas de lady Adair habían sido escritas por su amiga, sobre todo, porque su primera novela, *Por un tropezón*, se la había dedicado “A mi querida Stephanie, amiga del alma...”, una historia de ciencia ficción sobre una joven del siglo XXI que había viajado en el tiempo al dar un tropezón con sus tacones rojos. Había arrasado en todas las librerías desde su publicación en diciembre de 1852. Pero quién podía imaginar que la magnífica escritora de novela fantástica, era su amiga, su “hermana” Kat.

En la biblioteca, y rodeada de libros, ya había conseguido la información que necesitaba. Sacó fotocopias de todas las imágenes que encontró sobre la familia Adair y descubrió que una de las primeras mujeres en ir a la Universidad había sido la hija mayor de Katerina, Stephanie. Aquello la colmó de orgullo, aunque lamentaba profundamente no haber estado allí, con su muy querida amiga y su preciosa hija, que llegó a ser una importante fotógrafa.

Ya estaba preparada para presentarse ante su familia para darle la carta y el teléfono, y todo lo que había recopilado sobre los condes de Bladnoch.

Pero aún le quedaría una cosa más por hacer.

Tenía que conocer al actual conde de Bladnoch.

No sabía por qué, sin embargo, era una necesidad que le salía de dentro.

Quizás él le podría decir algo más sobre Katerina, tal vez... Después de todo, su antepasada había dejado huella en la historia del mundo, incluso puede que la familia Adair hubiese conservado cosas personales de ella. Sí, tal vez...

—Michael, tenemos cinco nietos —dijo Agatha con lágrimas en la voz—, y nuestra hija es una famosa novelista.

—Viajar en el tiempo es imposible, sólo es un cuento para niños —respondió categórico el padre de Katerina—. Todo esto es un error, o peor, una broma de algún malnacido.

—Señor Sinclair —interrumpió Stephanie—, tiene que aceptar la verdad. No hay ninguna equivocación. Aquí tiene la carta de su hija y los documentos gráficos lo confirman. Mire las fotos de su móvil, lo ve, es su esposo: Katerina vive en el siglo XIX, allí encontró el amor y formó una familia y... —La emoción le rompió las palabras—. Está viva y a salvo, señor Sinclair, eso es todo lo que importa.

—Pero no está aquí, no está con nosotros... —Michael rompió a llorar tapándose la cara con las manos.

—Mi amor..., está viva, nuestra niña está viva y es feliz. —Agatha abrazó a su esposo fundiéndose en el llanto.

Stephanie se fue sin decir nada, dejando todo el material que había encontrado sobre su amiga y su familia. Los ojos temblando por las lágrimas.

Lo más importante estaba hecho. Ya todo estaba en su lugar. La búsqueda, la espera, la ansiedad, el miedo... Todo había terminado. Una nueva etapa de la vida comenzaba. Un trágico capítulo en la vida de todos se había cerrado.

Por fin, la paz había llegado.

Allí estaba, ante la mansión Bladnoch...

La emoción la embargaba al pensar que quizás Katerina también estaría allí en ese preciso momento. Quizás paseaba por el jardín, a pesar del frío que hacía, o estuviese saliendo de la casa en ese instante, quizás la tenía justo enfrente de ella, quizás, si cerraba los ojos y se concentraba lo suficiente podría oír su voz...

Pero lo que oyó, fue la voz grave de un mayordomo vestido de negro, de ojos violeta y pelo rojizo. Sus mejillas pecosas le hicieron sonreír y su intensa y seria mirada la hicieron enrojecer. Le gustó a pesar de la solemnidad que destilaba por cada poro de su piel; lo siguió con timidez cuando la invitó a entrar diciéndole que lord Adair la estaba esperando.

Desde que se pusiera en contacto con lord Adair, no salía de una sorpresa cuando ya estaba metida en otra. Se trataba de la nobleza, sin embargo, no dudó en darle una cita justo al día siguiente de su llamada. Ni siquiera le dio

tiempo de darle la explicación que se había inventado para tener la excusa perfecta que le permitiera contactar con él. Incluso le resultó extraño que su teléfono estuviera en la web. Ese lord tenía que vivir en el mismísimo infierno recibiendo llamadas a todas horas, pensó cuando encontró su teléfono con tanta facilidad, pero al otro lado de la línea no estaba él, por supuesto, la atendió una mujer que le dio la cita que demandaba en cuanto oyó su nombre. Un día después, sólo aparecía una dirección de correo electrónico en la página oficial de la familia Adair.

Delante de la puerta del despacho, Stephanie temblaba de pies a cabeza sin saber qué se encontraría, preguntándose por qué había sido tan fácil concertar una cita con semejante personaje, al que nunca había visto, por cierto.

Y ahí estaba, con los nervios que se la comían por dentro, en absoluto preparada para lo que se iba a encontrar.

El mayordomo abrió la puerta y la hizo pasar.

Entró dándole las gracias por su amabilidad.

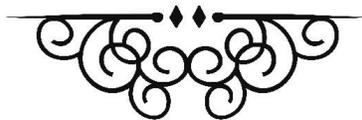
—Señorita Wadham, qué placer conocerla por fin. Estaba seguro de que nuestro encuentro tendría lugar muy pronto. —La saludó con simpatía el conde.

Stephanie paralizada. ¿Qué dijo? ¿Qué hizo?

Susurró el nombre de Katerina y se desmayó.

Y el conde de Bladnoch, lord Adair, el archifamoso modelo de pasarela, el hombre más guapo del mundo, Luan Adair... no supo qué hacer.

FIN



[1] Yo sin ti/ me he perdido incluso a mí mismo/ porque sin ti/ me falta un porqué/ Yo soy una llama/ y no doy luz/ yo soy una barca/ y no tengo mar/ porque sin ti/ reniego del amor/ mato la vida/ y canto el dolor/ tristeza que va/ detrás de mí/ Tengo miedo de vivir sin ti [...] sin embargo, estoy triste/ la vida, tal y como es, no tiene nada para darme/ la vida existe, pero tengo miedo de vivir sin ti

[2] Quasimodo es el personaje principal de la novela de Victor Hugo *Notre-Dame de Paris* (Nuestra Señora de París), escrita en 1831, compuesta por once libros. Esmeralda y el capitán Febo son también personajes de la misma obra.

[3] Lara Croft es el personaje de ficción protagonista de la saga de videojuegos del género de aventuras, Tomb Raider. Ha sido adaptada al cine, siendo Angelina Jolie la actriz que la interpretaba: *Lara Croft: Tomb Raider*, dirigida por Simon West; *Lara Croft Tomb Raider: La cuna de la vida*, dirigida por Jan de Bont.

[4] Personaje principal de la película de Tarantino *Kil Bill* (Volumen I y II). Interpretado por Uma Thurman.

[5] Es un personaje de ficción de la novela infantil *Heidi*, publicada por la escritora suiza Johanna Spyri en 1880. En 1974 se hizo una versión de dibujos animados (anime japonés). En la década de los 70, se publicó en España una colección de tebeos infantiles. La historia de *Heidi* ha sido llevada al cine en varias ocasiones.

[6] *Pretty Woman* es una comedia romántica protagonizada por Julia Roberts y Richard Gere. Dirigida por Gary Marshall y estrenada el 23 de marzo de 1990 en Estados Unidos.

[7] *El dios de las pequeñas cosas* (1997): novela de la autora hindú Arundhati Roy. Ganó el premio Booker en 1997. *La señora de las especias* (1977): novela de la autora hindú Chitra Banerjee Divakaruni. Fue llevada al cine en 2005 con el título de *La joven de las especias*, protagonizada por Aishwarya Rai y dirigida por Paul Mayeda Berges.

[8] *Rabindranath Tagore* (1861-1941): fue un poeta bengalí, poeta filósofo del movimiento Brahma Samaj (posteriormente convertido al hinduismo), artista, dramaturgo, músico, novelista y autor de canciones que obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1913, convirtiéndose así en el primer laureado no europeo en obtener este reconocimiento.

[9] Película protagonizada por Michael J. Fox y Christopher Lloyd. Dirigida por Robert Zemeckis en 1985 y producida por Steven Spielberg. 1985: Oscar: Mejores efectos de sonido. 4 nominaciones; 1985: BAFTA: 5 nominaciones, incluyendo Mejor película; 1985:

Premios David di Donatello: Mejor guión y productor extranjero. La segunda y la tercera parte se rodaron simultáneamente en 1989.

[10] Traducción: *La vida existe, pero tengo miedo de vivir sin ti*. (Canción *Samba in prelude* de Vinicius de Moraes y Ornella Vanoni)

[11] *Cinco horas con Mario* es una novela del escritor español Miguel Delibes publicada en 1966. En noviembre de 1979 se estrena la versión teatral. La producción es de José Sámamo y la dirección de Josefina Molina, quien en 1981 rueda la película *Función de noche*, inspirada en esta obra. Lola Herrera interpretó el papel de *Carmen Sotillo* durante más de veinte años. La actriz Natalia Millán la protagoniza en su reestreno de septiembre de 2010 junto a Víctor Elías.

[12] *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, a menudo abreviado como *Alicia en el país de las maravillas*, es una obra literaria creada por el matemático, lógico y escritor británico Charles Lutwidge Dodgson, más conocido bajo el seudónimo de Lewis Carroll. La primera edición es de 1865 de la se conservan 23 copias. El libro tiene una segunda parte titulada *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*.

[13] Personaje animado que aparece por primera vez en la película de Disney *Shrek 2* (2004); fue doblado por Antonio Banderas tanto en España como en Hispanoamérica. En 2011 se estrenó la película *El gato con botas* cuyo protagonista es este personaje.

[14] Personaje ficticio que pertenece a la Marvel Comics, creado por Stan Lee y Jack Kirby; apareció por primera vez en en la historieta *Tales of Suspense* #52 (1959-1968). Conocida como Natasha Romanoff (Natasha Alianovna Romanov), es uno de los personajes que aparece en las películas *Iron Man 2* o en *Los Vengadores*. Es interpretado por la actriz estadounidense Scarlett Johansson.

[15] Pero tú eres esa hermosa historia de amor.../ Que nunca dejaré de leer. /[...] Eres de ayer y de mañana/ [...] de siempre, mi única verdad/ [...] Eres como el viento que hace cantar a los violines/ Y lleva lejos el perfume de las rosas./ [...] Mi único tormento y mi única esperanza/[...]Tú eres para mí, la única música.../ Que hace bailar a las estrellas sobre las dunas/ Si no existieras, te inventaría/[...]. *Versión francesa de la canción Parole cantada por Alain Delon y Dalida*.

[16] Luis Miguel: Por debajo de la mesa

[17] Luis Miguel: Estar contigo

[18] Juan Carlos Calderón: Amarte es un placer

[19] Armando Manzanero: Dormir contigo

[20] Armando Manzanero: Contigo aprendí

[21] Armando Manzanero: Somos novios

[22] Luis Miguel: Sabor a mí

[23] Los Panchos: Si tú me dices ven

[24] Los Panchos: Sin ti

[25] César Portillo de la Luz: Contigo en la distancia (Siguietes hasta nota 26).

[26] Armando Manzanero: No sé tú

[27] Juan Carlos Calderón: O tú o ninguna (Siguietes).

[28] Reina de las hadas en las películas de *Campanilla* de Disney. La primera es de 2008 y la quinta de 2014.

[29] Personaje principal de la novela de José Luis Sampedro: *La vieja Sirena*. Publicada en 1990 por la Editorial Destino. Forma parte, junto con “*Octubre, Octubre*” (1981) y “*Real Sitio*” (1993), de la trilogía “*Los círculos del tiempo*”, aunque las tres novelas no comparten ni historia ni personajes.

[30] Personaje de la película *El mago de Oz* (1939. Metro-Goldwing-Meyer). Basada en la novela infantil *El maravilloso mago de Oz* de Lyman Frank Baum (Un total de 13 libros). En la novela, los zapatos son de plata.

[31] Renombrada Elektra Natchio, es un personaje ficticio femenino, una kunoichi –un ninja asesino- descendiente de Grecia, creado por Frank Miller (Historietista y cineasta estadounidense) para publicaciones del Universo Marvel. El armamento de Elektra consta de sais (Su forma básica es la de una daga sin filo, pero con una aguda punta, con dos grandes protecciones laterales [guarda manos] también puntiagudas, unidas a la empuñadura), aunque demuestra un gran dominio de cualquier tipo de arma (en especial, las de origen oriental). Su uniforme es rojo y consiste en tiras de tela roja que se ata en torso, brazos y piernas, además de un pañuelo que cubre su melena.

[32] *Crime Scene Investigation*. Serie de ficción estadounidense donde un grupo de científicos forenses y criminólogos investigan crímenes. Fue transmitida por primera vez en octubre de 2000 por la cadena CBS. Fue creada por Anthony E. Zuiker y producida por Jerry Bruckheimer

[33] Novela de Alexandre Dumas –padre– (*Les trois mousquetaires*), publicada inicialmente en folletines por el periódico *Le Siècle* entre marzo y julio de 1844. En ese mismo año, fue publicada como volumen por la editorial Baudry y reeditada en 1846 por J. B. Fellenz y L. P. Dufour con ilustraciones de Vivant Beaucé. Junto a *Veinte años después* y *El vizconde de Bragelonne* constituyen *Las novelas de D’Artagnan*. Dumas se basó en personajes y acontecimientos reales, aunque se tomó muchas libertades con la historia real y en especial

con la cronología.

[34] En la mitología nórdica, es el martillo del Dios Thor.

[35] Es un personaje ficticio propiedad de Marvel Comics. La serie fue creada en 1941 por los historietistas Joe Simon y Jack Kirby, meses antes de que Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial. La historia de este superhéroe ha sido llevada al cine y a la televisión en varias ocasiones.

[36] Lady Godiva (principios del siglo XI) fue una dama anglosajona, famosa por su bondad y belleza, quien estuvo casada con Leofric (968–1057), conde de Chester y de Mercia y señor de Coventry. Esta dama, compadecida de los sufrimientos y apuros de sus vasallos, a los que su marido esquilmaaba con tributos abusivos, se solidarizó con ellos. Construyó junto con su esposo, cuya buena administración es destacable, el monasterio de Coventry.